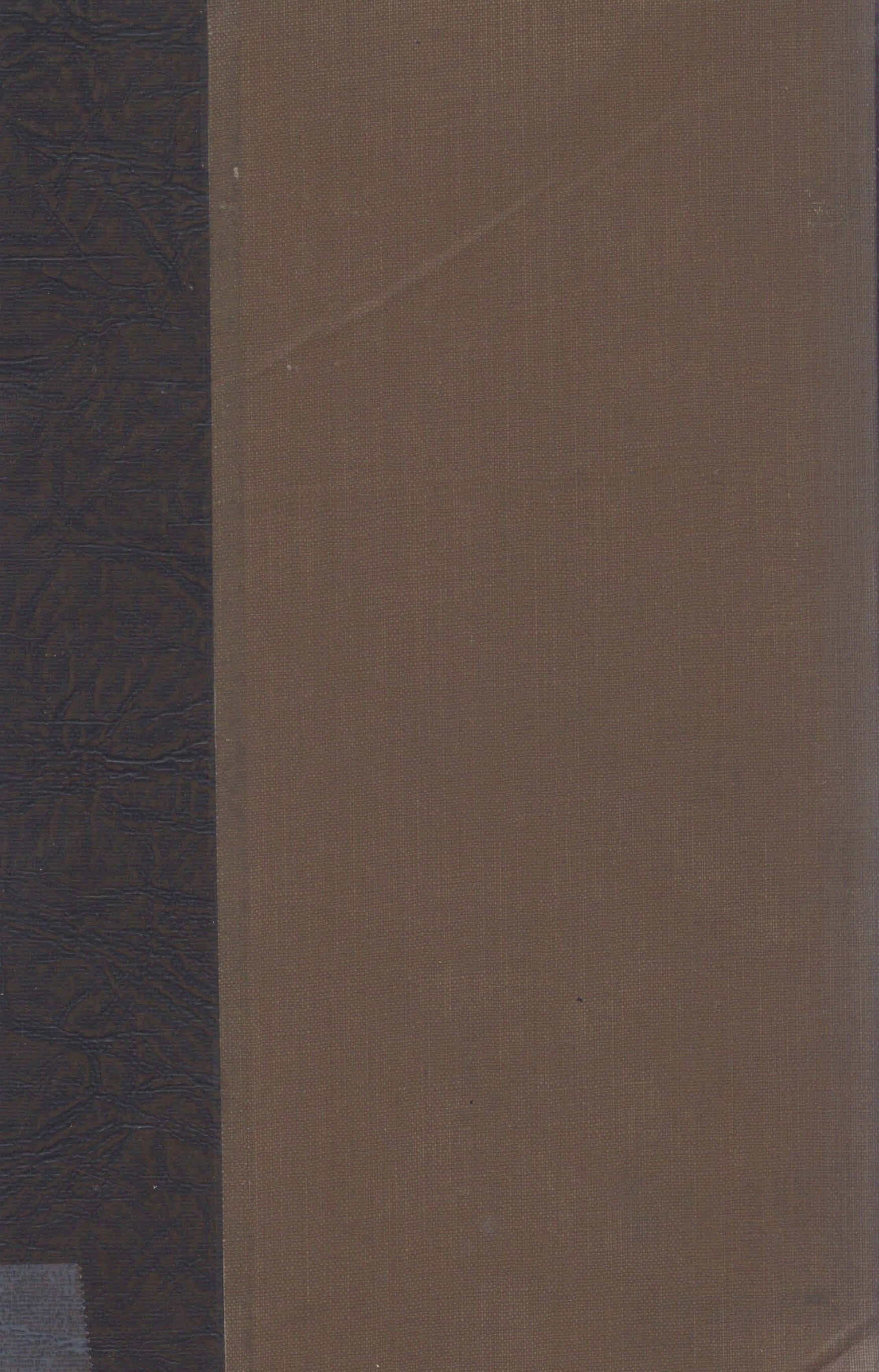
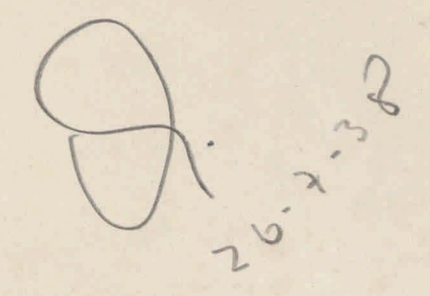
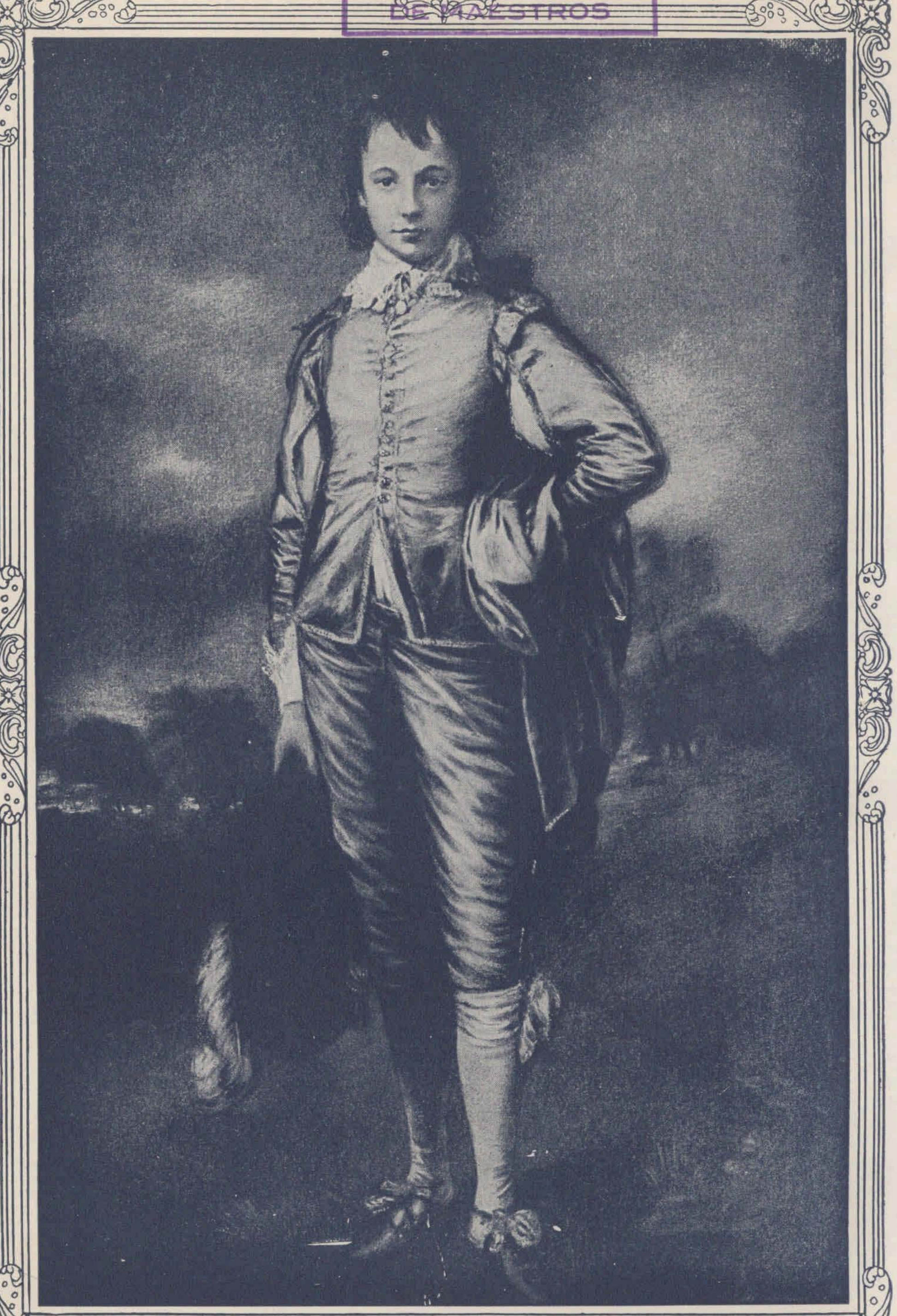






"MUCHACHO VESTIDO DE AZUL"

Notable cuadro del pintor inglés Tomás Gainsborough, en el cual el artista se propuso demostrar los efectos que se podían obtener usando el azul como color dominante.

El Tesoro de la Juventud

O

Enciclopedia de Conocimientos

COLABORADORES ESPECIALES

Dr. Estanislao S. Zeballos
DOCTOR EN DERECHO, PUBLICISTA, EX MINISTRO DE ESTADO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, ETC., ETC.

Alberto Edwards
EX MINISTRO DE HACIENDA DE LA REPÚBLICA DE CHILE

Dr. Abel J. Perez
INSPECTOR NACIONAL DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, EN LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Dr. Ismael Clark y Mascaró
EX PROFESOR DE LA ESCUELA NORMAL DE LA HABANA

Dr. José Enrique Rodó
ESCRITOR CRITICO Y POLITICO URUGUAYO

Adolfo D. Holmberg
NATURALISTA DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA DE LA REPUBLICA ARGENTINA

Louis G. Urbina
EX DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉJICO

Dr. Paulino Fuentes Castro
ABOGADO PERUANO—DIRECTOR DEL "DIARIO JUDICIAL" DE LIMA

PRINCIPALES SECCIONES EN QUE SE DIVIDE LA OBRA

La Historia de la Tierra
América Latina
Nuestra Vida
Los «Por Qué»
Cosas que Debemos Saber
Los dos grandes Reinos de la Naturaleza
Hombres y Mujeres célebres
Los Países y sus Costumbres
Los Libros Célebres
Juegos y Pasatiempos
Narraciones Interesantes
Poesía
Hechos Heróicos
Lecciones Recreativas

TOMO II

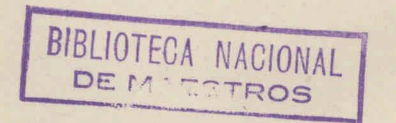
W. M. JACKSON, Inc., EDITORES

LONDRES · MADRID · NUEVA YORK
BUENOS AIRES · MONTEVIDEO · RIO DE JANEIRO
MEJICO · HABANA

C. H. SIMONDS COMPANY, Impresores, BOSTON,
Estados Unidos de Norte América

ÍNDICE DEL CONTENIDO DE ESTE TOMO

NOTA: Como sería demasiado extenso el hacer referencia a cada uno de los muchos y variados asuntos tratados en las páginas de este volumen, sólo se ponen aquí los títulos de los capítulos y de las principales secciones que comprenden algunos de ellos. En el gran Índice General, al final de la obra, se da una vasta lista de cuanto contienen todos los volúmenes.


BIBLIOTECA NACIONAL
DE M

El Libro de nuestra vida

LO QUE NOS ENSEÑA ESTA CAPÍTULO

EN este capítulo hallaremos explicado todavía mejor cómo vive la planta del aire. Nadie puede vivir sin aire; pero, mientras nosotros nos limitamos a respirarlo, el gran secreto de la planta consiste en que puede *comerlo* y sustentarse con él. La substancia verde de la planta fórmase por la luz solar, cuando los rayos de ésta hieren las hojas, y una vez formada la planta hace de ella un uso notable: absorbiendo el ácido carbónico existente en el aire, lo descompone en carbono y oxígeno. El ácido carbónico es un veneno, pero la planta lo convierte en alimento para ella, y aun para nosotros. Y esto lo hace con ayuda de los rayos solares, siendo quizá, el más maravilloso aprovechamiento de la energía en el mundo.

CÓMO VIVE LA PLANTA DEL AIRE

REFIRIÉNDONOS a lo que llevamos dicho acerca de la respiración vegetal, recordaremos que la planta vive rodeada de aire. Hemos visto que este aire contiene oxígeno, que es un gas, pero contiene también otros varios gases, porque, en último término, el aire es sólo una mezcla de tales cuerpos. Ahora bien, las plantas, como los animales respiran aire; pero las plantas verdes hacen además lo que los animales nunca podrían hacer: lo comen. El gas que del aire comen las plantas (y la cosa no deja de ser curiosa) es el mismo que las propias plantas expelen en la respiración, o sea, el ácido carbónico. Hemos visto ya que dicho gas está constituído por dos cuerpos, el oxígeno y el carbono. El carbono es importante, no tan sólo porque forma el diamante, la hulla, y la materia con que hacemos los lápices, sino, también, porque es uno de los componentes indispensables de los alimentos de los seres vivos, animales y vegetales.

El aire contiene siempre una pequeña cantidad de ácido carbónico que es venenoso para el organismo animal; si su proporción excediera de una reducida cantidad, moriríamos; tan lejos se encuentra nuestro cuerpo de poder hacer de dicho gas el menor uso. Una de las más primordiales condiciones que han de ofrecer las habitaciones, es que en ellas pueda renovarse fácilmente el aire, para evitar que llegue a tener una proporción excesiva de ácido carbónico.

Pero esta substancia, que para nosotros y para todos los animales es veneno, es alimento para las plantas; y si no fuera alimento para éstas, no podría ser venenoso para aquéllos, porque no existirían animales que pudiesen ser envenenados por él. De esta manera, los seres vivos dependen unos de otros. Ahora bien, la gran cuestión es la siguiente: ¿de qué modo procede la planta para procurarse alimento del ácido carbónico? Este gas, por sí, no es de mayor utilidad a la planta que a nosotros mismos. Hemos visto que la planta lo expele cuando respira, ni más ni menos que lo que hacemos también nosotros, y si aquélla volviera a absorverlo, en la forma que lo expulsa, moriría con toda seguridad, como pereceríamos nosotros si sólo respirásemos el aire que hemos respirado ya, o el que han respirado otras personas.

La única manera de que la planta utilice como alimento el ácido carbónico es descomponiéndolo en los dos elementos de que está formado, carbono y oxígeno, de los cuales se queda con el primero, que es un excelente alimento, y restituye el oxígeno al aire. Esta es, como se ve, una operación inversa a la de la verdadera respiración, y la planta sólo la ejecuta a la luz del día, porque el sol le suministra la energía necesaria para efectuarla; mas, aunque absorba el carbono tan sólo de día y respire noche y día, respira tan despacio y realiza aquella otra operación tan aprisa, que el resultado final es que quita al aire una cantidad mucho mayor de carbono que la que desprende, convirtiendo en su propia substancia el

carbono absorvido. Esta es la razón porque crece, y el mecanismo de su crecimiento. Las plantas crecen mientras viven, y los animales sólo durante un período relativamente breve de su existencia, pasado el cual no crecen ya más.

Esta es en realidad una de las mayores diferencias que existen entre animales y plantas, y de la gran energía solar depende exclusivamente la facultad que tienen éstas de fijar el ácido carbónico del aire y descomponerlo en sus dos elementos constitutivos, absorver el carbono y desprender el oxígeno, convirtiendo al primero en substancia propia. Toda planta verde ejecuta esta operación toda su vida, durante aquellas horas del día en que luce en el firmamento la luz solar con intensidad suficiente. El carbono que la planta ha absorbido así de la atmósfera, lo fija y elabora, convirtiéndolo en substancias que los animales (sin excluir el hombre) pueden comer.

EL HECHO DE MÁS IMPORTANCIA QUE ACERCA LOS VEGETALES CONOCEMOS

Los animales como las plantas, necesitan carbono para sustentarse, pero si sólo lo hubiese en el aire y lo hubiésemos de extraer de éste, o de alguna mina de hulla o de plombagina, o de una fabulosa cantidad de diamantes cuyo valor fuese una cantidad incalculable, por más que tuviésemos en torno nuestro muchas toneladas de carbono, la muerte por inanición no tardaría más de dos días en sobrevenirnos, y, sin embargo, ese carbono sería suficiente para sostener la vida de miles y miles de animales, si se hallara en forma aprovechable. En tal situación nos hallaríamos en un estado comparable al del insensato rey de la leyenda, que quiso que todo cuanto tocara se convirtiera en oro, y no tardó en encontrarse rodeado de objetos de gran valor, pero completamente inútiles para él, porque no es posible comer y beber el oro. De la misma manera, los animales que necesitan carbono para su sustento, no pueden alimentarse de diamantes, ni tan sólo del ácido carbónico del aire, y así la propiedad más notable de las plantas verdes es la facultad que poseen de asimilar el carbono del aire y convertirlo en substancia propia, para ofrecer después esta substancia a los animales como el alimento sin el cual todo el reino animal (incluyendo el género humano) perecería.

ACCIÓN MARAVILLOSA DE LA MATERIA VERDE

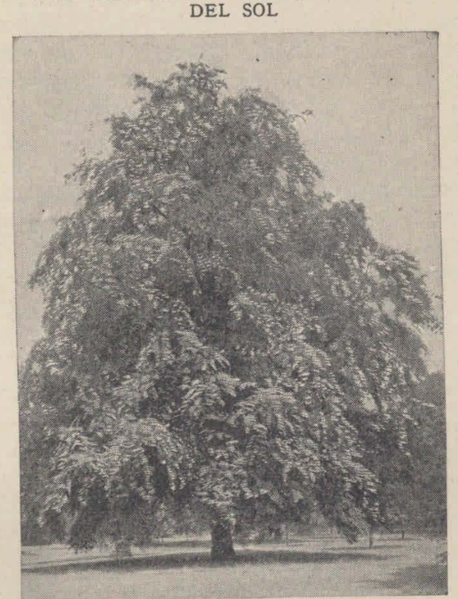
¿Cuál es, pues, el papel desempeñado por la materia verde? Sencilla es la respuesta: sin dicha materia no podría tener lugar ninguna de las precedentes descomposiciones y absorciones. Veamos, de un modo exacto, lo que sucede. El ácido carbónico, como hemos dicho ya, está compuesto de oxígeno y carbono, y estos dos elementos es án unidos en dicho cuerpo con una fuerza de afinidad tan grande, que el separar o desunir los dos elementos componentes del ácido carbónico es una de las empresas más difíciles que ofrecerse pudieran a todo lo que no sea una planta verde. Tan grande es esta fuerza de unión, que para vencerla se necesita una enorme energía adecuadamente usada y en el instante oportuno, y aun así, y sin los debidos cuidados, los dos elementos, en el instante mismo de separarse, vuelven a unirse de nuevo, sin que se pueda apreciar de qué manera ha podido tener lugar esta nueva unión. Ninguna de estas arduas dificultades se ofrece a las plantas. Hace muy pocos años que el hombre consiguió, después de largos y laboriosos estudios, y a costa de dispendiosas y aun peligrosas experiencias, descomponer por vez primera al ácido carbónico en sus dos componentes; pero para una hoja verde la cosa es muy fácil.

La substancia verde que la hoja contiene no posee virtud alguna por sí misma, y fácilmente se comprenderá que se necesita una gran cantidad de energía para separar cosas que están unidas por una trabazón tan firme, del propio modo que cuanto más fuertemente está clavado un clavo en la pared, con tanta mayor energía se ha de tirar de él para arrancarle.

CÓMO USA LA PLANTA LA MAYOR ENERGIA EXISTENTE EN EL MUNDO

Ahora bien: en el mundo no se conoce energía mayor que la de los rayos solares. La planta lo sabe, y el hombre también, y así los dos se valen de esos rayos cuando tratan de vencer la fuerza de afinidad que une el oxígeno al carbono, y, desde luego, el hombre puede utilizar para tal objeto los rayos solares tan bien como la planta, y aun mejor, porque aquél puede almacenarlos después de haberlos transformado convenientemente y emplearlos en un estado de concentración que jamás le será posible a la planta; en otros términos, el hombre puede, en un momento dado, disponer de una cantidad de rayos solares mucho mayor de la que aquélla dispondrá jamás. En un segundo de tiempo la planta solamente recibe una cantidad pequeña de energía solar, aun en el día más caluroso del verano, en el más cálido de todos los países, cuando los rayos del sol caen perpendiculares sobre el vegetal; en cambio, el hombre puede almacenar la energía del sol de mil modos diferentes, y así, en un segundo, puede, si le place, emplear millones de veces más energía aún que la planta recibe en toda su vida.

CÓMO ABSORBEN LAS HOJAS LA LUZ DEL SOL



Las hojas de los árboles son planas y delgadas, de manera que pueden absorber fácilmente la luz del sol, como lo hace este árbol. Las hojas que se ven blancas en el grabado, son hojas en las que se reflejan los rayos solares.

DIFERENCIA REAL ENTRE POSEER ENERGÍA Y HACER USO DE ELLA

No basta poseer un gran caudal de energía; es preciso también poder usarla, aplicarla o dirigirla. Si la energía de una máquina de vapor se emplea de una manera conveniente, dicha máquina podrá arrastrar un tren, o impulsar un buque de alto bordo a través del océano; pero si en vez de usar o aplicar convenientemente la energía, se la abandona a sí misma, ésta matará a centenares de personas. Semejante diferencia, entre poseer energía y hacer uso de ella, existe en todo caso, tanto si se trata de máquinas de vapor como de hojas verdes, o de cualquier otro manantial de energía, y exponiendo esta verdad, podrían llenarse todos los volúmenes de una biblioteca.

El dinero es energía, y con él pueden hacerse grandes cosas. Con dinero suficiente un hombre puede salvar anualmente millones de vidas; pero todos sabemos que no es lo mismo tener dinero que saber sacar partido de él. Necesítase además de tenerle, saber usarlo, aplicarlo, dirigirlo. Con gran frecuencia se ven individuos que poseen cuantiosas riquezas y que, sin embargo, no saben hacer con ellas sino perjudicarse a sí mismos y a centenares de otras personas. La habilidad es, pues, también energía; pero la energía, en sí, de nada sirve, si no se hace de ella un uso conveniente. Uno de los hombres más hábiles que han existido se llamó Napoleón; su habilidad fué tánta, que, de haberla utilizado para el bien, hubiera podido hacer al mundo mucho mejor, y más feliz para todas las épocas futuras; pero no supo emplearla, y ocasionó la muerte de más de un millón de hombres, mujeres y niños, destruyó la felicidad de muchísimos más, y él mismo murió prisionero y desdichado. Tal es la diferencia entre poseer energía y saber usarla.

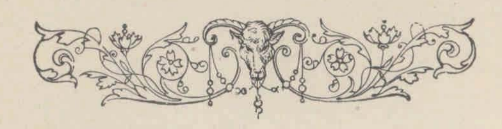
Volvamos ahora a la hoja verde, de

la que veníamos tratando. La luz solar que la baña es la energía. La industria de los hombres, después de largas preparaciones, puede procurarse una cantidad de energía muchísimo mayor que la que puede absorver la hoja verde, pero no puede hacer de ella el uso admirable que aquélla hace. La substancia verde que la hoja contiene, la permite emplear íntegramente toda la energía por ella absorbida, en la finalidad que le es propia, que es descomponer el ácido carbónico del aire. Y esta operación se lleva a cabo sin ruído, sin esfuerzo, sin maquinaria alguna, sin un calor excesivo, sin ningún desperdicio, sin ningún deterioro.

En ninguna de las sorprendentes maravillas que el mundo ofrece a nuestra admiración podría encontrarse un caso de más perfecto aprovechamiento de la energía. Esta perfección no es tan sólo la mayor que existe, sino que es también absoluta, y sin ella la espléndida tierra, con su riquísima variedad de seres vivientes, — árboles, peces, pájaros y hombres, — sería tan árida y desierta como una roca pelada. De manera que, si bien se considera, mejor que ante otras cosas debiéramos descubrirnos ante el sol que luce en lo alto y ante la yerba que huellan nuestros pies.

EL POR QUÉ DE ESTO

Porque aunque seamos superiores, sobre toda ponderación, a los otros seres vivientes que existen en el universo, como tales seres son también, a su vez, una maravilla, y hacen posible nuestra existencia, no se puede negar que, en cierto modo, les debemos respetar, admirar y amar.



EL LABRADOR Y SUS SACOS

CIERTA vez, un labrador conducía trigo al molino en sacos atravesados sobre el lomo de un caballo. Tropezó en la ruta el animal y se cayó al suelo uno. Como el saco caído pesaba demasiado, el pobre labrador no pudo cargarlo de nuevo, y no hallando manera de resolver el problema, decidió esperar que pasase un caminante que le quisiese prestar su ayuda.

Al poco tiempo vió venir a un jinete; pero al aproximarse observó el labrador con gran tristeza, que era nada menos que el noble encopetado que vivía en el espléndido castillo que se erguía altanero sobre la enhiesta cumbre de una próxima colina y no había que pensar en solicitar la ayuda de un personaje de su rango.

El noble, sin embargo, no era meramente un hombre con un título: era además un caballero, que echó pie a tierra al ver el apuro del labrador.

—Ya veo, amigo mío,—dijo—que os ha ocurrido un percance. Afortunadamente, aquí estoy para ayudaros, porque en estos caminos tan poco frecuentados, no es fácil encontrar quien preste auxilio en tales casos.

Y dicho y hecho, tomó por uno de sus extremos el saco, cogiólo el labrador por el otro, y entre ambos colocáronlo de nuevo atravesado sobre el lomo de la bestia.

—Señor—le dijo el labrador, quitándose el sombrero,—¿cómo podré demostraros mi agradecimiento sin límites?

—Muy fácilmente, amigo mío,—contestóle el noble.—Siempre que veáis que alguno se encuentra en un apuro, ayudadle por cuantos medios podáis, que de ese modo, mejor que de otro alguno, podréis demostrarme vuestra gratitud.

Los dos grandes reinos de la Naturaleza

LO QUE NOS DICE ESTE CAPÍTULO

HAY animales que son amigos del hombre en todas partes, mientras otros, por el contrario, son sus enemigos; y en algunas regiones del globo los seres humanos tienen que vivir constantemente prevenidos contra las asechanzas de los leones, los tigres, los lobos y otras fieras. El hombre, con su maravillosa inteligencia, sojuzgó al mundo animal. Fabricó con sus manos armas con que domeñar las bestias salvajes y, al presente, muchas de ellas, ya domadas, le ayudan en su trabajo. En este capítulo hallará el lector curiosos datos relativos a la mayoría de estos utilísimos animales, tales como los caballos, bueyes, cebras, asnos, mulos, búfalos, elefantes, renos, camellos, yacks y llamas, y grabados donde podrá verlos representados.

ANIMALES QUE SON ÚTILES AL HOMBRE

EL CABALLO — EL BUEY — LA CEBRA — EL ASNO — EL MULO — EL BÚFALO — EL ELEFANTE — EL RENO — EL CAMELLO — LA LLAMA — EL YACK

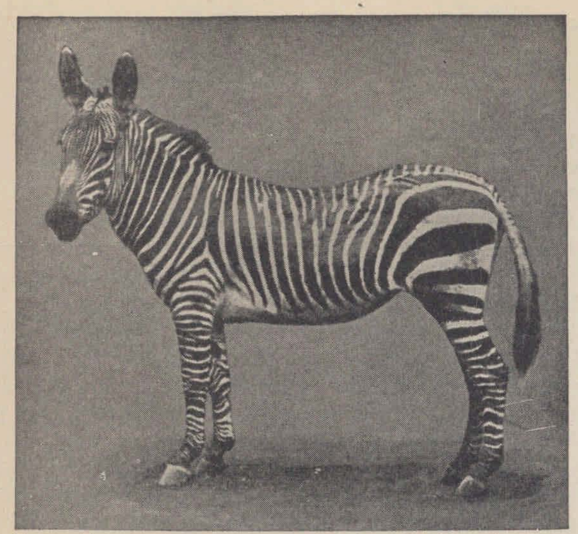
HACE ya mucho tiempo, unos cuatrocientos años, un ilustre soldado español, llamado Hernán Cortés, dióse a la vela en un puerto de la Península Ibérica y, desembarcando en la costa Americana, conquistó, con un puñado de hombres, todo un poderoso imperio que conserva todavía el nombre de Méjico. Los habitantes de este vasto territorio disfrutaban de una civilización relativa; habían construído hermosas calzadas y puentes, y levantado magníficos edificios y templos de piedra, y el arte de la orfebrería también era cultivado entre ellos. Pero ¡cosa extraña! este curioso pueblo no había visto jamás un caballo...

Sus viajes por tierra tenían que hacerlos a pie. Desconocíanse allí los carruajes, y los trenes no habían sido inventados todavía; y por eso, al ver por primera vez los caballos de sus conquistadores, se formaron de ellos un concepto en extremo elevado, creyéndoles seres sobrenaturales.

¡Qué país tan extraño sería América sin nuestros serviciales amigos los caballos, los asnos y los mulos! Por espacio de muchos siglos el hombre no utilizó en sus trabajos otra colaboración que la de estos mansos y sufridos animales. Mucho antes de que nadie pudiera soñar con los trenes y automóviles, han sido ellos los encargados de transportar las piedras para levantar edificios, el hierro y el acero para la construcción de maquinarias, el carbón para alimentar los hornos de las calderas y los hogares de las casas. A no ser por la ayuda de estos vigorosos auxiliares, ni Europa ni América hubieran alcanzado jamás el grado de civilización y adelanto que en el día de hoy disfrutan.

Muchas regiones hay aún donde no se conocen los trenes y automóviles; y en ellas los caballos y mulos, los elefantes, camellos y llamas, los renos y los yacks han de ejecutar el trabajo de aquéllos. Los camellos con los únicos animales que pueden atravesar los grandes desiertos de arena; y sólo los perros vigorosos y peludos de las regiones polares son capaces de arrastrar los trineos sobre los hielos perpetuos de las mismas. En tiempos muy remotos aprendieron los habitantes de la India a domesticar al búfalo, enseñándole a tirar del arado y de pesadas carretas, y a dejarse montar por los hombres. De la India fueron traídos a Egipto y a Europa los búfalos domesticados, los cuales ejecutan hoy día en los dos países citados primeramente casi todos los trabajos que en la mayor parte de las demás regiones del mundo se hallan encomendados al caballo.

En estado salvaje, es el búfalo uno de los animales más feroces del globo. Cuando se siente herido acomete de igual modo al hombre que al león; y hasta el tigre le teme en estos casos. El búfalo salvaje aventaja en vigor al domesticado, siendo éste, sin embargo, bastante más forzudo que el buey, a



He aquí la cebra, que pertenece a la misma familia animal que los asnos y caballos. Hubo un tiempo en que no existía diferencia apreciable entre ellos; pero sus hábitos de vida, tan diversos, les han hecho experimentar grandes cambios.

quien supera en la cantidad de trabajo que efectúa y en la duración del mismo. Aunque apacible y manso en esta segunda condición, si se le exaspera, se vuelve tan feroz como en el estado salvaje. El búfalo tiene una joroba en la espalda, y conviene no confundirlo con el bisonte, que vive exclusivamente en la América del Norte, y del cual trataremos más tarde. El bisonte es tan salvaje como el búfalo del Cabo; pero ahora sólo nos referimos a los animales domesticados, y preferentemente, entre éstos, a los que son más amigos del hombre.

Casi todos los animales que ayudan con su trabajo a los hombres se hallan dotados de amplios y resistentes cascos, o de uñas anchas y planas, lo que les permite llevar sobre sus lomos grandes pesos sin lastimarse los pies. Algunos naturalistas suponen que en tiempos remotos los caballos tuvieron cinco dedos, como nosotros; y aun en nuestros días se da el caso de que nazcan algunos ejemplares con varios dedos rudimentarios. Sin embargo, al presente, los caballos tienen, por lo común, en cada pata una pezuña dura que los hombres protegen y refuerzan con un herradura de hierro. Todos los caballos que existen hoy en América son procedentes de Europa, donde se pierde su origen en la noche de los tiempos. Los caballos primitivos se diferenciaban mucho de aquellos cuya belleza nos deja actualmente admirados cuando los vemos piafar, uncidos a un soberbio carruaje. Su color era pardo y sin brillo; su crin rígida y corta; y su cola delgada, muy semejante a la de los asnos.

Los hombres primitivos que vivían en estado salvaje, domesticaron desde luego al perro, enseñándole a que les ayudase a cazar. Al caballo lo cazaban para procurarse alimento; pero, con el tiempo, aprendieron a domarlo y utilizáronlo para el transporte de sus propias personas y bagajes. Los carros no se inventaron hasta muchos siglos después.

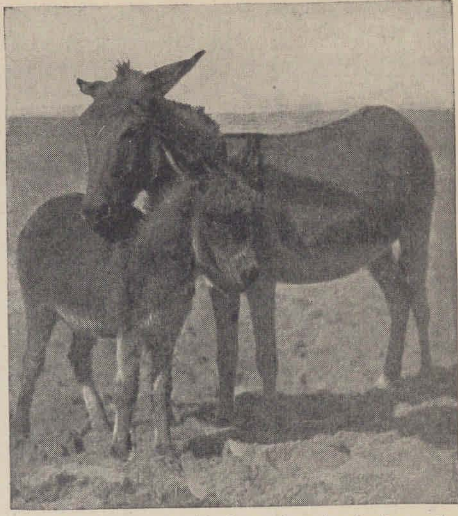
Los romanos fueron los primeros que construyeron en los países de la Europa Occidental caminos que mereciesen el nombre de tales. Poco a poco, el caballo empezó a ganar en belleza, al paso que los hombres lo cuidaron, cultivando sus



Esta jaquita de Shetlandia mide sólo 80 centímetros de alzada, que es aproximadamente la altura de una mesa. Arrastra en un jardín una cortadora de césped y pasea a una niña en un cochecito.

ANIMALES QUE TRABAJAN PARA EL HOMBRE





La primera de estas láminas representa un mulo y la segunda dos asnos. En los países donde tienen los hombres que caminar a través de las montañas no pueden prescindir de estos fuertes y sufridos animales, que son los que les transportan sus mercaderías y bagajes. Pueden conducir sobre sus lomos pesos considerables.

Existen numerosas razas de caballos diseminados en todo el mundo. El que representa esta figura es el llamado caballo de tiro que todos conocemos. Los primeros caballos que hubo en la tierra eran animales extraños, parecidos a ciertos ejemplares salvajes, procedentes del Turquestán, que se exhiben en algunos Parques zoológicos.

castas y favoreciendo sus cruces. De este modo han llegado a obtenerse razas apreciadísimas y bellas, entre las que descuella la inglesa, formada por el cruce de los del país con los árabes, que son los caballos más hermosos del mundo.

En nuestros días existen varias clases de caballos, como los llamados de tiro, que pueden arrastrar grandes pesos y subirlos por colinas elevadas. Hay otros más ligeros que transportan al trote grandes pesos en un carro; los hermosos caballos que se emplean en los carruajes de lujo; los que pueden recorrer a galope considerables distancias, saltando fosos y cercas y llevando sobre el lomo un jinete; y, por último, el más veloz de todos, el caballo de carrera, delgado y nervioso, que viene a ser el galgo de la familia de los solípedos. Para tener idea de lo que eran los caballos primitivos, bastará contemplar los caballos salvajes, traídos del Turquestán, que existen en muchos parques zoológicos, los cuales tienen una gran semejanza con los que había en Europa hace muchos miles de años.

Los caballos son animales muy inteligentes y, si se los trata bien, toman cariño a sus amos. Cuando hacen algo malo, muéstranse después tristes y arrepentidos. Hace algunos años, encaminábase un señor a su casa, a altas horas de la noche, jinete en su caballo, cuando éste dió un respingo, asustado al ver un montón de piedras blancas al lado de la carretera. Es propio de los caballos el respingar, encabritarse, y salir de estampía cuando se espantan, y así vemos que en épocas remotas, cuando los caballos se criaban selváticos, otros animales salvajes y los hombres, acostumbraban esconderse detrás de los arbustos y en otros lugares a fin de acecharlos, pero los caballos, encabritándose y dando un brinco hacia un lado, lograban muchas veces escapar.

UN PONEY HABILIDOSO

Pues bien, como íbamos diciendo, el caballo arroja a su amo de la silla y emprende veloz carrera. El jinete no puede levantarse, pues tiene rotas las dos piernas, y permanece en el suelo revolcándose de dolor. Pero después se escucha el creciente rumor que produce un caballo al herir con sus pezuñas el suelo en veloz galopar. Es su propio caballo que vuelve. Ha llegado al establo en su vertiginosa carrera, ha relinchado en él con vigor, como para dar aviso del trágico accidente, y, por último, ha corrido de nuevo en busca de su amo, junto al cual permanece custodiándole y relinchando sin cesar, hasta que, algunas horas más tarde, sus relinchos atraen a varias personas al lugar del suceso, las cuales auxilian al paciente.

No siempre son los caballos más corpulentos los más inteligentes. Una niña, cuyo retrato figura en este libro, posee el más pequeño de los caballitos de Shetlandia que se ha visto jamás. Su tamaño es inferior al de un mastín grande. Algunos mastines miden hasta 91½ centímetros de altura en el centro del lomo; y este poney sólo levanta 80 centímetros del suelo. Jamás le enseñó nadie a hacer ninguna habilidad, pero espontáneamente posee muchas. Algunas veces le llevan a un hermoso jardín para que retoce sobre el césped; y, cuando ve al jardinero más engolfado en su trabajo, se acerca a él por detrás, caminando silenciosamente sobre la mullida yerba, le quita con los dientes el sombrero y parte veloz y retozona, con él en la boca, como acostumbran los perros llevarnos el bastón.

UN CABALLO QUE SABE ABRIR LA PUERTA DE SU ESTABLO

Un caballo, propiedad del ilustre general norteamericano Jackson, tenía la costumbre de abrir la puerta de su caballeriza con la boca y escapar al campo después; otros caballos y asnos lo miraban con envidia desde sus cuadras, con visibles deseos de imitarle. Advirtiólo el primero; y, al observar un día que sus amigos le llamaban cuando iba a la pradera, encaminóse a los otros establos, abrió sus puertas respectivas con la boca y condujo a todos sus camaradas al campo, donde pudieron pacer a sus anchas.

Se cree generalmente que el asno es

ÚNICA CABALGADURA QUE CRUZA EL DESIERTO



Suele llamarse al camello el navío del desierto. El que vemos en el grabado superior es el camello de la Bactriana, que tiene dos jorobas; los del inferior, son camellos de Arabia, que no poseen más que una. El camello es el único animal que puede transportar a los hombres a través de los desiertos de arena. Sus pies se hallan dotados de unas carnosidades blandas, que se ensanchan al pisar, lo cual les permite apoyarse con firmeza en la arena. Hace muchos miles de años que el camello transporta a los hombres a través de los desiertos. Puede transportar sobre sus lomos el peso de ocho hombres, y lleva en su propio cuerpo el alimento y el agua que necesita para el viaje.

un ser estúpido, mas no es cierto; lo que ocurre es que tiene una firme voluntad y quiere siempre salirse con la suya. En los países orientales, donde se crían en estado salvaje, los asnos son animales espléndidos, vigorosos, veloces, y casi tan altos como los caballos. Los de España son muy apreciados, y en Egipto estos animales prestan mayores servicios que los caballos.

El mulo es el producto del cruce del asno con la yegua. Tanto el mulo como el asno tienen las crines y las orejas muy largas, y la cola delgada y corta con un mechón de cerdas en su extremo. El asno se distingue por su sobriedad, y es uno de los contadísimos animales capaces de comer cardos y espinos. Los mulos necesitan la misma alimentación que el caballo. Viven más aún que los asnos y sobresalen por la facilidad con que trepan por las montañas.

En los países en que los hombres tienen necesidad de viajar por terrenos montañosos y atravesar importantes cordilleras, transportando mercaderías, tienen imprescindiblemente que valerse para ello de los asnos y los mulos, quienes trepan lo mismo que las cabras. Transportan sobre sus lomos grandes pesos y caminan con prodigiosa seguridad a través de los estrechos y rocosos senderos que bordean las vertientes de las más elevadas montañas, por las cuales no se arriesgaría a transitar ningún caballo.

El asno, de igual modo que el mulo, hállase dotado de una memoria admirable, lo cual es desventajoso, porque cuando se acostumbra a hacer una cosa en una forma determinada, no es posible luego hacerle cambiar de costumbre y obligarle a que la haga de otra manera distinta.

ELEFANTES QUE GUARDAN CON SOLICITUD A LOS NIÑOS

Acerca del elefante se podría escribir un libro entero. Es el animal más grande del mundo, a pesar de lo cual no hay otro que le aventaje en el afecto y lealtad que muestra a las personas a quienes se ha sometido. Los mayores elefantes habitan el continente africano, donde hombres irreflexivos y crueles han matado tan gran número de ellos, que los gobiernos han tenido que intervenir para cortar el mal radicalmente.

En África no hay costumbre de domesticar los elefantes; este uso es peculiar de la India. La mayoría de ellos nacen salvajes; pero personas muy duchas se dedican a cazarlos con trampas, y no tardan en volverse tan mansos como los caballos. Ejecutan una gran cantidad de trabajo, pues ningún animal les supera en vigor ni tampoco, quizás, en inteligencia. Se dejan guiar por un niño y se utilizan con frecuencia, en la India, para el transporte de personas, a quienes llevan sobre su lomo.

El elefante, no obstante su enorme peso, que iguala al de varios caballos, es la mejor niñera a quien puede confiarse una criatura. Si una india tiene que ausentarse de su casa, coge a su hijo y lo coloca delante del elefante, el cual se halla sujeto por medio de una cuerda o cadena amarrada a una de sus piernas, de suerte que puede moverse libremente de un lado para otro; y es tan grande el cuidado e interés que se toma por el niño que le ha sido confiado, que éste se halla más seguro que si le vigilasen sus padres. El elefante no le pisará, a buen seguro, ni ningún animal feroz osará acercarse a él mientras aquél le guarde.

En cierta ocasión, un elefante a quien se le había confiado una criatura, empezó a dar vueltas y vueltas describiendo un perfecto círculo alrededor de aquélla, y, cada vez que el niño trataba de alejarse, cogíalo con la trompa y lo colocaba de nuevo en el centro del ruedo, donde ningún peligro podía amenzarle.

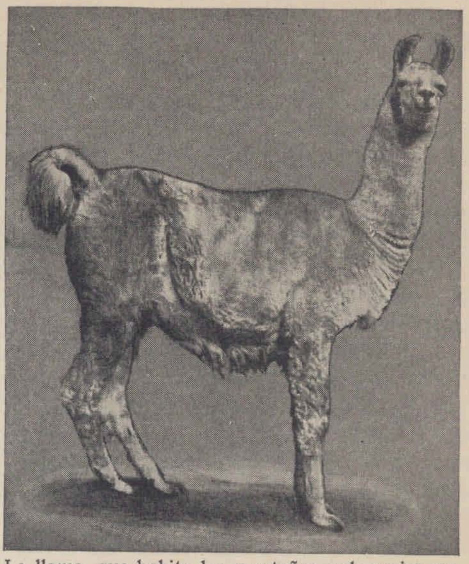
LOS ELEFANTES SE SIRVEN DE LA TROMPA CON TAL DESTREZA QUE CON ELLA PUEDEN COGER ASÍ UN ALFILER COMO UN ÁRBOL

El elefante mayor de que hasta ahora se tiene noticia se dice que medía 4,27 metros de altura, y el mayor visto en América fué el elefante llamado Jumbo, el cual era tan alto que, colocándose un hombre de pie sobre la cabeza de otro, la parte superior de la cabeza del primero quedaba al mismo nivel que la del

EL RENO, LA LLAMA Y EL ELEFANTE



El reno es tan precioso para el hombre en los países fríos como el camello en los cálidos. Puede arrastrar un trineo cargado de mercancías.



La llama, que habita las montañas sudamericanas. Transporta sobre sus lomos unos 40 kilogramos de peso y es muy sobrio en su alimentación.

El elefante es el animal más grande y vigoroso del mundo, a pesar de lo cual puede servir de niñera cariñosa a una criatura pequeña. Poseen una trompa tan admirablemente constituída, que lo mismo levantan del suelo un árbol caído, que una aguja. Sus colmillos son apreciadísimos por el excelente marfil de que están hechos. Es el elefante uno de los más fieles amigos del hombre.

elefante. Medía 3,35 metros de altura, y su peso equilibraba el de cien hombres.

El elefante come heno, yerbas y grano y bebe una cantidad enorme de agua. Es tal la cantidad de alimento que necesita ingerir para conservar su natural vigor y salud, que cuesta su comida nada menos que veinte pesos oro semanales. El elefante indio tiene las orejas pequeñas, mientras que el africano se caracteriza por la notable magnitud de ellas; pero en cuanto a lo demás, son en todo semejantes. El órgano más admirable de ambos, es la trompa, la cual no es otra cosa que una enorme nariz, dividida en dos tubos interiores y provista de numerosísimos músculos y nervios.

Con la trompa puede levantar el elefante un árbol de regulares dimensiones y colocarlo sobre sus colmillos. Con ella toma a quien pretende montarlo, y se lo coloca sobre el lomo con el mayor cuidado. Sin embargo, tan maravillosa es la estructura de esta trompa, que con ella puede muy bien recoger del suelo una aguja.

DE CÓMO DIÓ UN ELEFANTE UNA PÍLDORA A UN SOLDADO ENFERMO

En la isla de Ceilán, donde abundan los elefantes, había uno bastante joven que había sido cazado de muy pequeño. Los médicos del hospital acostumbraban llevarlo consigo cuando recorrían, por las mañanas, las diversas salas de enfermos; y el animal veía a éstos tomar sus medicinas y píldoras. Cierto día, un soldado indígena dejó caer al suelo su píldora y entonces el elefante recogióla con la trompa, colocósela al paciente delante de la boca y, dando un gran resoplido, introdújosela en ella.

El elefante salvaje arranca las hojas tiernas de los árboles, con su trompa, y desentierra los tubérculos que producen las raíces de ciertas plantas, con sus colmillos. Sorbe el agua con la trompa y, elevando ésta después, la vierte en su propia garganta. Cuando le molestan las moscas corta una rama de un árbol y, sirviéndose de la trompa como de una mano, utilízala a manera de abanico, para ahuyentar a tan molestos insectos.

Los colmillos del elefante son del mejor marfil, y le crecen en la mandíbula superior, saliéndole fuera de la boca y prolongándose hacia adelante y abajo. Algunos colmillos pesan hasta cien kilos cada pieza. De su marfil, que es el más estimado, se fabrican preciosos objetos de talla, estatuas, bolas de billar, piezas de ajedrez y toda clase de ornamentos. Los servicios que presta el elefante al hombre valen muchísimo más que el marfil de sus colmillos, y por eso es de lamentar que se extermine sin piedad a estos bondadosos e inteligentes seres.

UNA RARA PROPIEDAD DEL ELEFANTE, QUE POCAS PERSONAS CONOCEN

Los colmillos, además de servirle para obtener su alimento, son las armas con que cuenta para su defensa el elefante. Cuando se ve atacado por un tigre o león, no suele intimidarse el elefante; y si logra descargar un golpe con sus colmillos sobre su enemigo, generalmente lo mata o lo deja por lo menos inutilizado para la pelea.

Los elefantes tienen los ojos muy pequeños, pero se hallan dotados de una vista admirable, como asimismo de un maravilloso olfato, que viene a ser para él un excelente auxiliar del sentido de la vista. Los elefantes ciegos caminan perfectamente y con gran seguridad oliendo y palpando con la trompa el lugar que han de pisar.

Ofrece el elefante una curiosa particularidad que pocas personas conocen: la estructura de sus patas traseras es diferente de la de todos los demás animales. Las patas traseras de los caballos o los perros se doblan hacia adelante, de suerte que, cuando estos animales se echan, quedan dobladas y recogidas debajo de sus cuerpos.

Las patas traseras de los elefantes tienen la misma conformación que las piernas de los hombres: se doblan hacia atrás, de suerte que cuando se echan, las estiran hacia atrás. Esta es una de las más admirables disposiciones de la naturaleza, pues siendo el elefante tan pesado, si sus patas traseras tuvieran la misma conformación que las de los otros animales, no podría, dado su

peso, levantarse otra vez después de echado.

Posee este animal una memoria prodigiosa, recuerda siempre los beneficios que recibe y jamás olvida ni perdona las ofensas, bien provengan del hombre, bien de otro individuo de su propia especie. La historia del elefante que roció de agua al sastre que le había pinchado la trompa con una aguja es probablemente cierta. Pero no puede admitirse que llevara el agua en la trompa, pues el elefante no puede trasportar este líquido como el camello. Utiliza la trompa para beber; cuando siente sed, introduce dicho órgano en el agua y la absorbe a manera de una bomba.

POR QUÉ SUELE DECIRSE QUE EL CAMELLO ES EL NAVÍO DEL DESIERTO

Denomínase al camello el navío del desierto, porque es el único animal que puede atravesar las grandes y desoladas extensiones de arena, donde no existe agua alguna. Al caballo o a cualquier otro animal que por esas regiones condujese sobre sus lomos un peso considerable se le hundirían tanto los pies en el movedizo suelo que no tardaría en fatigarse. Cuando sopla el huracán y se desencadenan las tempestades de arena, el mulo, el caballo y las demás bestias, distintas del camello, usadas como cabalgaduras, se asfixiarían si no las protegiesen sus amos. El último, por el contrario, puede cerrar perfectamente las ventanillas de la nariz y evitar de este modo que la arena penetre en sus pulmones.

Pero su cualidad más notable es la de poder vivir cierto tiempo sin beber. Por espacio de millares de años el camello ha conducido al hombre a través del desierto, y, con el transcurso del tiempo, se ha adaptado tan bien a este género de vida, que, si le dieran a elegir, sin duda fijaría en él su residencia.

Sus pies se hallan provistos de unas amplias carnosidades blandas, las cuales se ensanchan cada vez que echa el paso, haciendo de este modo que pise con firmeza en la arena, al modo que las aves acuáticas se apoyan firmemente en el agua con sus pies palmados.

POR QUÉ PUEDE CRUZAR EL CAMELLO LAS CANDENTES ARENAS DEL DESIERTO

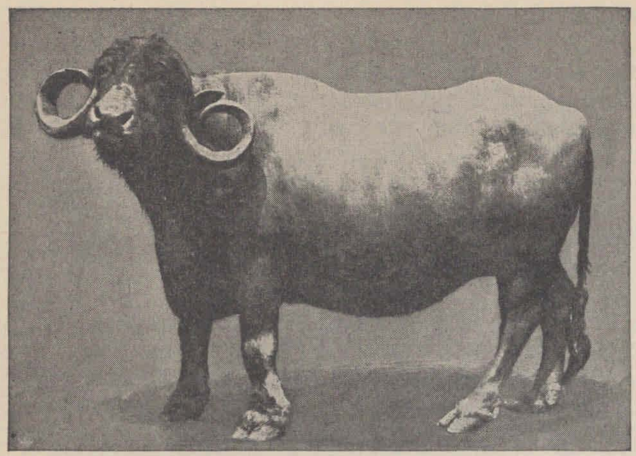
Pero una de las propiedades más curiosas del camello es la facultad que posee de defenderse fácilmente de la sed. El interior de su organismo hállase provisto de unas células, cuya disposición recuerda la de los panales de miel, en las cuales aloja una cantidad considerable de agua. Cuando se le presenta la ocasión de beber, traga todo el líquido que puede, y una vez hecho esto se lanza con intrepidez a través de las candentes arenas del desierto, sin volver a probar el agua durante cinco o seis días, conduciendo sobre sus lomos una carga de 200 a 300 kilógramos, y sin otro alimento que los punzantes espinos que crecen acá y allá en aquellos eriales.

Tal es la vida que lleva el camello empleado en transportar cargas. Hay otros camellos, llamados dromedarios, que no son tan corpulentos y sirven más especialmente para conducir personas. Caminan con una velocidad media de trece a diez y seis kilómetros por hora, y pueden sostener este paso por espacio de un día entero y media noche sin descanso. Ningún otro animal es capaz de hacer otro tanto.

El camello de la Arabia tiene una sola joroba; y el de la Bactriana, que habita en climas más cálidos, dos. Estas jorobas compónense principalmente de grasa, y cuando el animal emprende un largo y dificultoso viaje, van disminuyendo constantemente de volumen, hasta que desaparecen casi enteramente. Nace esto de que las jorobas vienen a ser una especie de depósitos de alimento, de donde saca el camello la fuerza que necesita para realizar su trabajo.

HISTORIA MARAVILLOSA DEL CAMELLO SALVAJE DEL ASIA

Desde tiempo inmemorial, los camellos han sido domesticados y utilizados para el servicio del hombre; pero aun existen camellos salvajes en ciertas regiones del Asia Central. Su historia es muy curiosa. Créese que en una época extraordinariamente remota una tempestad terrible de arena enterró un fértil y risueño país con todas sus ciu-



Este grabado representa un búfalo, a quien los habitantes de la India aprendieron a domesticar en época muy remota, y el cual, así en este país como en Egipto, efectúa los mismos trabajos que en otros ejecuta el caballo.

dades y habitantes, sin que pudieran salvarse nada más que los camellos. Y los animales de esta especie, que ahora viven salvajes y libres en aquellas regiones, supónese que son descendientes de los que lograron escapar de aquella espantosa hecatombe.

Difícil es afirmar cuál es el animal más precioso del mundo; los que poseen camellos dicen que los camellos y los dueños de renos creen que éstos.

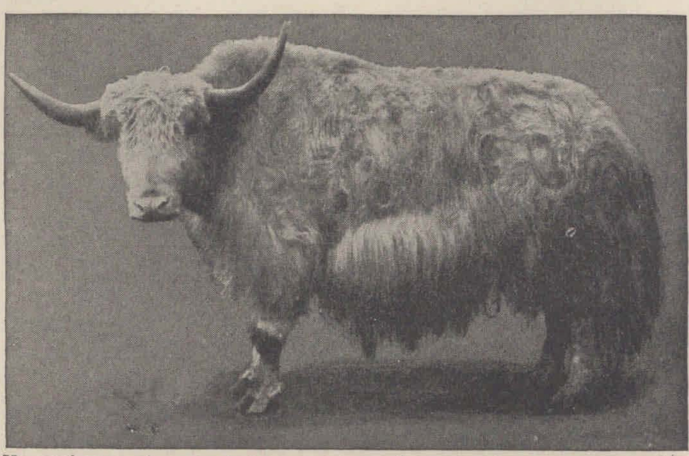
Para los lapones y demás pueblos que viven en países fríos es el reno lo que el camello para los que habitan las regiones arenosas y cálidas. También él es capaz de caminar el día entero, a razón de catorce o diez y seis kilómetros por hora, llevando sobre sus lomos personas o mercancías, o de tirar de un trineo más o menos cargado.

El pelo de los camellos se emplea para fabricar pinceles y telas. Con el de los renos se hacen telas también; con sus pieles, cueros y cubiertas para las tiendas de campaña y los botes; con sus tendones, cuerdas; y con sus huesos muchos instrumentos útiles. Su carne se aprovecha para alimento; y su grasa hace las veces de aceite para las necesidades del alumbrado y de los guisos.

Como el camello, el reno suministra leche nutritiva y sustanciosa, y conserva su vigor natural con muy escasa cantidad de alimento. En invierno se mantiene de una curiosa planta que crece debajo de la nieve, viéndose el pobre animal precisado con frecuencia a rebuscar en ésta con el hocico y los cuernos y a trabajar mucho, antes de hallar su alimento. Los lapones se consideran ricos, cuando poseen muchos renos.

LA LLAMA

La llama habita en los Andes sudamericanos a más de dos mil metros de altura. Se clasifica en la familia de los camélidos, siendo por tanto pariente cercana de los camellos, a los cuales se parece, pero no tiene joroba. Es un animal de casi un metro de altura, de condición paciente y sumisa, y sólo se



He aquí un yack, animal vigoroso que puede transportar una carga considerable recorriendo unos treinta kilómetros por día. Estos animales han transportado la impedimenta de los soldados de Inglaterra a través de las elevadas montañas del Tibet. El yack suministra una leche excelente y con su pelo se fabrican tiendas de campaña y cuerdas.

le encuentra hoy en día en estado de domesticidad y viviendo en majadas.

Es seguro, y lo corrobora el estudio de su lana, que los indios sudamericanos superiores, en especial los quichuas, en la época precolombiana, la domesticaron, criaron y seleccionaron en forma racional con el fin de aprovechar su lana, que de este modo llegó a ser de clase muy especial.

Al presente se le utiliza como animal de carga y por su carne. Además de ser fuerte y de soportar pesos de 60 kilos, ofrece, como carguero, la gran ventaja de poder, en su calidad de animal de montaña, ir seguramente por las sendas difíciles; las cuales, por otra parte, no le son indispensables, con lo cual se abrevia camino. Además, por ser un camélido habitante de alturas, donde el pasto escasea, resulta un animal sumamente sobrio, y esto explica su preponderancia en el altiplano de Bolivia y en las tristes punas del Norte Argentino.

En aquellas altas regiones, donde otro género de ganado se sostiene tan difícilmente, la llama es una verdadera providencia. Antiguamente, antes de la conquista, los Incas hicieron de ella un animal sagrado; se la encuentra representada en figuras votivas de barro y en objetos de plata y oro, y era utilizada para los sacrificios al sol. El indio de nuestros días, que comprende bien cuánto significa para él este animal, lo ama y cuida con esmero.

Vense allá grupos de llamas cargadas, adornadas con las borlas rojas que de sus orejas penden a manera de zarcillos; y detrás de ellas, marchando hasta hacer jornadas de seis o siete leguas, al quichua que las arrea animándolas con la honda y con gritos estridentes.

En casi todos los países existe un animal especial para el hombre. En los fríos territorios enclavados a muchos centenares y aun a millares de metros de elevación en el Asia central, hállase el yack, que es el amigo de los habitantes del Tibet. Constituye este animal una especie de eslabón entre la oveja y el buey. Tiene los cuernos largos y bellos, semejantes a los de los toros escoceses, pero sus piernas son cortas y su pelo de gran longitud, lo que le comunica la apariencia de una oveja. Conduciendo sobre sus lomos una carga proporcionada a sus fuerzas, puede recorrer unos treinta kilómetros, considerable distancia, si se tiene en cuenta lo quebrado y montañoso del país donde efectúa sus viajes.

En la expedición militar realizada por los soldados de Inglaterra al Tibet, encargáronse los yacks de transportar toda su impedimenta a través de sus heladas montañas. La leche de los yacks es nutritiva y sabrosa, y con la flor de su pelo se tejen telas, mientras con las porciones más bastas del mismo se fabrican cuerdas y tiendas de campaña.





¿POR QUÉ NO ESTÁ NUNCA EL MAR ENTERAMENTE EN CALMA?

A VECES está el mar casi en completa calma, de modo que su superficie aparece tersa como un cristal; no obstante, siempre se levantan olas, aunque en ocasiones sean tan pequeñas, que resulten imperceptibles. Puede, pues, decirse, que el mar se halla en perpetuo movimiento, debido simplemente al soplo del aire sobre su superficie.

Es, en efecto, el viento la causa de las olas, y si desapareciera en absoluto, el mar continuaría elevándose o descendiendo por efecto de las mareas originadas por la luna; pero lo haría tan paulatinamente que, de no fijar uno mucho la atención, para apreciar las diferencias de elevación o descenso de la superficie del mar, pasaría absolutamente inadvertido dicho movimiento. Las olas, son, pues, producidas por el viento. No hay duda que pueden levantarse grandes olas en el mar, sin que apenas sople una suave brisa, pero téngase presente que estas olas proceden de otras partes, movidas también por el viento, y que, una vez en marcha, han continuado su camino hasta el punto en que nos hallamos.

A pocos metros de la superficie, el mar está enteramente tranquilo, sin que en él se agiten esas olas, grandes como montañas, ni se mueva siquiera en imperceptibles ondulaciones; y si nos fuera dado contemplar el agua a cierta profundidad, no por cierto muy grande, la observaríamos enteramente tranquila, aun en los momentos en que, en la superficie, rugiera la tempestad mayor que podamos imaginar. Y la razón de eso es bien sencilla: las olas son causadas por el movimiento del aire, que obra tan sólo en la superficie.

¿POR QUÉ SE MUEVE EL AGUA EN ONDAS CIRCULARES Y CONCÉNTRICAS, CUANDO ARROJAMOS UNA PIEDRA EN UN ESTANQUE?

He aquí una pregunta a la que puede contestarse con suma facilidad, con sólo tener presentes dos hechos, que, en todas partes y siempre, son verdaderos. En la respuesta a la pregunta precedente, dimos la razón por la cual puede haber grandes olas en el mar, aun cuando no llegue a percibirse viento alguno, y es, porque tales olas proceden de otro lugar, desde el cual han llegado al punto en donde nos hallamos. Tal sucede cuando arrojamos una piedra a un pantano: el movimiento de la ola procede del lugar en donde ha caído la piedra.

Ahora bien, existe en la naturaleza una ley invariable, según la cual todo lo que está en reposo debe permanecer siempre en ese mismo estado, a menos que algo lo ponga en movimiento; y por el contrario, una cosa en movimiento continuará en él constantemente hasta que algo también la detenga, de manera que, de no suceder esto, continuará moviéndose eternamente; así ocurre con la piedra que arrojamos y con la ola que engendra esta piedra

al caer en el agua. Al chocar una piedra contra el agua, o al producirse un sonido en cualquier punto del aire, o al encenderse una luz, pónese en movimiento una onda que se esparce en todas direcciones desde el punto en donde se ha producido, y continuará esparciéndose indefinidamente, si no hay algo que la detenga.

Es evidente que una de las cosas que impiden la continuación de este movimiento, en el caso particular de las ondas de agua, es la fricción, es decir, el roce que las partes del agua tienen unas contra otras; y es, por consiguiente, muy natural que, a medida que la onda crece y se dilata, desarrolle su fuerza sobre mayor espacio. Por esto las ondas no son tan altas cuando llegan a la orilla, como en el punto en que se han formado.

¿POR QUÉ SE ROMPE AL MISMO TIEMPO UNA OLA EN LAS DOS ORILLAS DE UN CANAL?

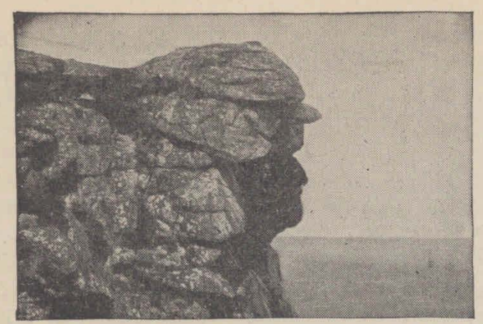
Producida una onda en el aire, en el agua o en cualquiera otra parte, no sólo se difunde por igual, de no hallar obstáculo, sino que se esparce también en la misma proporción, en todas direcciones. Supongamos tres personas al aire libre, ocupando los extremos de un triángulo equilátero; al hablar una de ellas, las otras dos oirán al mismo tiempo lo que diga la tercera; esto es, las ondas originadas por las palabras, llegan en un mismo instante al oído de las dos personas que escuchan, porque dichas ondas invierten el mismo tiempo en recorrer distancias iguales. Esto, exactamente, es lo que pasa con la onda del canal; la anchura de éste, aunque sea de varios kilómetros, nada importa, como tampoco tiene nada que ver que sea mayor o menor la distancia de algunos metros que hemos supuesto en el caso que acabamos de exponer.

¿A QUÉ SE DEBEN LAS CORRIENTES DEL MAR?

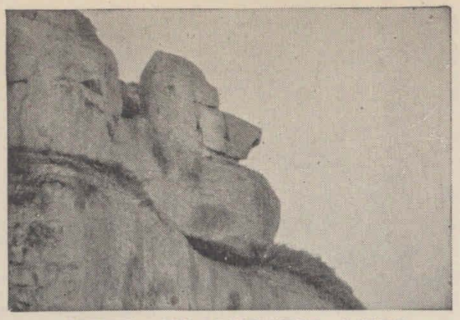
Suponemos enterado al lector de lo que es una corriente, que no es lo mismo que una ola, la cual, aun cuando parezca se mueve avanzando, en realidad es producida por el movimiento ascendente y descendente del agua; tanto es así que, después de haber pasado la onda, el agua se halla en el mismo lugar en que antes se encontraba. Pero en el caso de la corriente, que, como dice la misma palabra, significa algo que corre, el agua se mueve en realidad de un lugar a otro. Hay un lago en Suiza por el cual corre un río, cuyo movimiento puede distinguirse perfectamente por el diverso color de sus aguas. Esto es, propiamente hablando, una corriente. En este caso, fácil es comprender su causa. El agua del río corre al mar, que se halla más bajo que el lugar de nacimiento del río, y es en realidad la atracción de la tierra la que impulsa el agua del río a continuar su dirección por el lago, formando así una corriente.

Pues bien, en el mar hay también corrientes, las cuales son debidas a algo que impele o pone en movimiento una parte del agua del mar, mientras la restante permanece en reposo. Dejamos dicho que es evidentísima la diferencia entre una corriente y una onda que se difunde por el mar, pues en este último caso la onda corre, pero el agua, en realidad, no se mueve de su lugar. Estas corrientes pueden reconocer dos causas. A veces pueden ser producidas por un fuerte viento que, soplando en una dirección determinada, no sólo produzca ondas, sino que, en realidad, empuje y ponga en movimiento una porción de agua. Pero con mayor frecuencia, quizás, las corrientes son originadas por las diferencias de temperatura en el agua. El agua caliente, rodeada de agua fría, quedará como reconcentrada en sí misma, por decir así, y se moverá a través del mar. Si irradia el sol con fuerza en determinado espacio del mar, esta parte adquirirá temperatura más elevada de la que tienen otras, y por lo tanto, se producirá una corriente. En efecto, las corrientes de agua en el mar, frecuentemente son debidas a las mismas causas de las corrientes de aire, a las cuales damos el nombre de viento.

ROCAS QUE PARECEN PERSONAS



EL CABALLERO TEMPLARIO, EN LA ISLA LUNDY



«PUNCH», EN LLANDUDNO, GALES



EL «DR. SINTAXIS», EN FINISTERRE, CORNUALLES



EL «OBISPO», EN EL LIZARD, CORNUALLES



EL «VIEJO», EN NEW HAMPSHIRE

El viento, la lluvia y el mar socavando la tierra adherida y dejando la roca al descubierto, ha labrado a veces curiosas figuras. En esta página, y en la 424, presentamos algunos ejemplos de ellas.

¿POR QUÉ COCEMOS GRAN PARTE DE NUESTROS MANJARES?

Muchas son las razones por las que cocemos determinadas clases de alimentos. Quizás la más importante de todas es que, por medio de la cocción, los ablandamos, facilitando así su masticación: esto es especialmente cierto por lo que se refiere a la carne. Otra buena razón para cocer los alimentos es que la cocción mata cualquier microbio que pueda encontrarse en ellos, algunos de los cuales podrían producirnos mucho daño. Por esta razón, precisamente, es mucho mejor hervir la leche, a menos que tengamos absoluta garantía de su pureza; y notemos aquí que una gran parte de los manjares que se consumen, sobre todo en las ciudades, causarían graves perjuicios a la salud, si no se cociesen. Además, cociendo los alimentos, los hacemos más agradables a la vista, especialmente tratándose de la carne, que acostumbramos a mirar con reparo cuando está cruda y la preferimos cocida, con lo cual desaparece el color rojo de sangre. Mucho habría que decir sobre tan importante pregunta, pero no tenemos ahora espacio para ello; bástenos reflexionar sobre las tres razones aducidas.

¿DÓNDE ESTÁ EL VIENTO CUANDO NO SOPLA?

Esta pregunta nos obliga a remontarnos al mismo origen del viento. El viento es un movimiento en el aire; una corriente como la del mar, o como la que podemos producir en la taza de café, al agitarlo circularmente con la cucharilla, o en una palangana de agua, moviendo el dedo en ella. Pues bien, así como sin una causa que produzca una corriente en la taza de café, éste permanecerá quieto, de igual manera, si no hay un motivo suficiente para que se produzca una corriente en la atmósfera, es decir, para que haya viento, el aire permanecerá tranquilo y no habrá viento de ninguna clase. De modo que la única respuesta a la pregunta anterior, es que el viento no está en ninguna parte, cuando no sopla; y adviértase que lo que aquí llamamos viento, no es una cosa como una naranja o un libro, sino un *estado* particular del aire, un estado de movimiento; así, cuando el viento no sopla, no es porque se haya ocultado o haya huído a lejanas regiones, sino sencillamente porque el aire está sosegado, lo cual equivale a la ausencia del viento.

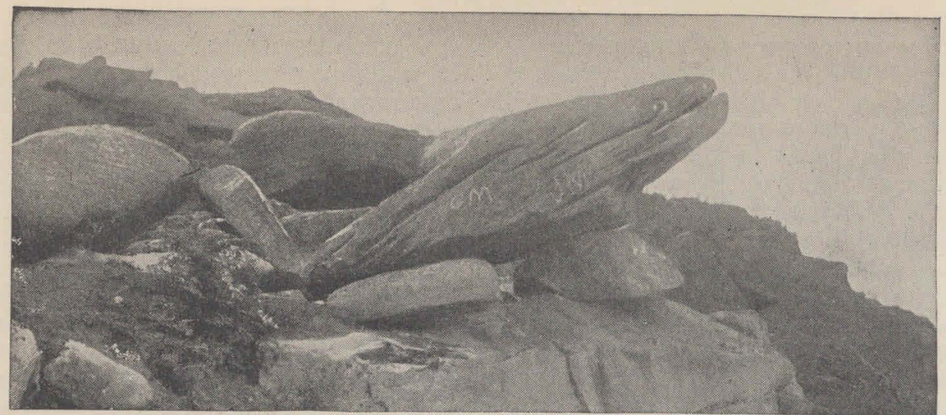
¿DONDE EMPIEZA EL VIENTO?

Si el viento es una porción de aire que se mueve a través del demás aire que lo rodea, será necesario hallar algo que lo mueva, pues, sabemos ya, que, tanto en el caso del aire, como en otro cualquiera, las cosas que se hallan en reposo, continúan en este estado hasta que algo las pone en movimiento. Por lo que al viento se refiere, puede decirse, como regla general, que es aire que se mueve de un lugar en donde la atmósfera es más densa a otro en que está más enrarecida. Saben perfectamente los meteorólogos modernos que la presión del aire en un punto determinado de la atmósfera, comparado con los demás, cambia constantemente, y que estos cambios producen el viento; porque siempre que hay diferencia de presión atmosférica entre dos puntos, se origina una corriente de aire desde el lugar de la presión mayor al de la presión menor; algo así como la tendencia del agua a mantenerse siempre en un nivel, en vez de amontonarse en mayores masas en unos sitios que en otros. Por consiguiente, si poseemos un instrumento (el barómetro) que nos diga cuándo cambia la presión del aire que nos rodea, y el grado de su elevación o depresión, podremos conjeturar con bastante certeza el tiempo probable, ya que nos será fácil precisar qué viento soplará, de qué dirección y con qué intensidad. La velocidad del viento en una brisa ligera, es de 6 u 8 kilómetros por hora, esto es, mayor que la de un buen andarín; la del viento fresco, más fuerte que la brisa, pero sin llegar a ser huracanado, es mayor que la de un tren expreso.

¿POR QUÉ SILBA EL VIENTO?

En general los ruidos que produce el viento sólo son percibidos dentro de las

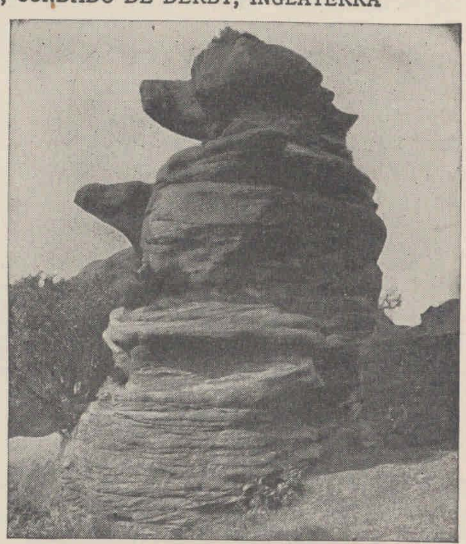
ROCAS QUE PARECEN ANIMALES



LA BOCA DEL SAPO, EN HATHERSAGE, CONDADO DE DERBY, INGLATERRA



LA CABEZA DE JACA, EN SANTA INÉS, ISLAS SCILLY



EL OSO BAILANDO, EN BRIMHAM



LA CARA DEL MONO Y EL PÚLPITO, EN BRIMHAM, CONDADO DE YORK, INGLATERRA

Las curiosas formas de personas, que las rocas toman a veces, se parecen tanto a algunos personajes célebres, que los habitantes del país y sus contornos las llaman por sus nombres. A veces también la roca representa un animal en una actitud rara, por ejemplo, un oso bailando, o un león tendido, nombres que el vulgo les da en tales casos.

casas, y no fuera de ellas. El aire, al penetrar por los intersticios de las puertas y de las ventanas, hace vibrar o temblar cuantos objetos encuentra a su paso, produciendo así toda clase de sonidos, que con frecuencia son casi musicales. A veces la gente se asusta al oir semejantes ruidos, y, con todo, si saliera de casa no llegarían a oirlos. El viento que pasa por el aire, es decir, la corriente de aire que atraviesa la atmósfera, no se deja oir, porque lo que en el aire percibimos con nuestros oídos no es una corriente, sino una onda.

¿QUIÉN PRODUCE EL ECO?

El eco es una cosa muy sencilla; basta saber qué es el sonido para poder contestar a la pregunta propuesta.

El sonido es una onda en el aire, y cualquier cosa capaz de interceptar esta onda y hacerla retroceder, sin alterar su forma, producirá un eco. Es, en realidad, casi lo mismo que las ondas del mar que chocan contra el rompeolas y retroceden. Si éstas se rompen de tal manera que, en vez de retroceder en la forma en que han venido, lo hacen con irregularidad, no se oirá un eco distinto; de igual manera que nadie podrá ver su semblante en un espejo, a menos que esté completamente liso. De modo, que los lugares en donde se producen mejor los ecos son aquellos en los cuales las ondas sonoras retroceden o son rechazadas exactamente como habían llegado, ni más ni menos que las ondas luminosas reverberan en un espejo. Con todo, para producir un eco, ha de hallarse uno bastante distante de la pared o del obstáculo que causa el retroceso o reflejo de las ondas, a fin de dar al oído tiempo suficiente para percibir, primero, el sonido, y luego las ondas que retroceden.

¿QUÉ ES LO QUE ORIGINA LOS ECOS CUANDO GRITAMOS AL AIRE LIBRE?

En los grande edificios puede causar el eco, a veces, no pocas molestias, porque puede impedir que se perciban las palabras o la música. En estos casos, las paredes del edificio son las que causan la reflexión de las ondas sonoras; pero con mucha frecuencia, según sugiere la pregunta propuesta, podemos oir un eco enteramente claro, sin ser fácil señalar el objeto que produce dicha reflexión. Otras veces, también las ondas pueden retroceder o reflejarse no exactamente como habían llegado, pero sí suficientemente distintas para poder ser oídas; en este caso, imaginan algunos que en la casa hay alguien que les habla. Tenemos por cierto que muchos errores y consejas que han hallado acogida en la fantasía del pueblo, dependen precisamente de que en muchos de estos casos no se admite la existencia del eco, sino que se prefiere aceptar la de alguna persona misteriosa, a quien se atribuyen todos los sonidos que, en realidad de verdad, únicamente al eco deberían atribuirse.

Es el sonido una cosa maravillosa, que no conocemos todavía; pero sabemos que, aun cuando no existan muros bastante altos para provocar el retroceso de las ondas sonoras, puede producirse dicho retroceso de muchas otras maneras. Por ejemplo: un grupo de árboles origina con frecuencia un eco, que es muy posible sea producido por el mismo aire, quizás porque éste está compuesto de diferentes capas, unas más ligeras que otras; en este caso, al penetrar en él las ondas sonoras, es natural que muchas de ellas retrocedan. Así sabemos que ocurre con la luz; y, en efecto, es regla general, que cuando una onda, de una u otra clase, pasa a un medio diferente de aquél por el cual estaba atravesando (del aire al agua, etc.) es probable que parte de ella retroceda.

¿POR QUÉ NO VEMOS EL FONDO DEL RÍO?

Acabamos de decir que cuando una onda pasa de un medio a otro diferente, parte de ella suele ser reflejada, o, lo que es lo mismo, retrocede. Ahora bien, la luz es una especie de onda, y, como tal, sigue esta regla. Al pasar por una ventana, parte de ella retrocede, lo cual explica que, hallándonos a veces ante el cristal de una ventana,—por ejemplo, de la ventanilla del tren, en

el momento de atravesar un túnel,—veamos nuestro propio rostro. Lo mismo exactamente sucede cuando la luz pasa del aire al agua; parte de ella es reflejada, y en ocasiones en tanta cantidad, que, inclinados hacia ella, no vemos el fondo del agua, sino nuestro propio semblante, ni más ni menos que si nos mirásemos en un espejo. Bien es verdad, que esto depende de muchas cosas; y, si bien se mira, cuando la luz viene en la conveniente dirección, podemos ver con frecuencia, no la luz rechazada desde la superficie del agua, sino la que refleja o rechaza el mismo fondo del río.

¿PODRIAMOS LEER A LA LUZ DEL FUEGO QUE HAY EN EL INTERIOR DE LA TIERRA?

He aquí una pregunta rara; y ciertamente, quien la medite con algún detenimiento, se convencerá de que no es cosa fácil dar aquí una respuesta precisa, pues con sólo recordar que la cavidad más profunda que hasta ahora se ha abierto en la tierra no pasa mucho más de dos kilómetros, deducirá que contestar a esta pregunta, es hablar de lo que nadie ha visto. Creemos, sin embargo, aceptable la respuesta siguiente: Si pudiéramos separar la corteza terrestre, de la misma manera que mondamos una naranja, de tal modo que quedara expuesto el centro incandescente de la tierra, seguramente daría bastante claridad, algo así como un pequeño sol; y entonces es indudable que podríamos leer a su luz, pero sin poder afirmar lo que sería de nosotros en este caso.

No obstante, es útil y conveniente tengamos en cuenta que, si bien vivimos sobre la corteza terrestre enteramente fría, con todo, debajo de ella, hay un núcleo de fuego que, si pudiera ser visto, despediría una luz tan brillante, que nos atrevemos a afirmar que con ella podrían leer los habitantes de la luna, si ésta estuviese habitada.

¿POR QUÉ EN LA INDIA HACE MÁS CALOR QUE EN ALASKA?

La respuesta anterior no puede menos de producirnos la impresión de que, por decir así, nos hallamos «entre dos fuegos». Debajo de nosotros está el fuego de la tierra; encima, el gran fuego del sol. Como quiera que sea, las diferencias que se observan en los diferentes puntos de la superficie de la tierra—diferencias gracias a las cuales la India, por ejemplo, es más calurosa que Alaska,—nada tienen que ver con el calor subterráneo. Toda la diferencia estriba en la forma de acción del calor del sol sobre cada una de estas dos regiones. La luz y el calor del sol han de atravesar la atmósfera antes de llegar a la tierra; y el aire, al ser invadido por esa luz y calor, retiene una buena porción de ambos. Por consiguiente, en las partes de la tierra a donde los rayos del sol llegan verticalmente a través de la atmósfera, hace más calor, y en ellas el sol es más brillante. En esas regiones del mundo, el sol parece levantarse hasta el cenit, y sus habitantes no encuentran otra protección contra los ardientes rayos solares que el simple espesor del aire. Pero en otros sitios, los rayos del sol, irradian en dirección oblicua, debiendo, por tanto, recorrer más espacio y atravesar, por consiguiente, mucha mayor cantidad de aire; por esto en ellas el sol es menos brillante y mucho menos intenso su calor.

¿POR QUÉ EL FUEGO ES CALIENTE?

Cuando arde una materia cualquiera, se desprende de ella algo especial, a que damos el nombre de calor. Probablemente el calor es algo como la luz, aunque no podemos verlo. Como tal consiste en una onda que vibra en el éter, y que en sí misma no es fría ni caliente, sino únicamente lo que acabamos de decir, esto es: un movimiento ondulatorio del éter que se descompone en ondas o rayos; y por estar así formado se llama frecuentemente calor radiante, el cual, naturalmente, proviene del sol en grandes cantidades.

Pero la pregunta propuesta tiene en realidad dos partes. Hemos procurado contestar a la primera; falta, pues, dar respuesta a la segunda, que puede con-

EL FUEGO INTERIOR DE LA TIERRA



El corazón o núcleo de la tierra está formado por grandes masas de materias incandescentes, y por gases. El fuego central, como cualquier otro fuego, necesita respiraderos, y hay en el mundo varias montañas, llamadas volcanes, por las cuales ese fuego se abre paso. Los volcanes no siempre arrojan sólo humo, como podría creerse al ver esta hermosa fotografía, la cual representa al gran volcán de Italia, el Vesubio. En ocasiones, manifiéstanse activos con gran violencia, como el Vesubio en el año 79, que destruyó ciudades enteras, una de las cuales, Pompeya, quedó sepultada entonces por completo.

cretarse en estos términos: ¿Por qué el calor radiante hace que sintamos sensación de calor? La única respuesta es que la sensación del calor estriba en un sentido, como el de la vista y el oído. De modo que el calor hace que sintamos una sensación cálida, de igual manera que la luz nos permite ver y el sonido oir. O bien, para expresarlo en otros términos: nuestros cuerpos están hechos de manera que tienen sensación de estas diferentes cosas externas por dichos diferentes medios.

¿POR QUÉ SE PRODUCE UNA CHISPA CUANDO CHOCA EL ACERO CON UNA PIEDRA DURA?

Acordémonos de que en el mundo no se *pierde* nada, sino que sólo se transforma. Cuando hacemos chocar el acero con una piedra, el movimiento producido en ésta no se pierde, no se aniquila, sino que se transforma en otra cosa.

En el mundo no se pierde ninguna fuerza, por muy gastada que esté. Así podemos decir que el movimiento de la piedra, que procede del movimiento del brazo, el cual, a su vez es producido por la fuerza de los alimentos, y éstos, por último, por la del sol, se ha cambiado en el calor y la luz que se desprenden del pedacito de piedra que se rompe, despidiendo luz en el momento del choque y que vulgarmente llamamos «chispa». Sabido es que, hace bastante tiempo, antes de que se inventaran los fósforos, los hombres hacían lumbre en esta forma.

Cierto es que para hacer fuego por este método les era necesario tener a mano alguna materia muy inflamable, que se encendiese al caer la chispa sobre ella. A veces podemos obtener también una chispa frotando dos palos secos; pero al decir *podemos*, adviértase que sería en vano intentarlo en un lugar húmedo, sino que deberá hacerse en un sitio cuyo aire esté enteramente exento de vapor de agua. Nótese, además, que un palo seco en la Argentina o en el Perú, por ejemplo, puede ser húmedo en Colombia o en Panamá, pues ello depende de las diferentes circunstancias del clima, que siendo húmedo, impregna de agua los objetos y los predispone contra el fuego.

¿POR QUÉ PASA EL CALOR A LO LARGO DE UNA BARRA DE HIERRO?

De muchas maneras pasa el calor de un lugar a otro. Una de ellas es mediante rayos, y entonces se llama *irradiación*, de la cual hemos hablado anteriormente. Además, el calor puede moverse, sencillamente, porque las cosas calientes están dotadas de moción y llevan consigo el calor. Esto ocurre en una caldera de agua hirviendo en la que el agua caliente sube del fondo a la superficie, llevando consigo el calor. A esta moción llámase propiamente difusión del calórico.

Perfectamente, se nos objetará; pero cuando el calor recorre una barra de hierro, ni hay irradiación ni difusión, porque nadie supone que ciertas partes de la barra se ponen en movimiento conduciendo el calor. Esto es muy cierto; pero si leemos las siguientes líneas en ellas hallaremos una solución.

¿POR QUÉ NO CORRE EL CALOR A LO LARGO DE UN PALO?

Sabemos que el calor corre o se extiende a lo largo de una barra de hierro, y no obstante, un palo, por muy corto que sea, puede quemar por un extremo, y sin embargo, podrá asirse por el otro, sin experimentar sensación de calor: el calor no corre, por tanto, a lo largo del palo. En cambio, el calor recorre una barra de hierro, no porque se muevan sus partes, sino porque cada una de sus moléculas calienta a la otra por yuxtaposición. La palabra exacta para significar esta acción es *conducción*, pues es como si los átomos de la barra de hierro fuesen una especie de anillos, y el calor pasase de uno a otro. Ahora bien, una barra de hierro está constituída de tal manera, que sus átomos conducen bien el calor, siendo, en efecto, el hierro. como todos los metales, fácil y rápidamente recorridos por él.

La frase adecuada para expresar esta cualidad es que los metales son buenos conductores del calor. En cambio, la madera es de índole muy diferente; es

como si en ella los anillos a que nos hemos referido estuviesen desligados unos de otros y no pudiera circular por ellos el calor. Por esto decimos que la madera es mal conductor como asimismo lo son las materias que se emplean para tejer nuestros vestidos.

¿POR QUÉ EL AGUA MUY FRÍA ROMPE UN VASO CALIENTE?

La razón por la cual el agua muy fría rompe un vaso caliente, es la misma exactamente por la que el agua muy caliente rompe un vaso frío, cosas que no suceden con frecuencia. Tratándose de un vaso muy delgado no se romperá con agua fría, ni con caliente; y sabemos que los químicos usan a menudo unos tubitos de cristal sumamente delgado, llamados probetas de ensayo, que resisten la acción de la llama, pudiendo hervirse agua en ellos sin temor de que se rompan.

Vulgarmente se cree que cuanto más delgado es el cristal, más fácilmente puede romperse, siendo así, que precisamente, sucede todo lo contrario. Si, por ejemplo, llenamos de agua caliente un vaso ordinario, el calor es conducido desde el agua al vaso, debiendo éste dilatarse, pero el calor no ha llegado todavía a la parte exterior del vaso, que se halla en su primer estado, frío. Por esto, al dilatarse la capa interior que se ha calentado, rompe la exterior que la rodea. Lo contrario ocurre cuando un vaso caliente se llena de agua fría; la parte interna se contrae antes que la exterior, y ésta se rompe. Pero usando vasos muy delgados, el calor atraviesa todo el cristal con gran rapidez; calentándose las partes internas y externas del vaso al mismo tiempo, y haciendo así que la dilatación o la contracción se efectúen por igual y al mismo tiempo en todo el cristal, se evita el que el vaso se quiebre.

¿PODEMOS SER DESPEDIDOS DE LA TIERRA?

No podemos ser despedidos de la tierra porque ésta nos sostiene por medio de su atracción. Gracias a su ingente masa tiene la tierra un poder de atracción tal, que si deseáramos huir de ella, habríamos de contar con otra fuerza suficientemente potente para poder contrarrestar la que nos empuja hacia la tierra. Por esto, aunque no podemos caer de la tierra, podemos fantásticamente imaginar un cañón suficientemente poderoso que nos lanzase fuera de ella; pero el tal cañón habría de ser mil veces mayor que los más grandes que hasta ahora se han construído. Por otra parte, si la tierra no estuviera rodeada de aire, sería más fácil arrojar al espacio algo, con tanta fuerza que aquélla no pudiese atraerlo, pero no siendo así, el aire hace retroceder todo cuanto a él se lanza. Tampoco se puede tirar una pelota a gran profundidad en el agua; y eso puede darnos idea de la manera cómo el aire daría un impulso de retroceso a la bala de cañón, que hubiéramos intentado disparar desde la tierra. Conocida es la famosa novela de Julio Verne, en que el novelista presenta a varios individuos que se propusieron viajar de la tierra a la luna, metidos en una gran bala de cañón.

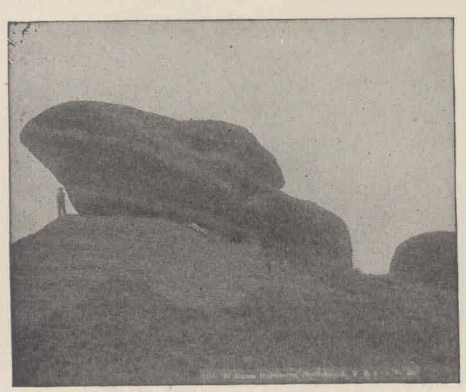
¿ADÓNDE IRÍAMOS SI FUÉSEMOS DESPEDIDOS DE LA TIERRA?

La mejor manera de imaginar cómo podríamos ser despedidos de la tierra, sería suponer que alguna otra fuerza se opusiese a la de atracción, destruyéndose ambas. Si esto pudiera darse y saltásemos dentro de casa, tocaríamos con la cabeza en el techo; saltando fuera de ella, nos lanzaríamos directos hacia el espacio, recorriendo un largo camino en que la resistencia del aire, nos obligaría a movernos cada vez más despacio, hasta que, al fin, nos detendríamos en una región completamente fría. Pero supongamos que no sólo cesa la tierra en su atracción, sino también el aire en su acción de resistencia, entonces al menor salto que diéramos nos remontaríamos indefinidamente por el espacio.

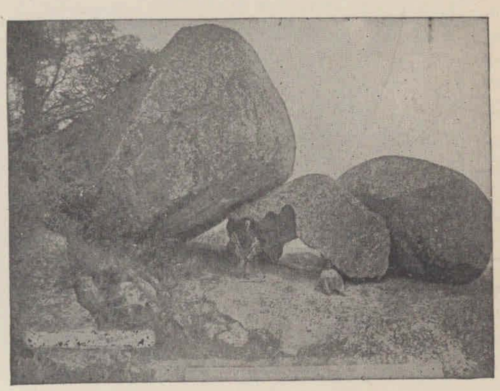
Esta es la única manera como podríamos caer de la tierra. Si saltásemos con la misma oportunidad con que fué disparado el cañón de Julio Verne, podríamos viajar hacia la luna, hasta llegar a una distancia suficiente para

ser atraídos por ella, en la cual caeríamos por necesidad, con tal ímpetu, que moriríamos estrellados, máxime no teniendo la luna aire que suavizase la caída.

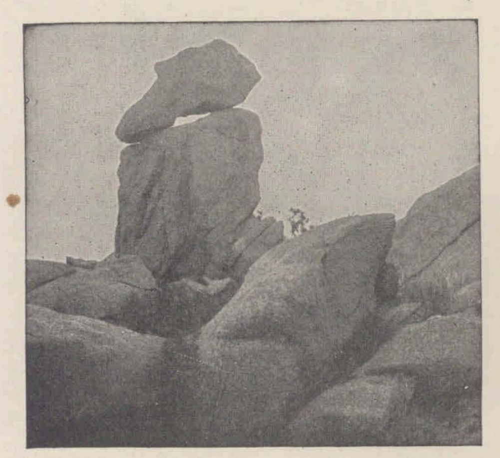
De no suceder esto, iríamos a parar al sol; así como si la tierra cesase de moverse alrededor de ese astro, en el mismo momento caeríamos en él. Otras muchas cosas nos sucederían: si, por ejemplo, cesase la atracción de la tierra, podríamos dar vueltas y más vueltas alrededor de ella, como si fuésemos una segunda luna, pues ya sabemos que en realidad la luna se desprendió de la tierra en sus orígenes, empezando entonces su movimiento alrededor de ella.



EL RATON ONGAMIRA-CÓRDOBA



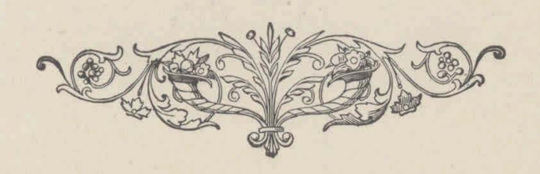
PIEDRAS GRANDES, LAS VENTANAS, LA FALDA, CÓRDOBA



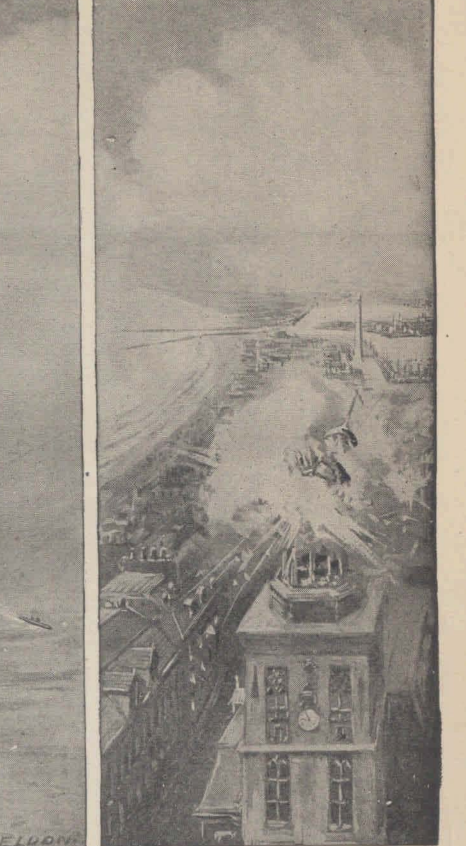
EL ZAPATO, CAPILLA DEL MONTE, CÓRDOBA

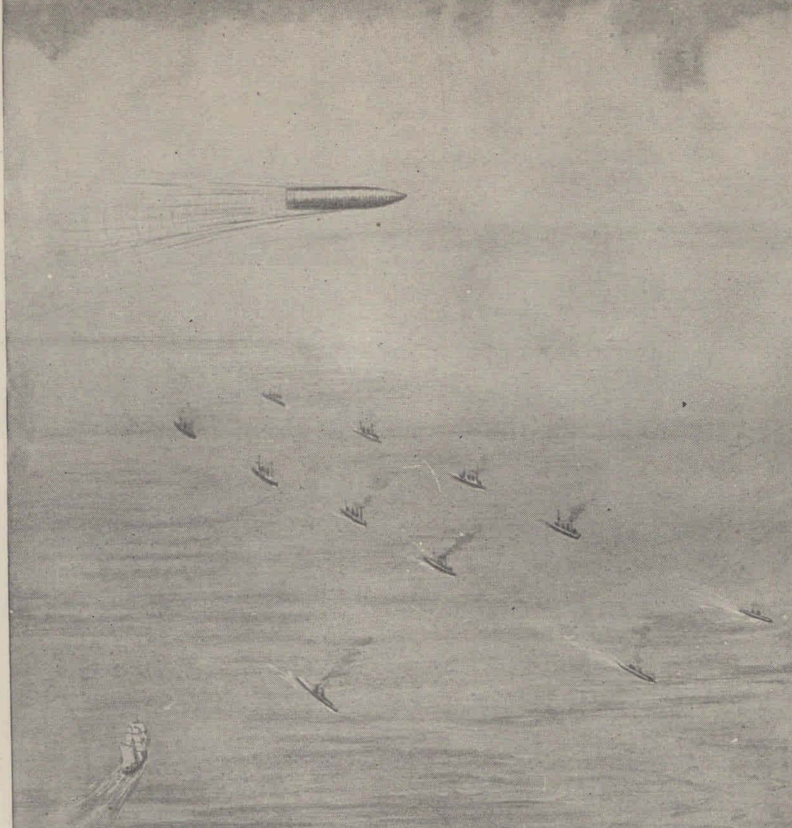


LA PIEDRA MOVEDIZA DEL TANDIL



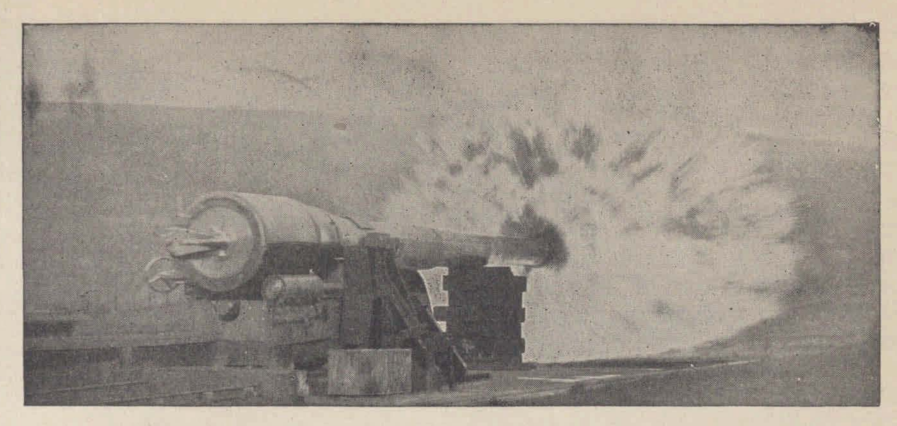
UNA TONELADA DE FUEGO Y ACERO VOLANDO DE INGLATERRA A FRANCIA





Un cañón disparado en Dóver puede lanzar un proyectil de una tonelada de peso con tan gran velocidad que, después de recorrer las veinte millas de distancia que separan las orillas del paso de Calais, destruya una torre de esta ciudad.

El admirable poder de los cañones modernos parece una pesadilla. La artillería que poseen los tipos más recientes de buques de combate pueden lanzar una masa de acero y explosivos de una tonelada de peso, desde Dóver a Calais, en unos cuantos minutos; y, al finalizar su viaje, penetrará el proyectil en el blanco con gran fuerza y explotará causando horribles estragos.



LO QUE PUEDE HACER UN CAÑÓN DE GRUESO CALIBRE

LO QUE MÁS FUERZA DESARROLLA EN EL MUNDO

EL instrumento más poderoso de cuantos ha construído el hombre, el ingenio o máquina que más fuerza desarrolla, es el cañón de grueso calibre. Con esta terrible arma se pueden lanzar por el espacio proyectiles de un peso enorme, con una velocidad de 32 kilómetros por minuto, y dotados de la energía necesaria para hacer saltar en pedazos el grueso y durísimo casco de un acorazado. Ningún otro artefacto construído por el hombre puede en su interior concentrar tanta cantidad de fuerza como un cañón de grueso calibre.

Asusta el pensar que todo este gran poder tiene por único fin la destrucción de vidas humanas; que la mayor fuerza que pueden reconcentrar los hombres en un objeto esté destinada a hundir buques o aniquilar ciudades. Pero los cañones se hacen para la guerra, y, mientras la guerra subsista en la tierra, las naciones tienen que vivir siempre preparadas para ella. En especial las que poseen vastos territorios y mares que guardar, deben colocarse en situación tal, que las otras potencias no se atrevan a atacarlas. Deben prevenir dichos ataques preparándose para repelerlos, si llegan, y vivir siempre en estado de aplastar al enemigo que se atreva a embestirlas de improviso. Para eso se construyen todos los poderosos dreadnoughts y los cañones y obuses de más de 40 centímetros, de invención reciente.

Los barcos de combate de nuestros días constituyen el arma más poderosa y temible que jamás vieron los siglos; y este gran poder es debido a los enormes cañones de que están dotados. Las piezas de artillería emplazadas en los más modernos tipos de buque de guerra son incalculablemente superiores en tamaño y fuerza a los más poderosos cañones conocidos hasta ahora. El cañón más potente usado hasta nuestros días, poseíalo la marina inglesa, que ha sido siempre la mejor equipada del mundo. Dicho cañón era de *38 centímetros*. Cuando, para designar el poder y magnitud de los cañones, decimos que son de 30, 38, etc. centímetros, nos referimos a lo que se llama el calibre, o sea, el diámetro del tubo interior o *ánima* de los mismos, medido en su boca, que es el punto donde el proyectil abandona la pieza.

Los cañones de 38 centímetros poseen la potencia necesaria para lanzar un proyectil de 38 centímetros de diámetro (construído del mejor acero conocido) a una distancia de más de 11 kilómetros.

Ahora bien, debido a los muchos

centenares de pesos que cuesta cada tiro de estos cañones, se procura economizar dichos proyectiles cuanto es posible, y a este fin no se efectúan disparos sin garantía de seguridad y sin que los artilleros vean el blanco a que tiran. De 11 a 18 kilómetros es la mayor distancia a que puede esperarse que el disparo de estos cañones sea eficaz. Supongamos, pues, que ha llegado ya el día infausto en que tiene que ser disparado uno de estos grandes cañones.

El buque enemigo se halla situado a la distancia de 11 a 18 kilómetros, y ha sido ya dada la orden de fuego. El artillero, después de apuntada la pieza, oprime un pequeño botón, establécese una corriente eléctrica, hace explosión una tremenda carga de pólvora, y con un estrépito ensordecedor, lanza el cañón un proyectil de 996 kilogramos, que parte con una velocidad portentosa.

EL FINAL DE UN VIAJE EXTRAORDINARIO

Este proyectil, que tiene la forma de un grueso cigarro, emprende su vertiginosa carrera por el aire, dotado de un rapídisimo movimiento de rotación alrededor de su eje, y en el tiempo que emplea el más veloz corredor en recorrer cien metros, salva los 11 kilómetros que lo separan del buque enemigo. Al terminar su viaje, principia propiamente su obra de destrucción. A pesar de haber recorrido los 11 kilómetros, conserva todavía un inmenso poder que le permite perforar la coraza de acero del buque y estallar en pequeños fragmentos, abriendo un enorme boquete en el costado del barco, destrozándolo tal vez por completo y haciéndolo zozobrar. Si esta primera granada no pudiera por sí sola consumar esta obra de destrucción, se dispararían otras más. El alcance de este cañón es superior a 11 kilómetros; pero esta es la distancia máxima a que puede ser disparado con garantías de éxito.

Existen otros cañones que poseen también gran alcance. El de 30 centímetros puede enviar un proyectil a 11 o 13 kilómetros de distancia y aun más; pero dichos proyectiles pesan sólo 403 kilogramos, o sea poco menos de la mitad que los anteriores. Por consiguiente, esta nueva arma de combate posee una eficacia doble precisamente que la otra, a pesar de ser de sólo ocho centímetros la diferencia entre los calibres de ambas.

LOS «PIGMEOS» QUE FABRICAN ESTOS GIGANTESCOS CAÑONES

Cuanto mayor sea el proyectil, mayores han de ser, naturalmente, sus efectos. Todo el que conozca algo acerca de los *momentos* se hará cargo de esto. Un gran buque que navega por el mar sufrirá averías inmensas, si choca con cualquier objeto, porque su momento, o sea, el producto de la intensidad de su fuerza por la distancia al punto contra el cual choca, es enorme. Se comprende perfectamente que el momento de un proyectil que pesa una tonelada tiene que ser muy superior al del que sólo pese 403 kilogramos.

El efecto de estos nuevos cañones es extraordinario. Los enormes buques de guerra construídos hasta ahora hallábanse provistos de espesas y bien templadas corazas, cuya resistencia estaba calculada para que pudiera resistir los proyectiles disparados por los cañones de 30 centímetros; pero contra los nuevos cañones resultan ineficaces esos blindajes.

El hombre es un pigmeo comparado con estos gigantescos cañones que construye. El de 38 centímetros pesa unas 100 toneladas, que equivalen aproximadamente al peso de 1500 hombres.

Hasta hace poco, los mayores cañones que existían montados a flote eran los de 38 centímetros, pero con la invención de los últimos cañones, de un calibre de más de 40 centímetros, han debido construirse buques de un desplazamiento superior al de los mayores dreadnoughts, para que en ellos pudieran ser montados. ¿Cómo es posible construir cañones capaces de lanzar a tan considerables distancias estos terribles proyectiles que destruyen los más potentes acorazados sin que hagan explosión ellos mismos, cuando se les dispara? El descubrimiento de este secreto ha costado muchos años de incesante labor y grandes sumas de dinero y de paciencia.

Lo que puede hacer un cañón de grueso calibre

CONSTRUCCIÓN DE UN CAÑÓN, CUYA FUERZA ES SUPERIOR A LA DE MIL HOMBRES

La construcción de uno de estos cañones constituye uno de los mayores triunfos de la ingeniería moderna. Aunque aparentemente el cañón parece un cuerpo sólido, consta de varias piezas. El tubo central, o cañón propiamente dicho, se construye de un lingote de acero de pureza y solidez especial, y en su ánima, o parte interior, se practican estrías o rayas cuyo objeto es imprimir al proyectil un rápido movimiento de rotación alrededor de su eje. Después se le rodea de otros tubos exteriores o manguitos de metal. Para realizar esta operación se los dilata por medio del calor, encapillándoselos después al tubo principal, sobre el que ejercen una presión enorme al enfriarse. Es preciso cuidar de que el enfriamiento se efectúe de una manera uniforme. Los constructores pueden seguir colocándole otros manguitos de metal por el procedimiento explicado, pero generalmente prefieren recubrirlo con alambre.



Esta operación se hace a máquina, arrollándose el alambre alrededor del cañón, y siendo necesarios más de 16,000 kilómetros de alambre para recubrir un cañón de grueso calibre. A pesar de ser muy grande la resistencia que presenta el alambre a la presión interior ejercida lateralmente, es nula, sin embargo, contra las que se ejercen en sentido longitudinal; de suerte que es preciso reforzar el cañón en esta dirección, lo cual se consigue aumentando el espesor del metal hacia la parte de la caña próxima a la boca de la pieza, que es donde más se hacen sentir las vibraciones producidas por el proyectil al abandonar el ánima. Poco a poco, con infinita habilidad y cuidado, se va construyendo el cañón parte por parte.

¿QUÉ FUERZA ES LA QUE LANZA EL PROYECTIL?

La parte posterior del cañón recibe el nombre de culata. En ella, y en una cavidad especial, denominada recámara, se encaja el proyectil; colócase a continuación la pólvora y se cierra después la culata por medio de una pieza especial, llamada cierre, que viene a ser un enorme tornillo, para evitar que salga el tiro por detrás. Cuando todo está listo y se da la voz de «*fuego*», una chispa eléctrica inflama la carga, que lanza el proyectil fuera de la pieza.

Para disparar estos nuevos proyectiles hace falta una carga de más de 90 kilogramos de cordita, llevando aquél otra carga explosiva en su interior, cuyo peso no bajará de 45 kilogramos, que es lo que le hace explotar cuando choca contra el blanco. Existen numerosos explosivos. Unos poseen propiedades rompedoras, y son los que se utilizan en los barrenos de las minas y canteras; otros son más apropósito para impulsar los objetos.

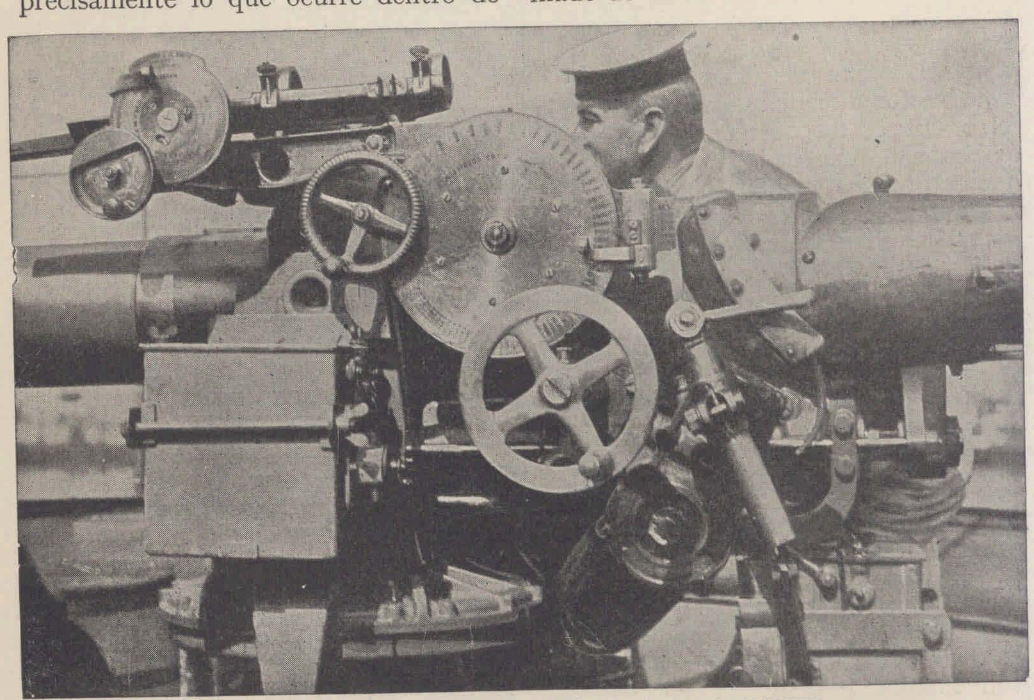
Y ha llegado la hora de explicar esa fuerza misteriosa que impulsa los proyectiles. Cuando explota la carga de un cañón, por motivo, unas veces del calor, otras del choque, sus efectos son iguales. La pólvora empleada en estos cañones tiene una forma prismática, con un canal en su centro, y un color marrón claro; pero la cordita tiene toda la apariencia de una cuerda, a lo que debe su nombre. El efecto, sin embargo, es el mismo en ambos casos. La chispa eléctrica u otra forma de calor y choque hace explotar la cordita. En un instante la masa de cordita, que hace salir el proyectil, se convierte en un gas que posee una fuerza terrible de expansión. Puede encerrarse una enorme cantidad de cordita en un espacio relativamente pequeño; pero en el mo-

mento en que se convierte en gas sobreviene una horrible conmoción. El gas que la cordita produce necesita para dilatarse un gran espacio; pero, como encuentra en su camino el proyectil que se opone a su expansión, realiza un esfuerzo gigantesco y lo hace salir por la boca del cañón, animado de un rápido movimiento giratorio alrededor de su eje y de una velocidad de 32 kilómetros por minuto. Puede enviar un proyectil de una tonelada de peso, desde Inglaterra a Francia, en un minuto o dos, con tal fuerza, que cuando dé en el blanco desarrollará todavía una presión de muchas toneladas.

Una explosión de gas en una casa volará las ventanas, y es posible que destroce también algunas puertas y derribe algunos tabiques. ¡Pues imagínese lo que será una explosión enormemente multiplicada y que se efectúa en una reducidísima cámara de acero! Arrollará con fuerza incontrastable cuanto se oponga a su paso; y esto es precisamente lo que ocurre dentro de la recámara del cañón. La cordita, convertida instantáneamente en gases dotados de una fuerza enorme, necesita abrirse camino a toda prisa. Pero, como no tienen más lugar por donde poder escaparse que la boca del cañón, y el proyectil se halla obstruyendo el camino que a ella conduce, arrástranlo por delante de sí y lo lanzan al espacio animado de una velocidad vertiginosa que le hace recorrer muchos kilómetros y producir destructores efectos al final de su trayectoria.

TESOROS DE ENERGÍA QUE LA NATURALEZA POSEE

Úsase la cordita, con preferencia a la pólvora, por varias razones. No produce humo, de suerte que no delata el lugar de donde ha partido el tiro. No deteriora el cañón con tanta rapidez como la pólvora, y, lo que es más importante todavía, su deflagración es más lenta y gradual que la de ésta última, lo cual hace que se aproveche íntegramente toda su fuerza y salga el proyectil animado de una velocidad enorme.



ARTILLERO APUNTANDO UN CAÑÓN DE GRUESO CALIBRE

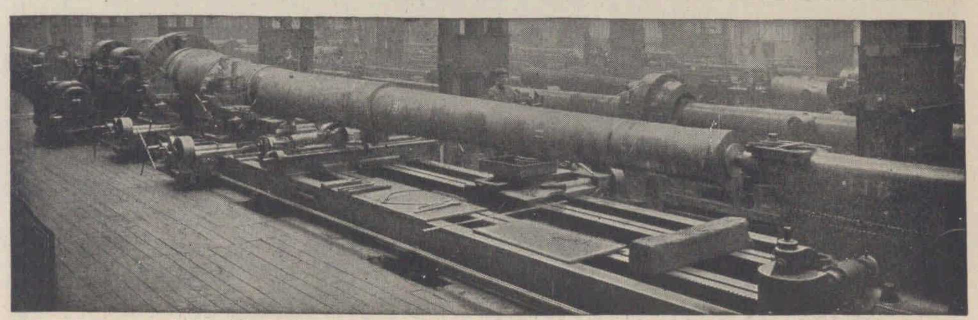
Los cañones modernos, símbolo del poder y la energía, salen de estos grandiosos hornos de fundición del acero.

El acero fundido es transportado a los moldes en donde queda convertido en un lingote sólido de 50 toneladas.

Los cañones modernos de grueso calibre están formados por varios tubos de acero que encajan los unos dentro de los otros a gran presión. En este grabado vemos cómo se moldean estos tubos por medio del martinete.

Camisa de un cañón de grueso calibre que ha sido moldeada por una prensa hidráulica, y está ya casi concluida.

SUMERGIENDO UN CAÑÓN EN ACEITE



Después que un tubo ha sido debidamente taladrado, redondeado y alisado, es calentado y sumergido por una grúa en un baño de aceite, como se ve en el grabado, a fin de endurecerlo. Se le saca luego y se le endereza.

PONIENDO LA CAMISA A UN CAÑÓN

Los tubos del cañón se colocan unos dentro de otros y se enrolla sobre ellos alambre de acero. Luego se encapilla la camisa, como se ve en el grabado superior, y, finalmente, después de alisado por fuera el cañón, se le pasa un taladro, para que el interior quede perfectamente liso. Esta última operación es la que representa el grabado inferior.

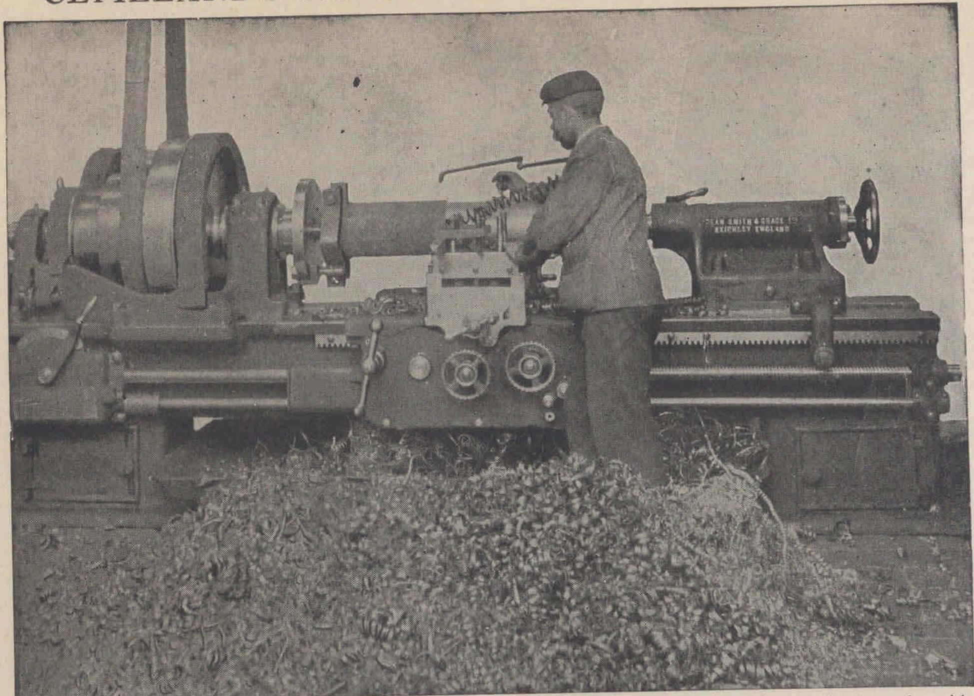


Un taller de construcción de cañones de grueso calibre posee inmensas dimensiones, y su maquinaria es la más potente del mundo. Poderosas grúas levantan y transportan los mayores cañones como si fuesen juguetes.



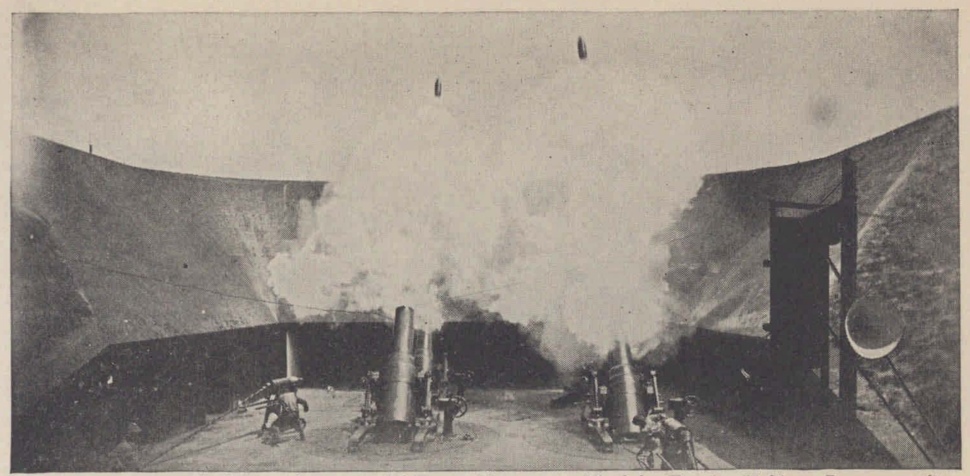
Departamento donde se montan los cañones. Luego de concluído el cañón, y después de ser probado, es conducido a este taller y montado sobre una cureña dotada de los necesarios mecanismos para hacerlo girar horizontal y verticalmente, quedando en disposición de ser instalado en un fuerte o en un buque de combate.

CEPILLANDO EL ACERO COMO SI FUESE CERA



Estos grabados nos muestran con qué facilidad puede ser cepillado por un torno poderoso el más endurecido acero.

Los cañones de grueso calibre constrúyense del acero más puro que puede fabricarse, y el poder cepillarlo constituye uno de los más legítimos triunfos de la ingeniería moderna.



Cañones gruesos para la defensa de costas, del Fuerte Monroe, en Virginia, Estados Unidos. Los proyectiles, cada uno de los cuales pesa 2300 kilos, son vistos en el aire un instante después de haber sido disparados. La velocidad de aquellos en la boca del cañón es de 400 metros por segundo.

Antiguamente los cañones se disparaban aplicando a la pólvora una mecha encendida; en la actualidad se les adicionan a las culatas mecanismos complicados para lanzar los proyectiles a sus terribles viajes.

UN CAÑON PEQUEÑO Y UNO GRANDE



Foto. Underwood & Underwood, N. Y.

Este no es un cañón grande, pero es uno de los más utiles en la guerra; el famoso cañón francés de setenta y cinco; estos significan milimetros de calibre. Es una pieza muy segura, que dispara rápidamente, y que rara vez se descompone; su papel en la Guerra Mundial fué de suma importancia, considerándose como la más valiosa pieza de la artilleria ligera.

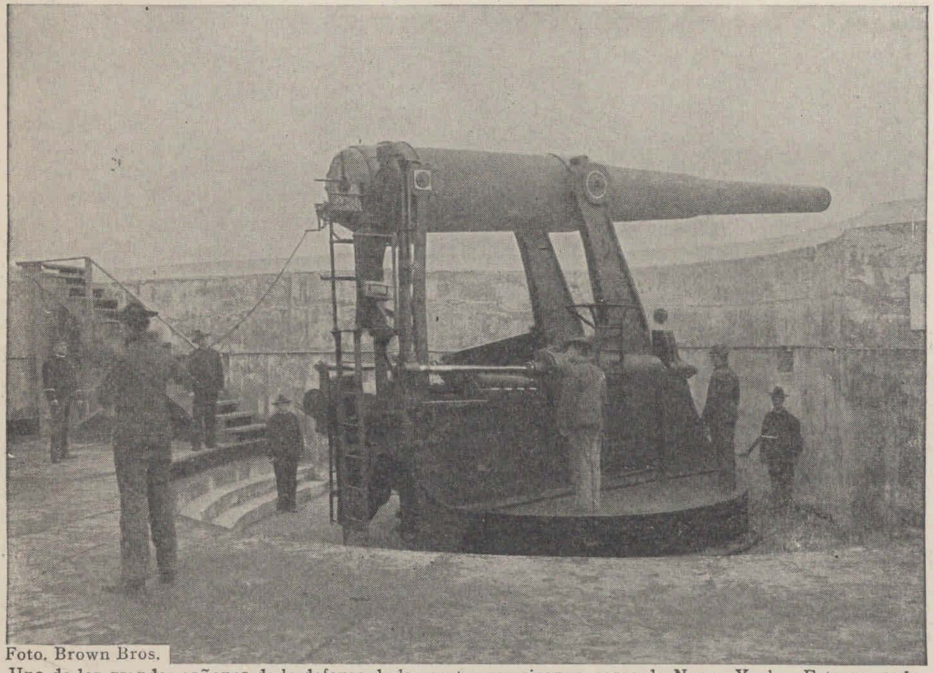


Foto. Brown Bros.

Uno de los grandes cañones de la defensa de las costas americanas, cerca de Nueva York. Esta montado, como puede verse, en una cureña que desaparece, llamada de eclipse, lo que significa que cuando el cañón dispara, este retrocede rápidamente, de modo que no puede ser visto por encima del muro, excepto por un aeroplano. Despues de ser cargado, vuelve adelante con la misma rapidez, para disparar de nuevo.



UNO DE LOS GRANDES CAÑONES KRUPP

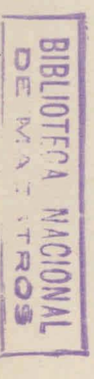
Foto. Underwood & Underwood, N. Y.

Algunos de los grandes cañones Krupp median cuarenta y dos centímetros de diámetro en la boca, y disparaban proyectiles que pesaban una tonelada y que destrozaban las fortificaciones contra las cuales eran dirigidos, convirtiéndolas en masas de concreto y de aceros retorcidos. Nada podía resistir su tremenda fuerza. Puede verse las ruedas de oruga o caterpillares, que extienden el peso enorme del cañón sobre una gran superficie.

EL CAÑON AUSTRIACO QUE DEMOSTRO SER MUY EFECTIVO

© Underwood & Underwood, N. Y.

Aunque no tan anchos en la boca como los grandes cañones Krupp, uno de los cuales aparece en la página de enfrente, estos cañones Skoda, que disparaban proyectiles de treinta y uno centimetros de calibre, demostraron ser muy efectivos contra las fortificaciones rusas. Estos cañones son más ligeros que los Krupp, pudiendo ser movidos facilmente de un lugar a otro. Tanto los Skoda como los Krupp son disparados con un gran ángulo de elevación, y su proyectil describe una curva, cayendo con tremenda fuerza.



LA HISTORIA DE LOS DÍAS

Domingo, Lunes, Martes, Miércoles, Jueves, Viernes, Sábado

ES condición humana no hacer aprecio de mil cosas corrientes y, al parecer vulgares, que de continuo tenemos a la vista, y no saber disfrutar los fáciles encantos que los más comunes hechos y las más usuales palabras encierran. La más humilde y olvidada hierbecilla del campo es un pequeño mundo de maravillas; la palabra que más familiar y usada nos es, tiene muchas veces la más honda y transcendental significación.

Día tras día, se suceden los siete de la semana sin que jamás hayamos parado mientes en que sus nombres, tan distraídamente pronunciados y constantemente repetidos, son breves poemas llenos de exquisita y deslumbrante poesía.

De ellos, pues, vamos a tratar aquí y de su interesante historia.



Hubo pueblos que en su ignorancia adoraron al sol y llamaron al primer día de la semana « día del sol ».

DOMINGO

En la historia de todos los pueblos hallamos desde los tiempos más remotos días especiales, consagrados a rendir culto a la divinidad. La manera de sucederse estos días, los nombres con que se los designaba y el ceremonial usado en ellos, han variado con el transcurso del tiempo y la diferencia de costumbres y lugares. En la India se denominó *sabbat* el día destinado al descanso y la oración; y el mismo nombre lleva en hebreo, correspondiendo a nuestro sábado. Al aparecer el cristianismo, se trasladó la observancia tradicional de ese día al siguiente, en que se efectuó la resurección del Salvador; y entre los primeros fieles de Roma se le llamó « dominica », de « dominicus », que quiere decir *del*

Señor. De aquí procede la palabra castellana « domingo ».

Hubo pueblos que en su ignorancia creyeron ser el sol, el autor de la vida y el dispensador de todos los bienes, y por tal razón le adoraron como a Dios, dedicándole el primer día de la semana al que designaron con el nombre de *día del sol*.

LUNES

Aun cuando no hay relación alguna entre el período de la semana y los movimientos de los astros, desde muy antiguo se hallan cinco días de la semana dedicados a los planetas y a las divinidades mitológicas del mismo nombre que éstos.

Lunes, o día de la luna, es el nombre del segundo día de la semana, dedicado a nuestro satélite, al que los romanos denominaron Diana y consideraron como consorte de Febo, el astro del día.

Refieren sus poetas que era la diosa Diana de gentil hermosura y singular donaire, y que su padre Júpiter, le dió un arco y un séquito de ninfas, haciéndola reina de los bosques, pues era la caza su diversión favorita. Tenía Febo una resplandeciente carroza tirada por flamígeros caballos, la que surcaba los espacios iluminando el mundo con sus dorados y ardientes resplandores, durante el día. En esta misma carroza de plata rodaba la bella diosa Diana sobre las nubes en el silencio de la noche, bañando la tierra en suave y argentina luz. A la luna, pues, está consagrado desde tiempo inmemorial el segundo día de la semana, con el nombre de « lunes ».



El lunes fué consagrado a la diosa Diana—la luna—esposa del sol y reina de los bosques.

MARTES

Es Marte el cuarto gran planeta del sistema solar, el más próximo a la tierra, pero más pequeño y distante del Sol que ella. Ha recibido su nombre de Marte, dios de la guerra; quien, según en la tradición grecoorrmana, era uno de los doce grandes dioses de la antigüedad, y que desempeñó un papel importantísimo en las leyendas heroicas. Su culto se extendió por todo el mundo pagano.

Considerábase a Marte como al dios



El sanguinario dios Marte, tenía como símbolo el lobo, emblema de la crueldad.

de la fuerza viril y de la inspiración guerrera: de él se dice que participaba del carácter violento de su madre la diosa Juno y a este propósito cuenta Homero que cuando cayó herido por Diomedes, lanzó un grito tan poderoso como pudieran haberlo lanzado nueve o diez mil guerreros a la vez.

Era Marte el prototipo del héroe guerrero de las leyendas épicas, que lanzado a la lucha no obedecía más que a la brutalidad de su instinto y a su furor sanguinario, dejándose llevar del ansia loca de herir y matar; y de aquí que su símbolo sea el lobo, emblema de la crueldad.

En las medallas de las familias romanas aparece Marte bajo el aspecto de un joven en la plenitud de la edad.

A este dios tutelar de los ejércitos guerreros, de los soldados y gladiadores, está dedicado el tercer día de la semana llamado « martes ».

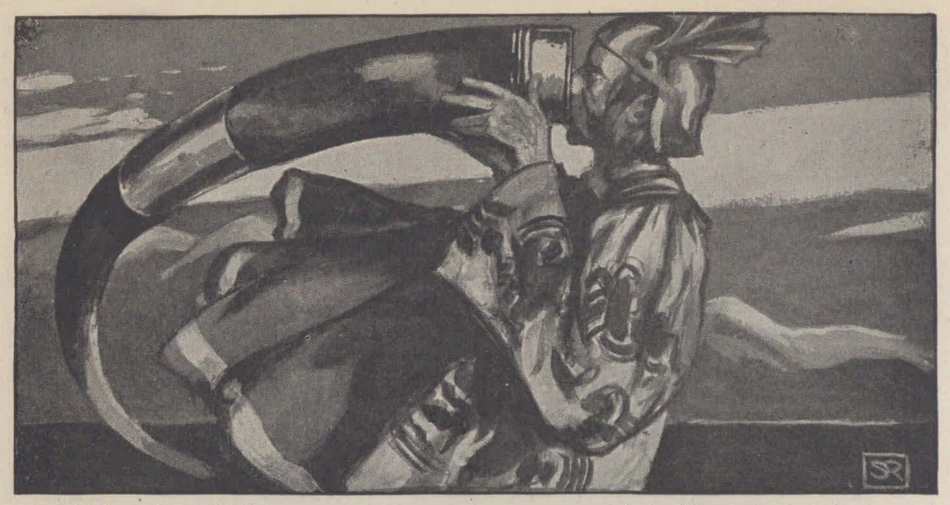
MIÉRCOLES

Miércoles significa día de Mercurio.

Hemos visto en otra parte de este libro al tratar de los astros, que Mercurio es el planeta más próximo el sol. Su nombre está tomado de la mitología latina, la cual nos habla de Mercurio,



El dios Mercurio, acompañado de un guerrero y sosteniendo en la mano un cuervo, símbolo de la rapacidad.



Júpiter, el dios del jueves, sosteniendo un enorme cuerno, atributo del poder y de la fuerza.

mensajero de los dioses, y dios él mismo de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.

Mercurio, a quien los griegos llamaron Hermes, era hijo del Cielo y de la Noche, y ya de niño robó por instigación de su padre una becerrilla a su pastor, que era un terrible gigante, poniendo en juego toda la astucia de su temprana edad, pues valiéndose de una varita mágica y de los dulces sonidos de su flauta, logró adormecer al gigante y así cortarle la cabeza.

Mercurio presidía también las relaciones mercantiles entre los hombres; y por eso su imagen se veía a la entrada de las agoras o mercados de las principales ciudades de Grecia. Atribuíanle los antiguos la invención de las medidas, pesos y balanzas y de todo cuanto se refería a los mercados.

Cuando en las costas del mar Mediterráneo y del mar Tirreno se desarrolló un importante tráfico griego, los romanos tomaron de Grecia los dioses protectores. Roma eligió por dios del comercio a Hermes, dándole el nombre de Mercurio—palabra derivada de la latina «mercari», esto es, comprar o mercar—y le erigió un soberbio



Venus, sentada sobre un trono de nubes, simbolizada en el lucero matutino y vespertino, que brilla en las salidas y puestas del sol. Da su nombre a nuestro viernes, que viene de «Veneris dies», día de Venus.

templo en que había una fuente consagrada al dios. En ella mojaban los comerciantes una rama de laurel, rociaban con ella sus mercancías y rogaban al dios bendijese sus negocios.

Era finalmente, Mercurio, elocuente intérprete de las voluntades de los dioses y especialmente de Júpiter, pues tenía el don de la expresión clara y fácil y de la persuasión, por lo cual llegó a ser el dios de la palabra y de la Elocuencia.

Nuestro grabado representa a Mercurio acompañado de un guerrero sosteniendo en la mano un cuervo, símbolo de la rapacidad.

JUEVES

Es el jueves el quinto día de la semana, y su nombre una abreviación de las palabras latinas «Jovis dies», en español día de Jove o Júpiter.

Es el planeta Júpiter el más grande de nuestro sistema solar y está rodeado, como ya sabemos, de cinco satélites.

En el orden mitológico, Júpiter, según los latinos, y Zeus, según los griegos, era el padre de los dioses. Venció a los titanes, descomunales gigantes que querían escalar el cielo; dió a Neptuno el mar, a Plutón el infierno, reservándose él el dominio del cielo y de la tierra.

Era, pues, para los griegos, Júpiter el padre de los dioses y de los hombres, ordenador de todas las cosas, que moraba en el éter, rodeado de luz eterna. Por esto, creyéndose más cerca de él, le adoraban en los lugares altos, en las cimas de los montes. Él era el señor de los esplendores celestes, del día y de la noche, de las borrascas y tempestades.

Dícese de Júpiter que era el padre de todos los dioses, no porque en realidad lo fuese, sino porque todos le reconocían como señor.

Es la leyenda de este dios, bellamente interesante. Cuenta Hesíodo, escritor griego, que Júpiter tuvo por padre a Cronos — el tiempo — y por madre a Rhea — la Tierra. Cronos devoraba a todos los hijos que le daba su esposa y ésta, herida en su sentimiento maternal, concibió una estratagema, mediante la cual consiguió salvar a su hijo Júpiter de las terribles fauces de su marido. Favorecida por las sombras de la noche, llevó a su hijo a las profundidades de una caverna oculta entre la espesura de un bosque, y allí le dejó al cuidado de las ninfas que velaron por el divino niño y contribuyeron a su maravilloso crecimiento: las abejas destilaban para él su miel más dulce y las cabras le daban su sabrosa leche.

Rhea, su madre, había envuelto de antemano una piedra en los pañales del niño, y al presentársela a Cronos, éste la devoró rápidamente, pensando fuese el niño: mas el en momento la vomitó y juró destrozar a su hijo. La suerte le fué contraria, pues, muchos años más tarde, Júpiter, acosado por su padre, le venció destronándole del Olimpo y encadenándole en las profundidades de los abismos del mundo.

A Júpiter se le representa generalmente, sobre un carro, armado del rayo, como significando al dios luminoso que pone en fuga los genios de las tinieblas. En nuestro grabado aparece sosteniendo un descomunal cuerno, símbolo de la fuerza y del poderío.

VIERNES

Es éste el sexto día de la semana. Viernes vale tanto como «Veneris dies», palabras latinas que significan «día de Venus», por estar este día consagrado a aquella diosa.

Hay un lucero de intenso resplandor que aparece por la mañana y tarde, y que, de muy antiguo, ha sido designado con diversos nombres. Nosotros le llamamos el planeta Venus.

Recorriendo la mitología pagana, el nombre de Venus atrae especialmente nuestra atención, pues no es ya el nombre de un dios potente o sanguinario, sino el de una diosa bella y amable, en que los antiguos simbolizaban todos los encantos de la naturaleza.

Los griegos la llamaron Afrodita, esto es, hija de la espuma y su historia es bella como la diosa. Cuenta la

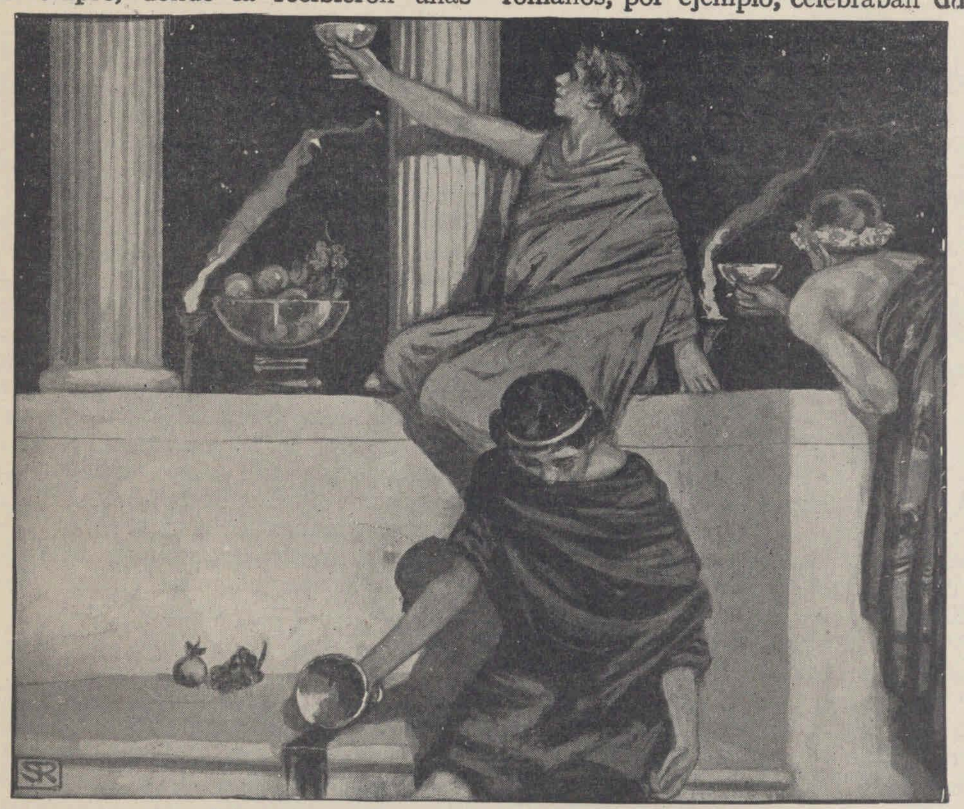
leyenda que cuando Cronos mutiló a su padre arrojó al mar sus miembros, los cuales flotaron largo tiempo sobre las ondas. Alrededor de ellos formóse una blanca espuma, de la cual nació la diosa Venus. Una concha marina le sirvió de nave, que el céfiro hizo vagar sobre las ondas, impeliéndola al fin a las costas de Chipre, donde la recibieron unas ninfas que la condujeron triunfalmente al Olimpo, asentándola en un bello trono rodeado de nubes y resplandores.

Ella es la graciosa estrella matutina que alegra el alba y el lucero vespertino que aparece en el firmamento sobre los celajes del crepúsculo.

SÁBADO

Es el sábado el último día de nuestra semana. Su nombre, de origen hebreo, significa «día de descanso», pues era para ellos ley severa el absoluto reposo durante aquel día, que dedicaban a la oración y fervoroso culto en sus sinagogas.

Conforme queda dicho, la religión cristiana lo ha reemplazado, instituyendo con el mismo fin el domingo. El sábado cierra el período de siete días que tanta importancia tiene en los ritos religiosos de los pueblos antiguos. Los romanos, por ejemplo, celebraban durante siete días sus fiestas saturnales, en las que se entregaban a todo género de excesos en la comida y bebida. Hoy apenas podemos formarnos una idea de la profunda revolución operada en las costumbres, con la venida de Jesucristo, y en comprobación bastará observar que en la mayoría de los pueblos civilizados, el día de descanso semanal que sigue al sábado, lo es de cumplimiento de los deberes religiosos, y de moderado y honesto esparcimiento para disponerse a reanudar con nuevo vigor el trabajo, verdadera ley de la vida.



Los romanos honraban a Saturno con unas fiestas que duraban siete días y en el último, correspondiente a nuestro sábado, repetían sus libaciones hasta embriagarse.

SALIDA DE NAPOLEÓN DE LA ISLA DE ELBA

DE pie, delante de sus soldados veteranos, un hombre ligeramente encorvado, vistiendo un capote gris, altas botas por calzado, cubierta la cabeza con tricornio, oprimía sus labios contra el brillante estandarte de Francia. Era el momento en que se despedía de sus soldados.

El gran Emperador, el hombre que había removido el mundo hasta sus cimientos, y que desde la condición de simple teniente supo elevarse en pocos años a la de general incomparable, cuyas conquistas y victorias eclipsaron las de César, Alejandro y Aníbal y llegó a sentarse en un trono, ciñendo sus sienes con imperial corona, este hombre, el gran Napoleón, fué finalmente vencido y condenado al destierro, víctima del odio y vilipendio del mundo entero.

Mientras se encaminaba a la costa, donde le esperaba la nave que había de alejarle de su querida Francia, hubo de oir las imprecaciones del pueblo que, corriendo al lado de su coche, le arrojaba piedras, al grito de: « ¡Muera el tirano! », viéndose obligado a deponer su traje ordinario y vestir un disfraz que le salvase de una mano asesina.

Así salió de Francia el gran Napoleón, el poderoso Emperador, desterrado a una pequeña isla, de nombre Elba, que, cual juguete de escarnio, le regalaban los reyes del mundo, sus vencedores.

¿Cuál es la causa de la caída de Napoleón? Aseguran unos que su brillante inteligencia se había oscurecido. Fué durante sus días victoriosos de débil complexión, falto de carnes, pero activo e inquieto: era su mirada penetrante y sus palabras cortas y secas, como el disparo de un fusil. Mas desde que se nombró a sí mismo emperador, volvióse pesado y obeso, lento en sus movimientos y de tardío discurso. Su espíritu se apagaba y su cerebro se entorpecía.

Sin embargo, ya en el destierro, hubo un instante en que su cerebro se iluminó súbitamente, como una candela en agonía, y la fantástica luz de aquella llama oscilante deslumbró al mundo, como el resplandor de un relámpago. Quizá nos suene todo esto a extraña fábula, y es posible se nos ocurra pensar que jamás ha vivido tal personaje; sin embargo, estamos leyendo parte de la historia de un hombre, muerto no hace aún cien años.

Vivía Napoleón en la lejana isla de Elba, cuando un día llegaron a sus oídos nuevas de la desgracia en que vivía Francia, bajo del cetro del nuevo rey. Inmediatamente este hombre, que había sido expulsado de aquella nación, escarnecido y apedreado, resolvió volver a ella, llevando en su mente la idea de recuperar hasta la última parte de sus pasadas glorias. Brillaron de nuevo sus ojos, fluyeron sus palabras; y todo él se estremeció con nuevo y vigoroso denuedo. Terminaría el odioso destierro, volvería a ser emperador, conquistaría Francia y desafiaría el poder del mundo entero.

Así, mientras todas las naciones le suponían arrastrando dura vida entre las rocas de Elba, cual águila herida, este intrépido héroe, con unos cuantos soldados, se embarcó de noche y zarpó con rumbo a Francia. Tal aventura parecía obra de un loco. Estaba el mar poblado de navíos del rey de Francia y de barcos ingleses; y el mundo todo, por añadidura, se hallaba prevenido contra Napoleón. Acercóse un barco francés, y al ver que la embarcación venía de Elba, gritó en son de burla a sus tripulantes:

—¿Cómo está el emperadorcillo?

—Perfectamente bien—fué la respuesta que dió Napoleón, después que hubo mandado ocultarse a sus soldados.

Sucediéronse después momentos de calma, y los escasos barcos del tenaz emperador flotaban a semejanza de

troncos sobre el agua. Un solo cañonazo hubiera puesto fin a tal aventura; pero Napoleón no perdió ánimo. Compuso apasionadas arengas para su viejo ejército de Francia, y todo soldado de los que iban a bordo, capaz de escribir, se dedicó a copiar estos patrióticos llamamientos del Emperador.

—Tomaré París sin hacer un solo disparo—exclamó Napoleón alegremente; y la magia de su ánimo indomable fascinó a todos aquellos hombres.

Únicamente la muerte podría aniquilar a este hombre que confiaba en que aquellas palabras copiadas por sus soldados, le harían dueño absoluto de Francia y que olvidaba estar cercado de buques de guerra, mientras dictaba sus arrebatadoras proclamas.

Sopló, al fin, viento favorable pequeña flota llegó a su destino. poleón volvió a pisar tierra franc

El águila herida había regresado sin que ninguno de los grandes buques de guerra pudiera adivinar quién era el hombre transportado en uno de los barcos que habían dejado pasar.

LA ASOMBROSA MARCHA DE NAPOLEÓN POR LOS MONTES DE FRANCIA

Comenzó entonces la maravillosa marcha, con un puñado de soldados, en una noche de luna, hacia París; jornada célebre, hecha por entre los mismos pueblos y ciudades que pocos meses antes le habían arrojado a pedradas; intrépido avance por una montañosa comarca, custodiada por las tropas del nuevo rey; audaz empresa que unos cuantos policías habrían fácilmente atajado y a que un juez habría puesto fin, condenando a Napoleón a la horca.

Sólo una extraordinaria seguridad y ombroso valor pudo sostener en la ha a este hombre vencido que no

TRIUNFO DE NAPOLEÓN SOBRE LAS TROPAS QUE TRATARON DE IMPEDIR SU MARCHA A PARÍS, CUANDO VOLVIÓ DE ELBA



Napoleón fué por fin derrotado. El hombre que había tenido aterrado al mundo, vino a parar en ser deportado a la isla de Elba. Pero su genio fulguró una vez más; y merced a un rasgo de audacia, el fugitivo logró llegar a París. En Grenoble le cerró el paso un regimiento de sus antiguos soldados, que le apuntaron con sus fusiles. Entonces el vencedor de tantos combates avanzó solo hacia las fuerzas enemigas, y preguntó: « Hay quien se atreva a matar a su emperador? » Las tropas bajaron las armas y le siguieron a la capital. Gobernó nuevamente por espacio de 100 días, pero, derrotado en Waterloo, Francia lo repudió para siempre.

confiaba en las armas, sino únicamente en el mágico poder de su nombre y en la gloria y esfuerzo de su ánimo.

Avanzaba, pues, Napoleón con sus soldados, enviando delante sus proclamas que, al llegar a las manos de los amigos de Francia, sumaban aliados a la causa del emperador, hasta de entre los sencillos aldeanos, que le idolatraban. Era como si Napoleón hubiese salido de la tumba: agolpábanse las multitudes a su paso, maravilladas de verle. Sus pobres tropas, de las que muy pocos hombres tenían caballos, con los arneses al hombro y las armas bajo del brazo, trepaban abrumados por las montañas gritando: «¡Viva el emperador!». Al acercarse a la ciudad de Gap, adelantóse Napoleón con unos cuantos hombres; entró audazmente en la ciudad y requirió el amor de las multitudes que se agrupaban a su paso y besándole las manos le ofrecían morir en defensa de su causa.

DE CÓMO NAPOLEÓN AVANZÓ SOLO ANTE SEIS MIL FUSILES CARGADOS

Pudo, sin duda, Napoleón haber sido un conquistador victorioso en vez de un pobre desterrado, convertido en objeto de odio para toda Europa. En Gap pasó breves horas expansionándose con el pueblo, hizo imprimir sus proclamas y apresuróse a proseguir su marcha, en la que dieron muestra de querer seguirle todos los habitantes de la localidad mencionada.

Encaminóse después a la importante ciudad de Grenoble. El general que en ella mandaba las tropas del rey salió al encuentro de Napoleón. Miles de aldeanos que habían oído hablar de él corrieron también presurosos a verle, mientras avanzaba lentamente con su puñado de valientes entre nubes de polvo. Al ver Napoleón a los 6000 soldados dispuestos a cerrarle el paso, mandó a sus hombres que se detuviesen, adelantándose él con unos cuantos jinetes. A unos cien pasos de la línea de las bayonetas, bajó de su caballo y, solo, avanzó hacia las fuerzas enemigas. Sonó la orden de fuego; apuntaron todos los soldados, pero ni uno solo disparó.

A grandes pasos, avanzó entonces Napoleón, sin dar la menor señal de miedo, y, desabrochándose el capote, gritó:

—«¿Hay alguno que se atreva a disparar contra su emperador?»—Inclináronse los fusiles, y el grito de «¡emperador!» resonó en el espacio. Napoleón había vencido.

Dice la historia que, después de este episodio, fué la marcha del desterrado algo como «la expansión de una fuerza irresistible». Los regimientos, unos tras otros, corrían a ponerse a sus órdenes. Marchitas, rodaron entre el polvo las flores de lis del nuevo rey; el águila de Napoleón se alzó por doquiera y las ciudades en masa salieron a recibirle.

EL HOMBRE MÁGICO QUE HIZO A UNA NACIÓN PROSTERNARSE A LOS PIES DE NAPOLEÓN

«Al solo chasquido de tu látigo, huirán tus enemigos»—solían decirle las gentes. En efecto, sin un solo disparo, viendo huir ante él a sus enemigos, al rey y a los nuevos príncipes, este pobre desterrado llegó a París; y el águila imperial, que había ondeado junto a la bandera nacional, de campanario en campanario, se posó sobre las torres de Notre Dame, la gran catedral de París. La magia de su nombre le había traído a sus plantas una nación entera. En toda Francia no se oía más que la palabra «Napoleón».

Tal fué su admirable regreso. Pero esta llamarada de genio fué la última centella de su espíritu, y al cabo de unos cien días toda su gloria se extinguió para siempre con la caída más humillante. Con todo, esta triunfal e incruenta marcha vivirá en la historia entre las más portentosas hazañas realizadas por los hombres en el transcurso de los siglos. Fué tan glorioso este episodio, que la imaginación no puede menos de evocar la imagen de aquellos aguerridos veteranos, prosternándose en el polvo a los pies de su antiguo emperador, mientras el oído parece escuchar sus sollozos, en demanda de indulgencia.

EL DESVENTURADO REY DE PERSIA

HUBO una vez en Persia un rey muy desgraciado. Gran conquistador, rico y famoso, afligíase profundamente por no tener hijos; y así vivía triste en un soberbio palacio que había mandado edificar en una isla solitaria.

Sucedió que un día llegó al palacio un traficante, quien presentó al rey una hermosa esclava. Prendado de su belleza casóse el rey con ella, lleno de alegría: regalóle costosos vestidos, dióle las mejores habitaciones del palacio, todas ellas con ventanas sobre el mar, y puso a su servicio un centenar de criados y doncellas. Mas ¡cosa extraña! la esclava nunca habló al rey, ni a ninguna otra persona, y se pasaba los días sentada a la ventana, contemplando el mar.

Así transcurrió un año; y el rey, loco de alegría por el nacimiento de un hermoso príncipe heredero, se arrojó a los pies de su esposa y le dijo:

—Oh, mi amada reina, ¿por qué no me habláis nunca? Sólo falta, para colmar mi dicha, una palabra de vuestros labios.

Sonrióle la esclava, y al fin habló.

—Rey mío y señor,—le dijo—¡cuán bondadosa y tiernamente me habéis tratado desde que os fuí presentada como esclava! Mas, ¡pensad qué tristeza tan profunda debe sentir una princesa, al ser vendida como sierva!

—¡Cómo! ¿Sois princesa?—exclamó el rey.

—Soy la Rosa del Mar—respondió altivamente la reina,—y mi hermano, el rey Selah, rige los más vastos dominios de las profundidades del Océano. Por desgracia, hemos reñido. El último año fueron invadidas nuestras comarcas, destruído nuestro palacio y, temiendo mi hermano que yo cayese en las manos del enemigo, se propuso casarme con un príncipe de la tierra. Enojada por tal proposición, subí del fondo del mar, y al llegar a la tierra me encontré en la orilla de tu isla. Allí me vió el mercader a quien me has comprado como esclava.

—Sin embargo, ya veis que no os he tratado como a tal—le replicó el rey.

—Cierto—contestó con dulzura la Rosa del Mar;—y el que me haváis hecho vuestra reina y amado tiernamente, ha impedido me volviese al mar, en busca de mi hermano, cual era mi intención. Mas ahora que tengo un hijo, quiero avisar a Selah para que le conozca.

Mandó, pues, la Rosa del Mar a un criado trajese un braserillo con carbones encendidos; tomó luego un poco de áloe de una cajita y lo echó en el fuego. Al elevarse el humo y escaparse por la ventana, pronunciaba la reina ciertas palabras en un lenguaje extraño.

El mar comenzó a hincharse, dividiéronse las ondas, y por entre ellas avanzó un hermoso joven ricamente vestido y con una corona en la cabeza. Iba acompañado de una brillante comitiva de damas y cortesanos. Al llegar a la isla el rey del mar (que no era etro el deslumbrante y apuesto joven), encaminóse con su séquito al palacio.

—¡Oh, mi amada Rosa del Mar!—exclamó al ver a su hermana;—ya he vencido a todos nuestros enemigos: puedes, por tanto, volver y casarte con un príncipe del océano.

—No, por cierto, que ya estoy casada, mi buen Selah—anadió la Rosa del Mar. —Aquí tienes a mi esposo, el rey de Persia, y a nuestro hijito.

Tomó Selah al niño en sus brazos; y, con gran espanto del rey de Persia, saltó por la ventana, sumergiéndose en el mar con el pequeño príncipe.

—No os asustéis—dijo la reina.—Selah no ha hecho más que lo que yo intentaba hacer. Desea saber si nuestro hijo puede vivir debajo de las aguas, como todas las gentes de sus dominios.

Así fué. A los pocos minutos volvió Selah, trayendo en sus brazos al niño, que sonreía. Había podido respirar en el agua salada tan fácilmente como en el aire, sin que sus vestidos estuviesen húmedos en lo más mínimo.

—Hoy es un día de prodigios—dijo el rey de Persia.—Y si no hubiese visto

EL REY CON SU CORTE SALIÓ DEL MAR

Surgió de las ondas un hermoso y gallardo joven, ricamente vestido y con una corona en la cabeza. Iba acompañado de brillante séquito de damas y cortesanos. El rey del Mar llegó a la isla y entró en el palacio.—¡Oh, mi amada Rosa del Mar!—exclamó al ver a su hermana;—ya he vencido a todos nuestros enemigos: puedes, por tanto, volver y casarte con un príncipe del océano.

con mis ojos todas estas cosas, nunca las hubiese creído.

Fué su mayor disgusto ver que le era imposible descender al fondo del mar a visitar los maravillosos reinos submarinos; pero su hijo y esposa le consolaron contándole extrañas historias de aquellos parajes.

LA CENICIENTA

AL morir la esposa de un hombre muy rico, llamó a su hija única y le dijo:

—Querida mía, sé piadosa y buena, y Dios te ayudará; yo desde el Cielo te miraré y pediré por ti.

Y en seguida murió.

La niña iba todos los días a la tumba de su madre, y siguió siendo siempre piadosa y buena. Al año siguiente el viudo se casó de nuevo.

La nueva esposa llevó dos hijas, que tenían hermoso y blanco rostro, pero corazón negro y corrompido. Entonces comenzaron muy malos tiempos para la pobre hijastra.

—No queremos que este animal viva con nosotras—dijeron ellas.—Que gane el pan que coma: váyase a la cocina con la criada.

Le quitaron sus hermosos vestidos, le pusieron una falda vieja y le dieron unos zuecos. Luego se mofaron de ella y la mandaron a la cocina.

Allí tenía que trabajar desde por la mañana hasta la noche, levantarse temprano, llevar agua, guisar, coser y lavar.

Sus hermanas le hacían además todo el daño posible y luego se burlaban de ella. Por la noche, cuando estaba cansada de tanto trabajar, no podía acostarse por no tener cama, y la pasaba recostada al lado del hogar. Como siempre estaba sucia y llena de ceniza, la llamaban la *Cenicienta.*

Sucedió que su padre fué un día a una feria y preguntó a sus hijastras qué querían que les comprase.

—Hermosos vestidos—dijo una.

—Ricas joyas—dijo la segunda.

—Y tú, *Cenicienta,* ¿qué quieres?

—Padre, traedme la primera rama que encontréis en el camino.

Compró a sus dos hijastras hermosos vestidos y joyas, y a la vuelta, al pasar por un bosque cubierto de verdor, recordó el encargo de la *Cenicienta,* y arrancó una rama.

Volvió a su casa, dió a sus hijastras lo que le habían pedido y la rama a la *Cenicienta,* la cual lo agradeció: fué a la tumba de su madre, plantó la rama allí y lloró tanto, que, regada por sus lágrimas, no tardó la rama en crecer y convertirse en un árbol corpulento.

La *Cenicienta* iba tres veces al día a ver el árbol, lloraba y rezaba, y advirtió que todos los días iba a descansar en las ramas un pajarillo blanco que le daba cuanto pedía.

Celebró por entonces el Rey unas fiestas que debían durar tres días, e invitó a ellas a todas las jóvenes del país para que su hijo eligiera entre ellas esposa. Cuando supieron las dos hermanastras que debían asistir a aquellas fiestas, se alegraron, llamaron a la *Cenicienta* y le dijeron:

—Péinanos y límpianos los zapatos, porque vamos a una boda al palacio del Rey.

La *Cenicienta* las escuchó llorando, pues las habría acompañado con mucho gusto al baile, y suplicó a su madrastra que se lo permitiese.

—*Cenicienta*—dijo la madrastra,—estás llena de polvo y ceniza. ¿Quieres ir a una boda sin tener traje? ¿Quieres bailar y no tienes zapatos?

Pero como insistiese en sus súplicas, le dijo por último:

—Te he vertido un plato de lentejas en la ceniza. Si las recoges antes de dos horas, vendrás con nosotras.

La joven salió al jardín y dijo:

—¡Tiernas palomas, tórtolas, pájaros del cielo, venid y ayudadme a recoger las buenas en el plato y las malas en el buche!

Entonces acudieron a la ventana de la cocina dos palomas blancas y después dos tórtolas hermosísimas, y por último comenzaron a revolotear alrededor del

hogar todos los pájaros del cielo, que acabaron por bajar a la ceniza. Las palomas picoteaban con sus piquitos, diciendo *pi, pi,* y los otros pájaros comenzaron a decir también *pi, pi,* y pusieron todos los granos buenos en el plato. No había pasado una hora cuando ya estaba concluída la tarea, y las aves se fueron volando.

Llevó entonces la niña alegremente el plato a su madrastra, creyendo que la dejaría ir a la boda, pero ésta le dijo:

—No, *Cenicienta*; no tienes vestidos, ni sabes bailar ; se reirían de nosotras.

Pero viendo que lloraba, añadió:

—Si puedes recoger de entre la ceniza dos platos de lentejas en el mismo tiempo, irás con nosotras.

Creyendo que no podría hacerlo, vertió los dos platos de lentejas en la ceniza y se marchó, pero la joven salió entonces al jardín y volvió a decir:

—¡Mansas palomas, tórtolas, pájaros del cielo, venid y ayudadme a recoger las buenas en el plato y las malas en el buche!

Entonces entraron como antes por la ventana de la cocina dos palomas blancas, luego dos tórtolas, y por último comenzaron a revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo, que acabaron por bajar hasta la ceniza. Las palomas picoteaban con sus piquitos diciendo *pi, pi,* y los demás pájaros comenzaron a decir también *pi, pi.* No había transcurrido media hora cuando ya estaba toda la tarea concluída, y las aves se marcharon volando.

Llevó la niña muy contenta el plato a su madrastra, creyendo que le permitiría ir a la boda, pero la madrastra le dijo:

—Todo es inútil, no puedes venir. No tienes vestido y no sabes bailar: si fueras se reirían de nosotras.

Le volvió la espalda y se fué con sus orgullosas hijas.

Cuando ya no había nadie en casa fué la *Cenicienta* a la tumba de su madre, que estaba debajo del árbol, y comenzó a decir:

—¡Arbolito querido,
préstame un traje,
que sea de oro y plata,
seda y encaje!

Entonces el blanco pajarillo le arrojó un vestido de oro y un par de zapatitos bordados de plata y seda; en seguida se los puso y se marchó a la fiesta.

Sus hermanas y su madrastra no la conocieron. Juzgaron que sería alguna princesa extranjera, pareciéndoles muy hermosa con su vestido de oro; no se acordaban de la *Cenicienta,* suponiendo que estaría en casa entre la ceniza.

Salió al encuentro de la *Cenicienta* el hijo del rey; la tomó de la mano y bailó con ella, no permitiéndole bailar con nadie más, pues no la soltó de la mano, y si se acercaba algún otro a invitarla, decía:

—Es mi pareja.

Bailó hasta el amanecer, y entonces quiso marcharse la *Cenicienta,* pero el príncipe le dijo: « Iré contigo y te acompañaré », pues deseaba saber quién era aquella joven; pero ella se escapó al palomar.

Entonces aguardó el hijo del rey a que fuera su padre, y le dijo que la doncella extranjera había saltado al palomar. Llevaron una piqueta y un martillo para derribar el palomar; pero no había nadie dentro. Cuando sus hermanastras llegaron a la casa de la *Cenicienta,* la encontraron sentada en el hogar con sus sucios vestidos. La *Cenicienta* había entrado y salido muy ligera del palomar y corrido hacia la tumba de su madre, donde se quitó los hermosos vestidos, que se llevó el pájaro, y después se fué con su traje viejo a la cocina.

Al día siguiente, cuando iba a principiar la fiesta y se marcharon sus padres, corrió la *Cenicienta* junto al arbolito y dijo:

—¡Arbolito querido,
préstame un traje,
que sea de oro y plata,
seda y encaje!

Entonces el pájaro le dío un vestido mucho más hermoso aún que el del día anterior. Cuando se presentó en la fiesta con aquel traje dejó a todos admirados de su extraordinaria hermosura.

Este grabado representa a la Cenicienta en la cocina y amparada por su genio protector; luego reconocida por el príncipe al calzarle el zapatito que perdió a la salida del baile.

El príncipe, que estaba aguardándola, la cogió de la mano y bailó toda la noche con ella. Cuando iba algún otro a invitarla, decía:

—Es mi pareja.

Al amanecer quiso marcharse la *Cenicienta*; pero como el hijo del rey la siguió para ver la casa en que entraba, se metió en el jardín de detrás de la casa. Había en él un árbol frondoso, del cual colgaban hermosas peras. La *Cenicienta*, como una ardilla, trepó por sus ramas, y el príncipe no pudo saber por donde había desaparecido; pero aguardó hasta que vió a su padre y le dijo:

—La doncella extranjera se ha escapado: me parece que ha subido al peral.

El padre mandó llevar un hacha y derribó el árbol; pero no había nadie en él. Cuando llegaron sus hermanastras a la casa, estaba la *Cenicienta* sentada en el hogar como la noche anterior, pues habiendo saltado por el otro lado del árbol fué corriendo a la tumba de su madre, donde dejó al pájaro sus hermosos vestidos y tomó su saya vieja.

Al tercer día, cuando se marcharon sus padres y hermanas, fué también la *Cenicienta* a la tumba de su madre y dijo al arbolito:

—¡Arbolito querido,
préstame un traje
que sea de oro y plata,
seda y encaje!

Entonces el pájaro le arrojó un vestido mucho más hermoso y reluciente que los dos anteriores y unos zapatitos de oro. Cuando se presentó en la boda con aquel vestido, dejó a los concurrentes asombrados. El príncipe bailó toda la noche con ella, y cuando se acercaba alguno a invitarla, le decía:

—Es mi pareja.

Al amanecer se empeñó en marcharse la *Cenicienta*, y el príncipe en acompañarla; pero se escapó con tal ligereza, que no pudo seguirla. El hijo del rey había mandado untar toda la escalera de pez, y se quedó pegado en ella el zapato izquierdo de la joven. Lo levantó el príncipe y vió que era muy pequeño, bonito, y todo de oro.

Al día siguiente fué a ver al padre de la *Cenicienta* y le dijo:

—Será mi esposa aquella a la cual venga bien este zapato de oro.

Alegráronse mucho las dos hermanas, porque tenían muy bonitos pies. La mayor entró con el zapato en su cuarto para probárselo; pero no se lo pudo calzar, porque no podía entrar el dedo pulgar en el zapato. Al verlo, dijo su madre alargándole un cuchillo:

—Córtate el dedo. Cuando seas reina no irás nunca a pie.

La joven se cortó el dedo, metió el pie en el zapato, disimuló su dolor y salió a reunirse con el hijo del rey, que la hizo subir a su caballo, como si fuera su novia, y se marchó con ella; pero tenía que pasar por la tumba de la primera mujer de su padrastro, en cuyo árbol había dos palomas, que comenzaron a decir:

—No sigas, príncipe amante.
Mira y repara un instante
que el zapato que ésa tiene,
para su pie no conviene;
y tu novia verdadera
está en su casa y te espera.

Entonces le miró los pies y vió correr sangre. Volvió atrás el caballo, la condujo a su casa y dijo que no era la verdadera, y que se probase el zapato la otra hermana.

Entró ésta en su cuarto y se lo calzó bien por delante; pero el talón era demasiado grueso; entonces su madre le alargó un cuchillo y le dijo:

—Córtate un pedazo de talón, pues cuando seas reina no irás nunca a pie.

La joven se cortó un pedazo de talón, metió el pie en el zapato y, disimulando el dolor, salió a ver al hijo del Rey, que la subió a su caballo como a la anterior y se marchó con ella.

Cuando pasaron por delante del árbol, había dos palomas que comenzaron a decir:

—No sigas, príncipe amante.
Mira y repara un instante
que el zapato que ésa tiene
para su pie no conviene;
y tu novia verdadera
está en su casa y te espera.

Se detuvo, la miró los pies y vió correr la sangre. Volvió el caballo y condujo a su casa a la novia fingida.

—Tampoco es ésta la que busco—dijo.—¿Tenéis otra hija?

—No—contestó el marido;—de mi primera mujer tuve una pobre chica, a quien llamamos la *Cenicienta*; pero ésa no puede ser la novia que buscáis.

Él hijo del rey insistió en verla, pero la madre replicó:

—No, no; está demasiado sucia para presentarse delante de gente.

Se empeñó, sin embargo, en que saliera, y hubo que llamar a la *Cenicienta.*

Se lavó primero la cara y las manos y salió después a presencia del príncipe, que le alargó el zapato de oro. Se sentó en un banco, sacó su pie del pesado zueco y se puso el zapato de oro sin dificultad. Cuando se levantó y le vió el príncipe la cara, reconoció a la hermosa princesa que había bailado con él, y dijo:

—¡Ésta es mi verdadera novia!

La madrastra y las dos hermanas se asombraron y se pusieron pálidas de ira; pero él subió a la *Cenicienta* a su caballo y se marchó con ella.

Cuando pasaban por delante del árbol dijeron las dos palomas blancas:

—Sigue, Príncipe, adelante
sin parar ni un solo instante.
Ya encontraste el piececito
a que viene el zapatito.

Después de decir esto bajaron volando y se posaron en los hombros de la *Cenicienta,* una en el derecho y otra en el izquierdo.

Al celebrarse la boda, las falsas hermanas querían ponerse bien con ella y participar de su felicidad. Al dirigirse los novios a la iglesia, iba la mayor a la derecha y la menor a la izquierda; pero las palomas que llevaba la *Cenicienta* en los hombros picaron a la mayor en el ojo derecho y a la menor en el izquierdo, de modo que las dejaron tuertas. A su regreso se puso la mayor a la izquierda y la menor a la derecha, y las palomas picaron a cada una en el otro ojo, quedando así castigadas para toda la vida, por su maldad.

EL PÁJARO DE LAS ALAS DORADAS

CAZANDO un día el príncipe Jascha en las montañas de Servia, vió agitarse por los alrededores un pájaro precioso con las alas doradas. Siguiólo al punto, y, caminando tras él, llegó a una elevada colina, cubierta de blancas estatuas; pero cuando ya se disponía a subir hasta su cumbre, apareciósele un ermitaño, que le dijo:

—¡Ten cuidado! En esta colina vive una bruja que envía al pájaro dorado como cebo para atraer a los caminantes. Si te ve, te convertirá en estatua de mármol; pero si logras agarrarla por los cabellos antes de que te vea, quedará reducida a la impotencia.

El príncipe Jascha dejó de seguir al pájaro, y, trepando por el lado opuesto de la colina, descubrió a la bruja vuelta de espaldas a él; y acercándose con cautela, asióla por los cabellos. Ella comenzó a dar entonces espantosos alaridos, y la colina empezó a balancearse; pero el príncipe no la soltó.

—Bueno, Jascha ¿qué deseas?—dijo, por fin, la bruja.

—Que me entregues el pájaro de oro, y devuelvas la vida a estas estatuas,—respondióle el príncipe.

La bruja entregó el pájaro a Jascha, el cual, fascinado por su hermosura, besólo con pasión; y al contacto de sus labios, trocóse el ave en una joven bellísima y amable. Luego, volvióse la bruja a las estatuas, y proyectó sobre ellas su aliento de color azulado, convirtiéndolas de nuevo en apuestos donceles; después de lo cual el príncipe le dejó libre el cabello y desapareció la bruja para siempre, y todos satisfechos y alegres, regresaron a Belgrado, donde la joven y el príncipe no tardaron en casarse, y fueron muy dichosos todo el resto de sus días.



LA CÁMARA PROHIBIDA

HABIA una vez un hechicero que, disfrazado de mendigo, iba recorriendo las casas, llevándose a las muchachas más bonitas que encontraba, ninguna de las cuales volvió jamás al hogar paterno.

Un día fué a pedir limosna a la puerta de un hombre que tenía tres hijas muy hermosas, la mayor de las cuales le dió una gran rebanada de pan.

Al volverse ella, el hechicero la tocó en el brazo y, aun contra su voluntad, la pobre muchacha se sintió obligada a entrar en la cesta que el mendigo conducía a cuestas; una vez dentro de ésta, el hechicero se la llevó a su casa, situada en medio de un espeso bosque. Todo era allí magnífico, y había cuanto la muchacha pudiera apetecer.

Pasados algunos días le dijo el hechicero que se veía precisado a emprender un viaje, por lo cual le entregaba las llaves de la casa, añadiendo que la dejaba en libertad para recorrer todas las habitaciones, excepto una, y previniéndole que, si entraba en ella moriría. Al mismo tiempo le dió un huevo y le encargó sobremanera que no se le extraviara.

No bien el hechicero se hubo perdido de vista, empezó la joven a discurrir por toda la casa, encontrando todas las habitaciones llenas de bellos objetos. Por fin, llegó a la puerta de la cámara prohibida y, después de vacilar por un momento, la curiosidad la venció y traspasó sus umbrales. El espectáculo que se le ofreció a la vista la dejó aterrada: vió un sinnúmero de muchachas que habían sido hechas prisioneras, y todas ellas estaban como dormidas. La joven, impresionada por la inmovilidad de aquellos cuerpos, salió corriendo del cuarto, huyendo todo lo más lejos que le fué posible.

En su espanto, dejó caer el huevo que llevaba en la mano, el cual no se rompió, pero cuando lo levantó del suelo, advirtió que se le había manchado de rojo, y a pesar de lo mucho que lo intentó, no pudo limpiarlo.

Pocas horas después volvió el hechicero, y al punto pidió a la joven las llaves y el huevo que le había dejado. Tan pronto como vió las manchas rojas en el huevo, comprendiendo que había entrado en el cuarto prohibido, la derribó al suelo y arrastrándola hasta la cámara secreta, la dejó allí encerrada con las otras.

El hechicero se dirigió de nuevo a la casa en que había pedido el pan, y esta vez se llevó a la hija segunda. También ella se dejó vencer por la curiosidad, y corrió la misma suerte que su hermana.

El brujo entonces, capturó y se llevó a la única hermana que quedaba, pero ésta era muy astuta, de tal manera que, cuando a su vez recibió el huevo y las llaves, antes de que el hechicero saliera, sin la menor tardanza depositó el huevo con cuidado en una alacena. Cogió lue-

go la llave y se dirigió a la cámara prohibida, para averiguar qué había en ella.

Con gran estupor vió que el suelo se hallaba cubierto de muchachas sumidas en profundo sueño, y que entre ellas estaban sus dos hermanas. Como era más juiciosa que las otras, tuvo mucho cuidado en conservar el huevo bien



Disfrazada de este modo, la novia del hechicero encontróse con los invitados, que le dijeron:—« ¿De dónde vienes, ave, tan hermosa? »

limpio. Cuando el brujo regresó a casa, corrió la joven a su encuentro, llevando las llaves y el huevo; entonces, viendo él que éste estaba limpio, exclamo:

—Tú serás mi esposa, ya que has sabido resistir la prueba.

Pero el hechicero ya no podía obrar a su antojo, porque su prometida había roto el encanto y hacía lo que quería de él; valiéndose de esto, se fué al cuarto prohibido y despertó a las durmientes prisioneras; que estaban allí encantadas. Luego dijo al brujo:

—Antes de que me case contigo, debes llevar una cesta llena de oro a mis padres.

Tomó una cesta muy grande y mandó entrar en ella a sus dos hermanas, a las que cubrió con una capa de monedas de oro, para que no se las viera. Hecho esto, dijo al hechicero que cargara con la cesta y que tuviera buen cuidado de no entretenerse por el camino, pues ella le estaría vigilando desde una ventana. El hombre se cargó la cesta a las espaldas y echó a andar, pero era la carga tan pesada, que se caía de fatiga. Sentóse, pues, para descansar, pero en el mismo momento oyó una voz que salía de la cesta y le decía: « Te estoy mirando

desde mi ventana ». Creyendo que era la voz de su futura esposa, se puso en marcha otra vez, haciendo no poco esfuerzo. Cada vez que trataba de descansar ocurría lo mismo, hasta que, por fin, llegó a casa de los padres, donde dejó la cesta. Mientras él hacía este camino, su prometida cogió una cabeza de cartón y la colocó en una ventana del piso superior, como si fuera alguien que vigilara. Luego dió libertad a todas las víctimas del hechicero y repartió invitaciones para la boda. Finalmente se cubrió el cuerpo con plumas, de modo que pareciese un pájaro raro y nadie pudiese reconocerla. Así salió de la casa. A poco encontró a algunos de los invitados, que le dijeron:

—¿De dónde vienes, ave, tan hermosa?
—De la casa en que el brujo se desposa.
—Y ¿qué hace, dí, la linda prometida?
—Después de haberse puesto muy pulida,
Con el traje nupcial engalanada,
A la ventana la dejé asomada.

Cuando volvió el brujo a la casa, miró hacia la ventana, y viendo la cabeza, creyó que era su futura esposa. Entró precipitadamente; mas, apenas lo hubo hecho, los parientes y amigos de las tres hermanas, que le aguardaban allí para vengarse del mal que a ellas les había causado, cerraron las puertas y pegaron fuego a la casa.

Este fué el fin que tuvieron el hechicero y su cámara prohibida.

HISTORIA DEL HEROICO GUILLERMO TELL

Un valiente que se levantó contra el tirano

UN día atravesaba la plaza-mercado de Altdorf, población suiza, un hombre de gran belleza varonil. Alto y erguido, ancho de espaldas y bien formado, de cara y barba rubicundas y aspecto altivo, este hombre de las montañas cruzaba la plaza con paso firme y airoso. En sus ojos brillaba la satisfacción, y tenía para todos sus amigos una palabra de afable saludo. Muchos se volvían diciendo: « Ahí va Guillermo Tell, el ballestero de Bürglen ».

Éste, tenido por el mejor ballestero de toda Suiza y el que mejor sabía manejar un bote en el tempestuoso lago Uri, vivía tranquilamente en una casita de la montaña, con su esposa, que con él compartía sus penas y alegrías, y sus hijos, para los cuales trabajaba con ardor. Cazaba ciervos en el monte y pescaba en el lago. A sus hijos nunca les faltaron buenos alimentos ni vestidos adecuados. Su vivienda era limpia y arreglada. No había en todos los contornos, otra familia que viviera en paz más estable y con mayor felicidad.

Tell acababa de vender el fardo de pieles de venado que había traído a Altdorf, y ahora se encaminaba a comprar recios abrigos de lana para sus hijos, en previsión del próximo invierno. Se sentía feliz y alegre; dentro de una hora, ya iría cantando camino de su casa, monte arriba. De pronto sintió que le tocaban en el hombro; volvióse, y se encontró detenido por un soldado austriaco; un momento después estaba cercado. El soldado que le había detenido señaló un poste rematado por un sombrero ducal, y le dijo:

—Ya sabes que hay pena de muerte para el que no salude.

Un silencio profundo reinó de pronto en toda la plaza. La gente dejó sus puestos y empezó a apiñarse alrededor del grupo: ¡se trataba de algo más importante que el negocio, la libertad de un hombre, la independencia de una nación! La sangre coloreaba el rostro de Tell. Apartó la vista del poste y, mirando serenamente al soldado, dijo con calma:

—No he cometido ningún delito.

—¡Has insultado a la majestad del duque!—repuso el soldado.

Guillermo Tell le miró fijamente y replicó:

—¿Por qué hay que demostrar más reverencia a un sombrero vacío que a una capa o a un par de medias?

En esto, asomó por detrás de los soldados la figura del gobernador del país, el tirano Géssler. Este Géssler, impuesto

sobre la antes libre nación suiza por el conquistador y opresor, el duque de Austria, había hollado la libertad, había asesinado o hecho prisioneros a todos los que se levantaron contra él y, para colmo de crueldad, llegó a decretar que todo el que no rindiera homenaje al símbolo de dominación austriaca colocado sobre el poste en la plaza del mercado, sería condenado a muerte. Guillermo Tell se volvió hacia el gobernador, pues ni temía a hombre alguno, ni nadie hubiera sido capaz de quebrantar la altivez de su espíritu. En sus montañas había pensado mucho en la vergüenza de la esclavitud a que se hallaba sujeto su país, y había hablado también con sus amigos de alzarse contra ella; él, por su parte, nunca, nunca saludaría el odiado símbolo de la tiránica dominación.

—¿De modo que te burlas de la representación de la autoridad?—preguntóle el gobernador aproximándose mientras los soldados le saludaban militarmente.

En aquel momento se oyó entre la multitud la voz de un niño que gritaba: —¡Padre! ¡padre!—La muchedumbre se volvió, abrió paso, y vióse al hijo de Guillermo Tell, que, habiendo ido al mercado sin permiso, llegaba ahora corriendo junto a su padre. El gobernador cogió al muchacho por el brazo.

—¿Es éste el hijo del traidor?—preguntó.

—No le hagáis daño—exclamó Tell;—es mi primogénito.

—No pases cuidado—respondió el terrible Géssler.—Si alguien le hace daño no seré yo, sino . . . tú.

Una sonrisa cruel iluminó sus ojos.

—¡Ea!—añadió dirigiéndose a un soldado.—Toma al muchacho y átalo al tronco de aquel tilo; luego le colocarás una manzana sobre la cabeza.

—¿Por qué hacéis eso?—preguntó Tell.

—Me han dicho que te llaman «el ballestero de Bürglen»—contestó el gobernador,—y me gustaría presenciar una prueba de tu destreza. Estás condenado a muerte, pero me siento generoso, y te perdonaré si haces lo que te mande. Oye: si a esta distancia disparas una flecha que atraviese la manzana sobre la cabeza de tu primogénito, te dejo en libertad; pero si, por lo contrario, no tocas la manzana, o matas al niño . . ., mandaré que te ejecuten inmediatamente.

—¿No tenéis piedad? exclamó Tell temblando de indignación.—¿Y creéis que voy a intentar el rescate de mi vida arriesgando la de mi hijo?

—Te hago un favor—replicó Géssler. —Calcula; ¡con un disparo afortunado salvas la vida y te marchas libremente a casa!

Tell, levantando acongojado su mano temblorosa, dijo:

—¿Cómo puede un padre que ame a su hijo apuntar con mano firme un dedo por encima de su frente? ¡Miradle! ¡Vedle, señor! ¡Cómo se ve que no comprendéis de qué modo tan profundo ha penetrado en el corazón de su padre la inocencia de sus ojos, la belleza de su rostro! ¿Por qué he de arriesgar su vida?

Géssler se rió brutalmente.

—¡Bueno! O disparas la flecha, o mueres.

—Prefiero morir.

—Pero antes mandaré estrangular a tu hijo ante tus propios ojos.

Una oleada de ciega rabia inundó el alma del montañés.

—Dadme el arco—dijo.—Una cosa os pido, por compasión; poned al muchacho de espaldas, para que no vea yo sus ojos fijos en los míos.

Se dejó el espacio libre entre padre e hijo, alineándose la multitud a ambos lados. El muchacho, de cara al árbol, atado al tronco con cuerdas, sintió la manzana pesar como plomo sobre su cabeza. Un silencio de muerte reinó en toda la plaza. Guillermo Tell escogió dos flechas; una se la puso en el cinto, la otra la colocó en el arco. Por un momento quedó inmóvil, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos clavados en el suelo; estaba orando. Hubiera podido oirse el ruido de una hoja al caer; —tan grande era el silencio que reinaba en la plaza. Por último, Tell levantó la cabeza; su mirada estaba serena; sus

Guillermo Tell, a quien este grabado nos muestra acompañado de su hijo, fué aprehendido por haber rehusado humillarse ante el tirano impuesto al pueblo suizo por sus conquistadores austriacos. Le fué ofrecida la libertad a cambio de partir de un flechazo una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, y salió victorioso de la prueba. A pesar de haberle detenido otra vez, logró escapar, mató al tirano y libertó a su país. Sus compatriotas le hubieran proclamado rey, pero él prefirió retirarse a su morada en las montañas.

manos, firmes; su rostro parecía de acero. Levantó el arco y fijó la mirada en la pluma de la flecha, apuntando a su hijo. Vibró la cuerda del arco.

La flecha partió veloz, y casi en el mismo instante quedó profundamente clavada en el árbol. La manzana cayó partida por la mitad, a ambos lados de la cabeza del niño. Una atronadora aclamación salió de los labios de la multitud, y Géssler, volviéndose a Tell, le dijo:

—Buena puntería, ¡traidor! — Pero dime, ¿por qué tomaste dos flechas?

Tell puso la mano sobre la flecha que tenía al cinto.

—Si la primera hubiese herido a mi hijo—contestó,—esta otra la tendríais clavada en el corazón.

—¡Ah! ¿De manera que mi existencia corre peligro?—dijo el gobernador.—Sin embargo, quiero ser fiel a mi promesa. No morirás, te perdono la vida, pero el resto de ella lo pasarás en un calabozo de mi castillo; así nada tendré que temer de tu arco.

Entonces los soldados se apoderaron otra vez de Tell y lo arrastraron por entre la irritada multitud, hasta el muelle donde estaba atracado el barco del gobernador. Pero ocurrió que mientras cruzaban el lago Uri, se desencadenó una terrible tempestad que amenazaba hacer naufragar el barco. Los austriacos, no pudiendo gobernar la embarcación, empezaron a perder las esperanzas de salvarse. En su terror, se acordaron de que Tell tenía fama de ser el mejor patrón de todo el lago, y se lo comunicaron al gobernador.

—Soltadle, y que empuñe el timón—dijo Géssler.

Tell empuñó el timón, y puso proa a la orilla. Al hacerlo no pensaba en la vida de Géssler, ni en las de los soldados austriacos, sino en su libertad, su propia libertad y la independenia de Suiza. Quería escapar él y salvar a su patria.

Condujo la embarcación hasta acercarla a una roca que sobresalía en la costa, y acertando a pasar velozmente por su lado, saltó repentinamente a ella, dejando a los austriacos abandonados a su suerte. Con gran ligereza escaló la roca, ascendió por el acantilado, y atravesando los montes, llegó a un lugar del camino por el que tenía que pasar Géssler, si llegaba a salvarse. Allí se escondió entre la espesura, con la flecha preparada en el arco y el corazón dispuesto a librar a Suiza del tirano. Mientras esperaba, comenzó a caer la tarde. Poco después oyó ruido de pisadas.

—Y si llego con vida a Altdorf—iba diciendo Géssler, juro destruir toda la raza de este traidor de Tell, madre e hijos, todos a un tiempo.

—Nunca llegarás—se dijo Tell.

Y mientras los soldados marchaban ante él, flechó el arco. Pocos momentos después Géssler caía muerto sobre el polvo del camino.

Guillermo Tell dirigió el levantamiento del pueblo suizo, que derribó el poder de los austriacos e hizo de Suiza un país independiente.

Sus compatriotas le hubieran proclamado rey, pero Tell rehusó y se volvió a su casita entre las montañas, que para él valía más que todos los palacios del mundo.

CARLOS DE ANJOU

A PRINCIPIOS del año mil doscientos ochenta y cinco murió en Foggia el rey Carlos, rendido al dolor que le causaban tantas desgracias. Hombre esforzado, guerrero ilustre, ha manchado sus hazañas y su fama con la inhumanidad y la fiereza que manifestó en toda su vida. Resultaban estos vicios tanto más extraños en él, cuanto más se comparaban a la moderación y dulzura de su hermano el rey de Francia, San Luis. Ganó grandes batallas, se apoderó de grandes estados, y de simple conde de Provenza se vió rey de Nápoles y de Sicilia, árbitro de Italia y objeto de espanto en Grecia, adonde ya amagaba su ambición.

BREVES LEYENDAS SOBRE LAS FLORES

EL ACIANO

La reina Luisa de Prusia fué una hermosa dama, de gran valor. El emperador Napoleón el Grande invadió su país y se apoderó de él, oprimiendo al pueblo, pero la reina luchó valientemente contra el invasor.

Sin embargo, al fin, el enemigo tomó la capital (Berlín), y la reina, que tras muchas penalidades, pudo escapar con sus hijos, fué a esconderse en un campo cubierto de acianos. Los niños, asustados, empezaron a llorar. Entonces la reina Luisa, temiendo que alguien les oyera y les descubriera, cogió algunas de aquellas florecitas azules y haciendo con ellas coronas y ramas para los pequeños príncipes, logró distraerles de su pena.

Uno de ellos se llamaba Guillermo, y algunos años después derrotó al sobrino de Napoleón. Proclamado primer emperador de Alemania, tomó como símbolo el aciano.

EL CRISANTEMO

En la Selva Negra (Alemania) vivía un campesino llamado Hermann. La víspera de Navidad, cuando regresaba a su casa, encontró a un niño pequeñito tendido sobre la nieve. Lo tomó en brazos y lo condujo al modesto hogar donde le aguardaban su esposa e hijos, quienes, compadeciéndose del pobre niño, compartieron alegremente con él la humilde cena que tenían preparada para aquella festividad.

El pequeño forastero permaneció toda la noche en la cabaña, y a la mañana siguiente, después de revelar que era el Niño Jesús, desapareció. Cuando volvió a pasar Hermann por el lugar donde había encontrado al Niño, vió que habían nacido entre la nieve unas flores hermosísimas. Cogiendo un buen puñado de ellas las llevó a su esposa, quien les dió el nombre de crisantemos, esto es, flores de Cristo, o más propiamente, « flores de oro ». Y en lo sucesivo, toda Noche Buena, en memoria del pequeño visitante, Hermann y los suyos daban a algún niño pobre parte de la cena.

LA ANÉMONA

Existía en antiguos tiempos la Ninfa de las Flores, cuyo nombre era Cloris, y a su jardín solía acudir el Espíritu del Viento de Occidente, Céfiro, enamorado de ella. Vivían en el jardín de la Ninfa de las Flores otras muchas hermosas ninfas, y, entre ellas, una jovencita llamada Anémona. Un día Céfiro, demostrando poca afición por Cloris, comenzó a cortejar a la gentil Anémona. Celosa e irritada aquélla, arrojó a Anémona de su jardín, para que pereciera en los bosques salvajes. Afortunadamente cruzó un día por ellos Céfiro, y viendo a la pobre Anémona moribunda, la convirtió en la blanca y graciosa flor que crece al pie de los árboles cuando florece la primavera.

LA ROSA DE JERICÓ

La rosa de Jericó, se conoce también con el nombre de « flor de la Resurrección », pues se le atribuye la propiedad de morir y volver después a la vida. Su origen tiene una hermosa leyenda.

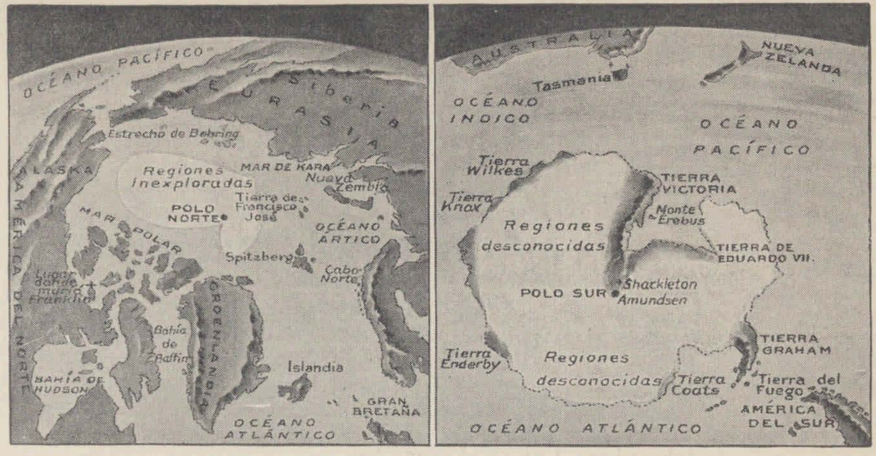
Se dice que en aquellos días en que José y María huyeron de Belén con el Niño Jesús, para salvarle de la degollación de los inocentes, ordenada por el rey Herodes, la Sagrada Familia atravesó las llanuras de Jericó. Cuando la Virgen bajó del asno que montaba, esta florecilla brotó a sus pies, para saludar al Salvador, a quien María llebava en brazos.

Durante la vida del Salvador en la tierra, la rosa de Jericó siguió floreciendo, pero cuando expiró en la cruz, todas estas rosas se secaron y murieron al mismo tiempo que Él. Sin embargo, tres días después, Cristo resucitó, y las rosas de Jericó volvieron a la vida, brotando y floreciendo sobre la llanura, como señal de la alegría de la tierra por la resurrección de Jesús.

MIRANDO HACIA EL INTERIOR DE LA TIERRA

Hasta comienzos del siglo veinte eran casi desconocidas las regiones situadas alrededor del Polo Sud. Sin embargo, durante los últimos años, varias expediciones se han dirigido hacia esas desiertas y heladas tierras situadas en el extremo del mundo. El 9 de Enero de 1909 una expedición inglesa, al mando del teniente Sháckleton, logró llegar a un sitio distante sólo 111 millas del Polo. Durante esta expedición se subió por primera vez al gran volcán, Monte Erebo. En esta interesante fotografía se ve un pequeño grupo de aquellos intrépidos y decididos expedicionarios, en el borde del cráter, mirando hacia el interior de la tierra. Este cráter tiene una profundidad de 300 metros y un diámetro de cerca de un kilómetro. La fotografía de donde se ha hecho este grabado fué tomada desde la parte más baja del borde del cráter, y a la izquierda pueden verse los vapores que ascienden desde el fondo del abismo.

El Polo Sud fué descubierto el 14 de Diciembre de 1911, por el navegante noruego Amundsen.



Regiones polares, tal como las conocemos en el día de hoy.

LAS REGIONES POLARES

EL hombre ha demostrado siempre vehementes deseos de conocer todo lo posible el mundo en que vive, y especialmente sus más apartadas y ocultas regiones. Mirando un globo o un mapa y recordando la historia de los países, podemos llegar a comprender cómo han llegado a descubrirse los océanos y los continentes y cómo ha podido trasladarse al mapa aun la misma figura del mundo. Suscítase en nuestra memoria la antigua leyenda del viaje de exploración de Hércules por el Mediterráneo; la admirable historia de Marco Polo en Oriente; la de Cristóbal Colón y sus compañeros en Occidente; la de los grandes esfuerzos hechos por los exploradores en Asia Central, en África, y en América, todos los cuales unos tras otros, nos han llevado de la mano hasta las más ocultas regiones de nuestra casa, el mundo.

Cuantos han sido testigos de los sentimientos que conmueven el alma en estos descubrimientos confiesan unánimes que es inenarrable la alegría experimentada por el descubridor de un continente, de una playa, de un océano; alegría que reconoce por causa la satisfacción de ese natural deseo de conocer todos los lugares de la tierra.

Mas, por mucho que haya sido el esfuerzo realizado por descubrir todas las partes de la tierra, todavía se encierran secretos en las espaciosas y cristalinas regiones, situadas en los polos norte y sur del globo, en los extremos de la línea imaginaria que, pasando por el centro de nuestro planeta, forma el eje sobre el cual gira, como una rueda sobre el suyo, y en esta posición realiza su incesante viaje alrededor del sol. La lectura de la historia de la tierra, expuesta en otros lugares de esta obra, nos ayudará a entender mejor la de las regiones polares.

Hemos de reunir igualmente todos nuestros conocimientos acerca de la nieve y del hielo; de la intensidad del frío; de las dificultades con que tropieza el viajero para pasar los grandes campos de nieve y los ventisqueros de los Alpes y del Himalaya, de las montañas del Tibet y de Alaska, y recordaremos después la profunda quietud de estas regiones del mundo. Entonces, juntando imaginariamente todas las comarcas nevadas de la tierra y multiplicando muchas veces su tamaño, su frío y su soledad, empezaremos a tener alguna idea de las cumbres heladas que rodean los polos, tan grande cada uno de ellos como todo el continente de Europa.

Ahora bien, si tenemos a la vista un globo o un mapamundi de manera que podamos comparar estas regiones po-

lares, descubriremos gran diferencia entre ellas. En el Norte, veremos que los grandes continentes de Eurasia y América penetran considerablemente en el círculo ártico, y algunas vías de agua que pasan a cada lado de la inmensa isla de Groenlandia, otra en el estrecho de Bering, que penetra en el sombrío océano polar, sembrado de numerosas islas.

LA REGION POLAR ANTÁRTICA, PERDIDA EN LA SOLEDAD DURANTE MUCHOS SIGLOS

En cambio, los territorios de la mitad meridional de nuestro globo, a saber, Nueva Zelanda y Australia, Africa y América del Sur, aunque convergiendo todas a la antártica, se ven separadas de ella por millares de kilómetros de mar que rodea la región conceptuada como extenso continente polar, y cubierta abundantemente de hielo, como Groenlandia. Hasta 1470, ningún buque atravesó el Ecuador en dirección al Sur, de manera que estas ocultas regiones antárticas permanecieron durante muchos siglos en absoluta soledad.

No es así el Polo Norte. Las naciones amigas de atrevidas aventuras, como los normandos, los holandeses y los ingleses, al verse tan cercanas a una de las puertas más accesibles, en el muro de hielo que les separaba de un mundo desconocido, procuraron desde muy temprano abrirse camino. En parte quizás les movió a ello el deseo de averiguar de dónde provenían aquellas enormes moles que, como montañas de hielo, flotaban por el Atlántico, deslumbradoramente blancas y con brillantísimos reververos, al recibir la luz del sol, y grises y terribles durante la noche. Móvil asimismo de estas excursiones fué la anhelada pesca de un cetáceo, que se oculta en los hielos del océano del Norte, es decir las enormes ballenas, cuyo tamaño y gran variedad nos lo atestiguan los ejemplares que de estos animales se hallan en los museos.

CÓMO EL REY ALFREDO ESCUCHÓ LA HISTORIA DEL PRIMER EXPLORADOR POLAR

Traslademonos un millar de años atrás, a presencia de Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, para escuchar con él la historia de la primera expedición ártica de que se tiene memoria. Ohthere, que había fijado su habitación en el punto más al norte de todos los normandos, se sintió tan dominado por la pasión de descubrir tierras, que llegó a no poder dormir, al pensar en los secretos que podían ocultarse en el desconocido Norte. Cediendo, por fin, a los impulsos de su alma, abandonó alegremente su rebaño, compuesto de seiscientos renos, y otras muchas riquezas, tomó el camino del Norte y, torciendo al Este, descubrió el Mar Blanco, el río Dwina y el cabo Norte.

Observemos con la imaginación las facciones del rey en el decurso del relato que hace Ohthere de las maravillas que vió, y cómo no puede menos de sonreir al oirle la descripción de las terribles focas y sus *nobles dientes*. Pero el normando, para demostrar la verdad de su aserto, enseña en sus curtidas manos los dientes de foca que ha traído como presente al rey sajón; y Alfredo queda convencido, y prosigue tomando notas de la narración, hasta que al fin queda toda consignada en su libro.

Ohthere habló asimismo de los habitantes, en sumo grado hospitalarios, que encontró junto a la desembocadura del Dwina. En efecto, a pesar de lo poco que promete este país limítrofe con el océano polar ártico, así ahora como en la época de Ohthere se halla poblado de no muy crecido número de hombres, mujeres y niños que viven dispersos por la anchurosa y temible llanura, pertenecientes a una antiquísima familia, quizás algo relacionados con los chinos. La mayor parte de ellos son esquimales, los cuales se hallan principalmente en las costas y en las islas del Norte de América. Otras tribus de la misma familia viven en las tundras asiáticas, desoladas regiones que permanecen heladas durante el invierno y forman un territorio pantanoso en verano.

LA PENOSA VIDA DE LOS HABITANTES DEL HELADO NORTE

Difícil es para nosotros imaginar la

RUTA DE PEARY AL POLO NORTE

POLO NORTE. Llegada de Peary, 6 de Abril 1909.
Brilla el Sol sin ponerse desde el 21 de Marzo hasta el 23 de Septiembre
Trayecto de 800 kilómetros que recorrió Peary en trineos sobre una superfice de mar helado.
GRAN SÁBANA DE HIELO QUE CUBRE EL MAR POLAR
Colinas de hielo de muy difícil tránsito
GRANDE ESPACIOS DE AGUA ENTRE EL HIELO
Campos de hielo
Campos de hielo
Lugar en donde Peary dejó las tierras más cercanas al polo
Cabo Colombia
Cabo Sheridan
TIERRA DE GRANT
TIERRA DE HALL
TIERRA DE GRINNELL
Glaciar de Humboldt
TIERRA DE ELLESMERE
Mar cubierto de hielo en invierno
ETAH Campamento esquimal, donde empezó Peary su viaje
BAHÍA DE SMITH
BAHÍA DE JONES
DEVÓN NORTE
TIERRA DE HAYES
Cabo York
MAR DE BAFFIN
Icebergs que descienden al Atlántico
Ríos de hielo que descienden lentamente al mar.
BAHÍA MELVILLE
GROENLANDIA SEPTENTRIONAL
UPERNIVIK, La ciudad más septentrional del mundo
G. F. MORRELL

Después de varios siglos de constantes esfuerzos, en los cuales muchos exploradores perdieron su vida, el mundo quedó asombrado al oir que el 6 de Abril de 1909 el capitán Peary había llegado al Polo Norte, empresa en la cual trabajaba desde hacía mucho años. El mapa muestra la ruta que le llevó a su meta.



vida que llevan estos habitantes. Sin frutos, sin vegetales (a excepción de un poco de musgo) sin árboles, sin campos de trigo, sin ciudades, sin medio alguno para viajar, como no sean sus diminutos botes de pieles o sus primitivos trineos, tirados por perros o renos, todo su alimento, todo su vestido, todo el aceite que emplean para proveerse de luz y calor, todo, enteramente todo, lo sacan de las focas, morsas, osos, ballenas, zorras y peces que, por pertenecer a la fauna de estas soledades árticas, viven en compañía de estos habitantes.

En invierno, cuando pasan meses enteros sin que salga el sol, viven en casas redondas construídas con bloques de nieve helada, que se deshiela en cuanto comienza el verano. Esta última estación viene a ser tan original, aunque mucho menos incómoda, que la precedente. Después de salido el sol, permanece en el horizonte meses enteros; entonces, aquellos sufridos habitantes, abandonadas sus antiguas moradas, construyen otras nuevas de tierra y lodo.

En algunos museos hay objetos que nos permiten formarnos idea del sistema de estos pueblos circumpolares. Entre tales museos es notable el de Nueva York. En él se pueden admirar los vestidos de pieles, comunes a las mujeres y a los hombres, los impermeables, las botas y los manguitos con que los esquimales se defienden del frío. Las canoas (la más pequeña pertenece quizás a una mujer), parecen moverse impulsadas por los remos en las oscuras aguas de la tierra en que fueron construídas. De las dificultades de la caza dan una idea las lanzas y dardos para matar focas y aves, los garfios y harpones, los reclamos para llamar al ciervo, los arcos y las saetas, los escarva-hielos para atraer a las focas.

El modelo de campamento que en dicho museo se manifiesta permite descubrir el interior de una tienda sujeta con piedras contra los fuertes vientos; en ella se ve igualmente a una madre llevando a su rollizo niño en su caperuza de pieles, y algunos perros comiendo con la familia. Asimismo nos enseña cómo esos esquimales encienden fuego con un taladro arqueado, con cuánta destreza cosen sus vestidos con agujas de hueso y con qué habilidad trabajan el marfil de foca haciendo con él toda clase de juguetes. Al dar sepultura a un niño en su huesa de hielo, todo cuanto hay en la casa, muñecas, estampas de animales y herramientas, todo, en una palabra, se coloca encima de ella, de igual manera que en los climas más cálidos solemos cubrirla de flores.

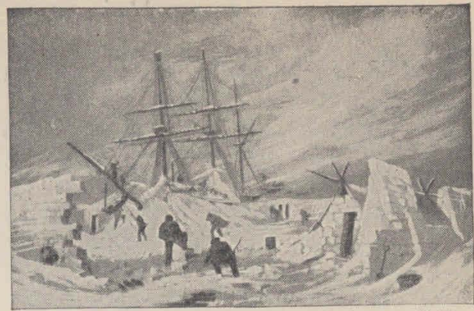
VIAJEROS QUE SE PROPUSIERON EL DESCUBRIMIENTO DEL POLO NORTE

Pero a pesar de lo muy interesantes que son los esquimales y su método de vida, fuerza es reconocer que no ha sido precisamente el deseo de estudiarlos lo que ha movido a los hombres desde los días de Ohthere a aventurar sus vidas, penetrando cada vez más en esas desconocidas regiones de hielo y nieve. Los pescadores de ballenas han corrido constantemente en busca del monstruo marino que les facilitaba el aceite necesario; y con estas constantes expediciones pudieron añadir poco a poco nuevos conocimientos a los que ya se tenían de las costas septentrionales. Además, y siguiendo el ejemplo de Ohthere, muchos intrépidos noruegos visitaron Groenlandia e Islandia, y divisaron las islas y costas adyacentes. Algo más tarde, después que Colón hubo descubierto América, fueron también muchos los viajeros que navegaron por Terranova y por el río San Lorenzo, con el fin de abrirse un camino a la China y al Oriente, aprovechando algún paso del Noroeste, más allá del Cabo Norte, creyendo hallar por este punto el camino más corto para el comercio con el rico Oriente.

Si miramos con atención el mapa Polar del Norte, hallaremos muchos nombres de los atrevidos viajeros que, menospreciando las tempestades, el hielo y el constante peligro de perecer por falta de víveres, se arriesgaron en embarcaciones pequeñas y mal provistas a descubrir los secretos del Polo Norte. Los nombres de Sir Hugo Willoughby y



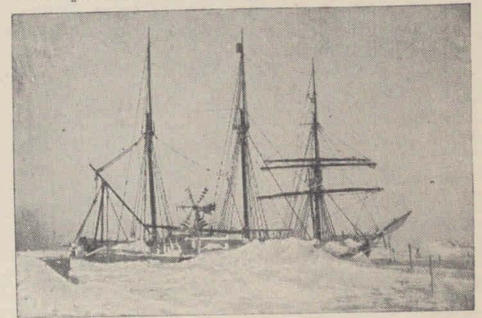
Sir Jacobo Ross, miembro de la expedición que en 1829 se encaminó al Norte, pasó cerca de cinco años entre las nieves árticas. Llegó al polo magnético y plantó en él la bandera inglesa.



El « Victoria », navío que conducía la expedición, encalló en los hielos. La tripulación vióse obligada a abandonarlo y a emprender a pie el viaje de regreso. Un buque ballenero la recogió más tarde.



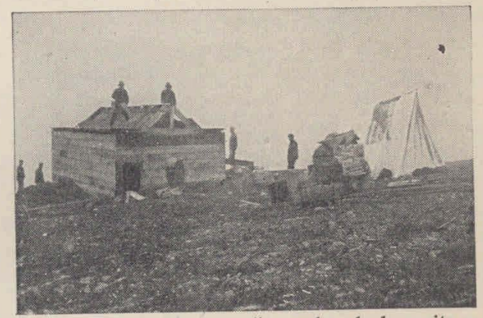
Paraje polar a donde Sir Guillermo Parry llegó en su segunda expedición al polo ártico, en 1819. A su regreso, el Parlamento inglés otorgóle un premio de 25,000 pesos oro.



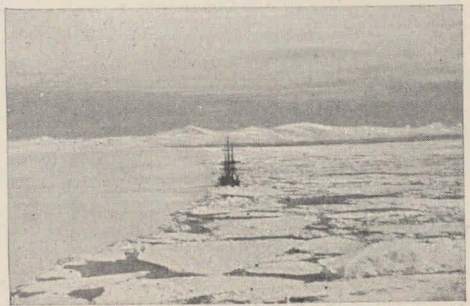
En 1902 una expedición alemana, dirigida por el profesor von Drygalski, llegó a las regiones antárticas, en donde descubrió la Tierra del Emperador Guillermo II, en cuya costa invernó el buque, « Gauss ».



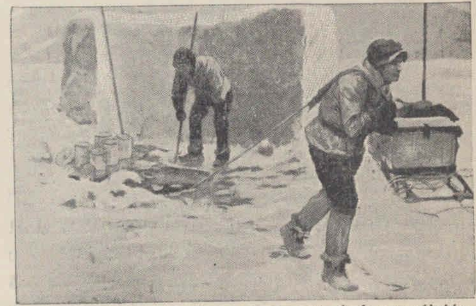
Algunos exploradores, de los que en 1902 llegaron en el « Gauss » a las regiones antárticas, acampando en la nieve. Regresaron a su patria en 1903.



Fotografía, tomada a media noche, de la casita y tienda que ocupó el capitán Peary en una de sus expediciones polares.



El « Morning », uno de los dos buques de socorro que ayudaron al capitán Scott en su expedición polar de 1903.



Los exploradores que formaban parte de la expedición del capitán Scott empleaban redes barrederas para recoger peces, etc., del Océano Antártico.



Ricardo Chancellor nos recordarán sus viajes, gracias a los cuales se inauguró el comercio en los puertos del Mar Blanco con Rusia; y a estos nombres debemos añadir los de Frobisher y Davis. En las costas del Nordeste de Nueva Zembla, veremos la Tierra Barents y una bahía llamada Ice Haven (Puerto de hielo) que recuerdan uno de los más interesantes viajes del siglo XVI. En efecto, el holandés Barents y sus amigos se hicieron a la vela en Holanda con rumbo al Oriente de Asia, llevando consigo sedas y terciopelos, con lo cual esperaban abrir una vía comercial con China por la ruta Nordeste.

LA CASITA, EN QUE UNOS CUANTOS HOLANDESES PASARON TODA LA NOCHE ÁRTICA

Es, en verdad, conmovedor el relato de las aventuras que les ocurrieron en el tormentoso Océano Glacial Ártico durante el corto verano de que gozaron; mas cuando el hielo cubrió toda la superficie de este mar, a la vez que acabó con las tempestades, impidió a los exploradores proseguir su viaje. Viéronse, pues, obligados a barar el buque en la costa, y determinaron construir una casita en donde guarecerse, sirviéndose para ello de los tablones de su navío, a fin de pasar lo menos mal posible los largos meses de la noche ártica.

Oíanse a su alrededor los osos y las zorras, contribuyendo con su peligrosa cercanía a que los infelices exploradores sintiesen muchísimo más la falta de las cómodas casas que en su patria habían dejado. Cuando al fin volvió la primavera, construyeron un bote y en él se embarcaron para Europa; algo más tarde fueron recogidos por un buque, pero el héroe Barents había perdido su vida en el bote. Puede darnos alguna idea de qué clase de gente era ésta, la noticia que hallamos en su diario de que nunca perdieron ocasión que se les presentase para exponer al aire libre los preciosos enseres que se les habían confiado. En el museo Rijks, en Amsterdam, se hallan expuestas unas cuantas bagatelas abandonadas en la casa que les había servido de albergue en Ice Haven: libritos e instrumentos, prendas de vestir, candelas que todavía hoy pueden encenderse. Fué todo esto descubierto por un capitán noruego, quien lo ofreció a Holanda en memoria de sus valientes hijos, 274 años después que habían cerrado la puerta sus propietarios, para emprender el ansiado viaje de regreso a su patria.

EXPLORADORES QUE FIJARON EN EL MAPA LOS ALREDEDORES DEL POLO NORTE

Poco a poco el mapa de la región Polar Ártica adquirió más pormenores, gracias a los valientes viajeros que continuamente se dedicaban a explorar dicha región y daban su nombre a las costas, estrechos e islas descubiertas. Son tantos, que sólo podemos mencionar unos pocos, tales como Hudson y Baffin, Bering y Cook, Ross y Parry. Estos últimos nos inducen naturalmente a mencionar un gran nombre, el de Franklin. Hizo este célebre viajero varias expediciones por la bahía de Hudson y por el lago del Gran Oso, y midió varias millas mientras intentaba encontrar el pasaje noroeste, junto a la Tierra del Rey Guillermo. No quedó ni un compañero suyo para contarlo.

LOS RESTOS DE SIR JUAN FRANKLIN, TRASLADADOS A LONDRES

Corría el año 1845, en el que salieron de Inglaterra y de los Estados Unidos de América muchas expediciones en busca de los dos buques, el Erebus y el Terror, y para averiguar cuál había sido la suerte de sus arriesgados tripulantes. Al fin, en la fecha indicada, se hallaron huellas de esos héroes en el Océano Glacial Ártico; todos ellos habían perecido de frío y de hambre. El cadáver de Juan Franklin fué trasladado a Londres. Junto con los tripulantes, se halló también una memoria en que se daban pormenores del tiempo en que hubo de abandonarse el buque y de la pérdida del comandante y de las partidas de trineos.

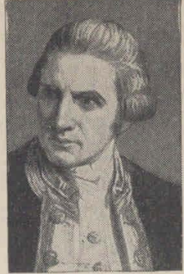
Gracias a las numerosas expediciones que salieron en busca de Franklin, se llegó a adquirir un conocimiento mucho más detallado de las islas y estrechos en el extremo norte del Nuevo Mundo,

ILUSTRES EXPLORADORES DE LOS POLOS


Willoghby


Fróbisher


Hudson


Cook


Belcher


Sir Juan Ross

M'Clure

Sir Jacobo Ross

Parry




Exploradores de diversos países, camino del polo Norte.


Amundsen


Sverdrup

Sir Juan Franklin


Scott


Teniente Shackleton


Jackson

He aquí algunos intrépidos exploradores que han arriesgado su vida por llegar a los polos Norte y Sur. El grabado central muestra la ventaja que unos a otros se han llevado los exploradores. El primero es el capitán Peary; siguen luego el Duque de los Abruzos el Dr. Nansen, Nares, Nordenskiöld y otros.



y por fin, M'Clure atravesó en 1851 el actual paso noroeste, que durante tanto tiempo se había buscado. Cinco buques pertenecientes a una de estas expediciones fueron abandonados por orden del jefe; uno tan sólo, el *Resuelto*, continuó su camino llevado a la deriva por espacio de unas mil millas, hasta que hallado por un capitán americano fué conducido al puerto. Reparado y recompuesto, el barco fué enviado a través del Atlántico como regalo a la reina Victoria y al pueblo británico.

OTRAS EXPEDICIONES QUE SE ACERCARON MÁS AL POLO

Después de algunos años, abundantes en tragedias, los exploradores del Polo Norte fijaron su atención en Groenlandia, inmensa isla de 2200 kilómetros de longitud, cuyo interior está cubierto de espesa capa de hielo que ha llenado los valles casi a la altura de las montañas. A causa de su proximidad al Norte, el intenso frío en la meseta de Groenlandia hace allí casi imposible la vida humana; y, efectivamente, tan sólo en una faja de la costa, sobre todo en la parte occidental, hay algunas colonias de europeos y poblaciones esquimales.

NANSEN Y SUS COMPAÑEROS ATRAVIESAN POR VEZ PRIMERA LA GROENLANDIA

El valiente noruego Nansen fué el primero que atravesó de una a otra costa esta extensa isla. En este viaje, que fué penosísimo, se vieron obligados a permanecer durante tres semanas en el interior de la meseta a unos 2743 metros de altitud. Tuvieron que arrastrar los trineos por pendientes de hielo, unas veces blando y otras endurecido, hasta que, ya en la alta y fría meseta, el hielo se hizo más firme, y prosiguieron el viaje por subidas y bajadas, izando velas en los trineos y dejándolos deslizar por las pendientes, mientras los cuatro hombres que formaban la expedición se deslizaban igualmente con sus botas a propósito para caminar por la nieve.

Peary, oficial de la marina de los Estados Unidos de América del Norte, es el gran héroe de los descubrimientos al Norte de Groenlandia. En uno de sus viajes descubrió, en el espacio de una semana, treinta ventisqueros, y más tarde logró dar la vuelta por el Norte de dicha isla. Hallándose en la cima de un gran peñasco de 1200 metros, disfrutó de una vista magnífica que le demostró que en efecto Groenlandia era una isla. Como veremos, este triunfo de Peary no era sino el principio de otros más completos.

La falta de dinero para pagar los gastos necesarios en las exploraciones árticas, detuvo frecuentemente a los más fogosos entusiastas; por eso cuando lord Nordcliffe se encargó de facilitar fondos para el viaje de Míster Jackson a la Tierra de Francisco José, fué grande el placer y la satisfacción del explorador. Provisto para tres años, salió del Támesis con varios compañeros a bordo del *Windward*, y en Arkángel, además de algunos perros, embarcó cuatro caballos y varias tiendas fácilmente montables y desmontables para la temporada invernal. Tres inviernos pasaron en la Tierra de Francisco José, haciendo constantes exploraciones en trineos y diseñando valiosos mapas. El *Windward* regresó a Inglaterra dejando la expedición allí mientras él iba en busca de más provisiones, y después regresó y llevó a los exploradores a su patria.

EL BUQUE NÁUFRAGO, QUE FUÉ LLEVADO A LA DERIVA A UN PUNTO EN DONDE NUNCA SE HABÍA VISTO UN SER HUMANO

Mientras el *Windward* iba en busca de nuevas provisiones, tuvo lugar en aquellas apartadas tierras un encuentro singularísimo entre Jackson y Nansen. Este último explorador había reflexionado mucho sobre una ruta, que habían seguido, dejados a su propio impulso, los restos helados súbitamente de un buque náufrago. El hecho era notable: hundido el buque cerca de las islas de Nueva Siberia, de donde procede el marfil fósil, se habían hallado dichos restos en la costa sudoeste de Groenlandia, a los tres años de ocurrido el naufragio, y después de haber sido llevados a la deriva atravesando el Polo. A fuerza de reflexionar sobre este hecho, llegó a convencerse Nansen de que, si conseguía construir un buque capaz de

PUEBLOS DE LA REGIÓN POLAR ÁRTICA



Los pueblos de la región polar ártica viven de una manera muy semejante a la de los primeros habitantes del mundo. Apenas están civilizados y habitan en rústicas chozas, como las que muestra el grabado.



En verano los esquimales viven en tiendas hechas de pieles de foca. En invierno, habitan en chozas o casas de nieve.



Choza de esquimales hecha de piedras y tierra. A causa de lo frío del clima, no hay árboles, y por consiguiente la madera es muy rara y cara.



Entre los esquimales, las mujeres usan, generalmente, trajes como los de los hombres, hechos de pieles de foca con el pelo hacia adentro.



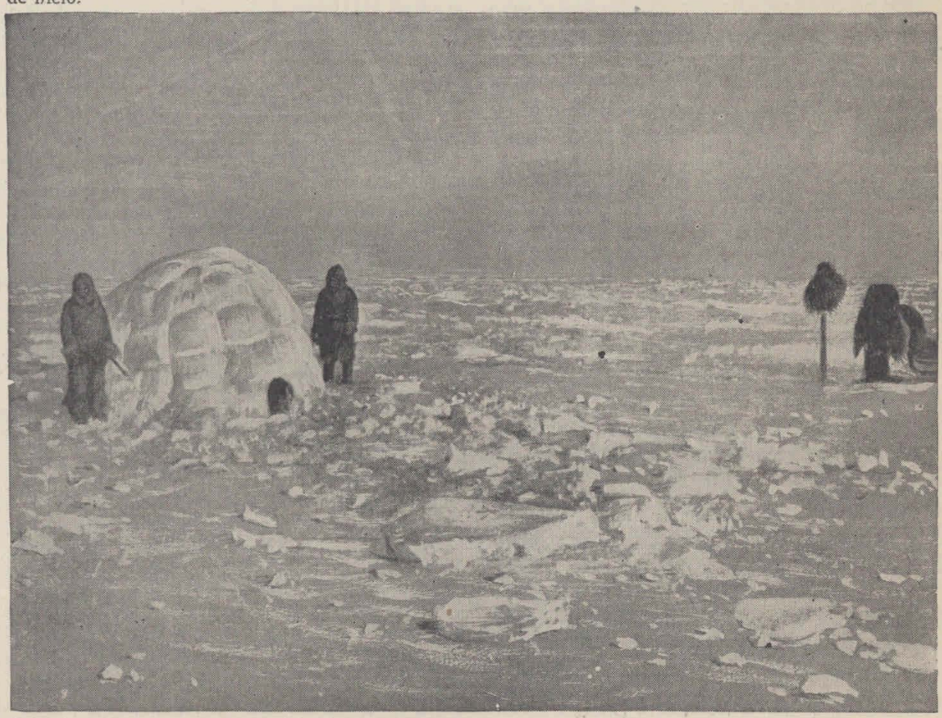
Morada estival de una familia lapona. Los lapones usan perros como el que muestra el grabado, para arrastrar los trineos en invierno.



El teniente Shackleton y sus compañeros de espedición tuvieron que padecer lo indecible en su viaje al polo sur. Se les acabaron los víveres antes de lo que se había previsto, y tuvieron que ir matando todos los caballos hasta dejar únicamente los tres que se ven en el grabado.

El comandante Peary (hoy almirante), con algunos perros esquimales, que tanto le ayudaron en la conquista del polo norte. La experiencia ha enseñado que estos perros son mucho mejores para este fin que los caballos.

A pesar de la infinidad de tentativas hechas desde hace siglos para llegar al polo norte, sólo en nuestros días se ha visto realizada esta empresa. No obstante lo crudo de la temperatura, que es casi insoportable para el hombre, los osos blancos viven en esas regiones, y parecen hallarse muy a gusto en medio de los témpanos de hielo.



Cuando al fin llegó el hombre al polo, no vió en él otra cosa que una desolada llanura de nieve y hielo, y lo único que pudo hacer, después de tantos esfuerzos, fué construir chozas de nieve para descansar por muy breve tiempo y luego regresar a sus lares.

resistir la enorme presión del hielo, le sería mucho más fácil llegar al Polo Norte, dejándose llevar por la corriente, que empeñándose en atravesar la difícil barrera helada, según habían intentado hasta entonces los exploradores.

Con este fin construyó el *Fram*—palabra, cuya traducción castellana equivale a *Adelante*—embarcó en él con sus compañeros y dió resueltamente la vuelta a la costa de Noruega; atravesó el Mar de Kara, cruzó el cabo de Chelyuskyn, la parte más septentrional de Asia, y se internó en las masas de hielo, en las cuales no tardó en helarse el *Fram*, tres meses después de haber salido de Cristiania.

La relación de cómo el *Fram* fué conducido suavemente por la corriente, cuán alegre y placenteramente pasaron el tiempo los expedicionarios, cúan encantadoras e íntimas fueron las fiestas que se celebraron, principalmente la de Navidad, parece algo así como una novela increíble, si recordamos el frío atroz, los terribles vientos, y la soledad del buque levantado materialmente por el hielo, hasta el punto de que casi podía verse su casco.

«LA DAMA DE LA CASACA» QUE PROVEYÓ DE ALIMENTO A NANSEN Y A SUS COMPAÑEROS

El oso blanco, « la dama de la casaca », como le llaman los groenlandeses, fué casi la única visita que recibieron; y por cierto que no era poca su alegría, al poder obtener alguno de ellos cuando se hallaban escasos de alimentos.

Después de cerca de dos años, creyó Nansen que, con ayuda de un compañero, podría adelantar más en su viaje al Polo, dejando la embarcación y encaminándose derechamente hacia él con sus trineos y sus perros, que permaneciendo por más tiempo en la corriente de hielo. Acompañado, pues, del teniente Johansen, se puso en camino, en marzo de 1895, para el viaje más peligroso que puede imaginarse. Varios meses estuvieron de viaje, sin conseguir, al fin, sino llegar algo más al Norte que el *Fram*. Allí pasaron el largo invierno, durmiendo la mayor parte del tiempo en una choza, cerca del Cabo Flora, en la Tierra de Francisco José.

Grande fué, pues, su alegría cuando se encontraron con Jackson y pudieron mudarse de ropa y lavarse con jabón. Nansen se había puesto tan negro con la grasa, el humo y su duro trabajo, que Jackson no le reconoció al principio. El *Windward* condujo a Nansen a Noruega, en donde no tardó en tener noticias del *Fram*, el cual a su tiempo se vió obligado a dejar su corriente de hielo.

En 1897 el intrépido Andrée intentó otra expedición al Polo, pero empleando otro medio diferente que sus antecesores. Este medio fué un globo que salió de la isla de Dane, en Spitzberg. La última vez que se le vió llevaba rumbo al Norte, y desde entonces no se ha vuelto a saber más de él.

En mayo de 1899 partió de Italia para emprender una nueva exploración de las regiones árticas, el príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos. Le acompañaban el capitán de fragata Cagni, el conde Quirini, teniente de navío, el doctor Cavalli Molinelli; Giacomo Cardenti y Simón Canepa, marineros de guerra; Petigas, Fennoillet, Olliere y Savoye, guías de montaña. Iban en el yate *Stella Polare*. Esta expedición fué organizada con gran esmero y estaba surtida de todo cuanto se consideraba necesario para llevar a buen término la empresa. El yate lo tripulaban diez marineros, escogidos entre los más prácticos en los mares boreales, varios arponeros, cazadores de focas, y un esquimal para cuidar las traíllas de los trineos. En total, eran veinte hombres. Llevaban mil quinientas cajas, con víveres, vestuario y equipo, material científico, etc., y las tenían clasificadas en cuatro grupos, habiéndolas pintado de distintos colores, para distinguirlas con facilidad: el color negro indicaba los víveres, que eran arroz, patatas, legumbres y carnes en conserva y sólidas, galletas (280 cajas), mil botellas de vino para solemnizar los grandes acontecimientos (pues

las bebidas a pasto, sin contar el agua, eran el te y el café). Con los de los hombres iban víveres para los perros esquimales. Entre los objetos para recreo figuraban juegos de naipes, de damas, ajedrez, lotería de cartones, grafófonos y fonógrafos, y unas cuantas guitarras y mandolinas. La expedición se dirigió desde Tromsoe a Arkángel, donde tomó ciento veintisiete perros de Siberia, y desde allí, en julio de 1899, a la Tierra de Francisco José, elegida como base de operaciones para el avance hacia el Polo. Invernó en la bahía de Teplitz, en la Tierra del Príncipe Rodolfo (a los 81° 54′ de latitud). El duque no pudo avanzar, por haber sufrido la amputación de varios dedos que se le helaron. Del punto de invernada partió el capitán Cagni con trece hombres, trece trineos y ciento cuatro perros, el 11 de marzo de 1900. Para simplificar la expedición, según se había acordado, envió al barco, primero, al teniente Querini con dos hombres más, que se perdieron, sin que fuera posible encontrar su huella; después al doctor Cavalli y otros dos hombres. El capitán Cagni avanzó, durante cuarenta y cinco días, al Oeste del itinerario de Nansen, recorrió 4° 39′ sobre el hielo, alcanzó el 15 de abril la latitud 86° 33′, o sea 19′ más que dicho viajero, y emprendió el regreso por falta de víveres, no encontrando seres vivos, de ninguna clase, en las soledades recorridas. Al regresar, el banco de hielo sobre el que adelantaba la expedición, derivaba hacia el Oeste con rapidez, y separaba de su itinerario a los viajeros. Faltando los víveres, durante un mes se alimentaron de carne de perro. El 8 de junio llegaron a la isla Ommaney, y el 23, después de ciento cuatro días de expedición, estaban de regreso en la bahía de Teplitz.

EL COMANDANTE PEARY LLEGA, AL FIN, AL POLO NORTE EN 1909

Durante los años sucesivos fueron muchas las expediciones que se encaminaron al Polo Norte, todas ellas ansiosas de llevar las banderas de sus respectivas naciones al punto más desconocido de esa región; pero únicamente el Comandante Roberto E. Peary, oficial de la marina norteamericana consiguió llegar a la meta, el día 6 de Abril de 1909, después de cerca de 25 años de constantes esfuerzos. En otro artículo de la presente obra hablamos con más pormenores de esta memorable expedición. Encaminémonos ahora al sur, atravesando primero una zona templada, luego la tórrida, que se halla en el ecuador a igual distancia de uno a otro Polo, y, a continuación, otra zona templada, pasada la cual, empezamos a sentir el aire cada vez más frío, a causa de los enormes icebergs (montañas de hielo) que, en mayor número que las del Polo Norte, flotan por los glaciales mares de la región polar antártica. Ningún ser hallamos establecido en estas desoladas costas; únicamente los magníficos y blancos albatros extienden sus alas sobre nuestro buque, prosiguiendo con nosotros su viaje sin descansar nunca, ni mostrar la menor fatiga, como si fueran los guardianes del barco al entrar éste en su tierra encantada tras los enormes muros de hielo, tan altos como nuestros más elevados peñascos de greda. Además de los nidos de albatros encontramos en estas regiones los pingüinos que conocemos por los ejemplares de nuestros museos, tan extraños y chocantes en su rígida posición, siempre chillando. Hay también focas que anidan en el hielo, como en los mares polares del norte.

LOS EXPLORADORES DEL EXTREMO DEL MUNDO

Hasta el siglo XVII se creyó que unido con la Tierra del Fuego, se extendía un dilatado continente meridional, que comunicaba con la Australia. Muchos fueron los aventureros que costearon este imaginario continente siguiendo poco más o menos la línea que en nuestros mapas actuales señala el círculo antártico. En muchos de estos viajes nos hallamos con varios nombres ya conocidos: el de Drake, que demostró que el Atlántico y el Pacífico se unían en el sur de América sin límites de ninguna clase; Cook, que fijó los confines de

la región antártica; Ross, que en sus dos buques, el *Erebus* y el *Terror*, salió de Tasmania el 1° de Enero de 1841, y descubrió el país montañoso de Tierra Victoria y los dos volcanes a que dió el nombre de sus dos barcos.

Durante la segunda mitad del último siglo, varias expediciones de diferentes países lucharon por encontrar un camino por los abiertos pasos que pueden considerarse como puertas en la gran barrera de hielo en el Polo Sur. Cada una de estas expediciones, por sus observaciones y sus mapas, por su abnegación y espíritu de sacrificio, ha añadido alguna noticia más acerca de estas apartadas regiones del mundo. Como en el del Norte, también en las expediciones del Polo Sur, han tenido que pasar los exploradores la larga estación del invierno en la mayor soledad, padecer las incomodidades de la interminable noche polar, organizar peligrosos viajes en trineos, luchar contra indecibles dificultades, penetrar hasta los puntos a donde no llegaban los buques, y padecer las mayores penalidades, con verdadera ansia, por parte de ellos, de afrontar toda suerte de trabajos a trueque de dar un paso más hacia el Polo, como, en efecto, casi todos consiguieron darlo.

CÓMO CUATRO CABALLOS HAMBRIENTOS MALOGRARON UNA EMPRESA GIGANTESCA

En 1902, el capitán Scott, en su expedición más interesante, llegó a 800 kilómetros del Polo Sur; pero este resultado fué superado en mucho por la del teniente Shackleton que, en 1909, llegó a una distancia de 160 kilómetros del Polo. Por cierto que la razón del fracaso de la empresa de este último explorador fué que sus caballos empezaron a comer arena y murieron. He aquí cómo una causa tan insignificante privó al mundo de una noticia extraordinariamente interesante.

Cada una de las expediciones polares constituye un interesantísimo relato para aquellos a quienes cautivan la grandeza de los campos y las montañas de hielo, el misterioso sol de media noche, la prolongada luz solar y las inacabables nieblas, las estrellas errantes, el grandioso efecto de las auroras boreales, y el enardecimiento, ante estos ejemplos de valor, para intentar la misma empresa y obtener de ella todos los resultados posibles.

Pero esta última expedición de Shackleton es particularmente interesante porque nos demuestra cuán aprovechada había sido la experiencia de sus antecesores, con cuánto tino se hicieron nuevos inventos y mejoras para contribuir al mejor éxito de la empresa, y hasta qué punto la perfecta organización y hábil manejo pueden asegurar el buen resultado de una intrépida resolución.

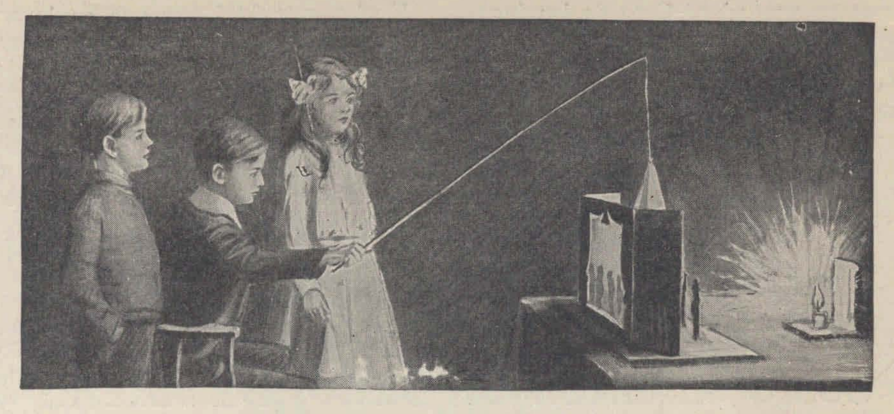
EL MUNDO DE HIELO QUE ANTIGUAMENTE FUÉ TAN CÁLIDO COMO LO ES HOY UN BOSQUE TROPICAL

Aparte de todo esto, se han hecho innumerables investigaciones científicas de todas clases; se han descubierto campos de carbón, cuya existencia demuestra claramente que esta parte helada de la tierra fué antiguamente tan cálida como lo son hoy las selvas tropicales. Asimismo, al examinar los grandes ventisqueros, se ha visto que mucho tiempo atrás había en esta parte mucho más hielo, y hacía mucho más frío que en nuestra época.

¡Qué hubieran dicho los antiguos exploradores a vista de los equipos y provisiones, de los automóviles que caminan sobre el hielo, de los caballos manchurianos para tirar de los trineos, de las fotografías y diseños de estos maravillosos paisajes y auroras boreales, y, sobre todo, de los cuadros cinematográficos de la vida que se desarrolla alrededor de los Polos!

Shackleton no tardó en perder el lugar prominente en que le había colocado su expedición. En Diciembre de 1911, el capitán Roald Amundsen y un mes después el capitán Scott, de los cuales hablamos en otro lugar, llegaron al mismo Polo.

Juegos y pasatiempos



UN TEATRO DE SILUETAS

CON tijeras, goma, cartulina, papel y un pedazo de madera, cualquier niño un poco despejado puede construir un sencillo juguete que resultará muy divertido. Haremos las siluetas de la manera siguiente: cortaremos dos pedazos de cartulina de 0,35 centímetros, por 0,15. Luego cortaremos otro de 35 por 45 centímetros y del centro de éste recortaremos un espacio de 30 centímetros en cuadro. Con esto formaremos los bastidores y el telón. Luego, por medio de papel de goma, pegaremos los trozos primeramente cortados, a ambos lados de la pieza mayor, de manera que puedan plegarse. Mejor aun se hará con tela engomada.

LA ARMAZÓN DEL TEATRO

El grabado nos muestra cómo saldrá el escenario. La cara exterior del conjunto puede forrarse de negro. En la interior taparemos la boca del escenario con un papel blanco traslúcido.

Ahora recortaremos cuatro figuras de cartulina fuerte, dándoles una altura de 7,5 centímetros, y una forma tan fantástica y cómica como sea posible, a fin de hacer el juego más entretenido. En el pedazo de madera de 30 por 15 centímetros, haremos seis hendiduras de bastante profundidad y largura para colocar en ellas las figuras.

Luego se toma papel fuerte para hacer cuatro cucuruchos destinados a cubrir las figuras; y para salir con nuestro intento se plega el papel como en los paquetes de forma cónica, usados en las tiendas de comestibles. En el pico del papel se cose un anillito. El cucurucho debe tener 10 centímetros de altura por 5 de diámetro.



LAS FIGURITAS PARA EL TEATRO DE SILUETAS

Se toma entonces una varilla de unos 80 centímetros de longitud, en cuyo extremo se fija un trozo de alambre de unos 30 centímetros que termine en gancho.

No necesitamos ya más que una vela para proyectar las sombras.

Los presentes tratarán de adivinar las siluetas. Colóquese el escenario sobre una mesa, como se ve en el grabado, y detrás una vela encendida.

Uno de los jugadores coloca en las hendiduras las diferentes figuras recortadas. Las demás luces de la habitación

deben estar apagadas. Otro de los jugadores se adelanta hasta el escenario, con uno de los cucuruchos u ocultadores, puesto en un alambre. Se levanta el telón; y, guiado sólo el jugador por las sombras que en el papel transparente proyectan las figuras y el ocultador, procura poner éste sobre una de aquéllas. Mientras el ocultador está encima de las sombras se le puede mover en cualquier dirección. Pero una vez que toca una sombra se le ha de bajar inmediatamente. Entonces se le desengancha del alambre con cuidado y se pone otro para continuar el juego.

Mucho extrañará ver que en lugar de tapar las figuras, los ocultadores se han colocado a gran distancia de ellas.

El encargado de las figuras cambiará de sitio la vela y los recortes para desorientar a los jugadores.

El que tapa más figuras gana; pero puede convenirse en que el juego sea por tantos.

El director del juego no habrá de hacer ninguna indicación y la vela deberá colocarla a la suficiente distancia para evitar que se quemen los cucuruchos.

CÓMO SE HACE UN RELOJ DE ARENA

ANTIGUAMENTE se medía el tiempo con relojes de arena. Consistían éstos en dos recipientes de vidrio que comunicaban por un pequeño agujerito; uno de los recipientes se llenaba de arena, que empleaba una hora justa en pasar a la otra parte. Entonces se volvía del revés y el reloj continuaba funcionando.



Cualquier niño puede hacer uno de estos relojes sin ningún gasto. Tomaremos dos botellas de igual tamaño y forma y una cantidad de arena muy fina, suficiente para llenar una de las botellas; en el cuello de una de éstas colocaremos una tela engomada, donde practicaremos un pequeño agujero para dejar paso a la arena. Luego colocaremos una sobre otra las botellas y dejaremos que caiga la arena durante una hora. Entonces separaremos las dos botellas, vaciando la arena sobrante de la primera, a la cual quitaremos la tela de goma para ponerla en la segunda. Dispuestas las botellas en la forma que muestra el grabado, se ligan por el cuello. Las botellas y la arena deben estar bien secas.

Hoy, a pesar de las diversas clases de relojes mecánicos, que con tanta precisión miden el tiempo, permitiéndonos apreciar períodos muy pequeños, los relojes de arena, no construídos como el que acabamos de explicar, sino adquiridos en el comercio, tienen aún numerosas aplicaciones.

En algunos balnearios se usan para medir la duración de un baño; en ciertos establecimientos clínicos, para determinar la acción de un medicamento. El arte culinario se sirve también de los relojes de arena para fijar el tiempo que han de estar sometidos al fuego ciertos alimentos. Por último, en algunos países encuentran aplicación en las redes telefónicas, para medir la duración de las conferencias.

JUEGOS PARA TERTULIA

PARA divertir a una reunión de niños no hay nada mejor que una gran variedad de juegos.

Un juego muy bonito consiste en « adivinar con una cuchara de madera ».

Se sienta una niña en una silla con los ojos vendados y se le dan dos grandes cucharas de madera.

Uno tras otro, los demás jugadores se arrodillan ante la niña y ésta, palpándolos con la cuchara, debe adivinar quiénes son.

La tarea es muy difícil; por eso es muy poco probable adivinar quién es el jugador. Hay que tener cuidado de no lastimar con las cucharas y debe excluirse a todo el que use lentes.

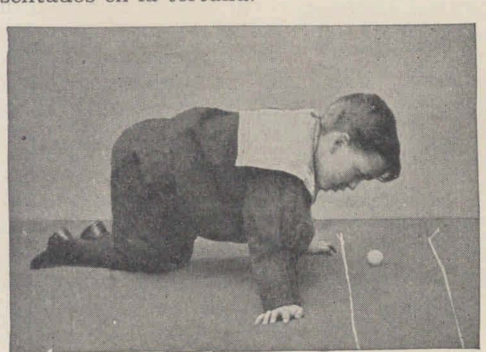
Otro juego consiste en soplar sobre un huevo puesto en el suelo para hacerle ir de un punto a otro. Tiéndanse en el suelo dos pedazos de tela; y entre ambos se pondrá un huevo de gallina, vaciado sin romper la cáscara. Una niña hace un abanico con un pedazo de papel y se arro-

dilla a un lado. Otro niño hace lo mismo al otro lado. La niña intentará haciendo aire con su abanico desviar el huevo hacia donde está el niño, el cual se esforzará en enviarlo con el soplo a la niña. El que primero lo logre tres veces, ganará el juego.

Apagar la vela de un soplo es otro juego muy divertido. Se coloca una vela encendida en la mesa y los jugadores por turno, vendados los ojos, intentan apagar la vela. Para desorientarlos se les obliga a dar tres vueltas, tres pasos hacia adelante y tres hacia atrás, dejándolos después libres para que apaguen la vela. La mayor parte de las veces soplarán los jugadores a gran distancia de la mesa. Es prudente colocar un vigilante junto a la vela.

Adivinando con las cucharas de madera.

Un juego que requiere algún ingenio es el de las presentaciones. Un padre y una madre con su hijo e hija deben ser presentados en la tertulia.



Soplando el huevo.

A cada uno de ellos se les da un nombre, el último de los cuales será una palabra usual. Este juego requiere habilidad. Ponemos aquí algunos ejemplos :

El señor y la señora Castell y la señorita Ana (Castellana).

El señor y la señora Río y la señorita Rosa Río (Rosario).

La señora de Lis y su hija Flor (Flor de Lis).

El señor Mon *y* su hijo Asterio (Monasterio), etc., etc.

El Juego de la Música Mágica es muy divertido para tertulias numerosas. Un jugador sale de la habitación, mientras se oculta algún objeto. Otro jugador tocará cualquier instrumento, más suave cuanto más se acerque al objeto y más fuerte cuanto más se aleje de él. Entonces continuará buscando, o bien, se retirará a otro sitio, si la música es fuerte. La persona que toca debe conocer el lugar donde está el objeto y observar todos los movimientos del jugador.

Otro juego bonito consiste en preguntar «¿qué tengo en el pensamiento?» Un jugador, designado por la suerte, hará a otro la pregunta anterior.

—Azúcar, una almohada, una rosa, un gato, etc., etc., serán algunas de las contestaciones.

—Pensaba en una niña de trece años.

—¿En qué se parece al azúcar?



Abanicando el huevo.

—En que es dulce.

—¿Por qué es como una almohada?

—Porque es suave, si se la toca.

—¿En qué a la rosa?

—En que es encarnada.

—¿En qué se parece al gato?

—En que le gusta jugar.

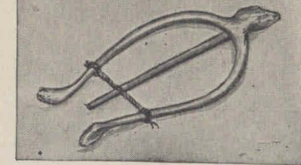
—¿Por qué es como el aire?

—Porque es ligera.

Y así puede seguirse con otras preguntas.

LA RANA SALTADORA

DE un hueso de ave puede hacerse un bonito juguete: la rana saltadora. Tomaremos la espoleta de un ave, que es un hueso de la pechuga en forma de horquilla, lo limpiaremos bien y lo dejaremos que se seque durante dos o tres días. Luego ataremos un cordel fuerte y delgado a los bordes del hueso. En un pedazo de madera algo más corto que el hueso se hace una muesca a un centímetro de un extremo. El trozo de madera se pone en el cordel, y se dan vueltas hasta que el cordel esté tirante. Se corta un pedacito de cartulina en forma de rana, y se pegará con pez o goma al extremo de la espoleta.



Por efecto de la torsión de la cuerda, el palito tiende a girar y para evitarlo se le pegará al borde posterior del hueso con un poco de pez. Mas a poco de estar colocado sobre la mesa en la posición que indica el grabado, la pez cederá a la tensión de la cuerda y la rana, con el hueso, saltarán al escaparse el palito y girar obedeciendo a la fuerza del cordel retorcido.

UNA BOLSA DE ASEO QUE CUESTA MUY POCO

HE aquí el modo de hacer una bolsita de aseo que puede muy bien resultar un bonito regalo. Para confeccionarla hay que tener un pañuelo de bolsillo, no muy grande y con cenefas de color rojo, azul, rosa, etc. un trozo de papel blanco y otro trozo de cinta roja o del color particular del jaretón del pañuelo.



LA BOLSITA DE ASEO TERMINADA

Sin gastar dinero, del que no siempre se dispone, podemos hacer con alguna maña un objeto bonito para regalar a nuestros amigos. Para hacer la bolsa de que hablamos, se dobla el pañuelo por la mitad, volviendo cada parte para que llegue casi a tocar el centro. Luego se pasa un hilo por cada lado para fruncirlo a la distancia de un centímetro del borde y otro hilo unos dos centímetros más abajo. Se coloca un pedazo de papel fuerte, de unos 10 centímetros por 15 en medio del pañuelo a modo de forro, fijándolo con algunas puntadas. Después se unen los dos extremos, se fija la cinta haciendo con ella dos lacitos y habrá quedado terminada la bolsa sin que nos haya costado ningún dinero, puesto que todo lo necesario para su confección es seguro hallarlo en casa.

EXPERIMENTOS SENCILLOS CON AIRE Y AGUA

DENTRO de nuestra casa, y con aquellos objetos que nos son más familiares, podemos pasar ratos agradables, ejecutando algunos experimentos científicos que nos enseñarán algo de lo que no sepamos.

En primer lugar, podemos hacer un experimento que nos demostrará que el aire, que es invisible y parece que no pesa nada, ejerce sobre nosotros y sobre todo lo que hay en la superficie de la tierra, una gran presión. Tomemos una botella de boca ancha, como por ejemplo, la botella de agua de nuestro dormitorio, y proveámonos de un huevo duro previamente descascarillado.

Después introduciremos en la botella un pedacito de papel encendido y pasados dos minutos colocaremos el huevo como tapón en la botella. Hecho esto veremos que, al cabo de unos momentos, el huevo baja poco a poco por el cuello de la botella, como si ésta lo absorbiese. Por fin, desciende de un golpe y haciendo ruido, hasta el fondo de la botella. ¿Cómo se explica esto? Muy sencillo. El papel encendido dilata el aire en la botella, y sale de ella una parte. Habiéndola tapado con el huevo duro, el aire que queda en la botella, al perder calor, se contrae y deja un espacio vacío, sobre el que se precipita el aire atmosférico,

arrastrando consigo el huevo dentro de la botella.

Otro experimento sencillísimo, que demuestra claramente la presión de la atmósfera, es el siguiente: Se toma una vasija llena de agua, y en su superficie se pone un corcho. Sobre éste se pone un trozo de papel encendido y encima de todo ello un vaso vacío, apretándole ligeramente en el agua. Se verá entonces que el aire escapa del vaso haciendo burbujas en el agua. La causa de ello es el calor, pues al dilatarse el aire, el vaso no puede contenerlo todo. Algunos momentos después el agua se elevará dentro del vaso.

Un tercer experimento, probará también que el aire ejerce una presión no sólo hacia abajo, sino hacia arriba. Tomaremos un vaso de los de vino y lo llenaremos enteramente de agua. Se le cubre con una hoja de papel delgado, de suerte que éste toque los bordes y el agua. Después, sosteniendo el papel con cuidado en su posición, volcaremos el vaso con el agua y éste quedará como suspendido.

Si deseamos hacer otro experimento para comprobar la presión del aire hacia abajo, nos serviremos sencillamente de una palangana y de una jeringuilla, objetos ambos fáciles de hallar en cualquier casa.

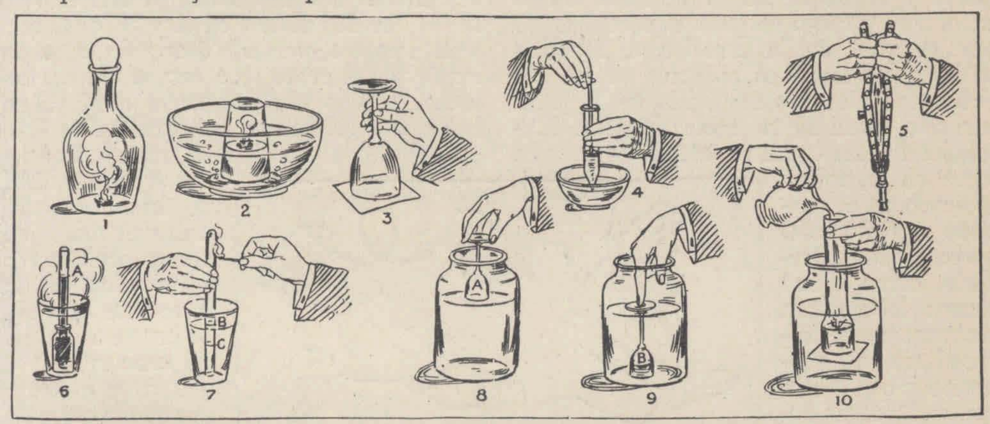
Después de cargar la jeringuilla con agua la meteremos de punta en el agua y empujando el pistón hacia abajo la vaciaremos sin sacarla del agua. Hecho esto tiraremos del émbolo y veremos como el líquido sube dentro de la jeringa, llenándola por completo. La razón de ello es que la presión del aire sobre la superficie del agua obliga a ésta a entrar dentro de la jeringuilla.

Un experimento muy interesante puede hacerse con un fuelle ordinario, lo que viene a demostrar nuevamente que la presión de la atmósfera, se ejerce no sólo arriba y abajo, sino en todas direcciones. Se cierra el fuelle y se tapa bien la boca y los agujeros con corchos ; luego, si el fuelle no tiene orificio ninguno que dé paso al aire, ningún muchacho podría abrirlo. El aire de afuera es el que aprieta y junta los lados del fuelle.

Todos los cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos, al calor se dilatan, es decir, ocupan más espacio y dos sencillos experimentos demuestran claramente el caso de líquidos y gaseosos. Tomaremos un frasquito y lo llenaremos de líquido rojo, por ejemplo, agua en la que se haya disuelto un poco de anilina, y lo taparemos. El corcho que lo tape, deberá tener un pequeño agujero para dejar paso a un tubito de cristal. Pondremos este frasquito en agua caliente, en la forma que indica el grabado 6, y el líquido rojo saldrá por el tubo hasta A.

Para demostrar que los gases se dilatan, usaremos un tubo de vidrio, abierto en sus dos extremidades. Este tubo lleno de gas, que llamaremos aire, se coloca en agua, como se ve en el grabado 7. El agua subirá hasta cierto punto. Luego se acerca a la parte de fuera del agua una llama, y después de un momento, el agua del tubo descenderá de B a C.

Añadamos otro experimento con un recipiente que contenga agua, y una copa, demostrativo de que los gases, lo mismo que la atmósfera, pierden la propiedad de



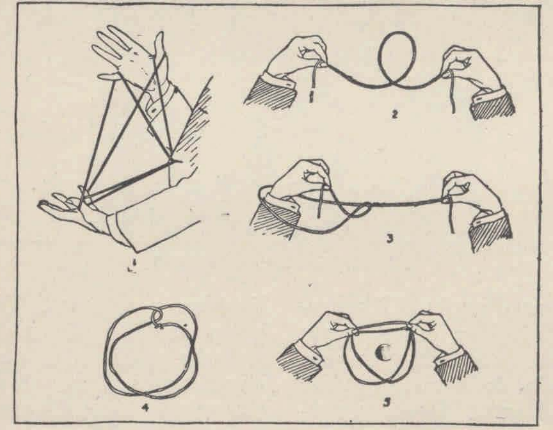
EXPERIMENTOS CASEROS

comprimirse, es decir, que pueden ser condensados en un espacio más reducido. Tomaremos la copa y la colocaremos boca abajo sobre la superficie del agua. La copa está llena de aire que ocupa el espacio A, en el grabado 8. Entonces empujaremos la copa, haciéndola descender al fondo del bocal, y conforme vemos en el grabado 9; cierta cantidad de agua ha penetrado en la copa, mientras el aire que antes la ocupaba toda, llena ahora sólo el espacio B.

El último de nuestros experimentos, que es de gran sencillez, demuestra asimismo que los líquidos, de igual modo que los gases, ofrecen una presión igual en todas direcciones. Tómese el tubo de un quinqué y tápese la parte ancha con un pedazo de cartulina. Póngase todo en una vasija de agua ; quítese después la mano que sostenía la cartulina y se verá que ésta queda en su posición, hasta que el agua en el tubo llega al nivel del agua del jarro.

LO QUE PUEDE HACERSE CON UN CORDEL

HE aquí un juego de efecto, muy fácil de ejecutar y que no necesita otro aparato que un trozo de cordel que mida metro y medio de largo. Se atan ambos extremos, y luego se pasa el cordel doble por un ojal de la americana. Después colocaremos nuestros pulgares en los dos extremos y los dos meñiques en la parte superior cerca de la mano opuesta. Extendiendo las manos afuera quedarán éstas en la forma indicada en el grabado 1, y el cordel parecerá tan enredado, como difícil sacarlo del ojal. Sin embargo puede desenredarse al momento con sólo sacar el pulgar derecho y el meñique izquierdo, estirando las manos. Si el que lo hace tiene ligereza y se da prisa, los que están mirando creerán que el cordel ha roto el ojal.



JUEGOS DE MANOS CON UN CORDEL

Otro juego de cordel, que puede hacerse con suma facilidad después de alguna práctica, es el de atar un nudo en el puño izquierdo, sin acercar la mano derecha. Se toma un cordel bastante grueso y pesado, pero flexible. Se sujeta uno de sus lados con el pulgar y el índice, tomando el otro extremo con la mano derecha. Con un movimiento rápido se echa un lado hacia la izquierda, como se ve en el grabado 2.

El lazo puede, con poca práctica, hacerse caer sobre el puño izquierdo como en el grabado y si en el momento de hacerlo, la mano derecha tira del cordel, el lazo quedará firmemente apretado alrededor del puño izquierdo.

Otro juego que causará no pequeña sorpresa es el siguiente. Se toma un cordel de un metro poco más o menos y se anudan sus dos cabos. Hecho esto se meten las dos manos en él y se le da una vuelta entera, pasando después a la mano izquierda el trozo que estaba en la derecha, con lo cual el cordel quedará en la forma indicada en la figura 4. Después, pasando con rapidez la mano derecha por el cordel doble, se sujeta con los dedos el punto de cruce, ocultándolo entre ellos, según se ve en la figura 5. Se invita a uno de los concurrentes a que corte el trozo que queda entre las dos manos; una vez así cortado el cordel, se verán cuatro cabos y todos pensarán, naturalmente, que la cuerda está en dos partes. Entonces el que hace el juego sostendrá que solo hay un pedazo.

Se pide permiso a los concurrentes para unir dos cabos con los dientes, e introduciendo los cuatro entre ellos, y después de uno o dos pases, se tira de la cuerda que debe salir en un solo trozo para que resulte el artificio. Este consiste en la vuelta entera que se da al cordel; en el modo de sostenerlo, de suerte que la persona que corte lo haga muy cerca de la mano derecha, y divida así el cordel en dos trozos, uno largo y otro corto que debe quedar escondido dentro de la boca en el momento de tirar, para terminar el juego.



CÓMO SE PRESERVAN LAS FLORES

CUANDO en primavera florecen los jardines y nos deleitamos aspirando la fragancia de las flores y admirando los hermosos y alegres colores que ostentan, sentimos secreta inquietud al pensar que su vida es tan efímera.

Un sabio alemán ha descubierto el medio de preservar y conservar las flores con sus colores naturales, durante varios meses.

Siguiendo cuidadosamente el tratamiento por él indicado, que no es muy difícil, por cierto, podemos estar seguros de obtener buen éxito.

Para preparar las flores, dispondremos de un cajón bastante largo y de poco fondo. Se le quita la tapa y el hondón, quedándonos entonces una especie de marco. En este marco se fija por un lado una tela metálica, que substituirá el fondo que hemos quitado y que servirá para contener las flores que pongamos. Luego colocaremos el marco sobre una tabla, de suerte que alrededor de él quede un poco de espacio. Además, nos procuraremos un poco de arena fina de plata. Esta arena, que a primera vista parece limpia, está por el contrario muy sucia y deberemos limpiarla cuidadosamente. Para ello, pondremos la arena en un recipiente con agua y veremos que la suciedad de la arena sube a la superficie; se repite esta operación varias veces hasta que quede perfectamente limpia. La mejor manera de apreciar si ha quedado bien limpia es tomar un puñadito en la mano para ver si quedan partículas negras. Ya limpia la arena, se la extiende en una bandeja para que se seque. Podremos ahora coger las flores. Algunas, como la rosa, georgina, crisantemo, etc., son más fáciles de conservar. Generalmente las flores blancas no se prestan a ello, pues los pétalos se amarillean. Rosa y encarnado son los colores que más se prestan. Las flores deben estar muy secas y en su mayor desarrollo.

Colocamos el marco sobre la madera, con la red metálica hacia abajo. Primero ponemos una capa de arena en el fondo; colocamos sobre ésta las flores y las cubrimos a su vez con otra capa de arena. Tratándose de flores de formas delicadas, como el tulipán, se rellenan éstas con arena para que no se arruguen sus pétalos. Encima de esto podrá arreglarse otra capa de flores. No coloquemos demasiadas capas de flores, pues las de abajo quedarían aplastadas. Entonces, dejaremos la caja en un sitio seco y caliente. Podremos colocarla en la cocina o en el jardín, tapada con un vidrio donde dé el sol. Diez días después miraremos las flores, que si están ya secas, podremos quitarlas de allí.

Se sacan del marco teniendo cuidado con los pétalos. Observaremos que las flores están como recién cortadas; puestas en un florero sin agua durarán mucho tiempo.

CÓMO SE HACEN DULCES EN CASA

POR mucho que nos gusten los dulces y caramelos, acaso no hayamos probado nunca hacerlos nosotros mismos, cosa que es bastante fácil. Damos aquí algunas recetas.

ALMENDRAS TOSTADAS

En una taza de agua, se disuelven 450 gramos de azúcar moreno, removiéndolo en el fuego hasta que hierva. Déjese de remover durante dos minutos; añádanse 225 gramos de almendras blancas, removiéndolas rápidamente hasta que el azúcar se tueste y envuelva las almendras. Pónganse éstas a secar sobre una red metálica, separando las que se hayan pegado.

CREMA DE MENTA

Mézclense 90 gramos de arrurruz con 90 de agua fría, hasta que la mezcla esté

uniforme. Póngase todo ello en una olla con 450 gramos de azúcar blanco y remuévase. Déjese hervir durante 10 minutos; sáquese del fuego, removiendo hasta que se enfríe. Añádanse algunas gotas de esencia de menta. Háganse bolitas de esta pasta, colocándolas sobre un mármol untado de manteca para evitar que se peguen a él. Ya frías, espolvoréense con azúcar.

CARAMELOS DE VAINILLA

Pónganse en una olla 900 gramos de azúcar granulado y una taza de agua caliente. Déjese hervir hasta espesar, sin remover. Para probarlo, se toma un poco en una cuchara de madera. Tomando entre los dedos pulgar e índice un poco de dicha pasta, los separaremos, y si entre ellos se forma un hilo, apartaremos la olla. Mientras esté caliente se bate la masa con una cuchara de madera, hasta ponerla esponjosa. Añádasele vainilla y désele color con cochinilla.

CARAMELOS DE CHOCOLATE

De la mezcla fundente se hacen con las manos bolitas, que se dejan durante 24 horas en un papel aceitado. Pónganse 125 gramos de cacao al baño de María. Añádanse dos cucharadas de agua y 55 gramos de azúcar. Se remueve. Un pedacito de mantequilla y unas gotas de crema, mejoran el chocolate. Se echan en él las bolitas y se ponen luego a secar sobre un papel.

PELOTAS DE COCO

Disuélvanse 275 gramos de azúcar en una taza de agua, y déjese hervir. Cuando una gota de esta mezcla no se disuelve en el agua, apártese. Échesele 30 gramos de coco seco. Háganse bolitas con esta pasta.

CARAMELOS DE LIMÓN

Hiérvanse 450 grs. de azúcar en taza y media de agua y un poquito de crema. Mójese una maderita en esta pasta e introdúzcase luego en agua fría. Si el azúcar es crispo, añádasele el jugo de un cuarto de limón y un poco de azafrán. Caliéntese la pasta hasta 150 grados; póngase sobre un mármol y córtese en hilos con las tijeras. Éstos se tuercen y se colocan en botellas.

CARAMELOS DE VAINILLA DE OTRA CLASE

En una olla de aluminio se hierven 450 grs. de azúcar, tres cucharadas de glucosa, mezcladas con una tacita de agua; remuévase mucho. Se prueba la pasta echando un poco en agua fría. Si se endurece, añádase un poco de crema y 15 gramos de mantequilla. Vuélvase a hervir, removiendo con frecuencia hasta que se ponga compacto, en agua fría; se sazona con esencia de vainilla, y colocando la masa en un mármol, se corta en cuadritos que se envuelven en papel fantasía.

NOUGAT

Se cortan 275 gramos de almendras en trozos, no muy pequeños, que se secarán en la estufa. Añádanse 335 grs. de azúcar y una cucharada de jugo de limón, hirviéndolo y removiéndolo hasta que se coloree ligeramente. Viértase la mezcla en un mármol; prénsese y sepárese en cuadritos sin cortarlos, con un cuchillo mojado en agua caliente. Cuando hay necesidad, se parte como las tabletas de chocolate.

CARAMELOS TURCOS

Disuélvanse 30 gramos de gelatina en una taza de agua fría; mézclesele 450 grs. de azúcar y los jugos de una naranja y un limón. Hágase hervir durante tres minutos, hasta espesar. Úntese un plato sopero con mantequilla y colóquese sobre él la mitad de la mezcla; el resto se colora con unas gotas de cochinilla y se añade a la otra mitad. Caliéntese ligeramente el plato para poder quitar la masa. Se presenta sobre un papel azucarado, cortado en cuadros. Guárdese en una lata.

PATATAS DE MAZAPÁN

Hágase un poco de mazapán, o bien mézclense 275 gramos de azúcar, 270 de almendras y la clara de un huevo, batida, y sazonada con esencia de almendra. Háganse pedazos en forma de patata. Envuélvanse en esencia de cacao, para que queden de color moreno.

FRUTOS Y NUECES DE MAZAPÁN

Cerezas, fresas, setas, dátiles, nueces, pueden hacerse de mazapán. Los tallos de fresas y cerezas, se hacen con papel verde retorcido o con alambre, cubierto de este papel. El mazapán se cubre de azúcar colorado con cochinilla. Colóquese a endurecer sobre un papel.

Puede también vaciarse una fruta y rellenarla de mazapán.

Para hacer una seta aplastaremos un trozo de mazapán y le daremos forma hueca con la mano. La parte cóncava mójese con esencia de cacao. El tallo se hace también de mazapán, colocando un extremo en la parte hueca del hoyo.

Si la pasta está demasiado amarilla, mójesela con clara de huevo.

Una nuez puede vaciarse y rellenarla con mazapán; también puede substituirse con mazapán el hueso de un dátil.

Pueden hacerse asimismo con mazapán muchas clases de caramelos.

CARAMELOS DELICIOSOS

Disuélvanse 60 gramos de goma arábiga en un poco de agua fría. Se pone al fuego en una olla con 120 grs. de azúcar, removiéndolo sin cesar hasta que la mezcla se haga una bola al echarla en agua fría. Sepárese la olla del fuego y añádasele la clara batida de huevo y medio. Se agrega esencia de caramelo. Entonces se vierte la pasta sobre un mármol cubierto de azúcar, dejando que repose doce horas. Después se corta en cuadraditos y se les cubre de azúcar.

PAÑUELOPOLO

EL pañuelopolo se juega con un pañuelo y unas cañitas cortas de bambú. Puede jugarse hasta en un jardín sin temor a estropear el césped, puesto que no han de ponerse blancos. Marcaremos solamente dos *goals*, uno en cada lado, y éstos se marcan sencillamente con palitos de flores y a un metro de distancia.. Una vez hecho esto, puede comenzarse el juego.

No obstante, mejor será ensayarlo antes, sólo con dos jugadores. Cada uno debe tener un bastoncito de bambú y han de estar en medio del campo entre los dos *goals*. En el suelo se coloca un pañuelo; los bastoncitos han de tocar tierra a poca distancia del pañuelo, como se ve en el grabado.



EL JUEGO DEL PAÑUELOPOLO ENTRE UN NIÑO Y UNA NIÑA

Un jugador cuenta: Uno, dos, tres, « Va », y con la palabra « Va » ambos deben tratar de recoger el pañuelo con sus bastoncitos. Esto es más difícil de lo que parece y resulta muy entretenido, pues cada jugador trata de empujar el bastón de su advèrsario.

Si uno logra recogerlo, corre tan de prisa como puede hacia el goal del otro. Desde luego éste sale en su persecución, tratando de quitarle el pañuelo del bastón. Si consigue arrebatárselo con su bastón, corre al goal opuesto.

Muchas veces el pañuelo se cae a pocos metros del goal, y los jugadores hacen grandes extremos, al verse burlados. Otras veces se cae el pañuelo mientras el jugador corre y entonces lo recoge el que va detrás, antes que llegue al suelo. Cuando no, también el perseguidor se lo hace caer con mucha habilidad y se lo quita con mucha limpieza. Por todos los medios se le impide al adversario marcar tantos. El juego se termina con un goal. Un *match* consiste en cinco juegos; y gana el que logra más tantos.

Como está visto, con poca práctica pueden jugar el número de niños que se quiera. Se eligen dos capitanes, y éstos son los que designan los jugadores que han de formar los bandos.

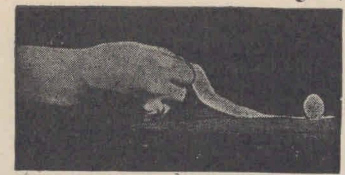
Cuatro, seis, diez jugadores, pueden formar un bando; esto depende del espacio que tengan para correr.

Cuando todos están preparados y provistos de bastoncitos, los capitanes indican a los jugadores el sitio donde deben colocarse.

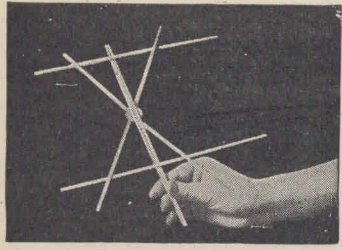
Algunos cerca del goal, otros en el centro del campo. Luego los capitanes ocupan sus puestos cerca del pañuelo y el juego empieza.

Cuantos más jugadores tomen parte, más interesante y prolongado resulta el juego. Para distinguir los bandos, se coloca un lacito en el extremo de cada bastón; los unos pueden llevarlos verdes y los otros rojos.

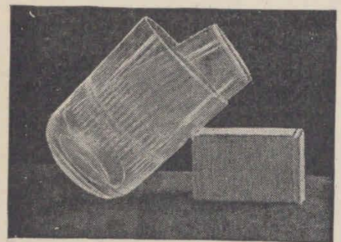
Este juego es muy divertido y a propósito para tertulias en las que se reunan muchos niños, puesto que en él pueden tomar parte niños y niñas.



Córtese una tira de papel, póngase en la esquina de una mesa, y encima de la tira, colóquese de canto una moneda grande. Si la mesa está bien plana y lisa, la moneda se mantendrá derecha. Tírese vivamente del papel y la moneda quedará en la misma posición.



Con paciencia y buen pulso se pueden colocar unas pajitas con una moneda en medio de ellas, de modo que se sostengan por una de las pajitas. Con cinco hay suficiente, y se sostienen por el modo de estar cruzadas.



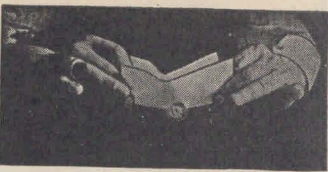
Pónganse dos vasos en la posición que indica el grabado, el menor dentro del mayor y boca abajo. Sóplese en el mayor, y de él saldrá despedido el menor; pero hay que tener cuidado para que no caiga al suelo y se rompa.



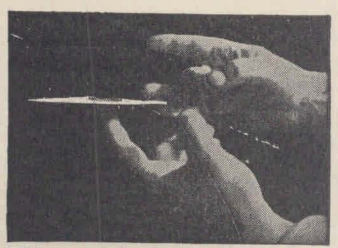
Tómese un pedazo cuadrado de papel y córtese por cada ángulo hasta cerca del centro. Dóblense las puntas de la derecha hacia el centro, y con un alfiler, fíjese en un corcho. Soplando el papel, girará como un molinete.



Colóquense unos trocitos de cobre e igual número de pedacitos de zinc en el interior de medio limón, uniéndolos con alambre. A la última pieza de zinc y a la última de cobre únanse dos alambres, y habremos formado una pila eléctrica.



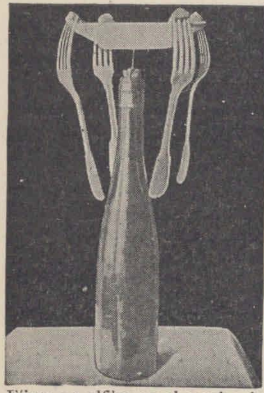
Córtese en un papel una abertura circular, del tamaño de una moneda pequeña. Poniendo sobre el papel una moneda mayor, doblándolo y levantando sus extremos, se consigue que la moneda mayor pase por el orificio del tamaño de la menor, sin romper el papel, pues la flexión de éste lo permite.



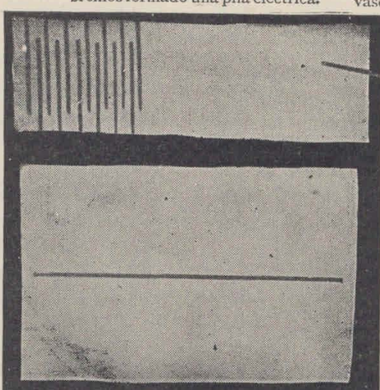
Colóquese una tarjeta sobre la yema del índice de la mano izquierda y encima, una moneda. Péguese vivamente con el dedo del medio de la otra mano en el canto de la cartulina, y caerá ésta, quedando la moneda en el dedo.



Colóquese una moneda entre dos tenedores bajo un vaso y sobre el mantel. Aráñese en el mantel por fuera del vaso y sin tocar a éste, y se logrará hacer salir la moneda de debajo del vaso, la cual sale a saltitos sucesivos, hasta que se puede cogerla sin tocar el vaso.



Fíjese un alfiler en el corcho de una botella, y en otros cuatro corchos clávense cuatro tenedores. Hecho esto se puede equilibrar un plato sobre el alfiler, en la forma que indica el grabado.



Hágase una abertura en el medio de una hoja de papel. Dóblese éste a lo largo y córtese alternativamente de los dos bordes casi hasta los otros. Si entonces se abren las cortaduras, se verá que forman una cadena circular en cuyo interior cabe un hombre.



En una copa de boca bastante ancha para dejar penetrar algo una moneda grande, póngase en el fondo una monedita y en la boca la moneda grande. Soplando sobre la moneda grande, gira ésta, y la pequeña es expelida.

Juegos y pasatiempos

MANERA DE ESCRIBIR EN CIFRA

ES regla de sabia prudencia que, para guardar un secreto lo mejor es no escribirlo de ningún modo; mas, a pesar de ello, puede escribirse, sin que nadie, ni los amigos íntimos, lo entiendan.

No hace muchos años ocurrió en Rusia un suceso terrible, y no queriendo el gobierno que se supiera en otros países, interceptó todas las comunicaciones. No obstante, un periodista de talento supo burlar la vigilancia del gobierno y mandó extensos telegramas a un comerciante de Liverpool. Aparentemente, en dichos telegramas sólo se hablaba del trigo, lo cual pareció naturalísimo a los empleados de telégrafos rusos; pero el comerciante de Liverpool se enteró por aquellos telegramas de que el emperador de Rusia había perecido víctima de un atentado.

El periodista los había escrito en un idioma secreto que sólo él y el comerciante inglés conocían. Ese idioma secreto puede formárselo cada cual a su gusto. Ya estaréis enterados de lo que son códigos de señales, y despachos y comunicaciones cifradas que se usan en tiempo de guerra. Llámanse despachos o comunicaciones cifradas, las escritas de tal modo, que ni los conocedores de la lengua son capaces de entenderlas, mientras no tengan la clave que las aclara. Hay muchas cifras sencillas que se aprenden con facilidad, pero las que se usan en tiempo de guerra ofrecen, como es natural, mayores dificultades.

Para que nuestros lectores se formen clara idea de lo que es este género de escritura presentaremos a continuación tres ejemplos de cartas escritas en cifra. A primera vista parecerán chinas, pero la clave nos demostrará que se entienden fácilmente.

El alfabeto está dispuesto de modo que indica la posición de cada letra con un punto, según puede verse en el grabado.

a b c	d e f	g h i
j k l	m n ñ	o p q
r s t	u v w	x y z

Como puede verse, en cada espacio hay tres letras del alfabeto. Para construir la clave, debe comenzarse por la primera letra del primer cuadrado, y se continúa después según el modelo que presentamos. Luego ha de observarse la posición de cada letra, por ejemplo: *a* es la primera letra del espacio señalado por las líneas ⌋. De suerte que, en vez de escribir *a*, escribiremos .⌋, cuidando de que el punto ocupe el *primer puesto*. De análoga manera se escribe la *b* ·⌋, ocupando el punto el segundo lugar. La *d* es la primera letra del segundo espacio, o sea así ⌊·⌋; la *e* es ⌊·⌋, y de este modo siguen los demás signos. En vez de puntos pueden usarse también números, por ejemplo: *a* 1⌋, *b* 2⌋, *c* 3⌋, etc. Pero los puntos deben ser preferidos, por parecer más difíciles de descifrar.

Cuando se escribe una carta por el sistema que hemos indicado, tendremos presente que *hay que poner un punto después de cada palabra y tres puntos al final de cada sentencia*. Dichos puntos deben ponerse fuera de las líneas. Las comas y otros signos de puntuación pueden usarse como en la escritura corriente.

Teniendo ya la clave, podéis leer la carta que a continuación publicamos y que, dice:

QUERIDO LUISITO,

¿Por qué no vienes a verme? Te espero el domingo para merendar juntos.
Tu amigo. RICARDO.

He aquí otra carta en cifras:

42.5.2.43.3.13.4— 43.3.12.1.43.13.4—
23.2— 2.44.45.1.13.4— 5.36.4.44.—
13.3.1.44— 2.36.21.2.43.35.4— 54—
41.4.43— 2.44.4— 36.4— 23.2—
41.4.13.3.13.4— 3.43— 1— 51.2.43.45.2—
2.44.41.2.43.1.35.2— 2.33—
13.4.35.3.36.22.4— 54.1— 51.2.43.1.44—
12.4.35.4— 36.4.44—
13.3.51.2.43.45.3.35.4.44—
45.2— 1.11.43.1.55.1— 45.5—
1.35.3.22.4—
33.5.3.44—

QUERIDO RICARDO,

He estado unos días enfermo y por eso no he podido ir a verte.

Espérame el domingo, ya verás cómo nos divertimos.

Te abraza tu amigo. LUIS.

Para sacar la clave escribimos el alfabeto del modo siguiente, dando los números de 1 a 5 a las cinco vocales:

abcd**e**fgh**i**jklllmnñ**o**pqrst**u**vwyz.
1 2 3 4 5

Así: a=1; e=2; i=3; o=4; u=5

Para conocer las demás letras, debemos primero saber el número de la vocal precedente y después contamos el número de consonantes que siguen a la vocal, hasta llegar a la letra deseada. De este modo *b* es la primera letra que sigue a la primera vocal, y en vez de *b* escribiremos 11, siendo la primera cifra la vocal y la segunda el número de consonantes que van tras ella. De suerte que *c* es 12 o sea la segunda letra tras de la primera vocal; f=21, es decir: la primera consonante que sigue a la segunda vocal. Es preciso tener mucho cuidado en poner los números de las vocales en su lugar.

Así podemos escribir todo el alfabeto en cifras según nuestra clave:

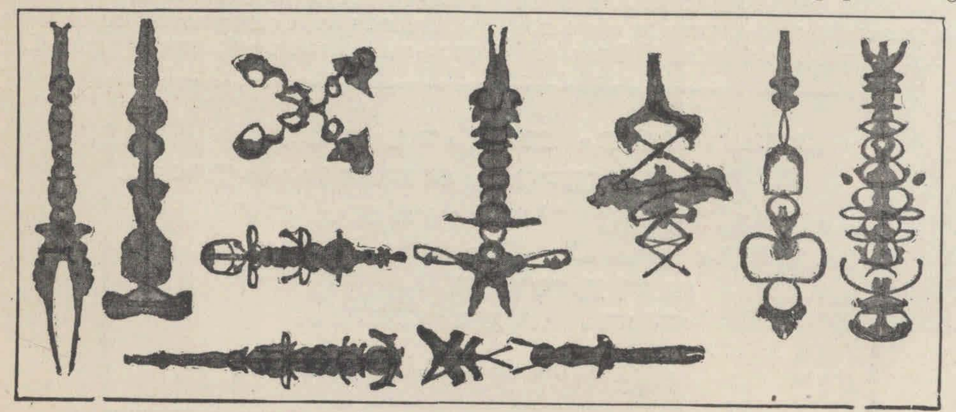
a – 1	h – 23	n – 36	t – 45
b – 11	i – 3	ñ – 37	u – 5
c – 12	j – 31	o – 4	v – 51
d – 13	k – 32	p – 41	w – 52
e – 2	l – 33	q – 42	x – 53
f – 21	ll – 34	r – 43	y – 54
g – 22	m – 35	s – 44	z – 55

Siempre que se emplee esta escritura, *debe ponerse un punto detrás de cada letra y un guión al final de cada palabra.* La frase debe terminar con tres puntos. Las comas y demás, se ponen según es costumbre en la escritura corriente. Así podremos leer la carta que publicamos más arriba.

Estos ejemplos de escrituras secretas nos divertirán practicándolos, y se verá entonces que es muy fácil inventar otros nuevos, cuando se hayan dominado bien los expuestos.

DIBUJOS ORIGINALES

HE aquí algunos dibujos muy originales para los que sólo necesitamos papel, pluma y tinta, y estar sentados a la mesa de escribir. Mójase la pluma en el tintero y trácense de prisa algunas líneas en *zig zag* sobre el papel. Luego,



Dibujos originales hechos con manchas de tinta.

sin secarlas, se dobla el papel por un lado de la figura trazada, apretando después con el dedo. Cuando volvamos a abrir el papel aparecerán algunos contornos bonitos. También pueden escribirse nombres u otras palabras y doblar el papel junto a la parte interior de las letras, obteniéndose así adornos originales, aun sin saber dibujar. Dóblese el papel antes de escribir y escríbase después en la misma línea del pliegue. A veces se obtienen mejores resultados si se pliega el papel por en medio de las letras, mejor que por debajo.

JUEGOS DE ADIVINACIÓN Y SORPRESA QUE PUEDEN HACERSE CON UN DOMINÓ

ES casi seguro que la mayor parte de nuestros lectores tendrán en su casa un dominó, pero pocos habrán pensado en tomarle como instrumento para proponer acertijos y problemas curiosos. Y no obstante, un dominó en manos de un muchacho listo, sirve para ejecutar ciertas bonitas combinaciones que harían pasar agradablemente el rato en cualquier tertulia.

Comenzaremos rogando a uno de los presentes que escoja una ficha y la guarde después de haberla mirado. Le diremos luego que multiplique los puntos de uno de los lados de la ficha por 2, añadiendo luego cinco al producto para multiplicar otro vez el total por 5, y añadir, finalmente, los puntos de ambos lados. Si se da el resultado final de estas operaciones, el joven prestidigitador sabrá cuál es la ficha escogida.

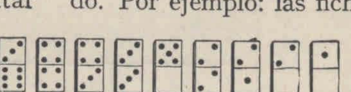
Para acertarla, no hay más que quitar 25 del número que se le dice, y lo que queda serán dos números que corresponden a los puntos de la ficha. Supongamos que se escogió el 6-3. Dos veces 6 suman 12; 12 y 5 son 17, y 5 veces 17 dan un total de 85. Sumando 3, los puntos del otro lado de la cifra, tendremos 88, que menos 25 son 63, siendo 6 y 3, por consiguiente los tantos del dominó. También puede empezarse por el otro lado, pues 3 por 2 son 6; 6 más 5=11; 11 por 5=55; 55 más 6=61; 61 menos 25=36.

Después de haber repetido este juego varias veces, haremos otro. Pondremos 15 fichas en fila y boca abajo, sobre la mesa, escogiéndolas al azar sólo aparentemente, pues debemos tomar fichas determinadas. La primera ficha de la izquierda de la fila debe ser el doble seis; la segunda debe ser el seis cinco, la tercera el seis-cuatro o el doble cinco (ambas suman 10), luego el 6—3 o el 5—4 (para dar 9), la quinta ha de sumar 8, y así sucesivamente 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1. La décima tercera debe ser el doble blanco, no importando cuáles sean las otras dos fichas de la fila. Claro está que es conveniente que nadie vea esta trampa.

1. La fila de fichas dispuesta para comenzar el juego.

Se dice a uno de os presentes que pase un número cualquiera de fichas de la derecha a la izquierda de la fila. Y mientras hace esto, nosotros salimos de la habitación para no ver cuántas fichas muda de lugar. Sin embargo, hemos de adivinar cuántas han sido. Para ello no hay más que preguntarlo a las mismas fichas: volvemos una, y con sus puntos nos indicará el número de las fichas cambiadas de lugar.

La tercera ficha de la derecha será siempre la que nos dirá cuántas fichas se han movido. Por ejemplo: las fichas, al empezar el juego, estarán como aparecen en nuestro grabado, pero boca abajo. Supóngase que se han cambiado tres de la derecha a la izquierda. Así las fichas quedarán colocadas como en el segundo grabado. Veremos que son tres los tantos de la tercera ficha de la derecha; si se hubiesen movido cuatro, 4 marcaría la tercera, etc.



2. La fila tal como aparece después de haber cambiado tres fichas.

Para el tercer juego suplicamos a uno del público que ponga las fichas en orden, es decir seis con seis, cinco con cinco, etc. Mejor es que primero lo hagamos nosotros, diciendo:—¿Lo ven ustedes? Es muy fácil ¿eh? Pues voy a encantar las fichas y no habrá quien las ordene así.

En efecto, después de barajar las fichas, ninguno de los presentes podrá ordenarlas.

El secreto está en que habremos esca-

moteado *dos fichas, cuyos tantos de los cuatro extremos sean diferentes.*

Este juego, se puede continuar de un modo más brillante aun. Disimuladamente volvemos a dejar entre el dominó incompleto una de las dos fichas con que nos quedamos.—Ya están desencantadas —decimos.—Ahora voy a salir de la habitación; ustedes ponen el dominó en orden y luego lo cubren con un pañuelo. Yo adivinaré, sin verlo, con que tantos remata en cada punta.

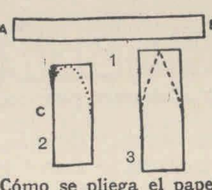
Es muy fácil averiguarlo. El dominó completo consta de 28 fichas. Si nos quedamos con una ficha que no sea un doble, no podrá enlazarse la cadena que forma el juego completo, y los tantos de cada punta serán los mismos de la ficha que tengamos en nuestro poder. Por ejemplo: si hemos quitado el cinco-tres, por un lado habrá tres tantos y por el otro cinco. Lo mismo da que las fichas estén colocadas formando un círculo, que en línea recta.

Con esto dejamos explicados algunos de los juegos de manos que pueden hacerse con el dominó.

FLORES DE PAPEL

CON mucha facilidad y poco gasto, se hacen flores de papel, las cuales, si están trabajadas con esmero, casi podrán confundirse con las que da la naturaleza.

Las flores artificiales son útiles para adorno de la mesa; pueden entrar como elementos al idear caprichosas pantallas para las lámparas; y, en fin, tienen su precio en los bazares.



Cómo se pliega el papel para hacer la rosa.

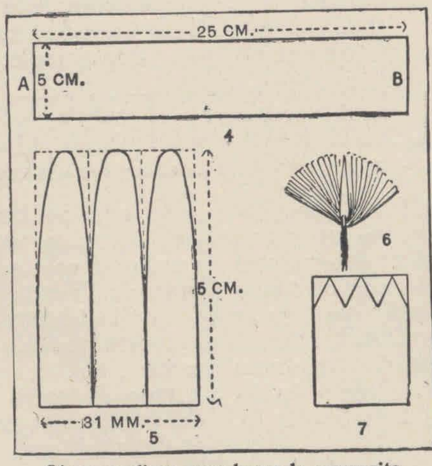
ROSAS

Comenzaremos aprendiendo cómo se hacen las rosas; y al efecto sólo necesitamos un poco de papel de color y alambre.

Tómese una tira de papel crepé o rizado, de color amarillo, blanco o rojo. La tira ha de tener 75 centímetros de largo por 7 de ancho. Se pliega por la mitad como de A a B en el grabado 1; luego vuelve a plegarse de igual modo por el mismo lado y después en tres dobleces iguales y otros dos también iguales finalmente. Contándolos, veremos que el papel tiene ahora 24 pliegues.

Con el lápiz marcaremos la línea de puntos del grabado 2, cuidando de que los lomos de los pliegues estén en C. Se recorta después con las tijeras lo que señale dicha línea de puntos, y desdoblando ahora el papel tendremos 12 pétalos. Con las mismas tijeras *curvaremos los bordes de cada pétalo*, de modo que adquieran la apariencia de pétalos naturales. Para ello, tomaremos el papel con la mano izquierda, teniendo las tijeras entre los dedos pulgar e índice de la derecha. Se pasa una hoja de las tijeras suavemente por debajo del pétalo, rizando primeramente el lado derecho y después el izquierdo, pero siempre en la misma dirección. Luego se recogen bien los primeros cuatro pétalos y alrededor de éstos todos los demás.

Hemos de hacer ahora el cáliz de la rosa, es decir, la base de la flor, que tiene la forma de una pequeña copa, constituída por un verticilo de hojitas verdes. Tómese un pedazo de papel crepé verde de 7½ por 5 centímetros; pliéguese por la mitad, y luego, en la misma dirección en tres partes iguales. Se recorta según la línea de puntos marcada en el grabado 3. Tendremos así seis puntas, pero dejaremos una, pues solo necesitamos 5. Se fija el cáliz debajo de la rosa con alambre; y ya sólo nos queda por hacer el tallo. Para ello nos serviremos de una tira de papel crepé (20 x 1¼ centímetros) y un trozo de alambre de 11 centímetros de largo. El alambre se recubre con el papel, enrollando éste al sesgo. En uno de los extremos del tallo se fija la flor; y el otro extremo se deja un poco doblado, quedando así la rosa terminada.



Cómo se pliega para hacer la margarita.

CRISANTEMOS

Necesitamos para hacer esta flor, un pedazo de papel de seda amarillo, de 90 por 12 centímetros. Se dobla, obteniendo así una tira doble de cerca de un metro de largo y 6 centímetros de ancho. Después con las tijeras se le hacen cortes de cosa de un centímetro de profundidad, empezando por el lado del doblez.

A continuación tomaremos el papel con la mano izquierda, y con la derecha se coge un extremo de la tira para enrollarla como arriba hemos explicado.

El tallo se prepara como el de la rosa, y se le sujeta bien a la base de la flor.

MARGARITAS AMARILLAS

Éstas no se hacen con tanta facilidad. Tómese una tira de papel de seda amarillo de 25 × 5 centímetros, que se pliega por en medio, de A a B, como puede verse en el grabado 4. Luego se hacen otros dos dobleces, obteniéndose 8 pliegues. Con el lápiz se marcan los pétalos como en el grabado 5 y se recortan con las tijeras. Abriendo el papel, veremos que hay 42 pétalos.

Hemos de hacer ahora el centro o botón de la margarita, necesitando para ello un poco de lana amarilla, algo más oscura que el papel. Unos 3 metros de hilo de lana bastarán. Se hace un botón como un ovillo, arrollando el hilo de lana a tres dedos de la mano izquierda y sujetando las vueltas a un trozo de alambre dejando un pequeño remate, como se ve en el grabado 6.

Tomaremos después un pedacito de papel verde de 7,5 × 2,5 centímetros, para hacer el cáliz de la flor. El papel se pliega en dos dobleces y luego en otros dos; y se cortan tres picos como en el grabado 7.

Ahora se reunen los pétalos alrededor del botón u ovillito de lana; debajo y alrededor se pone el cáliz, bien sujeto al extremo del alambre que ha de servir de tallo. No se olvide que éste debe ir revestido de papel crepé verde, como se ha explicado en la rosa. Arréglense bien los pétalos con los dedos, y la margarita estará terminada.

La confección de esta flor necesita un poco de práctica, pero el resultado obtenido nos compensará de todas nuestras molestias.

NARCISOS DOBLES AMARILLOS

Vamos a hacer ahora un narciso doble. Se corta una tira de papel de seda amarillo de 40 × 5 centímetros, plegándolo después en dos dobleces (de A a B en el grabado 8); otra vez se le pliega en tres dobleces más, con lo cual obtendremos 16 pliegues. Con el lápiz se marca el pétalo según se ve en el grabado 9. Se recorta, se abre después el papel y se curvan los pétalos como los de la rosa.

Cómo se pliega para hacer un narciso.

Después se toma una tira de papel amarillo más suave, 15 por 6¼ centímetros, y se pliega en 8 pliegues, es decir, en tres dobleces. Se marcan y recortan los pliegues como en el grabado 9.

Se reunen los 4 primeros pétalos de la tira de 40 centímetros, y alrededor se van juntando los demás. Luego se coloca la otra tira de papel más suave alrededor también, y todo junto se ata a un extremo del tallo, revestido con papel verde. ¿Habéis observado alguna vez que, junto a la flor del narciso, hay siempre una hojita oscura que parece seca? Esta hojita hay que hacerla igualmente, y nos serviremos de un trocito de papel de seda oscuro, 2½ × 7½ centímetros. Se dobla (de C a D, según el grabado 10) y se corta tal como está marcado en el grabado 11. Se despliega la hoja y se sujeta al tallo con un poco de alambre, forrado de papel verde.

Lo que nos falta ahora son algunas hojas verdes que añadir a la flor. Se hacen fácilmente de un pedazo de papel crepé verde, 17½ × 2½ centímetros, plegando y cortando, como lo hicimos con la hoja del grabado 11.

Si se han seguido estas instrucciones con atención e inteligencia, no habrá dificultad en obtener las flores que se deseen.

EL REY DE LOS PEPINOS

Le sirve de monóculo una tachuela de latón brillante; el otro ojo es una tachuela negra. El cuerpo está sostenido por unos palillos, y los brazos son de madera. La boca, la nariz y el blanco del ojo se obtienen separando la piel.

MÚSICA

OTRO RATO DE DIVERSIÓN CON LAS HADAS DEL PIANO

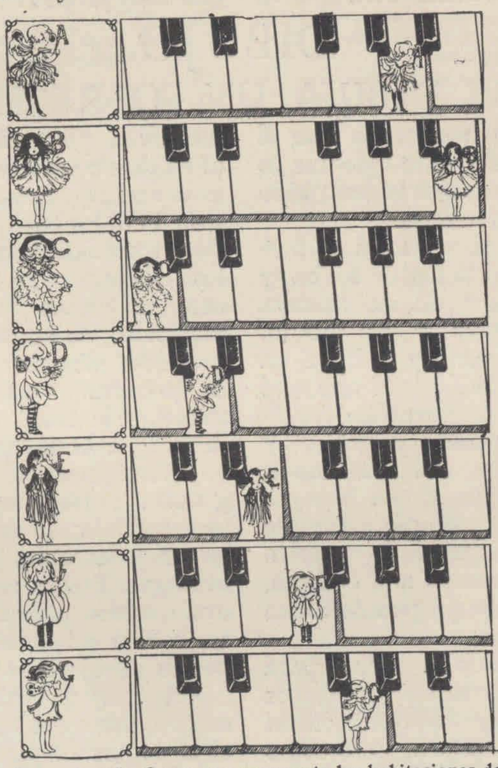
UNA vez, hace mucho tiempo, había en un país lejano una flor magnífica. Era tan hermosa que todos los habitantes de aquella comarca quedaban admirados al verla. Vivía allí una niña a la que gustaban muchísimo las flores; tanto, que desde que oyó hablar de aquella flor maravillosa no tenía otro pensamiento que ir a verla y hablar con ella.

Por fin, fué y tan encantada quedó, que volvió todos los días. La niña se inclinaba sobre el cáliz de la flor y ésta le murmuraba al oído sus secretos, que sólo podía confiarlos la flor a una niña tan buena e inocente como aquélla. Un día le dijo la flor que le permitía revelarlos a todos los que deseasen saber las cosas bellas de la tierra, y como no dudo que vosotros sois de este número, voy a deciros el secreto de la flor.

En su cáliz vivía una hermosa y noble princesa. No la había visto nadie; pero su extraordinaria bondad y belleza de tal modo se traslucían en el maravilloso brillo de la flor, que todo el mundo se sentía feliz con sólo acercarse a ella.

Ahora bien; nuestras siete pequeñas hadas se parecen mucho a la hermosa y buena princesa. La única diferencia consiste en que en lugar de vivir en el cáliz de una flor, habitan nuestro reino mágico, el piano; y en vez de esparcir brillante luz alrededor de sí, nos hablan con dulce voz.

¿Verdad que estaríais contentísimos, si pudierais conocer a cada hada por su voz, y al acordaros de una de ellas cantar en el mismo tono en que ella canta?



Esta pequeña figura que representa las habitaciones de las siete hadas, os ayudará a encontrar su respectiva casita, que habéis aprendido a conocer en el dibujo mayor.

Ya sé que me contestaréis que sí; pues bien, basta hacer lo que voy a deciros. Pediremos a las hadas que jueguen otro ratito con nosotros. Llamaremos primero a la puerta de la casita donde vive el hada Do. Ya sabéis que tiene siete; llamaremos a la que está casi en medio de la hilera blanca, recordando que sus casitas se hallan siempre a la izquierda del grupo de dos casitas negras que habitan los geniecillos.

Para oir bien la voz del hada que nos responde, es necesario llamar con garbo y firmeza, apretando la piececita blanca.

¡Escuchad! ¿La habéis oído? Es la voz del hada Do. Probemos de cantar este mismo sonido. Volvámoslo a probar, sin cansarnos, y cuando veamos que lo cantamos igual corramos al otro extremo de la habitación a cantarlo, y volvamos de prisa al piano a ver si lo hemos recordado bien.

Al hada Do le gusta mucho que pense-

mos en ella, y nos contestará siempre con su vocecita, mientras llamemos a su puerta con garbo y firmeza.

Cuando hayamos jugado un buen rato con el hada Do, podemos ir a ver a su vecina, el hada Re. ¿Creéis que su voz es enteramente igual a la del hada Do? No; ya lo veréis. Llamemos a su puerta; escuchemos y luego probemos de cantar como ella.

Pero no hay que olvidar la voz del hada Do; volvamos a llamar a su casita y escuchemos. Llamemos otra vez al hada Re, para estar seguros de que distinguimos bien las dos voces.

Pero quedan todavía las demás hadas; hay que hacer una visita a cada una. Primero a la casita del hada Mi, y así aprenderemos su nota; y luego a ver a las hadas Fa, Sol, La y Si, hasta que volvamos a encontrarnos delante de la puerta del hada Do; la de la segunda casita.

Si visitamos a las hadas todos los días y las oímos cantar, aprenderemos a distinguir muy pronto sus hermosas vocecitas.

DIBUJO

CÓMO SE DIBUJA UN SOBRE SENCILLO

Voy a deciros la manera de usar el lápiz, pero ante todo traedme lo necesario, porque es mejor tenerlo todo dispuesto antes de comenzar.

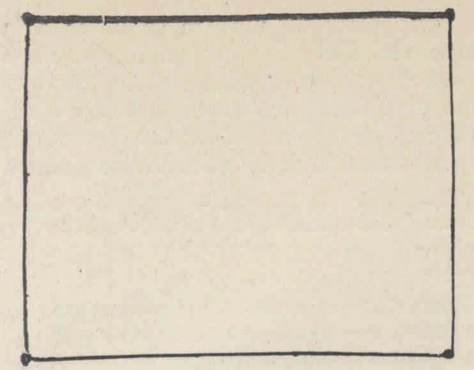
En primer lugar, procuraos una hermosa hoja de papel blanco de barba, y aseguradla sobre la tabla de madera con chinches o clavillos de dibujo. Necesitáis también un buen lápiz. La goma no os hace falta. Mirad que esté limpia vuestra caja de pinturas, con la tacita de agua preparada y pulcros y dispuestos los pinceles. Además, habéis de tener una esponjita y una hoja de papel secante blanca y limpia. Aunque durante la primera parte de vuestro trabajo no necesitáis más que el lápiz, vale más tenerlo todo preparado antes de sentaros a trabajar.

No siempre tendréis a mano para dibujar la greda o el carbonillo, pero os será fácil encontrar en toda ocasión un lápiz y un pedazo de papel. Pero como nos proponemos copiar todo lo que veamos, sería mejor todavía que tuvierais un álbum de dibujo, que pudierais llevar siempre con vosotros. Acordaos, sobre todo, de no dibujar los objetos demasiado pequeños, y si tan grandes como os lo permita la hoja del álbum. Antes de empezar, pensad que el dibujo estará mucho más bonito en medio de la página. No lo empujéis hacia una esquina; trazadlo en el centro, con un margen chiquito alrededor.

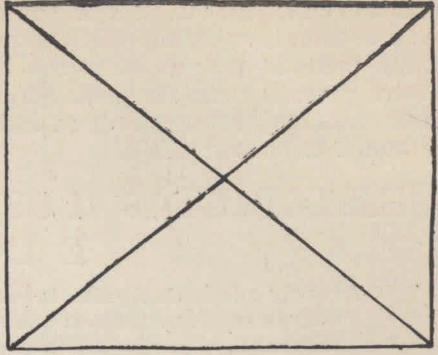
Empezaremos esta vez con una cosa muy fácil, pero estad atentos al lápiz y al modo de sostenerlo. Un lápiz nuevo es demasiado largo para vuestros deditos. Pedid a cualquiera que os lo parta por la mitad y luego os afile uno de los pedazos del modo usual, y el otro dejándole una punta como un escalpelo. Al empezar, hemos de tener presentes dos cosas muy importantes. La primera es sostener el lápiz por la mitad, y la otra, comenzar siempre un dibujo por la parte de la izquierda.

Tomemos un sobre de carta bastante grande. Si tiene todos sus lados iguales, es cuadrado; si dos de sus lados son largos y los otros dos cortos, se llama oblongo. Podéis usar uno de la forma que queráis, pero estad atentos a colocarlo bien sobre el papel, de modo que podáis dibujarlo seis veces.

Poned el sobre encima de vuestra hoja, en la esquina del lado derecho, y usando el lápiz por su punta ordinaria, trazad una línea siguiendo el contorno del sobre. Después levantadlo y veréis que el lápiz ha dibujado la forma del sobre. Acaso las esquinas no estén bien acabadas; completadlas con el lápiz. Volved a poner el sobre encima del papel, esta vez en la esquina izquierda, y marcad solamente con cuatro puntos las esquinas del sobre. Levantadlo y ved de unir los puntos con cuatro líneas que trazaréis con el lápiz aguzado en forma de cincel. Luego, debajo del primer dibujo, tratad de hacer otro igual, sin



Poned un sobre de carta encima de vuestro papel de dibujo. Señalad las esquinas con un puntito. Trazad luego una línea recta, sin usar regla, desde un punto a otro.



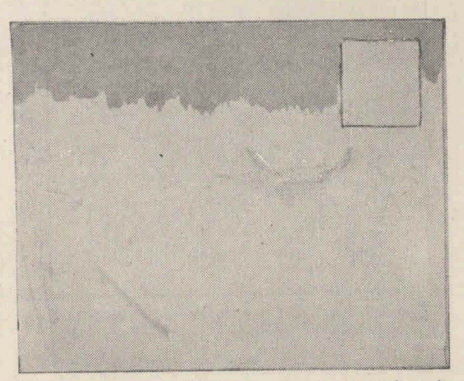
Después de haber hecho eso, dibujad otro sobre, sin valeros de los puntitos. Y para que sea como el reverso de un sobre, dibujad estas líneas transversales.

auxilio de puntitos. Haced la prueba tres veces, y veréis que los últimos dibujos están bastante bien para poderlos pintar.

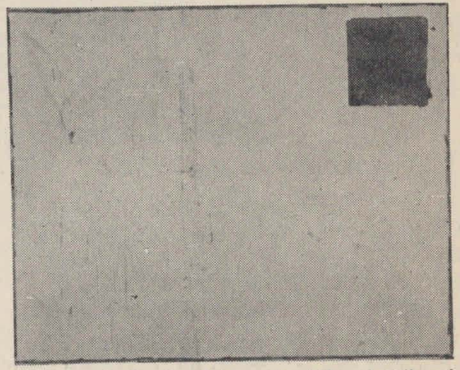
Escoged los dos mejores y en la esquina de uno dibujad un sello; en el otro trazad las líneas transversales que véis aquí mismo y que van de un ángulo del sobre al ángulo opuesto, para que sea como el reverso del sobre. Con un lápiz de color o con pintura, dad al sello el matiz rojo o verde que ha de tener. Tal vez os gustaría que el sobre tuviera un tinte azul pálido. Es un poquito difícil dárselo bien.

Sumergid la esponja en el agua y después de exprimida, humedeced ligeramente el espacio que queréis pintar: no debe quedar bañado de agua sino solamente humedecido. Levantad el papel a la altura de vuestros ojos y sostenedlo horizontalmente; si tiene cierto lustre o brillo, es que está demasiado húmedo y hay que secarlo con vuestra hoja de papel secante, bien limpia, hasta que ya no haya brillo. Mezclad después un poquito de azul cobalto con mucha agua para que se ponga pálido. Cuando esté desleído, mojad bien el pincel con este color, y pasadlo rápidamente de izquierda a derecha del sobre, empezando por arriba, con breves y firmes pinceladas, siguiendo todas la misma dirección, o sea de izquierda a derecha. Debéis dejar en blanco el espacio para el sello.

Repetid lo mismo volviendo a mojar el pincel de color cada vez que lo levantéis para trazar otra pincelada. Al acabar os encontraréis con un poquito



Para que vuestro dibujo represente un sobre de carta de verdad, habéis de dibujar un pequeño cuadrado para el sello, y dar al espacio restante un ligero tinte azul pálido.



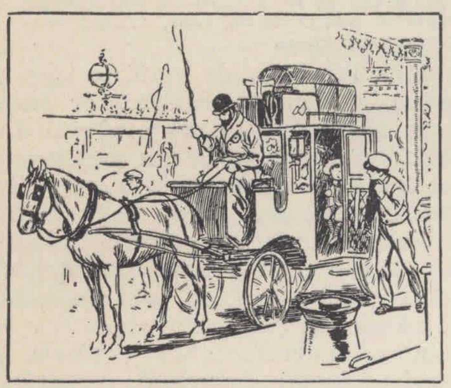
Ciertamente ha de pintarse también el sello, si no queréis pegar en el cuadradito un sello de verdad, pintado de color rojo.

de pintura en la parte inferior del sobre. Lavad el pincel, enjugadlo casi enteramente, pasadlo por el sobrante de pintura, y veréis como no queda ya en el sobre más que la necesaria para darle este bonito color azul pálido.

Esta clase de pintura se llama a la acuarela. Debería salir enteramente lisa e igual, pero eso requiere mucha práctica No pintéis el sello hasta que esté completamente seco el sobre; de lo contrario, se mezclarían y confundirían los colores.

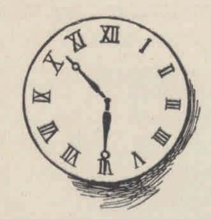
HISTORIETAS ILUSTRADAS EN FRANCÉS E INGLÉS

HOY vamos a referiros la llegada a la estación de una ciudad francesa. Tened presente que en la primera y la tercera línea está la frase en francés e inglés; en la segunda y cuarta la traducción literal, incorrecta casi siempre, y en la última línea la misma frase en correcta lengua castellana.



A la gare—At the station—En la estación.

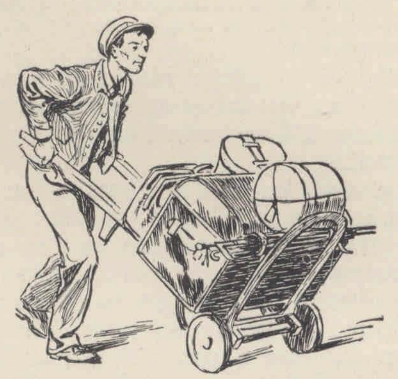
Nous sommes maintenant à la gare.
Nosotros somos o estamos ahora en la estación.
We are now at the station.
Nosotros somos o estamos ahora en la estación.
Estamos ahora en la estación.



L'horloge—The clock—El reloj.

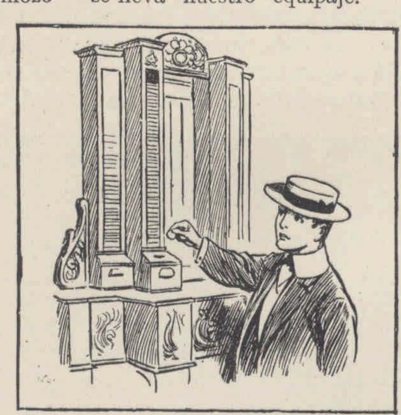
Il y a une grande horloge à la gare.
Él hay un grande reloj a la estación.
There is a big clock in the station.
Allí es o está un grande reloj en la estación.
Hay un gran reloj en la estación.

Il est dix heures et demie du matin.
Él es diez horas y media de la mañana.
It is half-past ten in the morning.
Ello es media pasada diez en la mañana.
Son las diez y media de la mañana.



Les malles—The trunks—El equipaje.

L'employé emporte nos malles.
El empleado se lleva nuestros baúles.
The porter is taking our trunks away.
El mozo es llevando nuestros baúles lejos.
El mozo se lleva nuestro equipaje.



Une machine automatique—An automatic machine—Una máquina automática.

Nous voyons une machine automatique.
Nosotros vemos una máquina automática.
We see an automatic machine.
Nosotros vemos una automática máquina.
Vemos una máquina automática.

J'ai mis deux sous dans le trou.
Yo he puesto dos sueldos en el agujero.
I have put two cents in the slot.
Yo he puesto dos centavos en la abertura.
He echado dos centavos en la abertura.

Papa et maman viennent nous chercher.
Papá y mamá vienen nos buscar.
Papa and mamma are coming to find us.
Papá y mamá son o están viniendo a buscar nos.
Papá y mamá vienen a buscarnos.

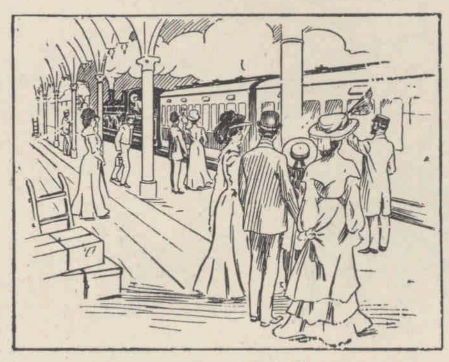


Les locomotives—The engines—Las locomotoras.

Ils nous font voir les trains.
Ellos nos hacen ver los trenes.
They show us the trains.
Ellos muestran nos los trenes.
Nos muestran los trenes.

J' aime les locomotives.
Yo amo las locomotoras.
I like the engines.
Yo gusto de las locomotoras.
Me gustan las locomotoras.

Notre train est en vue. Il entre en gare.
Nuestro tren es o está en vista. El entra en estación.
Our train is in sight. It is coming in the station.
Nuestro tren es o está en vista. Ello es viniendo en la estación.
Nuestro tren está a la vista. Entra en la estación.



Le train—The train—El tren.

La fumée nous entre dans les yeux.
El humo nos entra en los ojos.
The smoke is getting in our eyes.
El humo es o está entrando en nuestros ojos.
El humo se nos mete en los ojos.



L'employé—The porter—El mozo.

L'employé met nos malles dans le train.
El empleado pone nuestros baúles en el tren.
The porter is putting our trunks in the train.
El mozo es o está poniendo nuestros baules en el tren.
El mozo pone nuestro equipaje en el tren.



Un compartiment—A carriage—Un compartimiento.

Papa choisit un compartiment.
Papá escoge un compartimiento.
Papa is choosing a carriage.
Papá es o está escogiendo un coche.
Papá escoge un compartimiento.

Nous montons dans le compartiment.
Nosotros subimos en el compartimiento.
We get in the carriage.
Nosotros entramos en el coche.
Entramos en el compartimiento.

On crie : "En voiture!"
Alguien grita : "¡En coche!"
Someone calls : "Take your seats!"
Alguien grita: "¡Tomad vuestros asientos!"
Dan la voz de: "¡Al tren!"



Un monsieur court—A gentleman runs—
Un caballero corre.

Un monsieur court de toutes ses forces.
Un caballero corre de todas sus fuerzas.
A gentleman is running with all his might.
Un caballero es o está corriendo con toda su fuerza.
Un caballero corre con todas sus fuerzas.

Il manque de tomber. Que c'est drôle !
El falta de caer. Qué ello es cómico!
He nearly falls. How funny it is !
Él casi cae. ¡Cómo cómico es ello!
Por poco se cae. ¡Qué risa!

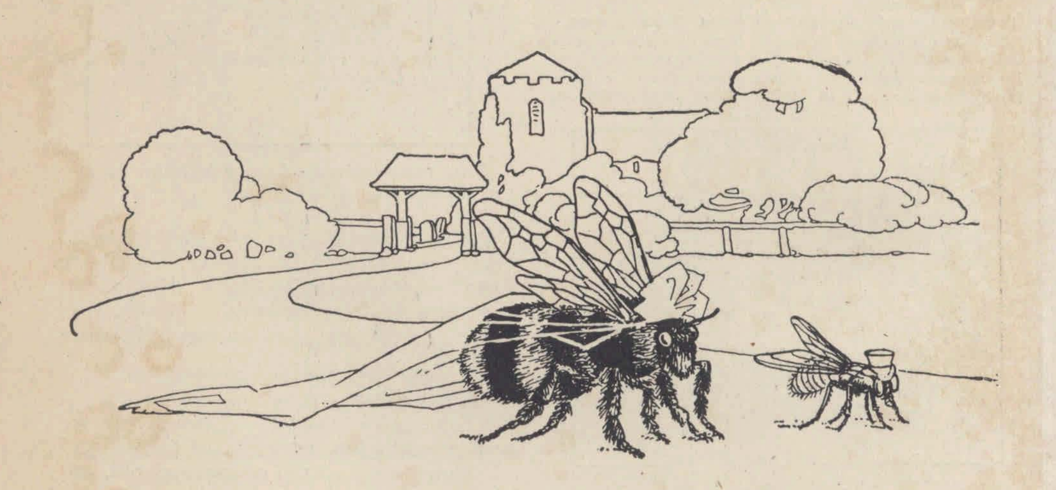
Maman nous installe, chacun dans un coin.
Mamá nos acomoda cada uno en una esquina.
Mamma settles us each in a corner.
Mamá coloca nos, cada uno en una esquina.
Mamá nos acomoda a cada uno en un rincón.



En route—On the way—En viaje.

On ferme les portières.
Alguien cierra las portezuelas.
The doors are shut.
Las portezuelas son cerradas.
Cierran las portezuelas.

Le train part. Nous sommes en route !
El tren parte. Nosotros somos o estamos en camino!
The train starts. We are on the way.
El tren parte. Nosotros somos o estamos sobre el camino.
El tren arranca. Estamos en marcha.





EL SOL Y SU FAMILIA: LOS GRANDES MUNDOS

Los grandes mundos que se mueven alrededor del sol en el espacio corren con más rapidez que cualquier en movimiento, el dibujante los ha representado por medio de automóviles, a fin de ayudarnos a que los imagi



UE RECORREN CONTINUAMENTE EL ESPACIO

eto imaginable, a una velocidad mil veces mayor que la de un tren expreso. Como es imposible representarlos
os en su vuelo incesante alrededor del sol.

La Historia de la Tierra

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

EN estas páginas vamos a ocuparnos de la actual configuración de la tierra; ya hemos visto anteriormente de qué manera una nube ígnea se transformó en la gran bola terrestre en que vivimos. La tierra no es igual y lisa como una bola, pues hay en ella grandes profundidades llenadas por los mares, y grandes montañas que elevan sus cumbres hacia el cielo. ¿Qué originó estas hondonadas del mar? ¿Cómo se formaron las montañas? Antes se creía que la configuración de la tierra había sido determinada por grandes cataclismos, explosiones, sacudimientos, dislocaciones y erupciones; pero hoy sabemos que las montañas y valles y las profundidades del mar, los precipicios y los barrancos y grutas, han sido formados por influencias lentas puestas en acción desde un principio y que continúan aún en actividad. De estas influencias vamos a tratar aquí y a ver cómo la forma de la tierra se modifica continuamente y cómo el terreno firme y el agua cambian incesantemente de sitio.

LA CONFIGURACIÓN DE LA TIERRA

DESPUÉS de la formación de la luna, el enfriamiento de la tierra continuaría todavía, como en realidad continúa en este momento, formándose al final lo que llamamos la corteza terrestre; y como es realmente dura y seca, puede con toda razón llamarse corteza; la cual se extiende exactamente alrededor de la tierra, de modo que no debemos figurárnosla interrumpida por los océanos. Sin duda que en los sitios ocupados por éstos es más delgada y tanto más cuanto más profundos son; pero, sin embargo, la corteza de la tierra forma también el lecho de los mares, de suerte que todos los terrenos de debajo el mar son en realidad una misma cosa.

Ahora bien, la corteza terrestre no es igual y lisa. Se puede imaginar que si la tierra, cubierta de roca fundida, se enfriara gradual e igualmente, su superficie sería del todo lisa y regular; pero se debe recordar que, mientras se verifica este enfriamiento, hay otros muchos agentes en acción que modelan la faz de la tierra. En determinada época el instrumento más importante de este modelado puede ser el flujo del agua, mientras que en otra puede ser la acción del fuego; pero, de todos modos, el aspecto de la tierra no es una cosa constante, sino que ha cambiado siempre y aun actualmente cambia de hora en hora. Aun sin salir del recuerdo de la presente generación, sabemos que el mar se ha desbordado y ha destruído una gran porción de la costa Este de Inglaterra, y que hay lugares cerca de la costa meridional del mismo país, convertidos ahora en tierras altas y secas, situadas a bastante distancia del mar, que fueron antes puertos florecientes.

Aunque el asunto es bastante dificultoso, debemos tratar de averiguar, por lo menos hasta cierto punto, las varias clases de fuerzas que han moldeado y cambiado la superficie de la tierra en las diversas épocas; y ante todo, fijemos nuestra atención en un hecho que ha sido negado durante largo tiempo.

La historia de la corteza terrestre, aunque registra continuos cambios, ha sido, en general, pacífica. Creíase antes que la historia de la tierra constaba de una serie de cataclismos, cada uno de los cuales producía un nuevo estado de cosas, que persistía hasta que ocurría otra catástrofe. Ciertamente, es muy posible que hayan tenido lugar algunos grandes cataclismos; y quizás al impulso de algunas de esas fuerzas extraordinarias débese la formación de la cordillera Himalaya.

Aun en nuestros días, si bien la tierra continúa enfriándose, quedan algunos volcanes en actividad y se producen con cierta frecuencia pequeños terremotos; pero, no obstante, podemos estar seguros de que los cataclismos súbitos e ingentes no han desempeñado papel muy importante en la historia de la tierra, pues el cambio ha ido verificándose lenta, pero incesantemente. Es sabido que una gota de agua cayendo sin cesar sobre una piedra llega a horadarla, y esta es la clase de fuerza

que ha modelado durante tantas edades la faz de nuestro planeta: no un gran trastorno un día, y luego ningún cambio durante mil años, sino un gotear constante de cada día y de todo el día. Esta idea de la manera quieta, pero incesante, con que se ha formado la corteza terrestre, es una de las más importantes que debemos tener sobre esta materia.

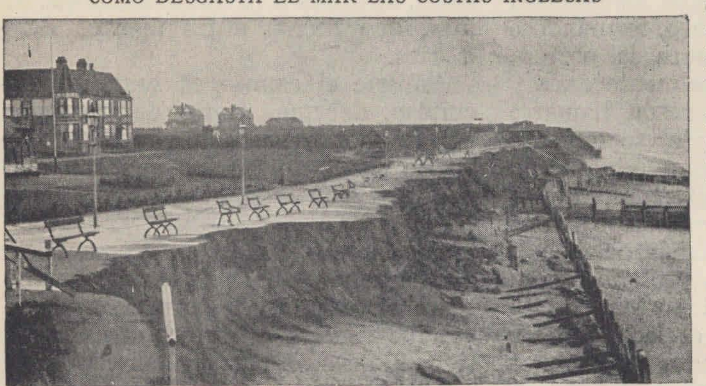
Esto es cierto no sólo en este caso, sino generalmente en todos los efectos de la Naturaleza, habiéndolo reconocido los romanos al decir que «la Naturaleza no da saltos». Su modo de obrar es lento y seguro; aunque rara vez obra con precipitación, sin embargo, jamás descansa; y éste es el modo de obtener éxito.

Bien, pues; entre las fuerzas que han modelado la corteza terrestre debemos contar, ante todo, la misma fuerza de gravedad, porque hay que tener presente que la tierra se encoge constantemente y, a medida que el interior se contrae, se comprende que la parte exterior resultará demasiado grande para aquél, y no tendrá el suficiente sostén por debajo, a consecuencia de lo cual pueden ocurrir muchas cosas.

Por ejemplo, toda una gran parte de la superficie de la tierra puede empezar a desplomarse, bajarse o hundirse, y si continúa luego sumiéndose por bastante tiempo, el agua, como es natural, se precipitará sobre la parte hundida, de modo que lo que fué antes terreno enjuto puede convertirse en fondo del mar. Asimismo, a medida que la superficie de la tierra se contrae y no se halla suficientemente sostenida por debajo, puede naturalmente, doblarse, es decir, puede hacer pliegues, y, ¿quién no ve que uno de esos pliegues puede formar una larga cordillera de montañas?

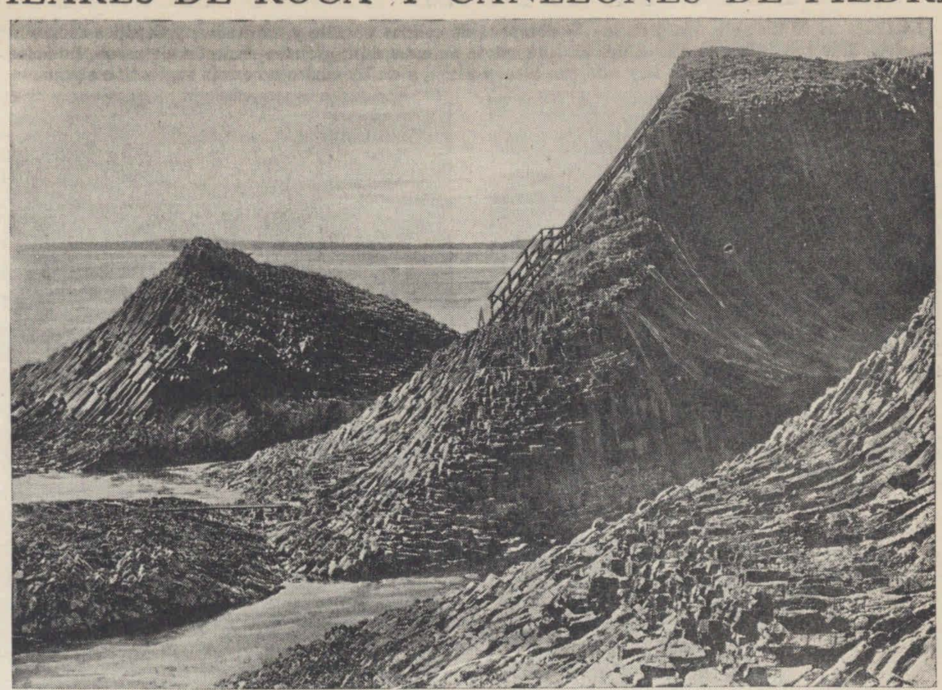
Ahora bien, así como la superficie de la tierra se hunde en un lugar, puede ser empujada hacia arriba en otro, formando pliegues. Por lo tanto, del mismo modo que lo que era antes terreno enjuto puede convertirse en fondo del mar, asi también el propio fondo del mar puede gradualmente ser levantado hasta que el agua corra apartándose de él, y volverse terreno enjuto, de lo cual nos ofrecen un ejemplo Inglaterra y el Oeste de la península ibérica, que han estado sumergidos enteramente en el fondo del mar, no una, sino muchas veces. Se hace difícil, ¿no es verdad?, el creer que más de la mitad de Europa y América estuvieron cubiertas de hielo, y que las cumbres del Himalaya y de otras cordilleras fueron en otro tiempo parte de lechos de océanos.

COMO DESGASTA EL MAR LAS COSTAS INGLESAS

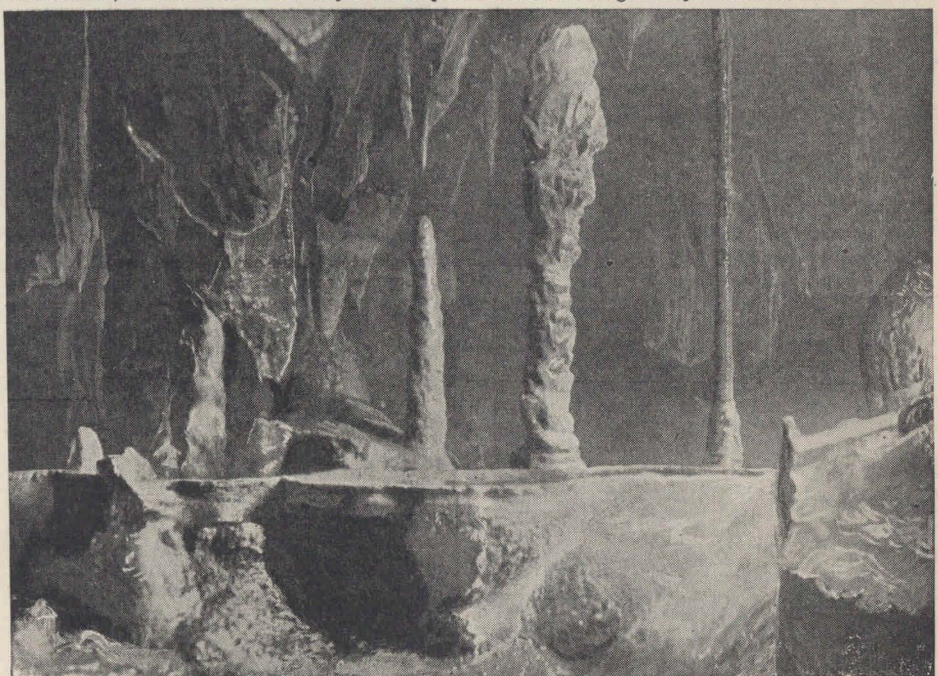


La costa de Inglaterra va desmoronándose y gastándose poco a poco por la acción del mar, el cual en algunos lugares ha sumergido muchas casas. En este grabado vemos el desmoronamiento de la costa de Hólderness, donde la ribera ofrecía un día este aspecto, después de una tempestad.

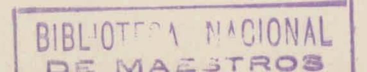
Otra de las grandes fuerzas que han hecho de la superficie de la tierra lo que es hoy, ha sido el calor, o el fuego. Estamos completamente seguros de que el interior de la tierra es sumamente cálido, y, si ahondamos en el suelo, hallamos que la temperatura va siendo más y más caliente a medida que vamos descendiendo; y cada vez que un volcán arroja lava líquida nos recuerda el terrible calor que está debajo de nosotros. Vivimos, pues, sobre una corteza que encierra un lago de fuego ardiendo, y esta corteza es muy delgada.



Estos riscos de la isla de Staffa, cerca de la costa de Escocia, se componen de curiosos pilares de roca negra llamada basalto, formados en edades muy remotas por la acción del fuego. Hay muchos millares de ellos.



En algunas partes del mundo hay grutas con numerosas prolongaciones calcáreas pendientes del techo, y otras que se levantan del suelo. Las que se ven en este grabado están en una gruta de Inglaterra y se han formado por el agua que se escurre a través de las rocas. A medida que el agua pasa, disuelve la roca, como el te o el café disuelven el azúcar, y, al quedar expuesta al aire de nuevo, la «roca» disuelta en el agua se separa y forma esas curiosas columnitas.



ASPECTO DE LA FAZ DE LA TIERRA

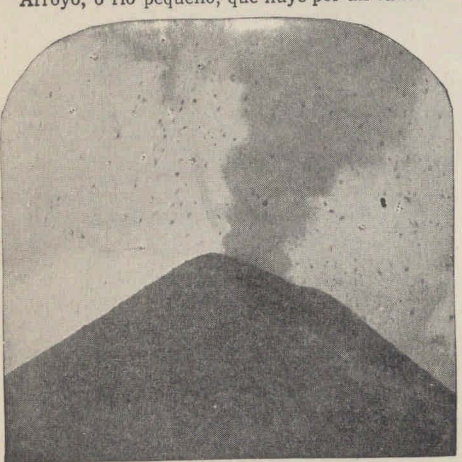
La tierra no es toda ella lisa y llana. Se compone de colinas y valles y montañas, y de sitios enormemente profundos. Hay montañas de centenares de kilómetros de extensión; grandes desiertos de arena, inhabitables y dilatadas regiones en las que no hay más que hielo y nieve, y en las cuales no existe vegetación alguna.



Arroyo, o río pequeño, que fluye por un valle.



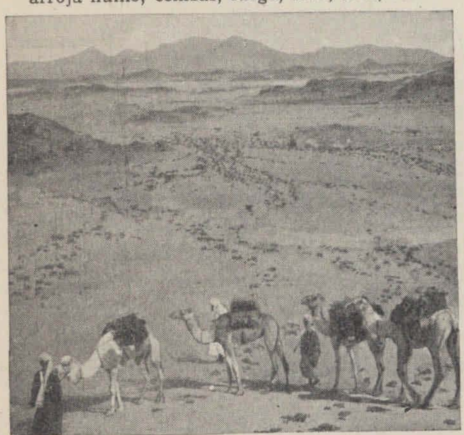
Valle: faja de terreno llano situado entre colinas.



Volcán: montaña con una boca o cráter por el cual arroja humo, cenizas, fuego, lava, lodo, etc.



Precipicio: lado escarpado de una elevada roca, muy alto y profundo, formado por el agua y el viento.



Desierto: vasta llanura cubierta de arena, de centenares de kilómetros de extensión, a través de la cual los pacientes camellos trasportan sus cargas.



Bosque: terreno cubierto de muchos árboles. Hay bosques tan grandes, que para recorrerlos se necesitan semanas enteras.

Si pegamos una hoja de papel sobre la superficie de un melón de tamaño regular, tendremos las proporciones relativas. Los sabios que estudian la constitución de las rocas pueden, sin gran dificultad, decirnos qué clases de piedras se han formado bajo la influencia del calor o fuego. La palabra latina para designar el fuego es *ignis*, y por eso estas rocas que están entre los más profundos yacimientos que conocemos, se llaman rocas ígneas, sirviendo este epíteto muy bien para distinguirlas de aquellas partes de la corteza terrestre que se han formado bajo la influencia del agua, y por lo cual las llamamos partes acuosas, de la voz *aqua* con que en el mentado idioma se designa el agua.

La acción del agua, pues, es una de las grandes fuerzas que han formado, y todavía forman la superficie de la tierra, y en nuestros días es la más importante de todas. En primer lugar, recordemos lo que sucede con un terrón de azúcar cuando lo echamos en un vaso de agua. El azúcar se funde o disuelve, y esto se verifica más aprisa si agitamos el agua.

El agua se mueve incesantemente, y si consideramos su fuerza disolvente y cuánto se aumenta esta fuerza mediante el movimiento, comprenderemos que cada río, por ejemplo, influye en el cambio de la superficie de la tierra. Además, el agua puede también arrastrar cuerpos sólidos sin disolverlos, y luego, cuando llega el agua a un lugar donde se mueve más despacio, esos cuerpos sólidos que están en suspensión en ella se precipitan y amontonan en el fondo.

EL AGUA EN MOVIMIENTO ALTERA INCESANTEMENTE LA SUPERFICIE DE LA TIERRA

Ese es otro proceso con que el agua ha cambiado y cambia la superficie de la tierra, y en realidad no podemos hacer ahora otra cosa mejor que describir la manera como el agua circula por la misma. Esta circulación se ha verificado desde que la tierra estuvo lo suficiente fría para recibir el agua líquida en su superficie; y en el curso de este movimiento incesante, el agua ha formado y reformado el aspecto de la tierra. Empecemos por el agua del mar. Esta agua, como sabemos, es muy salada, lo cual nos da a comprender, desde luego, que hay disuelta en ella una gran cantidad de materia sólida salobre.

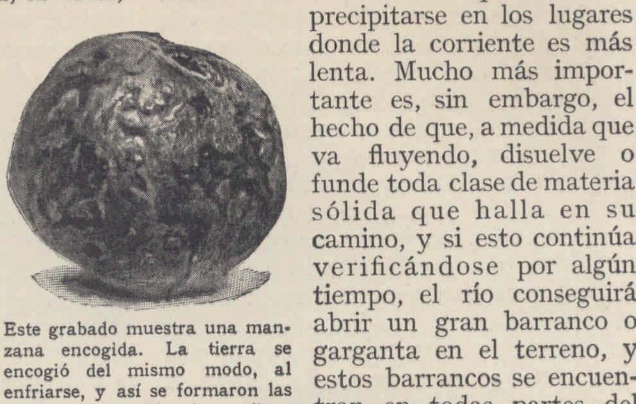
Como quizás se querrá saber de donde procede esto, trataremos de explicarlo brevemente. El sol evapora una gran cantidad de agua del mar haciéndola pasar al aire; pero lo que evapora es solamente el agua, y no la materia salobre disuelta en ella. Si echamos un poco de agua en un platillo y lo dejamos expuesto al aire, hallaremos que pasado algún tiempo se ha evaporado toda, y si lo exponemos a los rayos del sol se evaporará mucho más aprisa. Ahora bien, si es agua del mar la que ponemos en el platillo, hallaremos que la sal ha quedado y forma una pequeña costra que el sol no puede hacer pasar al aire.

CÓMO SE FORMAN LAS NUBES

El agua se evapora y pasa al aire por la acción del sol, del modo dicho, y si hay una gran cantidad de ella en la atmósfera, puede llegar a formar nubes. Como el aire está siempre más o menos en movimiento, serán trasladadas por el viento en una dirección u otra, y muy a menudo serán transportadas de suerte que vengan a flotar sobre la tierra no ocupada por el mar. Enormes cantidades de agua procedentes del Océano Atlántico son trasportadas por el aire de este modo hacia el Este, hasta que alcanzan el Occidente de Europa. Esta parte de Europa abunda en lluvias, sobre todo hacia el Noroeste, y la razón de esto está en que, cuando el agua ha sido llevada en el aire hasta allí, muy a menudo se enfría de modo que forma gotas que, más pesadas que el aire caen luego sobre la tierra en forma de lluvia. Ahora bien, el agua de lluvia es agua dulce y, no obstante, era antes agua de mar, según vimos.

Ya sabemos que cuando el agua de lluvia cae sobre la tierra, su caída es determinada por la misma fuerza que

determina la de la pelota que cae de nuestras manos; pero aun después de llegar a tierra, debe continuar obedeciendo a la ley de la gravedad, es decir, debe correr sobre la tierra hasta el nivel más bajo que pueda. Sencillamente, a causa de la ley de la gravedad, el agua procura siempre « hallar su propio nivel », como solemos decir, por lo cual la lluvia forma pequeños arroyos y éstos se juntan y forman los ríos que corren al mar.



Este grabado muestra una manzana encogida. La tierra se encogió del mismo modo, al enfriarse, y así se formaron las grandes montañas, las colinas y valles y las profundidades del océano.

POR QUÉ RAZÓN EL MAR NO ESTÁ NUNCA ENTERAMENTE LLENO

Hace ya mucho tiempo que fué esto observado por el autor del Libro del Eclesiastés, por lo cual dijo: « Todos los ríos corren al mar y sin embargo, el mar no redunda; vuelven de nuevo al mismo lugar de donde proceden sus aguas ». Tenía razón. La causa porque el mar no se llena nunca, aunque todos los ríos afluyen a él, consiste en que el sol evapora constantemente agua del mar, de modo que hay una circulación continua en el agua del planeta, pasando del mar a la atmósfera y de ésta a aquél.

Dijimos que averiguaríamos pronto de dónde procede la sal del mar: proviene de los ríos, pues a medida que el agua fluye sobre la tierra en dirección al mar, arrastra consigo una gran cantidad de materia sólida que tiende a precipitarse en los lugares donde la corriente es más lenta. Mucho más importante es, sin embargo, el hecho de que, a medida que va fluyendo, disuelve o funde toda clase de materia sólida que halla en su camino, y si esto continúa verificándose por algún tiempo, el río conseguirá abrir un gran barranco o garganta en el terreno, y estos barrancos se encuentran en todas partes del mundo.

Pero ahora veremos que, aunque el agua está en constante circulación, en la forma expresada, no siguen la misma circulación las sales que el agua disuelve, ni la materia sólida que arrastra consigo, pues estos elementos no son evaporados de nuevo por el sol como lo es aquélla. Consiguientemente, todos los ríos acarrean parte del suelo hacia el mar, y es un hecho, que el mar se pone cada año más salado, mientras que, cuando los mares se formaron en un principio, por la lluvia que caía del cielo a las partes más profundas de la tierra, sus aguas serían enteramente dulces.

TRES VISTAS DE LA TIERRA, EN LAS QUE SE VE CÓMO SE FORMARON LAS GRANDES CORDILLERAS







En los días en que estaba formándose la dura corteza terrestre, antes de que se hubiese enfriado la tierra, las montañas no se habían formado aún, pues aparecieron cuando la tierra empezó a contraerse como la manzana representada en el grabado anterior, arrugándose y empujando hacia arriba altísimas cumbres, según se muestra por estas líneas negras, que señalan las grandes cordilleras del mundo.

COMO SE MUEVEN LAS AGUAS SOBRE LA TIERRA

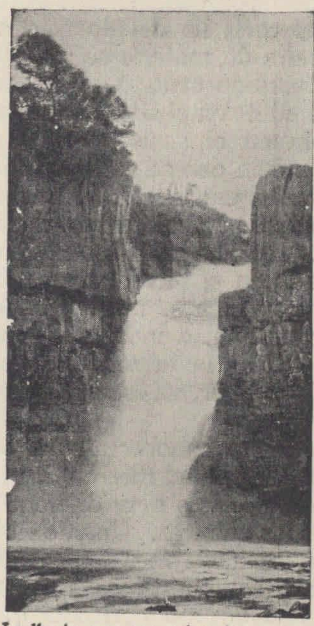
Aproximadamente, tres cuartas partes de nuestro planeta son agua. Si tomamos una bola y la introducimos en el agua hasta quedar cubiertas por ella las tres cuartas partes, la parte seca representará la tierra firme. El agua y la tierra cambian lentamente de sitio, tan lentamente, que apenas podemos darnos cuenta de este cambio.



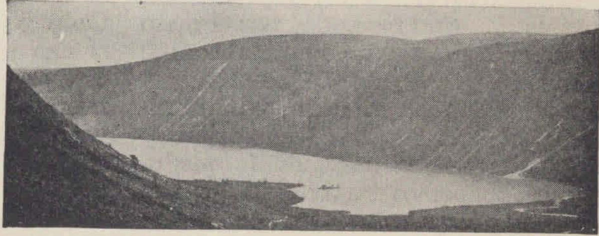
Los Alpes, grandes montañas cubiertas de nieve.



Ríos de hielo, llamados ventisqueros o heleros.



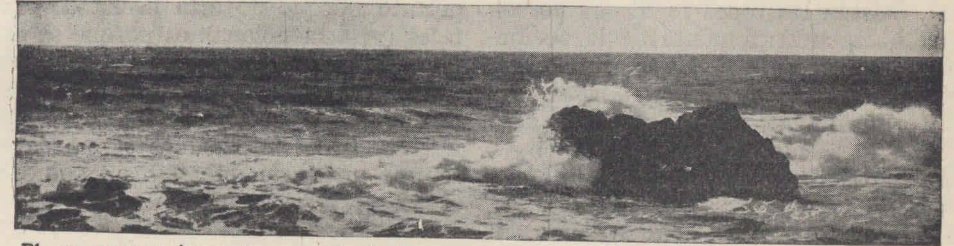
La lluvia que cae sobre las montañas y colinas halla siempre su camino hacia el mar.



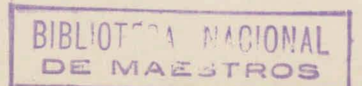
Lago: especie de estanque de agua entre colinas.



Río: corriente considerable de agua. Todos los ríos desembocan en el mar, ya directamente, ya por medio de otros ríos, ya por conductos subterráneos, etc. Algunos de ellos recorren millares de kilómetros.



El mar se mueve incesantemente. La lluvia es agua que se levanta del mar, en forma de vapor, y cuando cae afluye a los ríos y es acarreada al mar de nuevo. Millares de embarcaciones se hallan siempre en el mar, el cual contiene en sus aguas más vida que la que hay en toda la tierra firme, y mide de una parte a otra miles de kilómetros.



Los que estudian estas materias se han servido de la salobridad del mar como medio para averiguar la edad de la tierra, pues pueden calcular la cantidad de sal que los ríos arrastran al mar y la que éste contiene y, con estos datos, deducir durante cuantos años han estado los ríos fluyendo; y es interesante ver que los resultados que sobre la edad de la corteza terrestre se han obtenido por este procedimiento, no difieren mucho de los que se han encontrado por otros medios.

También influye el agua en la formación de una grandísima parte de las rocas y de otras clases de materia que hallamos en la corteza terrestre. Muchas de éstas han sido formadas por el mero movimiento del agua, comprendiéndose fácilmente, por ejemplo, que el mar y las mareas forman la arena, y, naturalmente, si esta arena se comprime y conserva junta, tendremos la piedra arenisca. Sabemos también lo que son las chinitas; y las chinitas, lo mismo que la arena, se han formado y están constantemente formándose por la acción del agua. La arcilla y grava ordinarias se han formado también de este modo. Luego hay muchísimas clases de rocas—tales como los riscos gredosos de Dóver, en Inglaterra—que se han formado realmente de restos de seres vivientes que existieron hace muchos años. Las rocas calizas se componen de la parte calcárea de los cuerpos de millones de estos seres diminutos apretados unos contra otros.

El agua ha ejercido gran influencia en la formación de las rocas de esta clase. Además de éstas y otras muchísimas, existen las rocas formadas por el agua independientemente de la acción de su movimiento y de la influencia sobre los restos de seres orgánicos. En efecto, en muchas partes del mundo hay grutas, que encierran unas cosas bastante parecidas a carámbanos de hielo pendientes del techo, y otras formadas de la misma materia, que se levantan del suelo para encontrarse con aquellas. Estas cosas tienen nombres especiales de los cuales no es necesario hacer mención ahora; lo que nos interesa aquí es hacer constar que han sido formadas por el agua; ésta ha fundido o disuelto la materia que las constituye, y luego, cuando el agua ha sido expuesta al aire, gota a gota, la materia que contenía ha sufrido un cambio, de modo que el agua no ha podido conservarla por más tiempo en estado de solución.

FORMACIÓN DE LOS MARAVILLOSOS CANELONES DE PIEDRA EN LAS GRUTAS

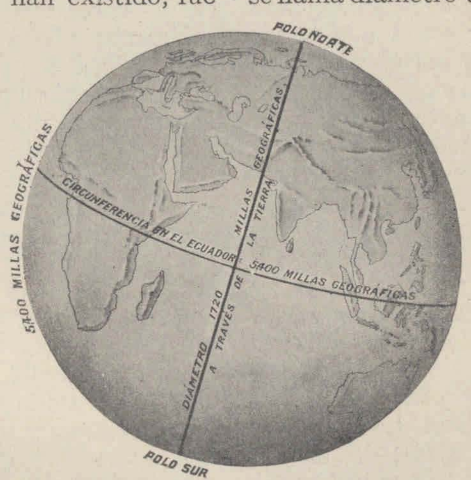
Así es fácil comprender cómo se han formado esas cosas puntiagudas que penden del techo de las grutas. Tal vez ha habido una pequeña hendedura en el techo de la gruta y el agua se ha escurrido por ella, gota a gota. Cada gota, al caer, ha dejado tras de sí una partecita de materia sólida y a ésta se han añadido otras después. Lo mismo ha sucedido en el sitio donde las gotas cayeron en el suelo, y muy a menudo el canelón que se va formando desde el techo ha encontrado el que se va formando desde el suelo, y han hecho un pilar, muy recio en los dos extremos y muy delgado en el medio; pero volviéndose gradualmente más y más grueso año tras año, a medida que el agua, que contiene la materia de que se ha formado el pilar, va escurriéndose por sus lados.

Quizás se querrá conocer alguna de las rocas formadas por el fuego, y a este fin citaremos dos clases muy diferentes de la cal o de las chinitas. Una de ellas es el granito, hermosa roca ígnea, que está realmente compuesta de cristales diminutos, parecidos a los cristales que componen el azúcar y la nieve. Otra clase de roca ígnea, diferente del granito porque no está hecha de cristales (y la mencionamos porque se usa para quitar de los dedos las manchas de tinta), se llama piedra pómez, y se formó por la acción de un fuego tremendo, hace muchísimos siglos, largo tiempo antes de que hubiese sobre la tierra ser viviente alguno.

LOS DOS HECHOS MÁS IMPORTANTES QUE CONOCEMOS ACERCA DE LA TIERRA

Nuestra tierra es de tantísimo interés para nosotros, que debemos aprender

los hechos principales acerca de ella, hechos que en realidad hemos ya descubierto, a pesar de que fueron desconocidos enteramente de los hombres más sabios de edades no muy distantes de la nuestra. La tierra es un globo más o menos redondo, con una costra fría y un interior caliente, y se mueve alrededor del sol. Estos son, evidentemente, los dos hechos más importantes acerca de la tierra, aunque cualquiera que hubiera dicho tales cosas hace 2000 años hubiese sido tenido por loco de remate, y sólo hace 300 años que uno de los más grandes hombres que han existido, fué encerrado en la cárcel por afirmarlas, y a otros muchos los persiguió y apedreó e injurió en la calle la multitud escarnecedora.



La tierra no es una esfera perfecta, ni permanece completamente derecha mientras gira por el espacio. Está achatada en la parte superior, que llamamos Polo Norte, y en la inferior, que denominamos Polo Sur. En el medio, y siguiendo la línea que llamamos Ecuador, se ensancha un poco. La inclinación del eje de la tierra origina la diferencia de las estaciones.

El primer hecho, pues, se refiere a la forma de la tierra, la cual no es perfectamente redonda, sino algo achatada en el Polo Norte y el Polo Sur y un poco ensanchada alrededor de su parte media. La línea que divide a nuestro globo en dos hemisferios o mitades iguales, una mitad al Norte y la otra al Sur, se llama Ecuador. Para comernos una naranja, la solemos cortar por su ecuador. La forma de la mayor parte de las naranjas es bastante parecida a la de la tierra, sólo que en las naranjas es mayor que en la tierra el ensanchamiento del ecuador y el achatamiento de los polos.

EL MOVIMIENTO DE ROTACIÓN DE LA TIERRA LA HACE ENSANCHARSE EN EL MEDIO

Sabemos que, si la tierra se ensancha hacia el Ecuador, es porque gira, y, a medida que gira, la materia de que está compuesta tiende más bien a lanzarse hacia fuera, del mismo modo que las gotas que caen sobre un paraguas son despedidas hacia fuera si lo hacemos girar. Tal es la explicación del ensanchamiento que forma la tierra hacia el Ecuador; aunque este ensanchamiento es muy pequeño, pues si fuéramos de un lado a otro a través de la tierra, partiendo de algun punto del Ecuador, y marchando hasta llegar al punto opuesto, tendríamos que recorrer sólo unos 43 kilómetros más que si fuéramos desde el Polo Norte al Sur, también al través de la tierra. Esta distancia a través de la tierra es lo que se llama diámetro terrestre, y es de 1720 millas geográficas, unidad adoptada para las medidas usadas en Geografía y que equivale a 7420 metros.

Si fuéramos por la superficie de la tierra en lugar de ir a través de ella, tendríamos que andar unas 5400 millas geográficas, y esto se llama la circunferencia. Ahora bien, la tierra da una vuelta completa alrededor de sí misma en veinticuatro horas, y así resulta que todo el que está en el Ecuador se mueve a razón de unos 1600 kilómetros por hora. Si la tierra girase mucho más aprisa de lo que gira ahora—si, por ejemplo, diera la vuelta en una hora en lugar de veinticuatro—las personas, los animales y cuantos objetos estuviesen en el Ecuador serían arrojados hacia el espacio, como las gotas de agua del paraguas que se hace girar.

Si nos fijamos en un globo terrestre, de esos que se utilizan en las escuelas para explicar Geografía, observaremos que no está colocado en su armazón, derecho, pues el Polo Norte y el Polo Sur no coinciden con la vertical estando

el globo bastante inclinado, como lo muestra el grabado adjunto. Esta inclinación de la tierra mientras gira alrededor del sol, es muy importante, pues da lugar a la diferencia de estaciones; porque, debido a esta inclinación, la mitad Norte de la tierra recibirá directamente los rayos del sol durante una parte del año, que llamamos verano, pero no tan directamente durante la otra parte del año, que llamamos invierno.

Esta es la razón de que el verano es caliente y el invierno frío. Pronto trataremos del modo como la tierra gira alrededor del sol, y veremos que algunas veces está más cerca de él que otras. Tal vez se piense que en el verano la tierra está muy cerca del sol, pero en realidad no es así. La distancia de la tierra al sol no tiene nada que ver con las estaciones, las cuales se deben enteramente, como hemos dicho, a la inclinación de la tierra.

Hay otro hecho muy interesante relativo a la inclinación de la tierra, y es que ésta no presenta siempre la misma inclinación sino que durante miles de años se inclina más, y luego durante otros miles de años pierde bastante de esa inclinación. La tierra se balancea bastante al girar, del mismo modo que la peonza a la que se impide girar derecha, y por una razón muy parecida. Este balanceo, o declinación de la tierra, se verifica muy lentamente, pues para un solo balanceo necesita cerca de 20,000 años.

Si tenemos presente que las estaciones son debidas a la inclinación de la tierra, nos haremos cargo de que, en una parte del balanceo, la tierra puede hallarse tan inclinada que el invierno, por ejemplo, en el hemisferio Norte, sea muy frío y largo. Estudiando este balanceo de la tierra se llega a explicar sus edades pasadas en que, como sabemos, todo el hemisferio septentrional estaba cubierto de hielo.

Veamos ahora cómo se mueve la tierra alrededor del sol. No se mueve formando un círculo perfecto, sino una elipse, que es una especie de círculo algo achatado, y esta es la razón por que algunas veces está más cerca y otras más lejos del sol. Tampoco se mueve siempre con la misma velocidad, sino que corre más rapidamente cuando está más cerca del sol, debiéndose esto a que, si la tierra no se moviese más velozmente cuando está más próxima al sol que cuando está más lejana, sería atraída por él, de modo que iría a estrellarse contra su masa; y si se moviese tan rápidamente cuando está lejos como cuando está cerca, saldría de su órbita, esto es, se escaparía de ella para siempre.



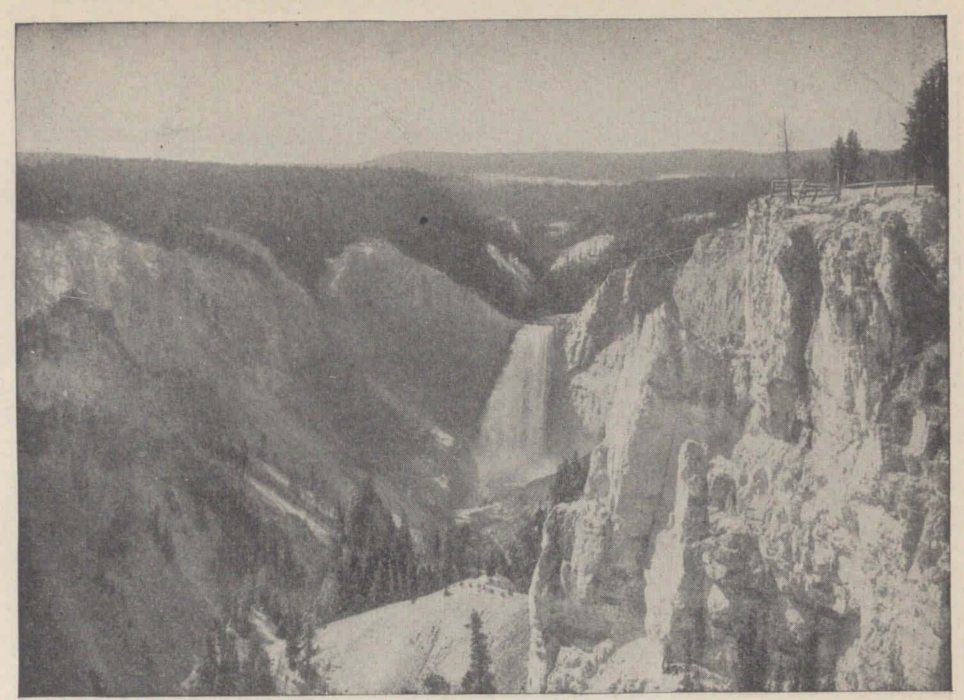
EL PARTO DE LOS MONTES

Con varios ademanes horrorosos
Los montes de parir dieron señales:
Consintieron los hombres temerosos
Ver nacer los abortos más fatales:
Después que con bramidos espantosos
Infundieron pavor a los mortales,
Estos montes, que el mundo estremecieron,
Un ratoncillo fué lo que parieron.

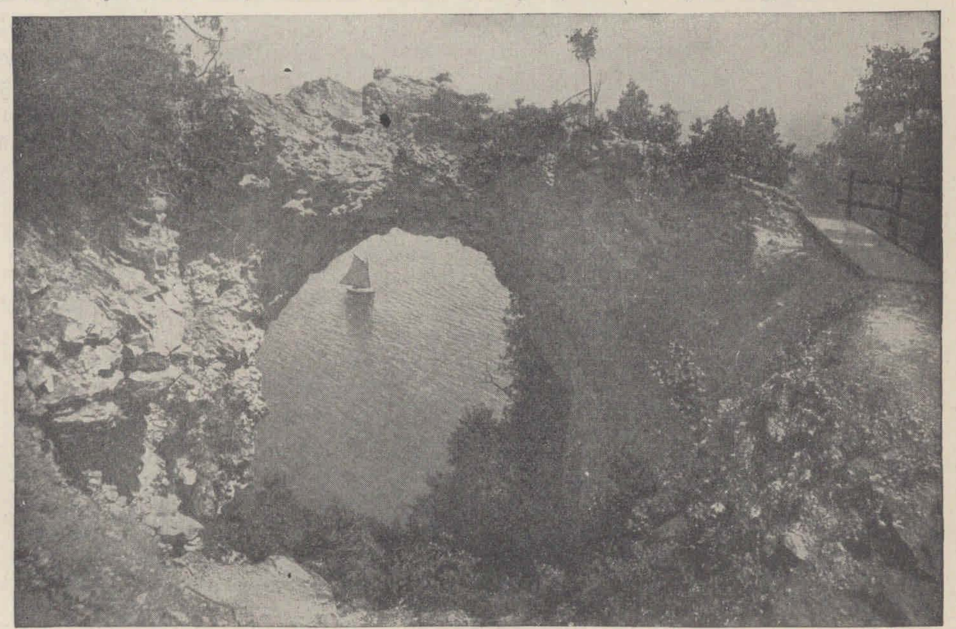
Hay autores que en voces misteriosas,
Estilo fanfarrón y campanudo,
Nos anuncian ideas portentosas:
Pero suele a menudo,
Ser el fruto de su pensamiento,
Después de tanto ruido, sólo viento.

SAMANIEGO.

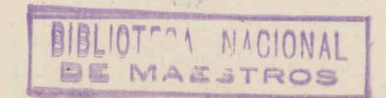
CÓMO EL AGUA DESGASTA LA TIERRA

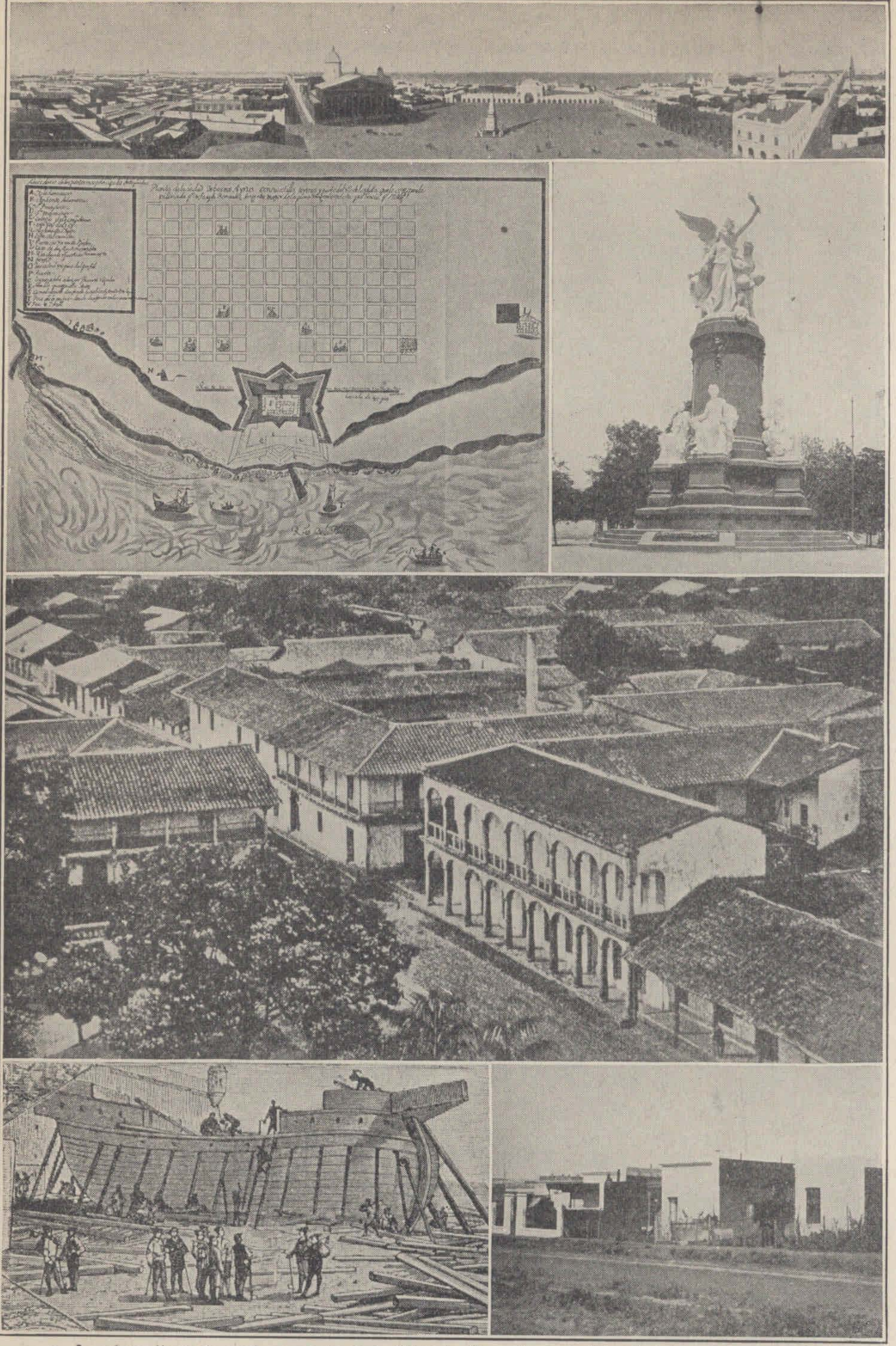


Este grabado, que representa una pequeña parte del gran Parque de Yellowstone, en los Estados Unidos, nos muestra cómo el agua, socavando o desgastando la tierra, forma en ella inmensos valles. El agua, en su incesante movimiento, ha ido transformando de continuo la faz del globo. Ha disuelto y acarreado a otros sitios toda la tierra que en otro tiempo llenaba los inmensos valles que aparecen en el presente grabado.

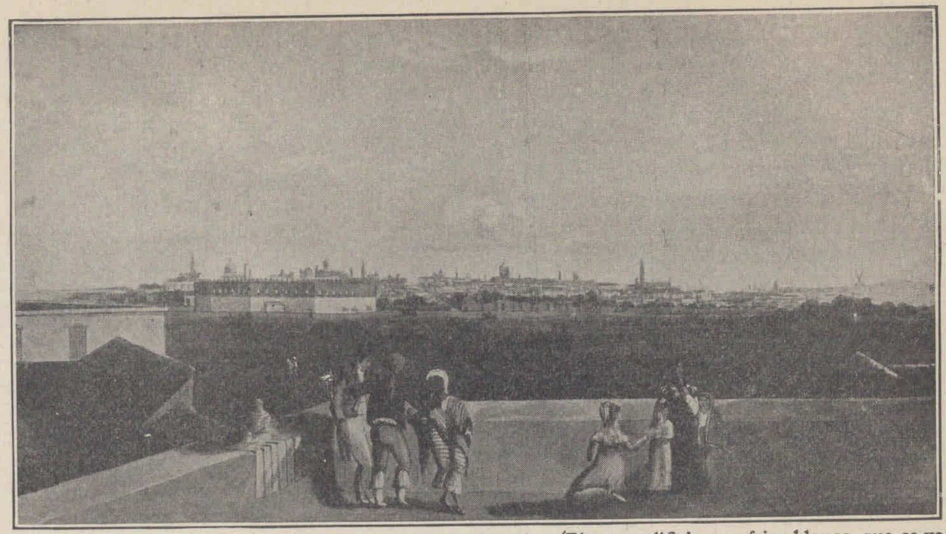


Este arco formado en la roca es prueba evidente de la acción erosiva que el agua ejerce en la tierra. En las altas mareas, al estrellarse las olas contra la roca, ésta se disuelve lo mismo que el azúcar en el agua, aunque con mucha mayor lentitud. Llegará día en que el agua corroerá enteramente la roca, y entonces desaparecerá también la hermosa perspectiva que nos ofrece el mar a través de este arco labrado por la naturaleza.





1. La plaza llamada antiguamente de la Victoria (hoy Plaza de Mayo), tal como era en 1834.
2. Puerto y ciudad de la Santísima Trinidad de Buenos Aires (1590).
3. Monumento erigido por la colonia francesa en homenaje a la Nación Argentina.
4. Estilo de la antigua edificación de lujo en Buenos Aires (1680).
5. La carabela San Cristóbal de la Buena Ventura.
6. **Grupo de casas para obreros, adquiridas por éstos mediante el pago de pequeñas mensualidades.**



La plaza de toros (1805), hoy Plaza del General San Martín. (El gran edificio con friso blanco, que se ve al fondo, hacia la izquierda, es la plaza de toros.)

BUENOS AIRES

(1580–1916)

CONCENTRADA por Irala la actividad de la Conquista en la ciudad de la Asunción, fué ésta centro político y militar de donde irradiaban los descubrimientos hacia los territorios del Este, que se extendían hasta los confines portugueses en el actual Brasil; hacia el Norte y el Oeste, ensanchando los conocimientos por la cuenca del Amazonas y en demanda del camino del Perú, y, en fin, hacia la parte austral del Continente.

Abandonando el gran puerto de la Conquista en el Río de la Plata, por la despoblación de Buenos Aires, pronto, sin embargo, se apercibieron los colonizadores de la Asunción de la suprema necesidad de bases en aquel río, llave de las comunicaciones con el reino de España y con el derrotero austral que, a través del Estrecho de Magallanes, conducía a las Molucas.

En 1578, el gobierno de la Asunción destacó al capitán Juan de Garay, teniente gobernador del Río de la Plata, ya famoso en las jornadas de los descubrimientos, conquista y colonización de la Tierra, para que fundara un pueblo en la banda septentrional del Plata, en el lugar llamado San Salvador, sobre el río San Juan, cerca de la ciudad actual de la Colonia.

Dispuso también el gobierno de la Asunción la repoblación de Buenos Aires, que tuvo lugar en 1580. Fué su segundo fundador el mismo capitán (dicho también general) don Juan de Garay.

Éste construyó en la Asunción algunos buques, en los cuales embarcó setenta soldados, mil caballos, trescientas vacas y los armamentos, municiones y vituallas necesarios para la empresa, todo a su costa y sin recibir ayuda alguna del gobierno español.

Garay no reconstruyó las ruinas dejadas sobre el Riachuelo en 1540, sino que estableció el fuerte y la casa de gobierno de la nueva ciudad en un paraje situado más al Norte, donde se encuentra actualmente la *Casa Rosada,* nombre popular del Palacio de Gobierno de la Nación Argentina, y frente a la cual desembocaba uno de los brazos del Riachuelo, que se dividía en el lugar de la fundación de Mendoza en dos, siguiendo el otro brazo hacia el Río de la Plata en la dirección más o menos Este directo, según se ve en el plano adjunto.

El acta de fundación, por segunda y definitiva vez, de la ciudad de Buenos Aires, tiene la fecha de 11 de Junio de 1580, día de San Bernabé.

La noticia de la población definitiva de Buenos Aires fué celebrada en la Colonia, y se le atribuía tal importancia, que Garay había hecho construir en la Asunción una carabela de tres palos para que llevara la fausta nueva al Rey de España. Llamábase la carabela *San Cristóbal de la Buena Ventura*, y fué la primera nave construída en Sur América que cruzó el Océano hasta Europa.

Garay repartió las tierras situadas alrededor del fuerte entre sesenta y cuatro personas, según plano nominal rubricado en 1583.

Entre estos pobladores solamente once eran españoles, contando entre ellos a Garay y a los oficiales reales. Los demás eran *criollos*, es decir, oficiales, soldados, marineros y civiles nacidos en Buenos Aires, en la Asunción y en otras de las nacientes colonias.

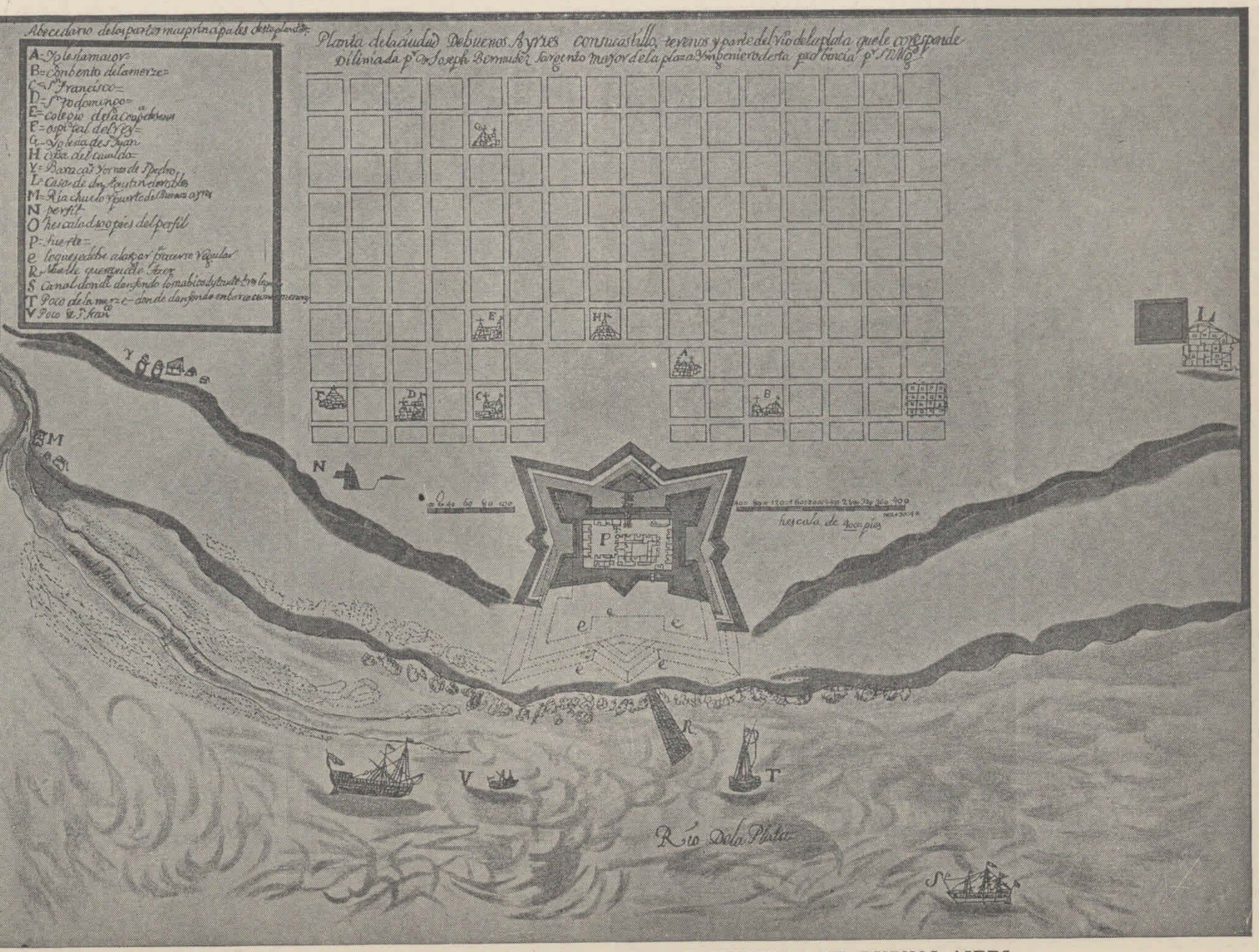
La ciudad, según el citado plano, contenía: *a*) El Fuerte, (actual *Casa Rosada*); *b*) La Plaza (hoy llamada de la Victoria); *c*) los conventos de San Francisco (donde hoy se halla), de Santo Domingo (hoy la Merced)), el hospital de San Martín (después de la iglesia de La Merced), de Santa Úrsula y las Once Mil Vírgenes (donde hoy existe Santo Domingo).

Garay llamó a esta ciudad la *Puerta de la Tierra*, por su posición geográfica. Ella fué fundada siendo su Adelantado o gobernador general del Río de la Plata, Juan Torres de Vera y Aragón, actuando Garay como su teniente gobernador, Capitán General, Justicia Mayor y Alguacil Mayor de todas las provincias del Río de la Plata y de sus afluentes los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay.



El desembarco en el puerto de Buenos Aires.—En aquella época (1800), el comercio marítimo estaba casi completamente monopolizado por buques de bandera inglesa.

Pronto comenzó a desarrollarse la edificación, y un siglo después era una ciudad en forma, en cuyos edificios predominaban, como materiales de construcción, la tierra, el ladrillo, las tejas y la paja. Llamaban la atención las tejas de madera, formadas por largos trozos huecos de un vegetal común en la comarca del delta del Paraná, que los indios llamaban *caranday* y los españoles palmas. Algunas de estas casas tenían corredores a la calle, y eran hasta de dos pisos. De trecho en trecho se



1590—PUERTO Y CIUDAD DE LA SANTISIMA TRINIDAD DE BUENOS AIRES

LA AVENIDA DE MAYO

EDIFICIO DE LAS AGUAS CORRIENTES

Salón de recepciones del Presidente de la Nación, decorado con los bustos en mármol de todos los Presidentes.

Palacio del Gobierno Federal en Buenos Aires—Galerías interiores.

echaron las bases para los edificios de los conventos.

Aunque había prohibición de comercio con el extranjero, la Colonia, después de la fundación de Garay, empezó a adquirir desarrollo, debido a su posición geográfica de puerto maestro de las poblaciones del Río de la Plata y de los países subecuatoriales de Sur América, y a la fertilidad de sus tierras.

El contrabando europeo, principalmente inglés, por otra parte, empezó a practicarse desde los primeros tiempos, y durante los siglos siguientes fué motivo de alarma para el gobierno de España. Los corsarios ingleses, desde los *lebreles del mar* (sea dogs), de la reina Isabel, infestaban las costas. Este comercio de contrabando impulsó el crecimiento de la pequeña ciudad, que en 1810 tenía alrededor de 45.000 habitantes, muchos de ellos esclavos, porque el comercio de negros de África tuvo también sus tiempos felices en aquella época de las rivalidades marítimas. El puerto de Buenos Aires era en realidad desabrigado, pues las naves de alto bordo no podían llegar hasta el Riachuelo. Los barcos de mayor calado tenían que anclar a varias millas de distancia de la costa firme y practicar el desembarco en lanchas. A veces las barcas mismas quedaban varadas, a poco andar, en los días y horas de bajante del río, y entonces el desembarco se completaba en carros.



El puerto de Buenos Aires en 1860.—Desembarque con río bajo, frente a la casa de la Prefectura Marítima, Paseo de Colón.

Al comenzar el siglo XIX, la ciudad de Buenos Aires empezaba a sentir los efectos de la riqueza y de la cultura, y se había formado un partido político, de nativos, contra los españoles, que dió por resultado la guerra de la Independencia (1810–1824), de que nos ocuparemos más adelante.

La ciudad no tenía, sin embargo, pavimento; estaba mal alumbrada, si bien se habían hecho edificaciones importantes, y algunas con carácter cuasi monumental, de estilo colonial. El progreso se desarrolló después de la Independencia, y de la guerra con el Brasil, que tuvo lugar en 1827 y 1828.

La paz y la riqueza naciente produjeron un bienestar extraordinario, una verdadera era de romanticismo y de alegría social, que se caracteriza bajo el nombre de « el año treinta ».

Algunos viajeros europeos, como el célebre Alcides D'Orbigny, que visita-

La Plaza del General San Martín (1916), con la estatua ecuestre de este Libertador sudamericano. Al fondo del grabado, y a la derecha, se ve el hotel Plaza; a la izquierda, el Palacio del Museo de Bellas Artes, y al centro, la torre de la iglesia del Espíritu Santo.

La Plaza de Mayo, en 1916.—La Casa Rosada, o Palacio del Gobierno de la República Argentina, ocupa el lugar en que estuvo situado el Fuerte.

ron la ciudad en esa época, escribieron sus impresiones encantados por la sociedad argentina, tan culta y distinguida, aunque reducida en número. Aquel viajero dice que creía a menudo encontrarse en el *faubourg* de la Chaussée d'Antin, de París.

Las mujeres, de singular belleza, vestían con un lujo especial, en estilo « Imperio » y con las telas más ricas que podían ofrecerles la Europa y el Oriente. Las importaban naves británicas y norteamericanas. Los peinados de las damas eran extraordinarios y originalísimos, sin igual en el mundo.

En aquella época, la mujer argentina usaba los famosos peinetones, obras primorosas y monumentales, de carey artísticamente labrado, exageración de las peinetas andaluzas, cuya mejor descripción está dada por los dibujos que ilustran este artículo.

En todos ellos se observará el pie diminuto de las mujeres argentinas, que era uno de sus motivos de orgullo y de la admiración de los extranjeros. Las de Buenos Aires eran generalmente llamadas en Sur América *porteñas*, aludiendo a su nacimiento en el gran puerto de Buenos Aires.

Esta época afortunada, que estimuló también el culto de las letras, de la poesía y de la música entre los argentinos, fué interrumpida en 1835 por el advenimiento de la dictadura de Rosas, que se prolongó hasta 1852.

Después del derrocamiento de la dictadura, la ciudad de Buenos Aires acaudilló un movimiento separatista de la nacionalidad argentina, constituyéndose cabeza de un estado independiente, que llevaba su mismo nombre: Estado de Buenos Aires. Estos sucesos originaron una guerra civil de diez años (1852–1862) entre el estado separatista de Buenos Aires y las trece provincias, que formaban el resto de la Confederación Argentina. La Independencia de la Nación había sido proclamada por el Congreso de Tucumán en 1816.

Las conquistas morales y políticas alcanzadas durante el primer período de la Independencia hasta 1830, fracasaron durante las guerras civiles de 1835 a 1862, en que terminaron con la batalla de Pavón, librada por las tropas de Buenos Aires contra la Confederación. Pasó así la nueva República un luctuoso período de anarquía, de pobreza, de aislamiento y de dramas de sangre.

Vencidas las tropas de la Confederación en la batalla de Pavón (1862), Buenos Aires entra a formar parte de nuevo de la Unión Nacional, sobre la base de la Constitución sancionada por el Congreso constituyente de Santa Fe en 1853 y revisada por una convención del estado de Buenos Aires en 1860. Ese momento histórico marca un nuevo punto de partida para la prosperidad de la ciudad de Buenos Aires.

Comprometida la República en guerra contra el Paraguay, aliada al Brasil y al Uruguay en 1835, duró esta guerra hasta 1868, y las negociaciones diplomáticas para terminarla, hasta 1876, durante cuyo período la ciudad de Buenos Aires adquiere nuevo impulso, porque fué el centro de los movimientos de tropas y dinero exigidos por la guerra. El primer censo nacional, levantado en 1869, le dió 179.000 habitantes.

Como consecuencias de nuevas luchas políticas y de nuevas guerras civiles en 1880, quedó terminada la resistencia partidista del Estado de Buenos Aires contra las provincias. La ciudad de Buenos Aires fué separada de la provincia de su mismo nombre y convertida en capital federal de la República en 1880.

Esta fecha marca un extraordinario movimiento de transformación edilicia, política, moral, hospitalaria, comercial e industrial de la ciudad de Buenos Aires, y su población aumentó sucesivamente y de una manera prodigiosa, al punto de que en 1915 sumaba ya 1.600.000 habitantes; y es actualmente la segunda ciudad latina del mundo, contando como primera a París.

Sus pavimentos son admirables, su edificación es lujosa y confortable, sus edificios públicos empiezan a adquirir caracteres monumentales, y sus escuelas

LA PLAZA DEL CONGRESO, CON ÉSTE AL FONDO—BUENOS AIRES

EL TEATRO COLÓN

son un ornato que enorgullece con razón a los argentinos.

Durante el período de 1810 a 1880, la ciudad de Buenos Aires fué a la vez capital de la provincia del mismo nombre y provisional de la Nación Argentina, habiendo sido desde 1775 hasta 1810 capital del histórico Virreinato del Río de la Plata.

Coexistían en ella, durante la segunda época, dos gobiernos: el de la Nación y el Provincial, y a menudo surgían cuestiones de etiqueta y de protocolo sobre la posición del presidente de la República y del gobernador de Buenos Aires en las fiestas de la ciudad.

En esta situación provisional, la ciudad de Buenos Aires progresó de una manera lenta e incompleta.

La Nación no podía gastar sus tesoros en ella, porque no era sino una huéspeda de su recinto; y los gobernadores de Buenos Aires, que ejercían jurisdicción en ella de derecho propio, tampoco fueron acertados en su administración.

Las municipalidades dejaban mucho que desear: la doble capital estaba mal alumbrada, y pésimamente pavimentada; sus hospitales, poco numerosos, eran verdaderos focos de infección, y carecía de monumentos y de edificación elegante y valiosa.

Federalizada la ciudad de Buenos Aires con sus alrededores, y erigida así en capital de la Nación Argentina, el Congreso federal votó leyes que, aplicadas generosamente por el Poder Ejecutivo, trasformaron la ciudad en todos sentidos.

Hoy es una de las más bellas ciudades del mundo, y la más importante de la América del Sur, sólo aventajada por Río de Janeiro en cuanto al espectáculo de su Naturaleza.

Los extranjeros que llegan al puerto de Buenos Aires por la primera vez, sienten una impresión gratísima, no sólo por las comodidades del desembarco y los tratamientos aduaneros, sino también por la sensación de limpieza, de orden, de bienestar público y de disciplina que revelan las construcciones, los servicios portuarios, el aspecto general del barrio marítimo y de toda la ciudad.



LAS DAMAS PORTEÑAS, HACIA EL AÑO DE 1830

Numerosos son sus monumentos públicos, de que dan idea algunos de nuestros grabados, y en todas partes se recibe una sensación de comodidad y riqueza.

Las mujeres visten con uniformidad tal vez excesivamente lujosa, a tal punto, que el viajero apenas distingue la familia del capitalista, de la del empleado.

Los obreros y sus familias visten como la burguesía europea, especialmente las

Jockey Club: Sala de juegos sociales del Palacio de Buenos Aires.

Jockey Club: Escalera de honor del Palacio de Buenos Aires.—En el primer descanso, el precioso mármol « Diana », del ilustre artista francés Falguière.



mujeres, que usan trajes y adornos desconocidos para el obrero de Europa, revelando su bienestar y relativa abundancia.

Buenos Aires tiene espectáculos propios, sin rival en el mundo. Tales son, por ejemplo, las carreras, y las temporadas líricas del teatro Colón, el cual, según la opinión universal, constituye una sala de elegancia y de belleza insuperables. A ella vienen los primeros artistas del mundo, que alternan generalmente entre los teatros de Nueva York y Buenos Aires.

Las carreras en el hipódromo del Jockey Club son otro de los puntos distintivos de esta ciudad. El palacio del Jockey Club y el hipódromo de Palermo forman notas características de elegancia y de magnificencia no superadas en ninguna otra capital.

Es también digno de mención el palacio y la organización de los servicios del diario «La Prensa», que todos los viajeros visitan admirados. El primer periódico, «El Telégrafo», fué fundado en Buenos Aires en 1801. Damos el facsímile de su primera página.



Núm. 1.

TELEGRAFO MERCANTIL

RURAL POLITICO ECONOMICO, E HISTORIOGRAFO
del Rio de la Plata.
Miercoles 1. de Abril de 1801.

Admiranda tibi levium spectacula rerum.
In tenui labor: at tenuis non gloria; si quem Virg. Lib. 4.
Numina læva sinunt, auditque vocatus Apolo. Georg.

Spes etiam valida solatur compede vinctum. Tibul. Lib. 2.
crura sonant ferro, set canit inter opus. Elog 6.

Al inocente asido á la cadena,
la esperanza consuela, y acaricia.
Suena el hierro en los pies, y dale pena;
mas canta confiado en la Justicia.

EL patriotismo, principio el mas fecundo de grandiosos hechos y que, tal vez se convierte en pasion, recurre á todo genero de medios para alcanzar sus fines. No siempre se requieren sacrificios, ni heroycidades para manifestarlo; y quizá está menos expuesto á la sospecha de ostentacion, ó vanidad, quando son mas humildes sus efectos. Esta relevante prenda que, con alguna propiedad, puede llamarse virtud, es la que exige actualmente, la atencion en todas las Naciones, para reglar sus maximas á la constitucion que cada una de ellas tiene: y es tambien la que (qual devoradora llama que tocando en la *Tea*, arde mas quanto á soplos intentan apagarla) inflamando el pecho del *Editor* de este *Periódico* no cedió, ni pudo ceder á sus muchos Opositores.

No pudieron rendirme, no; pero los choques de una continuada Lid, amortiguaron mis fuerzas, desfallecieron mis brios, y aun quebrantaron mi salud en tanto modo, que (como suele decirse) fue fuerza embainar el acero, y descansar hasta hoy, para que los perdidos alientos tornasen á

Facsímile de la primera página de « El Telégrafo », primer periódico que se publicó en la ciudad de Buenos Aires, y el cual fué fundado en 1801.

Una de las cuestiones que ha contribuído más al desarrollo de la edificación de esta ciudad, cuya superficie es mayor que la de Londres, es la venta de propiedades por mensualidades. De esta suerte, los obreros se hacen propietarios pagando sus hogares con pequeños ahorros de su salario.

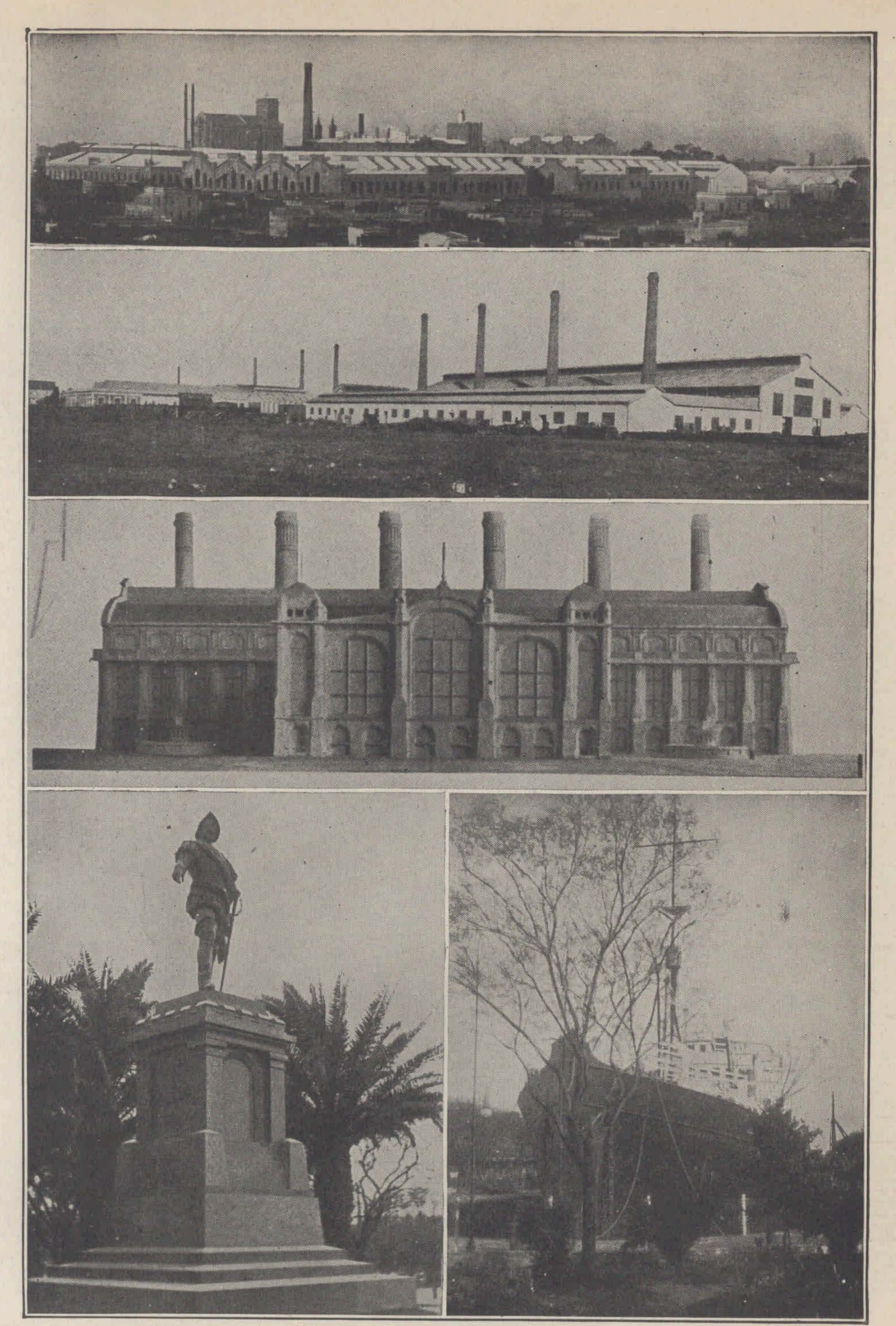
De cuatrocientos mil obreros (número en que se calcula los que trabajan en esta ciudad), por lo menos trescientos mil son propietarios, dentro de ella o en sus inmediaciones, en diez leguas a la redonda, por el sistema de pago por mensualidades.

Es este un seguro social y de orden público, pues ha impedido el desarrollo de los partidos anarquista y socialista, los cuales no tienen en la República sino una representación muy limitada. Dicha forma de venta es una institución moralizadora y creadora.

Los obreros gozan de un gran bienestar y de abundancia. Los salarios argentinos son tal vez los más altos del mundo, y aquéllos viven preocupados de la adquisición y desarrollo de sus propiedades. Éstas les permiten transformarse pronto en pequeños capitalistas y abandonar los talleres.

Si durante los pasados años han tomado parte en huelgas, fué simplemente por el temor a los exaltados que amenazaban su vida; pero el espíritu público de estos obreros propietarios, con hogar y con familias felices, es contrario a todas las agitaciones de huelga y a los partidos extremos.

La ciudad de Buenos Aires tiene el múltiple carácter de capital social, política, económica, manufacturera e internacional de la República Argentina y del Hemisferio Austral, y como un París del Nuevo Mundo, es ya el centro de atracción a donde convergen los americanos, de otros países, y levantan en ella suntuosas residencias.



1. Vista general de la cervecería « Quilmes », situada en las cercanías de Buenos Aires. 2. Las cristalerías Rigolleau. 3. Usina del Dock Sud, la más poderosa de Sud América: Compañía Trasatlántica Alemana de Electricidad. 4. Estatua de Juan de Garay, en la esquina de la calle de Rivadavia y el Paseo de Julio, inaugurada en Buenos Aires el 11 de Junio de 1915. 5. Gran Dique de Carena: El hermoso trasatlántico « Infanta Isabel de Borbón », en el dique seco, entre follaje y flores.

EL PUERTO DE BUENOS AIRES EN 1916.

DE DÓNDE PROCEDE EL AZÚCAR



En este grabado vemos las diversas fuentes de donde procede el azúcar. Un indio extrae el jugo de la palma datilera, que contiene dicha substancia. En el Canadá crece el árbol llamado arce, de cuya savia, hervida al fuego, también se saca azúcar. Junto a la caña vulgar de azúcar vemos otras clases de caña que también lo producen. Fuente riquísima de azúcar es además la remolacha, de cuya raíz y hojas se ven en el grabado algunos ejemplares.



Este grabado representa una extensísima plantación de remolachas destinadas a la fabricación del azúcar.

DE DÓNDE PROCEDE EL AZÚCAR

CASI podría afirmarse que un azucarero sería tema suficiente para desarrollar el de la historia de la civilización. Sin azúcar apenas sería posible la vida: tanta es su importancia, ya se le considere como alimento, ya como artículo de lujo; ello no obstante, no hace aún mucho tiempo que apenas se le veía en la casa del pobre. Cincuenta años atrás este producto era carísimo; pero en nuestros días, gracias al enorme desarrollo que ha adquirido la industria azucarera, una de las más importantes del mundo, el precio del azúcar ha bajado de una manera asombrosa, al paso que su producción ha alcanzado cifras nunca vistas.

Hállase el azúcar en la savia de muchos árboles y muy especialmente en la del arce de azúcar, en todas las frutas y en el néctar de millares de flores; mas, para proveer a las necesidades del comercio, se recurre a extraerlo de la caña de azúcar y de la remolacha.

Durante muchos siglos fué la caña el único producto del cual se extraía el azúcar. Causa asombro pensar que hubo un tiempo, en que todo el azúcar del mundo procedía de un solo sitio. Algo aventurado es afirmar que fué Bengala el primer punto en donde se cultivó la caña de azúcar; mas parece indudable que allí se descubrió el procedimiento de extraer el azúcar de la caña. Unos 800 años antes de Jesucristo copiaron los chinos el valioso método de los bengalíes, y luego, 1600 años más tarde, comenzaron los persas a cultivar la caña. Los médicos persas fueron los primeros que introdujeron el azúcar en la Medicina. Los árabes, al establecer colonias en las tierras bañadas por el Mediterráneo, cultivaron en ellas la caña de azúcar, y luego, poco a poco, se fué introduciendo su cultivo en Egipto.

Andando el tiempo, llegó la caña a otros países cálidos. Llevábansela los misioneros, y enseñaban a los naturales el arte de cultivarla; los viajeros la transportaban a las tierras exploradas, y así fué extendiéndose por las Antillas, por las soleadas tierras meridionales de los Estados Unidos, por las repúblicas del Sur y Centro de América y por otros puntos. El descubrimiento de la gran riqueza de azúcar contenida en la remolacha, disminuyó la importancia de la caña de azúcar. La remolacha se cultiva hoy en Europa en cantidades fabulosas. Rusia, Alemania, Austria, los Estados Unidos y España (principalmente en Aragón), extraen el azúcar de la remolacha, y en Irlanda hanse hecho ya varias tentativas para implantar esta industria.

¿CUANTAS CLASES DE AZÚCAR HAY?

Supongamos que se le preguntase al lector cuántas clases de azúcar hay. Seguramente contestaría que conoce el azúcar en terrones, el azúcar granulada y el azúcar en polvo. Tal vez haya visto otra variedad que se asemeja a la arena oscura y que se llama «azúcar turbinada», y sabe también del azúcar de arce y del candy. Estas respuestas son bastante acertadas, pero no completas, porque hay docenas de clases de azúcar. Lo primero es saber qué cosa es en sí el azúcar.

Los azúcares están hechos de carbón, hidrógeno y oxígeno combinados en diferentes proporciones y de distintas maneras. Se les encuentra en muchas cosas vivas, lo mismo vegetales que animales. Los melocotones, las uvas y las naranjas son dulces porque contienen azúcar, lo mismo que la miel y la leche. Las cebollas, las remolachas, los guisantes y otros vegetales también contienen azúcar, como muchos granos, parcialmente hechos de ella, y como ya dijimos antes, muchas flores también contienen azúcar, ansiosamente buscada por las abejas. No todas estas clases de azúcar son iguales, y a veces la misma fruta u otra sustancia, contiene varias clases diferentes, que no pueden ser empleadas con el mismo propósito.

Varios de estos azúcares son alimentos valiosos, pues el azúcar es un verdadero alimento, sin el cual no se puede ser fuerte y saludable. Si queremos pasarnos sin el azúcar, a menos que comamos muchas frutas que la contengan, pronto sentiremos intensas ganas de comer azúcar, en una forma u otra. Por supuesto que no debemos comer demasiada azúcar, de la misma manera que no debemos comer demasiado de cualquier otro alimento; pero la cantidad precisa es tan necesaria como el pan. El azúcar es un alimento productor de calor y energía, y ésta es una de las razones por que se le dá a los niños, los cuales gustan tanto de ella.

El azúcar que se obtiene de la leche se llama lactosa; la de las frutas, levulosa o fructosa; la de los granos, papas o cualquier otra sustancia que contenga féculas, glucosa. Del azúcar de arce hablamos en otro lugar de nuestro libro. El azúcar corriente que más conocemos es la sucrosa o sacarosa, obteniéndose principalmente de la caña y de la remolacha. Veámos cómo se hace.

COMO SE HACE AZÚCAR DE LA CAÑA

El azúcar de caña es la principal riqueza industrial de Cuba, que es a la vez la nación que en mayor cantidad la produce. También se produce en gran cantidad en la India y Java y en algunos estados de la Unión Americana, como Louisiana y Texas, las Islas Filipinas, Puerto Rico y Hawaii. Tiene un largo tallo formado por trozos unidos, bastante parecido al de la planta del maiz; alcanza de seis a veinte pies de altura y de una a dos pulgadas de diámetro; es perenne, o sea que las raices viven en la tierra y hacen crecer un nuevo tallo todos los años, cuando el antiguo es cortado, o madura y produce semillas. En los países fríos la caña no tiene tiempo para producir semillas antes de la llegada del invierno, inconveniente con el cual no se tropieza en los países cálidos.

Las cañas crecidas de raices viejas, no producen tanto azúcar en los años siguientes como en el primero, disminuyendo gradualmente con el tiempo. Como es difícil recoger la semilla, la costumbre es plantar tallos o pedazos de éstos en surcos. En cada una de las coyunturas o uniones de los trozos de la caña hay un brote o cogollo que fructifica si se le mantiene caliente y húmedo. Sembrando aquellas coyunturas, las cañas jóvenes crecen con rapidez. Sin embargo, parte de cada plantación tiene que ser renovada anualmente.

Cuando la caña está madura, se la corta muy cerca de la tierra, y el tallo es despojado de las hojas y del extremo superior. Las cañas son llevadas después al ingenio, donde amenudo se las divide en varios pedazos con el

objeto de que las pesadas piezas o trapiches entre las cuales son aplastadas puedan sacar más jugo. En algunos lugares donde los métodos para producir azúcar no son muy completos, la caña pasa por un solo trapiche, aunque lo corriente es que pase por varios. Al ser exprimida, la caña es rociada con agua, siendo el objeto de esto sacar más jugo, a pesar de lo cual siempre queda es más que un líquido grisáceo o verdoso, del que sólo una parte es azúcar, siendo lo demás impurezas que hay que eliminar, asi como mucha agua. Algunas de aquellas impurezas son sacadas mediante la despumación, pero otras son extraídas echando cal y otros productos químicos, que hacen que aquellas desciendan al fondo. A veces también se usa el azufre para blanquear el jugo.



Parte de un cañaveral cubano, donde se muestra la exuberancia de la caña de azúcar, cosechada en clima cálido.

no poco de éste. El peso del jugo dejado en la fibra es tan grande como el de la fibra misma, la que después de haber pasado por los trapiches recibe el nombre de bagazo, empleado como combustible para las máquinas de evaporar. Se han hecho muchos ensayos para transformar el bagazo en papel, pero no han dado resultados hasta ahora.

COMO EL DULCE JUGO DE LA CAÑA SE TRANSFORMA EN AZÚCAR

El jugo extraído de la caña está todavía muy lejos de ser azúcar. No

Cuando éste ha sido purificado, pasa a las evaporadoras, donde parte del agua es expulsada por el calor. En algunos ingenios esto se hace en grandes recipientes abiertos, pero en los mejores la evaporación se hace al vacío. Debido a que el jugo hierve a una temperatura más baja en un vacío parcial que al aire libre, el agua puede ser extraída en la forma de vapor, sin peligro de que el guarapo se queme. Cuando se ha efectuado la eliminación de cierta cantidad de agua, el guarapo, muy espeso, entra en otro recipiente

donde se evapora más agua y se forman los cristales de azúcar. Luego la masa es vaciada en las centrífugas, especies de tanques que giran con gran rapidez; la mayor parte del líquido que todavía queda, y el que se llama melaza, es expulsado por pequeños agujeros en los lados de las centrífugas.

El azúcar que se obtiene en esta forma no es aún el azúcar blanco vulgarmente conocido. Es un producto húmedo, pegajoso y algo oscuro. Parte se consume con el nombre de azúcar turbinado, pero la porción mayor es llevada a las refinerías, donde la funden, la someten a procedimientos químicos y, por último, la filtran. Este producto purificado se evapora de nuevo en las mismas refinerías, y el resultado de todo es el azúcar blanco que conocemos, en la forma de terrones, de granulado o de polvo fino. Algunas melazas son vendidas para hacer ciertos alimentos con ellas, y otras son nuevamente calentadas para sacar más azúcar; sus últimos residuos sirven de alimento para el ganado, que lo come ávidamente.

COMO SE HACE EL AZÚCAR DE REMOLACHA

Aunque la caña de azúcar sólo es cultivada en los países cálidos, su rival, la remolacha, puede ser producida en tierras mucho más al Norte. El hecho de que cierta clase de remolacha contiene grandes cantidades de azúcar, fué demostrado por un alemán, Andreas Sigismund Marggraf, en 1747, aunque durante mucho tiempo no se aprovechó el descubrimiento. Allá por 1800 uno de sus discípulos estableció una pequeña fábrica, produciéndose en ella algún azúcar de remolacha, mientras duraron las guerras napoleónicas. Cuando terminaron éstas, se siguió haciendo por muchos años, algún azúcar de aquella clase, y en el último medio siglo, la producción remolachera ha estado aumentando muy rápidamente.

Gracias a una cuidadosa selección y a los buenos cultivos, la remolacha ha sido muy mejorada. Hoy se cultiva de mayor tamaño, con más jugo, y éste con doble cantidad de azúcar a la que se obtenía hace cien años. La remolacha de azúcar procede de una semilla que tiene que ser sembrada todos los años. Cuando el fruto está maduro, se la saca de la tierra, se le cortan los extremos y se le lleva a la fábrica o ingenio. Aquí son lavados, cortados en lonchas pequeñas y finas, y éstas colocadas en grandes tanques, en los que se hace entrar agua caliente, la que disuelve el azúcar de las delgadas lonchas. El guarapo que se logra, y el que contiene aproximadamente la misma cantidad de azúcar que el del jugo de la caña, es extraído después, y la masa que resta exprimida para sacar todo el zumo que haya todavía en ella.

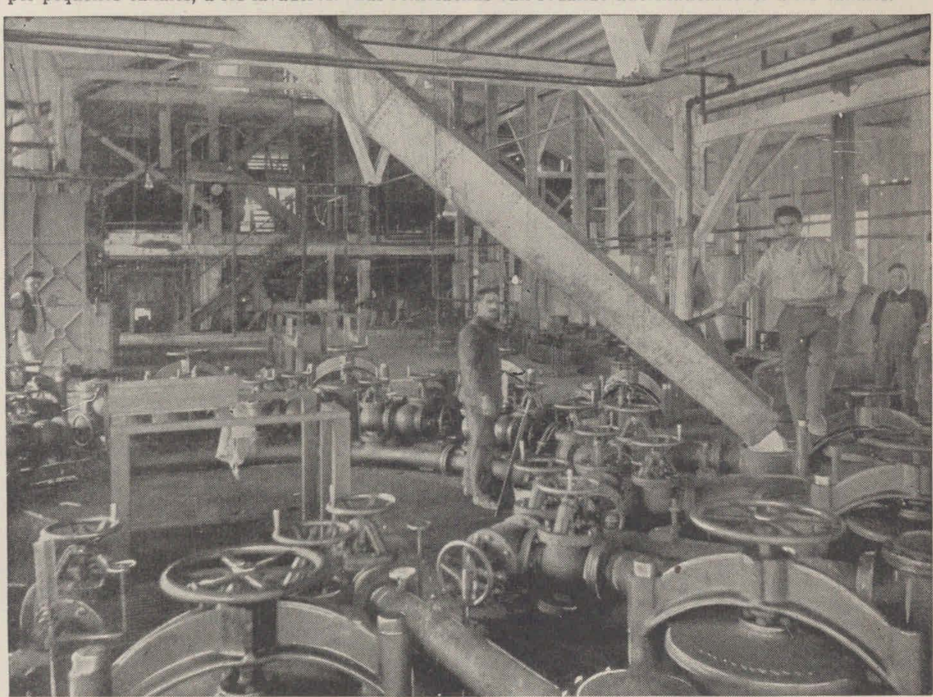
El guarapo obtenido, como el de la caña, está lleno de impurezas, aunque éstas no son las mismas que en el guarapo de aquélla. Se le filtra, se le purifica, se le blanquea, se le evapora y se le echa en las centrífugas, igual que el guarapo de caña. El azúcar turbinado de caña es bueno para comer, como es sabido, pero el de la remolacha nó, pues todavía contiene sustancias desagradables, y no se le puede usar hasta que no ha pasado por los distintos procesos de la refinería. De la misma manera, las melazas de la caña son buenas para alimentos, pero las de la remolacha no lo son; después de extraerse de ellas hasta el último resto posible de azúcar, sirven para muy poco.

Hemos visto que hacer azúcar no es cosa sencilla. Hay mucho camino que andar para llegar del jugo de la caña o de la remolacha, al azúcar que ponen en nuestra mesa, que a muchos países llega desde muy lejos. Los Estados Unidos producen azúcar de una y otra clase, pero tienen que importar del extranjero, principalmente de Cuba, muchos millones de libras, para equilibrar su consumo, pues son los americanos los mayores consumidores de azúcar del mundo. Cuba es el país que más azúcar de caña produce; y Alemania el de remolacha.

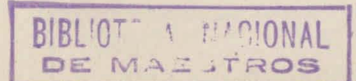
MILLONES DE REMOLACHAS EN UNA FÁBRICA DE AZÚCAR



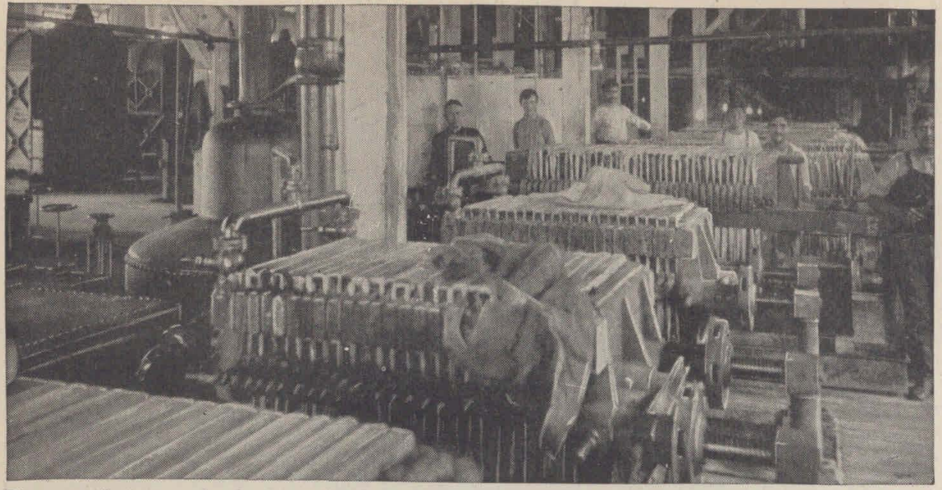
Cinco millones de toneladas de azúcar, aproximadamente, se extraen todos los años de la remolacha. Representa este grabado millones de remolachas almacenadas en los tinglados, para ser transportadas luego, por pequeños canales, a los lavaderos. Las remolachas van rodando automáticamente a los canales.



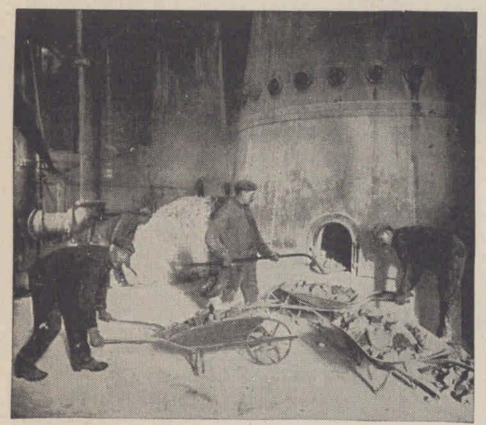
Después de lavadas las remolachas se transportan a una máquina que las va descortezando. Los pedazos son colocados en unos recipientes, como puede verse en el grabado; y ya en ellos, se les trata con agua caliente para extraer el azúcar. Los recipientes están dispuestos en círculo y unidos mediante unas tuberías, para que el agua que lava el azúcar pueda correr por todos ellos.



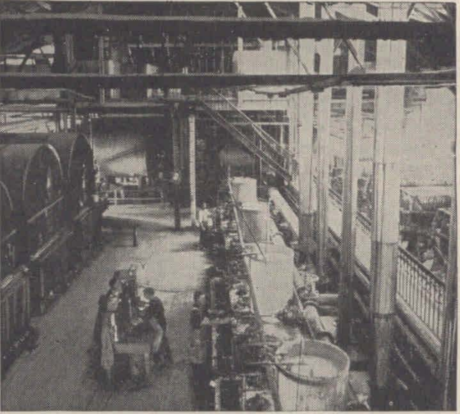
LA REMOLACHA CONVERTIDA EN AZÚCAR



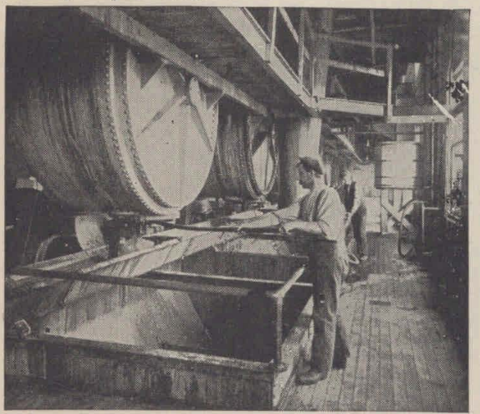
El agua caliente con el azúcar en solución, se llama jarabe de sacarina, el cual, purificado y enteramente claro, es tratado en prensas de filtro, como las que se ven en el grabado.



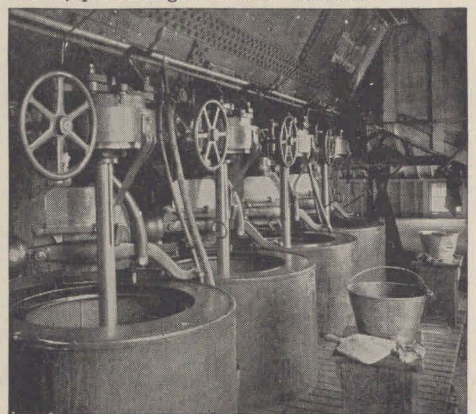
Por medio de la cal se clarifica el jugo de remolacha. En este grabado se ve la calera en la cual se quema la cal para purificarla.



De las prensas de filtro, el jarabe pasa a las tinas carbonadoras; en ellas se purifica con una solución de cal, que se carga con ácido carbónico.

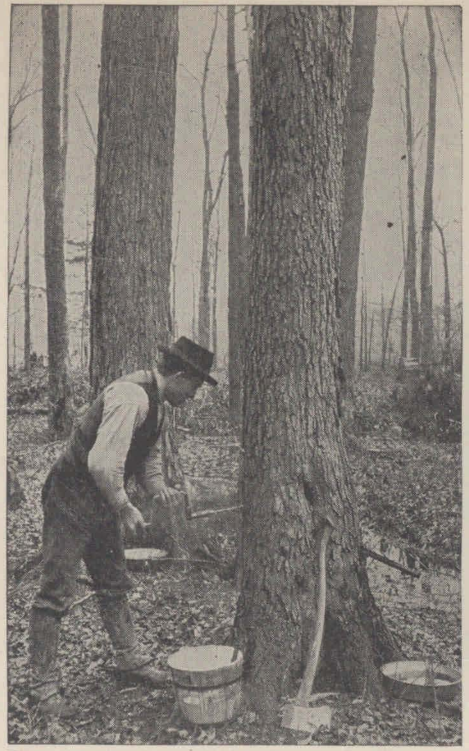


El jarabe se blanquea con azufre y se vuelve a tratar con la cal y el ácido carbónico. Después se concentra, calentándolo en grandes cristalizadores.

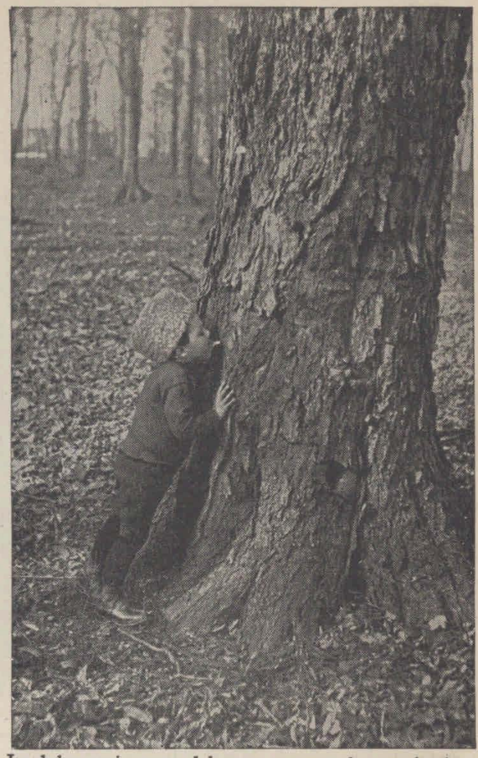


La mezcla del cristalizador se vierte en una máquina centrífuga. Ésta expulsa las melazas por un agujero, y retiene solamente los cristales de azúcar.

PROCEDIMIENTOS PARA OBTENER EL ZUMO DEL ARCE



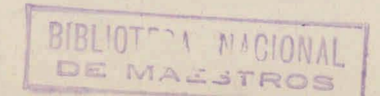
En algunas regiones de los Estados Unidos y del Canadá, la obtención del jarabe y del azúcar de la savia del arce forma una industria importantísima.



La dulce savia mana del arce; por esto los muchachos tienen gran afición a meter un tubito en el agujero previamente abierto y chupar el jarabe que sale del árbol.



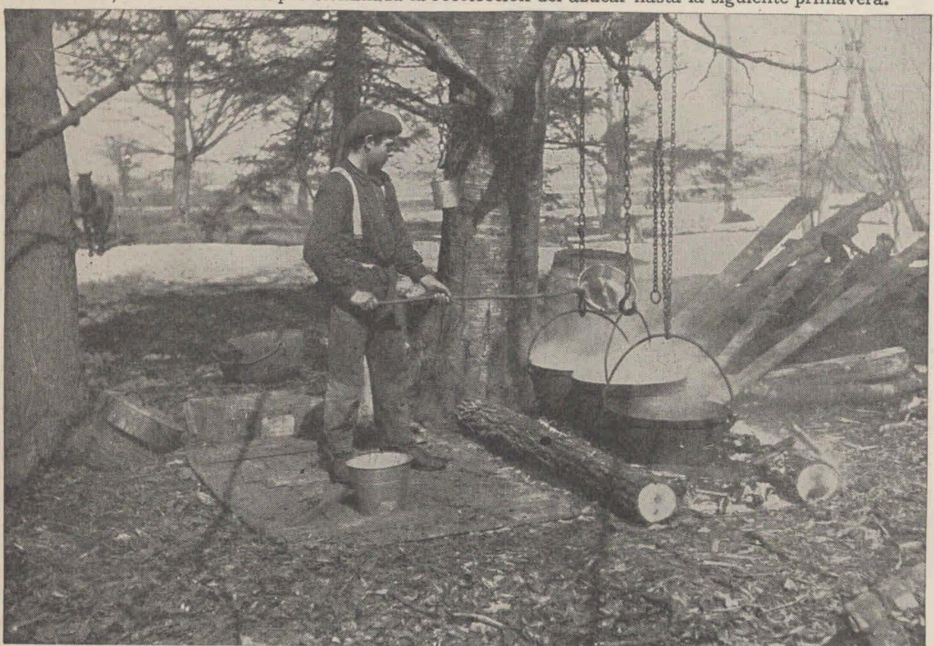
Se practican los agujeros en la época oportuna, es decir, cuando la savia asciende, hacia fines del invierno, y se colocan recipientes en los troncos para recoger el líquido. Un solo arce produce de tres a seis libras de azúcar en un año.



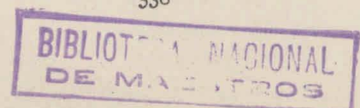
CÓMO SE FABRICA EL AZÚCAR DE ARCE



Espectáculo singular es el que ofrecen centenares de árboles de cuyos troncos cuelgan sendos cubos, y contemplar a los hombres que se detienen ante cada árbol a recoger la savia que ha caído en los recipientes. En cada árbol se practican de dos a cuatro agujeros; tan pronto como el árbol empieza a brotar, la savia cesa de fluir, con lo cual se da por terminada la recolección del azúcar hasta la siguiente primavera.



Para transformar la savia en azúcar, se emplea un procedimiento que, gracias a la falta de impurezas en el jugo, es sencillísimo. Hiérvese en calderas a fuego de leña, y en muchos casos al aire libre. Se quita la espuma a medida que ésta va formándose, y cuando el azúcar cristaliza, se deja enfriar. Aproximadamente, América produce al año 15,000 toneladas de azúcar de arce.



FABRICACIÓN DEL AZUCAR DE CAÑA



La caña de este nombre provee al comercio de grandes cantidades de azúcar.



La caña, ya cortada, es acarreada a los trapiches, en la forma que puede verse aquí.

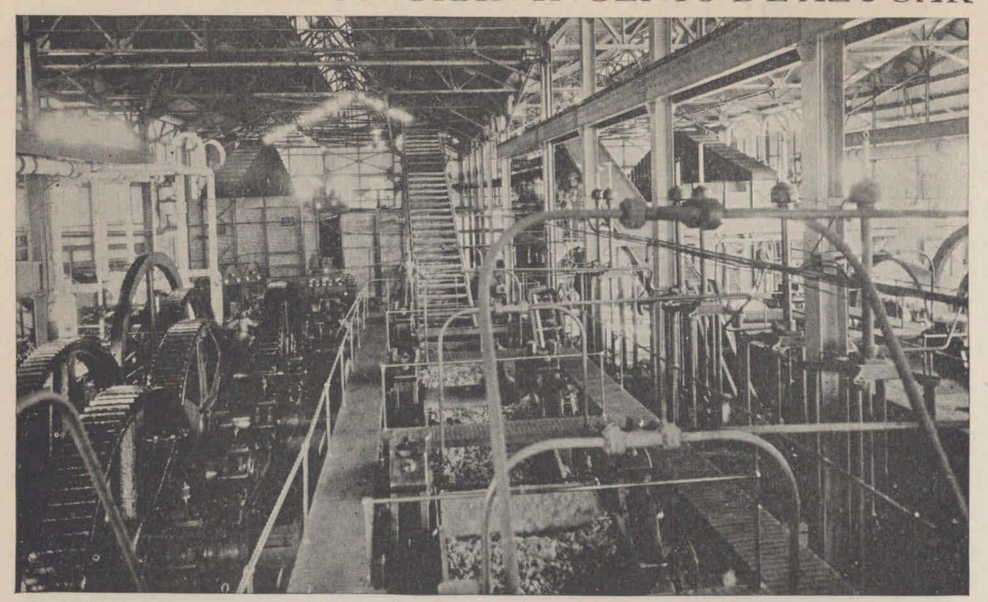


Este grabado muestra un mercado egipcio, en el cual se vende caña de azúcar recién cortada.



Representa este grabado el acto de pasar la caña por el trapiche.

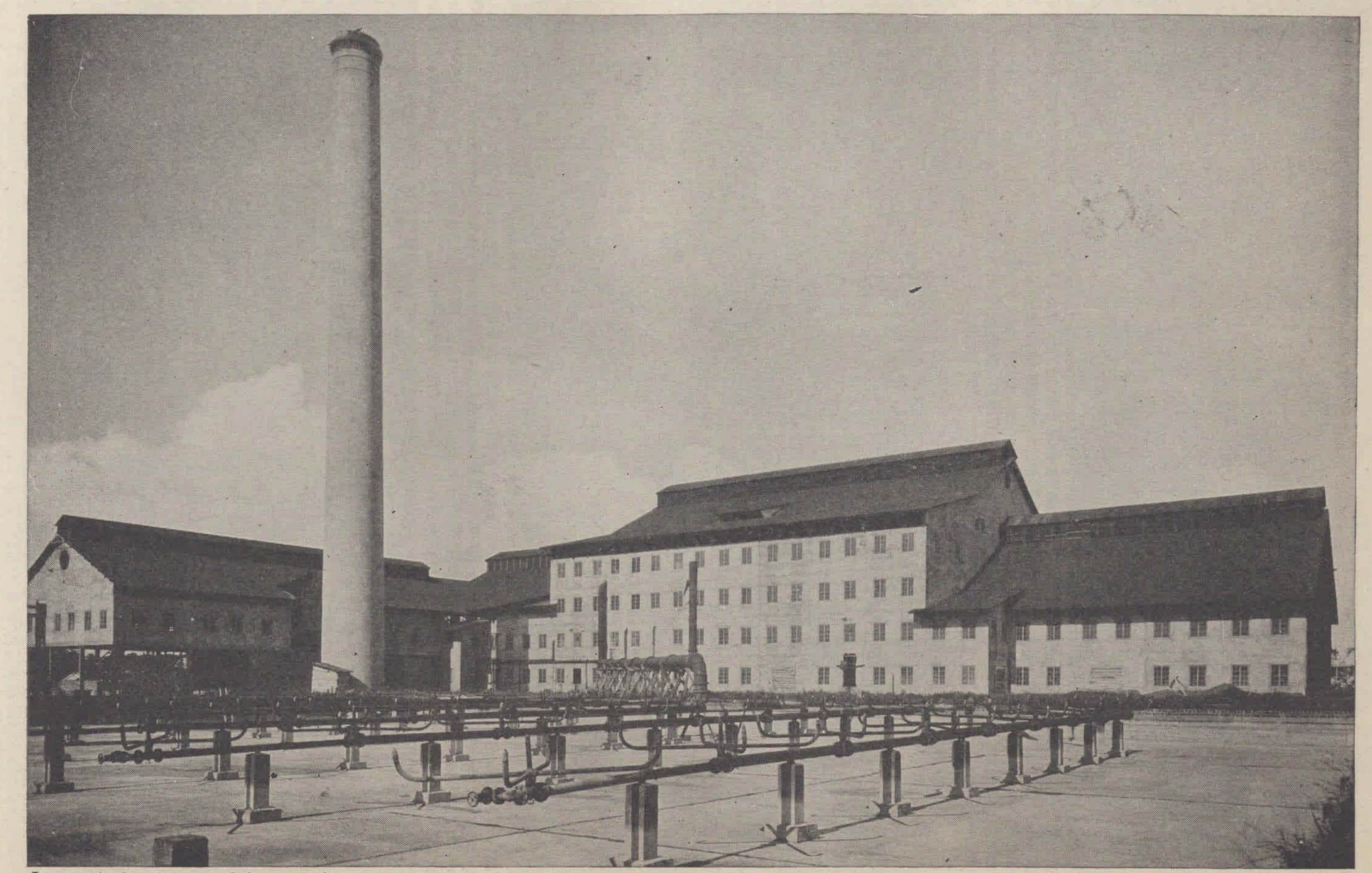
DOS VISTAS DE UN GRAN INGENIO DE AZUCAR



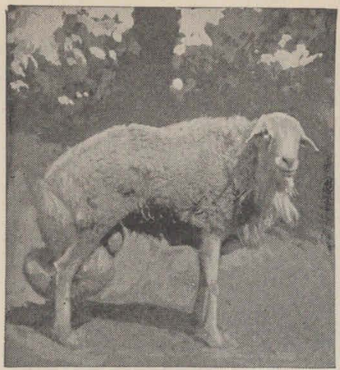
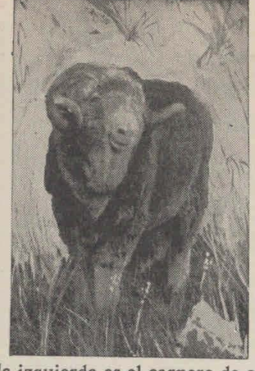
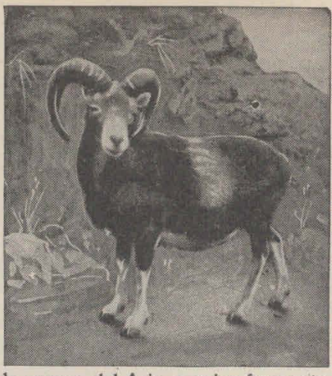
Hay varios grandes trapiches como el que aparece a la derecha del grabado. La caña es echada al primer juego de trapiches, que se vé hacia arriba, al fondo, y luego pasa al siguiente. Los trapiches no pueden extraer todo el jugo de la caña, por lo cual es rociada con agua al salir de un juego de aquellos y antes de entrar en el inmediato, el que extrae una mezcla de jugo y de agua, y así sucesivamente.

El azúcar ya elaborado es envasado mecánicamente en sacos, los cuales quedan dispuestos para su inmediato embarque al extranjero. Algunos de los grandes ingenios en Cuba, producen hasta más de 5,000 sacos al día, durante la molienda.

VISTA EXTERIOR DE UN INGENIO DE AZUCAR



Los grabados de una página anterior muestran los procedimientos para manipular la caña de azúcar en pequeñas plantaciones de las Antillas. Aquí aparece un gran ingenio de Cuba, en donde se encuentran los mayores del mundo. A este ingenio son llevadas diariamente centenares de toneladas de caña, unas en carretas y otras en vagones de ferrocarril.

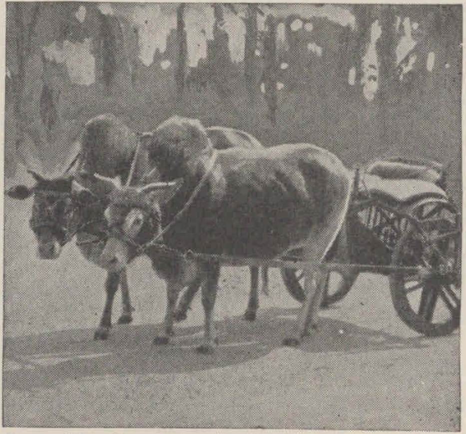
He aquí tres curiosos carneros. El de la izquierda es el carnero de cola gruesa, del Asia, a quien frecuentemente colocan sus poseedores una especie de trineo o carrito con ruedas detrás, para que no le arrastre la voluminosa cola. El de en medio es un carnero merino, cuya lana es espléndida, y el de la derecha un musmón de grandes cuernos. Los carneros salvajes pelean frecuentemente unos con otros, hasta matarse.



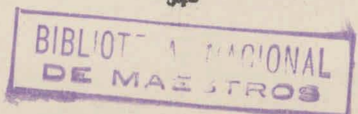
Hay en América unos veinte tipos distintos de ganado vacuno: unos de cuernos largos, otros de cuernos cortos, y otros, en fin, que carecen en absoluto de cuernos. Las vacas flamencas y holandesas, y las Jersey, son las que dan mejor leche. La mayoría de las vacas son tan mansas que se dejan ordeñar por los muchachos. Estos excelentes animales no sólo nos dan su leche y su carne, sino otros muchos artículos provechosos.



El buey almizclado vive en las regiones heladas del Norte de América. Lo cazan los esquimales.



Los cebúes tienen una joroba sobre el lomo. Sirven para arar y tirar de las carretas, como vemos aquí.



Los dos grandes reinos de la Naturaleza

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

LA mayor parte de los animales nos son útiles en un sentido o en otro, como no tardaremos en ver; pero algunos, en especial, nos prestan tan inestimables servicios, que difícilmente nos sería posible la vida sin ellos. La leche y la carne con que nos alimentamos, y la mayor parte de los vestidos con que nos cubrimos, nos los dan los animales; de suerte que es una gran verdad que éstos nos alimentan y visten. En este capítulo trataremos de las ovejas y vacas que pacen en las praderas, de los cerdos que se ceban en las zahurdas, de las cabras que triscan en los montes, de los ciervos que recorren las selvas y de los conejos que pululan en sus madrigueras. Algunos de estos animales nos son más útiles que otros; pero todos viven y trabajan en provecho del hombre, quien no puede prescindir de ellos sin sufrir graves perjuicios. No debemos jamás olvidar que estos animales fueron creados para nuestra comodidad y provecho, y que les está reservada en el mundo una importante misión.

ANIMALES QUE NOS VISTEN Y ALIMENTAN

EL BUEY — LA OVEJA — LA CABRA — EL CIERVO — EL ANTÍLOPE — EL CERDO — LA LIEBRE — EL CONEJO

EXISTEN muchas variedades de ganado vacuno, pero todas ellas tienen dispuestos los dientes de un modo semejante. En América hay unas veinte razas distintas; mas, aunque se distinguen unas de otras por el tamaño, porte y mayor o menor desenvolvimiento de sus cuernos, todas tienen los dientes iguales, y todas utilizan la lengua casi tanto como los dientes para cortar la yerba que engullen.

En algún tiempo todo el ganado vacuno era salvaje, existiendo en aquella época ejemplares gigantescos de tamaño muy superior a los que hoy quedan; pero pronto empezaron los hombres a domesticar las castas que no eran demasiado bravas, y hace muchos miles de años que estos animales son buenos amigos nuestros.

Aquellas especies que no fué posible domesticar, erraban por los bosques o habitaban en las montañas. Pero en semejante estado no podían vivir en lugares cercanos a los habitados por el hombre, pues éste necesitaba los pastos para sus reses domesticadas, de suerte que las salvajes, o bien hallaron la muerte a manos de aquél, o perecieron de hambre. Al presente han desaparecido los rebaños salvajes de ganado vacuno en toda Europa, conservándose sólo algunos por pura curiosidad en ciertos puntos de la Gran Bretaña. Lo propio ocurre en América, donde, sin embargo, existieron hasta fines del siglo pasado, principalmente en las pampas argentinas y en el Uruguay. Caracterizábanse los bueyes de estas regiones por sus cuernos lisos, cónicos, puntiagudos, encorvados hacia afuera y hacia adelante, por su pelo corto y de color rojo claro, generalmente, y por la gran agilidad de los machos.

Es tan grande la utilidad que el ganado vacuno presta al hombre, no sólo para las faenas agrícolas, sino también suministrándole carne, leche y pieles, que difícilmente podríamos pasarnos sin la mencionada clase de animales.

VIDA QUE HACEN Y UTILIDAD QUE REPORTAN LAS VACAS MANSAS

Empleamos la leche para mezclarla con el café y otras bebidas, y para hacer flanes, budines, natillas y muchos otros platos. Sin la leche no tendríamos mantequilla ni queso. Las vacas flamencas y holandesas, y las Jersey, son las que producen mejor leche. Una buena vaca flamenca puede dar diariamente veinte o veinticinco litros, y aun más. Se conocen casos de algunas de estas vacas que dieron treinta y seis litros por día, durante dos meses, y más de veinte diarios durante todo el año. La leche de la vaca Jersey se distingue especialmente por la gran cantidad de gordura que tiene, de la cual se hace excelente manteca.

La mayoría de las vacas son mansas, y se dejan ordeñar por los muchachos.

En algunos países, no salen al campo a pastar, sino que viven en establos especiales; pero en la mayor parte de los pueblos agricultores sólo duermen en éstos y pasan el día en el campo, paciendo. Cuando las vacas quieren que las ordeñen, lanzan un fuerte mugido, con el cual dan a entender a la persona que las guarda que es la hora de que las conduzcan a casa. El aparato digestivo de las vacas presenta la notable particularidad de poseer cuatro estómagos; y de la misma manera que el camello puede llevar en su interior agua para varios días, así también, de un modo semejante, puede llevar la vaca cierta cantidad de alimento.

MARAVILLAS DEL APARATO DIGESTIVO DE LA VACA

Si observamos a una vaca mientras pace, veremos que, después de comer todo lo que tiene gana, se echa. Si entonces nos fijamos en su cuello, veremos subir por su interior rápidamente, hasta llegar a su boca, una especie de bola redonda. Veamos lo que sucede. Mientras come, la vaca va engullendo la yerba, que va a parar al primer estómago, que no es, en realidad, sino un gran saco, donde los alimentos permanecen almacenados poco tiempo. Después, sin digerir todavía, pues la yerba no es de fácil digestión, pasa pronto al segundo estómago, cuyas paredes interiores se hallan cubiertas de una especie de pequeñas celdas, que le dan cierta semejanza con los panales donde depositan su miel las abejas. La yerba se va alojando dentro de estas celdas y convirtiéndose en muchas pelotillas, las cuales vuelven todas juntas a la boca del animal, cuando éste lo desea. Entonces la vaca mastica perfectamente su alimento, después de lo cual vuelve otra vez a tragárselo. La operación que acabamos de describir se denomina rumiar. Esta vez el alimento baja a un tercer estómago, formado por numerosas membranas musculares, el cual lo prepara para el cuarto, donde la digestión se completa y termina.

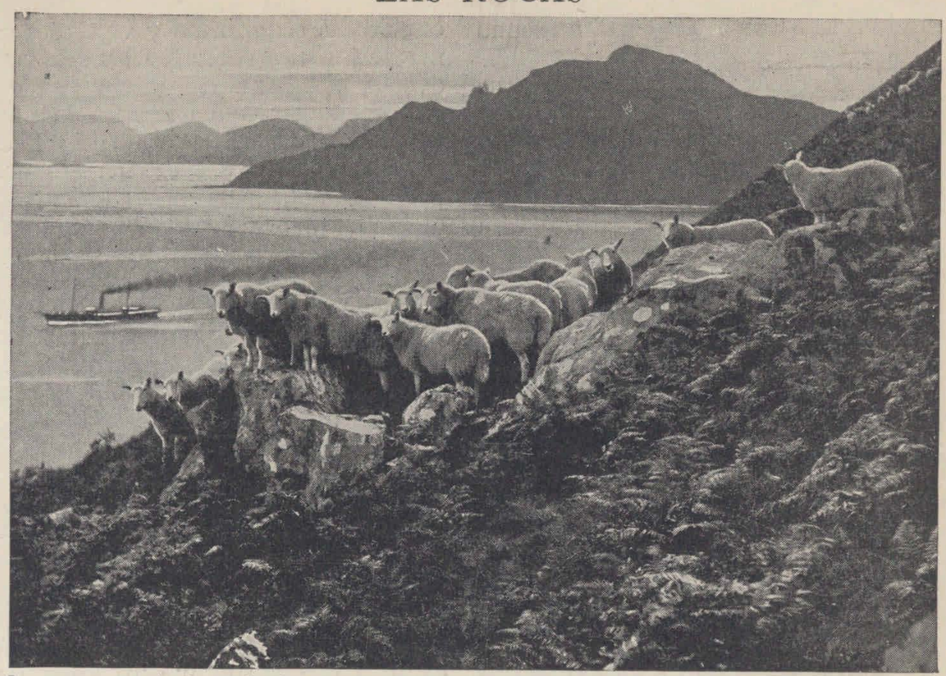
Cuando estos animales eran salvajes, tenían numerosos enemigos. Veíanse perseguidos por el hombre y por muchas fieras; de suerte que, con frecuencia, tenían que engullir su alimento a la carrera y escapar de pronto, recorriendo en ocasiones muchas leguas antes de hallar ocasión de digerirlo. A no ser por el proceso de la rumia, su alimento no les hubiera comunicado vigor, porque el alimento que no ha sido digerido no sirve para nada. De suerte que la Naturaleza dotó al ganado vacuno de cuatro estómagos, no por mero capricho, sino para que pudiesen defenderse de sus enemigos.

De la piel de la vaca y sus congéneres se saca el cuero, que sirve para hacer calzado, atalajes, ciertas partes de los muebles, y otras muchas cosas. Su carne constituye uno de los alimentos más nutritivos del hombre; y en la Argentina es uno de los grandes artículos de exportación, que se efectúa en frío, en tasajo y en vivo.

NUMEROSOS USOS A QUE SE DESTINA EL GANADO VACUNO

No se crea que con esto quedan enumerados todos los usos a que esta clase de ganado se destina. De su pelo se fabrican cepillos, y si es rizado, colchones. De sus huesos se hacen mangos para cuchillos y otros instrumentos, piezas de ajedrez, ornamentos de todas clases, y botones. De ciertas partes de sus cuerpos se saca sebo, y cola; de otras, gelatina para jaleas; y otras, por fin, se emplean como medicinas y para alimento de las aves de corral. Hasta aquellos huesos que parece que no tienen ninguna aplicación práctica, son aprovechados, y poseen su valor, pues se les muele y se esparce el polvo que producen sobre las tierras, a las que sirve de abono, acrecentando su feracidad, y haciendo, por ejemplo, que las fresas aumenten de volumen y dulzura y adquieran su bello color rojo, y que los tomates se hinchen y maduren. Por último, y esto es lo más extraño de todo, algunas de sus partes, tratadas por ciertos agentes químicos, producen venenos mortales. que, a pesar de sus cualidades tóxicas cuando se ingieren, prestan a los fabricantes servicios valiosos.

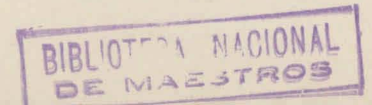
OVEJAS Y CABRAS, ANIMALES QUE VIVEN SOBRE LAS ROCAS



Se supone que todas las ovejas fueron en un principio de gran tamaño, como las que hoy habitan las montañas; pero que las que viven en el llano han cambiado paulatinamente de tamaño y de forma, y hasta la naturaleza de su lana, a consecuencia de haber sido guardadas, alimentadas y amansadas por el hombre. Pero, a semejanza de sus salvajes progenitores, las ovejas gustan siempre de trepar por las rocas y colinas.



Suerte es para la cabra la facilidad que posee de trepar a ciertas rocas donde no puede llegar ningún otro animal, pues tiene numerosos enemigos. Aunque puede mantenerse con muy escaso alimento, cuando ve ante sí pasto abundante devora cuanto encuentra.



En muchos países el ganado vacuno tira de los arados y carretas.

En la Argentina, antiguamente, se viajaba y se traficaba en *carretas tucumanas*, que, con su andar de tortuga, tardaban meses de penosa y aburrida travesía para ir de Buenos Aires a los puntos apartados, del interior de la República. Actualmente se emplean los bueyes en el arrastre de *chatas* y carros para el transporte del pasto y otras cosas, en las estancias. Los bueyes, uncidos, son manejados por medio de una vara larga, llamada *picana*, cuya extremidad lleva un trozo de hierro.

En la India, los cañones, en las marchas, son también arrastrados por bueyes. En todas las regiones de este vasto territorio son estos animales los que aran y tiran de los carros. Los bueyes de la India, o cebúes, tienen una joroba en la espalda, y muchos millones de indios creen que los bueyes son animales sagrados y los adornan con costosos ornamentos, como en otros países acostumbran las mujeres a engalanar a sus perros.

EL BUEY ALMIZCLADO, QUE HABITA LAS REGIONES SEPTENTRIONALES DE AMÉRICA

El más curioso de todos los bueyes es el almizclado, que habita las heladas regiones de la América septentrional. Tiene unos cuernos muy anchos, pelo largo, de color castaño oscuro, y se alimenta principalmente de líquenes, pues tan sólo en la mitad del verano halla hierba. Viven en pequeños rebaños y, cuando se ven amenazados por los osos o los lobos, forman un compacto grupo, quedando en su parte exterior los machos, con los cuernos hacia afuera, y en el centro las hembras y las crías. Suelen correrse hacia las islas más septentrionales del Océano Ártico, donde los esquimales los cazan. En tiempos muy remotos, en una época en que el clima era muy frío, habitaban los bueyes almizclados las regiones correspondientes a Europa y los Estados Unidos.

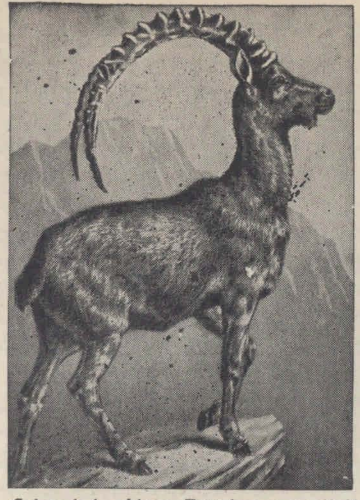
El que haya visto a un corderito pequeño, sabe cuán lindos y pacíficos son estos animales; pero cuando crecen y se convierten en grandes y vigorosos carneros, y se les suelta en un rebaño de ovejas, pierden su timidez y se tornan pendencieros. No existe un animal más aficionado a la lucha que el carnero. Acomete y topa a cualquier hombre o perro extraño; combate con ardor contra el lobo que intenta atacar a sus compañeros, y hay algunos tan vigorosos, y embisten a sus enemigos con tal ímpetu, que son capaces de derribar a un novillo con sus fuertes y poderosas cabezas. Cuando están en estado salvaje luchan unos con otros con tan extremada fiereza, que a veces se rompen los cuernos.

LOS CUERNOS DE ALGUNAS ESPECIES DE CARNEROS SON TAN ENORMES, QUE SIRVEN DE ESCONDRIJO A LAS ZORRAS

Los cuernos del gran carnero de las montañas, conocido con el nombre de argalí, son tan voluminosos, que cuando alguno de ellos pierde uno y se lo encuentra una zorra, u otro animal pequeño, lo utiliza para propia vivienda. Mide el argalí 1,40 metros de alzada. El musmón es otro carnero gigante; y en los picos más elevados de las Montañas Rocosas de la América del Norte, existe otro carnero salvaje, que constituye una de las cazas favoritas del país.

Se supone que todo el ganado lanar fué, primitivamente, del tamaño gigantesco de éstos, y que los contemporáneos han mudado gradualmente de tamaño y de forma, y hasta la naturaleza de su lana, a causa de haber sido domesticados, criados y conservados por el hombre bajo su protección y custodia, por espacio de tanto tiempo. Probablemente, el carnero fué, después del perro, el primer animal domesticado por el hombre; y el arte de hilar su lana, para tejer vestidos, debe contarse entre las primeras cosas que aprendieron nuestros progenitores.

Las cabras y ovejas pertenecieron a una misma familia en tiempos remotísimos; pero en la actualidad la diferencia entre ellas es muy grande, como vemos. La cabra se halla cubierta de pelo, en vez de lana; pero téngase presente que,



Cabra de los Alpes. Este hermoso y ágil animal vive en las alturas, que sólo abandona obligado por el hambre o por el frío.



El wapiti, gran ciervo de la América septentrional, es quizás el más hermoso de los cérvidos. Cuando se le ataca, acomete dando terribles cornadas. Los wapitis han disminuído mucho en número, por la caza que de ellos se hace.

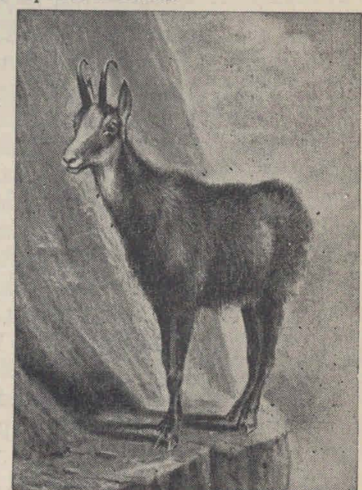




Dos antílopes: el de la izquierda mide unos veintitantos centímetros de altura, mientras el de la derecha es tan grande como un buey. Ambos son muy veloces, y pertenecen a especies africanas.



El ciervo común, que vive en Europa y Asia, prefiere los terrenos escabrosos y, sobre todo, los bosques de espeso follaje. Sus cuernos están poblados de varios pitones, llamados *hitas* o *candiles*.



La gamuza habita en las rocas más escarpadas de los Alpes y los Pirineos, y es célebre por la osadía de sus saltos.



aun hoy, si se deja a las ovejas vivir libres y salvajes, pierden su fina y larga lana, en reemplazo de la cual crían pelo. En ciertos lugares, donde las ovejas vagan en libertad por las montañas mucho tiempo, tienen una capa de pelo durante el invierno. Cierto que su apariencia es lanosa, pero, en realidad, es pelo, encontrándose debajo de él la verdadera lana, de la misma manera que nosotros usamos la ropa de abrigo debajo del traje exterior.

Existen numerosas clases de ovejas. Las salvajes tienen todas cuernos, pero muchas de las especies domesticadas carecen de ellos. La lana de algunas es muy larga, pero la de otras es, por el contrario, corta, fina y rizada. La especie de lana más larga es la merina.

EL MERINO ESPAÑOL Y SU ADMIRABLE VELLÓN

El carnero merino es originario de España. Allí, el ovino sirio, que tanto renombre dió en la época precristiana a Tiro y Mileto, importado tal vez del sur de Italia o del noroeste de África, seleccionado metódicamente por todos los conquistadores sucesivos de Iberia, fenicios, cartagineses, romanos y árabes, excepto los godos, en el curso de siglos, se desarrolló y perfeccionó en el sentido de la mayor fineza de lanas, adquiriendo los caracteres tan peculiares que singularizan al merino y lo hacen tan apreciable.

España, durante la Edad Media y gran parte de la Moderna, proveyó de lana fina a la Europa culta de aquel entonces. Ya los romanos preferían a todas las otras, las lanas españolas, más finas, y natural y diversamente coloreadas. En el maravilloso florecimiento industrial que ocasionó en España el dominio inteligente, activo y emprendedor de los árabes, los telares españoles cobraron nombradía universal, tanta, que los ingleses, para librarse de la ruinosa competencia, dictaron a favor de las suyas medidas severísimas de protección, en contra de las lanas y tejidos españoles.

La expulsión de los árabes, cuya inmediata consecuencia fué el decaimiento de la industria, y, más tarde, la derogación de los privilegios onerosos acordados a los criadores, detuvieron en España el mejoramiento de la raza merina en el punto en que hoy día se encuentra aún, y del cual apenas empieza a salir.

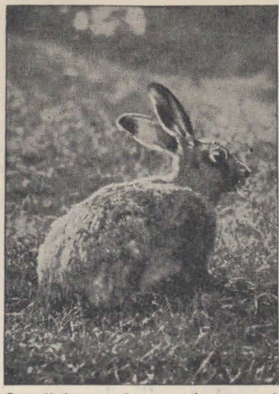
En España, los ovinos en general, según el método de crianza, se dividían y dividen en estacionarios y trashumantes. Los primeros permanecen en un mismo lugar, sea en granjas, sea en campos naturales libres y ricos en pastos; son los menos, y comprenden pocos merinos puros. Los segundos, los trashumantes, son trasladados periódicamente de una región a otra, distantes entre sí, a fin de procurarles en lo posible uniformidad de alimentación y de clima en las distintas estaciones del año: ascienden en Abril y Mayo (primavera europea) a parajes altos, a las mesetas y montañas del norte de España; al promediar el otoño, en Octubre, bajan para ir a invernar en las planicies templadas meridionales; son los más, y comprenden la casi totalidad de los merinos puros.

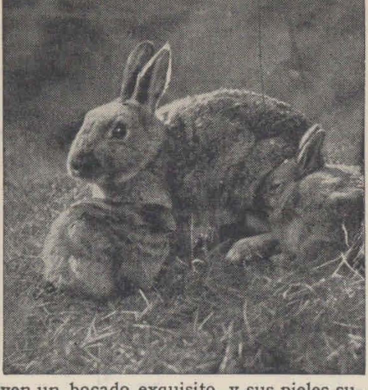
Cuando sobrevino la decadencia, los merinos fueron llevados de España a otros países de Europa, en donde, gracias a los mejores cuidados y a la esmerada selección, alcanzaron la perfección de que gozan en la actualidad, haciéndose, además de excelentes productores de lana, buenos animales de carnicería.

EL MERINO ALEMÁN Y EL FRANCÉS DESCIENDEN DEL ESPAÑOL

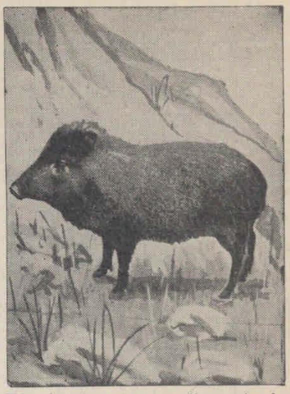
A fines del siglo XVII, reinando Luis XIV, fueron introducidos los merinos por primera vez en Francia; pero hasta mediados del siglo siguiente no se metodizó la importación. Los estudios sobre lanas, hechos por Dauventon, sabio naturalista, que proclamó como las mejores las españolas, decidieron al gobierno francés a favorecer la cría del merino, y su cruza con los ovinos naturales del país, y, un poco más tarde, a crear la cabaña nacional de Rambouillet, nombre que llevan los más espléndidos merinos franceses. El gobierno del Imperio fundó, entre otras, la cabaña nacional de Perpiñán, aún subsistente, que da los conocidos merinos de tipo algo diferente al anterior.

LA LIEBRE, EL CONEJO Y ALGUNOS CERDOS





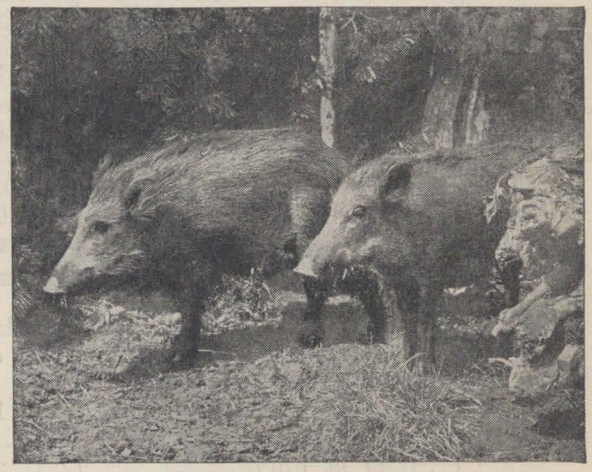
Las liebres y los conejos constituyen un bocado exquisito, y sus pieles suministran un abrigo excelente. El animal de la izquierda es una liebre.



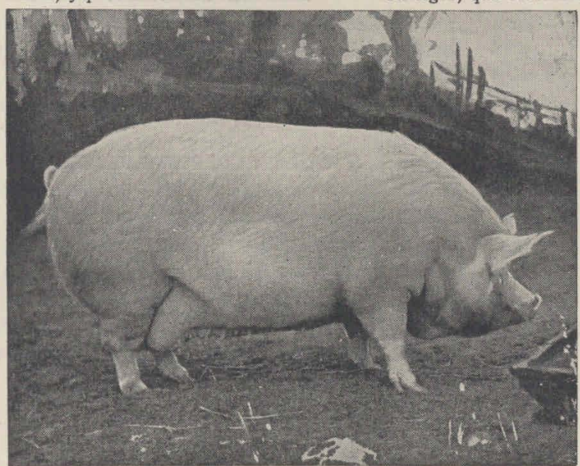
El pécari es un cerdito salvaje de América, muy inteligente.



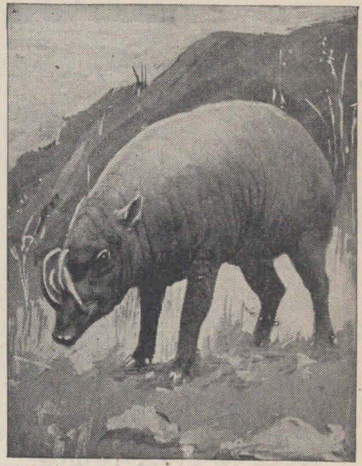
El facoquero es un animal salvaje, extraordinariamente feo, con grandes colmillos, y protuberancias en la cara.



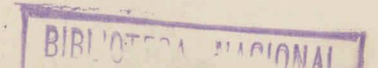
El jabalí se halla provisto de colmillos afilados como puñales; ataca al hombre y al caballo, y hasta al león o al tigre, y es tanto su vigor, que obtiene con frecuencia la victoria.



La carne de cerdo se sala, para convertirla en tocino y jamón; con su grasa se hace manteca; su piel, curtida, se emplea en la construcción de sillas de montar, y con sus cerdas se fabrican cepillos y otros objetos. El cerdo es uno de los animales más útiles.



El más curioso de todos los cerdos montaraces es el babirusa, cuyos colmillos se desarrollan en forma circular, hincándosele con frecuencia en la frente.



Contemporáneamente a las primeras importaciones en Francia, el Elector de Sajonia introdujo en Alemania los merinos españoles. A partir de entonces, sucediéronse allí las importaciones, sea directas de España, o sea indirectas, de Francia; y la cría y selección pasó por tres períodos distintos, caracterizados por el predominio de un tipo u otro. Durante el primero, los criadores se dedicaron a obtener la lana más fina posible, y predominó el tipo *electoral*, de origen español directo; en el segundo, se buscó la cantidad de lana, y se deseó buena carne: el tipo *negretti*, español también, tuvo la preferencia; en el tercero, desde 1863 hasta nuestros días, se quiso buena lana y buena carne: el Rambouillet francés suplantó a los anteriores.

DE DÓNDE PROCEDE LA OVEJA PAMPA DE LA AMÉRICA DEL SUR

En América, antes de su descubrimiento por Colón, no existían ovejas. A principios del siglo XVI las introdujeron los conquistadores españoles: importaron merinos puros en el Perú y Méjico.

Llevadas desde el Cuzco por la expedición de Chaves, Rutia y Rui García, llegó al Río de la Plata, en 1550, la primera majada que por aquí se vió. Catorce años después, el adelantado Ortiz de Zárate estipuló la importación de 4000 cabezas de merinos españoles, estipulación que cumplió un poco más tarde su yerno, Torres de Vera y Aragón. Estas primeras majadas, abandonadas a sí mismas, libres en las inmensas y desiertas pampas argentinas, se propagaron extraordinariamente, y degeneraron. De ellas proceden los millones de ovejas *pampas*, animales de cuerpo delgado, miembros largos y enjutos, lana corta, lacia y liviana, que por espacio de casi dos siglos constituyeron una riqueza que, no explotada, se fué acrecentando cada día más, poblando toda la República.

En 1794, un hombre ilustre, Manuel José de Labardén, y en 1813 y 1824 otros criadores, reintrodujeron en el Plata merinos puros, con el objeto de mejorar por cruza la oveja pampa; pero, desgraciadamente, las pestes malograron sus esfuerzos.

Las importaciones de merinos reiniciáronse por el impulso generoso y eficaz del primer presidente argentino, Bernardino Rivadavia. Desde entonces, la selección de los merinos puros pasó por idénticas épocas que en Alemania, país del cual, por lo común, se trajeron los planteles de las cabañas, hasta llegar a formar en la actualidad un tipo que puede decirse propio de la Argentina, bien concluído como productor de lana y animal de carnicería. La cruza del merino con ovejas pampas ha dado y da resultados excelentes. Todo esto no justifica, por cierto, el descuido con que se está considerando ahora al merino, para sustituirlo por otras razas.

Conjuntamente con el merino, o algo más tarde, se importó el Lincoln inglés, raza distinta, que se ha seleccionado y criado con muy buen criterio, y que ha cundido extraordinariamente en la Argentina, donde también se le cruza con las ovejas pampas.

EL MEJOR MERINO DEL MUNDO

La lana y la carne de los enormes rebaños de ovejas que en sus dilatados y feraces campos se crían con facilidad, son dos de las fuentes de riqueza en la Argentina. Millones se exportan anualmente. La lana va a los países industriales; allí es lavada y con ella se hilan paños y tejidos de calidad superior. La carne va a Europa, de preferencia a Inglaterra, en cámaras frías especiales, de los vapores, donde, congelada, se mantiene en perfecto estado durante todo el viaje.

En Australia, que, como la Argentina, posee muchos millones de ovejas, se ha alcanzado el mayor grado de perfección en la cría del merino. Allí la sagacidad y la constancia de los criadores, han obtenido merinos que rinden veinticinco y treinta kilos de lana por esquila, mientras que en la Argentina el máximo es de diez a doce kilos.

UN CARNERO QUE NECESITA UN VEHÍCULO PARA QUE LE LLEVE LA COLA

El más estrambótico de todos los carneros del mundo es el llamado de la cola gruesa, la cual pesa tanto como un

niño pequeño. Hay ejemplares cuya cola pesa 25 ó 30 kilos.

Estos carneros viven en Asia, en Berbería y en el Cabo de Buena Esperanza, y sus dueños asignan tal valor a las colas de los mismos, que no permiten que los carneros corran el riesgo de manchárselas. Para evitarlo, construyen pequeños trineos, y hasta cochecitos con ruedas, y se los amarran a los carneros debajo de la cola, a fin de que descanse ésta sobre ellos y no se la estropeen al andar. La carne de estas colas está llena de gordura y suele ser muy estimada en los expresados países.

Los carneros existentes en Inglaterra son muchos y de muy diversas especies; sin embargo, los más importantes son los de cara negra, que habitan en las montañas. A pesar de ser muy sobrio en su alimentación, pues sólo come la pésima yerba que crece sobre las escabrosas montañas, posee una lana tan buena como su carne.

Los carneros criados en las montañas tienen gran habilidad para trepar por los más inaccesibles riscos.

Las personas que se aventuran a caminar entre los montes donde ellos pacen, deben tomar precauciones, pues, con frecuencia, remueven al brincar piedras de considerable tamaño, que pueden originar en su caída irreparables catástrofes. En cierta ocasión, unos alpinistas que trepaban por una montaña sintieron una verdadera lluvia de piedras que rodaban por una ladera, al par que un extraño ruido, como de arrastrar pies, y cuando subieron más alto vieron que los causantes de aquello eran unos lindos corderitos que jugaban entre las grandes rocas. A pesar de abundar en aquellos parajes la yerba, sólo pensaban en brincar de roca en roca, y en jugar como chiquillos en horas de recreo.

LAS CUERDAS DE LOS VIOLINES PROCEDEN DE LOS CARNEROS

Además de la lana, obtenemos del carnero cueros muy apreciados, que sirven para hacer guantes y forrar las pastas de los libros. Las cuerdas de violín, que producen los sonidos más dulces del mundo, se fabrican con intestinos de carnero. La mayor parte de los carneros que existen hoy día en América, son oriundos de los carneros ingleses del país de Gales y de las lomas del Sur de Inglaterra, así como también de los merinos de España. Pero la Argentina ha mejorado notablemente sus razas, y sus rebaños de ganado lanar ascienden a la considerable cifra de 82 millones de cabezas.

Suerte grande es para la cabra la facilidad que posee de trepar a ciertas rocas adonde no puede llegar ningún otro animal, porque tienen numerosos enemigos. Un hombre ilustre dijo en cierta ocasión que a la cabra la creó Satanás. Claro es que esta expresión no pasa de ser una humorada, pues la cabra desciende del mismo tronco que la oveja, o mejor dicho, pertenece a la misma subfamilia de los ovinos; pero, a no dudarlo, es uno de los animales más malignos y dañinos que existen. Aunque puede mantenerse con muy escaso alimento, cuando ve ante sí abundancia, todo lo devora. Destruye los arbustos y cuantas plantas encuentra, incluso las cepas de la vid; de suerte que un rebaño puede, en poco tiempo, dar fin de un plantío cualquiera, o de una viña. En la antigüedad solían los gentiles sacrificar cabras al dios del vino. Esto no obstante, cuando se porta bien, es un animal muy productivo, y en la Argentina constituye uno de los ramos importantes de su gran riqueza pecuaria.

UNA CABRA DE GRAN TAMAÑO, QUE VIVE EN LAS MONTAÑAS DE ITALIA

La mejor de todas las cabras es el íbice alpino o cabra de los Alpes, que vive en las grandes montañas de Italia. Posee grandísimos cuernos, y si no logra escapar cuando se ve atacada, precipítase con denuedo sobre su enemigo y, si puede, lo despeña por el precipicio más próximo. No hay lugar, por escarpado que sea, por donde no pueda trepar; salta de risco en risco con maravillosa seguridad y destreza; pero los hombres se dedicaron a cazarla con armas de fuego, con tan insistente perseverancia, que a estas horas se habría extinguido la especie, si la ley protectora, dictada

a instancias del rey de Italia, no hubiera puesto freno a tan desatinada persecución. Las cabras de Cachemira y Angora tienen un bello pelaje lanoso, del que se fabrican chales y otras prendas de vestir.

Las cabras domesticadas suministran una leche magnífica. Se les puede también amaestrar, y ejecutan entonces trabajos muy difíciles.

EL RENO, EL ALCE Y OTRAS CLASES DE CIERVOS DE LOS PAÍSES SEPTENTRIONALES

En las apartadas regiones boreales vive el reno, a quien los lapones y siberianos enseñan a tirar de los trineos, y cuya leche aprovechan como nosotros la de las vacas. Este mismo animal abunda en el Canadá, pero aquí se le conoce con el nombre de caribú. Otro gran ciervo de las regiones septentrionales es el denominado mosa, que también recibe el nombre de alce. En la América del Norte existe también una especie de alce, cuyos cuernos son redondos, no aplastados como los de los verdaderos alces, y se asemeja más bien al ciervo rojo de Europa y Asia, siendo su verdadero nombre *wapiti*. Antiguamente hallábasele en todo el país situado al Oeste de los montes Alleghanys, pero en la actualidad solamente habita en las regiones septentrionales de las Montañas Rocosas.

El mosa es el ciervo de las selvas canadienses, y está dotado de un par de astas enormes, tan anchas como las del wapiti, pero que se aplanan hacia sus extremidades, en forma de palas, con las cuales este animal remueve y palea frecuentemente la nieve durante el invierno.

Cuando se ve perseguido, huye con velocidad a través de los bosques, y para evitar que los cuernos se le enreden en las ramas de los árboles, eleva el hocico, con lo que le quedan aquéllos adosados a lo largo del lomo. Es un nadador excelente, y, a semejanza del cocodrilo, gusta de permanecer sumergido en las charcas, en los días de calor, sin conservar fuera del agua más que la extremidad de la nariz.

En la América del Norte es muy común el pequeño ciervo rojizo oriental, que vive en libertad en todos los Estados de la Unión. En las regiones occidentales es conocido con el nombre de ciervo de cola blanca, para diferenciarlo de otro más corpulento, llamado ciervo de cola negra.

ANTÍLOPES TAN PEQUEÑOS COMO UN PERRO, Y OTROS TAN ALTOS COMO UN HOMBRE

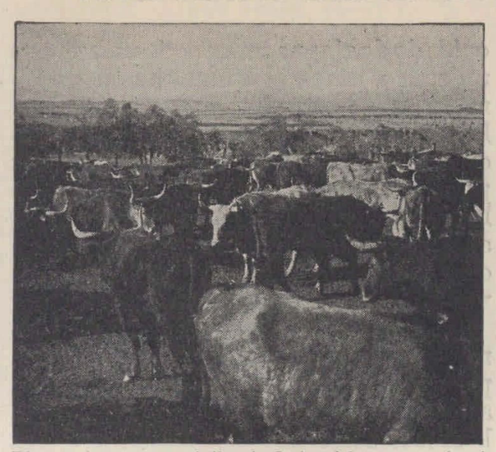
El antílope es muy parecido al ciervo. Existen numerosas variedades. Los hay tan pequeños, que no llegan a veinticinco centímetros de altura, mientras otros, como las bellas gamuzas, que habitan en las montañas, son bastante corpulentos y vigorosos.

Los mayores antílopes viven en África y miden 1,80 metros de alzada, o sea, la estatura de un hombre alto. En dicha parte del mundo es donde más abundan, pero hay quince clases de ellos que habitan en el Asia. En las regiones más salvajes del continente negro, existen grandes rebaños de antílopes, y cuando las llanuras se secan por falta de agua, invaden los territorios poblados y devoran sus cosechas. Su carne es comestible, y su pelo y piel prestan al hombre servicios muy apreciables.

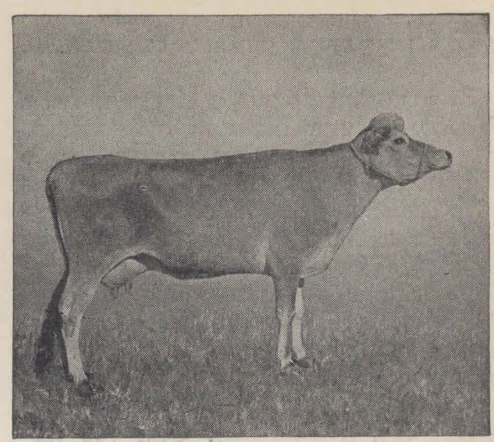
En nuestro tiempo no se permite en algunos países que los ciervos vaguen libremente, como en aquellas épocas en que los reyes consideraban más importante poseer selvas llenas de ciervos y jabalíes, que terrenos sembrados de casas y jardines y habitados por personas; pero hay gente rica que conserva en sus parques ejemplares muy hermosos, los cuales son mansos con quienes conocen, aunque en ciertas épocas del año se vuelven temporalmente salvajes.

Los mayores bosques poblados de ciervos están en Escocia, donde se cercan terrenos, que miden a veces muchos kilómetros cuadrados de extensión, en los cuales se plantan millones de árboles, a fin de que estos animales se forjen la ilusión de que viven en selvas vírgenes, como sus antepasados, criándose en ellos mucho más bravíos y salvajes que en los parques. Donde más abundan el ciervo común y el corso es en las montañas de Escocia.

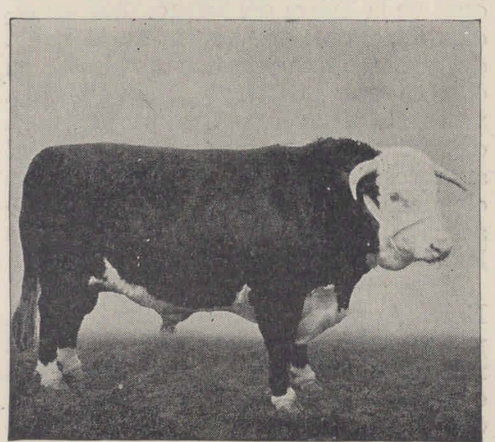
ALGUNOS TIPOS DE GANADO VACUNO



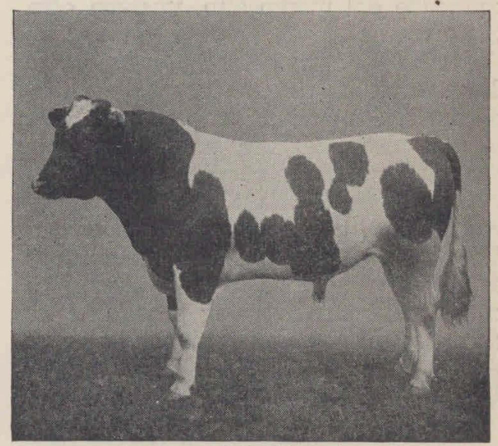
El ganado vacuno criollo, de Sudamérica, recuerda al español y al portugués. En ciertas regiones se le encuentra vuelto casi al estado salvaje.



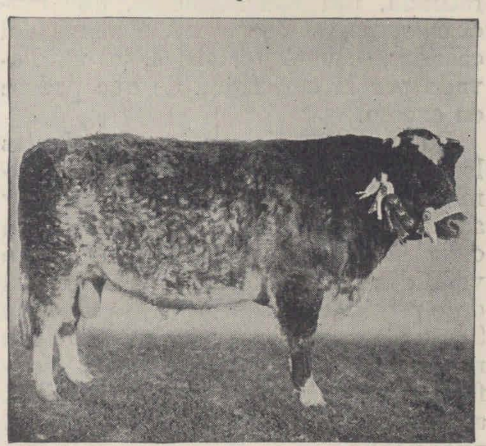
Vaca Jersey.—Esta clase de vacas son excelentes para la producción de abundantísima leche, muy rica en gordura, de la cual se obtiene gran cantidad de manteca.



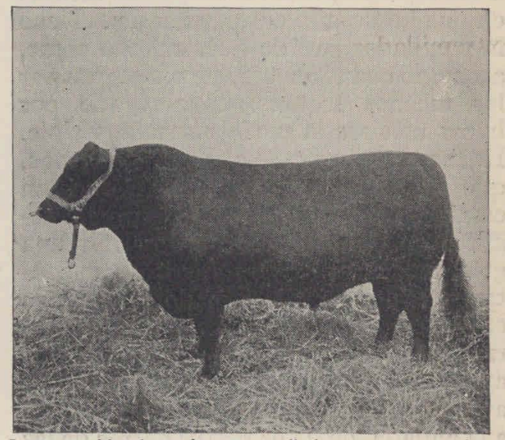
La raza Hereford, representada en este grabado, es, como la Shorthorn, de gran rendimiento, como clase dedicada a la carnicería especialmente.



El ganado flamenco y holandés da las mejores vacas lecheras que existen. Las vacas de estas razas producen, por término medio, veinte litros de leche diarios.



El ganado Shorthorn es principalmente útil para el matadero; no obstante, las vacas de esta raza son muy **buenas productoras de leche.**



La raza Aberdeen Angus se distingue por su color negro muy lustroso. Da, según los entendidos, la mejor carne, y en mayor cantidad que ninguna otra raza.

DE CÓMO PIERDE SUS ASTAS EL CIERVO AL LLEGAR LA PRIMAVERA

Todos sabemos que el ciervo se halla dotado de una hermosa cornamenta, que constituye su orgullo; pero, ¿sabe todo el mundo que estas astas tan bellas se le caen todos los años, lo mismo que se le caen al pavo real las plumas de brillantes colores que forman su espléndida cola? A pesar de que los cuernos del ciervo son más grandes cada año, los mudan invariablemente al llegar la primavera. En la época del celo, los machos luchan entre sí encarnizadamente con los cuernos. Una vez terminada la lucha, para nada les sirven éstos, y por eso se les caen. Después, al comienzo del nuevo año, vuelven otra vez a crecerles.

Al principio, las astas están cubiertas de una piel muy fina, cuyo objeto es protegerlas mientras no adquieren las dimensiones y dureza necesarias. Más adelante, cuando la cuerna ha adquirido bastante consistencia, ráscansela los ciervos contra los árboles, para arrancarse dicha piel, y, para cuando llega la época de formar un nuevo rebaño, poseen ya una cornamenta fuerte y bella, que les permite luchar, si es preciso.

EL GUANACO SUDAMERICANO—CÓMO SE CAZA Y PARA QUÉ SIRVE

El guanaco es un rumiante sudamericano, de la familia del camello.

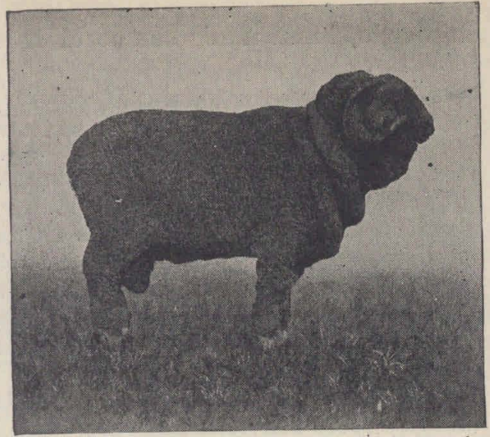
Al amanecer, y a la tarde, suele bajar a las aguadas, abandonando las alturas en que ha pasado el resto del día. Tiene la particularidad de que, cuando come, así como cuando viaja, pasa siempre por los mismos lugares, concluyendo por hacer una senda perfectamente visible. Es tan difícil para él apartarse de éstas, que los indios de las montañas cortan camino, cuando quieren alcanzarlo, seguros de que después de describir una gran curva, el animal vendrá a encontrarse con ellos. Este modo de cazarlos es una demostración: el cazador lleva perros enseñados a cuidar « las prendas del amo », y después de reconocer la senda, aprovechando que el animal ha bajado a la aguada, deja sus perros detrás de las piedras, escalonados junto al camino, al cuidado de alguna prenda; describe luego un rodeo, ataca al animal en las proximidades de la aguada, y cuando éste huye, si escapa a los *libes* (boleadoras especiales), o a los colmillos del primer perro, cae en poder de cualesquiera de los restantes. El quichua, para voltear al guanaco, le tira las boleadoras al pescuezo; el animal, al sentirse tocado, levanta las manos, cayendo trabado.

Se dice que el guanaco habita en las regiones sin bosques. Efectivamente, predomina en ellas; pero un naturalista asegura que existen en algunas regiones boscosas del Chaco occidental; por otra parte, es un hecho, perfectamente conocido, que esta especie abunda en los bosques de la Tierra del Fuego. Allí los indios onas, cuando encuentran la senda del guanaco que desean cazar, hacen en ella un pozo, en cuyo fondo ponen a veces una pica clavada, y lo tapan, para disimularlo, con ramas. Otros indios, al amanecer, a la hora que ellos saben que el guanaco irá a beber a la aguada, lo acechan junto a la senda, ocultos entre las tupidas matas de calafate.

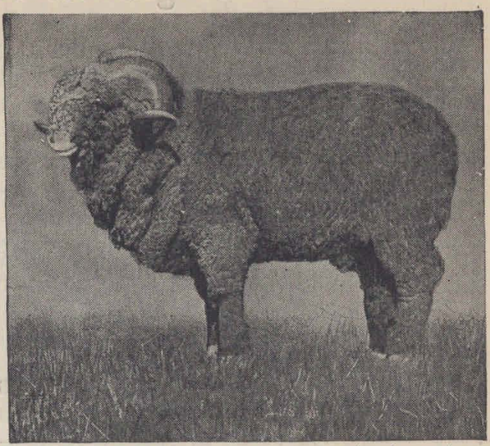
Este animal, que en los Andes del Norte Argentino llaman *relincho*, anda por ellos, en reducidos grupos—simples familias compuestas de un guanaco macho, dos o tres hembras, y las crías. Cuando esta familia huye, al aproximarse los cazadores, las hembras van empujando a las crías, y el macho cubre la retirada, tan valientemente, que muchas veces, al sentir los disparos del cazador, se vuelve hasta él, tal vez llevado por la curiosidad de que padece en exceso.

En la Patagonia son tan abundantes los guanacos, que llegan a ser una calamidad para las estancias. Allí son muy apreciados los *quillangos* de nonato, en cuya fabricación entran generalmente veintidós de estos cueros. Tenemos el dato preciso de que sólo por el puerto de Santa Cruz han salido en un año once mil quillangos; lo que significa el sacrificio de doscientos cuarenta y dos mil animales. Agreguemos a esto lo que puede salir por otros puertos, y lo que se va con seguridad por los pases a Chile,

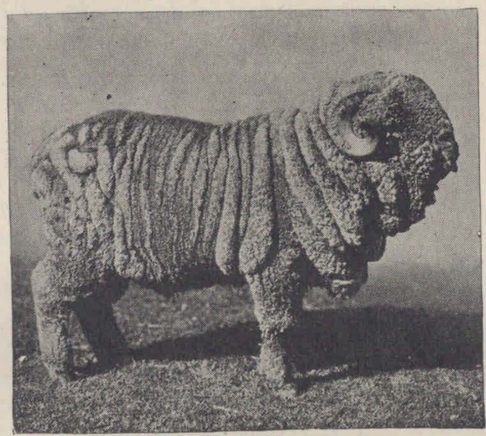
PRINCIPALES RAZAS OVINAS



El Rambouillet francés procede de carneros importados de España. Es liso de ancas, y más pequeño que el merino alemán, pero pesa más que éste.



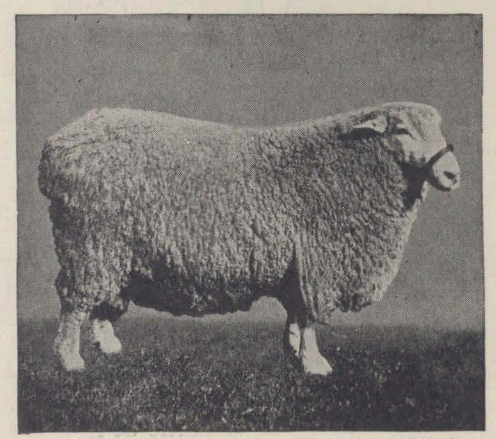
El merino alemán es más alto que los demás merinos, pero menos pesado. Se distingue fácilmente por las arrugas del pescuezo, largas y pendientes.



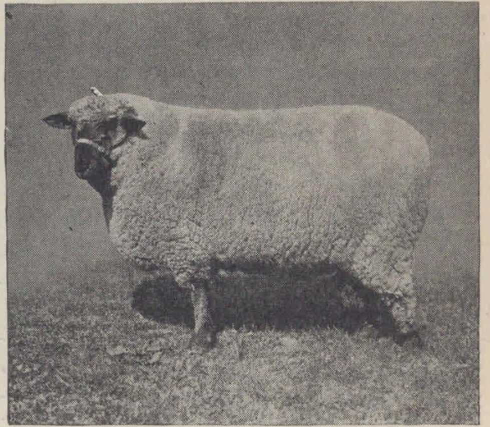
El merino Rambouillet argentino tiene toda la piel muy arrugada, desde la cabeza hasta las ancas. Da una lana espléndida, y carne excelente.



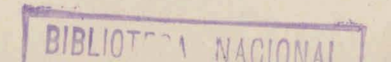
El carnero Lincoln ha sido durante muchos años el preferido de los estancieros sudamericanos. Su lana no iguala a la de los merinos, pero su carne es muy buena.



La raza Romney Marsch ha sido introducida hace poco tiempo en Sudamérica, donde ha dado resultados muy satisfactorios.



El « cara negra » da lana y carne de la mejor calidad. Se ha aclimatado admirablemente bien en Sudamérica, donde comienza a sustituir a los merinos.



de todo lo cual no tenemos ninguna idea concreta, y se comprenderá entonces la destrucción sin control que se hace de este animal. Sin embargo, hay conocedores de la Patagonia que sostienen que esta extracción es insignificante, y recuerdan la enorme cantidad de manadas que hay, muchas de las cuales se componen de tres mil a cinco mil animales.

LAS GRANDES PIARAS DE PEQUEÑOS CERDOS SALVAJES

No disfrutan, por regla general, los cerdos de muchas simpatías. Solemos hablar de ellos como si fuesen los animales más desaseados y estúpidos del mundo; pero, a decir verdad, no es el cerdo más sucio que el rinoceronte y otros grandes animales que viven en terrenos pantanosos. El cerdo siente predilección por el fresco, y de aquí se ha deducido que le agrada vivir en las inmundas pocilgas; pero, en realidad, el hombre es el que le obliga a ser sucio, forzándolo a habitar en tan asquerosos lugares.

Es muy cierto que el cerdo come de todo, hasta carbón, por ejemplo; pero conviene no olvidar que es un animal tan voraz, que, por su gusto, estaría siempre comiendo, mientras permanece despierto; de suerte, que si no halla en su zahurda cosas limpias que comer, devora lo que halla, por asqueroso y repugnante que sea, lo que hace que su carne, en estos casos, no sea muy apropósito como alimento para las personas.

Existen en el continente americano unos cerdos pequeñitos, llamados pécaris, que habitan en la América del Sur y la Central, y se extienden por la del Norte, hasta el estado de Tejas. Son negros, con una faja blancuzca a modo de collar. Su caza es muy divertida, pero a veces hallan en ella la muerte los perros, pues poseen aquéllos animales unos colmillos afilados como puñales.

El jabalí de la India ataca al hombre y al caballo, y hasta al león y al tigre, y es tanto su vigor y tan dura su cerdosa piel, que obtiene con frecuencia la victoria. Una vez, un cazador encontró un tigre y un jabalí que habían estado luchando, hasta morir el uno al lado del otro.

UN CERDO SALVAJE QUE DA CURIOSOS SALTOS MORTALES PARA SORPRENDER A SU ENEMIGO

Un cerdo salvaje, llamado facoquero, se vale de cierta estratagema para defenderse de sus enemigos. Vive en un agujero, que practica en la tierra, y sabe perfectamente que, si algún enemigo se propone atacarle, le aguardará en la boca de su madriguera, para arrojarse sobre él en cuanto salga.

Para evitarlo, nunca abandona la cueva directamente, sino que corre hacia la boca, sale, y salta de improviso, dando un verdadero salto mortal, yendo a caer sobre el montículo que forma la madriguera. Esta maniobra sorprende a su enemigo y permite al facoquero iniciar el ataque.

Este cerdo debe su nombre (que significa «cerdo verrugoso», del griego *facos*, verruga, y *koiros*, cerdo) al hecho de tener el hocico lleno de protuberancias de naturaleza córnea, que parecen verrugas.

Algunos cerdos mansos poseen colmillos, con los cuales pueden infligir graves heridas cuando están exasperados. El más curioso de todos los cerdos silvestres es el babirusa, cuyas piernas recuerdan las del ciervo. Su piel es mucho más fina que la de otros cerdos; y tiene cuatro colmillos, dos de los cuales arrancan de la mandíbula superior, y se doblan hacia atrás, sobre la frente. Los pueblos orientales no comen carne de cerdo, ni tampoco los judíos. En África, los indígenas, que no comen la carne del cerdo domesticado, aprecian mucho la del silvestre.

La carne del cerdo se sala para convertirla en tocino y jamón; con su grasa se hace manteca; sus pieles, curtidas, se emplean en la construcción de sillas de montar, y con sus cerdas se fabrican cepillos y otros objetos.

Hay otros muchos animales que contribuyen a vestirnos y alimentarnos. Todos sabemos que la carne de la liebre y del conejo es buena para comer, y que sus pieles se utilizan para abrigo, hasta

el punto de que, a veces, comerciantes poco escrupulosos, las hacen pasar por pieles de animales más preciados.

Las liebres viven en los campos cultivados, y tienen numerosos enemigos.

DE CÓMO BURLA LA LIEBRE A SUS PERSEGUIDORES

Para escapar de aquéllos, huye con velocidad prodigiosa, a través de terrenos abruptos, por los cuales otros animales no pueden correr tan fácilmente. Cuando se ve alcanzada, vuélvese con la velocidad del rayo, y dando un gran salto de costado, se oculta hasta que el perro, o cualquier otro animal que la persiga, se haya alejado de ella, despistado. A veces se echa a nado en las aguas del mar o de algún río, para sustraerse al peligro.

El conejo es uno de los animales silvestres más comunes en ciertas regiones de América. Hace un agujero en la tierra, en las proximidades de un bosque, en la ladera de un monte, o entre los espesos helechos, y allí vive feliz, si tiene a su alrededor pasto abundante. Si no es así, se aleja para buscarlo en los jardines y huertos, en los que causa grandes destrozos, pues no sólo devora todo lo que tiene gana, sino que muerde y estropea muchas plantas, entre las que suele entregarse a traviesos jugueteos.

Australia es el país donde abundan más los conejos. Cuando fué descubierto este nuevo continente, no existían allí estos animales; pero soltaron en él algunas parejas, y se multiplicaron de tal suerte, que en la actualidad constituyen una verdadera plaga que devasta las cosechas. Ningún labrador puede dormir tranquilo hasta que no ha cercado sus tierras con una tupida red metálica.

Otro tanto acontece en la Argentina con las liebres, donde en algunos puntos causan tanto daño, que ha sido preciso idear medios especiales para exterminarlas.





¿POR QUÉ TIENE LA ABUELITA EL CABELLO BLANCO?

EL color del pelo depende de la cantidad de materia colorante que contiene; es decir, que el cabello que contiene gran cantidad de materia colorante, o pigmento, que este es su nombre científico, es muy oscuro, y el que contiene poco, es muy claro. Ahora bien, la producción de esta materia colorante depende de que el organismo entero se halle en perfecto estado de salud, y en disposición de ejecutar todas sus funciones, siendo de advertir que el sistema nervioso ejerce en él gran influencia.

Si ocurre algo que pervierta esta influencia, como una enfermedad o el desgaste de la fuerza nerviosa en la vejez, va cesando gradualmente la producción del pigmento, y el cabello se torna gris, y después blanco del todo. Cuando ocurre esto último es porque le falta pigmento.

Nadie ignora que, a veces, la tristeza y los disgustos ponen el cabello blanco. Esto es también resultado de idéntico proceso, sino que en este caso, la causa de que deje de producir el organismo materia colorante, o pigmento, es la ansiedad o tristeza, en vez de las enfermedades y los años; pero el cabello se vuelve blanco, porque en ambos casos se ha perturbado el poder de nutrición.

¿POR QUÉ PESTAÑEAMOS?

El verdadero objeto del pestañeo es mantener constantemente limpio el globo del ojo. El movimiento de las pestañas se efectúa merced a ciertos músculos que tenemos en los párpados, y la limpieza de los ojos se hace por medio de las lágrimas. Este es en realidad el verdadera objeto de las lágrimas, las cuales son segregadas por una glándula pequeña y pasan a los ojos por un canal o conducto; y cuando al pestañear se mueven los párpados de arriba a abajo, esparcen sobre el cristal del ojo este flúido acuoso, que lava las partículas de polvo o de cualquiera substancia que haya en él. Algunos animales, las serpientes, por ejemplo, carecen de párpados, y por eso jamás pestañean. Los ojos de estos seres se hallan recubiertos por una membrana dura, o escama, que los protege contra la suciedad y todo daño exterior.

¿POR QUÉ NOS DESMAYAMOS A VECES, CUANDO RECIBIMOS DE REPENTE UNA NOTICIA?

El desmayo puede ser debido a varias causas, una de ellas es la detención de la circulación de la sangre en ciertas regiones del cerebro, lo cual ocurre a veces a consecuencia de una emoción grave o repentina. El resultado de esta súbita impresión que nuestra mente recibe, es

una pronta contracción de los vasos sanguíneos, la cual hace que la persona se ponga intensamente pálida, por impedir que la sangre llegue hasta la cabeza. Cuando esto ocurre el paciente cae desmayado. Esta caída es el medio de que se vale la naturaleza para remediar el mal, porque, cuando el cuerpo se encuentra en posición horizontal, la sangre llega con mayor facilidad al cerebro que cuando se está de pie. Cuando una persona cae desmayada, lo mejor es dejarla tendida y procurar que mantenga la cabeza lo más baja posible hasta que recobre el conocimiento.

¿POR QUÉ CUANDO CORTAMOS POR LA MITAD UN GUSANO, LAS DOS PARTES SIGUEN MOVIÉNDOSE?

Todos los animales, excepto las clases más inferiores, dependen de lo que llamamos el sistema nervioso, que preside sus movimientos y otras muchas funciones. Ahora bien, cuando el expresado sistema se encuentra concentrado todo bajo la forma de un cerebro, como ocurre en el hombre y en los animales superiores, la vida de la criatura depende de dicho órgano; pero en los animales inferiores, a los cuales pertenece el gusano, la distribución del sistema nervioso es diferente. Se halla más esparcido por el cuerpo, y por eso, cuando cortamos en dos partes un gusano, queda en cada mitad suficiente materia nerviosa para que pueda prolongarse su vida.

¿PODRÍAMOS ANDAR SIN LOS DEDOS DE LOS PIES?

No cabe la menor duda de que podríamos andar sin los dedos de los pies; pero no con tanta seguridad y gracia, por la sencilla razón de que los dedos de los pies se extienden sobre el suelo, aumentando nuestra base de sustentación y facilitándonos, por tanto, la tarea de guardar el equilibrio. Pero fácil es comprender que en estos tiempos civilizados, en que todo el mundo usa botas, los dedos de los pies son de escasa utilidad. En los tiempos primitivos de la raza humana prestaron excelente servicios a los hombres, y podían ejecutar mayor número de movimientos que actualmente. Una persona sin dedos en los pies puede andar, sin duda alguna, pero sus pasos son inciertos y sus movimientos mucho más limitados.

¿POR QUÉ SE MAREAN ALGUNAS PERSONAS CUANDO NAVEGAN?

Nadie sabe en concreto qué es lo que produce el mareo. No es posible que sea exclusivamente el movimiento del buque, porque muchas personas se sienten mareadas también aunque el movimiento sea escaso, y aun antes de salir a la mar. Nuestra opinión particular es que en el mareo entra por mucho la influencia de la mente; es decir, que cuando las personas se embarcan recuerdan con horror lo mucho que la vez anterior se marearon, y empiezan a pensar en que se marearán de nuevo, y, sugestionados por esta idea, acaban por marearse realmente. Por otra parte, el hecho de ver otras personas mareadas es suficiente por sí solo para provocar el mareo. Sin embargo, ninguna de estas razones explica satisfactoriamente por qué se marean las personas; la verdadera causa debe radicar probablemente en el efecto que el movimiento del buque ejerce en el cuerpo humano. Conocemos una persona que se marea con sólo aproximarse al mar. Esto parece indicar que existe algo en el aire del mar que basta para trastornar a algunos.

¿POR QUÉ LLEGA SIEMPRE UN DÍA EN QUE CESA EL CRECIMIENTO DE LOS JÓVENES?

Se entiende por crecimiento el poder que poseen las células de nuestro cuerpo de nutrirse y aumentar de tamaño, y de dividirse y dar vida a otras células semejantes. Pero este poder es limitado, y cada clase de células sólo puede crecer dentro de los límites de su propia ley, que es la ley del crecimiento. Por muy grande que sea la cantidad de alimento que ingiramos, y por muchos ejercicios que realicemos, la ley del crecimiento impide a cada grupo de células hacerse más numerosas o mayores que el límite que les está asignado. Cuando el cuerpo es joven, el crecimiento es muy rápido; pero a medida que la edad aumenta, se va aproximando gradualmente al límite del crecimiento, hasta que éste cesa por completo.

EL ÚLTIMO VIAJE DE DAVID LÍVINGSTONE

David Lívingstone, que de joven habia sido humilde obrero en Escocia, marchó al África del Sur como misionero y se estableció entre los salvajes. Se dedicó a evangelizar a los indígenas y a explorar los territorios que éstos habitaban. Trabajó con infatigable empeño, hasta que, enfermo y maltrecho, le sorprendió la muerte en una choza rústica que le construyeron sus servidores. Este grabado representa al ilustre explorador llevado por sus fieles compañeros hacia el sitio en que murió.

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

HEMOS comenzado ya la historia de los hombres que más han contribuído a dar a conocer el mundo, y ahora trataremos de la vida y viajes de los grandes descubridores. En este capítulo nos ocupamos de los ilustres exploradores del continente africano, que penetraron en este gran territorio lleno de selvas vírgenes y pueblos salvajes, que soportaron toda clase de peligros, descubrieron grandes ríos y dibujaron mapas de África tan minuciosos que hoy conocemos aquel país con bastantes pormenores. Jamás hubiésemos podido poseer este género de conocimientos de los países que componen el mundo si aquellos valientes descubridores no hubiesen puesto a contribución su heroísmo, sacrificando su vida para darlos a conocer.

LOS EXPLORADORES DEL ÁFRICA

DURANTE muchos centenares de años, millares y más millares de kilómetros de territorio africano, eran desconocidos, debido a que ese extenso continente era muy difícil y peligroso de explorar. Los únicos medios de que disponía el viajero para trasladarse eran la navegación y las largas caminatas a pie. Pero hoy se tienden ya en África vías férreas que pondrán rápidamente en comunicación a todas las regiones del país. Los viajeros que pasan más allá de dichas vías tienen que atravesar extensísimas selvas pobladas de fieras y de insectos tan temibles como éstas. Tienen que hacer frente a las fiebres y a las pestes, cruzar desiertos arenales, terrenos anegados en invierno y agostados en verano. Todo eso es realmente terrible, pero si los exploradores han podido dar a conocer al mundo lo que es el África, ha sido soportándolo. Durante muchos siglos no se conoció apenas nada de esta parte de nuestro globo.

Muchos años antes del nacimiento de Jesucristo, algunos navegantes, en frágiles embarcaciones, dirigiéronse a varias partes de la costa africana.

El gran historiador Herodoto, que vivió hace unos veinticinco siglos, nos habla de un hombre que más de 600 años antes de Jesucristo, hizo rumbo directamente hacia una de las costas de África, dió la vuelta por la punta que se llama hoy cabo de Buena Esperanza y remontó por el otro lado. No podemos adquirir la certidumbre de que haya tenido lugar semejante hecho; pero creemos que es cierto. Aquellos exploradores no se atrevieron, sin embargo, a penetrar en el interior del continente. Vivieron en la parte norte de África y supieron cómo era la tierra que les rodeaba; pero nada más. Si echamos una ojeada al mapa, veremos que el Nilo desemboca en el mar Mediterráneo. En las riberas de este río, en el valle por el cual se deslizan sus aguas, vivieron todos los sabios de la más remota antigüedad, antes de que Grecia y Roma fueran naciones cultas y poderosas.

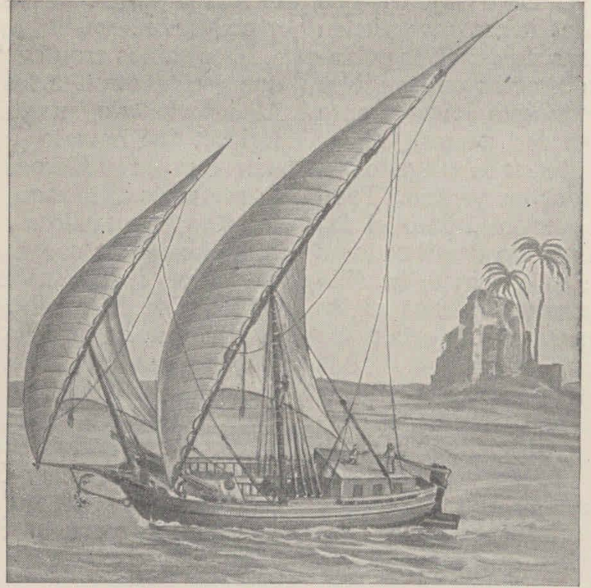
Esos sabios eran egipcios, que son los que esclavizaron a los hijos de Israel. Al interior de su país, en tierra de Egipto, fué llevado Jesús siendo niño, para que el rey Herodes no lo degollase. Los egipcios edificaron grandes ciudades, templos maravillosos y monumentos como no se han construído jamás desde entonces. Tenían sabias leyes; escribían en ladrillos de arcilla, y si se tiene en cuenta que en aquella época todos los demás pueblos del mundo eran poco menos que salvajes, no podremos menos que reconocer a los egipcios como una nación verdaderamente prodigiosa. Y, no obstante, a pesar de todo su saber y de sus adelantos, no se atrevían a remontar el río en cuyas riberas habitaban.

Cuando se extinguió el poderío de los egipcios, surgió la civilización fenicia. Eran los fenicios viajeros intrépidos, especialmente por mar. Fueron a Bretaña, Hesperia, Galia y otras regiones de Europa, cuando sus habitantes eran todavia salvajes. Pero los fenicios tampoco se atrevieron a penetrar hasta el corazón de África.

Después dominaron en Egipto los hábiles y valientes griegos, y más tarde fueron los romanos los que lo gobernaron. Estos últimos eran entonces dueños de todo el mundo conocido; empero, no conocían de África más de lo que habían conocido los egipcios. Dieron el nombre de África a un reducido territorio del Norte, junto a la parte meridional del Mediterráneo, y del resto del continente, que no habían explorado jamás, hablaban como de una tierra que se extendía hacia el sol poniente, e ignoraban dónde o como terminaba. Asi es que los más sabios de aquel entonces vivieron durante miles de años en un continente del cual nada sabían, excepto únicamente, de aquella porción en la cual tenían sus hogares.

Jacobo Bruce fué de Escocia al África en 1770, y penetró en Abisinia. Halló a los indígenas en estado salvaje, y, de seguro, le hubieran quitado la vida si él no les hubiese asombrado con las maravillosas cosas que hizo.

La causa del poco atrevimiento de aquellas gentes era que la verdadera África se hallaba al otro lado del gran desierto de Sáhara, que ningún ser humano osaba atravesar, porque no había modo de procurarse en él agua ni alimentos, y los que desembarcaban en las costas, más abajo, hallaban también desiertos, y montañas o selvas espantosas pobladas de fieras. Si aquel que menciona Herodoto en sus crónicas navegó realmente alrededor de las costas de África, debieron transcurrir 2000 años antes que otro navegante repitiera la hazaña. Este que la repitió fué el portugués Vasco de Gama. Durante esos 2000 años muchos pueblos han hecho irrupción en África, tanto en el Norte de ésta, como, partiendo luego del Norte, hacia el interior. Los árabes presentáronse en grandes masas, seguidos de poderosas y errantes tribus salvajes procedentes del Asia. Hasta entonces, ningún blanco había penetrado en el país. Por fin empezaron los navegantes a atravesar el mar, desde Europa y a establecerse en las costas africanas. Los británicos fueron los primeros en explorar esas costas; pero nada importante se hizo en este sentido, hasta 1770, año en el que un intrépido explorador, llamado Jacobo Bruce, atravesó la parte del África llamada Abisinia.



Los naturales de Abisinia no habían visto jamás fusiles, hasta que Bruce les enseñó uno, y cuando le vieron disparar a través de una mesa, creyeron que era un hechicero. Hízole el rey dueño de una parte del país, pero Bruce aprovechó el tiempo a bordo de este buque explorando el Nilo y componiendo un libro. Nadie quiso creer lo que decía el libro, hasta mucho tiempo después de la muerte de su autor.

Mandaba a la sazón en aquel país un monarca que los naturales suponían descendía de Salomón, aquel gran rey de que nos habla la Historia Sagrada. Pero vivían en estado salvaje, y eran gente cruel. Si Bruce no hubiese sido un

hombre dotado de una intrepidez sin límites, los naturales le hubieran asesinado. Comenzó curando las diversas enfermedades que padecían los abisinios, en el propio palacio real, y por esta causa hiciéronse los reyes amigos suyos. Los mismos naturales a través de una mesa (lo que hizo para asombrarles), creyeron que debía ser un hechicero, y cuando más tarde, notaron que domaba y montaba caballos salvajes, quedaron más admirados todavía y diéronle el mejor caballo de todo el país, pidiéndole que lo tuviese



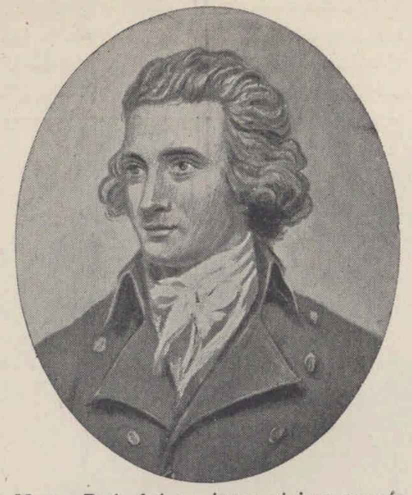
LA HISTORIA DE AFRICA

Este mapa representa el gran continente africano, y nos ayuda a comprender una cosa verdaderamente sorprendente acerca de esta parte del mundo. A la derecha, en la parte superior, está Egipto, con sus pirámides y sus templos; allí, hace muchos miles de años, vivía gente muy civilizada, que habitaba en grandes ciudades situadas en las riberas del Nilo; mucho más lejos, encontrábase el gran desierto que nadie podía atravesar, y el gran pueblo de Egipto nada sabía del vasto territorio que se extendía más allá de su propio país. Todo lo demás, donde se ven los árboles en este mapa, era salvaje, y en este capítulo se dice cómo fué explorada y cómo se ha ido conociendo esa parte de Africa.

le cobraron también amistad cuando presenciaron las cosas sorprendentes que hacía con su fusil. Como jamás habían visto un arma de fuego, creyeron que Bruce debía ser un cazador prodigioso cuando le vieron hacer blanco en las aves que volaban a gran altura. Cuando quiso disparar una vela de sebo siempre ensillado y lo llevara a dondequiera que fuese.

Efectuó Bruce toda suerte de cosas extrañas para complacer a sus salvajes amigos, y el rey hízole dueño de parte del país. Pero todo lo que quería Bruce era que le dejasen explorar. Sufrió incontables penalidades para lograr

descubrir los orígenes de un río que creyó era el gran Nilo. Descubriólos al fin, pero no era el verdadero Nilo, sino el Nilo Azul, o sea el mayor de todos los afluentes que alimentan el propio cauce del gran Nilo Blanco. Cuando quiso regresar presentáronsele a cada paso innumerables peligros. No pudo volver por el mismo camino que había ido y vióse obligado a pasar por extraños territorios, entre salvajes que, de haber podido, le hubieran quitado la vida. Pero llegó finalmente a la costa y regresó a Inglaterra sano y salvo. Bruce escribió un gran libro describiendo sus viajes y aventuras.



Mungo Park, fué un joven viajero escocés que hizo dos grandes viajes de exploración a África. Remontó el río Níger en una canoa, que chocó contra una roca. Aparecieron entonces los salvajes y asesinaron al explorador y a todos sus compañeros.

Recuérdese cómo los amigos de Marco Polo tomaron a broma el libro de este explorador y no quisieron creer la historia de sus viajes a China y a la India. Pues bien: lo mismo sucedió cuando Bruce escribió su libro. La gente se rió de sus relatos. Nadie creyó que pudiera haber tales cosas y tales gentes en el mundo, como las que el viajero describía. Cuarenta años transcurrieron antes de que el público le diera crédito. Otro viajero fué por entonces a Abisinia, y pudo comprobar que era cierto cuanto Bruce había escrito; pero éste ya había muerto.



Hugo Clápperton, también escocés, fué a explorar el Africa y murió mientras realizaba la segunda expedición, después de haber verificado muchos descubrimientos.

CÓMO MUNGO PARK, DOCTOR ESCOCÉS, SACRIFICÓ SU VIDA EN ÁFRICA

El libro de Marco Polo despertó en mucha gente el deseo de explorar las partes del mundo en las cuales él estuvo; el de Bruce fué causa de que se quisiese conocer algo más acerca de África. Pero acometer lo que se proponían era peligroso, y sólo podían hacerlo muy lentamente.

Mungo Park fué el explorador que llevó a cabo algo de importancia. Era un doctor escocés muy joven a quien un largo viaje por mar a distantes tierras le hizo concebir deseos de hacerse viajero. Su primera aventura en África ocasionóle muchos disgustos. Los salvajes le hicieron prisionero y le retuvieron cautivo algún tiempo. Logró escaparse al fin, pero cayó enfermo en medio de la selva, y hubiera perecido si un bondadoso indígena que le halló, no le hubiera conducido a la costa. Pocos años después partió de nuevo, con cuarenta y cinco compañeros y al llegar al río Niger le quedaban solamente siete. Escribió una memoria de sus viajes, envióla a Inglaterra y luego prosiguió su expedición en una canoa. Chocó ésta contra una roca oculta en un gran río, y mientras Park y sus amigos procuraban reparar la avería, aparecieron los salvajes y los asesinaron a todos.

HUGO CLÁPPERTON, QUE A PESAR DE SU HUMILDE ORIGEN LLEGÓ A SER COMANDANTE DE LA ARMADA

Los exploradores fueron más numerosos desde entonces. Un pobre muchacho llamado Hugo Clápperton, que ascendió con el tiempo a comandante

de la Armada, partió con el objeto de descubrir las fuentes del Níger. Su tentativa no tuvo éxito alguno, pero verificó otros descubrimientos, y el gobierno de la Gran Bretaña sufragó los gastos de una nueva expedición que le mandó realizar. Acompañáronle otros y, entre ellos, un criado suyo, excelente muchacho, llamado Ricardo Lánder.

Clápperton y todos sus compañeros, excepto Lánder, murieron por el camino. Escribió Lánder una detallada información de cuanto había acontecido, y cuando pudo regresar a Inglaterra expuso todos los importantes descubrimientos realizados. Quedó el gobierno tan satisfecho de su trabajo, que le nombró a él y a su hermano para dirigir una nueva expedición. Adquirieron muchos más conocimientos del país, pero pagáronlos con la vida, pues al fin fueron asesinados por los indígenas.

Así, poco a poco, se fué conociendo la tierra de Africa. Dibujáronse mapas, y se publicaron en libros todos los descubrimientos, a fin de que nada se olvidase. Roberto Moffatt, que había sido modesto jardinero en su juventud, partió como misionero evangélico. Detúvose en Bechuanalandia, en medio de los salvajes, convirtió a muchos al cristianismo, y exploró lejanos territorios. Tenía Moffatt una hija muy bella, y un joven llamado David Lívingstone enamoróse de ella. Lívingstone había sido simple obrero, empleado en una fábrica de Escocia. Trabajador incansable, levantábase muy temprano y trabajaba hasta muy tarde, y estudió con tanto afán, que pronto llegó a ser misionero. Había resuelto visitar la China; pero estalló en aquel país una tremenda guerra, y en vez de ir al Celeste Imperio, marchó al África, donde se unió a Moffatt y se casó con la hija de éste.

LOS COMIENZOS DE LA VIDA DE DAVID LÍVINGSTONE COMO EXPLORADOR Y MISIONERO

Lívingstone deseaba establecer una misión en el Transvaal, y viendo que no podía realizarlo, dirigióse al Norte del país donde se hallaba Moffatt y donde ningún blanco había penetrado hasta entonces. Por el camino descubrió un gran lago llamado Ngami, y este descubrimiento determinóle a llevar a cabo la exploración del país de uno a otro extremo, tardando cuatro años en realizar esta hazaña. Exploró desde el lago, en línea recta, hasta el Océano Atlántico por el Oeste; luego, regresando, exploró desde el Este del lago hasta que salió a la costa del Océano Índico. Lívingstone estuvo enfermo con bastante frecuencia y falto de víveres y medicamentos, pero no se desanimó jamás. Por donde quiera que iba predicaba a los indígenas, y éstos le querían. Algunos de ellos siguiéronle como discípulos, hasta su muerte.

Regresó a Inglaterra para procurarse algún descanso, después del cual marchó de nuevo a proseguir su tarea. Su esposa murió en África, y aun cuando este acontecimiento le entristeció sobremanera, continuó sus exploraciones y su predicación. Trazó el curso de importantes ríos y descubrió lagos grandes como mares, en medio de extensísimas selvas, buscando siempre las regiones del país que más podían convenir a los blancos. Regresó nuevamente a Inglaterra, y, trás algún descanso, volvió al continente africano, estableciéndose entre los salvajes y las fieras. Por fin no pudo avanzar más y hubo de quedarse, casi muriéndose de hambre y de una grave enfermedad, en un lugar llamado Uyiyi. Aquí le encontró otro explorador enviado en su busca, y que le llevaba víveres y vestidos.

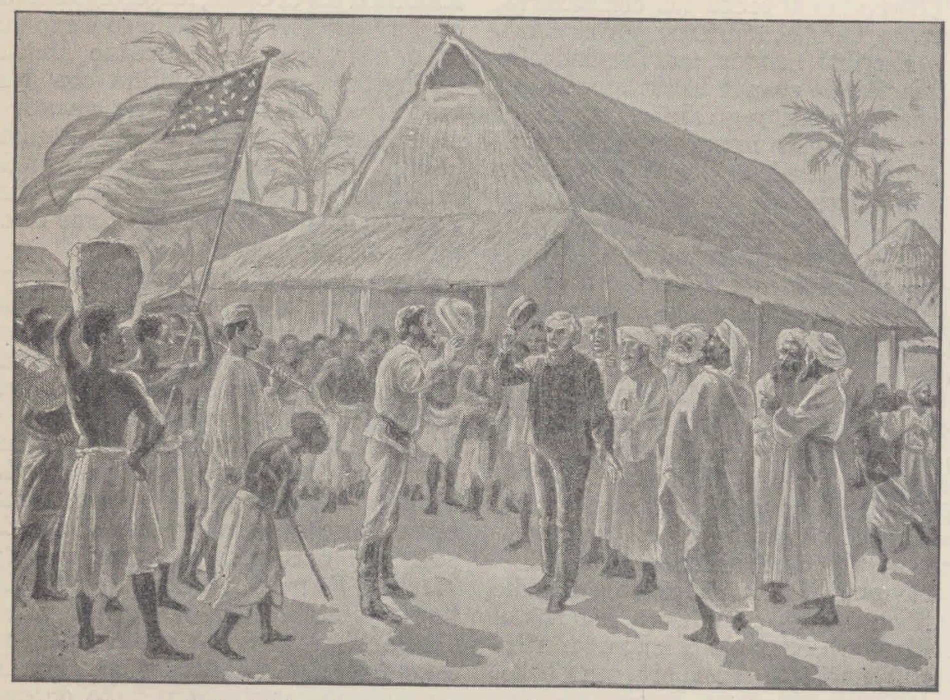
No bien estuvo restablecido prosigió Lívingstone su trabajo de exploración, no dejándolo hasta que se vió obligado a ello, por su postrer enfermedad. Tuvo entonces que refugiarse en Ilala, pues hallábase gravemente enfermo.

—Construídme una choza para morir en ella—dijo Lívingstone a sus hombres. —Siento mucho frío; ponedme más yerba en la choza.

Construyéronle la choza y le acostaron, y a la mañana siguiente hallá-

ronle muerto, arrodillado junto a la cama. Los fieles servidores del gran hombre sabían que sus amigos querían fuese enterrado en Inglaterra y marcháronse del país llevándose su cadáver hasta Zanzíbar, distante muchos centenares de kilómetros. Los salvajes de las regiones por las cuales habían de pasar, temían supersticiosamente que el difunto misionero les causara daño, pues creían que el paso del cadáver por allí les acarrearía grandes males. Así los compañeros de Lívingstone hicieron otro bulto, simulando que el cadáver estaba dentro; volvieron atrás con él, lo enterraron, y lleváronse el verdadero cadáver envuelto, como si fuese sencillamente un fardo de mercancías, y de ese modo la expedición pudo llegar a Zanzíbar. Desde allí fué conducido a Inglaterra y sepultado en la Abadía de Wéstminster.

Antes de morir Lívingstone, sus amigos de Inglaterra estaban muy inquietos por su suerte, pues hacía muchísimo tiempo que no sabían su paradero. Por esta causa enviaron otro explorador en busca del misionero. Llamábase el jefe de esta expedición Enrique Morton Stanley. Era tan pobre cuando muchacho, que hubo de recibir su primera educación en la escuela pública gratuita de la aldea en que había nacido, situada en el país de Gales. Su verdadero nombre de familia era Rowlands, pero al llegar a la edad adulta partió a América y tomó el de Stanley, que era el apellido de un caballero norteamericano que le favoreció mucho. Viajó largo tiempo, y siempre hacía tan bien las cosas y tenía tanta confianza en sí mismo, que el propietario de un gran periódico de los Estados Unidos le ofreció cuanto dinero



Durante la última expedición de Lívingstone, sus amigos estuvieron una larga temporada sin tener noticia alguna de él, y, temerosos de la suerte del explorador, determinaron enviar en su busca a Enrique Morton Stanley. Después de un largo viaje, lleno de peligros, llegó éste al lugar donde se encontraba Lívingstone. Hallóle pálido, demacrado y enfermo, de pie junto a la puerta de su cabaña. Stanley no pudo en aquel momento expresar cuán grande era su alegría, y sólo acertó a decir:—« ¿El doctor Lívingstone, según creo? »—Varios días estuvieron los dos viajeros conversando, narrando Lívingstone a Stanley sus aventuras y escuchando de éste, ansiosamente, las noticias que le daba del mundo civilizado. En el grabado se ve a Lívingstone a la derecha, quitándose la gorra.

le hiciera falta para ir al Africa en busca de Lívingstone.

Así, pues, Stanley partió a cumplir su cometido; al llegar a Zanzíbar procuróse los hombres que habían de servirle de escolta, y se puso en camino con ellos hacia el punto donde podría encontrar a Lívingstone, si aun vivía, o donde pudiese obtener noticias de su muerte, si había muerto ya. Llegó Stanley a Uyiyi en el preciso momento de poder salvar la vida al misionero. El encuentro fué de los más conmovedores. Estaba Stanley tan contento de haber hallado al hombre a quien había ido a buscar tan lejos, que de buena gana le hubiera dado un abrazo.

Allí, ante la puerta de su choza, estaba Lívingstone de pie, pálido, demacrado y enfermo, y muy pobremente ataviado. Hallábase rodeado por una multitud de indígenas. No pudo Stanley, por la emoción que le embargaba, expresar cuán grande era su satisfacción. Todo lo que acertó a decir fué:—¿El doctor Lívingstone, según creo? Parecióle a Lívingstone este saludo tan extraño en aquellas distantes regiones selváticas, que no pudo menos de sonreir. Quitóse la gorra y contestó cortésmente:

—Sí.

Luego Stanley púsose el sombrero, y Lívingstone la gorra. Miráronse atentamente los dos hombres, estrecháronse gozosos la mano, y Stanley dijo:

—¡Gracias doy a Dios que me ha permitido veros!

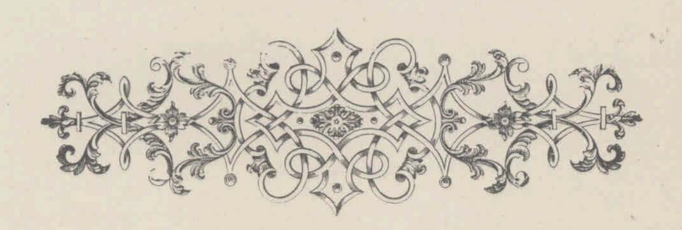
Y durante muchos días conversaron ambos largamente, escuchando Lívingstone las noticias que le daba Stanley acerca del mundo civilizado, y contándole él la historia de sus aventuras.

Dejóle Stanley víveres, vestidos y medicamentos, y regresó a América, donde la narración de su afortunado viaje le valió grande y merecida fama. El pobre Lívingstone permaneció en el continente africano hasta su muerte. Después volvió Stanley al África como explorador. Dió la vuelta al gran lago Tanganyika y siguió el curso del río Congo hasta el mar. Más tarde hizo otra expedición, para socorrer al viajero alemán Emín Pachá, que se había perdido con sus compañeros.

Muchos otros hombres famosos han contribuído a dar a conocer el África. Speke y Grant corrieron grandísimos peligros explorando los grandes lagos. Sir Samuel Baker realizó más exploraciones y halló un lago al cual dió el nombre de Alberto-Nianza. Por dondequiera que estuvo Baker acompañóle su esposa. Finalmente, el español Abargués de Sostén exploró detenidamente varias regiones del norte.

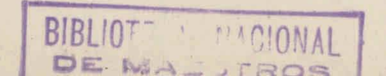
Por este tiempo iba conociéndose ya casi toda el África, aunque no de una manera cabal. La Gran Bretaña adueñóse del territorio meridional llamado Colonia del Cabo, y desde allí hicieron los ingleses frecuentes viajes al Norte. Emigró mucha gente de Portugal, Alemania, Francia y Bélgica, y fueron a establecerse en las costas, y desde estas pequeñas colonias salieron exploradores para hacer más y más descubrimientos en el interior.

Cada día vamos conociendo un poco más del Continente Negro, pero aun no lo conocemos todo. África es tres veces tan grande como Europa, y en algunas de sus regiones los expedicionarios sólo pueden recorrer distancias muy cortas diariamente.



ROBÍN Y SUS HOMBRES ASALTAN UN CASTILLO

Esforzadísimos eran los alegres camaradas del verde bosque dirigidos por el proscrito Robín Hood.




Caridad de Robín Hood.


Robín Hood, de cacharrero.


Robín Hood, de mendigo.

ROBÍN HOOD Y SUS ALEGRES CAMARADAS

UN día, allá por la época en que reinaba en Inglaterra Ricardo Corazón de León, paseaban por la bella y verde floresta de Sherwood, un apuesto joven y una hermosa doncella, unidos mútuamente por la promesa formal de matrimonio. Llamábase él Roberto, y era hijo del Conde de Húntingdon; ella, Mariana, y era hija del Conde de Fitz-wálter. Ambos amaban el bosque; ambos eran diestros en el manejo del arco; y la doncella montaba a caballo y cabalgaba con tanta gallardía como el mismo joven que la acompañaba. Mientras caminaban, cogidos de las manos, por los verdes claros del bosque, Roberto iba hablando de los alegres días que se les ofrecían en perspectiva, y Mariana sonreía de satisfacción al pensar en su próxima felicidad. ¿No habían de ser felices dos jóvenes enamorados que consideraban la vida como una deliciosa balada de verano?

Pero he aquí que un suceso imprevisto trastornó todos sus planes de ventura. Hallábase el rey en Palestina, y había quedado regente en su lugar su malvado hermano Juan Sin Tierra, hombre miserable que, para adquirir dinero y captarse el favor de los normandos, no vaciló en hacer la guerra a los nobles ingleses que poseían riquezas. Entre los que destruyó y arruinó contóse al Conde de Húntingdon. En medio de su felicidad y de sú valor, el pobre Roberto vió en un día, muerto su padre, destruída su casa, perdidos sus Estados, y él mismo reducido a la miseria y proscrito.

Logró escapar de los soldados de Juan, y, ocultándose con su arco en la espesa floresta de Sherwood se arrojó sobre la verde tierra y lloró la ruina que tan súbitamente le había sobrevenido.

Al llegar la mañana, reflexionó con calma sobre su situación y discurrió el modo de salvar su vida. La noche al aire libre le había aliviado en gran manera; la luz del sol naciente, penetrando por entre las embalsamadas ramas de los árboles, le había despertado en los primeros albores de la aurora; aspiró profundamente en sus pulmones el perfumado aire frío, sintió acariciado su rostro por la magnificencia del nuevo día, y se convenció de que la salvaje naturaleza del bosque era lo más hermoso del mundo.

—Puesto que Juan me ha proscrito—se dijo—haré de este bosque mi estado y me alimentaré con la caza que al rey pertenece; en adelante me llamaré Robín de Sherwood.

Escribió una triste carta a Mariana, refiriéndole todas sus desgracias y devolviéndole su libertad, puesto que no

podía pretender que una gran señora compartiese la vida de un proscrito en un bosque. Costóle no pocos suspiros enviar esta carta, pero su soledad en el bosque, que le hacía tan duro renunciar a su amada, fué pronto gratamente interrumpida.

Algunos valientes que habían estado al servicio de su padre, el Conde, fueron al bosque con sus arcos y sus saetas, y juraron pasar lo restante de sus días al lado de Robín. Negáronse a vivir bajo el gobierno de los normandos; querían ser proscritos—decían—gozar de libertad, ser los hombres alegres del bosque; Robín sería su rey. Y vivieron en el bosque inmediato a Nóttingham, ciudad que a veces visitaba Robín disfrazado de mendigo o de mercader.

Así fué como Robín llegó a ser el capitán de una banda de fornidos ingleses que no temían peligros, amaban las aventuras y se complacían en bromear y divertirse. Pronto acordó esta compañía el método de vida que habían de seguir. En aquellos días en que los caminos eran difíciles, la gente viajaba a caballo, y no pocos, frailes y mercaderes, pasaban por los bosques con las alforjas llenas de oro. Robín declaró que no veía ninguna injusticia en aliviar a esta gente del peso que sobre sí llevaban y que no pocas veces era fruto de los robos hechos a los pobres; los trataría, eso sí, con amabilidad, pero se proveería con su dinero. Así, por ejemplo, disfrazado de fraile, despojó un día a dos rollizos monjes y los tuvo de rodillas en oración durante dos horas. En cambio, ninguno de sus camaradas tocó nunca a un pobre el pelo de la ropa; más todavía, con lo robado a los ricos ayudaba a los menesterosos, en cuanto podía promover su alegría y felicidad.

En cierta ocasión jugó una divertida treta a un calderero que dijo tenía la orden del rey de arrestar al famoso proscrito. Díjole Robín que le hallaría en Nóttingham, y se ofreció a ayudarle en su empresa. Al llegar a la ciudad, Robín dió al calderero tan gran cantidad de cerveza, que éste se quedó dormido; mientras tanto huyó Robín sin pagar la cuenta.

De esta manera vivía Robín alegremente. La fama de su nombre se extendió por todo el país. La gente, a quien él detenía y robaba, contaba extrañas historias de cómo habían sido llevados a lo interior del bosque, invitados a un festín digno de un rey, tratados con toda cortesía y amabilidad, y, después de «haber pagado la fiesta», conducidos placenteramente y puestos de nuevo en camino.

Decían que Robín había vestido a los suyos con trajes de color verde y que aquellos sus alegres compañeros se entretenían cantando antiguas baladas inglesas y se ejercitaban mucho en el tiro de la ballesta; que había entre ellos un gigante de más de dos metros de altura, apodado Juanillón; otro hombre muy pequeño y rechoncho, llamado Mucho, y un jovial y grueso clérigo, a quien daban el nombre de Fray Tuck; y por fin, que a Roberto se le llamaba, no Robín de Sherwood, sino Robín Hood, y era como el rey de aquellos alegres camaradas. Nada tiene, pues, de extraño que, esparciéndose estas voces por tada la comarca, el Alguacil mayor de Nóttingham creyese que debía prender a Robín y colgarle de un palo, como a infame bandido, indigno de la vida.

Los bandidos eran muy osados; Juanillón llegó a entrar de criado en la misma casa del Alguacil mayor, en donde jugó no pocas tretas al viejo y avaro despensero, a quien acabó por aporrear, huyendo luego al bosque con la vajilla de plata de su amo. Poco después, los

bandidos se aventuraron a entrar de nuevo en la ciudad, para tomar parte en un concurso de tiro al arco, del cual era mantenedor el Alguacil mayor, quien daba como premio una saeta de plata. Robín obtuvo el premio, pero la citada autoridad quiso prenderle, y en la lucha que con este motivo se trabó, Juanillón fué herido. Sólo con gran dificultad pudieron escapar los proscritos, y el pequeñín Mucho tuvo que llevar a cuestas durante largo trecho al gigante Juanillón.

Pasando un día a caballo por el bosque, Robín encontró a un caballero a quien desafió. Entablada la lucha, Robín hirió a su adversario, y al arrodillarse a su lado y quitarle el yelmo, se quedó pasmado de asombro: su vencido competidor era Mariana. Iba a prorrumpir en un grito de dolor; pero viendo que la herida no era mortal y que la joven había ido disfrazada en busca de su prometido, se alegró en extremo, la abrazó tiernamente, y la condujo a su cueva. Tocó el cuerno, y de todas las partes del bosque acudieron sus hombres, los cuales, al saber quien era la recién llegada, prometieron obedecerla como a su reina. Inmediatamente se presentó el campechano Fray Tuck, con el libro debajo del brazo, y casó a Robín y a Mariana en el claro del bosque.

Un día, Robín detuvo a un desgraciado joven, llamado Allan-a-Dale, de quien supo que, después de haber tenido relaciones durante mucho tiempo con una hermosa joven que le amaba, el padre de ésta, un viejo malvado y avaro, la había prometido a un repugnante vejete, aunque muy rico, el cual por su edad podía ser su abuelo. La ceremonia había de tener lugar por la mañana; y el pobre muchacho estaba desesperado.

Robín le consoló y dió aliento, y a la mañana siguiente, se encaminó a la iglesia, seguido de lejos por sus hombres.

A la mitad de la ceremonia interrumpió al obispo de Hereford, y, tocando el cuerno reunió a todos los suyos, en medio de los cuales se pusieron Allan-a-Dale y Fray Tuck.

—Este novio es demasiado viejo—dijo Robín. Y luego, volviéndose a la novia, añadió:—Señora, mire usted si entre los que la rodean halla a alguien más digno de elección.

La novia escogió a Allan, y el fraile los casó allí mismo.

En otra ocasión cambió sus vestidos con los de un cacharrero, y, tomando el carro de éste, fué a vender los cacharros al mercado de Nóttingham. Otra vez, detuvo a un carnicero que, montado en su caballo, llevaba unos serones de carne a la ciudad, y, cambiando con él los vestidos, se marchó al mercado de la misma ciudad en que vivía el Alguacil mayor, que había jurado matarle. Las calles estaban atestadas de gente, y todos se maravillaban de ver a Robín vender carne de primera calidad, sólo a dos peniques la libra. Llegó a oídos del Alguacil lo que hacía aquel extraño carnicero, y en el festín del mercado le hizo sentar junto a sí.

—¡Cómo le voy a sacar el dinero a este simple!—pensó el Alguacil, que era un hombre muy avaro.





Robín apenas podía contener la risa al verse sentado en un lugar de honor, junto a su mayor enemigo. Preguntóle éste si eran muy grandes sus tierras.

—Millares de áreas—respondió Robín, riendo para sus adentros.

—¿Y mucho ganado?

—Centenares y centenares: las mejores reses de cuernos.

—No habléis tan alto—murmuró el astuto Ministril;—pero decidme cuánto me llevaréis por vuestro terreno y ganado.

—Trescientas libras esterlinas.

El Alguacil convino en visitar muy de mañana las posesiones de aquel necio carnicero. Cuando se acercaron al bosque de Sherwood, le dijo aquél:

—Aquí vive un hombre muy malo. ¿Creéis que nos encontraremos con él? Se llama Robín.

—¡Oh! estoy seguro de que no lo encontraremos—contestó riendo Robín.



En aquel mismo momento, pasaron delante de ellos como un centenar de hermosísimos ciervos cebados.



—Este es mi ganado cornígero—dijo riendo Robín.—¿Qué os parece? ¿No es magnífico?

Aquella misma noche volvió el Alguacil mayor a Nóttingham, sin tierras ni ganado de ninguna clase, y sin mil quinientos pesos oro, que había llevado consigo para hacer la compra al estúpido carnicero.

Otro de los enemigos de Robín era el obispo de Hereford, que nunca perdonó al bandolero su ingerencia en el matrimonio de Allan-a-Dale. Un hermoso día de verano se encaminó al bosque de Sherwood, custodiado por algunos soldados, con una cantidad de dinero para un monasterio distante. De paso, pensaba prender a Robín y llevarle prisionero al Alguacil de Nóttingham. Precisamente Robín se hallaba aquel día vagando solitario por el bosque, escuchando los mirlos y los tordos, y deleitándose con el suave aroma de los rosales silvestres, de la madreselva y de los helechos.

Antes de que Robín se diese cuenta, ya los soldados le habían visto y cargado sobre él. El bandolero huyó a escape, serpeando por los árboles, arrantrándose a lo largo de las zanjas, corriendo hacia la espesura mayor. Los caballos de los soldados tropezaban dando con los jinetes en el suelo. Robín, siempre corriendo, llegó a la choza de una pobre mujer; cambió con ella los vestidos, y le prometió que, si guardaba silencio, aun cuando la hiciese prisionera el obispo, no le ocurriría ningún daño.

Tan luego como conoció ella que podía servir al buen Robín y hacer una mala jugada



al malvado obispo que oprimía a los pobres, se puso contentísima. Robín pasó cojeando ante los soldados que sin reparar siquiera en él, entraron en la choza y se llevaron a la pobre mujer. No habían andado mucho, cuando a ambos lados del camino por donde habían de pasar, estaban ya esperándolos Robín con todos sus arqueros. Los soldados hubieron de entregar sus armas y el obispo el tesoro que llevaba.

—Pertenece al monasterio de Santa María —dijo el obispo.

—No por cierto—repuso Robín—sino a los pobres a quienes lo habéis quitado y a quienes les será devuelto.

Luego mandó celebrar una misa mayor al obispo, y todos sus hombres oraron a Dios bajo los árboles del bosque.

En cierta ocasión, Robín prestó a un caballero pobre una suma de dos mil pesos oro, para pagar a un abad egoísta que se los había dejado. El caballero llegó a la abadía en el preciso momento en que el abad comía y reía con toda satisfacción en compañía del juez de paz, a quien había invitado a comer y a arreglarlo todo para transferir las tierras del pobre caballero a la abadía.



El caballero pagó con gran pena de su alma las cuatrocientas, libras, echó en cara al abad su avaricia, volvió a montar en el caballo en que había ido, y, bendiciendo la bondad de Robín, volvió a su casa.

Tuvo también un duelo largo y formidable con el fraile gigante Fray Cristóbal, de la abadía de Fountains. Robín le disparó todas sus flechas, pero el fraile las paró con su escudo. Empezaron entonces una enconada lucha con las espadas, con tal destreza por ambas partes, que, quedando prendados uno de otro, llegaron a ser grandes amigos, y el fraile pasó a ser uno de los camaradas de Robín.



Estas historias y otras muchas semejantes, llegaron a oídos del rey Ricardo, cuando regresó de Tierra Santa. Determinó ver a Robín, pero aunque hizo muchas excursiones al bosque de Sherwood, ni vió al famoso capitán ni a ninguno de sus alegres camaradas. Dijéronle, entonces, que se vistiese de fraile, y así disfrazado, atravesó el bosque, y fué hecho prisionero por el bandido, no sin que el rey le hubiese dado un golpe que le hizo rodar por el suelo. Ricardo fué bien tratado, se le dió un festín, y en medio de él, enseñó el rey al bandolero un anillo, diciendo que, aunque monje, era un mensajero real. Al nombre del rey, levantáronse Robín y los suyos, y, descubierta la cabeza, exclamaron a una voz: «¡Viva el rey Ricardo!»

Quitóse en este momento el rey su disfraz, y Robín se arrodilló y besó su mano. Tan satisfecho quedó el monarca de esta lealtad y tan conmovido por la bondad del bandolero, que le concedió amplio perdón. Robín y sus camaradas siguieron al rey a Londres, y tuvieron una gran fiesta, en que derrocharon regocijo y alegría.

A la muerte de Ricardo, habiéndole sucedido en el trono su hermano Juan, Robín y los suyos hubieron de huir nuevamente al bosque. No lo sintieron mucho, porque amaban la vida y la naturaleza salvaje, y no tenían miedo de Juan, mientras tuviesen por propio reino el conocido bosque.

Pasaron los años; Robín enfermó gravemente, y cuando veía a sus jóvenes ejercitarse en el tiro, se ponía muy triste. Dijo que pensaba ir a visitar a su parienta, la princesa de la Abadía Kirkley, en el condado de York; y Juanillón, muy pesaroso de la enfermedad de su amo, le llevó allí. Deseaba estar al lado de su jefe a fin de cuidarlo; pero la princesa, sin hacerle caso, le mandó que le aguardase en el jardín de la Abadía. Aprovechando la ocasión, esta mala mujer, que odiaba a Robín por sus robos a los monjes y Abades, le hizo una sangría, pero en vez de aplicarle un vendaje bien apretado, anudó flojamente la venda, y salió, cerrando la puerta tras sí. Robín, pues, quedó solo, desangrándose, mientras el fiel Juanillón estaba en el jardín, sin perder de vista la ventana del aposento en que se hallaba su querido señor.

El jardín empezaba a ser invadido por la luz crepuscular, cuando se percibieron tres débiles notas salidas del cuerno de Robín.

—Debe de estar moribundo cuando sopla con tanta debilidad—exclamó Juanillón, enderezándose primero y luego echando a correr escaleras arriba; abrió violentamente la puerta y penetró en la habitación para abrazar a su señor.

—Me muero—dijo Robín, y quedó desmayado en los brazos del gigante.

Tras un momento, se incorporó.

—Dame mi arco y una saeta—dijo.

Tomó el arco, y, llegándose a la ventana, añadió:

—Quiero tirar una vez más; entiérrame donde caiga la saeta.

Estaba tan débil que la saeta cayó a los pocos pasos.

—Buen disparo, buen disparo—exclamó Juanillón con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿Por qué un buen disparo?—preguntó Robín con ansiedad.—¿De veras ha sido un buen disparo?

—Lo ha sido, señor.

Luego Robín, dijo:

Pondrás verde césped
bajo mi cabeza,
y harás que a mis plantas
  verde césped crezca.
El arco tendido
colócalo cerca,
y forma mi tumba
de grava y de hierba.
Haz grande la fosa
para que en la tierra,
sobre el blando césped
con holgura duerma;
y cuando esté muerto,
el mundo lo sepa:
que con su arco yace
Robín Hood en ella.

Aunque Robín yacía desmayado en los brazos de Juanillón; se incorporó de pronto, y mirando con zozobra desde la ventana abadial hacia la creciente oscuridad de la noche, murmuró roncamente:

—¿De veras ha sido un buen disparo?

Y al decir esto, se le dilataron los ojos, hirvióle el pecho, estremeciósele todo el cuerpo, y expiró.

LAS CHINELAS MÁGICAS

EN los antiguos tiempos, cuando todo el mundo viajaba en diligencias por las carreteras, los hosteleros andaban sumamente ocupados. Y por cierto que Sandro Reni, que tenía una posada en la carretera entre Siena y Florencia, era el más ocupado de toda Italia. Su posada se veía siempre llena de viajeros, y él hacía todo el trabajo. Murió su mujer y dejóle una hijita,

llamada Nina; y, cuando se convenció de que no podía pasar sin compañera, Sandro se casó segunda vez. Verdad es que no sacó gran ayuda de su segunda consorte: era muy hermosa, pero tan perezosa y vana como bella. Por desgracia, la fama de su gran hermosura se difundió muchísimo, lo cual la hizo todavía más perezosa y frívola. Cuando entraba un viajero en la posada, acostumbraba a presentarse a sí misma, y decia:

—¿Ha visto usted una mujer más hermosa que yo?

Al principio contestábanle que no; pero al fin, cuando Nina hubo crecido bastante, decían:

—¡Ya! Pero bien ve usted que su hijastra es en realidad una muchacha encantadora.

Por este tiempo, la gran admiración de que era objeto esta mujer, le había trastornado la cabeza, hasta el punto de no poder sufrir que se alabase a nadie en presencia suya, sino a ella; esto la hacía enloquecer de celos. Miraba con ojos de despecho e ira a su hijastra, y se decía a sí misma:

—Si no quito de en medio a esta chiquilla, perderé toda mi fama.

La hostelera había recibido muchas joyas de sus admiradores; vendió la mitad de ellas, y dió todo el importe de la venta a dos malvados, diciéndoles que llevasen a Nina a un bosque distante, y allí la matasen y enterrasen. Los dos miserables llevaron a Nina al bosque, pero quedaron tan conmovidos al ver su inocencia y hermosura, que no tuvieron valor para derramar su sangre; atáronla, pues, a un árbol y la dejaron así para que muriese.

Allí permaneció durante cinco días y cuatro noches, pero a la quinta noche, precisamente cuando ya desfallecía, reuniéronse una banda de ladrones debajo del árbol para repartir sus robos.

—¡Oh cielos!—exclamó el capitán de los ladrones, al dar sobre el blanco vestido de Nina la luz del fuego que habían encendido.—Un ángel nos está mirando.

Los ladrones quedaron aterrorizados.



Nina abrió los ojos, se incorporó, y el joven duque la abrazó con gran alegría.

Luego, viendo que la blanca figura permanecía inmóvil, el capitan se acercó arrastrándose despacito y la tocó.

—¡Cómo! Si es una niña . . .¡y qué hermosa!—exclamó.—Aprisa, cortad las cuerdas . . . la pobre está moribunda.

Los ladrones transportaron a Nina a su cueva, la asistieron cuidadosamente, y, cuando hubo vuelto en sí, les contó su historia.

—Perfectamente—dijo el capitán de los ladrones.—Creo que sería imprudente en ti volver a tu casa. Tu madrastra hallaría seguramente otro medio de

quitarte la vida. Quédate con nosotros y sé nuestra despensera.

Así lo hizo Nina. Desempeñó en la cueva de los ladrones los oficios de ama de llaves, y les preparaba la comida. En recompensa, ellos la trataban como a una hermanita, y siempre que iban a Siena o a Florencia a vender los objetos robados, le compraban joyas y ricos vestidos. Detuviéronse un día en la posada de Sandro Reni, y como la esposa del hostelero viese uno de estos vestidos, preguntó:

—¿Para quién es esto?

—Para otra mujer mucho más hermosa, dijo el capitán de los ladrones.

La madrastra adivinó al punto para quién era. Vendió la otra mitad de sus joyas, y dió todo el dinero que de ellas sacó a una bruja, de la cual recibió en cambio un par de chinelas. Cuando volvió el capitán de los ladrones, le dijo la hostelera:

—He aquí un rico presente para la joven de quien me hablabais el otro día.

El capitán tomó las chinelas para Nina, y al mediodía, cuando estuvo sola, se las puso. Cuando llegaron los ladrones por la noche, hallaron muerta a su hermanita en el suelo de la cueva, sin poder comprender cómo podía haber muerto.

—¡Oh, cuán hermosa es!—dijo el capitán.—Hagamos de la cueva su tumba y adornémosla como una princesa.

Los ladrones levantaron un lecho en medio de la cueva, y colocaron a Nina encima de él, adornada con sus joyas y mejores vestidos, y se retiraron, llenos de tristeza, a habitar en otra parte del bosque.

Viendo que aquel lugar no estaba ya infestado de ladrones, empezaron a acudir allí muchos cazadores en busca de caza mayor. Un día, el joven duque Toscano vió un jabalí, que se metió corriendo en la cueva.

—Ya es nuestra la pieza—dijo.

Apeóse del caballo, entró en la cueva y encontró a Nina tendida en el lecho.

—¡Oh, qué milagro de hermosura! Seguramente vive—exclamó.

Mas, por mucho que lo intentó, no le fué posible volverla a la vida, ni obtener de ella el más mínimo movimiento. Al fin, cuando iba a caer la noche, se dispuso a dejarla.

—Pero bien vale la pena de que me lleve un recuerdo—se dijo a sí mismo.

Sacóle una de las chinelas de raso, y, con no poco asombro, advirtió que la jovencita abría un ojo; sacóle entonces la otra, y ella, después de abrir el otro, se levantó. El joven duque la abrazó lleno de alegría, la sacó de la cueva, la acomodó en su caballo y la condujo a su palacio.

Oída la historia de la joven, el duque castigó a la madrastra, a la bruja y a los dos hombres que la dejaron en el bosque. En cambio, perdonó a los ladrones y los tomó a su servicio; y cuando tuvo lugar la solemne boda del joven duque con la amable Nina, Sandro Reni renunció a su inquieto comercio de hostelero, y se convirtió en un personaje de aquel país, como padre de la duquesa.

LAS HADAS DE SAN DAVID

ALLÁ en tiempos remotos, un tal Heliodoro, muchacho de trece años, al verse castigado por su maestro, escapóse y se ocultó en una cueva junto al río, en donde permaneció sin comer durante dos días. Apareciéronsele entonces dos hombrecillos, y le dijeron:

—Síguenos, y te llevaremos a la Tierra de las Delicias.

Siguióles Heliodoro por un oscuro pasaje subterráneo, hasta llegar a un rico y hermoso país, pero en el cual no había ni sol, ni luna, ni estrellas; únicamente estaba iluminado por luz crepuscular. Los dos hombrecillos presentaron a Heliodoro ante su rey, y éste le hizo compañero de su hijo mayor. Todos los habitantes de la Tierra Crepuscular eran muy pequeños, pero hermosísimos y con una larga cabellera de oro que les llegaba hasta los hombros. El rey de la Tierra Crepuscular permitió a Heliodoro volver a su casa por

el pasaje subterráneo y visitar a su madre; el joven aprovechó el permiso, y como explicase a su madre que vivía en una tierra tan rica, le rogó ella que le trajera algunos de sus tesoros.

A fin de satisfacer los deseos de su madre, la primera vez que jugó con el hijo del rey, le robó una pelota de oro, y fuése corriendo con ella a su madre. Pero los dos hombrecillos persiguieron al muchacho y lo alcanzaron en el preciso momento de pasar la puerta del subterráneo; tomáronle la pelota de oro y partieron.

Heliodoro, muy triste por haber robado la pelota de oro, quiso ir al rey a pedirle perdón, pero el pasaje en la cueva junto al río estaba cerrado, y nunca más volvió a abrirse para Heliodoro.

EL SEÑOR DE LOS LEONES

TIEMPO atrás, un colono de Uganda llevó consigo un asno, el cual, habiendo logrado escapar al bosque, empezó a rebuznar por tanto tiempo y con tanta fuerza que despertó a un león. El rey de la selva se levantó y quedó mudo de asombro. ¿No era peligroso embestir a este animal nuevo y extraño de largas orejas?

—¿Quién eres?—le dijo.

—El señor de los leones—contestó el asno.—¿No has oído mi pregón de desafío?

—Sí—repuso el león,—pero no hay necesidad de pelear. Formemos una liga contra todos los demás animales.

Empezaron, pues, a caminar juntos, y llegaron a orillas de un río. El león lo cruzó de un salto; mas el jumento tuvo que pasarlo a nado y, por cierto, a duras penas.

—¿Cómo? ¿no sabes nadar?—le preguntó el león.

—¿Nadar? Pues ya lo creo; nado como un pato. ¿No has visto cómo he cogido con mi cola un pez enorme, cuyo peso me empujaba hacia abajo hasta casi hacerme ahogar? Pero te he visto tan impaciente que lo he soltado.

Poco después llegaron a una pared. El león la saltó; pero el asno puso encima sus dos patas delanteras, sin poder pasar adelante.

—¿Qué haces aquí?—interrogó el león.

—Me estoy pesando. Quiero saber si la parte anterior de mi cuerpo es tan pesada como la posterior.

Después de terribles esfuerzos, el asno consiguió pasar a la otra parte.

—Estoy viendo que no eres fuerte en manera alguna. Te desafío.

—Como gustes—repuso el burro.—Pero hagamos antes una verdadera prueba de fuerza. Cuando voy solo, nunca salto una pared; la derribo. Veamos si también lo haces tú.

Empezó el león a golpear la pared con sus garras, pero se las magulló de tal manera que hubo de desistir de su intento. Entonces el asno acoceó furiosamente las piedras con sus cascos de hierro, y la vieja pared cayó pronto por tierra.

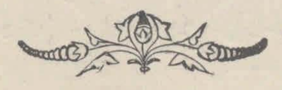
—¡Diablos! veo que eres fuerte—dijo su compañero lamiéndose las garras lastimadas.—Te aclamaré por señor de los leones.

Al día siguiente se reunieron todos los leones de Uganda, y el asno, con paso majestuoso, los condujo a un valle, lleno de cardos y de espinas.

—¡Por Dios! no pases por aquí—le gritaron aterrorizados los leones.—Las espinas te lastimarán las garras.

—¡Bah! ¡qué miedosos y miserables sois!—dijo en tono despectivo el jumento.—Miradme.

Y, con gran asombro de la asamblea, empezó a comer los cardos y plantas espinosas. Al punto fué aclamado señor de los leones; y como nunca necesitó de las piezas que cazaban sus súbditos, les agradó mucho más que todos los demás reyes que hasta entonces habían tenido.



EL SR. CONEJO, EL HORTELANO Y LA SRA. ZORRA

GUSTÁBANLE al señor Conejo las coles tiernas y apetitosas; y de ellas se hartaba a su sabor en una huerta vecina. Advirtió el hortelano que sus coles desaparecían; y así, con el mayor disimulo posible, puso entre ellas un lazo, colgándolo de un palo. No tardó el ladronzuelo en caer en él, quedando suspendido en el aire.



—¡Ola!—díjole el hortelano al verle—¿de modo que eras tú el que te comías mis coles? Espera un momento; deja que vaya por una estaca y ya verás cómo nos entendemos.

Fuése el hombre al bosque a cortar un buen palo y entretanto acertó a pasar cerca del señor Conejo la señora Zorra.

—¿Qué haces ahí con esa soga al cuello?—le preguntó la señora Zorra.

No contestó el señor Conejo, sino que sonriente se balanceaba en el aire.

—No es nada—dijo al fin—figúrese, señora Zorra, que me han atado para que no me escape y llevarme con ellos por fuerza.

—¿Ir con quién?—le preguntó curiosa la señora Zorra.

—Con unos amigos a un banquete de boda. Yo no quiero ir porque mis pequeñitos están con fiebre, y mi sentimiento es que no puedo avisar al médico.

—Mira—le dijo la señora Zorra—Yo iré contigo a la fiesta, pues tengo mucha hambre y en aquel festín podré sacar la panza de mal año. Espera que te desate y corre a buscar al doctor, y entre tanto yo me quedaré en tu lugar.

En un abrir y cerrar de ojos puso la señora Zorra en libertad al señor Conejo, metiendo ella la cabeza en el nudo.

Llegó al poco rato el hortelano armado de un garrote.

—¡Caracoles!—exclamó.—He oído hablar de personas que se encogían de miedo, pero tú eres el primero que de miedo te has hinchado y no una friolera, pues eres cuatro veces mayor, y si mal no reparo hasta el color de tu piel ha cambiado. Espera que te sacuda el polvo.

Y dió a la pobre señora Zorra tal paliza que se le rompió la estaca y hubo de volver al bosque por otra.

—¡Eh, señora Zorra!—le gritó el señor Conejo que estaba por allí, oculto entre unas matas—¿No ha pasado todavía la boda?

—Por lo que más quieras quítame esta cuerda o de lo contrario ese bruto acabará conmigo. Todo te lo perdono y no te haré daño alguno—le suplicó la desgraciada.

Puso el señor Conejo en libertad a la apaleada señora Zorra y cuando ya volvía el hortelano con un mastín, ella y señor Conejo huían por aquellos campos a más no poder.



LA HISTORIA DE LOS MESES

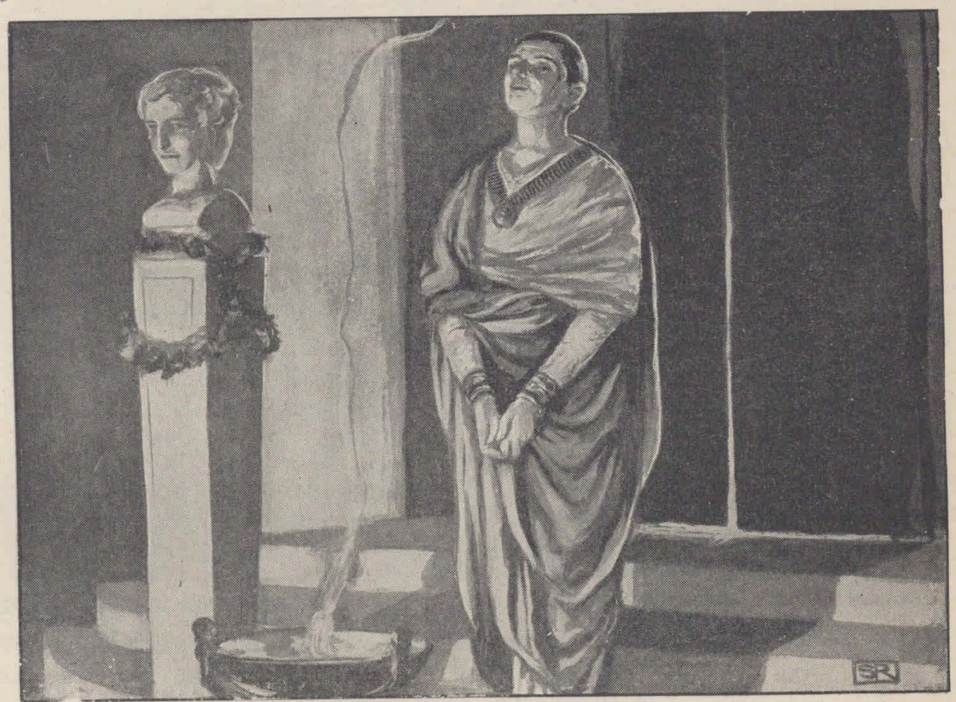
ENERO, FEBRERO, MARZO, ABRIL, MAYO, JUNIO, JULIO, AGOSTO, SEPTIEMBRE OCTUBRE, NOVIEMBRE, DICIEMBRE

CON la aparición del cristianismo murieron todas las divinidades mitológicas; pero de entonces acá han rodado los siglos sobre el mundo, sin lograr destruir en la memoria de los hombres el multiforme recuerdo de aquellos humanos dioses y gentiles diosas. Estrechamente ligados sus nombres a las costumbres e instituciones de los romanos, y sobre todo al cómputo del tiempo todos los pueblos de origen latino los hemos recibido y conservado en nuestro calendario, que procede directamente del establecido por Julio César. De esta suerte vemos hoy que hasta sobre el mismo calendario cristiano parecen vagar las sombras de aquellos fenecidos dioses.

Vamos, pues, a trazar la historia de los nombres de los doce meses; y para seguirla con más agrado, figurémonos estar presenciando el desfile triunfal de estos doce meses romanos.

ENERO

Rompe la marcha un dios con doble rostro, uno que mira hacia adelante y hacia atrás el otro, según puede verse en el grupo escultórico de nuestro grabado. Su nombre es Jano; los romanos le adoraban en un templo que permanecía abierto en tiempo de guerra, y cuyas puertas se cerraban durante la paz. Era el dios de los principios y de los fines; y así todo piadoso romano que deseaba emprender bien un negocio, o terminar felizmente una empresa, imploraba la asistencia de Jano. Era, así mismo, este dios el guardián del cielo; y los romanos le consideraban como protector de los atrios y puertas de sus hogares. El templo de Jano tenía doce



EL DIOS JANO A QUIEN LOS ROMANOS CONSAGRARON EL MES DE ENERO TENÍA DOS CARAS

puertas, número que correspondía al de los doce meses del calendario juliano.

La idea que sugirió la manera de representar al dios Jano fué en extremo feliz. En efecto, atribuíasele la facultad de ver al mismo tiempo lo porvenir y lo pasado; y por eso sus estatuas nos lo muestran con dos caras, mirando en direcciones opuestas; y, si advertimos que el comienzo del año es la ocasión oportuna de considerar el tiempo que huyó y de prever el que nos traen los nuevos doce meses que se nos ofrecen en perspectiva, veremos cuan acertados anduvieron los autores de dicha representación simbólica. Es, por tanto, Enero el mes que invita a reflexionar en los años ya transcurridos, y a tomar resoluciones previsoras para el año que empieza. La palabra Enero viene del latín « Januarius » que a su vez deriva de « janua », puerta; porque el primer mes del año es el que le inaugura y por decirlo así le da entrada.



EN EL MES DE FEBRERO CELEBRABAN LOS ROMANOS FIESTAS EN HONOR DE LA DIOSA FEBRUA

FEBRERO

Sigue al dios Jano, en la imaginaria comitiva, una majestuosa matrona romana. Es Februa, la diosa de las purificaciones. Celebrábanse en el segundo mes del año fiestas especiales en honor de Juno y de Plutón, rey de los infiernos; y había sitios especiales para aplacar las almas de los difuntos. Estas fiestas lo eran también de expiación para el pueblo, y se denominaban « februales ». Es Febrero el mes más corto del año, pues tiene 28 días en los años comunes y 29 en los bisiestos. Añádesele este día, porque, constando el año aproximadamente de 365 días y 6 horas, al cabo de cuatro años estas seis horas han formado un día que se agrega a Febrero por ser el más breve de los otros once meses. Data esta innovación de tiempos de Julio César, el cual, al ver que la acumulación de estas fracciones de días acarreaban una perturbación notable entre las fechas vulgares y las revoluciones celestes, llamó a Roma a Sosígenes, célebre astrónomo de Alejandría, el cual propuso que cada cuatro años el día 24 de Febrero, que según el cómputo romano se llamaba « sexto kalendas martii », se repitiese, quedando de este modo dicho mes aumentado en un día, llamado « bissextus », dos veces sexto,—de donde el año tomaba la denominación de « bissextilis », esto es, bisiesto. La falta de exactitud de este cómputo, hizo necesaria con el tiempo la corrección gregoriana, llamada así del Pontífice que la decretó, en virtud de la cual se suprimieron algunos años bisiestos y se restableció en su verdadero lugar la época del equinoccio de primavera.

MARZO

El tercer personaje que desfila en el mitológico cortejo yérguese altivo sobre un dorado carro, arrastrado por dos caballos llamados el Terror y la Fuga. Su aspecto es el de un guerrero temible, de porte arrogante y majestuoso; su diestra empuña poderosa lanza, y mientras con el brazo izquierdo sostiene alzado su luciente escudo, levanta la cabeza tan alta, que los relámpagos juguetean sobre su bruñido casco. Es Marte el dios de la guerra.

Los romanos le consideraban además como un dios omnipotente a causa de su gran poderío y fortaleza. Pedíanle la lluvia para los campos, y le consultaban en sus asuntos privados, sacrificando sobre su ara ya un caballo, ya una oveja; ora un lobo o una picaza, o bien un buitre.

Solían también los soldados al ir a la guerra, llevar consigo una jaula con polluelos, consagrados a Marte; y antes de entrar en combate daban trigo a estas sagradas aves, observando atentamente si lo comían o lo rehusaban. Por medio de tales prácticas creían adivinar si tenían propicio y favorable a Marte, o si, por el contrario, había augurios de un combate difícil y de dudoso éxito. Veían también en el trueno y en el relámpago señales del poder e indignación de Marte, que ha dado su nombre al tercer mes del año.



MARZO ESTABA DEDICADO AL DIOS MARTE, DEL CUAL TOMÓ SU NOMBRE

ABRIL

¡Cuán diferente del terrible dios Marte es la cuarta figura del cortejo! Sigue al pesado carro del dios guerrero un espíritu alado, leve y sutil como la brisa, cubriendo de flores las huellas de las crujientes ruedas. Es Aprilis, es decir « el que abre ». Aunque no en todos los países guarda la misma relación la unidad de tiempo, mes, con los movimientos de la tierra, y por consiguiente, con las diferentes estaciones del año, era para los romanos Abril el mes que abría las puertas de la vida a la naturaleza aletargada y aterida por los fríos del invierno. De este mes decían con admiración « Omnia aperit », esto es, « abre todas las cosas », pues los campos, valles y bosques romanos se revestían de verdura y parecían despertar de un largo sueño de soledad y tristeza.

MAYO

Ofrécesenos después, en la fantástica parada, la apacible y majestuosa figura de la diosa Maya, sentada en un trono de luz. Era esta diosa hija de Atlas, rey fabuloso de Mauritania, que fué metamorfoseado por Júpiter en montaña, de donde fingieron los autores de la mitología que había sido condenado a sostener el mundo sobre sus hombros. Había tenido Atlas siete hijas, las cuales habitaban en una montaña, y fué Maya la más afamada de las hermanas por



EN ABRIL LA DIOSA DE LAS FLORES RECORRÍA LOS BOSQUES ROMANOS, DERRAMANDO SUS DONES

haber tenido un hijo, el dios Mercurio, que era el mensajero celeste entre los dioses y los hombres. Júpiter, padre de todos los dioses, colocó a Maya con sus hermanas en el cielo, como brillantes astros. El grupo de estrellas o constelación que conocemos bajo el nombre de « Pléyades », está formado por las siete hijas de Atlas, metamorfoseadas en estrellas.

La séptima es invisible y representa a una de las siete hermanas que se casó con un hombre llamado Sísifo. Fué éste condenado por sus robos y crueldades, después de su muerte, a subir en los infiernos una enorme piedra a la cima de una montaña, de donde volvía a caer sin cesar. Horrorizada su esposa por tan cruel castigo, veló su rostro con tristeza y pesadumbre.

JUNIO

Dos personajes avanzan tras la bella diosa Maya, disputándose el primer



LA BELLA DIOSA MAYA, A QUIEN LOS ROMANOS CONSAGRARON EL MES DE MAYO

lugar. Es uno la diosa Juno y el otro un altivo romano, de nombre Junius. Hay divergencia de opiniones sobre el nombre de este mes, que unos creen consagrado a Junius y otros, que son la mayoría, a la diosa Juno.

Era esta gran divinidad femenina reina del cielo y esposa de Júpiter. Su trono de oro estaba junto al de su esposo; todos los dioses le rendían homenaje cuando se presentaban en el palacio divino; su cólera era terrible, y cuando se agitaba en su trono hacía temblar al Olimpo entero. Tenía poderes superiores, por virtud de los cuales ejercía dominio en los fenómenos celestes, producía el trueno en las alturas del éter, desencadenaba los vientos y mandaba a los astros.

En sus horas de esparcimiento gustábale vagar por los bosques sagrados en un caprichoso carro romano, tirado por magníficos pavos reales.



LA DIOSA JUNO VAGANDO POR LOS BOSQUES SAGRADOS EN UN CARRO TIRADO POR PAVOS REALES

JULIO

La figura que sigue el desfile es Julio César, soldado y emperador, y uno de los hombres más grandes de la antigüedad. Miembro de una ilustre familia patricia, y no satisfecho con tan ilustre abolengo, quiso que los poetas cantaran su descendencia de los dioses. A los diez y siete años fué nombrado sacerdote de Júpiter. Su juventud fué corrompida, mas a pesar de ello, era tan amante de la elocuencia que marchó a Rodas a recibir lecciones de un célebre retórico, y cuando regresó a Roma supo valerse del maravilloso don de la palabra para ganarse el favor popular. Más tarde fué nombrado Pontífice Máximo, a pesar de sus relajadas costumbres y de sus ideas sospechosas de ateísmo. Valiente y entendido general, derrotó a los helvecios y recorrió triunfalmente las Galias; conquistó Bélgica, invadió la Germania y la Bretaña logrando dominar una parte de esta isla. Después de estas campañas, más de tres millones de hombres reconocieron la autoridad de Roma. El brillo de sus sucesivas victorias le hizo inmortal. Fué también ilustre escritor, y a él se debe la reforma del calendario, como hemos visto al tratar del mes de Febrero. Julio, que es el séptimo mes de nuestro año civil, era el quinto en el primitivo calendario romano, como veremos más adelante, y se llamaba « Quintilis ». En honor de este emperador que nació el 12 de este mes se le cambió el nombre de Quintilis por « Julius », de donde deriva el nombre de nuestro mes de Julio.

AGOSTO

Viene en pos de Julio César su sobrino y heredero Augusto, que fué primera-



JULIO CÉSAR EN CUYO HONOR SE CAMBIÓ EL NOMBRE AL MES QUINTILIS

mente conocido con el nombre de Octavio y rigió el imperio romano con los triunviros Marco Antonio y Lépido. Al fin quedó único dueño del poder; y su reinado fué la época, si no más gloriosa, por lo menos la más brillante de la historia romana, pues dejó huellas en la literatura de todos los pueblos. Las letras, la poesía y la elocuencia produjeron esas obras maestras que son la más alta expresión del genio latino y que tanto contribuyeron a la gloria de aquella época, llamada por la historia « siglo de Augusto » y que se vió ilustrada por Horacio, Virgilio, Tito Livio, Salustio, Ovidio y otros muchos hombres de talento, protegidos por Mecenas o por Augusto. De esa misma época data el florecimiento de la arquitectura romana. Recibió Octavio con los diversos poderes civiles y religiosos el título de « Augustus ». Con este nombre, que ha dado origen al vocablo español « Agosto », se designó el octavo mes del año civil por celebrar en él el emperador los principales acontecimientos de su vida. En efecto, en ese mes fué nombrado cónsul, puso término a sus guerras y conquistó el Egipto. El pueblo romano llevó su adulación al extremo de añadir un día al mes « Augustus », tómandolo de Febrero, a fin de que su emperador no se creyese



CÉSAR AUGUSTO, PRIMER EMPERADOR ROMANO

postergado a Julio César, cuyo mes, Julio, contaba treinta y un días. De ahí que el mes de Febrero siga siendo aún el más corto del año.

SEPTIEMBRE

Es Augusto el último personaje de la pagana procesión a que asistimos. Los restantes, que forman la imaginaria comitiva, se nos presentan disfrazados bajo nombres enigmáticos que trataremos de descifrar. Como a personajes semianónimos, que parecen avergonzarse de mostrársenos a cara descubierta, no los hemos creído merecedores de ser representados directamente en nuestros grabados.

Necesario es recordar aquí que el primitivo año romano constaba de diez meses, cuatro de 31 días y los seis restantes de 30, que hacen un total de 304 días. El primero de los meses era Martius—Marzo—, siendo, por consiguiente Septiembre el séptimo número ordinal que los romanos escribían como todas los demás cifras por medio de las letras de su alfabeto. VII, pues, significa, « septem », de donde deriva « September », en castellano Septiembre.

Era este mes para los romanos, como lo es hoy para muchos pueblos, el mes de las cosechas y vendimias, pues sus condiciones metereológicas eran las más a propósito para que los frutos alcanzasen perfecta madurez.



EN SEPTIEMBRE RECOLECTABAN LOS ROMANOS SUS COSECHAS Y VENDIMIAS

OCTUBRE

Este nombre proviene de *octo*, que en latín significa ocho, pero Octubre, que en un principio fué el octavo mes del calendario romano, pasó a ser el décimo desde que Numa, rey de Roma, fijó el principio del año en el día primero de Enero, aunque conservando su nombre primitivo. Desde entonces ha ocupado constantemente el mismo lugar en el año, sin variar de nombre, no obstante haberle dado otros algunos emperadores, pero que no tuvieron aceptación.

Celebraban en este mes los romanos y griegos muchas festividades. En unas era costumbre hacer libaciones con vino añejo en obsequio a Medritina, diosa de la Medicina. Solíase, en otras, arrojar a los pozos y fuentes coronas tejidas de flores y hierbas, como tributo a las ninfas a quienes estaban consagradas estas fiestas, y era también el mes de la recolección de frutas, cuyas primicias ofrecían a las divinidades.

NOVIEMBRE

Era el noveno del año en el antiguo cómputo romano, y por eso le llamaban « November ».

Contábase entre los más importantes en cuanto a festividades y ritos religiosos, y estaba consagrado a Diana. Empezaba con un banquete ofrecido a Júpiter y con los juegos circenses, llama-



OCTUBRE, EL MES DE LAS LIBACIONES SAGRADAS Y OFRENDAS DE FRUTAS A LOS DIOSES

dos así porque tenían lugar en el circo o anfiteatro. A ellos eran tan aficionados los romanos, que, en la época de su decadencia, no pedían al emperador otra cosa más que pan y juegos circenses. En el mismo mes celebraban los juegos « Plebeyos », instituidos para celebrar la reconciliación de patricios y plebeyos; se ofrecían sacrificios a Neptuno, dios de los mares, y se celebraban las fiestas « brumales » o del invierno por empezar para ellos en este mes esa estación del año. Era, en efecto, ese mes generalmente lluvioso y poco apacible, y durante él se dejaban ya sentir los fríos intensamente, lo cual sucede en muchos países según su posición geográfica, con relación al sol.

DICIEMBRE

Cierra nuestro curioso cortejo el último de los personajes que llevan por nombre un número disfrazado con la misma extraña desinencia que los anteriores. Era Diciembre—del latín « December »; de « decem » diez—el décimo y último mes del cómputo romano. Introdujéronse después dos meses más, que, como hemos visto, tomaron los nombres de Julio César y Augusto—



EN NOVIEMBRE, SE SIENTEN YA EN MUCHOS PAÍSES INTENSOS FRÍOS



DICIEMBRE, EL MES DEL PADRE NOEL Y DE LOS JUGUETES EN LOS PAÍSES CRISTIANOS

Julio y Agosto—pues el año para ellos, como para nosotros, comenzaba por Enero, según queda dicho. Mas, aunque de incorrecta etimología, se conservaron los mismos nombres para los cuatro últimos meses del año. En él celebraban los romanos sus famosas fiestas «Saturnales», en las cuales se entregaban a toda clase de regocijos en medio de la mayor licencia. Desde el principio de la era cristiana es Diciembre el mes de las fiestas del hogar, en que el mundo cristiano conmemora el nacimiento de Cristo. Es en muchos países el mes del Padre Noel o Cristmas y de los juguetes que con tanta impaciencia esperan los pequeñuelos.

FÁBULAS DE ESOPO

EL VIEJO Y SUS HIJOS

Un labrador anciano que tenía varios hijos, enemistados todos entre sí, se valió del siguiente medio para hacerles entrar en razón y avenirlos. Congrególos a todos, y mandando traer una porción de varas, las reunió en un solo haz, y preguntó cuál de ellos se atrevería a romperlas. En valde lo intentaron uno tras otro, sin poder conseguirlo, y entonces el padre, desatando el haz, les manifestó cuán fácilmente se rompía cada vara estando sola.

De esta manera, les dijo, nadie podrá venceros si estáis unidos, hijos míos, pero si estáis divididos y enemistados, el primero que quiera haceros mal, os perderá.

La unión hace fuertes a los débiles, y la división convierte en débiles a los fuertes.

LOS DOS CANGREJOS

Decía un cangrejo a su hijo que observaba que andaba con las piernas torcidas, defecto del que deseaba se corrigiese

—Madre mía, respondió el hijo, yo no hago sino lo que veo que hacéis vos. Si andáis de la misma manera, ¿cómo queréis que yo me corrija? Vos debíais haberos corregido primero.

Antes de reprender a otros, debemos procurar corregirnos nosotros mismos.

LA TORTUGA Y EL ÁGUILA

Disgustada una tortuga de tener que andar siempre por la tierra, suplicó al águila la levantase por los aires lo más alto posible. Hízolo así la reina de las aves y la subió hasta las nubes; viéndose tan ufana la tortuga que exclamó:

—¡Cuánta envidia me tendrán ahora todos los animales que me miran en tanta elevación sobre ellos!

No pudo, al oir esto, sufrir el águila tanta vanidad, y soltando la tortuga cayó este orgulloso animal sobre unos peñascos, haciéndose mil pedazos.

Locura es engreirse con los favores de la fortuna. Muchas veces la aparente prosperidad se torna en desgracia.

HIDROGRAFÍA Y OROGRAFÍA DE LA INDIA

Durante largos siglos, la India vivió una vida peculiar, aislada del resto de Asia por la cordillera en que se hallan varias de las montañas más altas del mundo. Únicamente atravesando estas montañas, o por mar, puede llegarse a este maravilloso país. Las grandes tempestades, tan frecuentes en el Océano Índico, impidieron a los primitivos navegantes llegar a la India en sus pequeños navíos; de modo que este inmenso territorio quedó casi desconocido hasta que los buques de las naciones europeas doblaron el cabo de Buena Esperanza. La cordillera que separa la India del Afganistán sólo puede atravesarse por contados pasos, entre los cuales merecen citarse los de Khyber y Bolán.


Camellos transportando mercancías de la India por un puente de barcas

LA INDIA, LA PERLA DEL ORIENTE

MUY lejos, en la parte del sur del continente asiático, se extiende un vasto país llamado India y más ordinariamente Indostán, lleno de habitantes, muy diferentes de nosotros, gente que habla extraño lenguaje, que lleva extraños vestidos, que vive en extrañas casas, que tiene extrañas costumbres, que profesa extrañas religiones; pueblos, en fin, tan desemejantes entre sí como los italianos y los españoles lo son de los alemanes y de los ingleses.

Ello, no obstante, todos guardan entre sí alguna semejanza, como la tienen en alguna manera todos los países de Europa; se diferencian aquellos pueblos unos de otros, pero no tanto como de los europeos. En efecto, el Indostán es un país grandísimo de 3.500,000 kilómetros cuadrados con 300.000,000 de habitantes. La mayor montaña del mundo, el Monte Everest, se halla en la frontera india.

Sus dos ríos mayores son el Indo y el Ganges. Las clases más corpulentas de animales salvajes viven en el Indostán, a saber: elefantes, que los naturales han domesticado para su servicio; leones, aunque ya en corto número; grandes leopardos y tigres, los más fuertes, hermosos y crueles de la familia a que también pertenece nuestro gato; bravos búfalos salvajes de poderosa cornamenta, con quienes a veces teme luchar el mismo tigre; cocodrilos en los ríos, que devoran a los hombres y al ganado en que pueden hacer presa; serpientes, grandes y pequeñas, incluyendo la más terrible de todas, la cobra, para cuya mordedura mortal no hay remedio alguno. En el Indostán el calor del sol es muy grande, y la lluvia cae en impetuosos torrentes.

Veamos ahora, con el mapa en la mano, todo el conjunto de este gran país, y notemos lo que sea digno de importancia acerca de él, sus límites, sus montañas, sus ríos y sus llanuras.

EL INDOSTÁN RODEADO DE MONTAÑAS Y DE MAR

Lo que primero salta a la vista es la forma del Indostán, cuya mitad meridional es un triángulo, o cuña, que se introduce en el océano Indico, de manera que se halla limitado al Sudoeste y al Nordeste por el mar. A esta parte se le da el nombre de Península. Vese luego una enorme cordillera que forma una especie de curva, a modo de garfio, desde el extremo superior izquierdo o ángulo occidental de la Península, hacia el Norte y luego hacia el Este, hasta llegar al extremo del ángulo de la derecha; de manera que al Noroeste, al Norte y al Nordeste, el Indostán se halla limitado por montañas.

Siendo esto así, claro está que nadie podrá ir a este país si no es por mar o trasponiendo las montañas. Estas montañas son tan altas y de tan difícil

acceso que, en realidad, sólo hay dos pasos por los cuales puede penetrar en la India un ejército; y ambos se encuentran en la parte Noroeste; de modo que, si estos dos pasos están bien guardados que no puedan ser forzados por ningún ejército, el invasor no entrará en el Indostán si no es por mar. Y ésta es la razón por la cual los pueblos que habitan el Indostán viven tan aislados de las demás naciones, hasta el punto de no asemejárseles en nada y de guardar intactos sus propios hábitos y costumbres. En efecto, antiguamente las armadas no podían hacer viajes tan largos como los que se hacen hoy día; y la costa de esta península se hallaba demasiado distante de otros países para que pensase nadie en conquistarlo por mar. El océano y las montañas eran una barrera entre el imperio de la India y lo restante del mundo.

LA PARTE SEPTENTRIONAL DE LA INDIA, QUE RECIBE EL NOMBRE DE INDOSTÁN, PROPIAMENTE DICHO

Nótese, además, que el triángulo se ensancha en gran manera en su parte superior, y precisamente debajo del lugar donde se ensancha hay un río que nace algo al Este en el centro del país, y después de un curso casi recto hacia Poniente, desemboca en el Océano occidental. Llámase este río, el Nerbuda, y divide la India en dos mitades; una la septentrional, llamada Indostán propiamente dicho, y otra, la meridional llamada Decán.

Ahora bien, en el Indostán propiamente dicho, hay dos grandes ríos. Al Oeste, corriendo casi de Norte a Sur, al pie de la barrera de montañas, está el Indo; y otros ríos menores se juntan y unidos afluyen al Indo cuando está en la mitad de su camino hacia la costa. El territorio que atraviesan todos estos ríos, al Sur del cual se reunen todos al Indo, se llama Penyal, que significa la «Tierra de los cinco ríos». Otro gran río, que corre de Oeste a Este, lleva el nombre de Ganges, y algunos, al hablar del Indostán, se refieren a la llanura baja regada por el Ganges y sus tributarios. La llanura o cuenca del Ganges es la región más fértil de la India. En cambio, entre la parte inferior del Indo, al Oeste, y el Ganges al Este, se extiende un gran territorio sin ríos que casi todo es desierto.

LA PARTE MERIDIONAL DE LA INDIA, LLAMADA DECÁN

En el Decán no hay cosa que se asemeje a la gran llanura del Ganges, ni siquiera a la del Penyal. La mayor parte está constituída por elevadas mesetas; escarpadas en la parte occidental, en donde se levantan las montañas llamadas Gates Occidentales, sin que haya más que una estrecha zona de tierra, que se extiende entre los collados y la costa; pero dispuestas en suave declive en la oriental, hasta el punto de verse acá y allá dilatadas llanuras que forman el distrito llamado Carnatic. Uno de los grandes ríos del Decán es el llamado Godavery, famoso por sus cascadas realmente admirables. En el mismo corazón del Decán, hay un lugar denominado Golconda, que antiguamente fué la capital de un poderoso reino. En estas regiones se han hallado grandes depósitos de piedras preciosas, las cuales, trabajadas por los joyeros, han hecho proverbial la riqueza de Golconda.

La India es un país calurosísimo. Algunas veces, en invierno, en las regiones altas situadas entre las elevadas montañas hace mucho frío. Todos los demás lugares son muy calurosos; de modo que, en las grandes llanuras por donde corren los ríos, y más todavía en las llanuras faltas de agua corriente, hace siempre calor. En verano, la elevada temperatura de la atmósfera se hace tan pesada que muchos europeos enferman hasta que logran aclimatarse.

Hay en el Indostán muchas ciudades, de las cuales la mayor es la de Calcuta.

LOS GRANDES RÍOS DEL INDOSTÁN Y LOS GRANDES PUERTOS SITUADOS EN SUS ORILLAS

El Ganges, mucho antes de llegar al mar, se divide en un gran número de ríos, uno de los cuales recibe el nombre de Hugli, que por ser navegable dió lugar a la fundación de un puerto, el

En la India la mayor parte de los habitantes viven del cultivo de arroz, trigo y otras cosechas. Ellos mismos hacen sus moliendas, según puede verse en el grabado, en donde, reunidos algunos amigos fuera de sus chozas, se dedican a moler arroz, colocándolo en una especie de pilón de piedra y machacándolo con un grueso palo. Entre tanto conversan tranquilamente y vigilan los juegos de los niños. La vida de esta gente es muy tranquila y pacífica, a diferencia de los habitantes de las ciudades, que pasan su vida en molinos, fábricas y talleres. Los indios tejen hermosos chales y tapices, y forjan y esculpen hermosos tarros y mesas de bronce.

cual había de convertirse más tarde en Calcuta.

El segundo puerto notable de la India se halla situado al Oeste, en Bombay, y fué cedido a Carlos II de Inglaterra por los portugueses, como parte de la dote de su esposa, Catalina de Braganza. Sigue en orden de importancia Kuratchi, a orillas del Indo. Hay otros puertos en la costa occidental, pero ninguno tan grande; tampoco son tan buenos los de la costa oriental, aun cuando los buques encuentran un buen abrigo en Madras. Cuando soplan los monzones, que lo hacen regularmente en ciertas temporadas del año, las flotas no pueden permanecer en seguridad en esta parte de la costa.

CÓMO CRECIERON LAS GRANDES Y ACTIVAS CIUDADES DEL INDOSTÁN

En su mayor parte los habitantes de la India viven del cultivo del campo, en el cual se da arroz, trigo y mijo. El crecimiento de las grandes ciudades provino de que los emperadores y reyes las juzgaron en buenas condiciones para establecer en ellas sus palacios, porque podían ser bien fortificadas; y, como residían allí con sus cortes, la gente afluyó a ellas con la esperanza de que los cortesanos pudiesen comprar sus géneros, y para estar protegidos contra los ladrones y las incursiones de los enemigos. Otras ciudades crecieron en lugares que se consideraban como sagrados; al modo que ciertas ciudades europeas se han desenvuelto con mayor rapidez al amparo de una famosa catedral o abadía. De modo que las mayores ciudades, a excepción de algunos puertos, fueron generalmente, en su tiempo, o capital de algún reino, o puntos de peregrinación, o formidables fortalezas.

En el Indostán la industria es tan escasa que no puede emplear en las fábricas gran número de hombres, y, por consiguiente, no abundan las ciudades populosas. Así se da el caso de recorrer inmensas distancias sin hallar una siquiera; y en lugares donde en épocas remotas se levantaban grandiosas poblaciones, hoy sólo se contemplan ruinas de edificios que en su tiempo fueron magníficos.

DELHI CON EL TRONO DEL PAVO REAL Y AGRA CON EL MARAVILLOSO MAUSOLEO

De todas las ciudades antiguas la más famosa es Delhi, residencia secular de los más poderosos monarcas de toda la India,—aun mucho antes de que los mongoles se hicieran dueños del país. Antiguamente hubo en esta ciudad el admirable trono llamado del Pavo Real que estaba cuajado de piedras preciosas, y del que se dice que valía millones. Un conquistador se lo llevó y sus piedras preciosas fueron a parar a distintos puntos. Los edificios más hermosos de la India se hallan en otra ciudad mucho más reciente, en Agra. Creen algunos que la mezquita o templo mahometano llamado la Mezquita de la Perla, o el Moti Musjid, y un hermoso mausoleo conocido con el nombre de Taj Majal, son los monumentos más bellos de todo el mundo. El Taj, que es quizás la construcción más célebre de la India, fué levantado por uno de los mogoles, llamado Shah Jehan, para servir de mausoleo a su esposa predilecta, la cual yace enterrada bajo de su cúpula junto a su esposo. También en esta ciudad edificó Shah Jehan el Palacio Blanco. En su reciente visita a la India, el rey Jorge de Inglaterra convirtió a Delhi nuevamente en capital.

LOS POBLADORES DE LA INDIA

De cada mil habitantes del Indostán hay uno blanco; los restantes que comprende la población indígena, tienen la piel de color bronceado, más o menos claro, pero bronceado al fin. Fuera de los europeos residentes en el país, muy pocos profesan el cristianismo; la religión de casi las tres cuartas partes es el budismo y brahmanismo, y el resto son mahometanos, o como acostumbran a llamarse a sí mismos, musulmanes.

Estos creen en la doctrina de Mahoma, a quien tienen por un profeta enviado por Dios. Una gran mayoría de musulmanes, la mayor parte tal vez, pertenecen a las razas que, en diferentes tiempos, durante los diez últimos siglos,

UNA DE LAS ESCENAS MÁS NOTABLES DE TODO EL MUNDO



Este sorprendente grabado nos muestra uno de los espectáculos más notables que jamás se hayan visto en el mundo: el baño de una inmensa muchedumbre en las aguas del gran río Ganges, en el Norte de la India. Cree el pueblo que esta agua es sagrada; lo cual atrae a centenares de millares de peregrinos a bañarse en ella, con la esperanza de obtener algún bien de ello.

penetraron en la India como conquistadores. De éstos, algunos son mogoles o turcomanos; otros, los más, afganes o patanos.

LA GRAN DIVISIÓN ENTRE LOS MUSULMANES Y LOS INDOS

Estos musulmanes se creen descendientes de una raza guerrera que dominó antiguamente el país; entre ellos y los indos, a quienes aquéllos consideran como infieles, existe una gran división. Indos y mahometanos viven separados; no se casan entre sí, y aun bajo la dominación inglesa, en muchos puntos apenas puede evitarse que peleen unos contra otros.

Con todo, la mayor parte de los habitantes son budistas y brahmanes; como la mayor parte de los europeos y americanos son cristianos. Según estas religiones, hay un número inmenso de dioses; en diferentes partes del país se da culto a diferentes dioses, y aun entre las diversas clases de personas, que se creen puestas bajo la protección de éste o el otro dios, hay preferencia por diferentes divinidades. Algunos de estos dioses son honrados con ritos extraños; y antes de que lo prohibieran los ingleses, varios de estos ritos eran verdaderamente espantosos. Hombres y mujeres solían torturarse a sí mismos horriblemente, pensando agradar de este modo a los dioses. Creyóse, durante bastante tiempo, que en la fiesta de uno de tales dioses, llamado Juggernaut (éste era sólo uno de sus muchos títulos y significaba el Amo del Mundo) los indios se arrojaban ante el gran carro, en el cual era paseado el ídolo de un templo a otro, figurándose que, si morían aplastados por dicho carro, alcanzarían la felicidad en la vida futura; ¡tanta es la ceguedad de los que no profesan el cristianismo!

COSTUMBRES BÁRBARAS DE OTROS TIEMPOS.—LAS CASTAS

Quizás se dió crédito a esto, porque en realidad, a causa de los excesos que se cometían para conducir el carro, morían algunos de ellos; como quiera que sea, el «carro de Juggernaut» ha llegado a ser proverbial. En obsequio a estos dioses se han erigido grandes templos y capillas, los cuales contienen admirables esculturas, ídolos e imágenes.

Hace menos de cien años, había entre los indios una práctica que a nosotros no puede menos de chocarnos en gran manera. Cuando moría un hombre se quemaba su cuerpo, y era costumbre que la viuda, si deseaba ser alabada y recordada por su virtud, se arrojara viva en la hoguera donde ardía el cadáver de su esposo, y pereciera abrasada en ella, por cuanto se creía que esto acarreaba grandes bienes al esposo en la vida futura; muchas veces los parientes del difunto obligaban a la viuda a hacerlo aun contra su voluntad. Estos sacrificios forzosos y la víctima se llamaban *sutí*. Semejante práctica ha desaparecido actualmente, gracias a la constancia y severidad con que la han combatido los ingleses.

La más importante y digna de ser notada entre las costumbres de los indios, es la de las castas. Antiguamente había cuatro divisiones entre ellos, cada una de las cuales se conservaba separada de las demás y los casamientos se celebraban entre los individuos de la misma casta. Los sacerdotes y sabios pertenecían a la que se llamaba de los brahmanes, y los militares a otra. Éstas, y asimismo la tercera casta, eran parte de una raza que conquistó la mayor porción de la India; pero la cuarta es considerada como clase baja, porque a ella pertenecían los pueblos conquistados, y los conquistadores dieron por seguro que ellos no sólo les eran superiores en este mundo, sino también en la otra vida; por esto supusieron que los brahmanes aventajaban en categoría a todos los demás, y los guerreros a la tercera casta. Empero, si alguno quebrantaba ciertas leyes, aun cuando realmente no pudiera imputársele falta alguna, era degradado de su propia casta y pasaba a la inferior; por eso se consideraba como cosa muy terrible perder la casta.

NUMEROSAS CLASES Y SUBDIVISIONES QUE SE HAN ESTABLECIDO EN EL PUEBLO INDIO

Pero, además, cada una de estas grandes castas se divide en muchas otras



En ninguna parte del mundo se hallan tan espléndidos y admirables edificios, como en el Oriente; los templos y los mausoleos de la India impresionan extraordinariamente a todos los viajeros. No sólo construyeron los antiguos reyes de la India magníficos palacios para vivir en ellos, sino que también elevaron suntuosas tumbas para el descanso de sus restos. Los hermosos edificios que muestra el grabado son el mausoleo de los reyes de Golconda. Los cuerpos yacen inmediatamente debajo de la cúpula.

Este magnífico mausoleo ha sido llamado frecuentemente el edificio más bello del mundo. Es el famoso Taj Majal, de Agra, construído por el emperador mogol Shah Jehan para sepulcro de su esposa. El mismo yace enterrado a su lado.

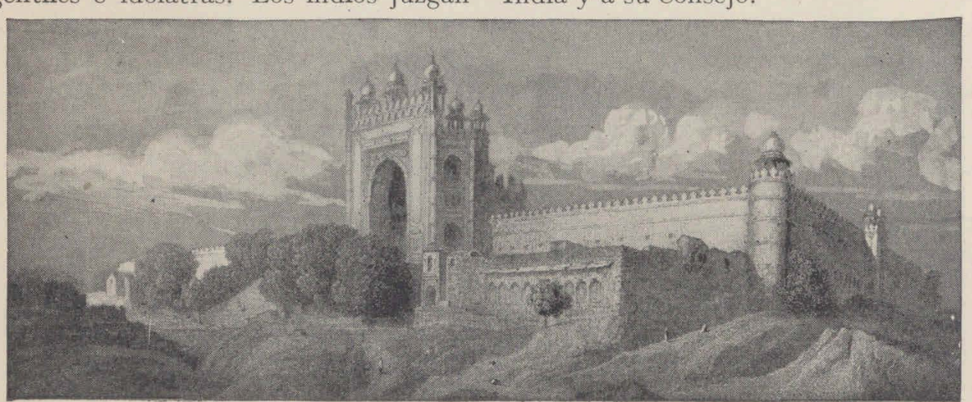
menores, que conservan fielmente la costumbre de no casarse con individuos de otras categorías inferiores. Los individuos pertenecientes a una clase superior, se guardarán mucho de tocar alimentos aderezados por individuos de casta inferior; y si toman cierta clase de manjares, o cruzan el mar, o hacen muchas otras cosas que en sí mismas no parecen tener la menor importancia, pierden su casta, y solamente pueden librarse de la pena merecida sufriendo determinados castigos. Nada teme tanto el indio como hacer algo que le ocasione la degradación de casta. Este temor ha sido causa de no pocas perturbaciones, al olvidarse los europeos de la gran importancia que los naturales de la India conceden a este particular, y dictar reglas a los soldados o dar órdenes a los criados contra las leyes de castas.

Hay también algunos animales que los indios consideran como sagrados. El más sagrado de todos es la vaca, de modo que matar o dañar a este animal es un terrible pecado a los ojos de un indio. Los mahometanos, por su parte, creen que es pecado tener animales sagrados, o tributar honor a las imágenes de los ídolos, porque los mahometanos adoran al verdadero Dios como los cristianos; pero porque éstos creen que Cristo es el Hijo de Dios y que Mahoma no fué más que un gran caudillo, los discípulos del Profeta miran a los cristianos y a los judíos como verdaderos gentiles e idólatras. Los indios juzgan a los musulmanes y a los cristianos inferiores a los individuos de su última casta.

CÓMO INGLATERRA DOMINA SOBRE EL VASTO IMPERIO DE LA INDIA

Ahora bien, todos estos indios y musulmanes están bajo del dominio de Inglaterra. En casi la mitad del país, todos los que tienen algún cargo en el gobierno son ingleses, a excepción de unos pocos indígenas a quienes se da en él alguna participación. En las mencionadas regiones hay varios regimientos de soldados, procedentes de la Gran Bretaña, y próximamente el doble de regimientos de soldados indígenas; pero aun en estos últimos regimientos, los oficiales superiores son ingleses.

La otra mitad de la India está formada de cierto número de estados indígenas, gobernados por sus propios príncipes, que generalmente llevan el nombre de rajá o maharajá; estos príncipes tienen su ejército, si bien no se les permite que sea demasiado grande a fin de que no resulte peligroso. Un oficial inglés, que de igual manera puede pertenecer al ejército que al servicio civil, vive junto a la corte de cada uno de estos príncipes; unas veces se le llama Residente, y otras Agente. Tiene por misión mirar que los príncipes indios gobiernen con rectitud, aunque no intervienen en nada, a menos que en realidad, gobiernen mal. Deben también dar consejo, e informar de todo lo importante que ocurra, al Virrey de la India y a su Consejo.



Mezquita de Fatepur-Sikri, cerca de Agra, erigida por Akbar.

COSAS QUE DEBEMOS SABER DE LA POESÍA

AQUÍ nos limitaremos a exponer brevemente algunos conocimientos relativos a la forma en que los poetas escriben sus composiciones. El lenguaje poético, además de engalanarse con imágenes, comparaciones, metáforas y con las más variadas figuras de pensamiento y de dicción, ha de reunir casi siempre el encanto musical del ritmo y de la rima. Cada clase de versos pide su distribución especial de acentos, según dijimos en otro lugar; pero, además, unos versos se combinan con otros, de igual o diferente número de sílabas, formando grupos o estrofas, que reciben nombres especiales, y en las que la consonancia y asonancia de las palabras finales se somete a determinadas reglas. Hay, no obstante, poesías, compuestas de ordinario en versos endecasílabos, es decir, de once sílabas, libres o sin rima, de los que ya hemos hablado anteriormente.

Pasaremos ahora a decir algo en particular de las mencionadas combinaciones, deteniéndonos únicamente en las más usuales.

DE LAS DIFERENTES COMBINACIONES MÉTRICAS

ANTERIORMENTE hemos aprendido a contar las sílabas de un verso octosílabo y de otro endecasílabo. Ahora conoceremos la ordenación de los versos, es decir, su combinación. La más fácil de entender es el *pareado*, o sea, dos versos con rima perfecta. Habíamos ya citado un *pareado* de Federico Balart, y ahora propondremos otro del P. Isla:

Yo conocí en Madrid una condesa
Que aprendió a estornudar a la francesa.

Tenemos aquí dos versos endecasílabos que riman perfectamente. Este es un *pareado*.

Pero necesitamos conocer también la cuarteta o *redondilla*. Compónese ésta de cuatro versos octosílabos, que aconsonantan o consuenan el primero con el último, y el segundo con el tercero, por ejemplo:

Canta a solas el barquero,
Canta y rema en su batel,
Mientras sonríe sobre él
Radiante el primer lucero.
(COSTA Y LLOBERA.)

En otras cuartetas riman el primer verso con el tercero y el segundo con el cuarto, según se ve en el siguiente epigrama a la estatua de Niobe:

Por la celeste venganza
Quedé en mármol convertida,
Mas el arte tanto alcanza,
Que en el mármol me dió vida.
(M. DE LA ROSA.)

Bastante parecida es la *quintilla*, que tiene un octosílabo más, y en la que la rima se combina de diversos modos, sin otra limitación que la de no ir tres consonantes seguidos. Véase, como muestra, la siguiente, tomada de *La Pedrada*, de Gabriel y Galán:

Zumbó el proyectil horrible,
Sonó un golpe indefinible,
Y del infame sayón
Cayó botando la horrible
Cabezota de cartón.

Con versos octosílabos se hace también la *décima* o *espinela* (se llama así porque se supone que el primero que usó esta combinación métrica fué Vicente Espinel, un poeta español clásico), y que se compone de diez versos que riman el primero con el cuarto y el quinto; el segundo con el tercero; el sexto con el séptimo y el décimo, y el octavo con el noveno. Una buena décima es la siguiente, de Rubén Darío:

¿Cuentos quieres, niña bella?
Tengo muchos que contar:
De una sirena del mar,
De un ruiseñor y una estrella,
De una cándida doncella,
Que robó un encantador,
De un gallardo trovador
Y de una odalisca mora,
Con sus perlas de Bassora
Y sus chales de Lahor.

Pero ya se comprende que no siempre han de escribirse las poesías en versos octosílabos, aunque sean los más comunes; y en esta sección de nuestra obra hemos dado bastantes ejemplos en otra clase de versos. Entre los más usados deben mencionarse los endecasílabos que

se combinan formando *pareados*, como los que hemos visto anteriormente, *tercetos*, *cuartetos*, *octavas*, *sonetos*, etc.

En el terceto, el primer verso rima con el tercero, y el segundo con el primero y tercero del terceto siguiente, conforme se ve en este ejemplo de Fernández de Andrada:

Más precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas; más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algún príncipe insigne, aprisionado,
En el metal de las doradas rejas...

El cuarteto, que, como indica su nombre, consta de cuatro versos, lleva rimados el primero con el cuarto, y el segundo con el tercero, o bien, el primero con el tercero, y el segundo con el cuarto; en este último caso recibe el nombre de *serventesio*. Como ejemplo de cuarteto puede darse el siguiente:

Entre montes, por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña,
Maldiciendo su mísero destino.
(SAMANIEGO.)

Y de serventesio:

De nuestra gran virtud y fortaleza
Al mundo hacemos con placer testigo;
Las ruindades del alma y su flaqueza
Sólo se cuentan al secreto amigo.
(LÓPEZ DE AYALA.)

Las octavas, entre las que merecen especial mención las llamadas *reales*, se componen de ocho versos que riman entre sí, el primero, tercero y quinto; el segundo, cuarto y sexto; y el séptimo y octavo, según puede observarse en el siguiente ejemplo:

Que tu existencia, como el aura suave,
Pasó sin ruido por el triste suelo
Como la blanca estela de la nave,
Cual la línea que forma con su vuelo
Sobre el tendido firmamento el ave,
Así pasaste de la tierra al cielo,
Dejándola bañada en armonía
Los ecos de tu dulce poesía.

El soneto es una combinación métrica muy difícil y, sin embargo, muy frecuente. Consta de catorce versos, como puede verse por el que copiamos a continuación, que es uno de los mejores que se han escrito y que pertenece a un poeta anónimo del siglo de oro:

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido,
Muévenme tus afrentas y tu muerte;
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar por que te quiera;
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Fácil es observar que riman entre sí en este soneto, los versos primero, cuarto, quinto y octavo, y, aparte, el segundo, tercero, sexto y séptimo. Con estos versos se forman los dos *cuartetos* primeros; pero quedan todavía seis versos, o sean dos *tercetos*, que riman el primer verso con el tercero, cuarto y sexto, y el segundo con el quinto.

No es indispensable que rimen siempre en esta forma los tercetos, pues, en realidad, el poeta puede combinar a su arbitrio los seis últimos versos.

En todas las combinaciones que dejamos expuestas caben algunas variantes, que los poetas conocen perfectamente, pero que nosotros no nos detendremos a explicar aquí, para no cansar al lector.

Otra de las combinaciones muy usadas es la *silva*. En ésta alternan los versos endecasílabos, con los heptasílabos (de siete sílabas), pudiendo emplearse algunos libres o sueltos, de cualquiera de estas dos medidas, y aconsonantarse los demás por el orden que al poeta le parezca mejor.

Si fuésemos enumerando una a una todas las combinaciones que se hacen con los versos, este breve artículo se convertiría necesariamente en un extenso tratado de arte poética, cosa del todo ajena a nuestro propósito; pero con las ligeras nociones dadas bastará para que el lector estudioso se forme una idea de cómo trabajan los poetas. Sin embargo,

no dejaremos esta materia sin dedicar algunas palabras a una de las combinaciones métricas más castellanas, cual es el *romance*. Compónese de versos octosílabos asonantados, y es la forma tradicional por excelencia, pues en romances populares no hay literatura ninguna que aventaje a la castellana. Es una combinación que seduce por su sencillez: no hay más que repetir la misma asonancia, alternada con versos libres (o sin rima), de modo que después de un verso libre, viene otro asonantado, y luego otro libre, otro con la misma asonancia, y así sucesivamente. Veamos un romance clásico de Lope de Vega:

«A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
¡No sé qué tiene la aldea
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puede venir más lejos!
Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo...»

Con versos asonantados pueden hacerse otras muchas combinaciones; pero la que dejamos expuesta es la más sencilla y la que mejor se acomoda a todos los gustos y capacidades. Un romance, de igual modo que otras formas métricas, puede tener todos los versos que juzgue el poeta necesarios.

Cada verso de una composición poética es como un peldaño de escalera, por la que subimos y nos acercamos al pensamiento del poeta, es decir, a la idea total que le impulsó a escribir su poesía. Con los versos va adquiriendo dicha idea desenvolvimiento gradual y ofreciendo diversidad de matices, hasta que al final se complementa y redondea.

La poesía lírica se manifiesta en diversas composiciones, que llevan distintos nombres, tales como: oda, elegía, sátira, canción, salmo, himno, balada, madrigal, epigrama, letrilla, etc. Todo depende de su carácter. Por ejemplo, la elegía es un poema de dolor, un canto lúgubre, melancólico, que conmemora en versos pomposos y solemnes los hechos o las virtudes de un gran hombre desaparecido, o de un pueblo muerto, de una nación histórica. De la oda no podríamos dar una definición exacta, pues, aparte su variedad de asuntos y metros, tiene después caracteres diferentes, y se llama sagrada, heroica, filosófica, moral, anacreóntica, etc. La sátira es un poema en que se censuran los vicios y ridiculeces humanas. La canción es una composición en que, por lo común, se expresan afectos tiernos y amorosos. El salmo es puramente religioso, y se entona en alabanza a Dios, a diferencia del himno que, además de religioso, suele ser patriótico. El madrigal es poesía de enamorados, y en él hace el poeta elogio de la mujer querida, que no pocas veces es una concepción ideal de la fantasía del poeta, etcétera.

Nada hemos dicho de la poesía festiva o alegre, y ésta también merece que le dediquemos alguna atención. Verdad es que, hablando en todo rigor, no puede tenérsela por verdadera poesía. Pero este género de composiciones son también obras de arte que pueden tener y tienen de hecho, en muchos casos, su peculiar belleza. De ello se convencerán nuestros lectores leyendo la primorosa descripción de la cena de Baltasar del Alcázar y otros versos excelentes de poetas festivos, antiguos y modernos. El teatro español antiguo, o clásico, es riquísimo en donaires, que hicieron célebres a Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Moreto y otros grandes poetas. El ingenio de buena ley es también oro puro, como la poesía en su aspecto más noble. El buen gusto de nuestros lectores sabrá distinguir los versos alegres, que no por esto dejan de ser morales, de los chabacanos e insulsos.

Recordemos que la obra en prosa más grande que se ha escrito en castellano, es *Don Quijote*, y que su autor, el incomparable Miguel de Cervantes, ha sido uno de los escritores más regocijados y divertidos del mundo. Así, entre los poetas, los hubo y los hay que, escribiendo en broma, han hecho obras inmortales.

LA GUERRA

El autor de estas redondillas, tan notables por su movimiento y fluidez, Gaspar Núñez de Arce, nacido en Valladolid (España) en 1834 y muerto en 1903, nos pinta en esta humorística composición la absurda ceguedad que lleva a los hombres a matarse en lides insensatas. Núñez de Arce es uno de los grandes poetas castellanos del último período, que en sus « Gritos del Combate », y otros poemas, nos ha legado preciosos modelos de admirable perfección de forma.

POR razones que se calla
La historia prudentemente,
Dos monarcas de Occidente
Riñeron fiera batalla.
La causa del rompimiento
No está, en verdad, a mi alcance,
Ni hace falta para el lance
Que referiros intento.
Sobre el campo del honor
Cubierto de sangre y gloria,
Donde alcanzó la victoria
Más la astucia que el valor;
Dos discípulos de Marte,
Que airados se acometieron
Y juntamente cayeron
Pasados de parte a parte;
Sumergidos en el lodo,
Mientras que llegaba el cura
Para darles sepultura,
Platicaban de este modo:

SOLDADO PRIMERO

¡Hola, compadre! ¿Qué tal
Te ha parecido el asunto?

SOLDADO SEGUNDO

Puesto que me ves difunto
Debe parecerme mal.

SOLDADO PRIMERO

Pues ha sido divertida
La función: mira a tu lado.
Lo menos hemos quedado
Doce mil héroes sin vida.
Y en esto me quedo corto,
Que me enfadan los extremos.

SOLDADO SEGUNDO

¡Con qué habilidad nos hemos
Destrozado! Estoy absorto.
Ha habido alarmas y sustos
Y muertes y atrocidades
Para todas las edades
Y para todos los gustos.

SOLDADO PRIMERO

Mas yo quisiera saber
Por qué con tanto denuedo
Nos matamos...

SOLDADO SEGUNDO

¡Ay! No puedo
Tu duda satisfacer.
Para entrar en esta danza
Tuve que dejar mi oficio.
Sé que aprendí el ejercicio,
Sé que estudié la Ordenanza.
Sé que en compañía de esos
Que están mordiendo la tierra,
Me trajeron a la guerra
Y me moliste los huesos.
Y, en fin, francamente hablando,
Puedo decirte al oído,
Que he muerto como he nacido;
Sin saber por qué, ni cuando.

SOLDADO PRIMERO

De tu explicación me huelgo,
Porque mi vida retrata.

En esto, alzando la pata
Un moribundo jamelgo,
¡Gracias, dioses inmortales!
—dijo con voz lastimera—
Pues de la misma manera
Morimos los animales.—
Cuando pasó la impresión
De tan extraño incidente,
Así anudó el más valiente
La rota conversación:

SOLDADO PRIMERO

Aunque ignoramos la ley,
Origen de esta querella,
Juro a Dios vivo que en ella
Lleva la razón mi rey.

SOLDADO SEGUNDO

¿Y por qué?

SOLDADO PRIMERO

Porque es el mío.

SOLDADO SEGUNDO

¡Qué salida de pavana!
La justicia es de quien gana.

SOLDADO PRIMERO

De tu ignorancia me río.
¡Pues cuantos que han hecho eternos
Sus nombres con la victoria,
No han ido a gozar la gloria
De su triunfo a los infiernos!

SOLDADO SEGUNDO

Considera lo que dices,
Porque estoy ardiendo en ira.

SOLDADO PRIMERO

¡No me alces el gallo!...



«LA GUERRA», CUADRO DEL CÉLEBRE PINTOR INGLÉS SIR EDWIN LANDSEER

SOLDADO SEGUNDO
Mira
Que te rompo las narices.—
Y fieros y cejijuntos
A combatir empezaron
De nuevo... ¡y no se mataron,
Porque ya estaban difuntos!
Diéronse golpes crueles,
Hasta que hueca y ufana
Llegó la Locura humana,
Sonando sus cascabeles.
Puso paz entre los dos
Y dijo con desenfado:
—« ¿Qué es esto? Habéis olvidado
Que sois imagen de Dios?
Tal vez la inmortalidad
Con justo título esperen
Los que por la patria mueren,
Por Dios, por la libertad.
Pero que el hombre sucumba
En conquistadora guerra,
Cuando siete pies de tierra
Le bastan para su tumba;
O que en lucha fratricida
Entre, sin saber quizá
Ni por qué la muerte da,
Ni por qué pierde la vida;
Esto mi paciencia apura,
Y cuantas veces lo veo,
Aunque soy Locura, creo
Que es demasiada locura.»

EL MÉDICO CAZADOR
(CUENTO)

De sus estudios de medicina sacó Vital Aza, festivo poeta español, autor de chispeantes e ingeniosas composiciones líricas y dramáticas, una inclinación irresistible a burlarse de los galenos, tan donosamente como nos muestran las siguientes cuartetas, donde luce el autor primores de facilidad versificadora.

UN doctor muy afamado
Que jamás cazado había,
Salió una vez invitado
A una alegre cacería.

Con cara muy lastimera
Confesó el hombre ser lego,
Diciendo:—Es la vez primera
Que cojo una arma de fuego.

Como mi impericia noto,
Me vais a tener en vilo.
Y dijo el dueño del coto:
—Doctor, esté usted tranquilo.

Guillermo el guarda estará
Colocado junto a usté:
El es práctico y sabrá
Indicarle...
—Así lo haré,
Dijo el guarda.—Sí, señor,
No meterá usted la pata.
Verá usted, señor doctor,
Los conejos que usted mata.

Siga en todo mi consejo.
¿Que un conejo se presenta?
Pues yo digo: « ¡Ahí va el conejo!
¡Y usted tira y lo revienta!

—¡Bueno, bueno, siendo así!...
—Nada, que no tema usté.
Quietecito junto a mí,
Chitón, y yo avisaré.

Colocóse tembloroso
El buen doctor a la espera,
Cuando un conejo precioso
Salió de la gazapera.

—Ahí va un conejo, le grita
El guarda. ¡No vacilar!
Y el doctor se precipita,
Y ¡pum! disparó al azar.

Y es claro, como falló
Diez metros la puntería,
El conejo se escapó,
Con más vida que tenía.

El guarda puso mal gesto
Y rascóse la cabeza.
Hubo una pausa, y en esto
Saltó de pronto otra pieza.

—¡Ahí va una liebre, doctor!
¡Tire usted pronto, o se esconde!
Y ¡pum! el pobre señor
Disparó... ¡Dios sabe a dónde!

Gastó en salvas, sin piedad,
Lo menos diez tiros, ¡diez!
Sin que por casualidad
Acertara ni una vez.

Guillermo que no era un zote,
Sino un guarda muy astuto,
Dijo para su capote:
—Este doctor es muy bruto.

¡No le pongo como un trapo;
Mas ya sé lo que he de hacer!
Y al ver pasar un gazapo
Corriendo a todo correr:

—¡Doctor! exclamó Guillermo
Con rabia mal reprimida;
¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!
Y ¡pum! lo mató en seguida.

EL CIGARRO

Por regla general, los poetas cantan en su juventud las alegrías del vivir y las vehemencias y apasionamientos de los primeros amores. Pero no siempre ocurre así; y el poeta argentino Florencio Balcarce (1818–1839) es uno de los que se nos presentan como excepción de esa regla, dándonos en su poesía « El cigarro » una meditación filosófica sobre lo efímero y transitorio de las dichas humanas. Sus cuartetas, empapadas de intenso sabor local, parecen inspiradas por los desengaños de una vida trabajosa y prolongada.

EN la cresta de una loma
Se alza un ombú corpulento
Que alumbra el sol cuando asoma
Y bate, si sopla, el viento.

Bajo sus ramas esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansión pacífica en donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira
Y con labios casi yertos,
« ¡Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos!

» Pueda, en fin, aunque en la fuente
Aplaque mi sed sin jarro,
Entre mi prole inocente
Fumar en paz mi cigarro.

» Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.

» Tocar vuestra mano tema
Del rico el dorado carro:
A quien toca, hijos, quema
Como el fuego del cigarro.

» No siempre movió en mi frente
El pampero fría cana;
El mirar mío fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana:

» La fama en tierras ajenas
Me aclamó noble y bizarro;
Pero ya ¿qué soy? apenas
La ceniza de un cigarro.

» Por la patria fuí soldado
Y seguí nuestras banderas,
Hasta el campo ensangrentado
De las altas cordilleras.

» Aun mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro,
Pero ¿qué es la gloria?—nada;
Es el humo de un cigarro.

» ¿Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores?
Por la paz hondas querellas,
Los abrojos por las flores.

» La patria al que ha perecido
Desprecia como un guijarro...
Como yo arrojo y olvido
La punta de mi cigarro.

» Las horas vivid sencillas
Sin correr tras la tormenta;
No dobléis vuestras rodillas
Sino al Dios que nos alienta.

» No habita la paz más casa
Que el rancho de paja y barro;
Gozadla, que todo pasa,
Y el hombre como un cigarro.»

FIESTA DE TOROS

Una fiesta de toros a la antigua usanza da ocasión a Nicolás Fernández de Moratín, poeta madrileño (1738–1780), para describirnos en las preciosas quintillas que siguen, escenas rebosantes de animación e interés. El retrato que presenta del Cid y la pintura de su lucha con la fiera, son verdaderas obras maestras que vivirán mientras dure el habla castellana.

MADRID, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenón de Toledo.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende a ver en la arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafiles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva, y señales
De mostrar su valentía
Los moros más principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel día;
Y en la fiesta que gozó,
La popular alegría
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril
Y a Tarfe tiró por tierra,
Y luego a Benalguacil;
Después con Hamete cierra
El temerón de Conil.

Traía un ancho listón
Con uno y otro matiz
Hecho un lazo por airón,
Sobre la inhiesta cerviz
Clavado con un arpón.

Todo galán pretendía
Ofrecerle vencedor
A la dama que servía:
Por eso perdió Almanzor
El potro que más quería.

El alcaide muy zambrero
De Guadalàjara, huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

Todos miran a Aliatar,
Que, aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar,
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía,
Va a ponérsele delante:
La fiera le acometía,
Y sin que el rejón la plante
Le mató una yegua pía.

Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de a pie que encontrara,
El circo desocupando,
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve a salir:
La plebe grita indignada,
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
Y está en medio el toro fijo,
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega,
Hincó la rodilla, y dijo:

Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear a un toro
Un caballero cristiano.

Mucho le pesa a Aliatar;
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar,
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar en la plaza
Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube,
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
De una cristiana primores;
En el yelmo los plumajes
Por los visos y celajes
Vergel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendón,
Y una cifra a ver se alcanza,
Que es de desesperación,
Ó a lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice a la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galán,
El bruto más generoso,
De más gallardo ademán:
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazán.

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
Que da Betis con tal fruto
Pudo fingir el deseo
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta alrededor;
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor:
¡Alah te salve! decían,
¡Déte el Profeta favor!

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.

. Mas cuando en medio se para,
Y de más cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y así la dice, y suspira:

—Señora, sueños no son;
Así los cielos, vencidos
De mi ruego y aflicción,
Acerquen a mis oídos
Las campanas de León,

Como ese doncel, que ufano
Tanto asombro viene a dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él,
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate crüel:
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y alrededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió;
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heroico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento:
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido;
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atrás,
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuanto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay, que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja estrago haciendo,

Ni llama así fulminante
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza
Con terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en el instante se oyó
Fué tanta, que parecía
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó
Y a los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos
Le alarga a Zaida diciendo:
Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo;

Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que a mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.

Ella, el rostro placentero,
Dijo, y turbada;—Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.

Y besando el rico don,
Para agradar al doncel,
Le prende con afición
Al lado del corazón
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia aridiendo se ve,
Y, trémulo y amarillo,
Sobre un tremecén rosillo
Lozaneándose fué.

Y en ronca voz:—Castellano—
Le dice—con más decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala
Vieras que en toda la tierra,
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.

—Así—dijo el de Vivar—
Respondo.—Y la lanza al ristre
Pone, y espera a Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron a armar,

Ya fiero bando con gritos
Su muerte o prisión pedía,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que, viendo como tardó,
Se acerca, oyó alboroto,
Y al muro se abalanzó,

Y si no vieran salir
Por la puerta a su señor,
Y Zaida a le despedir,
Iban la fuerza a embestir:
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando,
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama que, a la bajada,
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada
De no quitar la celada
Hasta que gane Madrid.

LA MADRUGADA

Un hermoso alborear en la pampa argentina, con claror de cielo despejado y suave viento del norte, entre gorjear de calandrias y algarabía de cotorras y loros, cuando los gauchos empiezan la recogida de vacadas, yeguadas y rebaños, levantando rumorosa confusión de voces, gritos de las reses y ladridos de los perros; tal es el asunto que ha servido a Hilario Ascasubi, poeta argentino (1807–1875), para trazar el típico y animado cuadro que nuestros lectores podrán contemplar leyendo la siguiente composición, intencionalmente veteada de términos gauchescos, que contribuyen notablemente a intensificar su colorido.

COMO no era dormilona,
Antes del alba siguiente,
Bien peinada y diligente
Se hallaba Juana Petrona,
Cuando ya lucidamente

Venía *clariando* el cielo
La luz de la madrugada,
Y las gallinas al vuelo
Se dejaban *cair* al suelo
De encima de la *ramada*

Al tiempo que la naciente
Rosada aurora del día,
Ansí que su luz subía,
La noche obscura al poniente
Tenebrosa descendía.

Y como antorcha lejana
De brillante reverbero,
Alumbrando el campo entero,
Nacía con la mañana
Brillantísimo el lucero.

Viento blandito del norte
Por San Borombón cruzaba
Sahumado, porque llegaba
De Buenos Aires, la corte
Que entredormida dejaba.

Ya también las golondrinas
Los cardenales y *horneros,*
Calandrias y *carpinteros,*
Cotorras y becasinas
Y mil loros *barranqueros;*

Los más alborotadores
De aquella inmensa bandada,
En la espadaña rociada
Festejaban los albores
De la nueva madrugada;

Y cantando sin cesar
Todo el *pago* alborotaban
Mientras los gansos nadaban
Con su grupo singular
De gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia
Toda la pampa brotaba
Al tiempo que coronaba
Los montes a la distancia
Un resplandor que encantaba:

Luz brillante que allí asoma
El sol antes de nacer;
Y entonces da gozo el ver
Los gauchos sobre la loma
Al campiar y recoger.

Y se vían alegrones
Por varios rumbos cantando,
Y sus caballos saltando
Fogosos los albardones,
Al galope y *escarciando*:

Y entre los recogedores
También sus perros se *vían,*
Que retozando corrían
Festivos y ladradores,
Que a las vacas aturdían.

Y embelesaba el *ganao*
Lerdiando para el *rodeo,*
Como era un lindo recreo
Ver sobre un toro *plantao*
Dir, cantando, un venteveo.

En cuyo canto la fiera
Parece que se gozara
Porque las orejas para
Mansita, cual si quisiera
Que el ave no se asustara.

Ansí, a la orilla del fango
Del bañado, la más blanca
Y cosquillosa potranca
Ni mosquea, si un chimango
Se le deja *cair* en la anca.

Solos, pues, sin *albidrío,*
Estaban los *ovejeros*
Cuidando de los *chiqueros,*
Mientras se alzaba el rocío
Para largar los corderos.

Después en San Borombón
Todo a esa hora embelesaba,
Hasta el aire que zumbaba,
Al salir del cañadón
La bandada que volaba;

Y la sombra que de aquélla
Sobre el pastizal refleja
Tan rápida que asemeja
Un relámpago o centella,
Y velozmente se aleja.

Y los potros relinchaban
Entre las yeguas *mezclaos;*
Y allá lejos *encelaos,*
Los *baguales* contestaban,
Todos *desasosegaos.*

Ansí los ñacurutuces
Con cara fiera miraban
Que esponjados *gambetiaban*
Juyendo los avestruces
Que los perros acosaban.

Al concluir la recogida,
Cuando entran a *corretiarlos;*
Y que al tiempo de alcanzarlos
Aquéllos de una tendida
Se divierten en *cociarlos.*

Y de ahí, los perros *trotiando*
Con tanta lengua estirada
Se vienen a la *carniada*
Y allí se tienden *jadiando*
Con la cabeza *ladiada*:

Para que las *criaturas*
Que andan por allí al *redor,*
O algún mozo *carniador,*
Les larguen unas *achuras*
Que es bocado de mi flor.

Tal fué por San Borombón
La madrugada del día
En que el *payador* debía
Hacer la continuación
Del cuento aquel que sabía.

«EL JUGLAR»—CUADRO DE ALBERTO LAMBRÓN

GRAN NOVELA DE AVENTURAS MARAVILLOSAS

A EJEMPLO del inmortal Wálter Scott, el célebre novelista Alejandro Dumas, padre, basó la mayor parte de sus famosas narraciones en episodios históricos, lo cual no fué óbice para que se tomara grandes libertades acerca de los hechos consignados en sus páginas, pues consideraba que el objeto de sus relatos era de mucha más importancia que los mismos sucesos históricos. Sin embargo de esto, en la más grande de sus novelas la historia no tiene parte alguna. ***El Conde de Monte-Cristo*** **es puramente un esfuerzo de imaginación. Jamás novelista alguno ha concebido una novela más fascinadora. En su forma original es un trabajo de una longitud enorme, y su lectura requiere mucho tiempo que, por otra parte, se pasa deliciosísimamente. Hemos procurado narrar esta historia de la manera más breve posible en estas páginas, y a pesar de ello se necesitará doble espacio del que solemos emplear en las demás.** ***El Conde de Monte-Cristo*** **se publicó por primera vez en 1844.**

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

PRIMERA PARTE

EL velero de tres palos *Faraón* llegaba a Marsella procedente de Esmirna, al mando de Edmundo Dantés, su joven piloto, pues el capitán había fallecido durante el viaje. Queríale entrañablemente la tripulación, para la cual era más bien un hermano que un superior, y sus conocimientos eran tan perfectos en cuanto se relacionaba con su profesión, que el armador no titubeó un momento en nombrarle capitán del buque. Capitán a los diez y nueve años con el aumento de salario que este cargo trae aparejado, hallábase en condiciones de ser el sostén de su anciano padre, al propio tiempo que de llevar inmediatamente al altar a la ojinegra Mercedes, con la cual hacía ya tres años sostenía relaciones amorosas.

Dado el natural franco y expansivo de Edmundo Dantés, jamás llegó el joven a sospechar que pudiera tener adversarios; pero lo que él inocentemente consideraba como su buena estrella, fué causa de que se creara enemigos. El sobrecargo del *Faraón*, llamado Danglars, dominado por la envidia, deseaba tomar el mando del buque, a fin de poderse dedicar, con más libertad, a un comercio ilícito. Fernando, pescador español y primo segundo de Mercedes, estaba locamente enamorado de la hermosa muchacha y odiaba a Edmundo porque había sido el preferido por ella. En estos dos tenía Edmundo sobrados enemigos, pero él, que no podía sospecharlo siquiera, los contó entre el número de sus amigos. Acontecía esto en una época de grandes revueltas políticas. Napoleón I, que había sido el árbitro de los destinos de Europa, acababa de abdicar la corona y volvía a conspirar en la pequeña isla de Elba, situada entre Córcega, su país natal, y la costa de Italia, para empuñar de nuevo su perdido cetro y recobrar su imperio. Ocupaba entonces el trono francés Luis XVIII, hermano menor de Luis XVI, el monarca que fué guillotinado durante la revolución, en 1793. No estaba la nación satisfecha del todo con su gobierno; y, como era natural, así los viejos veteranos que habían tomado parte en las grandes guerras napoleónicas, como todos los partidarios de un gran imperio francés, deseaban ardientemente el regreso de Napoleón.

Lo único que bastaba en aquella época para encerrar a un hombre en una mazmorra, era denunciarlo al fiscal del rey como conspirador por haber tomado parte en algún complot encaminado a la restauración del *usurpador*, como llamaban a Napoleón los partidarios del rey Luis XVIII. Edmundo Dantés, enteramente inocente por su parte, se había hecho sospechoso de hallarse en tratos con el gran mariscal de Napoleón en la isla de Elba, pues, obedeciendo las últimas instrucciones del difunto capitán, el fiel piloto había visitado dicha isla en el curso de su viaje; y desembarcando en ella solo,

recibió del gran mariscal un pliego importante que debía entregar personalmente a un personaje de París.

Por esta causa iba Edmundo a apresurar la boda y a emprender, inmediatamente después de terminada la ceremonia, una excursión a la capital de Francia, en donde entregaría la carta que se le había confiado.

CÓMO CONSPIRARON CONTRA EL CAPITÁN EDMUNDO DANTÉS SUS ENEMIGOS

Por tal manera se habían apoderado los celos del pescador Fernando, que su ansia única era quitar a Edmundo de en medio, antes de que pudiese ser esposo de Mercedes. Afortunadamente para sus planes, encontró un conspirador espontáneo en Danglars, quien vió al punto en la visita del joven oficial a la isla de Elba un motivo de arresto y de proceso.

Un sastre, llamado Caderousse, que gozaba al principio de la confianza de los conspiradores, empezó luego a sospechar que el complot que tramaban contra el joven capitán era en extremo peligroso, y así lo hizo presente a sus compañeros, aconsejándoles que desistieran de él.

Aparentando conformarse con el parecer de Caderousse, los otros dos prosiguieron sus gestiones a fin de que llegase secretamente la denuncia a las autoridades; y en efecto, Danglars, que se hallaba presente en el banquete de bodas, al cual Fernando, excitadísimo en extremo, había dejado de asistir, tuvo la viva satisfacción de ver al pobre Edmundo detenido por un magistrado y enviado al Ayuntamiento, en el momento de levantarse de la mesa para dirigirse a la iglesia con Mercedes, a celebrar la ceremonia nupcial.

LA CARTA QUE TRAJO MALA SUERTE AL JOVEN MARINO

Es indecible la consternación que este suceso produjo entre todos los amigos del joven Dantés. Demasiado joven para estar al corriente de las intrigas de la política, demasiado franco y noble para mezclarse en maquinaciones secretas, demasiado honrado para ejercer de contrabandista, nadie podía adivinar la causa por la cual había sido preso.

Su principal, Señor Morrel, que tenía en Edmundo absoluta confianza y estaba dispuesto a responder de él en todo cuanto pudieran exigirle los jueces, procuró consolar al anciano padre del desgraciado marino y a Mercedes, diciéndoles que debía existir alguna terrible equivocación y que el hijo y futuro esposo les sería, sin duda, devuelto dentro de poco.

El gran aturdimiento que mostró Edmundo, cuando apareció ante el juez Villefort, substituto del fiscal, para ser sometido al interrogatorio, era de suyo una prueba evidente de su inocencia. Así lo reconoció el propio fiscal; más todavía, tan seguro estaba de que el joven marino no sólo era inocente, sino que desconocía en obsoluto las intrigas políticas, que estuvo a punto de dejarle en libertad provisional, hasta tanto que con sus investigaciones hubiese averiguado con certeza que el causado poseía una carta del gran mariscal de Napoleón desterrado en la isla de Elba, y dirigida a un personalje de París. Con estas buenas disposiciones para con Edmundo, dió un vistazo a los objetos que habían sido sustraídos al acusado; entre ellos, encontró la carta. Iba dirigida a un tal Noirtier, y al leer el sobre, las facciones de Villefort experimentaron súbitamente un cambio terrible.

Interrogó vivamente y con la mayor perspicacia a Edmundo sobre lo que sabía de la carta, y quedó satisfecho al convencerse de que el joven marino lo ignoraba todo, fuera del nombre y dirección de la persona a la cual se había comprometido a entregarla.

EL FISCAL PRONUNCIA LA SENTENCIA DE DANTÉS

Villefort abrió la carta y la leyó con crecientes muestras de excitación; luego, llamando a Edmundo para que viese que la había reducido a cenizas en la chimenea, hízole jurar que no revelaría jamás el nombre de la persona a la cual iba dirigida. ¡El fiscal estaba suplicando al acusado!

Lejos estaba Edmundo de sospechar la terrible lucha que se había desencadenado en el interior del representante de la ley, quien tenía que decidir entre reconocer la indudable inocencia del acusado o condenarle a fin de proteger sus propios intereses, que el inocente podía trastornar con una sola palabra pronunciada inadvertidamente. En efecto, ese tal Noirtier, a quien iba dirigida la carta, no era otro que el propio padre del fiscal Noirtier de Villefort, partidario acérrimo de Napoleón, en tanto que su hijo no sólo maquinaba planes para obtener favores de la restaurada monarquía, sino que considerándose perjudicado por las grandes simpatías napoleónicas de su padre, había decidido cambiar de nombre, evitando así que le asociasen con el autor de sus días.

La carta que Edmundo había traído de la isla de Elba informaba a Noirtier que Napoleón dentro de unos días iba a hacer otra tentativa para recobrar la corona y que al desembarcar en Francia llamaría a todas sus antiguas legiones bajo su bandera. Al punto vió Villefort en estas noticias un medio de adelantar en su carrera; pero el haber obtenido esta información por una carta dirigida a su padre, llevaba aparejada la muerte del autor de sus días, y además, hubiera sido fatal para él mismo si se hubiese hecho pública. Nadie más que Dantés conocía la existencia de la carta; encerrándole, pues, en una cárcel bajo siete llaves, Villefort podía moverse libremente. De esta suerte, quedó acordada la sentencia de Dantés.

Poco después, Napoleón desembarcaba en Francia y empezaba a llevar a cabo su última hazaña durante el período llamado de *Los Cien Días*, que terminó con la derrota de Waterlóo. El Señor Morrel, que también era partidario del emperador, suplicó con insistencia a Villefort, cuando parecía que Napoleón iba a restablecerse en su trono, que presentase una instancia a favor de Dantés y rogase al Gobierno que le devolviera la libertad, fundándose en la lealtad con que había trabajado por la causa de Napoleón, ya que por esto le había encarcelado el gobierno de Luis XVIII, que acababa de huir de Francia.

EL JOVEN PRESO INOCENTE EN EL TERRIBLE CASTILLO DE IF

Redactó Villefort la solicitud con la mayor complacencia y en los términos más calurosos, haciendo resaltar los servicios imaginarios prestados por el joven preso en la causa napoleónica; pero, en vez de remitirla a su destino, la archivó cuidadosamente entre los documentos que se custodiaban en el Ayuntamiento, esperando que constituirían una arma terrible contra Dantés, cuando, como era probable y la historia así lo consigna, volviese Luis XVIII a sentarse en el trono de Francia.

El substituto fiscal se había decidido a defender sus propios intereses, aun a expensas de un inocente joven a quien había condenado a un encarcelamiento terrible.

El pobre Edmundo, sacado de la cárcel del Ayuntamiento y custodiado por una fuerte escolta, fué conducido a un bote que debía trasladarle a la tétrica fortaleza de If, situada en el mar y de la cual no se sabía que nadie hubiese logrado evadirse nunca.

Un carcelero sombrío y de sucio aspecto, condújole a un calabozo, triste y húmedo, situado casi debajo de tierra, y lúgubremente iluminado por la indecisa luz de una lámpara colocada encima de un taburete.

En el suelo veíase esparcida un poco de paja nueva que debía servirle de lecho; y, por todo refrigerio, una jarra de agua y un pedazo de pan negro.

En medio de aquella obscuridad y de aquel terrible silencio, quedóse solo Dantés, helado como las sombras cuyo aliento la parecía sentir en su ardorosa frente. Al amanecer, hallóle el carcelero tal como le había dejado, hinchados los ojos de tanto llorar. Tan embotados tenía los sentidos, que el guardián hubo de tocarle para que advirtiera su presencia.

SEIS AÑOS SIN ESPERANZA EN UNA MAZMORRA NEGRA E INFECTA

No pudo Dantés comer el rancho que el carcelero le había traído, y cuando, por fin, se hubo hecho cargo de su horrible situación, arrojóse desesperado al suelo, llorando amargamente y lamentándose del hado adverso que le había labrado semejante desdicha.

Pasaron unos días, durante los cuales había cambiado alguna que otra palabra con el carcelero, insistiendo en que se le permitiese ver al gobernador del castillo; pero la contestación fué siempre negativa. Desesperado Dantés, llegó, por fin, a amenazar de muerte al carcelero si no le prometía hacer llegar a conocimiento de Mercedes lo que había sido de él.

El resultado de estas amenazas fué mudar al preso de calabozo y trasladarle a otro de castigo, más tétrico, más lóbrego y húmedo que el que hasta aquel día había ocupado, y con muchas menos probabilidades de poder evadirse.

Transcurrieron así los días; las semanas se conviertieron en meses y los meses pasaron sin que el preso pudiera contarlos. Habíase consumido en su calabozo seis años; y no pudiendo resistir más empezó a pensar seriamente en dejarse morir de hambre. Durante cuatro días seguidos se había negado a comer y hallábase ya muy débil, cuando oyó de repente, hacia las nueve de la noche, un ruido sordo en la pared contra la cual estaba acostado. Parecíase aquel ruido al que produce el continuo escarbar de una descomunal garra, de un poderoso molar o de algún instrumento de metal que rasca la piedra.

EL EXTRAÑO RUIDO QUE HIZO CONCEBIR ESPERANZAS AL POBRE PRESO

Débil y sin fuerzas, creyó que su cerebro le engañaba, pero después de haber escuchado de nuevo con gran atención, convencióse de que aquel ruido procedía de alguien que escarbaba las piedras del muro del calabozo. Despertáronse en él desatinados pensamientos de libertad. Aun proseguía el ruido al presentarse el carcelero con el almuerzo a la mañana siguiente, y temeroso de que éste lo oyese, volvióse Edmundo tan súbitamente locuaz que el hombre creyó que desvariaba y le trajo caldo y pan blanco. Abandonó inmediatamente su decisión de dejarse morir de hambre, y tomó con avidez el caldo que debía darle nuevas fuerzas a fin de servirse de ellas en caso de que pudiera necesitarlas para algo. Quitó una piedra del muro y dió con ella tres golpes en la dirección de donde venía el ruido.

EL PRESO DESCONOCIDO QUE PRACTICABA UNA GALERIA EN LA PARED DEL CASTILLO

Al primer golpe cesó el ruido como por encanto, y durante aquel día no volvió a oirse. Pasó también la noche en medio del mayor silencio, lo cual acabó de persuadir a Edmundo que debía proceder de algún preso que se abría camino para recobrar la libertad.

Actualmente no ansiaba otra cosa que recuperar sus fuerzas. Ya no se negó a comer. Los ruidos no volvieron a percibirse, pero tres días después, adquirió la certeza de que el desconocido preso volvía a trabajar sirviéndose de una palanca para mover las piedras, en vez de emplear un escoplo. Entonces Edmundo se decidió a trabajar también él por abrirse un camino; tal vez se encontraría con el otro preso.

La única idea práctica que podía ocurrírsele para llevar a cabo su empresa, fué romper el jarro del agua y esconder dos o tres pedazos en la cama. Con uno de estos pedazos escarbó la pared durante toda la noche, quitando la húmeda capa de mortero que rodeaba una gran piedra del muro, piedra que luego quedaba oculta al colocar la cama en su sitio. En realidad parecía adelantar muy poco; pero aquella noche oyó distintamente al trabajador subterráneo que continuaba abriéndose camino.

A la siguiente mañana, refunfuñó el carcelero al ver el jarro hecho pedazos y fuése a buscar otro, y, cuando ya se

hubo marchado para no volver hasta mediodía, el pobre preso reanudó alegremente su labor de escarbar la capa de mortero.

CONTINÚA DANTÉS SUS DESESPERADOS ESFUERZOS PARA RECOBRAR SU LIBERTAD

Reconvínose Edmundo a sí mismo por no haberse ocupado en estos trabajos durante tantos años. Hacía ya seis que estaba encerrado en aquella mazmorra, y ¡cuántas cosas no hubiera hecho a no haberse entregado a la más extrema desesperación!

En tres días había quitado todo el mortero de la piedra, pero no le era posible mover ésta sin el auxilio de una herramienta que hiciera las veces de palanca. Su ingenio, inactivo por tanto tiempo, recobró de repente su vigor. Había observado que el carcelero le traía la sopa en una cacerola de hierro de mango muy sólido, y, por adquirirla, hubiera dado ahora diez años de su vida. El objeto único de sus pensamientos era, pues, obtener aquella cacerola, cuyo mango había de servir de palanca para levantar la piedra. Logró Dantés lo que se había propuesto, dejando adrede el plato de la sopa en el suelo del tal manera que cuando entró el carcelero tropezó con él y lo rompió. Quedábanle al cancerbero dos caminos para escoger: subir en busca de otro plato o dejarle la cacerola que contenía la sopa y darle el plato la primera vez que volviera a traerle el rancho. Afortunadamente su natural pereza impulsóle a dejarle la cacerola; y así Dantés entró en posesión de la preciada herramienta. Con auxilio del mango, y trabajando sin descanso toda la noche, logró mover las piedras de la pared. Y como el carcelero al otro día se olvidó de traerle un nuevo plato, volvió a dejarle la cacerola, con lo que el pobre preso pudo servirse de ella mucho más tiempo del que hubiera podido esperar.

LA VOZ DE LA PARED Y LO QUE DIJO A EDMUNDO DANTÉS

Hacía ya tres días que no oía ruido alguno procedente del incógnito trabajador; pero esto fué una razón más para que Edmundo se apresurase en la tarea emprendida.

Trabajaba día y noche sin cesar. La cacerola, como es natural, fué cuidadosamente colocada en su lugar y el mango enderezado de tal manera que el carcelero no pudiese sospechar absolutamente nada.

No había Dantés horadado aún mucha distancia en la pared, cuando halló una gran viga de madera que presentaba su extremo al boquete practicado. Iba a ser necesario, pues, excavar por encima o por debajo de ella. Desalentado a la idea de trabajo semejante y lleno de congoja, murmuró en voz alta algunas palabras dirigidas a Dios, suplicándole que no le dejase morir en medio de su desesperación.

—¿Quién habla de Dios y de desesperación al mismo tiempo?—dijo una voz que parecía venir de debajo de tierra y, amortiguada por la distancia, resonaba hueca y sepulcral en los oídos del desgraciado Edmundo. El terror que el joven experimentó le hizo caer de rodillas con los cabellos erizados.

—En nombre del cielo — exclamó Dantés — volved a hablar, aunque me horrorice el timbre de vuestra voz.

—¿Quién sois?— dijo la voz.

—Edmundo Dantés — replicó el infeliz sin titubuar un momento. — Soy un marino francés.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—Desde el 28 de Febrero de 1815.

—¿De qué estáis acusado?

—De haber conspirado por la vuelta del emperador.

—¡Cómo por la vuelta del emperador! ¿No está ya en el trono?

—Abdicó en Fontainebleau, en 1814, y le desterraron a la isla de Elba. Pero ¿cuánto tiempo hace que estáis aquí, que desconocéis todos estos sucesos?

—Desde 1811.

Dantés se estremeció; aquel hombre había estado preso cuatro años más que él.

Esta extraña conversación continuó todavía mucho tiempo. Vió Edmundo que sólo tenía que quitar unas cuantas

piedras más, para ponerse en contacto con la galería del otro preso, a pesar de que el agujero que él había abierto era mucho menor. Dicha galería, algo más baja, pasaba por debajo de la viga que acababa de causar la desesperación de Edmundo.

Por desgracia para el desconocido encarcelado, veía ahora que su heróico trabajo resultaba inútil. Con indecibles penas y durante años había ido abriendo un paso por entre el muro y horadado una galería de quince metros de longitud para encontrarse con que en lugar de conducirle, como esperaba, a la muralla exterior del castillo desde la cual se hubiera arrojado al mar, le llevaba al calabozo de otro preso.

ENCUENTRO DE LOS DOS PRESOS Y SU NUEVA AMISTAD

Al día siguiente saliendo de su calabozo el desconocido, volvió a su galería y pudo penetrar en la celda de Edmundo. Saludáronse ambos con la mayor alegría, pues aun en el peor de los casos, bastaría verse diariamente para que esta comunicación de los dos desgraciados aliviase en algún modo la amargura de su cautiverio. El nuevo amigo de Edmundo era un hombre de baja estatura que podía contar unos sesenta años.

Aunque de rostro demacrado, con larga barba negra, y cabellos que parecían más bien haber encanecido por los sufrimientos que por la edad, mostraba todavía bastante vigor para un hombre que había estado preso durante tanto tiempo. Su inteligencia clarísima y enérgica, y la saludable influencia de la larga y penosa tarea que acababa de realizar, habíanle ayudado a mantenerse en tan buenas condiciones.

Explicó a Dantés los medios de que se había valido para construir las admirables herramientas que poseía, con el escaso material de que podía disponer; cómo había fabricado su escoplo con un trozo de hierro procedente de su cama y con él había abierto la larga galería en el muro. Examinó cuidadosamente el calabozo de Edmundo y encaramándose con el auxilio de éste a la ventanilla que había cerca del techo, vió que daba a un patio, en el cual vigilaban los centinelas, quitándoles de esta suerte toda esperanza de poder evadirse.

—¡Hágase la voluntad de Dios!— exclamó pausadamente el anciano, pintándose en su pálido rostro inequívocas señales de resignación. Entonces dijo a Dantés que era el abate Faria.

LA EXTRAÑA HISTORIA DEL ABATE FARIA Y SUS LARGOS SUFRIMIENTOS

Antes de ser trasladado al castillo de If, en 1811, había ya padecido tres años de presidio en otra fortaleza. Había cometido el crimen de trabajar para conseguir la unidad de Italia conspirando para formar un reino poderoso, con todos los pequeños estados en los cuales estaba entonces dividida su patria. Esto era hacer traición a los planes de Napoleón, en 1807, y el abate había sido entregado a los franceses.

El nuevo amigo de Edmundo no era otro que el *Abate Loco*, aunque no mostrase señales de locura y sí muchísimas de tener más clara inteligencia que la mayor parte de los hombres. Dantés quedó extraordinariamente fascinado por el relato del abate acerca de cómo había empleado el tiempo en la cárcel; y preguntóle por qué no podía empezar de nuevo, teniéndole a él como auxiliar para abrirse un camino que les condujera a las murrallas exteriores.

—En primer lugar,— dijo el abate, —he pasado cuatro años fabricando las herramientas que poseo y he estado dos más rascando y excavando tierra tan dura como el mismo granito; además, ¡cuántas penas y trabajos para quitar piedras tan grandes que en otro tiempo me hubiera parecido imposible poderlas mover de su sitio!

CÓMO ABRIÓ EL ABATE AQUELLA GALERÍA A TRAVÉS DEL MURO DEL CASTILLO

—Luego, para esconder la masa de tierra y cascajo que excavaba, me ví obligado a abrirme paso por una escalera y arrojar el fruto de mi trabajo a los huecos que había en ella; pero el pozo

está tan lleno que a duras penas cabría otro puñado, sin que indujera a un descubrimiento. Y precisamente en el instante en que contaba con el logro de mis afanes, me abandona la esperanza. No; ya nada me impulsará a renovar tentativas en contradicción con los designios del Todopoderoso.

DANTÉS LLEGA A SER APROVECHADO DISCÍPULO DEL «ABATE LOCO»

Edmundo dió pruebas fehacientes de ser un discípulo aprovechadísimo, y aquellas largas horas, pasadas, el uno en explicar y el otro en escuchar lecciones de filosofía, de historia, de ciencias naturales y de lenguas, produjeron



EL MAR ES EL CEMENTERIO DEL CASTILLO DE IF

La parte más emocionante de *Monte-Cristo* es la huída de Edmundo Dantés del Castillo de If, después de catorce años de prisión. Otro preso había cavado una galería a través del muro, pero sólo había logrado desembocar en el calabozo de Dantés. Cuando aquel prisionero murió, los carceleros pusieron el cadáver en un saco para arrojarlo al mar; pero Dantés, introduciéndose en el calabozo de su difunto amigo, sacó el cadáver de éste y se cosió él mismo en el saco. Así fué arrojado al mar, y cortando el saco con su cuchillo, logró llegar a nado a un buque y salvarse.

Así se acordó, y ya que debía desecharse toda esperanza de evasión, buscaron los infelices presos por todos los medios posibles, ocultar las pruebas de su diaria comunicación. Complacióse el abate en pasar la mayor parte del tiempo instruyendo a Edmundo en los diferentes ramos del saber humano, en los cuales era un verdadero maestro.

en ambos un placer lleno de melancolía que suavizó en gran manera sus amarguras.

El abate, al estudiar el caso de Edmundo, pudo demostrarle que el enemigo causante de su encierro en el Castillo de If, no era otro que Villefort, sobre cuyos generosos sentimientos se había engañado grandemente. Refirió un día

el abate a Edmundo su historia y luego, cuando sus fuerzas empezaron a decaer y un ataque de parálisis inutilizó uno de sus brazos, descubrió a su compañero el gran secreto que poseía y que le había valido el mote de *Abate Loco.*

Antes de haber sido preso, el abate era secretario del Conde Spada, último vástago de una famosa raza de nobles italianos; dicho conde había fallecido en 25 de Diciembre de 1807. Durante el tiempo que el abate estuvo con él, llegó a su conocimiento que uno de los Spada del siglo XV, que era cardenal, murió envenenado juntamente con su sobrino por agentes secretos de César Borgia, a fin de que pudieran entrar en posesión de su inmensa fortuna el Papa y sus amigos.

Pero un estudio extremadamente minucioso de la historia de los personajes más famosos de Roma relacionados de una u otra manera con los Spada de aquel tiempo, probó al abate Faria que ninguno de ellos había obtenido beneficio alguno de la muerte del cardenal Spada y de su sobrino. Juzgó el abate de todo esto que el cardenal había escondido sus fabulosas riquezas, con objeto de impedir que cayeran en manos de sus enemigos de Roma, procurando que únicamente su sobrino estuviera en el secreto.

Durante muchos años, Faria había buscado entre los documentos pertenecientes a la familia Spada, esperando hallar algo que equivaliese a una especie de testamento, pero sus gestiones fueron inútiles. Al ocurrir la muerte del conde, su señor, heredó su biblioteca, de la cual formaba parte su famoso breviario o devocionario medioeval, que había constituído uno de los tesoros más preciados de los Spada. Cierta noche, necesitando súbitamente una luz, anduvo a tientas en busca del breviario, porque se acordaba de cierto pedazo de papel amarillo de puro viejo, que en él había, y que probablemente hacía siglos servía como de señal de página. No le atribuía ningún valor, pues carecía de escritura, y aplicando un extremo al fuego de la chimenea empezó a arder. Pero ¿cuál no fué su asombro al observar que a medida que el papel ardía iba apareciendo una escritura amarillenta en su *superficie*?

EL TESORO ENTERRADO EN LA ISLA DE MONTE-CRISTO

Apagó inmediatemente la llama, aunque no antes de que ésta hubiese destruído una parte considerable del papel. Excitado por la curiosidad, encendió la bujía en el mismo fuego de la chimenea, y luego, examinando el trozo de papel que quedaba, vió que la acción del calor había hecho aparecer una escritura trazada con una tinta especial que sólo se hacía visible por la acción del fuego.

He aquí lo que leyó:

Hoy 25 de Abril de 1498, ha . . .
sido invitado a com . . .
jandro VI y temiendo que, . . .
tento con haber . . .
el capelo, trate de her . . .
ciendas, reservándom . . .
los cardenales Cap . . .
glio que murieron em . . .
dos, declaro a mi sobrino G . . .
Spada, mi heredero univer . . .
he enterrado en . . .
conoce por haberlo visit . . .
a saber, las grutas de Monte-Cris . . .
lo que yo poseía en barr . . .
ñado, pedrería, diam . . .
sólo yo tengo notic . . .
soro que ven . . .
unos dos millones a . . .
de escudos romanos y qu . . .
levantando la vigésima roc . . .
la ensenada del Este en lín . . .
grutas, hay practicados dos . . .
ro está en el ángulo más lej . . .
segunda gruta. Este tes . . .
propiedad absoluta com . . .
único heredero. . . .
25 Abril, 1498. CÉS. . . .

Aun después de haber sido preso el abate Faria casi a raíz de este descubrimiento, no dejó de mano la tarea de completar las líneas que el fuego había consumido y algunos años más tarde sus esfuerzos se habían visto recompensados. La parte quemada decía así:

. . . biendo
. . . er por S.S. Ale-

. . . no con-
. . . me hecho pagar
. . . edar mis ha-
. . . e la suerte de
. . . rara y Bentivo-
. . . ponzoña
. . . uido
. . . sal, que
. . . un lugar que ya
. . . ado conmigo
. . . to, todo
. . . as, oro acu-
. . . antes y alhajas;
. . . ia de este te-
. . . drá a importar
. . . poca diferencia
. . . e encontrará
. . . a, empezando por
. . . ea recta. En las
. . . aberturas; el teso-
. . . ano de la
. . . oro se lo lego en
. . . o a mi

. . . AR SPADA.

Explicó minuciosamente el abate y con gran excitación, cómo llegó a penetrar en el misterio del papel quemado y cómo su solución le había demostrado que en la isla de Monte Cristo aguardaba al dichoso mortal que supiera hallarlo, un tesoro que no bajaría de trece millones.

MUERTE DEL ABATE FARIA Y LO QUE HIZO DANTÉS CON MOTIVO DE ELLA

Dantés conocía la isla de Monte Cristo (la cual está situada entre Córcega y Elba) por haber hecho una vez escala en ella. Forma dicha isla una roca casi cónica, originada probablemente por alguna erupción volcánica. Trazó Dantés el plano de la misma, y explicóle el abate cómo se podría recuperar el tesoro. El pobre Faria había perdido ya toda esperanza de libertad para correr en busca del tesoro oculto en Monte-Cristo, y desde que padeció el ataque de parálisis presentía que su fin estaba próximo, por lo cual quiso que Dantés conociese el secreto para el caso de que lograse evadirse del castillo. En efecto, poco tiempo después, el abate entregaba su alma al Criador. Quedó Edmundo sumido en un nuevo mar de angustias, al perder para siempre a su fiel amigo que había sido para él más que vida y al pensar en el negro porvenir que le aguardaba.

CÓMO LA GALERÍA PRACTICADA EN LA PARED PUDO SERVIR PARA UN GRAN OBJETO

Pero su inteligencia se había avivado en los años que llevaba de frecuentar la sociedad de aquel hombre maravilloso que acababa de exhalar su último suspiro en aquella terrible cárcel. Ya no era el sencillo oficial del *Faraón,* sino un hombre dotado de una gran inteligencia de inmensos recursos y de una audacia sin límites, nacida de su situación desesperada.

Gracias a la comunicación establecida entre los dos calabozos, pudo Dantés enterarse de todo lo que pasaba en la celda del difunto abate. Coligió de todo ello que en su entierro no precedería ceremonia alguna y que el cadáver recibiría sepultura después de la puesta del sol. Cuando el médico hubo certificado la defunción del abate, trajeron los carceleros un gran saco, en el cual colocaron el cadáver completamente desnudo y dejáronlo así en el calabozo. Entonces fué cuando Dantés determinó jugarse la existencia para conseguir su libertad, y así como el abate le había salvado y socorrido en vida, así iba ahora, despues de muerto, a servirle de medio para su evasión.

CONCIBE DANTÉS UN ASOMBROSO Y ATREVIDÍSIMO PROYECTO DE EVASIÓN

Abrió Edmundo el fúnebre envoltorio, sacó de él el cadáver de su compañero y con un esfuerzo lento y doloroso a la par, hízolo pasar por la galería de comunicación hasta su calabozo. Colocólo en su lecho de cara a la pared y lo tapó con sus propios andrajos, de modo que, al entrar el carcelero con la cena, creyese que era Dantés que dormía, como había sucedido muchas otras veces. Terminada esta operación, Edmundo fué a ocupar en el saco el puesto del difunto; cosióse por dentro con la aguja que había sido una de las herramientas más ingeniosas del abate. Retuvo en su mano el cuchillo del abate y palpi-

tándole fuertemente el corazón aguardó los acontecimientos.

Pasaron las horas con desesperante lentitud, hasta que, por fin, oyó los pesados pasos de los carceleros que bajaban al calabozo. En medio de los chistes más groseros sobre el *Abate Loco* y después de alguna conversación acerca de *atar el nudo*, cosa que intrigó vivamente a Edmundo, levantaron el saco. Colocáronlo en unas andas llevadas por dos hombres y tras algunas maniobras que, él no pudo comprender, pusiéronse éstos en marcha por los corredores del castillo, alumbrados por otro hombre que llevaba una antorcha en la mano. Poco después llegaron a una poterna que fué abierta; al pasar por ella oyóse el ruido del mar que se estrellaba contra las rocas.

CÓMO CONSIGUIÓ SALIR EL PRESO DEL TERRIBLE CASTILLO DE IF

Subieron todavía cinco o seis escalones y a los pocos momentos advirtió Edmundo que le cogían, uno por la cabeza y otro por los pies, y empezaban a balancearle.

—¡A la una—dijo uno de los carceleros,—a las dos, a las tres!

En el mismo instante, sintióse Dantés lanzado al espacio, y, como el ave herida de muerte, caer con una rapidez que le heló la sangre en las venas. Por fin, con un choque terrible, penetró en el agua helada exhalando un grito agudísimo que fué sofocado en el momento de su inmersión debajo de las olas. Edmundo Dantés había sido arrojado al mar, a cuyos abismos era arrastrado por una bala de cañón de diez y seis kilos atada a sus pies. El cementerio del castillo de If era el mar.

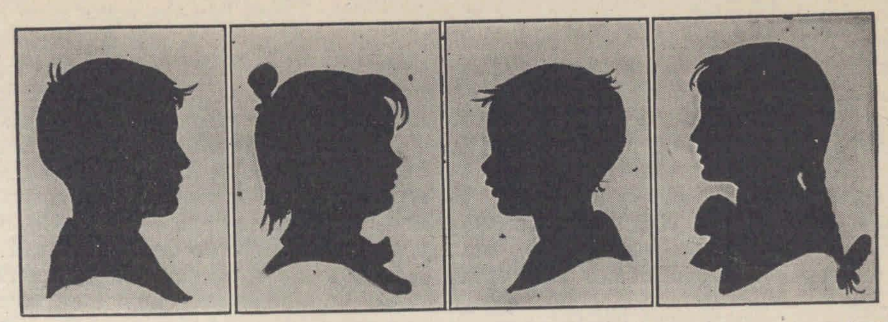
A pesar de su aturdimiento y a punto de morir de asfixia, tuvo Dantés bastante presencia de ánimo para retener la respiracion y hacer uso del cuchillo que tenía en la mano; rasgó rápidamente el saco, de arriba abajo, y sacó primero el brazo y luego todo el cuerpo. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos para librase de la bala, sentía que ésta le arrastraba todavía hacia el fondo. Inclinóse entonces y con un desesperado esfuerzo, cortó la cuerda que le ataba las piernas, cuando ya empezaba a ahogarse; un salto vigoroso le permitió salir a la superficie del mar, mientras la bala, arrastrando consigo el saco que debía servir de sudario, bajaba a los abismos.

Detúvose Dantés un instante para tomar aliento y sumergióse inmediatamente después para ocultarse a las miradas de los centinelas del fuerte; cuando volvió a la superficie estaba ya a cincuenta pasos del punto en que había sido arrojado.

ENCUENTRA DANTÉS EL TESORO EN LA CUEVA Y COMIENZA SU VENGANZA

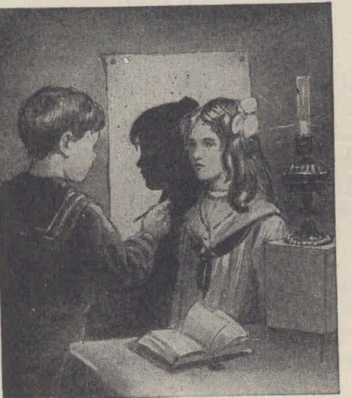
Dirigióse resueltamente Dantés mar adentro, nadando por las encrespadas olas que la naciente tempestad henchía, hasta que, afortunadamente, fué recogido a bordo de un velero a cuyo capitán explicó que era el único sobreviviente de la tripulación de un barco maltés que se había ido a pique; contóle una ingeniosa historia acerca de la larga cabellera que caía sobre sus hombros y la barba que le llegaba al pecho, diciéndole que las llevaba en cumplimiento de un voto que precisamente expiraba aquel día. Por el capitán supo que era el 28 de Febrero del año 1829. Habían, pues, transcurrido catorce años desde que fué reducido a prisión. Preguntóse qué habría sido de Mercedes, quien seguramente le habría creído muerto, y el recuerdo de los tres hombres causantes de su larguísimo y triste cautiverio, encendió en sus ojos una llamarada de odio inmenso.

Ya en libertad y a bordo de un buque que hacía rumbo a Liorna, renovó el juramento de implacable venganza contra Danglars, Fernando y Villefort. Poco después encontró la cueva secreta en la isla de Monte-Cristo con todas sus deslumbrantes riquezas y tal como el malogrado abate había predicho. Tenía ya en su poder todos cuantos medios de venganza pudiera haber soñado en medio de la más feroz pesadilla un inocente que ha sido villanamente condenado.



MODO DE TRAZAR UNA SILUETA

EN días ya lejanos, antes de haberse inventado la fotografía, nuestros antepasados solían hacerse retratar de perfil, y a semejantes retratos se les daba el nombre de siluetas. No se empleaba para ello la máquina fotográfica, ya que, según hemos dicho, no era todavía conocida, sino que se recortaba en fino papel negro, que se pegaba luego encima de una cartulina blanca. La palabra *silueta* proviene del nombre de Monsieur Esteban de Silhouette, ministro de Hacienda francés en 1759, que pasaba por ser de carácter en extremo sórdido y avaro, y se aplicó a esta clase de retratos por estar reducidos a su mínima expresión, si así puede decirse, ya que no consisten más que en una línea que dibuja el contorno suprimiendo todos los demás detalles. Hasta hace pocos años, podían verse por las calles de Buenos Aires, o de cualquiera otra ciudad de importancia, artistas ambulantes que, por cantidad una insignificante trazaban la silueta de quien estuviera dispuesto a dedicarles unos minutos. Estos retratos tenían el tamaño de una tarjeta de visita y ofrecían con frecuencia extraordinario parecido, si concurría la circunstancia de una regular habilidad por parte del artista callejero; aunque, como ya puede presumirse, en el caso de faltarle la destreza necesaria para trazar y cortar los contornos, su labor no valía gran cosa. En tiempos aun más lejanos, cuando la caprichosa diosa de la moda prestaba sus favores a los retratos de silueta, se usaba un procedimiento más científico que el que se ha venido empleando después. La persona cuyo retrato quería sacarse ocupaba un asiento, colocándose de perfil ante un biombo o pantalla, poniendo la luz del otro lado encima de la mesa, y de este modo se proyectaba claramente su sombra en la pantalla, obteniéndose así con exactitud su propia figura, si la persona y la luz estaban dispuestas convenientemente.



Manera de trazar la silueta.

En el biombo se trazaba luego el contorno, que era trasladado después en menor escala y por medios mecánicos a una hoja de papel negro, fabricado exclusivamente para este uso; a continuación se recortaba la silueta y se pegaba encima de una cartulina. Gran número de estos antiguos retratos de silueta han llegado hasta nosotros. Es famoso el del historiador Eduardo Gibbon, que reproduce no sólo sus facciones sino toda su persona, y se considera el mejor retrato que de él se ha hecho. Célebre es también la silueta de Roberto Burns, el poeta escocés.

Con un poco de cuidado y habilidad, cualquier niño o niña puede trazar la silueta de sus amiguitos. No es necesario para ello poseer un biombo preparado al efecto, como se creía indispensable para los antiguos retratos; bastará que tomemos una hoja de papel de tamaño suficiente, y la fijemos por medio de puntas de París en la pared, que ha de ser enteramente lisa. De perfil, ante esa hoja, se coloca la persona cuyo retrato queremos hacer; y al otro lado, encima de la mesa, pondremos una lámpara o bujía si así lo preferimos, con tal de que nos den luz suficiente. Luego se traza cui-

dadosamente el contorno de la sombra con un lápiz y se recorta. Para ello podemos usar aquella clase de papel que tiene blanca una cara y negra la otra, empleando la primera para trazar el dibujo, y pegándolo después en la cartulina de modo que se vea la cara negra. Y, si no tenemos papel de esta clase, tomemos una hoja blanca, y después de trazar allí el retrato, recortémoslo, y colocándolo encima de una hoja de papel negro, saquemos una copia de él.

En el grabado de la página anterior se ve claramente cómo se ha de colocar la persona cuya silueta se desea trazar; y en la parte superior de la misma página vense siluetas de niños. Éstos han de estar muy quietecitos mientras se dibuja su retrato, y si es necesario, se les hace apoyar en alguna parte la cabecita para evitar cualquier movimiento que echaría a perder el dibujo.

Los retratos de silueta se trazan siempre de perfil, porque si se dibujaran de frente no habría en ellos ningún rasgo característico que indicara cuyo es el retrato, mientras el solo contorno de la nariz y la barbilla nos dan el parecido de una persona. Al colocar la lámpara hemos de procurar que nos dé buena luz y al mismo tiempo que esté algo apartada de nosotros, para evitar que se venga al suelo, al hacer algún movimiento brusco con el brazo.

ROBÍN HOOD Y SUS ALEGRES COMPAÑEROS

PIEZA INFANTIL PARA LA ESCUELA

La historia de Robín Hood puede verse en «El Libro de narraciones interesantes».



ESTA pieza se presta a ser representada en un jardín. En este caso, en lugar de bajar el telón, desaparecerán los actores entre los árboles.

TRAJES

Tanto Robín Hood, como Allán y Juanito, van vestidos con túnicas verdes o de color pardo y llevan sombreros terminados en punta y adornados con plumas, largas medias y zapatos puntiagudos. Todos están provistos de un arco y flechas, y la indumentaria de Robín Hood comprende, además, una espada y un cuerno de caza. Fray Tuck viste un hábito de monje; la doncella Mariana un traje corto con mangas perdidas, y Rosamunda una larga túnica muy ceñida, con la misma clase de mangas. Simón se presenta envuelto en un largo y holgado traje adornado con pieles y cubierta la cabeza con un sombrero de fieltro flexible y copa baja; trae algunos saquitos de dinero.

PERSONAJES

ROBÍN HOOD, JUANITO, FRAY TUCK, ALLÁN, LA DONCELLA MARIANA, SIMÓN DE LÍNCOLN Y ROSAMUNDA (hijastra de Simón).

Lugar de la escena: La Selva de Sherwood. Envueltos en capas, duermen tendidos debajo de un árbol Fray Tuck y Juanito, teniendo éste junto a sí el sombrero, con el arco y las flechas. Allán está de centinela.

ALLÁN:—Ya brilla el sol con todo su esplendor. ¡Hola! ¡Despertad, alegres compañeros míos!

Los empuja con su arco.

EL FRAILE (*soñoliento*):—¡Buenas noches! ¡Descansar!

ALLÁN:—¡Anda! ¡Despierta y levántate, que es tarde! ¡Descansar, por vida mía! ¡Y has dormido como un lirón durante cuatro horas!

Le empuja con el pie. Fray Tuck se levanta bostezando y frotándose los ojos. Allán empuja después a Juanito, que se pone en pie de un salto y agarra a Allán por el cuello.

JUANITO:—¡Ah, malvado! ¡No te me escaparás!

ALLÁN:—¡Vaya con las bromas del señorito! ¿Te figuras que soy algún asesino?

JUANITO (*riendo*):—Era una pesadilla. Perdóname, compadre. ¡Ah! Ahí viene nuestra excelsa señora, la doncella Mariana.

Entra la doncella Mariana por los árboles del fondo. Juanito se echa a la espalda el arco y las flechas.

LA DONCELLA (*sonriendo*):—¡Buenos días, amigos! Vamos a preparar entre todos el desayuno.

ALLÁN:—Todavía queda algo de aquella pieza de venado, señora.

LA DONCELLA:—¡Pues tráela pronto!

Allán desaparece entre los arbustos de la izquierda. Entretanto Juanito y Fray Tuck desembarazan de hojarasca el sitio al pie del árbol.

EL FRAILE:—¡Ea! ¡Ya está limpio!

JUANITO:—Ahí viene el desayuno.

Regresa Allán con la carne en una escudilla de madera, trayendo además vino en un vaso de cuerno, y pan. Mientras coloca en el suelo sus provisiones se oye cantar a lo lejos.

LA DONCELLA:—¿Oís? Es Robín Hood.

Robín Hood aparece por el fondo y ofrece algunas florecillas silvestres a Mariana.

ROBÍN:—¡Salud, mis alegres camaradas! Venid todos. ¡Ataquemos esas apetitosas provisiones! Llego más hambriento que un lobo. (*Se sientan y empiezan a comer.*) ¿Qué tal habéis dormido después de la bacanal de anoche?

EL FRAILE:—En cuanto a mí, lo mismo que un tronco.

ALLÁN:—Dice verdad el reverendo. Trabajo me costó despertarle.

ROBÍN:—Me alegro de que hayáis descansado. Hoy os preparo algo bueno.

JUANITO:—¿Algo bueno?

ROBÍN:—Sí. Se trata de un rico negociante, Simón Lincoln, que viaja con su hijastra y ha de atravesar esta selva. La fama se hace lenguas de sus riquezas.

LA DONCELLA:—Ya le aligeraremos nosotros del peso de ellas. No es justo que un hombre vaya por el mundo cargado con tanto oro.

JUANITO:—¡Verdad es, por vida mía! Nos repartiremos esa carga entre nosotros. ¿Cuándo viene por acá, mi amo?

ROBÍN:—Le aguardo dentro de un momento. Oídme atentos y os expondré mi plan. Tal vez este Simón no sea tan duro y mezquino como dicen las gentes: pongámosle a prueba. Voy a disfrazarme de mendigo y le pediré limosna. Si se muestra compasivo, le dejaremos proseguir en paz su camino; si no, temo que va a alejarse de estos sitios bastante más pobre de oro y más rico de experiencia.

JUANITO:—¡Chist! ¿Qué es esto?

ROBÍN (*levantándose*):—¡Son ellos! ¡A esconderse todo el mundo!

Todos se esconden excepto Robín, el cual, envuelto en una capa, está sentado debajo del árbol. Llegan Simón y Rosamunda por la derecha.

ROBÍN (*tendiendo la mano*):—¿Quiere su merced socorrer a un pobre hombre?

SIMÓN:—¡No! ¿Crees tú que tengo yo dinero para dárselo a cualquier mendigo holgazán que me salga al paso?

ROSAMUNDA:—Vamos; hágale merced de alguna limosna al pobre hombre. De buena gana le daría yo unas monedas si las tuviera.

SIMÓN:—¡Silencio! (*A Robín*): ¡Largo de ahí, miserable canalla!

ROBÍN:—¡Calma, Simón de Lincoln, calma! (*Se levanta, despojándose de su capa y del sombrero.*) Conque ¿soy un miserable canalla, eh? (*Salen los demás de sus escon-*



drijos.) Aquí vienen otros tres... también fuertes y robustos mozos.

SIMÓN:—¡Pandilla de ladrones, por vida mía!

Trata de huir, pero el fraile y Allán le sujetan. Rosamunda aparece aterrada.

MARIANA:—Nada temas, hermosa doncella. No te sucederá el más leve daño.

ROBÍN:—Dame tus tesoros, amigo Simón.

SIMÓN:—¡Ah, mísero de mí! ¡Por Dios, Robín! ¡No te apoderes de mi dinero, de mi amado dinero, del oro de mi alma! Toma lo que quieras antes que mi oro. Quédate con Rosamunda. Pero, por piedad, ¡déjame mis riquezas!

Se agarra desesperadamente a los saquitos de oro, hasta que por fin consigue arrebatárselos Juanito.

ROBÍN:—¡Ah padre infame y desnaturalizado! ¿No te avergüenzas de entregar a tu hija por salvar tu oro? Te lo arrebatamos, pero para dárselo a ella. Ya puedes dar gracias al cielo por escapar a tan poca costa. Y ahora ¡fuera de mi vista! (*Simón desaparece por la izquierda.*) Hermosa doncella; tu semblante revela que has pasado hambre y malos tratos. ¿Se ha portado tu padrastro cruelmente contigo? (*Le da el dinero.*)

ROSAMUNDA:—Yo... yo... no puedo... (*Llora.*)

LA DONCELLA:—Vamos, vamos, no llores. Ya sé que eres demasiado buena para denunciar las infamias de tu padrastro. Ven: de aquí en adelante no podrá hacerte daño.

ROBÍN:—Te llevaremos a otros amigos, de corazón más tierno y compasivo.

ROSAMUNDA:—No tengo amigos en el mundo. ¡Oh! ¡dejadme permanecer aquí con vosotros!

ROBÍN:—¡Con toda mi alma! ¿Qué dices a esto, Mariana?

LA DONCELLA:—¡Cuantos más seamos más contentos! (*Besa a Rosamunda.*)

ROBÍN:—Aquí, camaradas. Démosle la bienvenida con danzas y canciones.

Empiezan todos a cantar y a bailar alegremente hasta que cae el telón o van desapareciendo entre los árboles.

MANERA DE HACER BIEN ALGUNAS SENCILLAS OPERACIONES

PARA llevar a cabo todas las cosas de este mundo hay procedimientos acertados y otros desacertados, y seguramente nos servirá de mucho conocer los primeros respecto a las simples operaciones que a cada paso se nos ofrecen en la vida cotidiana. He aquí algunas de estas sencillas indicaciones.

PARA CLAVAR BIEN LOS CLAVOS

Al clavarlos en la madera, no ha de sostenerse el martillo junto a la cabeza. Se sujeta el clavo en el lugar que le corresponde con el pulgar y los dos primeros dedos de la mano izquierda, mientras con la derecha, que aguanta el martillo, se dan uno o dos golpecitos suaves, seguidos de otros más fuertes; al quedar asegurado el clavo, se le deja ya de la mano y golpeando con el martillo se acaba de hacer penetrar en la madera.

MODO DE CUBRIR CON PAPEL LA ENCUADERNACIÓN DE UN LIBRO

La mejor clase de papel que puede emplearse para forrar un libro es el de calidad gruesa y de color pardo; algunas veces se usa un tejido sencillo y lustroso, que también da buenos resultados.

La operación se practica colocando el libro abierto encima del papel, de modo que quede alrededor un margen de unos cinco centímetros. Se dobla luego este margen hacia la parte interior de la encuadernación, o bien, de las dos primeras hojas, si el libro está en rústica. Tomemos, después, una tijeras y cortemos oblicuamente la parte superior del margen en dos sitios distintos, en dirección a lo que podríamos llamar el lomo del libro; repítase lo mismo en la parte inferior y dóblense estos dos cabos hacia el interior de la cubierta. Tenemos ahora el margen que sobresale en dos sitios por arriba y otros dos por abajo y, doblando las cuatro esquinas, introduciremos estos pedazos de papel entre la cubierta y la encuadernación, procurando que queden bien lisos.

PARA SACAR UN TAPÓN DE CRISTAL DE UN FRASCO

Si encontramos cierta dificultad en hacer salir de un frasco el tapón de cristal, demos primero unos cuantos golpecitos firmes y regulares en el cuello del frasco, teniéndolo boca abajo. Si no conseguimos nada con este procedimiento, apretemos el cuello con

nuestras manos después de haberlas calentado, o bien, envolvámoslo con un trapo empapado en agua caliente. Es casi seguro que alcanzaremos nuestro fin con algunos de estos procedimientos.

CÓMO SE HA DE SECAR UN PARAGUAS

Al volver a casa después de un chubasco, hemos de secar el paraguas abriéndolo y colocándolo con el puño para abajo en un sitio donde haya corriente de aire, para que se seque pronto la cubierta de seda; pero al mismo tiempo hemos de evitar los lugares, en que podría ser perjudicial el agua que se va escurriendo. Si se guarda el paraguas sin ponerlo a secar, se enmohecerán en breve las ballenas y se estropeará la seda del extremo. No debe enrollarse el paraguas hasta que haya desaparecido enteramente de él toda humedad; de lo contrario se rajarán pronto los pliegues de seda.

ERRORES DE TODOS LOS DÍAS

CONSTITUYE un error hablar de la fábula del «Perro y su *Sombra*». Lo que vió el voraz animal al asomarse a la orilla con un pedazo de carne entre los dientes, no fué su sombra, sino la imagen de su cuerpo reflejada en el agua.

No se purifica el agua filtrándola, si está contaminada por impurezas disueltas en ella. Esta operación sirve tan sólo para separar del agua las partículas sólidas que pueden haberse mezclado con ella y la hace aparecer más clara.

Las cañerías de agua no revientan durante el período del deshielo, como generalmente se cree, sino mientras dura la helada, aunque no lo echamos de ver hasta que deshiela y vuelve a correr de nuevo el agua.

No fué San Agustín quien introdujo el cristianismo en la Gran Bretaña. La religión cristiana florecía ya en Irlanda; y algunos misioneros de esta isla la implantaron en Inglaterra, un siglo antes que San Agustín desembarcase en Hent. Y lejos de ser Cantórbery la primera iglesia cristiana inglesa, contaba ya la de Glástonbury cien años al fundarse aquélla.



La abadía de Wéstminster, que no es una abadía.

Cristóbal Colón no fué quien descubrió la manera de hacer sostener el huevo sobre uno de sus extremos, sino Brunelleschi, el célebre arquitecto italiano, el cual con este experimento confundió a sus adversarios, cuando le preguntaron cómo iba a sostenerse la cúpula que pensaba erigir como remate de la soberbia catedral de Florencia.

La fecha del nacimiento de Jesús, según algunas cronologías, no coincide con el año primero de la era cristiana, según se cree vulgarmente, sino que ocurrió por lo menos con cuatro años de anticipación, ya que está averiguado que Herodes murió cuatro años antes del principio de nuestra era, y así, por raro que parezca, Jesús habría nacido realmente en el cuarto año antes de Jesucristo.

Mahoma no escribió el Corán, puesto que ignoraba el arte de la escritura. Lo dictaría probablemente a uno o varios amanuenses duchos en este arte.

El monumento conocido con el nombre de aguja de Cleopatra, que fué llevado a Inglaterra desde Egipto y se levanta hoy majestuoso en Londres, en el dique del Támesis, no fué erigido por Cleopatra, ni siquiera en honor de la célebre soberana. En rigor debía dársele el nombre de Totmes, que fué el monarca que empezó su construcción.

Es un error hablar de la abadía de Wéstminster. El monasterio ha desaparecido tiempo ha, y no queda más que la iglesia perteneciente a la primitiva abadía. El verdadero nombre del actual edificio es iglesia colegiata de San Pedro.

Los grandes osos de las regiones polares, no todos son blancos, como piensan muchos, sino de un sucio color parduzco.

Lejos de ser el rey de los animales por su valor y fuerza, como describen innumerables libros, el león es una bestia cobarde, que huye ante los cazadores en lugar de acometerlos, y no tiene ni con mucho la fiereza del tigre.

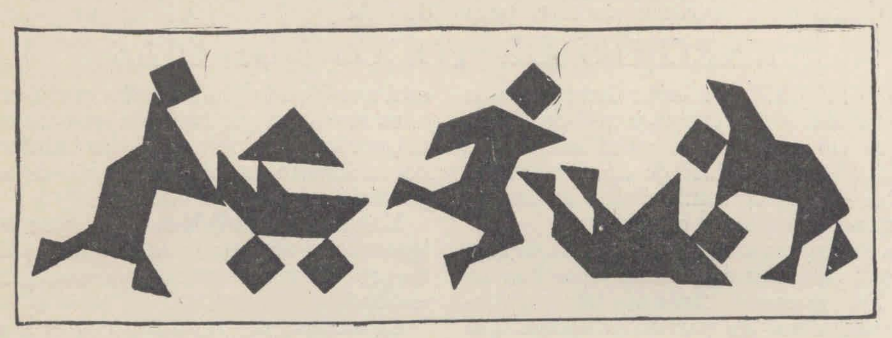
Las tortugas no devoran las cucarachas, aunque muchas personas tienen en casa una tortuga, porque creen que mantendrá la cocina limpia de aquellos bichos repugnantes.

Los huevos de hormiga, que suelen ser-

vir de alimento a los peces en los acuarios o viveros, no son tales huevos, sino las crisálidas de las hormigas machos y hembras.

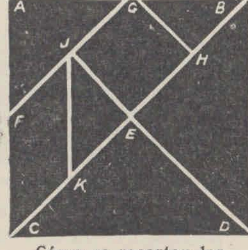
No se preservan de la polilla las ropas, aunque se coloquen entre ellas paquetitos de carbón, alcanfor o espliego. Estas precauciones son enteramente inútiles. No es la polilla lo que devora las ropas. Los agujeros que en ellas vemos los abren las larvas que salen de los huevos puestos por la polilla.

La ballena no es un pez, sino un mamífero, esto es: un animal que alimenta a sus pequeñuelos con su propia leche. Las ballenas no despiden chorros de agua. Respiran aire, y cuando nadan debajo de la superficie del mar su respiración levanta algunas veces cierta cantidad de agua sobre la líquida superficie.



SINGULARES TARJETITAS NEGRAS

LAS tarjetitas a que nos referimos se supone que fueron inventadas en China muchos siglos ha; son de varias formas y se les da el nombre de *tangramos*. Cualquier niño o niña puede procurarse una colección de tangramos tomando un cuadrado de cartulina negra y recortándolo en siete diferentes pedacitos, como se ve en el grabado que acompañamos.



Cómo se recortan los tangramos.

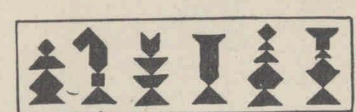
Puede comprarse cartón o cartulina negros en cualquier tienda; pero, si hallamos alguna dificultad en agenciárnoslo, lo podemos fabricar nosotros mismos, pintando de negro el cartón valiéndonos de tinta, o bien pegándole un papel de aquel color. No es absolutamente indispensable que sea negro el cartón; si a mano lo tenemos de color oscuro podemos servirnos de él, aunque hay que confesar que es preferible el color negro para los tangramos, porque resaltan mucho más que si fueran de otro matiz.

Para preparar los tangramos, tomemos un cuadrado de cartón o cartulina del tamaño que queramos: supongamos de unos 20 centímetros cuadrados. Con un afilado cortaplumas cortemos desde C hasta B. Busquemos luego el punto central, que es E, y cortemos de E a D. Es muy fácil recortar los demás pedacitos, porque los varios puntos donde empiezan a terminar los cortes se hallan todos en el centro de alguna de las líneas. Así G se halla a igual distancia de A que de B, F es el centro entre A y C, J entre F y G, K está en medio de C y E, y H de E y B. Habiendo repartido de este modo el cuadrado tenemos siete pedazos de cartón de distintos tamaños: dos grandes triángulos, otros dos pequeños y uno mediano; además, un cuadrado y un romboide, que es F C K J. El cartón debería tener ambas caras negras, para poder usar indiferentemente de uno u otro lado esta última pieza.

Combinando de diversos modos estas siete tarjetitas podemos obtener la silueta de mil variados objetos. Casi es lícito afirmar que no hay cosa en la tierra, en el cielo o en los mares que no nos sea dable representar por medio de ellas. Hay que tener presente que todos y cada uno de los siete tangramos han de entrar en la composición de un objeto; no se puede prescindir de ninguno de ellos ni colocarlos de modo que alguna partecita quede oculta: han de verse todos enteramente. Parece una exageración afirmar que con estas siete tarjetitas se pueden representar todos los

objetos de la creación, y no obstante, es la pura verdad. Fijaos, por ejemplo, en el grabado que hay en la página anterior y veréis unos niños jugando.

Cada una de las figurillas que componen este grupo está formado por la serie entera de tangramos, y lo mismo el vehículo, que puede ser también un cochecito de niños si lo preferís, de modo que podemos representar esta escena con cinco series de tarjetitas. Lo mismo ocurre con las piezas de ajedrez que veis a la derecha; cada una de las piezas de aquel juego se compone de un conjunto de siete tangramos. Sólo sencillas muestras de lo que con ellos puede hacerse damos en estos grabados; además, podemos dibujar con ellos hombres, cuadrúpedos, pájaros, peces, flores, barquitos, casas, zapatos, linternas, caras, figuras geométricas, etc. etc. A veces encontraremos cierta dificultad en dar a los tangramos la exacta posición para que produzcan el efecto apetecido, aunque tengamos ante nuestros ojos un modelo hecho con estas tarjetitas combinadas; ensayemos primero copiando los ejemplos dados en esta página.



Piezas de ajedrez construídas con tangramos.

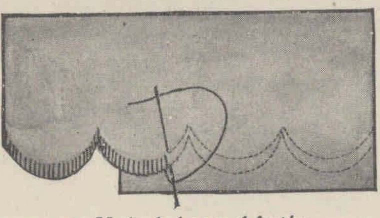
Recordemos que para cada objeto se necesita una serie entera de tangramos.

Algunos artistas habían declarado enteramente imposible obtener con la combinación de estas tarjetitas la representación de ciertas figuras y objetos, y han quedado pasmados al ver las maravillosas composiciones que con ellas es dable formar. Las mismas letras del alfabeto pueden representarse perfectamente, empleando la serie completa de tangramos para cada una.

Algunas colecciones de estas tarjetas suministrarán, además de agradable entretenimiento y diversión, saludable ejercicio intelectual, tanto a los niños como a las personas adultas. Cuanto más se ejercita uno en estas ingeniosas combinaciones, más atractivas le parecen. Es un ameno esparcimiento para la velada; si son varias las personas que con él se entretengan habéis de procurar que cada una tenga un número suficiente de series de tangramos para sus composiciones, y ofrecer un premio a la que sea reconocida como la mejor para estimular el celo y habilidad de vuestros amigos.

CÓMO SE HACE EL BORDADO INGLÉS

La mayor parte de las jóvenes adornan hoy sus trajes con nítidos cuellecitos y puños de batista o linón, que comunican a su indumentaria el más discreto sello de elegancia. Y aunque es cosa fácil adquirir esos lindos objetos en la tienda, muchas de nosotras preferimos, con razón, confeccionarlos con nuestras propias manos. Es una labor fácil y muy agradable. No tiene el defecto de la monotonía, porque se hacen las más variadas combinaciones. La muselina plegada con encajes alrededor produce muy lindo efecto, y hasta una simple tira de aquel tejido poniéndole encaje ordinario. El bordado inglés practicado en tela blanca o de color es una labor encantadora; con él obtendremos los más bonitos cuellos.



1. Modo de hacer el festón.

El grabado número 5 reproduce un precioso modelo de este trabajo. El cuello es de forma redondeada mientras que los puños, en el número 3, son rectos. Miden 16 centímetros de longitud por 7 centímetros de ancho. El cuello tiene 8 centímetros de ancho; mide 33 centímetros su borde interior, y el exterior, o sea, el que tiene el festón, 59 centímetros. Se hacen con tela blanca, de la clase qne se emplea para las pecheras de camisa, que tiene la consistencia suficiente para no perder su forma primitiva a pesar del frecuente lavado y planchado. Para el cuello y puños necesitaremos 46 centímetros de tela.

El mejor algodón para el bordado es el que lleva la marca D.M.C. del número 10, y se ejecuta este trabajo con una aguja de las empleadas comúnmente para bordar.

El dibujo que adorna el juego de cuello y puños que presentamos hoy, consiste principalmente en unos agujeritos, que han de quedar perfectamente redondos, combinados con puntitos y un cordoncillo, terminando con festón alrededor. No es difícil hacer los agujeritos, aunque requieren

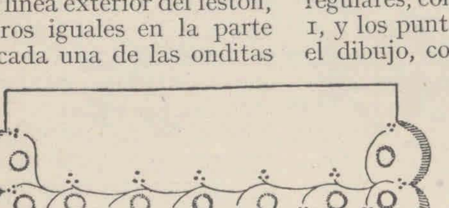
bastante cuidado, sobre todo de parte de las principiantes.

Para dibujar el festón podemos valernos de un botón que mida 2 centímetros de diámetro. Empecemos por el centro del cuello; la parte que cae sobre la espalda. Sirviéndonos del botón como guía dibujemos con lápiz un semicírculo, procurando que no se altere la forma redondeada del cuello al proseguir trazando el festón. En un cuello de tamaño regular podremos dibujar unos 11 semicírculos a cada lado que con el central compondrán 23 semicírculos.

Cuando tengamos dibujados estos semicírculos, que son la línea exterior del festón, hay que trazar otros iguales en la parte interior, dando a cada una de las onditas que resulten la forma de media luna.

Dibujemos ahora los círculos para los agujeritos. Es muy fácil hallar el sitio que les corresponde, ya que cada uno de ellos se ha de trazar frente a una de las ondas que componen el festón. El extremo de nuestro mismo lápiz nos da el tamaño que han de tener: apretándolo fuertemente sobre la tela dejará una señal que conviene marcar inmediatamente con el lápiz, antes que desaparezca. Podríamos también calcar el dibujo; pero el trabajo es tan sencillo, que bien podemos hacerlo por nosotras mismas. A continuación se dibujan los puntitos: tres sobre cada intersección de las ondas y otras tres encima de cada círculo. Se trazan las ramitas y uniendo entre sí los grupos de puntitos, como se ve en el modelo. Ninguna dificultad hallaremos en eso, ya que las ramitas son cortas y los puntos nos sirven de guía. Pero hay que empezar también por el centro del cuello, como para el festón, y dibujar las ramitas en dirección opuesta. Debemos tomar **un lápiz** enteramente negro, de afilada punta. Antes de empezar, sujetemos el cuello encima de una tabla de madera o una mesa, con puntas de París, con el fin de que se mantenga enteramente liso. Para que no se borre el trazado al lápiz, conviene humedecer ligeramente el cuello con una esponja y pasarle después con fuerza una plancha caliente. Esta operación conservará el dibujo. Listo ya el modelo empecemos a bordarlo; el festón antes que nada. Recortémoslo al paso que vayamos adelantando, pero con mucho cuidado, para que las tijeras no se deslicen hasta el festón. Hemos de procurar que las ondas sean perfectamente regulares, como se ve en el grabado número 1, y los puntos de la longitud que requiere el dibujo, correspondiendo los más largos al centro. Para este trabajo se emplea el punto llamado de ojal. Los agujeritos se perfilan antes de bordarlos, y la tela sobrante se corta con unas afiladas tijeras. Luego se bordan con el punto llamado de realce, cuidando de que resulte enteramente liso e igual. Este trabajo se hace de izquierda a derecha, según muestra el grabado número 2. Los agujeritos se cortan algo más chicos de lo que se desean, porque cuando están terminados resultan siempre un poquito agrandados. La ejecución de los puntos y ramitas es en extremo sencilla. Cada uno de los primeros se compone de cuatro puntitos que se tocan, y las ramitas se bordan con punto indefinido, o de cordoncillo. En la parte interior del cuello que forma una curva se hace un primoroso dobladillo con algodón de coser del número 60, y lo mismo se practica con los puños. Es necesario hacer dos pequeños cortes en el centro de la parte interior del cuello, a fin de que resulte bien liso el dobladillo. En lugar de éste podemos coser también en el cuello y puños unas tirillas de batista de 2 centímetros de ancho.

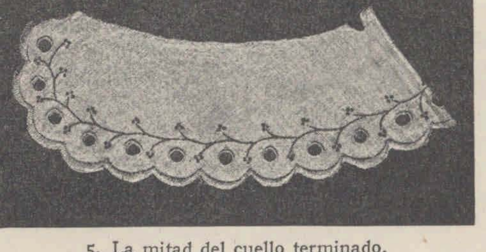
2. El ojal.



3. Modelo del puño.



4. Cordoncillo para la ramita.



5. La mitad del cuello terminado.



UNA HAZAÑA DE MUJER

SIR JUAN COCHRANE había sido condenado a muerte y encerrado en el presidio de Edimburgo que se muestra en el grabado. Refrenando los sentimientos de su corazón, había tratado de evitar que fuera a visitarle ninguno de sus hijos, pues condenado por haber tomado parte en una insurrección contra el nuevo rey Jacobo II, temió que recayeran sospechas sobre ellos si le visitaban; cuando he aquí que el día menos pensado recibió la visita de su hija Grizel.

La entrevista fué muy triste, pues únicamente les era dado ver un débil rayo de luz. El padre de Sir Juan se había dirigido por escrito al confesor del rey, que gozaba de gran influencia, por ser el monarca muy dado a las cosas de la Iglesia pidiendo el indulto de su hijo; pero el tiempo apremiaba. El viaje hasta Londres representaba algunos días perdidos, y si el indulto no llegaba pronto, Sir Juan moriría irremisiblemente; por otra parte, la sentencia debía de hallarse ya camino de Edimburgo.

Mientras hablaban acerca de lo desesperado de la situación, ocurriósele una idea a Grizel, y determinó ponerla por obra sin la menor dilación.

Al día siguiente, montó a caballo y tomó el camino del Sur. Se dirigió primeramente a casa de su antigua nodriza, pidióle los vestidos de su hermano de leche y prosiguió su viaje en busca del mensajero que debía llevar firmada la sentencia de muerte de su padre. Descubierta la posada en la cual se hallaba el mensajero, encontró a éste durmiendo exhausto de fatiga por la larga jornada. Pero, como le viese dormido sobre la balija, y por otra parte no se atreviese a quitársela, se acercó a él cuidadosamente y le descargó las pistolas. Montó de nuevo, se alejó, y en cuanto estuvo a cierta distancia de la posada, esperó a que pasase el mensajero.

Poco después, pasó éste montado a caballo, y entonces Grizel, haciéndose la encontradiza, le saludó afablemente, entabló con él conversación, y anduvo largo trecho a su lado. Cuando estuvo ya segura de que había de salirle bien el golpe que proyectaba, le dijo con gran calma que debía entregarle sin dilación la balija. Creyó al principio el mensajero que el joven (no podía él suponer que fuese una muchacha), le hablaba en broma; pero, ya colérico al ver que persistía en su pretensión, cuando la joven le apuntó con un pistolete, él sacó uno de los suyos y disparó.

¡Cúal no fué su sorpresa al advertir que el arma estaba descargada! Echó mano a la otra pistola, mas como le diese igual resultado, saltó del caballo para arrojarse sobre el que de aquella manera le asaltaba; pero la joven,

rápida como el rayo, cogió por la rienda el caballo del mensajero y huyó con él a todo galope; esto era lo bastante, porque la balija estaba atada a la silla. Tras una desenfrenada carrera, llegó a un bosque en donde pudo abrir tranquilamente la balija, se apoderó de la sentencia de muerte, se dirigió al galope a la casa de su nodriza, cambió sus vestidos y regresó a Edimburgo.

El no haberse entregado la sentencia causó la dilación consiguiente, gracias a la cual el padre de Sir Juan tuvo tiempo de proponer al rey una oferta en dinero; aceptó el monarca y Sir Juan se libró de la muerte.

UN DELANTAL LLENO DE PÓLVORA

EL padre de Isabel Zane, jefe de su sección en las soledades de Ohío, en los Estados Unidos, tenía a su mando un pequeño fuerte edificado para defenderse de los ingleses y sus salvajes aliados, durante la guerra de la Independencia norteamericana. Aunque no había grandes batallas después de la rendición de Cornwallis, en 1781, no llegó la paz a los Estados occidentales sino después de algunos años.

Era un día de otoño de 1782. La tarde íbase apagando lentamente en las cercanías del pequeño fuerte de madera. El puñado de hombres y mujeres que se hallaban detrás de las empalizadas, observaba el descenso del sol con inmensa ansiedad en sus corazones, porque en las espesas sombras del bosque, a la otra parte del claro, estaban ocultos los indios, vigilando incesantemente a los sitiados y dispuestos a cada momento a caer sobre ellos para exterminarlos. Nadie en el pequeño fuerte desconocía los males que en aquella noche podían sobrevenir. Además, había caído sobre la guarnición una terrible calamidad; se hallaban sin pólvora. Los hombres, paseándose, inquietos junto a la empalizada, miraban a cada momento sus bolsas de pólvora vacías y el pequeño grupo de mujeres y niños, lo más querido que para ellos había en el mundo. Muchos ojos estaban fijos en una pequeña choza que había en el claro del bosque, la cual debía ser sumamente importante, pues los hombres la miraban con una mezcla de esperanza y de desesperación.

Casi bajo el muro formado por la estacada, en aquella pequeña choza, había abundante provisión de pólvora, que por una equivocación no había sido entrada en el fuerte. Dos o tres valientes estaban allí para defender la pólvora, pero se hallaban a unos treinta metros. En cada centímetro de esta distancia acechaba la muerte, que vendría de manos de los salvajes que atisbaban emboscados en la sombra de los árboles.

Reuniéronse los hombres para tratar de la situación, y todos convinieron en que era de todo punto necesario obtener un barrilito de pólvora... ¡y al instante! Varios jóvenes se ofrecieron ansiosos para ir en busca de la pólvora, pero ninguno de aquel puñado de hombres podía dejar su puesto en la empalizada, y las sombras crecían a medida que se discutía el caso.

De pronto, una débil y clara voz de mujer interrumpió la conferencia. Era una joven, la hija del comandante del fuerte, Isabel Zane.

—He oído vuestra conversación—dijo decidida;—no creo que ninguno de vuestros planes sea acertado. Voy yo por la pólvora.

Un murmullo de rápida protesta salió de todos los labios.

—No—dijeron;—esto es cosa de hombres.

—Lo sé, pero ninguno de vosotros puede dejar su sitio—repuso Isabel con calma.—Una mujer no se echa de menos en la defensa de un fuerte.

Zane había estado mirando a su hija, pensativo y cejijunto.

—La muchacha tiene razón—dijo al fin, haciendo un esfuerzo para dominar sus sentimientos paternales.—¡Que vaya!

Entreabierta que fué la entrada del fuerte, salió Isabel y deslizóse por entre las sombras. Los ansiosos centinelas vieron desde la estacada la grácil figura

que atravesaba, entre tinieblas, el claro, en dirección a la choza. Por un momento llamó la joven a la puerta con sus blancas manos levantadas; abrióse la choza e Isabel se deslizó en el interior. Casi por un milagro había llegado allí sin que la vieran los enemigos.

Semejantes a horas fueron aquellos minutos transcurridos antes de que se vieran señales de abrirse nuevamente la puerta. Luego ésta se entreabrió un poco y salió Isabel. Sostenía su delantal de cuadros, donde parecía llevar algo que apretaba contra su pecho. Por el campo lleno de rastrojo avanzó rápidamente su figura, mientras los hombres del fuerte empuñaban sus mosquetes, hasta entonces inútiles.

Salvaje y horrible gritería estremeció de pronto el aire de la noche; Isabel había sido descubierta. Una lluvia de saetas y de balas voló en torno de la pequeña figura, que escapaba a todo correr, mientras algunos salvajes salían del bosque, aullando en su persecución. La heroica muchacha vaciló un momento. Su padre ocultó la cara con las manos. ¡Oh! ¿por qué habían plantado aquel campo de trigo en primavera? No; ya estaba la joven otra vez de pie... Volvía la heroína a correr con su preciosa carga, que todavía estrechaba en su seno. Casi ha llegado ya. ¡Abrese la puerta!... ¡Aprisa! Robustos brazos la meten apresuradamente en el fuerte, y la puerta queda cerrada de golpe... Era ya tiempo, porque una violenta lluvia de balas chocaba con estrépito contra la empalizada.

Pero ¿quién se inquieta ya por las balas? El fuerte se ha salvado, porque Isabel, en el delantal de cuadros que llevaba fuertemente abrazado, llevaba la pólvora suficiente para rechazar al enemigo y mantenerse en el fuerte hasta la llegada de refuerzos.

EN EL LAGO MÍCHIGAN A MEDIA NOCHE

EN Agosto de 1906, la mayor parte de los periódicos de los Estados Unidos referían la historia de una hazaña llevada a cabo por un joven de 19 años llamado Eduino A. Crolius.

Acompañado de otros cuatro jóvenes, emprendió un viaje de recreo en un pequeño yate de vela por el lago Míchigan (Estados Unidos). Al anochecer fueron sorprendidos por la borrasca, y, después de haber luchado animosamente contra viento y marea, su barco dió la vuelta y quedó con la quilla al aire. Con grandes dificultades lograron los cinco encontrar, en medio de la gran oscuridad, el yate volcado, al cual permanecieron asidos durante algunas horas, con la vana esperanza de que pasaría cerca algún barco y les recogería. Mientras tanto, la lluvia caía sobre ellos fría y furiosamente y el pequeño yate zozobraba y se iba hundiendo por momentos, sin que, después de pasar hora tras hora, llegase la ayuda esperada.

En una ocasión, imaginando ver la luz de una de las goletas del lago, dieron algunos gritos que se llevó el viento o apagó la lluvia, y la luz desapareció en la negrura de la noche. A medida que iba pasando el tiempo, los náufragos eran arrojados cada vez más hacia el Sur, y gradualmente fueron divisando la extensión nebulosa de luz a través de la lluvia, por la cual conocieron que no distaban de Chicago quizás más de dos millas.

¡Sólo dos millas! Los jóvenes que no eran buenos nadadores, no se atrevieron a nadar en medio de la oscuridad, fríos y rígidos como se hallaban por las largas horas que habían estado asidos del yate dentro del agua.

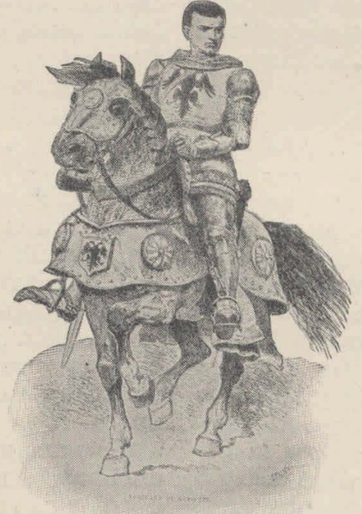
El débil sonido de las campanas, que anunciaban la media noche, llegó hasta ellos con horrible acento a través de la incesante lluvia. Todos convinieron en que era necesario hacer algo y pronto; pues dos de ellos temblaban ya ateridos de frío. Crolius, el más joven de todos, pero el mejor nadador, se ofreció a llegar a nado hasta Chicago a buscar socorro. Sus camaradas quisieron disuadirle de su peligrosa empresa, mas el muchacho replicó que había llegado el momento crítico en que, si no querían

perecer todos, debía uno de ellos hacer el último esfuerzo; y diciendo esto, se arrojó animosamente en medio de las olas. Después de una hora de lucha desesperada contra los elementos, consiguió llegar a Chicago, donde en el acto se organizó una partida de salvamento, logrando así Crolius retornar a sus compañeros sanos y salvos a tierra. Aparte la fatiga y el susto consiguiente, la aventura no tuvo malas consecuencias para los jóvenes.

EL BRAVO CONDESTABLE DUGUESCLÍN

Los franceses han glorificado el nombre de Duguesclín, héroe de la Edad Media. Todavía hoy los niños franceses escuchan encantados los relatos de sus dichos y hechos.

Beltrán Duguesclín nació allá por los años de 1314 a 1320, en un castillo de Bretaña. Seguramente que de niño no fué muy simpático; por el contrario, se distinguía por ser testarudo, caprichoso, pendenciero, siempre dispuesto a reñir con todo el mundo. Un antiguo cronista dice de él que era el niño más feo entre Rennes y Dinant, amigo de vagabundear con otros muchachos y a quien nunca se logró hacerle aprender una letra. Por lo menos no puede negarse que era sumamente indócil e inquieto; a los diez y seis años huyó de la casa paterna.



EL BRAVO BELTRÁN

Pero, a pesar de todos sus defectos, el muchacho poseía todas las dotes de un gran general. Era de complexión robusta, soldado valiente y entusiasta defensor de su país, de modo que sus compatriotas se vanagloriaban de poseer en él al general más valiente de Europa. La primera guerra en que se halló Duguesclín fué la de Sucesión en Bretaña; atrajo luego la atención de su rey, Carlos V, quien vió en él al verdadero jefe que necesitaba para arrojar a los ingleses de Francia. Después del Tratado de Bretigny, las compañías blancas, compuestas de soldados mercenarios, se desmandaron y diéronse a robar y asesinar a los habitantes, dejando la región en tan lamentable estado, que el rey Carlos ordenó a Duguesclín librase el país de aquellos merodeadores. El bretón consiguió reunir a todas aquellas bandas de terribles aventureros y los condujo a una expedición contra *Pedro el Cruel*, rey de Castilla, cuyas crueldades dieron pretexto a su hermano bastardo, Enrique, para disputarle el trono, después de haber implorado el auxilio del rey Carlos de Francia. Vencido Pedro, fué atraído por Duguesclín a su tienda, y entrando en ella Don Enrique, empeñóse entre los dos hermanos una lucha cuerpo a cuerpo. Dícese que Enrique, que era menos fuerte, cayó debajo, pero que Beltrán les hizo dar la vuelta y le puso encima, diciendo: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor», frase que ha llegado a ser proverbial.

Duguesclín, pues, salió victorioso de su empresa, pero habiendo sido enviado el Príncipe Negro por Eduardo de Inglaterra en favor de los partidarios de Pedro, algunas de las compañías blancas se pasaron al ejército de su jefe favorito, el Príncipe Negro; Duguesclín fué derrotado y hecho prisionero en la batalla de Navarrete, cerca del Ebro, en 1367, y llevado a Burdeos, en donde pronto se cansó del pesado cautiverio a que se le había sometido.

Refiérese que, yendo una vez a visitarle el Príncipe Negro, le dijo:

—¿Qué tal Beltrán?

—Bien—repuso éste,—porque dicen que soy el más grande caballero del

mundo, desde que no permitís vos que se me rescate.

Picado el Príncipe, le propuso que él mismo fijase el precio de su rescate.

—Cien mil libras—repuso Duguesclín.

Era ésta una suma inmensa en aquellos tiempos, por esto, maravillado en extremo, le preguntó el inglés de dónde sacaría tanto dinero.

—No hay muchacha en Francia que no esté dispuesta a tejer una rueca llena para pagar mi rescate.

En efecto, los franceses le rescataron, y Carlos le hizo Condestable de Francia. Murió el Príncipe Negro, y poco a poco Duguesclín libertó a su país natal. Hallándose este héroe sitiando un castillo en el Languedoc, el gobernador inglés prometió entregarlo en un día determinado, si antes no eran socorridos. Pero murió Duguesclín antes del día señalado para la entrega del castillo, de modo que no pudo tomarlo. Con todo, el gobernador inglés, haciendo honor a su palabra, se presentó en el campo del enemigo con toda la guarnición y depositó las llaves del castillo encima del féretro del héroe.

Las últimas palabras de Duguesclín fueron: «Nunca olvides, dondequiera que hagas la guerra, que el clero, las mujeres, los niños y los pobres no son tus enemigos». Este principio siguió en todas sus campañas y batallas este bravo y caballeroso guerrero.

ADMIRABLE RASGO DE AMOR FILIAL

CÉLEBRE es el joven corso que «permaneció» sobre cubierta, mientras el buque ardía.

Llamábase Jacobo Jocante Casabianca, e iba en el *Oriente*, buque almirante que mandaba su padre, juntamente con la flota francesa reunida por Napoleón para invadir Egipto.

En la tarde del 1.° de Agosto de 1798, el almirante inglés Nelson se había hecho a la vela para atacar a los navíos franceses que se hallaban en Abukir, y algunos buques ingleses introduciéndose entre los franceses y la costa, cogieron a éstos entre dos fuegos.

Los cañones ingleses estuvieron apuntando durante horas enteras al «Oriente», el mejor buque de la armada, disparando contra él incesantes andanadas; pero todavía ondeaba la bandera francesa en la almirante hasta que el fuego mortífero de la *Vanguardia* de Nelson, hirió al capitán e incendió el buque. Los marineros tuvieron que ir retrocediendo palmo a palmo, a medida que las llamas avanzaban, viéndose obligados a abandonar uno a uno los cañones.

Entonces el padre de Casabianca, mortalmente herido, pero todavía en su puesto en el castillo de popa, dió su última orden a los leales defensores del navío, diciéndoles que lo abandonasen.

Suplicándole que se salvase con ellos, se arrojaron al agua, de la que muchos fueron recogidos por los ingleses. Ocurría esto entre nueve y diez de la noche; las llamas avanzaban sin cesar, y Casabianca continuaba rogando a su padre que saltase al agua con él. Pero el capitán se negó a abandonar el buque, recomendando a su hijo que se pusiera en salvo. ¡Dejar el hijo al padre! ¡Nunca! Semejante acción era imposible para Casabianca; moriría gustoso con él.

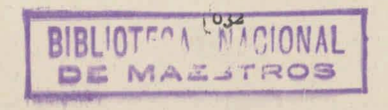
Ambos permanecieron serenos, cogidos de las manos, mientras las llamas salían cada vez con más furia de las troneras, continuando implacables su destructora labor.

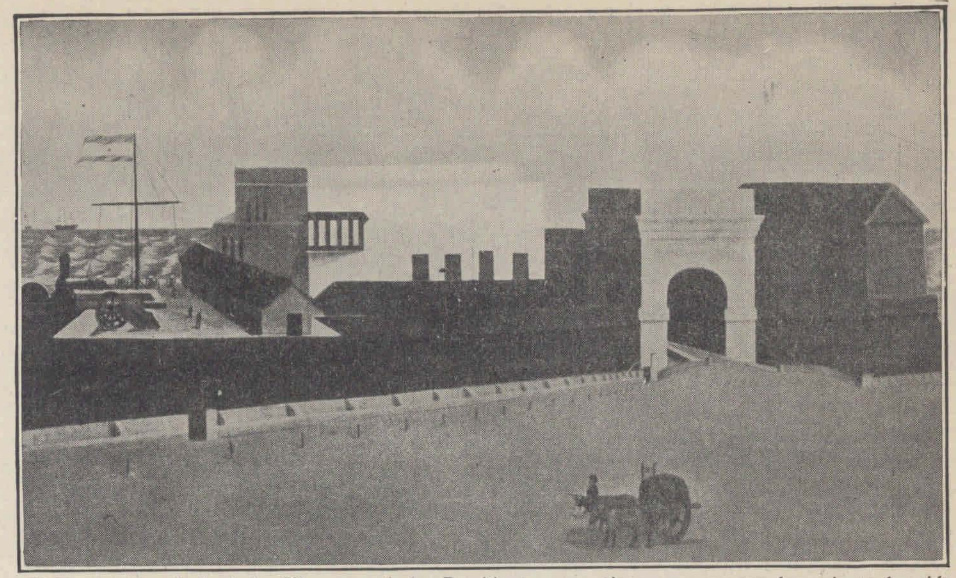
Al fin, llegó la catástrofe; con explosión estruendosa, el navío incendiado se hundió para siempre bajo las azules aguas del Mediterráneo.



EL ANTIGUO CONVENTO DE SANTO DOMINGO

En este convento se guarecieron los ingleses, en 1807, después de haber sido diezmados por las tropas defensoras de Buenos Aires. Permanecieron en él hasta que, siéndoles imposible resistir por más tiempo, tuvieron que rendirse.





« El Fuerte », o palacio de los Virreyes y de los Presidentes argentinos, en cuyo emplazamiento ha sido edificada la actual « Casa Rosada ». Este fuerte fué conquistado y perdido por los ingleses en 1806 y 1807.

REPÚBLICA ARGENTINA

LAS INVASIONES INGLESAS (1806–1807)

AL finalizar el siglo XVIII, Inglaterra había definido su política en un sentido absolutamente comercial y entraba al siglo XIX con el programa de asegurar el dominio de los mares y, por consiguiente, de prevalecer en todos los mercados extraeuropeos.

Apenas comenzado dicho siglo, realizó tres grandes acontecimientos que aseguraban sus planes de dominación comercial y oceánica mundial, dos de ellos felices y uno desventurado.

Fueron los acontecimientos felices el colosal triunfo marítimo obtenido en Trafalgar contra las escuadras combinadas de Francia y de España, y la conquista del Cabo de Buena Esperanza, realizada contra los holandeses por la expedición naval y militar a las órdenes del almirante Popham y del general Baird.

La victoria de Trafalgar tuvo lugar en 1805, y la conquista del Cabo en 1806.

El tercer acontecimiento, una ruidosa derrota de las armas británicas, fué su expedición a la conquista del Río de la Plata, que se conoce en la historia de la República Argentina bajo el nombre de *Las invasiones inglesas.*

En efecto, cuando las tropas británicas ocuparon el Cabo de Buena Esperanza, encontraron allí a un bergantín negrero llamado *Elizabeth,* que enarbolaba el pabellón de los Estados Unidos de América y tenía por comandante a Thomas Wayne. Éste informó a los comandantes de la ocupación inglesa del Cabo, que el Río de la Plata era una región privilegiada y rica, con colonias españolas que la metrópoli tenía casi abandonadas, indefensas y muy mal gobernadas.

Ya al finalizar el siglo XVII, un médico inglés, Mr. Falkner, que había llegado a Buenos Aires en otro buque negrero y que había sido abandonado por su comandante, se hizo jesuíta, obligado por la necesidad.

Este sacerdote recorrió las regiones del Plata, desde el estrecho de Magallanes hasta Bolivia y desde los Andes hasta las selvas misioneras, escribiendo luego una obra, que goza de reputación,

en la cual llama la atención del gobierno británico y de su país sobre las ventajas de asegurarse el comercio del Río de la Plata.

Los informes del negrero americano Wayne fueron transmitidos a Inglaterra, y las viejas ideas de apoderarse de las colonias de España en el Río de la Plata inspiraron una nueva expedición.

El almirante Popham y los generales del ejército de ocupación del Cabo de Buena Esperanza recibieron orden de sorprender las capitales hispano-americanas de Buenos Aires y de Montevideo, apoderándose de los dos países o grandes y ricas colonias.

En consecuencia, en Junio de 1806 apareció en la costa del Río de la Plata una formidable escuadra inglesa de combate, con varios navíos que montaban sesenta y cuatro cañones cada uno, numerosos transportes, y una marinería y un cuerpo de ejército de desembarco, que sumaban, más o menos, cinco mil hombres.



EL GENERAL INGLÉS WILLIAM CARR BERESFORD

Venía como jefe de la expedición el almirante Sir Home Popham, el conquistador del Cabo, y como comandante en jefe del ejército de desembarco el general William Carr Beresford.

Llegada la escuadra a Maldonado, se celebró un consejo de guerra para decidir si tomarían primero a Montevideo o a Buenos Aires, y se resolvió la ocupación de Buenos Aires en primer término.

Por ello, pues, la expedición inglesa se dirigió a la Ensenada de Barragán, situada a diez leguas más o menos al sur de Buenos Aires, y corriéndose de allí hacia el norte, dió fondo un poco al sur de la ciudad, frente a la hermosa población de Quilmes, situada sobre el Río de la Plata y donde viven hoy, ricos y felices, numerosos ingleses y extranjeros entre una gran población argentina.

Puede calcularse la sorpresa que la presencia de esos buques causaría en Buenos Aires, capital del Gran Virreinato del Río de la Plata creado en 1775, y donde residía el virrey Rafael de Sobremonte.

La ciudad estaba indefensa, pues las tropas de la guarnición organizadas y armadas no excedían de mil quinientos hombres, y aun sus armamentos y municiones eran malos y escasos.

El castillo de San Miguel o antiguo fuerte español, convertido en casa de gobierno de los virreyes, era una fortaleza sin valor, a la que llamaban *¡El Fuerte!* . . .

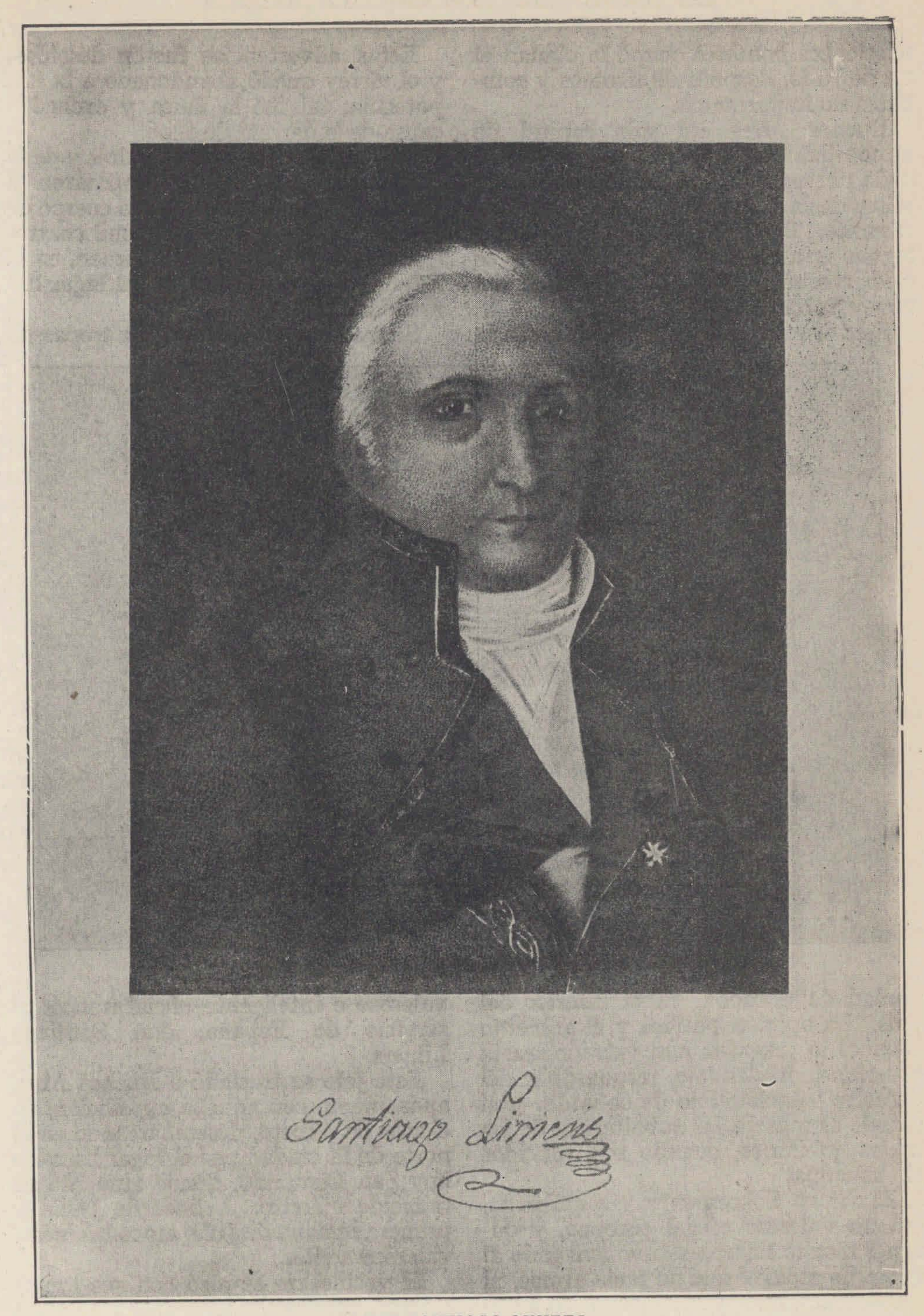
Por otra parte, el pueblo estaba también desarmado, con relación a la importancia del ataque.

Reinó el pánico desde el primer momento, y los ingleses encontraron una presa tan fácil como la que un siglo más tarde hallaron en Filipinas los norteamericanos al atacar a los españoles.

La falta tradicional de administración, de disciplina y de orden en el gobierno español, que, por otra parte, se encontraba en la situación desgraciada en que lo habían colocado las tropas de Napoleón, fué la causa de este estado desastroso de sus colonias de América.

El 25 de Junio desembarcó una columna inglesa en Quilmes, causando el asombro del vecindario los uniformes rojos de la infantería.

Algunos gauchos armados le hicieron leve oposición; pero fueron fácilmente dispersados, y una columna de mil



DON SANTIAGO LINIERS

seiscientos hombres ocupó la ciudad el 1.° de Julio, después de tiroteos y combates sin importancia.

Buenos Aires era una capital de 45.000 habitantes; pero pudo ser dominada por un puñado de ingleses disciplinados, a consecuencia del desorden reinante. Dos o tres cuerpos de tropas regulares abandonaron la ciudad o se rindieron sin combatir, por orden del virrey Sobremonte.

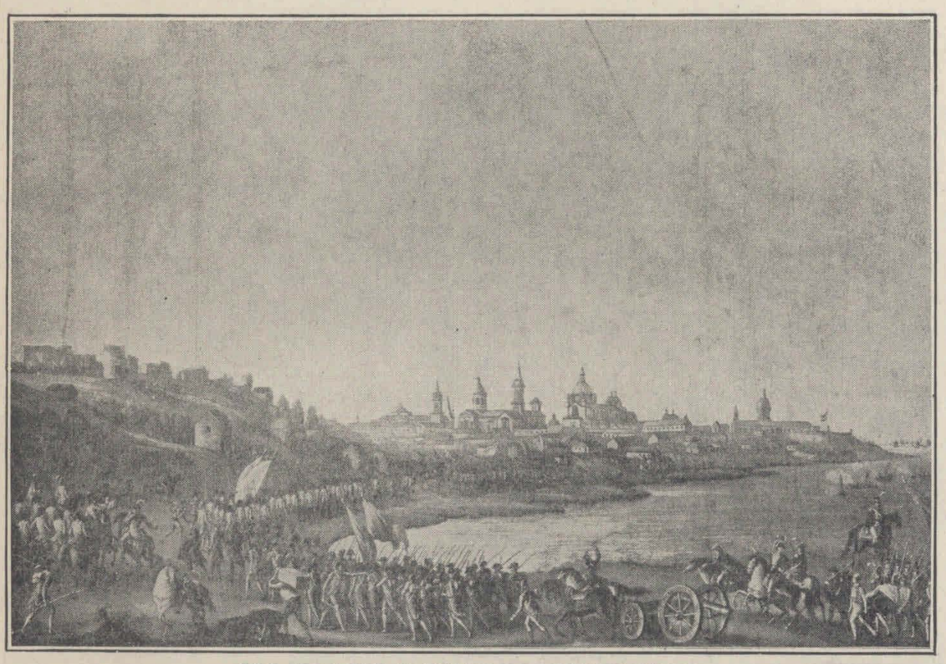
Éste se retiró con el gobierno hasta la ciudad de Córdoba, en el interior del país. La opinión pública y el gobierno español lo juzgaron con extraordinaria severidad, haciéndolo responsable del desastre y tachándolo de cobarde. ¡Así sucede siempre a los subalternos de los malos gobiernos, cuando son vencidos sin su culpa!

El virrey Sobremonte, sin embargo, era un valeroso oficial europeo, y durante mucho tiempo estuvo avisando al gobierno español que no tenía armas, ni municiones, ni tropas, ni obras de fortificación y de defensa, y que estaba constantemente amenazado por los corsarios franceses, y de los ingleses.

Estas advertencias fueron desoídas, y el virrey quedó abandonado a la impotencia; tal fué la única y exclusiva causa de la derrota de 1806.

Los dispersos de Buenos Aires y de la colonia de Montevideo empezaron a reunirse y lograron formar un cuerpo de ejército de mil trescientos a mil cuatrocientos hombres de primer orden, en la Banda Oriental del Río, en el lugar llamado la Colonia.

Se colocó al frente de estas tropas un valeroso e inteligente oficial francés al servicio de España, don Santiago Liniers.



LOS INGLESES ATACANDO A BUENOS AIRES

Este jefe se trasladó a Buenos Aires audazmente con aquella expedición, en el mes de Agosto, desembarcando en el norte de la ciudad por el lugar llamado hoy San Fernando, donde aumentó su reducido ejército. A fines de Junio y primera semana de Julio atacó la ciudad valerosamente.

El vecindario se alzó con sus armas caseras, empleando agua caliente, jabón hirviendo y otros recursos, para ayudar a la reconquista de la ciudad.

Los ingleses fueron absolutamente ba-

MARINEROS
6 Comp.s de a 60 hombres

ARTILLEROS DE LA CIUDAD
7 Comp.s de a 60 hombres

CAZADORES CORRENTINOS
1 Comp.a de 85 hombres

HUSARES DE PUEYRREDON
4 Comp.s de a 51 hombres

NATURALES
4 Comp.s de a 60 hombres

MORENOS
8 Comp.s de a 60 hombres

PARDOS
9 Comp.s de a 60 hombres

PATRICIOS
23 Comp.s de á 50 hombres

MIÑONES
8 Comp.s de a 65 hombres

GRANADEROS DE TERRAUA
1 Comp.a de 110 hombres

VIZCAYNOS
8 Comp.s de a 60 hombres

GALLEGOS
9 Comp.s de a 60 hombres

ARRIVEÑOS
9 Comp.s de a 60 hombres

ANDALUZES
8 Comp.s de a 55 hombres

MONTAÑEZES
4 Comp.s de á 50 hombres

En estos grabados puede verse cómo estaban uniformadas y armadas las valientes tropas que, al mando de don Santiago Liniers, combatieron contra los ingleses, derrotándolos.

tidos, y el 6 de Julio el general Beresford firmaba la capitulación de su ejército y la evacuación de la ciudad y del Río de la Plata.

El general Liniers se mostró caballeresco y humano con los vencidos, devolviendo la espada al general inglés y permitiendo a sus tropas que salieran con los honores de la guerra.

Este triunfo ruidoso fué celebrado en América y en Europa, y don Santiago Liniers elevado a la jerarquía de Virrey del Río de la Plata, en justa compensación a su talento militar, a su valor y a su fidelidad al rey.

Los ingleses intentaron en 1807 tomar la revancha, y organizaron una expedición con tropas combinadas de Europa y del Cabo de Buena Esperanza, a las órdenes del general John Whitelock, que recibió el título de gobernador y comandante en jefe de las fuerzas británicas de la América del Sur.

La expedición de este general se organizó en el Estado Oriental, a donde había llegado una poderosa escuadra británica y unos sesenta transportes para conducir los ejércitos expedicionarios a Buenos Aires.

Partieron del Estado Oriental para la Ensenada, en efecto, y desembarcaron allí el 28 de Junio alrededor de ocho mil soldados, quedando guarnecida la ciudad de Montevideo, Maldonado y otros lugares de la otra Banda del Río.

La defensa de Buenos Aires estaba ya organizada, y enardecido su pueblo por el triunfo de 1806, de manera que apenas se movió hacia Buenos Aires el ejército invasor, fué hostilizado sucesivamente, y de acuerdo con las reglas del arte militar, en todo el camino, por la vanguardia del general Liniers, que tenía a sus órdenes siete mil soldados de primer orden.

Los ingleses avanzaron, sin embargo, ante el repliegue de esa vanguardia, que se retiraba estratégicamente para atraer el enemigo al combate dentro de las calles de la ciudad.

Llegados los ingleses al Riachuelo, actual de Barracas, lo pasaron, siempre bajo el fuego de los defensores de la ciudad, y se corrieron al Oeste, ocupando una posición que corresponde más o menos a la actual plaza del Once de Septiembre o Bartolomé Mitre, donde está la gran estación del Ferrocarril del Oeste de Buenos Aires, y desde la calle de México, por el Sur, hasta la de Juncal, por el Norte.

Así, el ejército inglés, dividido en varias columnas a lo largo de las calles de México, Venezuela, Belgrano, Moreno, Alsina, Victoria, Rivadavia, Cangallo, Corrientes, General Lavalle, Tucumán, General Viamonte, Paraguay, Charcas y Juncal, atacó al ejército defensor de la ciudad, que ocupaba la orilla del Río de la Plata, acantonado en el antiguo fuerte o castillo de San Miguel y en los edificios principales del centro de la ciudad.

Las calles mencionadas son las que actualmente existen con dichos nombres.

Los ingleses debían dominar los cuarteles del Retiro, situados donde está hoy el Pabellón Argentino, en la Plaza General San Martín, y desde allí correr una línea de fuego hasta *El Fuerte*, donde existe actualmente la Casa Rosada, o palacio de gobierno de la Nación, y a los conventos inmediatos.

La marcha de las tropas invasoras a través de las calles de la ciudad fué dificilísima, pues tenían que sufrir el fuego de los defensores de cada casa, parapetados en las azoteas, y el ataque valiente y apasionado de toda la población, que combatía con armas caseras, arrojándoles agua caliente, jabón hirviendo, ladrillos y toda clase de objetos susceptibles de golpear o de dañar.

Así llegaron los ingleses, diezmados, cansados y hostilizados, a combatir en sus posiciones al ejército defensor, sobre la orilla del Río de la Plata, siendo sucesivamente derrotados en todas partes.

Los últimos restos del ejército inglés se guarecieron en el convento de Santo Domingo, donde fueron acribillados a balazos por los cañones del Fuerte, por la artillería ligera de las tropas vencedoras y, al fin, atacados a la bayoneta y hechos prisioneros.

El ejército inglés capituló en la mencionada iglesia de Santo Domingo, de

BANDERAS DE LOS REGIMIENTOS INGLESES PRISIONEROS (1807)



Buenos Aires, cuyo dibujo, representándola tal como era en aquel tiempo, reproducimos. En esa iglesia se conservan todavía las balas incrustadas en las paredes, como un recuerdo patriótico para el pueblo. Se conservan también varias banderas de los regimientos prisioneros, que van a ver los viajeros que visitan la ciudad, y cuatro de las cuales reproducimos.

La República Argentina es la única nación que en vísperas de emanciparse de España, ha obtenido un triunfo tan decisivo sobre las ambiciones colonizadoras de la Gran Bretaña, y que ha podido conservar trofeos de tan alto valor como testimonios de su victoria.



En la invasión inglesa de 1807, parte del ejército invasor se situó en los terrenos ocupados actualmente por la plaza Once de Septiembre o Bartolomé Mitre, hacia donde está la gran estación terminal del Ferrocarril del Oeste de Buenos Aires, representada en este grabado.

Gran parte de los oficiales ingleses prisioneros resolvió quedarse en el país, cuyo clima y naturaleza les encantaban.

Se casaron luego en el seno de distinguidas familias argentinas, y fundaron una colectividad anglo-argentina numerosísima, que ha prosperado después en el comercio, en las industrias y en la política, hasta hoy.

Esos oficiales contribuyeron a excitar el espíritu de los criollos contra los españoles y a preparar el pronunciamiento de la Independencia, que tuvo lugar tres años después, en 1810.

El gobierno inglés, a su vez, aceptó la derrota con la habitual resignación de su diplomacia y resolvió sacar ventajas comerciales, constituyéndosé en un verdadero protector de la independencia de estas colonias.

El pueblo de Londres lamentó el desastre, porque, después de la toma de la ciudad en 1806 por el general Beresford, se mandó a aquella metrópoli un millón de pesos en oro sellado, cuyo trofeo de guerra fué paseado por las calles de dicha capital en medio del entusiasmo popular.

El general Beresford, que estuvo prisionero en Buenos Aires y en Catamarca, dejó algunos recuerdos preciosos, entre ellos, un anteojo de campaña, en agradecimiento, a la familia que lo había hospedado.

Esta familia lo puso en manos de nuestro director de compilaciones, doctor Estanislao S. Zeballos, quien lo ha regalado al Museo Histórico Argentino, donde es admirado.

Durante el siglo XIX el gobierno

inglés fué respetuoso para la República Argentina, y los capitales de muchos súbditos británicos han contribuído a la gran transformación económica y social del país.

El valor de esos capitales excede probablemente de quinientos millones de libras esterlinas; y, de esta suerte, los ingleses resultaron conquistados por los argentinos.



LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO, EN LA ACTUALIDAD

Las señales que se ven en la torre de la izquierda, fueron producidas por balas de cañón, durante la lucha con los invasores ingleses, en el año de 1807.

A menudo, durante la noche, vemos luces muy brillantes que surcan el espacio con una velocidad grandísima y que, después de lucir unos segundos, se apagan súbitamente. Las solemos llamar estrellas fugaces, aunque, en realidad, nada tienen de estrellas. Son cuerpos celestes diminutos (algunos del tamaño de guijarros de río, otros algo mayores) los cuales, atraídos por la tierra, pasan con tanta rapidez a través de la atmósfera, que se inflaman, y brillan como una chispa de fuego. Cierto famoso cometa, muy conocido, desapareció hace algún tiempo, y en los lugares por donde solía andar hay ahora un gran número de esos cuerpos que se convierten en estrellas fugaces, o « meteoritos », como también se les llama, tomando ese vocablo de una palabra griega que significa algo muy elevado sobre el suelo. El cometa desaparecido debió romperse en pequeños fragmentos, y éstos se han transformado en meteoritos.

La Historia de la Tierra

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

EN estas páginas llegamos a la narración de cómo se nos presenta la tierra hoy día. Hemos aprendido ya cómo comprendieron al fin los hombres la gran verdad de que la tierra es una bola que se mueve alrededor del sol, y cómo suponemos nosotros que vino esta bola a la existencia. Hemos tratado de su forma y tamaño. Ahora aprenderemos lo que se sabe de la materia de que se compone la tierra y la manera cómo se sostiene sin disgregarse. Nosotros nacemos en esta bola enorme que nos lleva a través del espacio, y no podemos abandonarla. Aunque en comparación con todas las estrellas, soles y planetas, la tierra solamente representa un grano de polvo, para nosotros es ella la parte más importante de todo el universo, y tenemos razón de considerarla como tal. Por consiguiente, nunca será demasiado lo que sepamos de ella. En este capítulo encontraremos noticias interesantes sobre la corteza de la tierra y acerca de lo que ésta contiene en su interior. También se dice algo de cómo se conserva el calor terrestre.

LA TIERRA TAL COMO ES HOY DÍA

HASTA ahora hemos ido refiriendo brevemente los acontecimientos principales que han contribuído a hacer la tierra de nuestros días. Pero también hemos visto algo, que la gente frecuentemente olvida: que las cosas que acontecían en tiempos pasados, suceden todavía; *la tierra actual, que es el producto de muchos cambios, continúa cambiando aún.*

No hablaremos aquí de los océanos y mares, ni de los continentes y montañas—o sea de lo que se llama geografía, que, aunque es muy importante, ya trataremos de ella en su propio lugar y tiempo. Ahora empezaremos considerando la tierra como una pelota, hablando de ella de la misma manera que se podría hablar de otra pelota cualquiera. Sin duda sabéis que las pelotas tienen cierto peso; que, además, tienen un forro, y que, debajo de éste, se encuentra un núcleo o corazón compuesto de ciertos materiales dispuestos de un modo particular. También sabéis, de seguro, que las pelotas son elásticas, esto es, que si las tiramos contra una pared, vuelven hacia nosotros, en vez de achatarse y pegarse a la pared, como lo haría una pelota de barro blando. Pues de la misma manera vamos a tratar de la gran pelota Tierra, de la cual tomamos pedazos pequeñísimos para hacer otras pelotas, y para construir catedrales, monumentos y otras cosas.

En un capítulo anterior dijimos de qué tamaño es la tierra. Tenemos ya buena noción de lo que es un metro y un kilómetro, pero es muy difícil imaginar lo que es una distancia de 25,000 kilómetros; sin embargo, aunque parezca un número enorme, debemos hacernos cargo de que, en comparación con otras cosas, la tierra es verdaderamente pequeña. Hay, por ejemplo, un buen medio de comparar el tamaño de la tierra con el del sol, como puede verse en una de las láminas que ilustran este capítulo. Si el centro del sol se pudiese colocar en el centro de la tierra, la superficie del sol alcanzaría mucho más allá de la distancia que separa a la luna de la tierra; esto es: el sol ocupa mucho más espacio que todo el espacio comprendido entre la tierra y la luna.

Y, sin embargo, el sol no nos parece mucho más grande que la luna, aunque, en realidad, se podría echar un millar de lunas en el sol sin que pudiese apreciarse notablemente la diferencia que esto representaría.

No vamos a poner aquí los números que expresan cuántos kilómetros cuadrados mide la superficie de la tierra, ni tampoco cuantos millones de millones de toneladas pesa, porque no podemos comprender lo que significan esos números y, por lo tanto, no nos interesan por el momento.

Hay, sin embargo, una cosa de gran

interés referente a la tierra, y que podemos expresar de una manera comprensible, siendo interesante porque significa mucho: esto es la densidad de la tierra. Ante todo debemos decir lo que es densidad en general; después, cómo se puede averiguar la densidad de la tierra, y, finalmente, lo que la densidad de la tierra es y lo que significa.

Una pelota de jugar al *tennis* es mayor que una de jugar al *golf*; pero no es tan pesada. Hay más materia en la pelota de *golf* que en la pelota de *tennis*. Un trozo grande de carbón es más pesado que un trozo pequeño. Hay más materia en el trozo mayor; pero si tomamos dos trozos del mismo tamaño, veremos que tienen el mismo peso; lo cual quiere decir que tienen la misma cantidad de materia. Ahora bien, hay una palabra especial para significar el tamaño de una cosa, esto es, para expresar la cantidad de espacio que ocupa. Esta palabra especial es *volumen* y, en verdad, no es difícil de comprender, pues no significa otra cosa que tamaño o grandor.

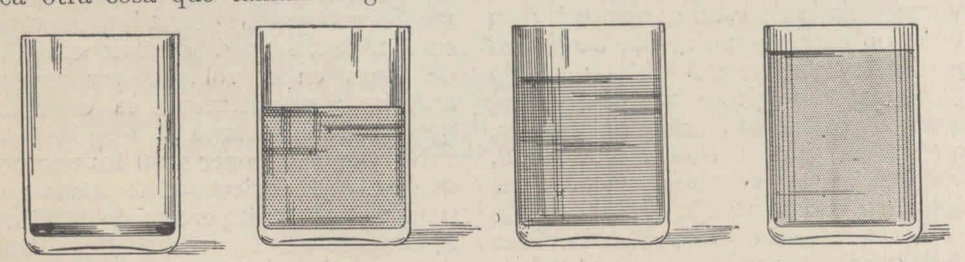
LA DISTANCIA A TRAVÉS DE LA FAZ DEL SOL

LA LUNA

LA TIERRA

El sol es tanto mayor que la tierra, que si se pudiese colocar aquél en el centro de ésta, lo que sobresaldría del sol, en todos sentidos, llegaría más allá de la luna en una distancia casi igual a la distancia que hay de la tierra a su satélite. A través de la faz del sol hay una distancia cuádruple de la distancia entre la tierra y la luna.

Como queda dicho de la pelota de *tennis* y la de *golf*, el volumen de una cosa no basta para darnos idea de su peso o, por mejor decir, de la cantidad de materia que hay en ella, a no ser que se pueda comparar con un volumen diferente del mismo material, como en el caso de los trozos de carbón de diferentes tamaños. Necesitamos, pues, una palabra especial que exprese la cantidad de materia que hay en cualquier objeto, comparada con un volumen, tamaño o grandor igual, de otra cosa. Sabemos ya lo que es un cubo; una cosa parecida a los cuadrados de las cajas de rompecabezas. Ahora bien, si imaginamos un cubo de agua (tal como puede obtenerse echando agua en un recipiente cúbico), este contendría una cantidad determinada de materia, según el tamaño del cubo. Si después quitamos el agua y llenamos el cubo de mercurio, tendremos el mismo volumen, o tamaño, o grandor, de mercurio; pero el cubo será mucho más pesado. El mercurio tiene mucha más materia, en la misma



Estos dibujos nos ayudarán a comprender lo que queremos decir por densidad de la tierra. Aquí tenemos cuatro vasos. En el primero hay un poco de mercurio o azogue; el segundo está más que mediado de glicerina; el tercero contiene un volumen algo mayor, de agua, y el cuarto está casi lleno de petróleo. Sin embargo, aunque el espacio ocupado por estas materias es tan diferente, cada una de ellas contiene la misma cantidad de substancia que las demás; como un trozo de nieve, cuando se funde en agua, tiene la misma cantidad de substancia que antes, aunque ocupe menos espacio.

cantidad de espacio, que el agua. Pues bien, la manera correcta de decir esto es que el mercurio es más denso—o tiene mayor masa—que el agua. Tal vez dirá alguno que no ve ningún motivo para que no sea suficiente decir que el mercurio es más pesado que el agua. El único reparo en esto es que, aunque aquí, y por el momento, sea correcto, el peso de una cosa depende de la atracción que la tierra ejerce sobre ella y ella sobre la tierra; mientras que la cantidad de materia de esa cosa —que es de lo que ahora tratamos— sería la misma, aunque la tierra se alejase a la distancia de un millón de kilómetros, desde donde apenas podría ejercer atracción alguna. En vez de expresar, pues, la cantidad de materia en una cosa por la palabra «peso», empleamos la palabra *masa* o *densidad*; y la masa de una cosa quedaría naturalmente la misma aunque se llevase a la luna, donde pesaría mucho menos, porque la luna es más pequeña y, por consiguiente, ejerce menos atracción, o que se llevase a Júpiter o al sol, donde pesaría mucho más, ya que estos astros son mucho más grandes que la tierra y ejercen una atracción más poderosa.

Ahora, para comparar la macicez de diferentes cosas—o sea lo que generalmente llamamos su *densidad*—tomamos cierto volumen de agua en determinadas condiciones y expresamos su densidad por el número *uno*; luego, si encontramos que otra cosa es dos veces más maciza o densa que el agua, decimos que su densidad es *dos*; y así sucesivamente. Es fácil de comprender que, si la cosa que comparamos con el agua, y ésta, se encuentran a la misma distancia del centro de la tierra, y esa cosa es dos veces más densa que el agua, el mismo volumen o cantidad de la cosa referida pesará dos veces más que el volumen de agua tomado como tipo de comparación. Pero ya hemos explicado por qué no empleamos la palabra peso, pues el peso depende de la atracción de la tierra—o de la luna, si nos encontrásemos en la luna—; y si alguien pensase que no vale la pena de hacer esta distinción, bien pronto le demostraremos que se equivoca.

POR QUÉ LA MISMA COSA NO PESA SIEMPRE LO MISMO

Si tomamos dos cubos metálicos, de tamaño y materia exactamente iguales, y los colocamos uno al lado del otro encima de una mesa plana, además de tener la misma densidad o macicez, tienen naturalmente también el mismo peso. Pero si en vez de poner los dos cubos uno al lado del otro, pusiésemos uno encima del otro, aunque tengan la misma macicez o densidad, aunque la substancia de uno sea igual a la del otro, se puede demostrar que el que está arriba pesa, en ese momento, menos que el otro, porque se encuentra *un poco más lejos de la tierra* y, por consiguiente, la fuerza con que se atraen mutuamente él y la tierra no es tan grande como antes. En vista de esto, parécenos que fácilmente se convendrá en que hay razón para distinguir entre la masa y el peso.

¿Cómo podemos llegar a saber cuál es la densidad de la tierra, y cómo averiguaremos si esta gran bola es menos o más maciza o densa que el agua? Este es un problema que desde hace mucho tiempo ocupa a los hombres de ciencia y que ha sido solucionado de diferentes maneras. Por ahora acaso sea bastante decir que, si medimos hasta qué punto la tierra hace oscilar un péndulo, y la velocidad con que el péndulo oscila, podemos hallar la atracción que la tierra ejerce sobre él; y de ese modo, como ya sabemos el tamaño, o volumen, o grandor, de la tierra, podemos deducir cuál es su densidad.

EL INTERIOR DE LA TIERRA ES LO MÁS DENSO QUE CONOCEMOS

De los estudios hechos por los sabios se ha llegado a deducir que la tierra es, aproximadamente, cuatro o seis veces más densa que el agua.

El agua es una cosa muy pesada, y cuando, hablando de densidad, tratamos de cosas de la superficie de la tierra, decir que es muy pesada equivale

a decir que es una cosa muy densa, porque la pesantez o peso es una guía perfecta para la densidad o macicez, siempre que comparemos cosas que se encuentren a la misma distancia del centro de la tierra. Ahora bien, si la tierra, en conjunto, es, por término medio, cinco veces más densa que el agua, la substancia del interior de nuestro globo debe estar más comprimida, más apretada, de lo que podemos imaginar. Ninguna de las cosas que conocemos y podemos examinar en la superficie de la tierra—ni rocas, ni carbón, ni nada por el estilo—, tiene, ni siquiera aproximadamente, una densidad que equivalga a esta densidad media de la tierra y, por consiguiente, la substancia de que se compone la tierra allá abajo, debe estar tan comprimida, tan apretada, que las cosas más densas que conocemos, como, por ejemplo, el plomo, no significan casi nada en cuanto a densidad, en comparación con ella.

LA DELGADA CORTEZA TERRESTRE, SOBRE LA CUAL VIVIMOS

Esto no es solamente interesante en sí mismo, sino que también es muy importante por lo que nos enseña de las tremendas fuerzas que están, por decirlo así, encadenadas debajo de nosotros.

Algunas veces, como sabemos, demuestran su presencia por los terremotos. También es interesante saber que, la corteza de la tierra, en comparación con el tamaño total del planeta, es, en verdad, extremadamente delgada. Parece bastante segura bajo nuestros pies, y no hay peligro de que se rompa y nos haga caer al interior; pero si se pudiese cortar la tierra por medio, como una naranja, quedaríamos muy sorprendidos, al mirar la superficie cortada, de ver lo delgada que es la corteza sobre la cual andamos y en la que se han producido todos los seres vivientes. Por supuesto, cuando nos enteramos de que el interior de la tierra tiene esta extraordinaria densidad, nos inclinamos a creer que es sólido, mucho más sólido y macizo que el plomo. Pero otra gran verdad respecto a esto es que el interior está intensamente caliente, tan caliente, que ningún calor que conocemos en la superficie de la tierra se puede comparar con él. De ahí que es probable que el interior de la tierra se encuentre a una temperatura tan elevada, que la substancia de que se compone no sea sólida, ni mucho menos. Por otra parte, puede ser que tampoco podamos considerarla como un líquido, o como un gas, pues es más verosímil que la materia interior del globo, a causa del calor y de la presión a que está sometida, se halle en un estado que no se parezca a nada de lo que conocemos.

SI PUDIÉSEMOS LANZAR LA TIERRA CONTRA UNA PARED, REBOTARÍA

Un poco más arriba dijimos algo acerca de la elasticidad de las pelotas, y que éstas, al ser lanzadas contra una pared, vuelven hacia nosotros, en vez de achatarse y quedarse adheridas, como lo haría una pelota de barro húmedo. Al decir que una cosa es elástica, queremos decir sencillamente que, cuando comprimiéndola o estirándola de algún modo, se le hace cambiar de forma, vuelve a tomar su forma primitiva tan pronto le es posible. Cuando la pelota toca la pared, se aplana por un momento, en la parte del contacto, y al recobrar su forma original, rebota, volviendo hacia nosotros. Si pudiésemos tirar la gran pelota Tierra contra una pared, la veríamos rebotar mejor que cualquiera pelota de juego, mejor aún que una pelota de acero. Sin embargo, este experimento no se hará nunca.

LOS DIFERENTES MATERIALES DE QUE ESTÁ HECHA LA BOLA TERRESTRE

La tierra es como una pelota compuesta de un gran número de diferentes materias, unidas de un modo particular; y como esto de la composición de la tierra es inmensamente interesante, debemos estudiarlo con cuidado. Pero antes de pasar adelante diremos algo de la última substancia que se ha encontrado formando parte de esa composición de la tierra; y diremos eso primero,

aunque es lo último que se ha descubierto, porque nos enseña más que cuanto anteriormente se sabía de la tierra, de lo que sucede en ella ahora y de la maravillosa manera como se conserva el calor terrestre. Es este un descubrimiento en verdad prodigioso. La substancia especial de que se trata es muy rara; pero es uno de los elementos que forman la tierra. Es tan escasa, que si esa substancia no fuera tan maravillosa, no valdría la pena mencionarla. Se llama *radio*; y, antes de decir por qué su descubrimiento es tan importante, vamos a ver de qué modo podría conservarse el calor en la tierra.

En primer lugar, la tierra se podría conservar caliente por el calor del sol —del que solamente podemos recoger una cantidad muy pequeña, aunque suficiente para producir toda la vida del globo terráqueo, incluso nuestra propia vida. No obstante, durante la noche, la tierra devuelve al espacio el calor que recibió del sol durante el día, y como ya sabemos lo que significa día y noche, eso equivale a decir que mientras una mitad de la tierra recibe calor del sol, la otra mitad lo pierde. Estamos completamente seguros de que la tierra se helaría en poco tiempo, quedando tan muerta y fría como la luna, si sólo recibiese calor del sol. La luna recibe el calor del sol lo mismo que nosotros, y, sin embargo, la luna está fría.

LA TIERRA PIERDE CALOR CONSTANTEMENTE

En segundo lugar, sabemos que la tierra también se conserva caliente por el calor contenido en su interior. No obstante, no produce nuevo calor interiormente—o, por lo menos, eso creíamos hasta muy recientemente—, sino que el calor almacenado en su interior pasa de dentro a fuera, manteniendo caliente la corteza, y de allí se comunica al aire, perdiéndose finalmente por completo.

Año tras año, pues, la tierra va perdiendo lentamente su calor, y esto, como es natural, no podrá continuar por siempre. La luna, por supuesto, estaba también caliente, al principio, pero se ha enfriado mucho más aprisa que la tierra, porque es mucho menor. Los objetos pequeños se enfrían más aprisa que los grandes, porque los pequeños tienen, en relación con la masa contenida en ellos, mayor superficie, por donde perder el calor. Esa es la causa de que los niños pequeños se hayan de tener siempre tan bien abrigados.

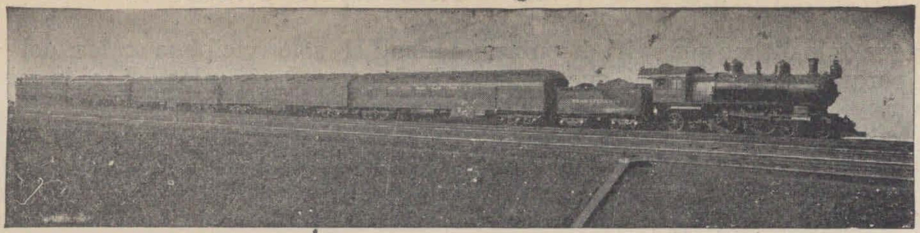


EL CALVO Y LA MOSCA

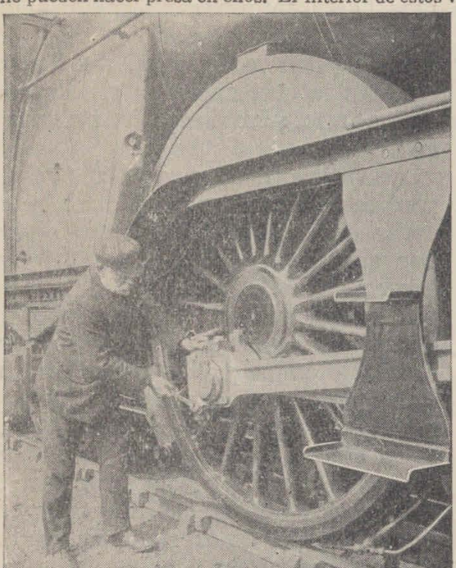
Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un anciano
Una mosca insolente.
Quiso matarla, levantó la mano,
Tiró un cachete, pero fuése salva:
Hiriendo el golpe la redonda calva.
Con risa desmedida
La mosca prorrumpió: « Calvo maldito,
Si quitarme la vida
Intentaste por un leve delito,
¿A qué pena condenas a tu brazo,
Bárbaro ejecutor de tal porrazo? »
« Al que obra con malicia,
Le respondió el varón prudentemente;
Rigurosa justicia
Debe dar el castigo conveniente,
Y es bien ejercitarse la clemencia
En el que peca por inadvertencia.
Sabe, mosca villana,
Que coteja el agravio recibido
La condición humana
Según la mano de donde ha venido:

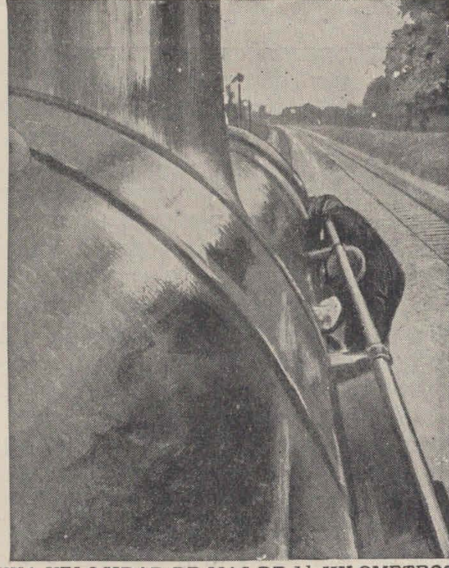
Que el grado de la ofensa a tanto asciende
Cuanto sea más vil aquel que ofende ».

SAMANIEGO.

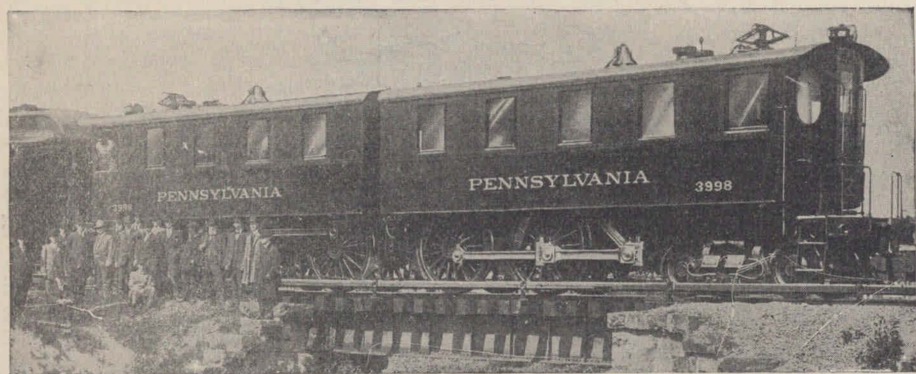


He aquí el primer tren de acero que se ha construído en el mundo, para la compañía del Ferrocarril de Pennsylvania, en los Estados Unidos. Hasta hace poco tiempo, todos los vagones se construían de madera; pero en accidentes tales como choques y descarrilamientos, quedaban muchas veces reducidos a informes montones de astillas, que en algunas ocasiones se incendiaban, originando verdaderas hecatombes. Se asegura que los vagones de acero son mucho más fuertes que los de madera, y claro está que las llamas no pueden hacer presa en ellos. El interior de estos vagones presenta el mismo aspecto que los de madera.





ENGRASANDO LA MAQUINA EN REPOSO Y A UNA VELOCIDAD DE MAS DE 1½ KILOMETROS POR MINUTO

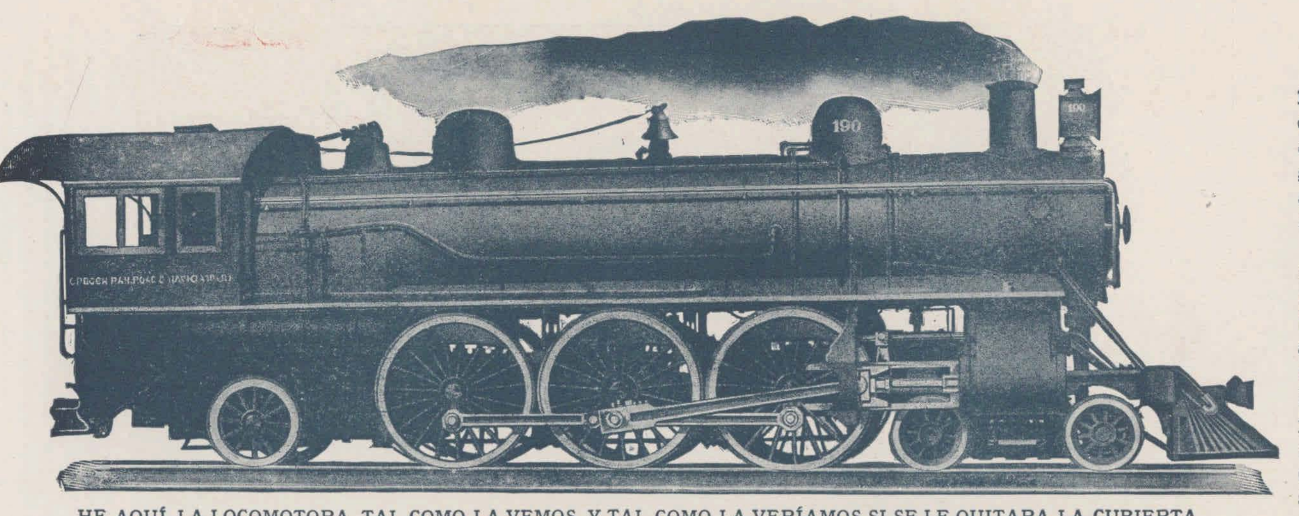


Esta es una locomotora eléctrica, que se usa para la tracción de los trenes de la compañía « Pennsylvania Railroad » a través de los túneles construídos debajo de los ríos Hudson y del Este, en Nueva York. Esta máquina recibe el flúido eléctrico por un tercer raíl, que lo transmite en la misma forma que los cables aéreos. Las locomotoras de vapor deben ser giradas, para que puedan marchar en dirección contraria, pero la máquina que nos ocupa marcha hacia delante o hacia atrás, indistintamente y con la mayor facilidad. La locomotora eléctrica es una de las invenciones más modernas, y presenta grandes ventajas para los pasajeros, porque no despide humo y es mucho más rápida que las de vapor. Compárese la locomotora eléctrica con la llamada Tom Thumb, cuya imagen damos en otra página de este mismo libro, y se podrán apreciar los adelantos que aquélla representa.

EL PERSONAL DE UNA LOCOMOTORA DURANTE LA NOCHE



Cuando viajamos en ferrocarril, muellemente arrellanados en nuestros cómodos asientos, leyendo un buen libro, o contemplando el paisaje, no echamos de menos las comodidades de que disfrutamos en nuestra propia casa. Pero, los hombres a cuyo cuidado se halla la locomotora, no se encuentran tan a gusto como nosotros. Tienen que ir en continua vigilancia; deben mantener el calor del horno y la velocidad del tren; todo esto sin dejar de observar si la vía está expedita y cuidar, al mismo tiempo, de que todo funcione con toda perfección. No pueden descuidar ni un solo instante el gobierno de la máquina, y sólo individuos de excepcional robustez pueden soportar la tensión nerviosa a que se hallan sometidos.



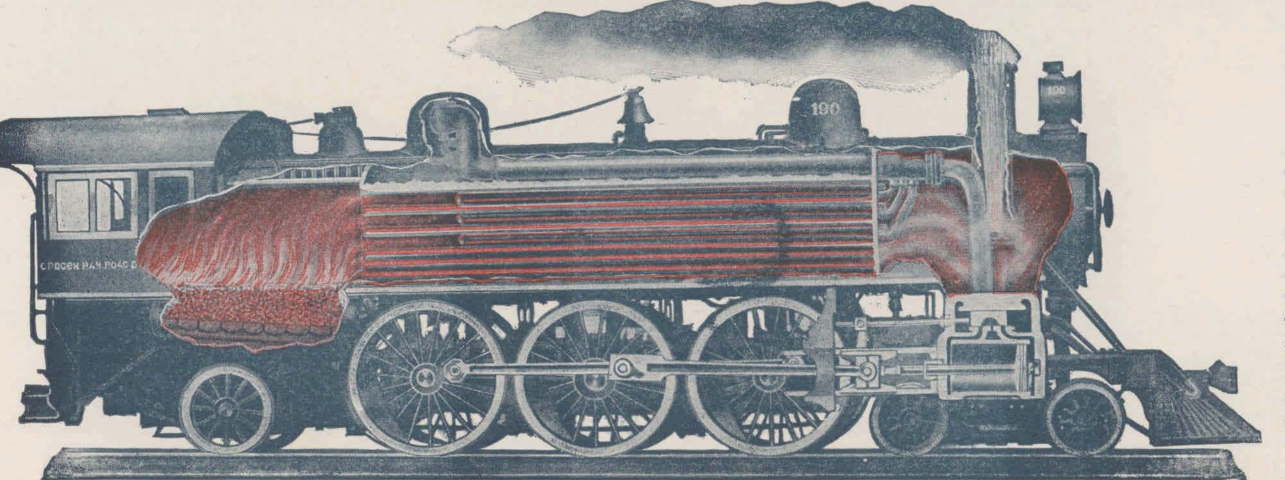
HE AQUÍ LA LOCOMOTORA, TAL COMO LA VEMOS, Y TAL COMO LA VERÍAMOS SI SE LE QUITARA LA CUBIERTA

En la primera de estas láminas aparece la máquina, tal como la vemos de ordinario; y en la segunda, se nos muestra el agua en la caldera y el fuego en el hogar.

El agua llena la caldera; y los tubos, que van desde el hogar a la chimenea, conducen el calor a lo largo del líquido, manteniéndolo en ebullición. Por dichos tubos pasan el calor y el humo, saliendo éste por la chimenea, mientras aquél se emplea en convertir el agua en vapor. Éste, al buscar salida por cualquier parte, se eleva a la cúpula, situada en la parte superior de la caldera, y se precipita con violencia por el tubo abajo, penetrando por la válvula de su extremo en el cilindro, cuyo émbolo, unido por una varilla o vástago a la rueda motriz, lo impele hacia adelante.

El vapor arrastra el émbolo hacia adelante con gran fuerza; y como la varilla del mismo va fija a la principal rueda motriz, ésta avanza girando.

¿Qué ocurrirá cuando el



ESTAS DOS LÁMINAS PERMITEN VER CÓMO EL VAPOR ARRASTRA EL ÉMBOLO Y ÉSTE A LA RUEDA

émbolo llegue al extremo del cilindro? Si el vapor hubiera de continuar ejerciendo su presión, de igual modo, en el interior de aquél, el émbolo se detendría, y otro tanto haría la rueda; pero no es así, sino que, al terminar el émbolo su recorrido hacia adelante, se cierra la primera abertura de comunicación con el cilindro, abriéndose un tubo que deja pasar el vapor, ya usado, a la chimenea, mientras se forma otra abertura en el extremo del cilindro y en su interior, la cual da entrada al vapor y arrastra el émbolo haciéndolo retroceder. A cada extremo del cilindro hay una puertecita que se abre y se cierra. La primera permite que el vapor empuje y arrastre el émbolo hacia adelante, luego se cierra, abriéndose al mismo tiempo la puerta del lado opuesto, que deja entrar el vapor, haciendo retroceder el émbolo.

Nuestras láminas muestran la varilla o corredera que abre y cierra dichas puertas; y en ellas puede verse, además, cómo el humo pasa a la chimenea por los tubos, y cómo, cuando hay demasiado vapor, se escapa por un tubo especial que termina en la misma chimenea.

TREN QUE PASA A TODA MARCHA A TRAVÉS DE UNA CIUDAD DORMIDA



Sigue el tren su carrera a través de las tranquilas campiñas, atravesando ciudades populosas, que ni a pesar de lo avanzado de la hora se hallan en completo reposo. Las llamaradas que se escapan de los altos hornos iluminan el espacio con su rojiza luz; y emociona el contemplar aquel negro convoy que, saliendo de la oscuridad, atraviesa como una exhalación el espacio iluminado, para desaparecer nuevamente en las tinieblas.

Cosas que debemos saber

LO QUE NOS ENSEÑAN ESTOS GRABADOS

EN otro lugar de este mismo libro nos hemos ocupado de los constructores de ferrocarriles. Ahora presentaremos diferentes dibujos de vías férreas y sus trenes, y hasta podrá el lector imaginarse que él mismo atraviesa el país, cómodamente instalado en un hermoso vagón. Veremos también el valor que despliegan en su trabajo los hombres que dirigen el tren que nos conduce, y cuyo cometido no es otro que el de llevarnos, con toda seguridad, al término de nuestro viaje, sin emplear en el recorrido mayor ni menor espacio de tiempo que el que de antemano tienen fijado, aunque se trate a veces de distancias de muchos centenares de kilómetros. Nos haremos también cargo de la continua vigilancia que deben ejercer los numerosos empleados para lograr que los viajes se lleven a buen término, sin que ocurran accidentes de ninguna clase.

UN TREN ES UNA GRAN MARAVILLA

CONTADAS serán las personas que no se hayan detenido alguna vez a contemplar el paso de un tren rápido en algún apartado y tranquilo rincón, lejos de la ciudad. Difícilmente puede el hombre imaginarse espectáculo más emocionante que el de ver por la noche pasar un tren a toda velocidad, envuelto en una nube luminosa, cual monstruo alado, dueño de toda la tierra. El tren que vemos partió de alguna populosa ciudad, y corre atravesando pueblos y aldeas, pasando sin pararse por en medio de grandes hornos de fundición, de oscuras y humeantes fábricas, cruzando plácidas praderas y campos donde pacen rebaños numerosos y vuelan presurosos alegres pajarillos, para ir a hundirse, allá lejos, en otra vasta ciudad.

Este tren, maravilla del mundo, que tantas y tantas veces nos ha llenado de admiración, constituye uno de los mayores triunfos del ingenio y de la labor de los hombres.

A un hombre, a un gran pensador, al fijarse en el vapor que se escapaba de una marmita llena de agua hirviendo, se le ocurrió pensar qué aplicación podría darse al vapor aquel que se perdía inútilmente. A él somos todos deudores del gran cambio que han sufrido la vida y las costumbres del mundo civilizado, lo mismo cuando se trata de ir a las grandes ciudades, para estudiar sus bellezas y adelantos, como cuando emprendemos viajes de recreo, o de utilidad.

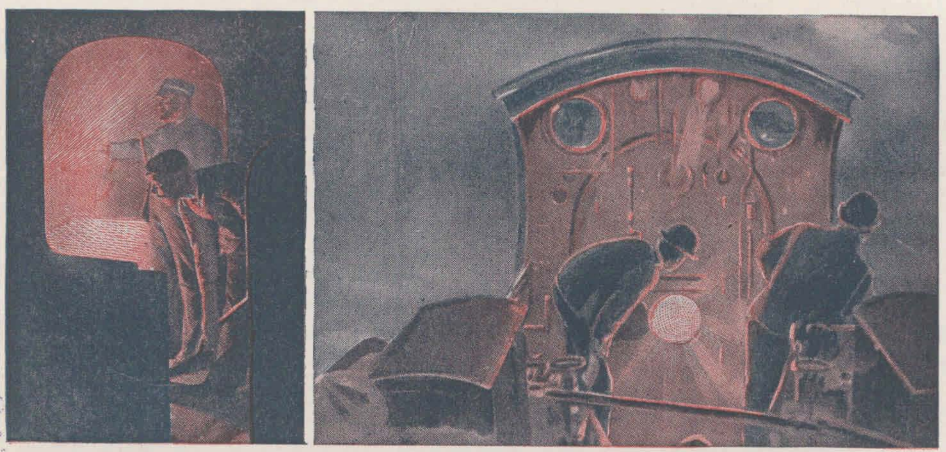
En el transcurso de sus viajes, tal vez no habrá pensado nunca el lector, que, mientras se halla cómodamente instalado en su departamento, existen muchos hombres constantemente dedicados a procurarle un viaje feliz y sin accidentes desagradables de ninguna clase. No basta que el maquinista vigile sin cesar, ni que el fogonero conserve vivos los fuegos; si no hubiera muchas otras personas ocupadas en múltiples trabajos tan necesarios como los dos mencionados, nunca llegaría el tren al término de su viaje. Los encargados de las señales deben estar siempre alerta. Los peones de vía deben continuamente vigilar la porción de ella que les está confiada. Los guarda-barreras cuidan de que las vallas y rejas estén en la posición debida al paso de los trenes. Los guarda agujas, de que los desvíos se hallen bien. El empleado que combina los horarios tendrá escrupuloso cuidado de que nunca dos trenes se encuentren en el mismo lugar al mismo tiempo. El personal de estaciones debe estar siempre en su puesto a la llegada de los trenes. Alguien debe cuidar también de que los túneles estén libres, de que los puentes reúnan condiciones de seguridad, de que las locomotoras encuentren provisión de agua en los puntos en que se necesite, y, en fin, los más pequeños detalles de una línea férrea en explotación deben ser continuamente objeto de minuciosos cuidados.

De este modo se emplean cientos de

miles de hombres que no descansan ni un momento en su vigilancia, que escuchan, piensan, escriben, telegrafían, corren, gritan y se ocupan en una variedad inmensa de trabajos: todo ello para que podamos ir en tren con toda seguridad, lo más cómodamente posible.

Hace cien años que en América no existía ningún ferrocarril y aun hay personas que nunca se han montado en un tren y hasta algunas que ni siquiera lo han visto.

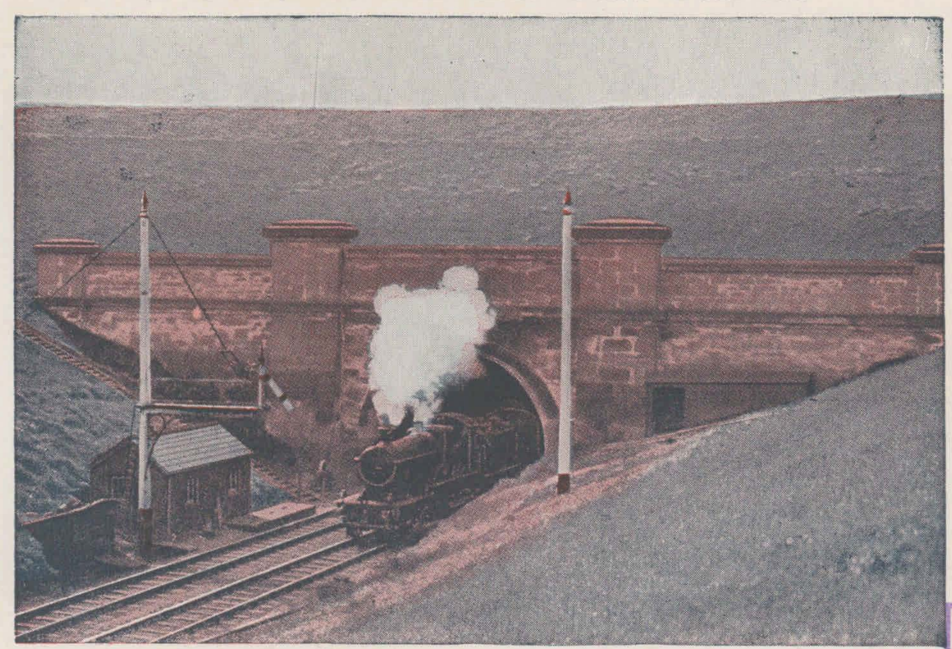
El ferrocarril es todavía joven, pero su desarrollo ha sido muy rápido, debido a que es lo primero que el hombre necesita cuando un país empieza a desarrollarse. En la superficie de la tierra continuamente hay millares de trenes en movimiento, y maravilla el pensar que la fuerza que los mueve es en principio la misma que hace crecer a la perfumada violeta. Si no existiera el sol, no existirían los trenes, porque entonces no habría combustible, y si no hubiera combustible, no habría vapor que arrastrase las gigantescas locomotoras modernas.



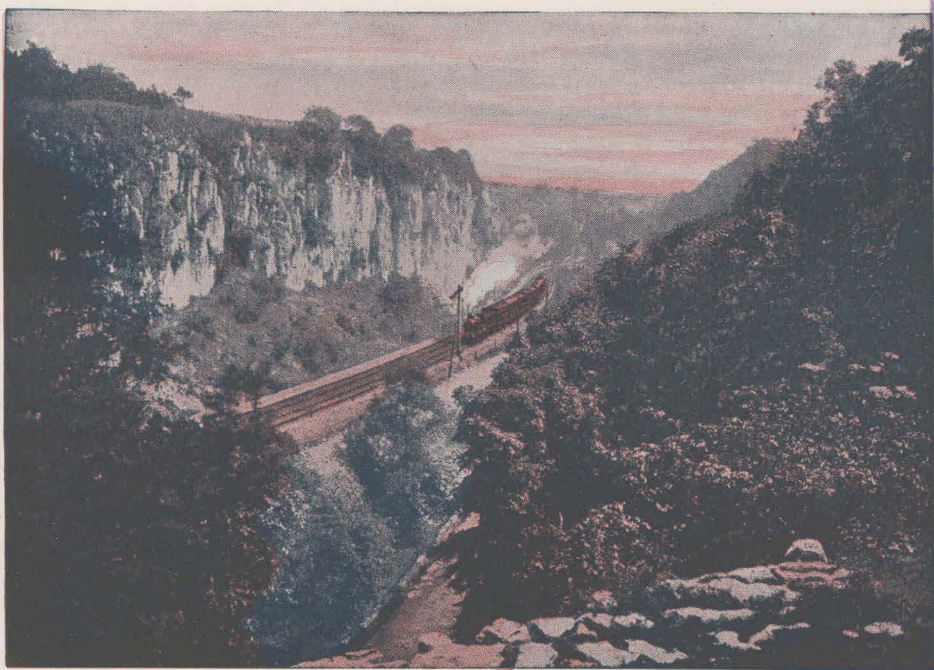
Este grabado nos muestra a los encargados de conducir la locomotora durante la marcha de noche. El de la izquierda representa al fogonero cargando el hogar; en él podemos contemplarlo lo mismo que le veríamos si estuviéramos acechando el paso del tren en la obscuridad. El de la derecha representa al maquinista en el acto de mirar a lo lejos examinando si la vía está libre.



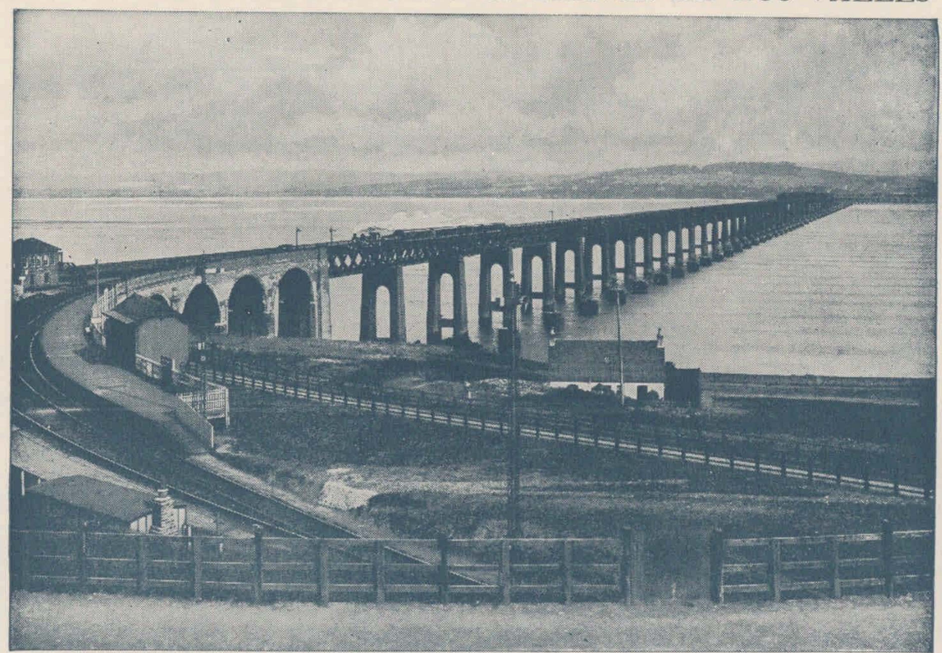
LA NOCHE EN LAS LÍNEAS FÉRREAS—UNA INTRINCADA RED DE VÍAS, EN UN CRUCE



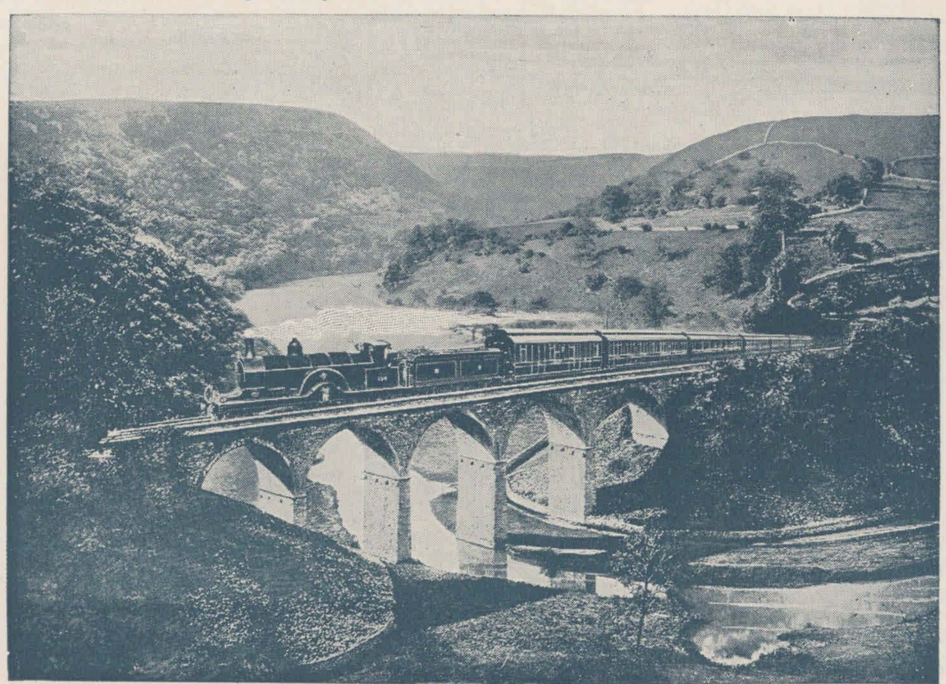
El tendido de una línea férrea no es cosa fácil, si se tienen en consideración los grandes obstáculos que hay que vencer; pues, debido a las montañas, depresiones, ríos, lagos, etc., que se encuentran en la accidentada superficie terrestre, es preciso efectuar importantes desmontes y construir numerosos puentes, túneles y trincheras. Algúnas veces nos habrá llamado la atención el ver que un tren se mete en un agujero: esto es exactamente lo que hace un ferrocarril cuando penetra en un túnel. El grabado representa un tren saliendo de un túnel.



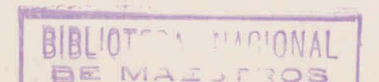
A veces se abre un paso a través de una montaña en vez de perforar un túnel. En el grabado puede verse un tren deslizándose entre dos elevados precipicios. En este caso se ha excavado una gran zanja para tender la línea en su fondo; tanto en América, como en Europa, existen centenares de kilómetros de vías férreas en esta forma.

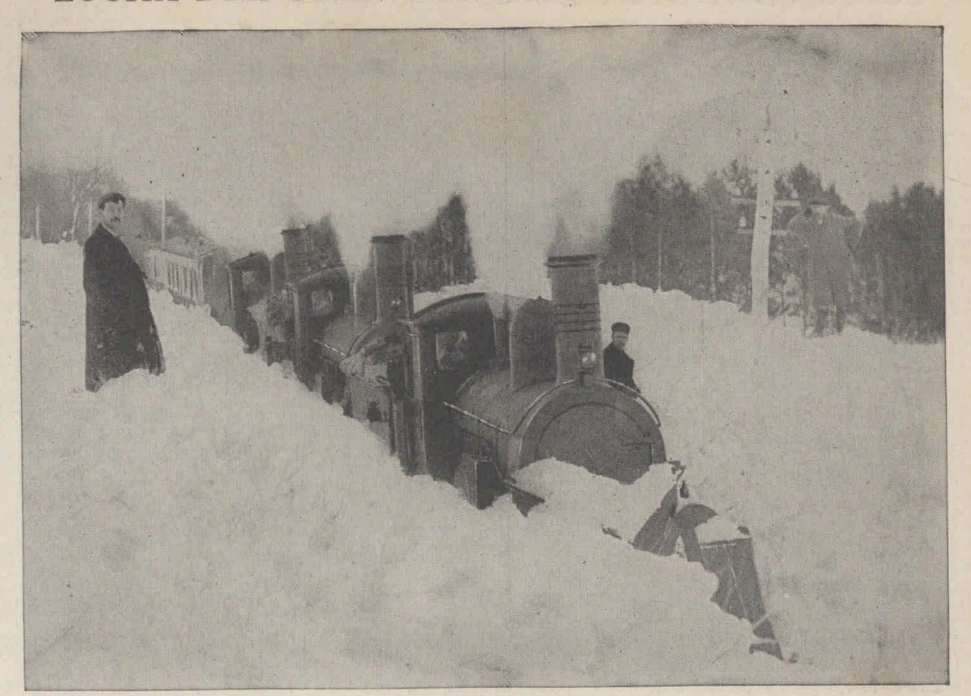


¿De qué manera son atravesados los ríos por los trenes?—Este es un problema que antiguamente preocupó mucho a los constructores, pero que hoy está resuelto satisfactoriamente. Este puente, tendido sobre el río Tay, en Escocia, nos muestra la forma cómo se unen las vías al llegar a las orillas de un río. Por medio de los puentes tendidos por encima de las aguas, o de túneles construídos por debajo de ellas, pasan los trenes con tanta seguridad como por la superficie de la tierra.

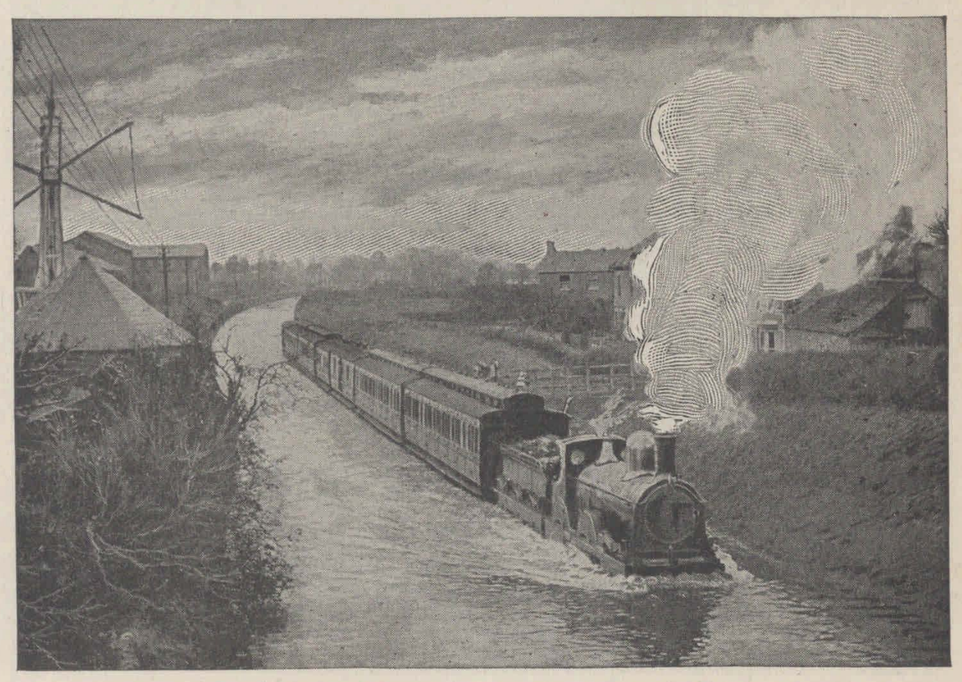


La buena marcha de los trenes requiere que estos no encuentren durante su trayecto desniveles muy pronunciados, y esta condición sólo puede alcanzarse construyendo viaductos y puentes en aquellos puntos en que la vía deba atravesar grandes depresiones del terreno, como valles, torrentes, etc.

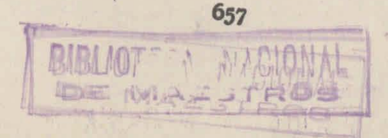


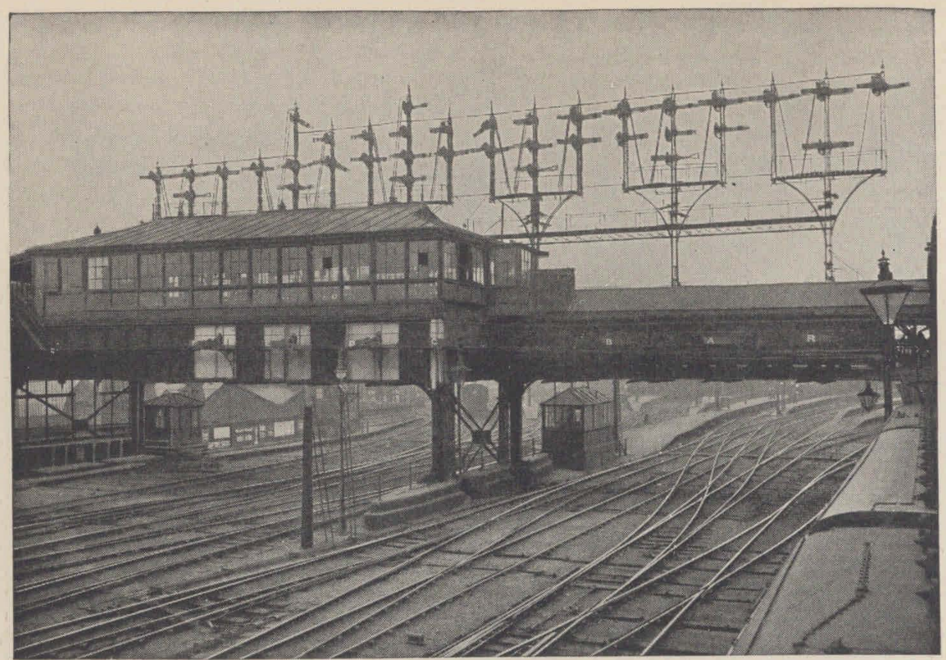


En los inviernos muy rigurosos forma a veces la nieve capas de tan grande espesor, que hace imposible la circulación de los trenes, aun cuando se les enganchen **dos o tres** locomotoras, de tal modo que la fuerza del vapor es impotente y queda el tren bloqueado, como se representa en esta lámina.

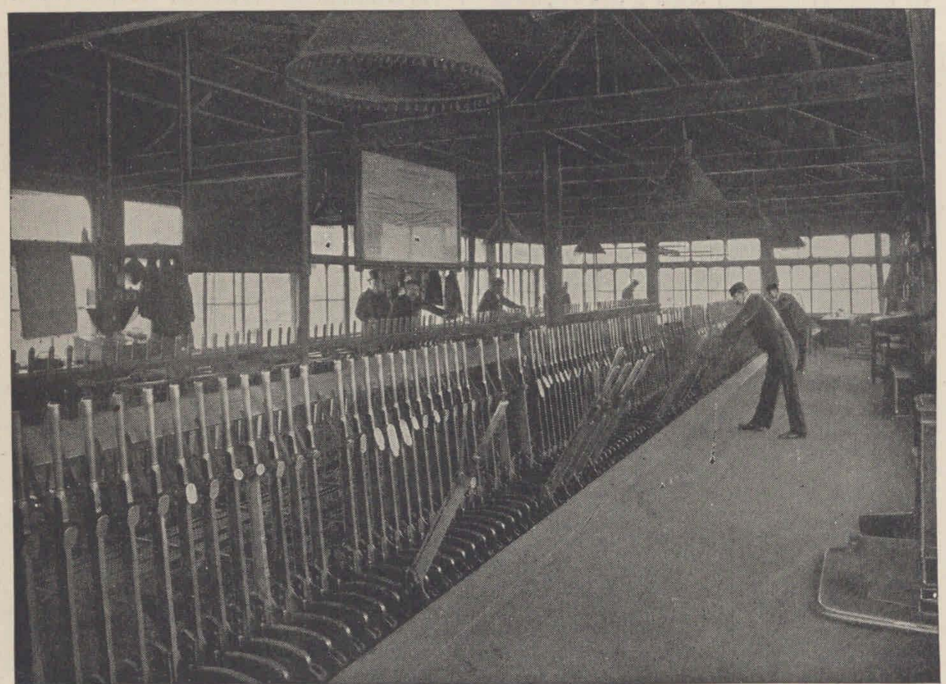


El agua, lo mismo que la nieve, puede llegar a ser un obstáculo para la marcha de los trenes. En algunas ocasiones a causa de la cantidad de agua depositada sobre la vía por las inundaciones, queda ésta del todo oculta a la vista del maquinista.





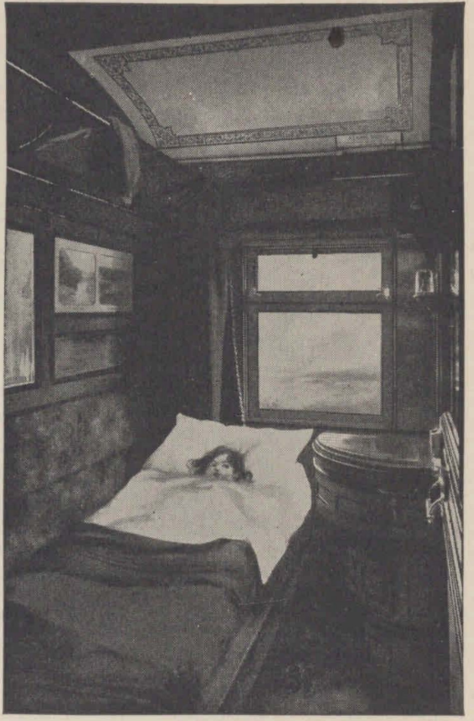
Los brazos o puestos de señales colocados al través de la línea se llaman semáforos. Cuando un brazo está inclinado hacia abajo, indica vía libre, y el maquinista debe seguir su camino: cuando la señal está colocada en cruz, indica que otro tren se halla cercano, y entonces el maquinista debe parar el tren o disminuir considerablemente su marcha. Por la noche las señales se hacen por medio de luces de distintos colores.



El encargado de una estación de señales puede comunicarse telegráficamente con el de la estación vecina y, de este modo, todos los guardas saben si la vía está libre. Estos empleados, por medio de las señales, pueden dar cuenta al maquinista del tren que pasa por su casilla, del estado de la vía, lo mismo o mejor que pudieran hacerlo de palabra.

VIVIENDO EN EL TREN DE DIA Y DE NOCHE

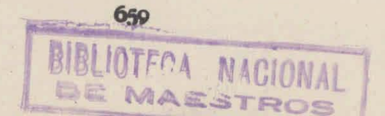




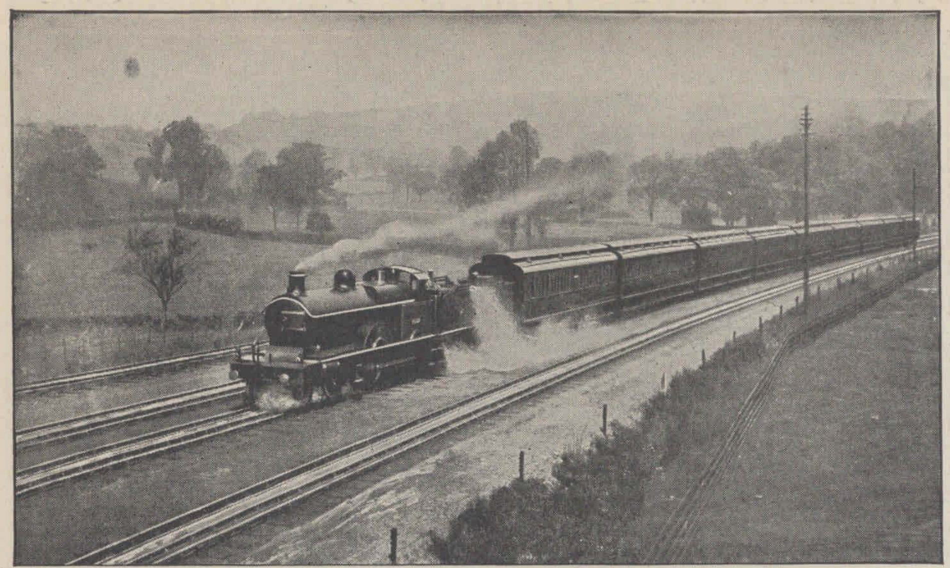




Podemos vivir en el tren casi con tantas comodidades y regalo como en casa. No hay nada comparable a los magníficos trenes que se representan en estos grabados, con sus cocinas en que se prepara la comida de los viajeros, con su gran coche-salón, sus camas donde dormir, su luz eléctrica para leer, agua caliente para los usos del tocador, y corredores en que pasear.

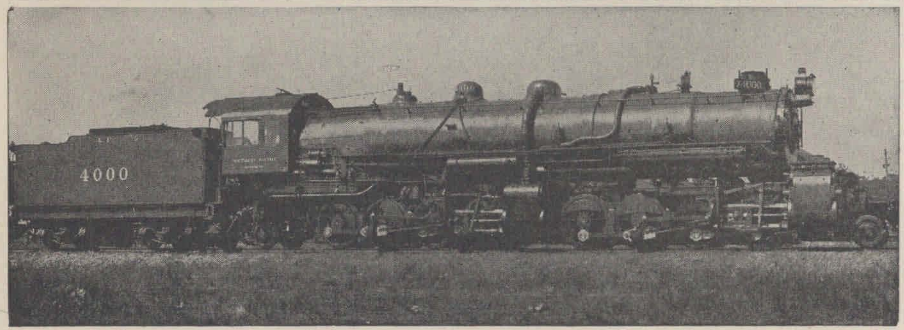


UN TREN TOMANDO AGUA EN PLENA MARCHA

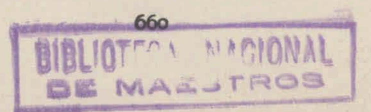


Generalmente las locomotoras pueden llevar suficiente provisión de carbón, mas no de agua. Ingenieros muy hábiles han ideado el modo de renovar la provisión de agua, sin necesidad de que se detengan los trenes. En el grabado se puede ver un largo depósito de agua, colocado entre ambas líneas de raíles. Cuando el tren pasa por estos depósitos, el maquinista deja caer un aparato especial que absorbe el agua, haciéndola entrar en el tanque de la locomotora.





Estos grabados representan una de las mayores locomotoras que existen. Pertenece a la compañía norte-americana Southern Pacific Railroad, y se le ha dado el nombre de Mogul-Mallet-Compound. Su peso es superior a 193 toneladas. El grabado de la parte superior se ha hecho con el objeto de que, viendo el gran número de hombres que pueden colocarse en dicha máquina, pueda el lector hacerse cargo de sus extraordinarias dimensiones.



El Libro de nuestra vida

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

SABEMOS que la vida salió del océano, y que su progreso verdadero empezó cuando se trasladó a tierra, donde encontró el oxígeno en abundancia, pues éste era muy escaso en el mar. Sin el oxígeno la vida no puede tener calor. Si el oxígeno del aire desapareciese, desaparecería con él el calor que anima nuestra sangre, ésta se enfriaría, y moriríamos. Todos los seres humanos, y casi todos los animales terrestr , tienen la sangre caliente; mas no la tienen así los peces, los cuales, por eso, no pueden adelantar en la escala biológica: nunca pueden alcanzar en la vida su mejor y más alto grado, porque la vida para su perfecto desarrollo, necesita calor. No obstante, aunque la vida abandonó el mar en busca de calor, sólo puede mantener ese calor mediante el agua. Esta es una de las grandes maravillas de la existencia animada, y es verdad que todo ser viviente—lo mismo el ratoncito en su agujero, que el león en la selva, el pájaro en el aire, los niños en la escuela, etc.—ha de tener siempre agua en su organismo, pues, de lo contrario, muere. Así es que, aunque la vida salió del mar para procurarse calor, sacó del mar los medios necesarios para existir.

POR QUÉ LA VIDA NECESITA LA TIERRA

HEMOS visto lo que sucede a la vida que respira agua, y ahora estudiaremos la que respira aire. Lo más importante es conocer la diferencia existente entre ambas. ¿Qué sucedería si un ser, en lugar de poder usar cierta cantidad de oxígeno en cada instante de su vida, pudiese, quizás, usar diez veces más? Recordemos que toda vida es, en cierta manera, un procedimiento de combustión, de mezclar determinadas substancias con el oxígeno, como nosotros hacemos mezclar el carbón con el oxígeno cuando encendemos el fuego todos los días.

Ahora bien, mientras la vida no pudo conseguir más que la pequeña cantidad de oxígeno que hay en el agua, no tuvo sobrante que dedicar a otra cosa que a su sostenimiento. Su renta de oxígeno, como si dijéramos, era muy pequeña, y había de gastarse en lo más preciso.

Naturalmente se comprenderá que esto sólo es una comparación. Pero si consideramos un pez—un pececillo moribundo que podemos levantar en la mano—y lo comparamos con la mano misma, veremos en seguida que una de las grandes diferencias entre el pez y nosotros es que el pez está frío y nosotros calientes. Generalmente llamamos al pez animal de sangre fría, y lo comparamos con animales de sangre caliente. Los pájaros son los animales de sangre más cálida.

La razón porque la vida en el mar es de sangre fría es porque esta clase de vida consume una cantidad muy pequeña de oxígeno. Es tan limitada la cantidad de oxígeno que se puede obtener en el mar, que el pez no puede consumir nada de ella para calentarse. Y así, el pez, como otros animales de sangre fría (en lo que concierne a su calor), es cómo una piedra, o cualquier cosa inanimada. Si se pone un número de objetos diferentes en una habitación, y se dejan allí algún tiempo, todos y cada uno de ellos adquirirán pronto la misma temperatura; si después se lleva un vaso de agua caliente a la habitación, el agua se enfriará, y los otros objetos de la habitación se templarán un poco aunque nadie lo advertirá; y es que, simplemente, la cantidad de calor que hay en cualquier sitio, se difunde por todas las cosas de tal modo, que ninguna de ellas tiene más calor ni más frío que otra. Y esto es lo que ocurre a un animal de sangre fría, como el pez. Tiene tanto calor como el ambiente que le rodea. Si habita en agua fría, estará muy frío; y si vive en agua más templada, su temperatura será también templada; pero en ningún caso su temperatura será superior a la del agua que le circunde.

Esto es de mucha importancia para el pez, y para todos los animales de sangre fría. Es importantísimo para cualquier ser viviente el tener calor en

un momento y frío en el otro, y calentarse o enfriarse según esté más caliente o más frío lo que le rodea. Siempre ha de adaptarse al ambiente y nunca puede permanecer fijamente en un estado. Esto es tal vez, la razón verdadera o, a lo menos, una de las razones más importantes de que ningún animal de sangre fría—ninguna vida en el agua—puede hacer las maravillas que realiza la vida en la tierra, de lo cual veremos pronto otra razón importantísima.

CÓMO SE MANTIENE LA VIDA EN CALOR

Ahora comparemos con los peces los animales de sangre caliente. El pez que tenemos en la mano es frío, y la mano, caliente; nuestro cuerpo entero está caliente, y por esto las otras cosas —a no ser que hayan sido calentadas especialmente—se sienten frías al tacto. La verdad es que los animales que respiran aire pueden emplear tanto oxígeno como quieren, y cuando han tomado todo el que requieren para sus necesidades imprescindibles, pueden—y esto es lo que los peces no pueden hacer—tomar más para sus lujos. Lo que hacen es simplemente encender una especie de fuego dentro de sí mismos, y así se mantienen en calor. El animal de sangre caliente tiene más calor que lo que le rodea porque elabora mayores cantidades de calor dentro de sí mismo, con la ayuda de grandes provisiones de oxígeno que saca del aire.

Ahora bien, ¿para qué sirve esto? ¿Por qué será que los animales de sangre caliente son mucho más inteligentes y maravillosos que los de sangre fría que encontramos en el mar, o que los animales humildes de sangre fría que encontramos en la tierra, como, por ejemplo, el sapo? Esto no lo comprenderemos bien hasta que sepamos a fondo lo que es un animal de sangre caliente.

LA ESPECIE DE FUEGO QUE EXISTE DENTRO DE TODO SER VIVIENTE Y QUE SIEMPRE SE MANTIENE ACTIVO

No es que el animal se haga tan caliente como quiera, un día muy caliente y otro día menos. La gran verdad acerca de los animales de sangre caliente es, que siempre tienen la misma temperatura.

A los enfermos se les toma la temperatura con un termómetro para saber si tienen demasiado calor o demasiado frío; porque todo el mundo sabe que hay justamente cierto nivel de calor común a las personas sanas. El calor de la sangre de un animal de sangre caliente es una cosa fija, de minuto a minuto, de hora a hora, de día caluroso a noche fría no varía nunca excepto en grado tan pequeño que no se percibe apenas. Está lo mismo en el día más frío de invierno, que en el día más caluroso de verano; está lo mismo si nos acercamos al Polo Norte, como si estamos en la India, donde abrasa el sol. Mientras estamos sanos y buenos, nuestro calor está invariablemente fijo.

Esto es verdad no solamente de los hombres, mujeres y niños, sino también de los animales de sangre caliente. Los cambios en su temperatura son de los más pequeños y *cuando* suceden, son muy breves. Recientemente se han inventado instrumentos muy precisos para demostrar estas pequeñas diferencias de temperatura.

EL FUEGO ARDE SIEMPRE CON EL MISMO GRADO DE CALOR

Lo que es verdad de nosotros, es verdad del perro, la vaca, el carnero, los pájaros y todos los animales de sangre caliente. El calor o temperatura del pez sube y baja, baja y sube, según el sol brilla sobre el agua, o entran en la masa de ésta corrientes frías, y según otras numerosas circunstancias. Miles de circunstancias influyen también sobre el animal de sangre caliente; pero siempre mantiene su fuego vivo dentro de sí, así es que, suceda lo que suceda, no tiene más calor y más frío que antes. Pero no es solamente que el calor de los animales de sangre caliente—es decir de toda la vida importante en la tierra—sea fijo. El otro punto importante es el grado de su fijeza o su límite. Podríamos esperar, quizás, que el pajarito tendría cierto grado de calor o temperatura, y el ele-

fante otro diverso. Pero cuando comparamos el calor de todos los animales de sangre caliente, encontramos que aproximadamente es el mismo para todos ellos. Los pájaros son generalmente un poco más calientes que los otros animales; pero la diferencia es tan pequeña que en rigor se puede decir que todos los animales de sangre caliente viven, más o menos, en el mismo grado de calor. Ahora bien, ¿qué quiere decir esto?

Pues sencillamente que, *en determinada temperatura, la vida se desarrolla mejor*, y puesto que la vida es la misma en todas partes, bien sea en el pajarito, bien en el elefante, ese grado particular de calor es justamente el mismo. Cuando se alcanza este grado de calor y se mantiene, todos los cambios que pasan en los seres vivientes, se efectúan con la mayor facilidad y éxito. Mientras la vida se desenvolvió en el agua, en que hay muy poco oxígeno, no pudo alcanzar ese grado de calor en el cual se desarrolla mejor. Se han encontrado uno o dos peces que al parecer, están siempre algo más calientes que el agua que los rodea, pero muy poco.

Hasta que no se dió el gran paso hacia la tierra, y los seres vivientes aprendieron a respirar aire en lugar de agua, y aprovechar del mejor modo el oxígeno del aire, no pudieron mantenerse en el suficiente calor y desarrollarse convenientemente.

ANIMALES EN LA TIERRA QUE NO HAN APRENDIDO A HACER USO DEL OXÍGENO

Hay animales de sangre fría en la tierra, pero son muy humildes y sufren las mismas dificultades que los peces, calentándose o enfriándose de continuo. Estos animales de sangre fría no han aprendido el mejor uso del oxígeno del aire. No han encendido un fuego dentro de sí mismos para mantenerse calientes y así no pueden hacer tanto trabajo, o tan buen trabajo, como los animales de sangre caliente.

No nos podemos extender ahora acerca del gran mundo de plantas; pero sí llamaremos la atención sobre un punto muy importante respecto de los vegetales y, es que, sin ellos, los animales no pueden vivir. Conviene también recordar que, aunque el mundo vegetal ha cubierto la tierra y el fondo del mar, no se ha aprovechado de las enormes cantidades de oxígeno del aire, pues respira muy despacio, y aunque algunas plantas, como algunos peces, son algo más calientes que lo que las rodea, nunca lo son en alto grado, y ni se acercan al nivel de calor que encontramos en todos los animales de sangre caliente. Cuando la vida llegó a la tierra había hecho todo lo que tenía que hacer por lo que toca al sitio en que vive, simplemente porque había llegado adonde se encontraba la mayor cantidad de oxígeno. Hay otras grandes ventajas de vivir en la tierra, pero esta es la característica de la vida terrestre.

EL PASO DE LA VIDA AL AIRE NO ES DE GRAN IMPORTANCIA

Alguien pensará quizás que aun ocurrió algo más grande cuando la vida pasó de la tierra al aire, como en el caso de los pájaros; pero en verdad esto no tuvo gran importancia. Los animales que no vuelan viven tanto en el aire como los pájaros. Es verdad que éstos pasan mucho tiempo en el aire, y pueden nadar en el gran océano del espacio, mientras que nosotros solamente podemos arrastrarnos en el fondo, a no ser que vayamos en un globo o un aeroplano: pero, naturalmente, el pájaro vive tanto en la tierra como nosotros. No duerme en los aires, y no construye su nido en el espacio. La verdadera hermosura de la vida del pájaro es que aunque su hogar, como el nuestro, está sobre la tierra, puede volar por los aires cuando se le antoja.

Así es que tocante a sitio, solamente hay un paso grande, en la historia de la vida, y es el del agua a la tierra. El pájaro es en verdad un animal terrestre y aunque puede remontarse, en realidad, nunca se aparta de la madre tierra.

EN LA TIERRA HAY MILLONES DE SERES VIVIENTES QUE NO ESTÁN MEJOR QUE LOS PECES

Nos hemos detenido algo en la con-

sideración de la importancia del paso del agua a la tierra. No debemos olvidar, sin embargo, que hay millones de seres vivientes sobre la tierra que no son de sangre caliente, y que en verdad no son superiores, ni mejores, y aun a menudo inferiores que los del agua. En primer lugar, hemos visto que hay todas las plantas de la tierra; en segundo lugar, no sólo hay muchos animales que, como veremos después, son verdaderamente superiores a los peces—ranas, lagartos, serpientes—sino que hay millones y millones de insectos, que, aunque viven en el aire, son muy inferiores a los peces. Estos últimos son naturalmente de sangre fría; y en verdad no deberíamos decir que tienen sangre, porque su sangre no es como la nuestra.

En el mundo, como lo conocemos hoy, se encuentra la vida donde hay condiciones para su existencia y tanta como la cantidad de aire, agua y alimento permiten. Donde pueda existir la vida, allí la encontramos, tanta como sitio o espacio haya para ella, bien sea en el mar, o en la tierra. Pero aunque la tierra hierve en seres vivientes, éstos no poseen la vida mejor y más alta; al contrario, la mayor parte de ellos son formas humildes y rudas; pero con el tiempo, estas formas humildes y bajas de la vida darán lugar a formas superiores. Esto, tal vez, pueda no ser verdad tratándose del mar; pero ciertamente lo es hablando de la tierra.

LA ÚNICA CLASE DE VIDA QUE PROGRESA CONTINUAMENTE

Sólo hay una forma de vida sobre la tierra que progresa fija, segura y naturalmente y es la vida humana. Todas las otras continúan donde estaban. Un accidente puede ser causa de que una especie aumente durante un período; y otro de que disminuya. Pero de edad a edad hay un aumento seguro de hombres, como han ido aumentando durante miles y miles de años en lo pasado. Hay más hombres, mujeres y niños en el mundo hoy, mientras escribimos estas palabras, que ayer; y cuando se lean impresas estas mismas palabras habrá muchísimos más que cuando se escribieron. Esta maravilla no cesa nunca: nunca ha cesado desde que el hombre apareció en la tierra, y no podemos decir cuándo parará. Mientras tanto, aunque todo el mundo la conoce en alguna manera, es una de las más grandes verdades de nuestra vida, en la historia de la tierra y en su futuro. Al paso que vamos aumentando tomamos el lugar de formas humildes y bajas de la vida, y hacemos que todas ellas sirvan a la nuestra.

Si comparamos este capítulo con el anterior, veremos que la gran parte de la historia de la vida se encuentra en la tierra, o mejor dicho, es aquella parte de la historia de la vida que vive en el aire y no en el agua. Aunque trataremos detenidamente respecto a la vida en las aguas, no debemos olvidar lo que decimos al principio: que la vida es algo que siempre se desarrolla en el agua.

QUÉ LLEVA LA ALONDRA CONSIGO AL CIELO

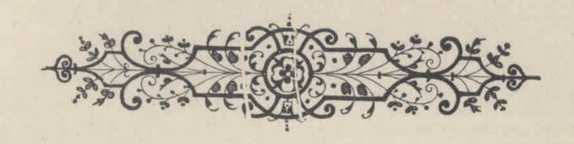
Esto es verdad, no solamente de los animales o plantas que viven en el agua, sino también de los que viven en los aires; y es igual verdad de la alondra que se remonta al cielo, que del pez que yace en el fondo del mar. Cuando la alondra sube al cielo lleva consigo toda el agua líquida en su cuerpo, y esa agua líquida es condición esencial de su vida. Quitémosela y la alondra muere: y esto es verdad de todo ser viviente.

Así debemos recordar que aunque las primeras formas, en la historia de la vida, que vivían en el agua, y también la vida en el agua actualmente, no tienen importancia comparadas con la vida en el aire; sin embargo, para que haya vida en el aire o en la tierra, debe haber agua líquida, dondequiera que esté el ser viviente. Un autor muy inteligente ha hecho últimamente un estudio del agua en los cuerpos de los animales, y ha demostrado que esta agua contiene una cantidad de diferentes sales entre las cuales la más importante es la sal común. Estas sales son las

mismas que se encuentran en el agua de mar y están casi en las mismas cantidades.

NO DEBEMOS OLVIDAR JAMÁS QUE AGUA ES INDISPENSABLE PARA VIDA

Parécenos que esto es un descubrimiento asombroso, porque nos enseña que la vida, a pesar de cuanto pueda hacer en la tierra, es algo que subsiste en un elemento cuya composición se parece mucho al agua de mar; y aun cuando la mayor parte del mar se seque y la tierra llegue a ser una inmensa landa, como nuestro vecino Marte, no dudamos que la vida continuará existiendo aún en esa cosa ordinaria, pero maravillosa, que llamamos AGUA.



EL TORRENTE Y EL RÍO

Despeñado un torrente
De un encumbrado cerro,
Caía en una peña,
Y atronaba el recinto con su estruendo.
Seguido de ladrones
Un triste pasajero,
Despreciando el ruido,
Atravesó el raudal sin desaliento;
Que es común en los hombres
Poseídos del miedo,
Para salvar la vida,
Exponerla tal vez a mayor riesgo.
Llegaron los bandidos,
Practicaron lo mesmo
Que antes el caminante,
Y fueron en su alcance y seguimiento.
Encontró el miserable
De allí a muy poco trecho
Un río caudaloso,
Que corría apacible y en silencio.
Con tan buenas señales,
Y el próspero suceso
Del raudal bullicioso,
Determinó vadearle sin recelo;
Mas apenas dió un paso,
Pagó su desacuerdo,
Quedando sepultado
En las aleves aguas sin remedio.

Temamos los peligros
De designios secretos;
Que el ruidoso aparato,
Si no se desvanece, anuncia el riesgo.

SAMANIEGO.

EL CAZOLAZO

De un cazolazo a un perdido
Rompió la cabeza un charro,
Quedando al golpe el cacharro
En mil trozos dividido.
—¡Me alegro!—dijo el herido:
Él la cabeza me hiere;
Mas también, según se infiere,
Le he roto yo la cazuela.

Aquel que no se consuela,
Es sólo porque no quiere.

PRÍNCIPE.

ANIMALES QUE CONDUCEN A SUS HIJOS EN UNA ESPECIE DE BOLSILLO



He aquí un ejemplar de un canguro especial, de pequeño tamaño, que vive y se alimenta en los árboles. Es un animal australiano.



El halmaturo, denominado en Australia *wallaby*, es uno de los animales provistos de bolsa. En todo es semejante al canguro, pero más pequeño.



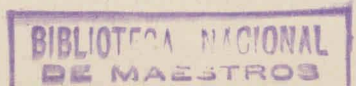
El canguro transporta a sus hijos en una bolsa que posee en la parte inferior del cuerpo. No corre, pero salta con las patas traseras, ayudándose con su larga y vigorosa cola. El canguro es perseguido y cazado sin piedad, porque devora la yerba que se necesita para la manutención del ganado lanar y vacuno.



Este fascolómido, llamado en Australia *wombat*, también transporta a sus hijos en una bolsa.



El opóssum o sarigüeya es un animal embustero: cuando se ve atacado, se finge muerto.



Los dos grandes reinos de la Naturaleza

LO QUE NOS DICE ESTE CAPÍTULO

EN otro lugar de esta sección tratamos del cambio admirable que se ha operado en el reino animal durante el transcurso de los siglos, extinguiéndose las especies gigantes y siendo reemplazadas por las que existen hoy día. Los animales que progresaron y supieron ajustar su vida al mundo que les rodeaba, crecieron y se multiplicaron, alcanzando una próspera existencia; los que no se adaptaron a las condiciones exteriores, perecieron. Los que sobrevivieron, hiciéronse más diestros y hábiles que los desaparecidos, igualándose con los que antes les superaban en esas cualidades, los cuales, a su vez, alcanzaron un nivel más elevado todavía. Lentamente, y pasando de lo menos perfecto a lo más perfecto, surgieron nuevas especies de animales. Aquí hablaremos de ciertos animales que vienen a ser una especie de eslabones intermedios, que aun quedan para mostrarnos de qué modo se efectuaron estos maravillosos cambios de la Naturaleza.

MAMÍFEROS QUE PONEN HUEVOS Y LLEVAN SUS CRÍAS EN UNA BOLSA

AÚN podemos ver hoy día animales vivientes, constituyendo un eslabón que enlaza la gran familia animal de nuestros tiempos con la de los monstruosos reptiles antediluvianos. Vienen a ser jeroglíficos vivos. Uno de ellos es conocido con la denominación de ornitorrinco.

Vive en Australia y Tasmania. Su cuerpo se asemeja al de la nutria, pero se halla provisto de un pico parecido al de los patos. Los dedos de sus pies están unidos por medio de membranas; posee en ellos, además, fuertes uñas que le permiten cavar su madriguera, de diez y aun más metros de profundidad, en las orillas de los ríos, en cuyas aguas nada y encuentra su alimento. ¿No es una cosa extraña un animal con el cuerpo de nutria, el pico y los pies de pato, y que pone huevos? Y no es esto lo más curioso, sino que, una vez incubados los huevos, la madre se coloca los hijos dentro de una bolsa que tiene en la parte inferior de su cuerpo, donde los amamanta con su leche.

Al ver que este animal tiene el pico y las patas como las aves y que pone huevos, a semejanza de éstas, el lector creerá, naturalmente, que se trata de un pájaro extraño que jamás aprendió a volar. Bajo ciertos aspectos, algo se asemeja a las aves. Algunos de sus huesos presentan una forma parecida a otros que sólo poseen estas últimas; pero a esto se reduce toda la semejanza que entre ambas especies existe, y, estudiándole a fondo, se observa que el ornitorrinco es próximo pariente, en realidad, no precisamente de los pájaros, sino de los reptiles. Algunos naturalistas sostienen que las aves fueron un día reptiles, como casi todos los seres que pueblan la tierra y el aire, y, descendiendo en la escala animal, de especie en especie, pretenden señalar el origen de muchos animales y determinar de qué modo adquirieron gradualmente el tamaño, la forma y la manera de ser que hoy poseen. Pero el ornitorrinco no ha sufrido, al parecer, grandes cambios.

Existe en él un carácter que aparta de nuestra mente toda idea de relación con las aves y le aproxima a los reptiles. La temperatura de la sangre de todos los seres que realmente vuelan, es muy elevada. Los mamíferos—tales como el caballo, el perro, el león, etc.—tienen la sangre caliente, como la nuestra. La sangre de la zorra polar, posee una temperatura superior en cinco o seis grados a la de un hombre que goce de buena salud. La de la gaviota, que se está sumergiendo en agua fría a cada instante, tiene una temperatura dos grados más elevada que la nuestra; en tanto que la veloz golondrina tiene la sangre tan caliente, que el hombre no podría resistir igual grado de calor en la suya. Pero el ornitorrinco, no obstante vivir siempre en climas cálidos, tiene una sangre cuya temperatura es muy poco

superior a la de los reptiles, e inferior en veinte grados a la de los mamíferos.

Esto prueba, desde luego, que tiene mayor afinidad con los reptiles que con las aves o mamíferos. Mide el ornitorrinco de 35 a 50 centímetros de longitud, y posee una cola de 12 a 15 centímetros de largo, que recuerda a la del castor. El pelo de su piel es espeso y de color pardo obscuro; sus ojos son pequeños, y las orejas no le sobresalen de la cabeza, pues carecen de pabellón. Su pico es ancho, cubierto de una piel fina y revestido interiormente de una dura substancia córnea, en lugar de dientes. Éstos, no obstante, le salen al animal cuando es joven, pero antes de que alcance su desarrollo total, aquéllos se le estropean y caen, valiéndose en lo sucesivo sólo de las placas córneas para masticar su alimento. Posee el macho un agudo espolón en los talones, pero nadie es capaz de asegurar cuál puede ser su objetivo.

EL ORNITORRINCO NOS HACE RECORDAR LA ÉPOCA EN QUE DOMINABAN LOS REPTILES EN EL MUNDO

Si se le coge en tierra, el ornitorrinco se hace una bola, lo mismo que el erizo. Duerme en esta posición, con una de sus patas delanteras cruzada sobre el pico. Aliméntase de gusanos, insectos acuáticos y otros pequeños seres que caza de noche en los ríos y charcas, en cuyas aguas se sumerge. Vive en unas madrigueras que cava él mismo en las orillas de los ríos, y allí, en un nido grosero, establece su habitación, y deposita sus huevos.

Los hombres de ciencia ven en este raro animal uno de los más misteriosos eslabones que relacionan la creación de los tiempos más remotos con la de nuestros días. Nos retrotrae a la época en que los reptiles dominaban la tierra, y creen algunos que establece un lazo de unión con los tiempos en que no existían animales verdaderamente terrestres, sino solamente anfibios, es decir, seres que viven indistinta y alternativamente en la tierra y en el agua.

El animal más parecido al ornitorrinco es su afín el equidna, australiano también y tan notable como él, pero que presenta marcadas diferencias. Su piel, en vez de hallarse cubierta de pelo, está llena de púas como las del puerco espín, las cuales eriza cuando le amenaza algún peligro. En lugar de pico, posee un largo y delgado hocico, sin dientes. Su lengua es larga y pegajosa, muy propia para cazar hormigas, de las cuales se alimenta.

UN PEQUEÑO ANIMAL QUE SE OCULTA BAJO TIERRA CUANDO VE QUE LE OBSERVAN

Este curioso animal tiene cinco dedos en cada pie, como los hombres y monos, pero cuatro de ellos se hallan provistos de largas y fuertes uñas, de suerte que el equidna puede abrir un agujero en la tierra con sorprendente rapidez, y enterrarse en él mientras se le está contemplando. A semejanza del ornitorrinco, el equidna pone huevos, pero no los deposita en su madriguera para incubarlos allí, como hace aquél, sino que los introduce en una bolsa que posee, donde permanecen hasta que nace a la vida el nuevo ser, el cual es amamantado allí mismo por su madre.

Por lo que nos dicen las rocas acerca de la historia de la Naturaleza, algunos sabios creen que los animales como el ornitorrinco y el equidna aparecieron después que los reptiles empezaron a vivir sobre la tierra, procediendo de ellos, y antes de que las aves comenzaran a formarse de otros reptiles, mediante la transformación de éstos en animales de cola carnosa y grandes dientes. A juicio de dichos sabios, de ciertos seres semejantes a los ornitorrincos proceden otros mamíferos; mientras que el puerco espín y el oso hormiguero es probable que desciendan de algún animal semejante al equidna. Tras las aves vinieron los animales llamados marsupiales, es decir, animales provistos de bolsas en la parte inferior de sus cuerpos (donde guarecen a sus hijos), de los cuales todavía quedan algunos en Australia, en Nueva Guinea y en América.

El más famoso de todos los marsupiales es el canguro, que habita en Australia. Los primeros marsupiales llegaron a este continente y a Nueva

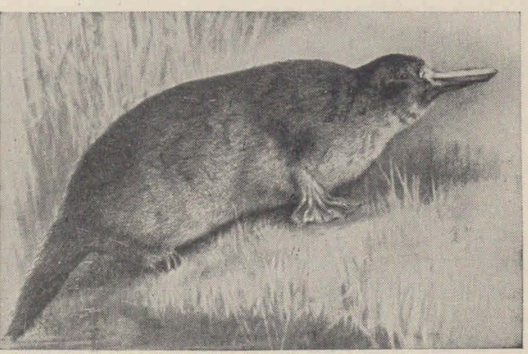
Guinea cuando las aguas del mar no habían aislado aún del resto del mundo dichos territorios. Al ocurrir este cataclismo, la mayoría de ellos se hallaban en Australia, pues el número de los que en Nueva Guinea existen no tiene gran importancia.

Este es el equidna, que pone huevos y los lleva consigo en una bolsa, hasta que están incubados. Se supone que todos los animales hormigueros fueron un día semejantes a éste.

LO QUE OCURRIÓ A LOS CANGUROS CUANDO LAS AGUAS DEL MAR AISLARON EL CONTINENTE AUSTRALIANO

Los canguros quedaron entonces dueños de toda Australia, pues, en realidad, no había allí grandes animales salvajes que pudiesen aniquilarlos. La lucha por la vida no fué para ellos tan terrible como lo fué después en otros territorios, donde las fieras podían trasladarse de un país a otro, y de continente en continente, sin que el mar se lo impidiera.

Con el tiempo, se fueron transformando los animales marsupiales de Australia, hasta adquirir la forma que poseen actualmente. Observaron que les era más cómodo trasladarse de unos lugares a otros, saltando sobre las patas de atrás, que caminando sobre sus cuatro remos. Poco a poco, les fué creciendo la cola, adquiriendo tanta robustez y consistencia, que, por fin, llegó a servirles de soporte para sentarse. Empezaron a aumentar de tamaño sus patas posteriores y, mientras, disminuían las delanteras. La cola llegó a ser para ellos no solamente un soporte para estar sentados, sino una especie de palanca o tercera pierna cuando caminan. De suerte que aún tenemos hoy día grandes canguros, los cuales, aunque, por supuesto, no alcanzan el tamaño gigantesco que tenían en los tiempos primitivos, sin embargo, cuando se ponen de pie sobre sus patas traseras, guardando el equilibrio con la cola, miden dos metros y medio de altura.



El ornitorrinco, que aquí vemos, es el que ha cambiado menos de todos los animales. Tiene el pico y las patas de ave, y pone huevos; pero su cuerpo es de nutria.

Con ayuda de sus largas patas traseras y de su robusta cola, dan saltos prodigiosos, que les permiten salvar obstáculos que el caballo más ágil no podría trasponer; y aunque no pueden correr, escapan, saltando con una velocidad increíble. Un canguro ordinario puede saltar una valla de cerca de tres metros de altura, pero algunos de ellos las saltan de más de tres y medio. Sólo se alimentan de yerba.

Cuando eran dueños absolutos de Australia, su vida debió ser enteramente feliz; pero ahora, que los blancos habitan el país y tienen que alimentar grandes rebaños de ovejas y de ganado vacuno, los pobres canguros, que han poseído tan feraces territorios en épocas en que el hombre no había hecho aun tal vez su aparición sobre la tierra bajo su forma actual, sufren las mismas persecuciones de que son objeto los demás animales salvajes que devoran los pastos del ganado. Son cazados sin piedad. Generalmente los cazan a caballo, con perros vigorosos, amaestrados al efecto. Los matan a tiros, los envenenan o los acosan, haciéndoles, entrar en lugares cercados de antemano, de los cuales no pueden escapar y en donde los fusilan. Su carne es comestible, y sus pieles, curtidas, son muy apreciadas.

Aunque el canguro es incapaz de hacer daño a nadie por natural inclinación, lucha valientemente en defensa de su vida, cuando se ve atacado. Los grandes canguros, al verse perseguidos por los perros, dirígense al paraje más cercano donde les consta que hay agua, introdúcense en ella y esperan la llegada de aquéllos; y cuando se aproximan, húndenlos con las patas delanteras y los mantienen sumergidos hasta que los ahogan. Si corriendo no pueden escapar, revuélvense cuando se ven perdidos, y hacen frente a sus enemigos. Cuando se acercan los perros, sostiénense los canguros en equilibrio sobre el rabo y, con las afiladas uñas que tienen en las patas traseras, abren en canal al enemigo más próximo.

Causa pena ver a las madres en el trance de ser atacadas por los perros. Al nacer los canguros, la hembra coge a sus pequeños y desvalidos hijuelos y se los mete en una bolsa con que la Naturaleza dotólas al efecto, y en ella viven los pequeñuelos hasta que son lo suficientemente crecidos y vigorosos para correr de un lado para otro y comer en compañía de su madre. A veces, el pequeño canguro saca la cabecita de la bolsa, mientras su madre se inclina para comer, y mordisquea la yerba. Pero cuando crece más y sale ya a pastar, vuelve a ocultarse instantáneamente en la bolsa, tan luego como le amenaza algún peligro.

Cuando ven venir a los perros, agazápase el pequeño en su bolsa, y escapa veloz con él la madre denodada, buscando la salvación de ambos. El peso de su hijo dificulta la carrera; por eso, al sentirse cansada y ver que le ganan terreno los canes despiadados, hace salir a su hijo de la bolsa y lo deposita en el suelo, partiendo ella al punto en otra dirección, de suerte que los perros corren tras ella, salvando de este modo a su hijo. Si consigue escapar, vuelve por otro camino a recoger al pequeño. En el caso contrario, ha salvado la vida de su hijo a costa de la suya propia.

Hay canguros en casi todos los parques zoológicos, en los cuales viven encerrados en pequeños recintos; pero también algunas personas los crían en libertad, en sus parques particulares.

UN PEQUEÑO ANIMAL QUE RECORRE LAS PLAYAS DE NOCHE

Del primitivo canguro hanse desarrollado numerosas variedades. Una de ellas es el halmaturo, que es menor que el canguro ordinario, siendo en todo lo demás igual a él; otro, que vive en los árboles y es conocido con el nombre de canguro de los árboles; otro, que vive en las rocas y se llama el canguro de las rocas; y otro, por fin, tan pequeño, que se le designa con la denominación de potoro rata.

La mayoría de los marsupiales desarrolláronse en la misma parte del globo. Existe en Australia un marsupial muy parecido al gato, que se llama dasiuro y tiene grandes afinidades con otro animal feroz, llamado el diablo de Tasmania. El dasiuro común no muestra, sin embargo, gran ferocidad. Se alimenta de pequeños animales, pájaros e insectos, y se busca perfectamente la vida recorriendo durante la noche las playas.

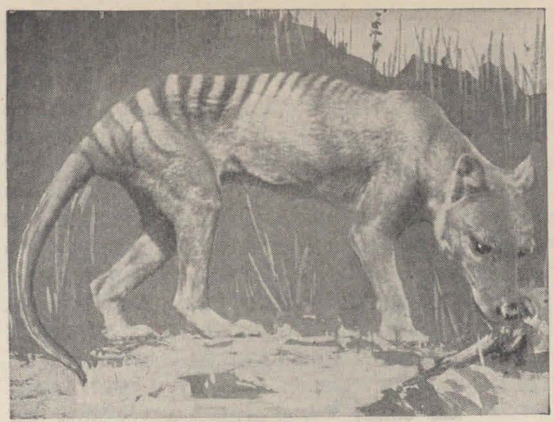
Hay también otro animal llamado oso australiano o koala. Pero no se crea que es un oso como los corrientes, sino un animal pequeño y muy manso. Lleva a sus pequeñuelos en un saco, como todos los demás marsupiales, y cuando son ya demasiado grandes para esto, trepa a los árboles con sus hijos encima del lomo. Vive casi siempre encaramado en los árboles.

EL PEREZOSO, QUE SE PASA LA VIDA MIRANDO AL CIELO

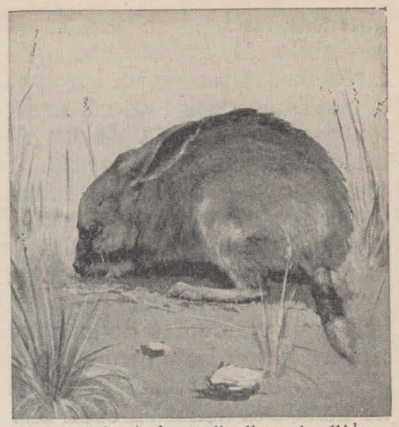
El koala presenta la particularidad de caminar, andando, no a saltos, como los otros canguros. Parece ser un tipo medio entre los primitivos animales australianos y los osos y perezosos más recientes. Aunque dotado de garras semejantes a las de los osos verdaderos, se suspende algunas veces de las ramas de los árboles y queda con el cuerpo colgando hacia abajo.

Esto es precisamente lo que hace el extraño animal llamado perezoso, el cual mide de ordinario unos sesenta centímetros de longitud; se halla dotado de

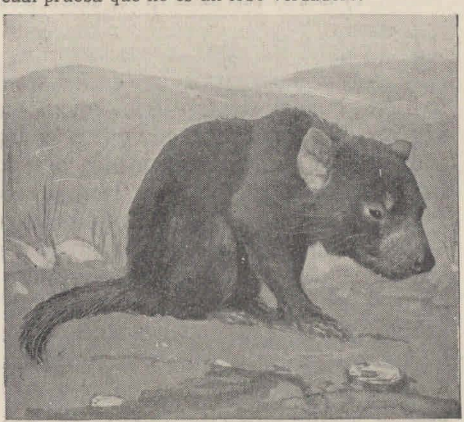
SEIS ANIMALES EXTRAÑOS, QUE CONSTITUYEN UN LAZO ENTRE EL MUNDO ANTIGUO Y EL ACTUAL



El lobo de Tasmania, que vemos en este grabado, es un animal muy fiero, que vive solamente en el expresado país. A semejanza del canguro, lleva a sus pequeñuelos en una bolsa, lo cual prueba que no es un lobo verdadero.



El perameles de Australia, llamado allí *bandicut*, viene a ser un eslabón intermedio entre el canguro y el demonio de Tasmania. Se alimenta de yerbas, insectos y carne.



Este pequeño animal, extraordinaria mente feroz, es conocido con el nombre de « diablo de Tasmania ». Dotado de un valor temerario y de unos dientes terribles, no hay perro que pueda vencerle.



El mapache, que vive en los árboles, se dedica de noche a pescar cangrejos y ostras. Puede domesticársele y tenérsele en casa como un gato, pero se encoleriza con frecuencia.



El dasiuro, lindo animalito, se alimenta principalmente de pescado y pequeños mamíferos. A veces, también come pájaros.



El perezoso vive de ordinario boca arriba, colgado de las ramas de los árboles; pero puede trepar por ellos con extraordinaria rapidez, cuando llega el caso.

poderosas garras, y se pasa la vida contemplando el firmamento que ve a través de las ramas de los árboles, de las cuales se cuelga con los pies; y en esta posición camina de un árbol en otro, buscando su alimento. Si, por casualidad, tiene que descender de los árboles y caminar por la tierra, encuentra en ello grandes dificultades, pues sus pies y sus garras no son aptos para este sistema de locomoción.

El perezoso de dos dedos vive en las Antillas, pero existe otro en la América del Sur, conocido con el nombre de « ai », que tiene tres dedos en cada pie.

El perezoso carece de bolsa para guarecer a sus hijos.

EL CUSCÚS, QUE SE CUELGA POR MEDIO DE SU COLA DE LAS RAMAS DE LOS ÁRBOLES Y SE HACE EL MUERTO

Tratemos ahora de otro animal amigo de vivir en los árboles, y que se halla dotado de bolsa. Este es el cuscús, que tiene el tamaño aproximado de un gato, despide un olor penetrante y habita en Nueva Guinea, en las Molucas y en algunos otros sitios. Su cuerpo, incluyendo la cabeza, mide unos 45 centímetros de longitud; pero su cola es casi tan larga como todo el resto del cuerpo. La cola es lo más notable que tiene el cuscús. Desprovista de pelo, excepto en su nacimiento, es para este animal una especie de mano o pie suplementario. Se enrosca y afirma a una rama o cualquier otro objeto, y presta al cuscús un apoyo seguro mientras busca su presa; y, cuando se cree en peligro, a ella confía la salvación: enrosca la cola en una rama y, dejándose caer, queda colgado de ella, fingiéndose muerto. El cuscús se halla dotado de una piel cuyo color se asemeja al de las hojas secas de los árboles en que vive; y aunque su tamaño es superior al de las expresadas hojas, como su color es igual, no es fácil distinguirlo. Aun después de haberlo visto, a nadie, que no sea un cazador experto, le ocurrirá que pueda ser un animal viviente, sino alguna fruta voluminosa que pende de la rama, ya muerta.

Esta estratagema de fingirse muerto salva de numerosos peligros al cuscús. Otros muchos animales recurren al mismo artificio. Algunos pájaros y arañas lo ponen frecuentemente en práctica. Pero el ejemplo más notable de todos nos lo suministra la sarigüeya, u opósum, otro animal que lleva también sus hijos en un saco. La sarigüeya, que habita el continente americano, desde los Estados Unidos a la Argentina, es un animal temible por su gran voracidad. Ataca a toda suerte de animales pequeños y, no satisfecha con esto, algunas de sus especies destruyen gran número de conejos y gallinas devorando también los cereales y frutos de las granjas, por lo que no es de extrañar que se las persiga y cace con gran encarnizamiento.

LA SARIGÜEYA SOPORTA DOLORES QUE EL HOMBRE NO PODRÍA RESISTIR

Mientras corre por las copas de los árboles, la sarigüeya puede considerarse segura. Se esconde, y se agarra con sus maravillosas uñas, semejantes a las de los monos, y su larga y prensil cola. Esta cola es una de las obras maestras de la Naturaleza. Es tan vigorosa y ase con tan gran seguridad, que cuando el animal se ha encaramado a un árbol frutal, puede permanecer colgado con la cabeza hacia abajo, comiendo tranquilamente todo lo que halla a su alcance. Pero ocurre algunas veces que se ve sorprendida en el suelo y, como no es muy veloz en la carrera, los hombres y los perros no tardan en alcanzarla; entonces se tiende y se finge muerta. Ya puede pellizcársela, echársele agua y maltratársela de todas las maneras imaginables, que permanecerá, al parecer, insensible, e inmóvil como si fuese de corcho. Mas, en habiéndose alejado de ella sus perseguidores, dejándola por muerta, si no lo está en realidad, da un salto y escapa inmediatamente hacia su madriguera.

Su conducta causa asombro. Colgarse de las ramas de un árbol y fingirse allí muerto, como hace el cuscús, denota gran astucia; pero echarse en tierra y sufrir todos los dolores que sobrelleva la sarigüeya, es cosa que ningún ser humano podría soportar.

LAS ESPECIES PEQUEÑAS DE OPÓSSUM QUE CAZAN CANGREJOS, Y EL CURIOSO MAPACHE

El opóssum o sarigüeya común, mide unos 50 centímetros de longitud, y su notable cola, muy cerca de 40, siendo esta última escamosa, para que pueda asirse mejor a las ramas; pero existe otro ejemplar más pequeño, que sólo mide 15 centímetros de largo, y su cola, 17. Ofrece este último dos particularidades notables. No posee una bolsa verdadera, como otras sarigeüyas y canguros, para llevar a sus pequeños. Es cierto que su piel forma un repliegue, pero éste no basta para el objeto indicado, de suerte que la hembra acondiciona a sus hijos sobre sus espaldas, agarrándose ellos a su piel con sus afiladas uñitas; y cuando la madre enrosca la cola sobre su lomo, sus hijos hacen lo mismo sobre la cola de la madre, la cual trepa con ellos a su nido. Después, en la misma disposición, marchan a través de los árboles y arbustos hasta las orillas del mar o las marismas donde se crían los cangrejos. Otro ejemplar más pequeño de opóssum, de color amarillo vivo, muy parecido a la comadreja, habita el continente americano, hallándosele hasta en territorios tan meridionales como las pampas argentinas y la Patagonia. En tierra, sus costumbres son semejantes a las de la comadreja, y persigue a los animales pequeños, pero acostumbra también a nadar y sumergirse para cazar sus presas acuáticas en las pequeñas lagunas de las pampas. Este curioso animal construye nidos redondos de hierba entretejida, que cuelga entre los juncos. Hay, además, un pequeño animal que también se alimenta de cangrejos, y es el mapache. Cuando se le coge pequeño se le puede domesticar fácilmente, siendo en este caso notable la curiosidad que despliega, revolviendo cuanto existe en la casa de su amo, para escudriñarlo todo.

En estado salvaje es muy distinto, distinguiéndose por su timidez y actividad, y viviendo constantemente ocupado en la pesca de ostras, cangrejos y demás crustáceos que encuentra en las orillas del mar. La experiencia hale enseñado a sacar del caparazón del cangrejo la carne que contiene, sin dejarse morder por sus vigorosas bocas. Tiene este animal la curiosa costumbre de lavarse las manos antes de empezar a comer, siendo digno de observar cómo finge que se las lava cuando no tiene agua cerca.

EL «WOMBAT», Y UNA RATA DEL TAMAÑO DE UN CHIQUILLO

Réstanos describir otros dos animales muy curiosos de Australia. Es uno el perameles denominado en el país *bandicut*, y otro el fascolómido conocido en la región que habita con el nombre de *wombat*. El primero es un animal intermedio entre el canguro y el demonio de Tasmania. Tiene una bolsa para llevar a sus hijos, dientes como los animales feroces, y sus patas traseras recuerdan las del canguro. Es muy aficionado a los gusanos e insectos, pero siente al mismo tiempo demasiada predilección por los granos y raíces para que pueda el hombre considerarlo como amigo. Mide unos 45 centímetros de longitud, aproximadamente. Existe una rata perameles, la mayor rata del mundo; pero vive en la India, y se distingue del llamado bandicut. Pesa un kilo o kilo y medio, y mide 75 centímetros de largo.

El wombat es un animal vigoroso, provisto de bolsa y de fuertes dientes y garras, que vive en madrigueras, en las cuales permanece encerrado todo el día, y sólo sale de noche para comer raíces y yerbas. Posee dientes de roedor, pero su modo de caminar, tardo y pesado, y la forma de su cuerpo y de sus miembros, le dan la apariencia de un oso pequeño. Los mayores wombats miden, aproximadamente, un metro, desde el hocico hasta el extremo de su diminuta cola, pero en tiempos remotos hubo wombats tan grandes como los rinocerontes.

POMPEYO HUYENDO DEL CAMPO DE BATALLA

Cuando Roma echaba los cimientos de su poderío, Julio César fué a la guerra y Pompeyo permaneció en Roma. Haciendo temer a éste las noticias de las victorias de aquél, que César se convertiría en cabeza del Estado, conspiró contra César, y en la guerra que se originó entre ellos, Pompeyo fué vencido y huyó a Egipto.

Hombres y mujeres célebres

PERSONAJES DE LA CIUDAD ETERNA

ANTIGUAMENTE, algunos centenares de años antes del nacimiento de Jesucristo, levantábase ya, a orillas del rió Tíber, en Italia, la ciudad de Roma. A medida que pasó el tiempo, esta « ciudad de las siete colinas » llegó a ser la señora de todo el mundo entonces conocido. Posteriormente perdió su señorío, y surgieron nuevos imperios; pero en cuanto se dejó sentir en el mundo la influencia del cristianismo, en virtud de ser el jefe de la Iglesia de Roma la cabeza de todas las demás Iglesias cristianas, la ciudad obtuvo un nuevo dominio sobre las almas. Y si bien es cierto que una vez más se sustrajeron a su dominio las naciones que se hicieron protestantes, sin embargo, en todos los países hay todavía cristianos que miran al Papa como a la cabeza visible de la Iglesia universal, y aun subsiste Roma, a las orillas del Tíber, mereciendo el nombre de « Ciudad eterna », con que es generalmente conocida. A continuación tratamos de algunos de los grandes hombres que contribuyeron a su enaltecimiento.

LOS PRIMEROS GRANDES HOMBRES DE ROMA

REFIEREN los historiadores romanos que Roma fué fundada por un rey llamado Rómulo, después del cual reinaron seis reyes más. Cinco de ellos, hábiles guerreros unos y sabios legisladores otros, contribuyeron al engrandecimiento de la ciudad; pero el séptimo rey fué llamado Tarquino el Soberbio, porque en vez de proponerse, como los dignos soberanos que le habían precedido, asegurar la felicidad de su pueblo, lo vejó inconsideradamente, atento sólo a acrecentar sus propias riquezas y a disfrutar de los placeres. Sus hijos se portaron de la misma manera.

Había entre los nobles romanos un joven llamado Lucio Junio, conocido también con el nombre de Bruto, nombre que en latín tiene el mismo significado que en castellano damos a esta palabra. Si bien es verdad, bajo una corteza de afectada estolidez y necedad, ocultaba una gran penetración, pues fácilmente echó de ver que Tarquino el Soberbio temía a los hombres inteligentes y capaces, y sólo pretendía quitarlos de en medio para que no llegasen a ser más poderosos que él y lo destronasen. Con todo, aun cuando Tarquino lo ignoraba, no había en Roma otra persona a quien tuviera más motivos para temer que a este Bruto.

Es fama que Tarquino envió cierto día a dos hijos suyos acompañados de Bruto, a consultar al Oráculo del templo de Delfos, en cuyas predicciones se tenía fe ciega; y una vez hubieron hecho las preguntas que el rey les había encargado, los hijos de Tarquino preguntaron al oráculo: ¿Quién de nosotros reinará después en Roma? A lo cual respondió el Oráculo: El que primero bese a su madre. En cuanto salieron del templo, el estúpido Bruto tropezó y cayó; pero lo había realizado de intento, para besar a la tierra, madre de todos los hombres. El gobierno de Tarquino fué cada vez peor; gimió la nobleza y el pueblo bajo su tiranía, hasta que la cólera llegó a estallar en violenta llama. Ocurrió entonces que un hijo de Tarquino, llamado Sexto, ultrajó a Lucrecia, esposa de un noble romano; ultraje tan atroz y oprobioso que, después de haber referido ella el suceso a su esposo, en presencia de su padre, de Bruto y de otro noble llamado Publio Valerio, se mató clavándose un puñal.

Ante semejante espectáculo, deponiendo Bruto su aire de afectada estupidez, arrancó el puñal del corazón de la dama, y conjuró a todos los presentes a que se comprometiesen a libertar a Roma del tirano Tarquino y de sus malvados hijos. Salieron, y refirieron al pueblo romano lo que había ocurrido, pues Tarquino se hallaba entonces ausente a la cabeza de su ejército. Apresuróse Bruto a correr al campamento, y llegado a él, incitó a las tropas a que se sublevasen contra Tarquino.

Y éste y sus hijos se vieron obligados a huir a otra ciudad, sin que pudieran volver a conquistar su poder en Roma. Depuesto su rey, juraron los romanos no reconocer más reyes en Roma, y en su lugar pusieron dos cónsules al frente de la ciudad. Uno de ellos fué Bruto.

BRUTO ARROJÓ DE ROMA AL TIRANO Y CONDENÓ A MUERTE A SUS PROPIOS HIJOS

Bruto, pues, vió para siempre glorificado su nombre, por haber arrojado al tirano de Roma y haber hecho de esta ciudad una república libre. Dícese, además, de Bruto, que dejó a la posteridad un ejemplo de imponente justicia, a pesar de que, al ejecutarla, no podía menos de sentir rompérsele casi el corazón. En efecto, habiendo formado parte sus hijos en un complot, fraguado para restaurar en el trono a los Tarquinos, enterado Bruto de la verdad, en vez de usar de su poder para perdonar a sus hijos, que eran su propia carne y sangre, pronunció con sus mismos labios la sentencia que merecían como traidores: teniendo en más los deberes para con la patria que su amor a la familia, condenó a muerte a sus propios hijos.

Durante muchos años, los romanos sostuvieron constantes guerras, ora con unas, ora con otras ciudades vecinas, y hubo, en el interior, no pocas disensiones entre los nobles, llamados patricios, y los plebeyos, porque los nobles monopolizaron el gobierno y con frecuencia se portaron como opresores. Poco a poco los plebeyos fueron obteniendo más parte en el gobierno. Llegó día en que el poder de Roma se vió en peligro a causa de las victorias de la ciudad de Veyes. Los romanos enviaron ejércitos que sitiaron esta ciudad enemiga, pero no pudieron tomarla hasta que no pusieron al frente de sus fuerzas a un noble llamado Marco Furio Camilo.

CAMILO OBTUVO GRANDES VICTORIAS Y MANDÓ A UNOS NIÑOS QUE AZOTASEN A UN TRAIDOR

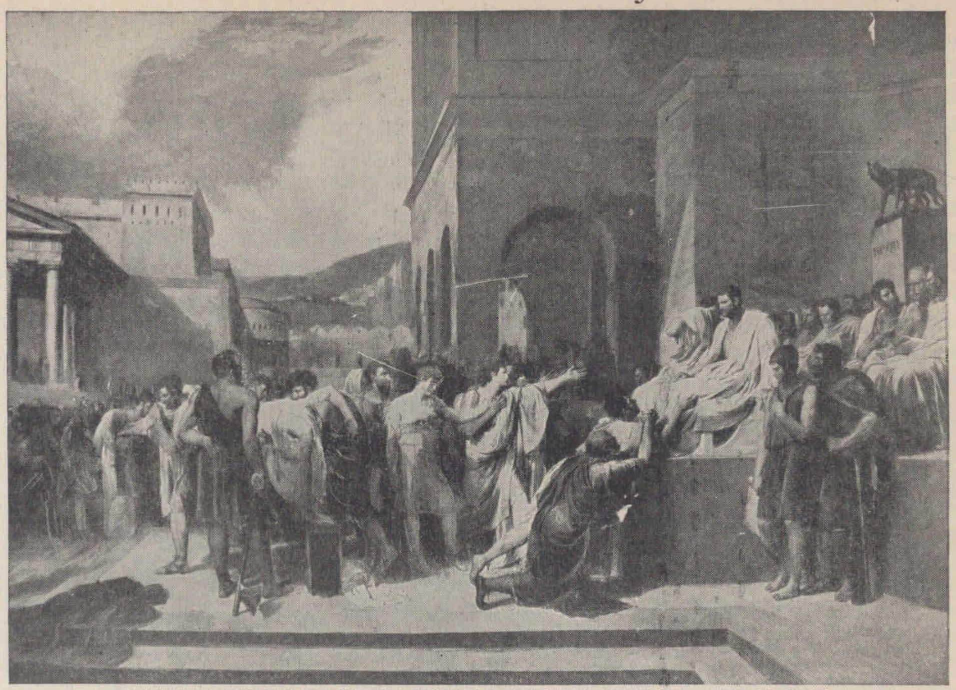
Camilo, en efecto, discurrió abrir un paso subterráneo, sin que lo supiera la población de Veyes, haciéndolo pasar por debajo de los muros de la ciudad, de modo que su ejército pudiera precipitarse en el templo de Juno. Luego ordenó a sus tropas un ataque general a los muros de Veyes, a fin de que todo el pueblo acudiese a defenderlos, como en efecto sucedió. Entonces Camilo, cuando todos los defensores de la ciudad se hallaban combatiendo en los muros, se introdujo con algunas tropas en la mina, penetró en la ciudad, y abrió sus puertas, de modo que la conquistó por completo.

Dícese de Camilo que, en una de sus guerras, cuando se hallaba sitiando a otra ciudad, puso en muy buen lugar la honra de Roma, mediante una generosa acción. Había en la ciudad sitiada un maestro que, deseoso de conquistarse el afecto de los romanos, sacaba con dolo de su escuela a los discípulos y los conducía al campamento romano para que los sitiados se sometiesen a las imposiciones del sitiador a trueque de que éste permitiese regresar a los pobres muchachos. Súpolo Camilo, y mandando atar de manos al traidor, mandó a los niños que le azotasen hasta llegar a la ciudad. Dicen algunos que, más tarde, cuando los galos saquearon a Roma, Camilo que estaba desterrado, volvió a la ciudad y los derrotó completamente. Dicen otros que la última acción de su vida pública fué persuadir a los jefes de los patricios y de los plebeyos a que acabaran de entenderse e hicieran las paces. Como quiera que sea, su memoria fué honrada como la de un hombre que consagró toda su vida al servicio de su país.

RÉGULO DIÓ SU VIDA POR AMOR DE ROMA

El otro personaje de quien vamos a hablar no alcanzó grandes victorias para Roma, porque hallándose al frente del ejército romano cuando peleaba éste contra la ciudad de Cartago, en Africa, los cartagineses derrotaron a los romanos y les hicieron muchos prisioneros, siendo uno de ellos el general Régulo. Los vencedores retuvieron a Régulo en cautiverio; pero cuando, en otra batalla habida con los romanos, fueron hechos prisioneros al-

BRUTO CONDENANDO A SUS HIJOS A MUERTE



LOS TRAIDORES HIJOS DE BRUTO PIDIENDO PERDON A SU PADRE



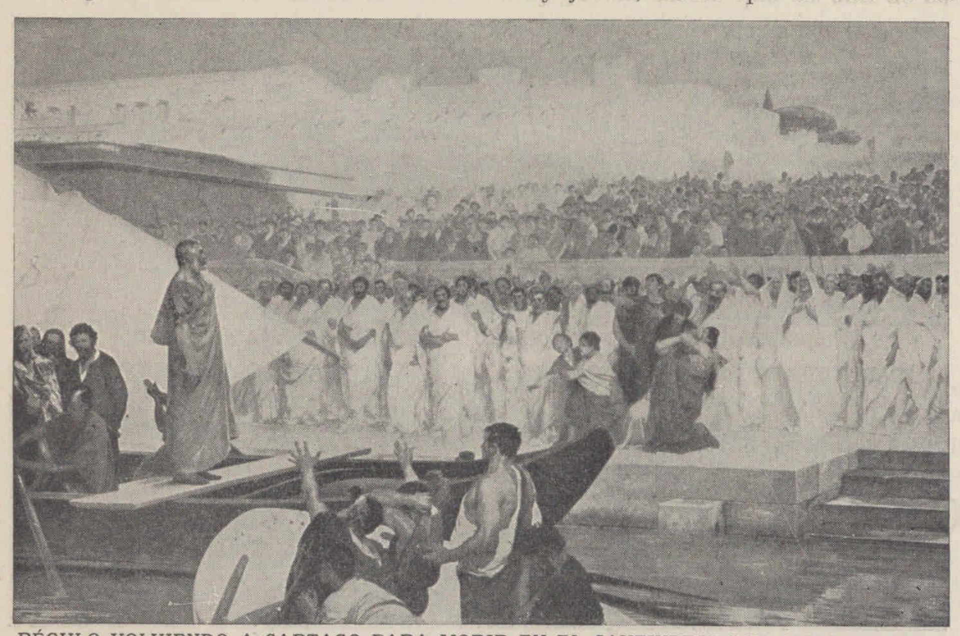
ESCENA DE DOLOR EN LA CASA DE BRUTO CUANDO FUERON LLEVADOS A ELLA LOS CADAVERES DE SUS HIJOS

En los primeros días de Roma, siendo rey Tarquino el Soberbio, así éste como sus hijos se portaron con crueldad y oprimieron al pueblo. Un noble joven incitó al pueblo a que arrojase a los Tarquinos de Roma, y, en efecto, les arrojaron de ella; pero luego algunos falsos romanos tramaron un complot para reponerlos en el trono. Entre los traidores estaban los hijos de Bruto; entonces fué cuando este patricio dió al mundo un ejemplo de severa justicia condenándolos a muerte, por traidores, a pesar de ser hijos suyos.



gunos nobles cartagineses, Cartago envió a Roma algunos mensajeros, Régulo con ellos, ofreciendo dejar en libertad a este general y a otros prisioneros, a condición de que fueran puestos en libertad los cartagineses cautivos. Empero Régulo, en vez de rogar a los romanos que accediesen a esta proposición, gracias a la cual hubiera podido volver de nuevo a su hogar, les aconsejó que era más prudente negarse a ella, pues Roma no tenía de él la necesidad que tenía Cartago de sus prisioneros. Régulo, pues, prefirió volver a su cautiverio de Cartago antes que consentir en que Roma saliese perjudicada por su causa. Esta acción le honró sobremanera a los ojos de los romanos, pues sabía Régulo perfectamente que los cartagineses se vengarían de él, y le infligirían una muerte cruel.

En esta guerra, los romanos derrotaron al fin a los cartagineses, pero el poder de Cartago no quedó destruído; algunos de su habitantes vinieron a España, en donde erigieron una nueva potencia que obligó a los pueblos españoles a someterse a su dominio, o a hacer alianza con ellos. Estos cartagineses fundaron una ciudad a la que dieron el nombre de Cartago Nova, hoy Cartagena, y obraron así porque creyeron que, poseyendo España, lograrían luchar nuevamente con éxito contra los romanos.



RÉGULO VOLVIENDO A CARTAGO PARA MORIR EN EL CAUTIVERIO POR AMOR DE ROMA

ESCIPIÓN, EL HÉROE QUE CONQUISTÓ ESPAÑA Y ÁFRICA PARA ROMA

En una de esas batallas con Cartago fué donde Cornelio Escipión empezó la carrera de las armas, siendo todavía muy joven; dícese que en una de ellas Escipión salvó a su padre de la muerte. Más tarde fué enviado su padre a España para arrojar a los cartagineses de ésta, y murió luchando contra ellos. Entonces, no queriendo venir a España ningún general romano, pues sabían perfectamente la difícil tarea que debían acometer en ella, ofrecióse Escipión a emprenderla, no obstante su mucha juventud; en su corazón estaba seguro de que había de conquistar España para Roma.

A pesar de sus pocos años, quedó tan conmovido el pueblo por el noble continente de Escipión, por su persuasiva elocuencia y por el valor que había demostrado, que no vaciló en

entregarle el mando. La llegada de Escipión a España levantó el ánimo en todos los soldados; habían mostrado hondo afecto a su padre y ahora obedecían al hijo con absoluta confianza.

En primer lugar se apoderó de la ciudad enemiga, Cartago Nova, y luego derrotó a los cartagineses en otras batallas, hasta que acabó enteramente con su poder. Volvió luego a Roma y persuadió a los romanos a que le enviasen con un ejército a luchar contra la misma Cartago, en Africa.

El poder de Cartago quedó destruído, y Escipión recibió el sobre nombre de *Africano* por haber conquistado el territorio de Africa. Al fin, llegó día en que Escipión vióse objeto de envidia por parte de algunos hombres y de desconfianza por parte de otros, que habían dado oídos a las patrañas que de él contaban sus enemigos; entonces dejó de tomar parte en los asuntos públicos, desdeñando defenderse a sí mismo contra cargos tan ruines. Así es que Escipión pasó el resto de sus días en la vida privada.

CATÓN, EL CENSOR, FAMOSO POR SUS VIRTUDES ROMANAS

Entre sus enemigos, contó Escipion a Marco Porcio Catón, conocido con el sobrenombre de *Censor*. Catón se hizo célebre por las llamadas antiguas virtudes romanas; por haber mostrado en la guerra un valor que, al paso que parecía desconocer toda clase de peligros, no dejaba de ser cauteloso y precavido; por la tenacidad y constancia con que llevaba a cabo un plan preconcebido o se sujetaba al método de vida que se había propuesto. Menospreciaba a los que llevaban una vida ligera, y hubiera querido que todo el mundo viviese con tanto método y cuidado como él. Pero Catón era rígido y austero, no se perdonaba fatiga ni trabajo, y sin cuidarse tampoco de si los demás padecían, prestaba únicamente atención a lo que consideraba útil, miraba con desdén cuanto contribuía a hacer la vida amable y graciosa, y desdeñaba por igual las cosas meramente agradables y las dañosas. Por esto, es decir, por cuanto Escipión no era de temperamento tan rígido, Catón estuvo siempre predispuesto contra él.

La razón porque se conoce a Catón con el sobrenombre de *Censor*, es porque en Roma la palabra censor correspondía al título de un gran oficial de Estado, oficial que era el custodio de la moralidad pública. Nombrado para este cargo, Catón fué sumamente riguroso en su cumplimiento, castigando cuanto juzgaba malo e indecoroso, sin temer más al grande y poderoso que al humilde y desvalido. Por esto su comportamiento como Censor se ha hecho célebre en la historia.

LOS GRACOS, DEFENSORES DEL PUEBLO CONTRA LOS PATRICIOS

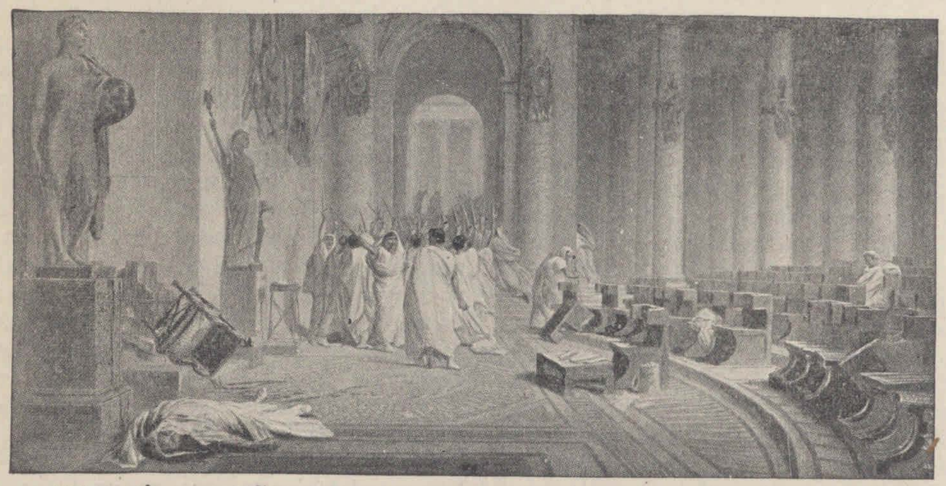
Escipión tuvo una hija que se llamó Cornelia y que contrajo matrimonio con un tal Tiberio Sempronio Graco; de este matrimonio nacieron dos hijos, Tiberio y Cayo: y su madre, que, aunque era rica, no gustaba ostentar joyas en su persona, acostumbraba decir señalando a sus dos hijos: Estos son mis joyas.

Por este tiempo, subyugada Cartago y vencedores los ejércitos romanos de numerosos enemigos extranjeros, el poder de Roma había llegado a ser enorme. Pero en Roma y en Italia el pueblo padecía terriblemente, porque habiendo cesado la antigua nobleza de usufructuar el poder, levantóse, de entre las familias cuyos miembros habían desempeñado un cargo elevado, un nuevo orden de nobles que, como los antiguos patricios, trabajaron por monopolizar el poder.

Las familias senatoriales se habían arreglado para obtener la posesión de las nuevas tierras que Roma había conquistado, de modo que por todas partes se veían grandes estados cultivados por los esclavos de estos nobles, hasta el punto de que los antiguos hacendados libres de Italia parecían destinados a desaparecer enteramente. Pero cuando Tiberio Graco hubo crecido y fué ya un hombre, trabajó por mejorar las condiciones del pueblo y obligar a los propietarios a que renunciasen a

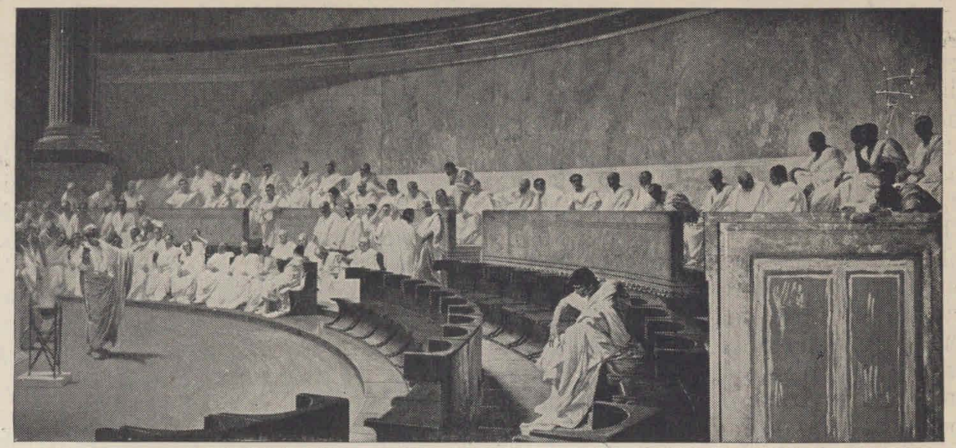
JULIO CÉSAR, UNO DE LOS HOMBRES MÁS NOTABLES DE ROMA

JULIO CÉSAR CONDENANDO A VERCINGÉTORIX, CAUDILLO REBELDE DE LAS GALIAS, HOY FRANCIA



JULIO CÉSAR APUÑALADO EN EL SENADO ROMANO POR LOS CONJURADOS

GRAN ELOCUENCIA Y TRISTE MUERTE DE CICERÓN



CICERON PRONUNCIANDO UNO DE SUS GRANDES DISCURSOS EN EL SENADO ROMANO

CICERON, A PUNTO DE MORIR, EN MANOS DE LAS TROPAS DE MARCO ANTONIO

Cicerón, el más famoso de los oradores romanos, vivió en la época de Pompeyo y de Julio César; sus discursos son considerados aún en nuestros días como modelos de elocuencia. El grabado superior muestra a Cicerón denunciando la traición de un senador a quien vemos sentado, escuchando ansiosamente, en el extremo del banco de la derecha. Después del asesinato de Julio César, Cicerón se puso de parte de los asesinos, lo cual disgustó tanto a Marco Antonio, que le condenó a muerte. Cicerón huyó de Roma, pero los partidarios de Antonio le dieron alcance y le mataron.

esos terrenos a los cuales no tenían en verdad ningún derecho. Todavía, aun cuando era su deseo que se pagase a los nobles cuanto en realidad perdiesen, éstos llevaron muy a mal semejantes medidas y acusaron a Tiberio de que deseaba captarse el afecto de la plebe y hacerse rey.

Los nobles y sus secuaces cayeron entonces sobre los partidarios de Tiberio, con tan mala fortuna para éste, que fué vencido y muerto en la refriega. Ante semejante contratiempo, Cayo, el hermano menor, esperó a que llegase su hora, y al cabo de algunos años, se puso a su vez al frente del pueblo, buscando el apoyo de otros italianos, concediéndoles el derecho de ciudadanos romanos. Mas en lo que Cayo puso mayor empeño fué en humillar a los nobles que habían dado muerte a su hermano, y, gracias a su elocuencia, llegó casi a conseguir su objeto. Con todo, cuando sus partidarios vieron que los nobles estaban mejor preparados para la lucha que ellos, se amedrantaron, y nuevamente cayeron los nobles sobre los plebeyos matando a muchos de éstos. Convencido Cayo de la volubilidad del pueblo y de que, según él decía, querían permanecer voluntariamente en la esclavitud, ordenó a su fiel criado que le clavara la espada en el corazón: hízolo así el criado, y luego, dando una prueba de afecto a su señor, se mató a su lado. En tiempos posteriores el pueblo honró la memoria de estos hermanos a quienes conocemos con el nombre de los Gracos, y erigieron una estatua a su madre, Cornelia, esculpiendo en el pedestal, no que era la hija del gran Escipión, sino « la madre de los Gracos ».

Como se ve, el estado romano estaba dividido en dos partidos, a saber, del Senado y de la plebe: y mientras duraron las guerras con los extranjeros, ocurrió ordinariamente que, cuando un general afortunado conquistaba el afecto de sus ejércitos, lo aprovechaba para poner el poder en manos de su partido. Así, el partido popular triunfó bajo Cayo Mario, y a su vez fué subyugado por el partido senatorial bajo el inhumano Sila. En ambos partidos derramóse copiosamente la sangre; en vez de buscar el bien público, no parecía sino que todo el mundo procurase únicamente su propio beneficio, o, a lo más, el de su partido, de modo que pronto hubo quien advirtió que no sería posible ver restablecido el orden en Roma, sino que, por lo contrario, la lucha se prolongaría indefinidamente, a menos que surgiese algún hombre suficientemente fuerte y listo para acabar con los dos partidos querellantes, tomar el gobierno en sus manos y gobernar sin proponerse más fin que el bienestar de toda la república.

Entre el partido del Senado, su gran capitán Sila vió señales de gran talento en un jovencito llamado Pompeyo: por esto le elevó al mando superior, cuando los demás se burlaban de él, considerándole como un mozalbete. Pero aquel joven mandó ejércitos con extraordinario éxito, y cuando regresó del Africa, en donde venció a los enemigos de Sila, éste le dió el dictado de *Magno*, es decir, Grande. Ello no obstante, no demostró ser en realidad un gran hombre, si bien por mucho tiempo pudo creerse que salvaría a Roma, pues, además de ser hábil militar, tenía muy buen corazón y se había hecho muy popular.

Era todavía joven, cuando, separándose del partido del Senado, se convirtió en jefe del partido popular, y aun en casi dueño único de la ciudad. Poco después recibió el encargo de destruir a los piratas que navagaban por el Mediterráneo, y luego volvió a tomar el mando de los ejércitos romanos en Asia, donde, desde hacía tiempo, guerreaban los romanos contra un monarca bárbaro.

Pasaron algunos años antes de haber terminado Pompeyo felizmente esta guerra, y durante este tiempo otro romano en la ciudad maduraba sus planes para llegar a ser el dueño de Roma. Este hombre fué el más famoso de todos los romanos: Julio César.

CÉSAR Y POMPEYO, LOS HOMBRES MÁS CÉLEBRES DE ROMA

Aunque descendiente de una familia noble, César había pertenecido siempre

al partido popular. Conoció que, para conquistar el poder, debía antes captarse el favor del pueblo, y que, después de esto, lo que inmediatamente procedía era convencer a Pompeyo de que, si se unían los dos, podrían tener en sus manos todo el mundo romano: si bien había un tercero, Craso, que, a causa de sus riquezas, venía a ser una especie de rival de Pompeyo. En cuanto Pompeyo hubo regresado de la guerra con Mitrídates, se arregló César de tal manera que los tres convinieron en obrar de común acuerdo; indudablemente creyó Pompeyo que él iba a ser el caudillo del triumvirato, viendo como veía a César ayuno de toda práctica en la guerra, y únicamente célebre como orador. Con todo, fué César quien dictó medidas más del gusto del pueblo.

Claramente vió César que había de llegar un día de abierta lucha entre él y Pompeyo, sobre quién hubiese de ser el dueño de Roma, y consiguió ser enviado en calidad de gobernador a las Galias, que viene a corresponder actualmente a Francia. Pero como hubiese muchas tribus guerreras en las Galias, necesitó de un ejército para subyugarlas, y al frente de este ejército manifestó muy luego que era uno de los mejores militares que han existido, y de una admirable influencia sobre sus soldados. César escribió un libro sobre sus guerras en las Galias, modelo de lo que debe ser una obra de este género. Desde las Galias atravesó el canal de la Mancha y peleó contra los antiguos bretones; mas como sólo había deseado ver qué era aquel país y no tenía intención de conquistarlo, regresó a las Galias.

CÓMO CRECIÓ LA ENEMISTAD ENTRE CÉSAR Y POMPEYO

Pompeyo, mientras tanto, permaneció en Roma, en donde conquistó nuevamente las amistades del partido del Senado. Las noticias de las victorias de César en las Galias suscitaron en Pompeyo el temor de que su rival volvería a Roma con su ejército para apoderarse del poder supremo: en tal caso, pensó Pompeyo, permaneciendo en Roma, podía estar seguro de ser lo suficientemente fuerte para resistir a César. Pero cuando éste vió que había llegado la hora o de ir a Roma, o de perder el poder, reunió sus tropas y atravesó con ellas el Rubicón, que constituía los límites de aquella provincia. Y como ningún gobernador podía conducir ejércitos sino en su propia provincia, la acción de César equivalía a declarar la guerra al gobierno de Roma. Aludiendo a esto, cuando hacemos algo que nos obliga a proseguir adelante y que deja cerrado el camino para retroceder, decimos: «Hemos pasado el Rubicón».

HUÍDA DE POMPEYO Y SU MUERTE, GRAN SENTIMIENTO DE CÉSAR

Pudo ver entonces Pompeyo que habían sido echadas en olvido sus proezas, mientras que los hechos de César estaban frescos en la mente de todos, hasta el punto de que, declarándose en todas partes el ejército en favor de César, no tuvo más remedio que huir de Italia. Al fin, pudo reunir en Grecia un gran ejército, y a Grecia se dirigió César para combatirlo. En la batalla de Farsalia, Pompeyo fué derrotado y obligado a huir de este punto a Egipto: pero al desembarcar fué asesinado y decapitado. Cuando llegó César a este país y supo lo ocurrido, sin poder contener las lágrimas ante tal noticia, condenó a muerte al asesino. Porque tal era el carácter de César que, a semejanza de Escipión, era hombre en alto grado compasivo, dispuesto siempre a perdonar a los que hubiesen tomado las armas contra el.

LABOR DE CÉSAR Y POR QUÉ SE CONJURARON PARA QUITARLE LA VIDA

Llegado de esta suerte a ser el hombre más importante de Roma, César trató de poner orden en el gobierno de la república y darle leyes prudentes. Pero hubo quienes creyeron que ambicionaba ser coronado rey, cosa odiosa a todo buen romano: y uniéndose a éstos los que deseaban que volviese el poder a manos del Senado y otros que tenían resentimientos particulares contra él, entre los cuales se con-

taban no pocos romanos de los más poderosos, se conjuraron para asesinarle.

Cierto día, mientras se hallaba de pie junto a la estatua de su rival, Pompeyo, llegaron a él en actitud de dirigirle una súplica, cuando de pronto desenvainaron sus espadas y le hirieron de muerte, esparciendo al punto por la ciudad la nueva de que Roma quedaba libre de su tirano. Olvidaron que, aun cuando había caído César, alguien debía ocupar su lugar, o se derrumbaría el imperio romano. En efecto, César había enseñado el único camino que era preciso seguir, y su hijo adoptivo Octavio, estaba predestinado a ser el primer emperador romano, César Augusto. Mas Octavio sólo tenía entonces diez y ocho años y nadie creyó que pudiera ocupar el lugar del gran Julio César.

CÓMO MARCO ANTONIO SUBLEVÓ AL PUEBLO

Pero sólo Marco Antonio, hombre de gran inteligencia y amigo del asesinado César, consiguió con elocuentes palabras dirigirse al pueblo, en quien suscitó profunda cólera contra sus matadores. Nadie supo, por algún tiempo, quién tomaría el supremo mando; mas pronto el joven César hizo causa común con Antonio, y los que habían asesinado a César, y los que deseaban vengarle, llegaron a las manos; Antonio y Octavio vencieron a sus enemigos, el más famoso de los cuales era Marco Bruto, personaje que había peleado al lado de Pompeyo contra César y que luego fué tratado por éste con las mayores muestras de afecto. Pero Bruto estaba tan convencido de que había de ser pernicioso para Roma el gobierno de un solo hombre, quizás porque recordaba que el primer Bruto fué llamado grande porque acabó con los Tarquinos, que se agregó a la conspiración contra su propio amigo. Dícese que, cuando César le vió con su espada desenvainada, sin atreverse siquiera a defenderse, exclamó: « ¿También *tú*, Bruto? », y así cayó herido por la espada de su amigo.

Hubo por aquel tiempo un romano célebre, cuyo nombre conoce todo el mundo: el orador Cicerón. Había peleado asimismo al lado de Pompeyo, pero mereció después ser tratado por César con afecto. Cuentan que, si los conspiradores no le rogaron que se agregase a ellos, fué porque creían que trataría de imponerles su opinión, y ellos no le consideraban realmente como hombre sabio.

CICERÓN EL ORADOR, ANTONIO EL MILITAR, OCTAVIO EL EMPERADOR

Como quiera que sea, después del asesinato, Cicerón pronunció muchos discursos célebres contra Antonio, de lo cual se resintió tanto éste, que fué uno de los ciudadanos a quienes condenó especialmente a muerte; y en efecto, habiendo caído Cicerón en manos de algunos amigos de Antonio, le cortaron la cabeza y se la remitieron al tribuno. Cicerón, gran orador, cuyos discursos aun ahora son considerados como modelos de elocuencia, escribió, además, libros que nos hablan más de aquellos tiempos que cualesquiera otros de la literatura romana.

Después de la muerte de César, parece que Octavio y Antonio quisieron dividirse el mundo entre ellos, pero en cuanto cada uno pensó en gobernar solo, sobrevinieron guerras. Antonio era un militar de mucha más experiencia que Octavio; ello no obstante, éste salió vencedor y aquél vencido, porque, amando a Cleopatra, Reina de Egipto, y siendo amado por ella, dió oídos a sus proposiciones de que se quedase con ella en Egipto, cuando debiera haberse preparado para luchar con César.

Así, vencido Antonio por mar y por tierra, cuando se convenció de que no le quedaba esperanza de victoria, se suicidó; con esto quedó libre el camino a Octavio para alzarse con el dominio absoluto de todo el mundo romano.

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

EN este capítulo verá el lector contestadas una porción de preguntas que todos nos hemos hecho desde la más tierna edad. ¿Quién no ha tratado de explicarse por qué experimentamos a intervalos regulares, necesidad de dormir, y a dónde nos transportamos mientras permanecemos dormidos? ¿qué cosa son los sueños y por qué nos asaltan con frecuencia?; ¿por qué reímos cuando nos embarga el júbilo, y lloramos cuando nos agobia el dolor?; ¿de dónde provienen nuestras lágrimas?; etc. Hablaremos también de las hojas que caen y las flores que se marchitan; del calor maravilloso del sol y la causa que lo mantiene activo; y diremos algo, por último, de la belleza incomparable del cielo.

¿POR QUÉ NOS QUEDAMOS DORMIDOS?

ES difícil contestar a esta pregunta de un modo demasiado categórico. La verdadera razón debe de ser, porque, durante la vigilia, se desarrollan en nuestro organismo ciertas toxinas que, al ser transportadas por la sangre al cerebro, lo adormecen, de la misma manera que nos adormece una droga; y claro está que no existe mejor droga para esto que la que elaboramos en nuestro propio cuerpo. La respuesta no parece del todo satisfactoria, pero se aproxima a serlo.

¿QUÉ BIENES NOS REPORTA EL SUEÑO?

Dormimos para descansar. El organismo entero descansa durante el sueño: el corazón, el cerebro, los músculos, los pulmones, el estómago, todo, en fin. Los niños necesitan dormir mucho, porque tienen que crecer, y durante el sueño es cuando se crece más; de suerte que, si no duermen lo bastante, no pueden desarrollarse de la manera debida. El sueño tiene, pues, más importancia para los niños que para las personas mayores, si bien todos sabemos que nadie puede vivir sin dormir. La razón de que muchas personas sean raquíticas y entecas, o de escasas facultades mentales, es el no haber dormido en su infancia lo que habían menester. Antiguamente las madres no concedían importancia al sueño de los niños; pero, en la actualidad, no existe mujer que no vele por el sueño de sus hijos.

¿A DÓNDE NOS TRANSPORTAMOS DURANTE EL SUEÑO?

Desde luego pueden estar tranquilos los lectores, que no nos transportamos a ningún sitio. Aunque no veamos, ni oigamos, ni nos demos cuenta alguna de nada de lo que nos rodea, en el mismo lugar permanecemos; y, por muy profundamente que durmamos, la actividad de nuestra imaginación, nunca cesa, haciéndonos ver que hacemos cosas que no ejecutamos. Esto ocurre cada vez que soñamos, y a fe que lo hacemos más veces de lo que nadie se imagina: lo que sucede es que no nos acordamos después, al despertar. Antiguamente creían los salvajes que las personas se marchaban a algún sitio cuando se quedaban dormidas, y los sueños eran el principal motivo que les inducía a pensar de esta manera, pero esto es un error tan grosero que, en realidad, no merece que nos detengamos a refutarlo.

Los sueños ocasionan temores y sobresaltos a los supersticiosos que creen en ellos y los interpretan de una manera fantástica; pero no deben preocuparnos en lo más mínimo. Ellos precisamente nos prueban que no nos transportamos a ningún otro sitio, porque son casi siempre debidos a algún agente exterior que nos molesta, y, claro es, que nada nos perturbaría si nos hubiésemos ausentado.

Cosas tan nimias como el viento que silba en la chimenea, o una hoja que

golpee nuestra ventana, pueden hacernos soñar. Pero lo que con más frecuencia nos perturba es el estómago. Si comemos demasiado antes de irnos a acostar, y, sobre todo, si ingerimos substancias de difícil digestión, nuestro cerebro se perturba durante la noche, y parte de él se despierta, aunque no lo suficiente para que nos demos cuenta del lugar donde nos hallamos. Los ruídos también nos hacen soñar con frecuencia, porque nos perturban asimismo el cerebro. Pero esto no ocurriría si no nos hallásemos presentes para recibir su impresión.

¿POR QUÉ PROVOCA LA ALEGRÍA NUESTRA RISA?

Seguramente no quedará el lector muy satisfecho si decimos que «porque somos animales risibles». Y, sin embargo, por deficiente que parezca, ésta es la verdadera respuesta. La risa es el resultado de la constitución especial de nuestro cuerpo y cerebro. Obsérvese, en efecto, que nos reímos también cuando nos hacen cosquillas, aun cuando no estemos alegres, lo cual es ya más facil de explicar. Cuando una luz muy viva hiere nuestras pupilas de improviso, cerramos al punto los párpados, porque nuestro cerebro está constituído en la forma conveniente para que suceda esto.

Pues bien, cuando nos hacen cosquillas ocurre un fenómeno análogo, solamente que movemos varios músculos de la cara a un mismo tiempo, en vez de mover únicamente los de los párpados. Movemos además los músculos con que respiramos y aquéllos con que producimos sonidos, y al conjunto de todos estos movimientos combinados le damos el nombre de risa, que es, en realidad, la respuesta que da nuestro organismo a las cosquillas, exactamente igual que respondemos retirando nuestro pie cuando alguien nos hace cosquillas en su planta.

¿POR QUÉ LLORAMOS CUANDO NOS HACEMOS DAÑO?

La mejor respuesta que puede darse a esta pregunta es idéntica a la que dimos a la anterior. Lloramos porque nuestro cerebro hállase constituído en forma conveniente para ello. Lo que no acertamos a explicarnos es por qué sucede así, pues, siéndonos las lágrimas de gran utilidad en tanto que no lloramos (como muy pronto veremos), no recibimos ningún bien con verterlas cuando nos hacemos daño.

La experiencia se encarga de enseñarnos esta verdad, y por eso son muy raras las personas que lloran cuando sienten un dolor, una vez transcurridos los años de la infancia. La parte superior del cerebro — que es la que preside a todos nuestros actos—domina a la inferior, y le dicta sus mandatos, y le perdona sus yerros.

Esta parte inferior es la que responde con el llanto a la impresión dolorosa que recibe, y así se explica que hasta el niño recién nacido sabe llorar perfectamente. Pero cuando crecemos, le decimos a esa porción de nuestro cerebro que no debe llorar, aunque sienta deseos de hacerlo, y obedece.

¿POR QUÉ DERRAMAMOS LÁGRIMAS?

No hay ninguna razón aceptable que explique por qué al llorar vertemos a raudales estas lágrimas que tan indispensables nos son, y que nuestro organismo elabora sin cesar, sin darnos cuenta de ello. Nadie ignora que nos pasamos la vida abriendo y cerrando los párpados a cada instante, movimiento que ejecutamos de una manera inconsciente; y que, si los mantenemos abiertos, como a veces suelen hacer los muchachos en sus juegos, sentimos en los ojos una sensación desagradable, y acaba por nublársenos la vista si insistimos en ello. Veamos por qué ocurre así.

Cuando el ojo está abierto, su parte anterior está expuesta a que le entren el polvo y demás materias que flotan en el aire, y se seca con facilidad, lo que altera sus funciones. ¿Cómo es, pues, que, aunque nunca nos lavemos el cristal de nuestros ojos, éstos se conservan siempre limpios? Porque, sin advertirlo, nos los limpiamos cada vez que pestañeamos. En la parte superior de cada ojo, y próxima a su ángulo

externo, existe una pequeña protuberancia, llamada glándula lagrimal, la cual está constantemente segregando lágrimas mientras permanecemos despiertos; y cuando la parte anterior del ojo experimenta la sensación de sequedad, y tal vez las molestias que el polvo le produce, transmite esta sensación al cerebro, y el párpado desciende por espacio de un segundo, arrastrando consigo una lágrima, y humedeciendo y limpiando el cristal del ojo. Es el lavado más suave y más perfecto del mundo.

¿DÓNDE VAN A PARAR LAS LÁGRIMAS?

Si examinamos la parte inferior del ángulo interno del ojo, veremos un pequeño orificio, hacia el cual corren las lágrimas y por el cual descienden a las fosas nasales. Mientras permanecemos despiertos, y cuando no lloramos, todo ocurre como hemos explicado: las lágrimas segregadas por la glándula correspondiente, humedecen el párpado, que limpia el cristal del ojo, y son evacuadas por este estrecho conducto a la nariz; pero cuando lloramos, dichas glándulas segregan las lágrimas en cantidad tan excesiva, que no pueden salir todas por la vía natural, ni caben en el interior de los párpados, y entonces se desbordan fuera de nuestros ojos y bañan nuestras mejillas.

Pero, como ya hemos dicho, si bien cuando no lloramos nos son tan necesarias las lágrimas que sin ellas no podríamos ver, siendo el mecanismo de su funcionamiento uno de los más bellos del cuerpo humano, no nos sirven para nada cuando las segregan las glándulas en proporción excesiva, y aun podemos afirmar que nos son perjudiciales, pues no nos permiten ver claramente.

¿POR QUÉ NOS DESPERTAMOS POR LA MAÑANA?

Observemos, ante todo, que nuestro sueño no tiene el mismo grado de intensidad durante toda la noche. Al principio dormimos profundamente, mientras nos hallamos en el primer sueño, como suele decirse. Nuestro sueño será tanto más reparador cuanto más profundo sea; de ahí que nos levantemos de la cama satisfechos y rozagantes después de una noche de sueño reposado y tranquilo. Al cabo de algunas horas de habernos dormido, nuestro sueño se va haciendo cada vez menos intenso. Todos hemos observado, en efecto, que, cuanto más tiempo llevamos durmiendo, mayor es la facilidad con que nos despertamos. Un pequeño ruído, que al principio de nuestro sueño no habríamos advertido, nos despierta fácilmente después de transcurrido algún tiempo.

Esta es, precisamente, la razón de por qué nos despertamos: nuestro sueño se ha ido debilitando más y más, a medida que las horas transcurrían, y se ha ido despertando nuestro cerebro de una manera espontánea. Y en estas circunstancias, un sonido o una luz cualquiera, o tal vez un movimiento que inconscientemente ejecutamos, bastan para despertarnos, porque ya nuestro sueño es muy ligero. Vivimos en un medio que nos hemos preparado nosotros mismos; pero si viviésemos a la intemperie, como los hombres primitivos, o las aves actuales, la luz se encargaría de despertarnos cada día, como las despierta a ellas.

¿QUÉ SE HACE DE LAS FLORES DURANTE EL INVIERNO?

Las flores de la mayor parte de las plantas tan sólo prevalecen durante las estaciones del año en que nos regala el sol con su calor y su luz. Cuando pasa el verano, las flores desaparecen. ¿Quién no ha visto a las rosas deshojarse y morir sobre las mismas ramas donde crecen? Empero, el rosal no muere.

De la misma manera, las hojas de casi todos los árboles mueren cuando finaliza el verano; pero los árboles viven. Ahora bien, muchos ignoran que esta muerte y caída de las hojas y las flores, es una señal de la vida de la planta que las cría. Si, por cualquier circunstancia, muere durante el verano una rama entera de un árbol, conservará sus hojas después de haberlas perdido todas las demás ramas sanas. En realidad, la caída de las hojas, y la muerte de las flores, es una señal de vida.

Antes de caerse las hojas varían de color, como es fácil observar, porque la planta les arrebata todas aquellas substancias que para su propia vida necesita. Fórmase después en la base de la hoja, una espesa capa de una substancia algo parecida al corcho; y desprovista ya de ciertas materias útiles, muere y cae. Aun quedan, sin embargo, en las hojas algunas substancias aprovechables; sólo que, para que pueda asimilárselas la planta nuevamente, es preciso que sufran alguna transformación.

¿QUÉ OCURRE CUANDO CAE LA HOJA?

Ya hemos visto los cambios que sufre la hoja a la terminación del estío. Cuando la hoja llega al suelo, ya la están esperando miriadas de seres pequeñísimos, llamados microbios, que originan su putrefacción. Esta, no es, en realidad, más que un sencillo fenómeno en cuya virtud se transforma la materia que constituye la hoja en otra que la planta se asimila nuevamente, cuando llega la primavera. Es éste uno de los procesos más bellos y admirables de la naturaleza, y nos enseña que, lo que a primera vista parece destrucción, aniquilamiento y muerte, no es, realmente, sino una transformación, que engendra nueva vida.

La razón de que, en general, no perduren las hojas y las flores durante todo el año, como ocurre en algunas plantas, por motivos especiales, es que la hojas están destinadas a absorber los rayos del sol, y como éstos, en invierno, escasean y carecen de intensidad, cesa el objetivo de aquéllas, y se marchitan y caen.

Así, pues, las plantas toman de sus hojas cuanto les puede servir, y el resto se transforma en diversas substancias que aquéllas se asimilan otra vez, para formar sus nuevas hojas al aproximarse la primavera inmediata.

¿POR QUÉ SE CONSERVA EL SOL ENCENDIDO?

No se crea que el sol se conserva encendido porque arde, porque es una inmensa hoguera. Cuando arde algún objeto, la materia que lo forma se combina con el oxígeno del aire. El sol, sin embargo, se halla a una temperatura tan elevada, que no es posible que las substancias que lo integran se puedan combinar unas con otras; nada en él puede quemarse, hablando más vulgarmente. Hay en el sol numerosas substancias combustibles, e inmensas cantidades de oxígeno para efectuar su combustión, pero el calor no permite que se pongan en contacto. Por lo demás, aun admitiendo que las cosas pudiesen quemarse en el sol, esto no sería una razón para que se mantuviese encendido, pues se habrían consumido ya hace millones de años, y no existiríamos nosotros en el momento actual.

El siglo pasado se descubrió que el sol debe su luz y su calor principalmente a la contracción que le hace sufrir la gravitación, esa fuerza en cuya virtud se atrae toda materia. El sol viene contrayéndose desde hace muchos millones de años, como también la tierra se contrae. Mucho antes de que se formase ésta última, era el radio del sol mayor que el de la órbita del globo que habitamos, y aun superior al de la órbita de su hermano más lejano, el planeta Neptuno. Al contraerse el sol, chocan entre sí fuertemente sus diversos elementos produciéndose luz y calor, como ocurre cuando chocan entre sí dos trozos de pedernal.

Por lo tanto, la gravitación es realmente la que nos suministra el calor y la luz que sostienen nuestra vida. Probablemente, otro de los elementos que contribuyen a mantener el calor solar, debe de ser el radio, que tiene la virtud de producir calor, y que, como sabemos, ayuda a sostener el de la tierra.

¿POR QUÉ VEMOS AZUL EL FIRMAMENTO?

Esta pregunta contestóla Juan Tyndall, en el siglo pasado, de un modo satisfactorio. El cielo debe su luz a los rayos del sol; por eso cuando se oculta aquel astro, el firmamento se obscurece. Por lo tanto, el color azul del cielo debe sernos enviado por algo

que existe en él, que apropiándose todos los demás colores que componen la luz blanca del sol, nos envía sólo los azules. Esto es, en realidad, lo que sucede.

La atmósfera se halla plagada de un número infinito de pequeñísimos corpúsculos de polvo, que flotan en su seno. Su naturaleza es tal, que absorben las ondas más amplias de luz, que producen los otros colores, y reflejan las más breves, que dan la impresión del azul. Si fuese posible hacer desaparecer del aire todos esos corpúsculos, veríamos el cielo negro, y toda la luz del día vendría directamente del sol. Así, pues, la luz del cielo es el reflejo de una parte de la del sol.

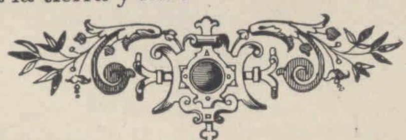
¿POR QUÉ SE COLORA EL CIELO A LA PUESTA DEL SOL?

Cuando el sol se pone, sus rayos no descienden directamente sobre nosotros, como cuando está en el cenit, sino que tienen que atravesar, antes de llegar a nuestros ojos, capas mucho más espesas de aire; del mismo modo que, si introducimos en una naranja un alfiler en la dirección de su centro, no tendrá que atravesar tanto espesor de su cáscara como si lo hacemos penetrar en dirección oblícua.

La luz del sol poniente tiene que recorrer una distancia mucho mayor, a través de la atmósfera, y pasar por regiones más próximas a la tierra y más cargadas, por lo tanto, de corpúsculos orgánicos, que van absorbiendo algunas de sus partes y reflejando las otras. Estos corpúsculos que flotan en el aire son de muy diversos tamaños, y por eso observamos colores muy distintos en la puesta del sol. Y este es al mismo tiempo el motivo de que las puestas de sol sean tanto más hermosas y ricas en colorido cuanto más cargado está el aire de substancias extrañas.

¿POR QUÉ VEMOS LA LUZ ROJA CUANDO CERRAMOS LOS OJOS?

Los párpados no pueden impedir que penetre en los ojos cierta parte de la luz que a ellos llega: es decir, que son en cierto grado transparentes; por eso despierta a los pájaros la luz del sol naciente, aunque tengan los ojos cerrados. Cuando miramos a la ventana con los ojos cerrados, vemos cierto resplandor encarnado. La explicación de este fenómeno es bien sencilla: la escasa luz que penetra en el ojo tiene que filtrarse a través de la sangre que constantemente circula por los párpados. Ahora bien, esta sangre deja sólo pasar los rayos rojos y absorbe los restantes colores que integran la luz blanca, y esta es la explicación de por qué vemos un resplandor rojizo cuando miramos la luz con los párpados cerrados. Si nuestra sangre fuese verde, la claridad que viésemos sería de un color verdoso.



EL PÁJARO HERIDO DE UNA FLECHA

Un pájaro inocente
Herido de una flecha
Guarnecida de acero
Y de plumas ligeras,
Decía en su lenguaje
Con amargas querellas:
«¡Oh crueles humanos,
Más crueles que fieras!
Con nuestras propias alas,
Que la naturaleza
Nos dió, sin otras armas
Para propia defensa,
Forjáis el instrumento
De la desdicha nuestra,
Haciendo que inocentes
Prestemos la materia,
Pero no, no es extraño
Que así bárbaros sean
Aquellos que en su ruina
Trabajan, y no cesan.
Los unos y otros fraguan
Armas para la guerra,
Y es dar contra sus vidas
Plumas para las flechas».

SAMANIEGO.

LOS CUARENTA LADRONES SALIENDO DE LA GRUTA

Estando un día Alí Babá en el bosque cortando leña, vió llegar una cuadrilla de cuarenta ladrones, y escondiéndose en la copa de un árbol, presenció cómo entraban en una gruta mágica, para ocultar los tesoros robados **que** llevaban. Salieron más tarde los ladrones y cerraron la gruta. Alí Babá, descendiendo de su escondite, se colocó ante la puerta de la cueva, pronunció las palabras « **Sésamo, ábrete** », tal como lo habían hecho los ladrones, y la puerta se abrió de par en par.



Alí Babá en la época de su prosperidad.

ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES

EN el reino de Persia, en los Estados de Harún-Al-Raschid, había dos hermanos, uno de los cuales se llamaba Cassim y el otro Alí Babá. Como su padre les había dejado pocos bienes, y los había distribuído por iguales partes, parece que su fortuna debía ser igual; la casualidad, sin embargo, lo dispuso de otro modo.

Cassim se casó con una mujer que, poco después de la boda, quedó heredera de una tienda bien provista, de un almacén de géneros de buena calidad y de bienes raíces. Con esto, Cassim se convirtió en uno de los comerciantes más ricos de la ciudad.

Alí Babá, por el contrario, que se había casado con una mujer tan pobre como él, vivía en una humilde casita y no tenía otra ocupación para ganarse la vida y mantener a su familia, que ir a cortar leña en un bosque vecino y llevarla a vender a la ciudad, con tres asnos que tenía para este objeto.

Estando un día Alí Babá en el bosque, vió una gran polvareda que se elevaba en el aire y adelantaba hacia la parte en que él estaba. Miró con atención, y distinguió una numerosa cuadrilla de gentes de a caballo que iban a buen paso.

Aunque no se hablase de ladrones en el país, le ocurrió, sin embargo, a Alí Babá el pensamiento de que podían serlo aquellas gentes, y sin reflexionar lo que sería de sus asnos, sólo pensó en salvar su persona. Al efecto se subió a un árbol copudo, cuyas ramas estaban tan unidas unas con otras, que desde ellas podía ver sin ser visto.

Los de a caballo llegaron junto a la roca, en donde se apearon; y Alí Babá, que contó cuarenta, no dudó, en vista de su traza y equipo, que eran ladrones. No se engañó en su conjetura; éranlo en efecto. Sin hacer ningún daño en los alrededores, iban a ejercer sus latrocinios muy lejos, y tenían allí sus reuniones, y lo que les vió hacer le confirmó en esta opinión.

Cada cual quitó la brida a su caballo, le ató, le puso al cuello un saco con cebada que llevaba a la grupa, y cargó con su respectiva maleta. A Alí Babá pareciéronle tan pesadas algunas, que juzgó que estaban llenas de oro y plata.

El más visible, cargado con su maleta como todos los demás, y a quien tuvo Alí Babá por el capitán de la cuadrilla, se acercó a la roca, muy cerca del árbol en donde se había refugiado, y pronunció con mucha claridad estas palabras: *Sesamo, ábrete.* Luego que las hubo pronunciado, se abrió una puerta, y después de haber hecho pasar a todas sus gentes delante de él y haber entrado todos, entró también él mismo y se cerró la puerta.

Permanecieron los ladrones largo tiempo en el interior de la roca, y temiendo Alí Babá que saliese alguno de ellos o todos a la vez si dejaba su puesto para escapar, se vió precisado a quedarse en el árbol y aguardar con paciencia.

Se abrió, por fin, la puerta, salieron los cuarenta ladrones, y aun cuando el capitán había entrado el último, salió el primero; y después de haberlos visto desfilar delante de él, oyó Alí Babá que hizo se cerrara la puerta, pronunciando estas palabras: *Sésamo, ciérrate.* Cada uno volvió a coger su caballo, le puso la brida, ató la maleta y montó. Cuando vió, por fin, el capitán que estaban todos dispuestos para marchar, se puso a la cabeza y volvió a tomar con todos ellos el camino por donde habían venido.

No bajó del árbol Alí Babá. Los estuvo mirando hasta que los perdió de vista. Como se acordaba de las palabras por las que el capitán de los ladrones había hecho abrir y cerrar la puerta, tuvo la curiosidad de experimentar si pronunciándolas él, producirían el mismo efecto. Descendió de su escondite, se presentó delante de la puerta, y dijo: *Sésamo, ábrete,* y en el instante se abrió la puerta de par en par.

Alí Babá contaba con encontrar un sitio tenebroso y obscuro; pero quedó muy sorprendido al ver un recinto muy claro, vasto y espacioso, abierto por mano de hombres, con una bóveda muy elevada que recibía la luz de lo alto de la roca. Vió muchas provisiones de boca, fardos de ricos géneros apilados, telas de seda y de brocado, alfombras de gran precio, y, sobre todo, oro y plata acuñada en montones y en muchos sacos de cuero.

No vaciló Alí Babá sobre el partido que había de tomar. Entró en la gruta, y ya dentro de ella cerró la puerta. No se dirigió a la plata, sino al oro acuñado, y particularmente al que estaba en los sacos. Sacó tanto cuanto podía llevar y en cantidad suficiente para cargar a sus tres asnos. Salió a reunirlos, porque estaban dispersos, y habiéndolos hecho acercar a la roca los cargó de sacos; y para ocultarlos puso leña por encima, de manera que nadie los notase. Cuando hubo concluído, se presentó delante de la puerta, y no bien hubo pronunciado las palabras *Sésamo, ciérrate,* cuando se cerró.

Hecho esto, tomó Alí Babá el camino de la ciudad, y al llegar a su casa hizo entrar a sus asnos en un pequeño patio y cerró la puerta con gran cuidado. Quitó la poca leña que cubría los sacos, y llevándoselos a su cuarto los colocó y arregló delante de su mujer, que estaba sentada en el sofá.

Tocó la mujer los sacos, y viendo que estaban llenos de dinero, sospechó si los habría robado su marido: de manera que, cuando acabó de llevarlos todos, le dijo:

—Alí Babá, ¿habrás tenido valor para? . . .

Éste la interrumpió.

—Calla, mujer, no te alarmes; no soy ningún ladrón. Cuando te cuente mi buena fortuna, se desvanecerá la mala opinión que hayas podido formar de mí.

Vació los sacos, que formaban un buen monton de oro, y luego le hizo una relación de su aventura, encargándole, cuando acabó, que guardase el secreto.

La mujer quiso contar pieza por pieza todo el oro que tenía delante.

—Esposa mía—le dijo Alí Babá,—¡qué loca eres! ¿Qué pretendes hacer? ¿Cuándo acabarías de contar? Voy a cavar un hoyo y meter en él todo ese dinero; no debemos perder tiempo.

—Será conveniente—replicó la mujer—que sepamos poco más o menos la cantidad que hay. Voy a buscar en la vecindad un medida pequeña, y lo mediré mientras tú cavas el hoyo.

—Mujer—repuso Alí Babá,—de nada sirve lo que quieres hacer, y si hubieras de seguir mi consejo, te abstendrías de semejante cosa. Haz, sin embargo, lo que quieras, pero cuidado sobre todo con el secreto.

Salió la mujer de Alí Babá y fué a casa de Cassim, su cuñado, que no vivía lejos. No estaba Cassim en casa y suplicó a su mujer que le prestase una medida por un momento.

—Con mucho gusto—dijo la cuñada; —espera un momento, voy a traértela.

Fué la cuñada a buscar la medida y la trajo; pero como conocía la pobreza de Alí Babá, curiosa de saber qué clase de grano quería medir su mujer, se le ocurrió poner con disimulo sebo debajo de la medida, y así lo hizo.

Volvió a su casa la mujer de Alí Babá con la medida, midió el oro, y quedó muy contenta por el crecido número de medidas que resultaron.

Mientras Alí Babá enterró el dinero, su mujer fué a llevar la medida a su cuñada, pero sin reparar en que se había pegado en el fondo una moneda de oro.

No bien hubo vuelto la espalda la mujer de Alí Babá, cuando la de Cassim miró la medida por debajo; y no puede expresarse la admiración que le causó el encontrar pegada en ella una moneda de oro.

—¡Cómo!—dijo—¡Alí Babá tiene el oro a montones! ¿De dónde lo ha sacado ese miserable?

Cuando llegó Cassim le dijo su mujer:

—Tú crees ser rico, pero te equivocas: Alí Babá lo es infinitamente más que tú; él no cuenta el oro, sino que lo mide.

Cassim le pidió la explicación de este enigma, y ella se la dió comunicándole de qué astucia se había valido para hacer este descubrimiento y le enseñó la moneda de oro que había hallado pegada debajo de la medida.

Lejos de alegrarse de la dicha que podía haber sobrevenido a su hermano, concibió Cassim una envidia mortal, y pasó casi toda la noche sin dormir. Al día siguiente fué a casa de Alí Babá, antes de salir el sol.

—Alí Babá—le dijo al verle,—eres muy reservado en tus negocios; ¿te haces el pobre, el miserable, el mendigo y mides el oro?

—Hermano mío—le contestó Alí Babá,—no entiendo de qué me hablas, explícate.

—No te hagas el ignorante—replicó Cassim enseñándole la moneda de oro que su mujer le había dado.—¿Cuántas monedas tienes—añadió—semejantes a ésta, que mi mujer ha encontrado pegada debajo de la medida que la tuya le pidió ayer?

Al oir esto conoció Alí Babá que Cassim y su mujer sabían ya lo que él tenía tanto interés en ocultar. Sin dar a su hermano la menor señal de disgusto, le contó por qué casualidad había descubierto la guarida de los ladrones y el sitio en que estaba, ofreciéndole, si guardaba el secreto, darle parte del tesoro.

—Sí que lo quiero—contestó Cassim con aire altanero;—pero—añadió—quiero saber también en dónde está ese tesoro y cómo podré llegar hasta él; de lo contrario voy a denunciarte a la justicia.

Alí Babá le instruyó completamente sobre lo que deseaba, y aun sobre las palabras de que era necesario servirse, tanto para entrar en la gruta como para salir de ella.

Sin preguntar más Cassim a Alí Babá, y con la esperanza de apoderarse de todo el tesoro, parte al día siguiente muy temprano, con diez machos cargados de grandes cofres. Toma el camino que Alí Babá le había indicado, llega cerca de la roca y reconoce las señas y el árbol sobre que se había escondido Alí Babá. Busca la puerta, la encuentra, y para hacer que se abra pronuncia las palabras *Sésamo, ábrete.* Se abre la puerta, entra y al punto se vuelve a cerrar. Al examinar la gruta se llena Cassim de admiración viendo muchas más riquezas de las que él había imaginado por la relación de Alí Babá. Toma todos los sacos que puede llevar y se dirige a la puerta para hacerla abrir; y en lugar de *Sésamo,* dice *Cebada, ábrete,* y se queda admirado de ver que la puerta permanece cerrada. En vano nombra otras muchas clases de granos; la puerta no se abre.

No contaba Cassim con que pudiese ocurrirle tal percance; se apodera el miedo de su persona, y cuantos más esfuerzos hace para acordarse de la palabra *Sésamo,* más embrolla su memoria.

Volvieron los ladrones a su gruta

hacia el medio día, y cuando vieron los machos de Cassim cargados de cofres, avanzaron a todo escape.

Mientras que algunos rodean la roca, se apea el capitán con los demás, va derecho a la puerta sable en mano, pronuncia las palabras consabidas y la puerta se abre.

Cassim, que oyó el ruido de los caballos en la gruta, no dudó de la llegada de los ladrones, como tampoco de su próxima pérdida. Resuelto a lo menos a hacer un esfuerzo para escaparse y ponerse en salvo, se había dispuesto a arrojarse fuera así que se abriese la puerta. No bien la vió abierta, cuando salió tan bruscamente que derribó al capitán por el suelo. Pero no pudo escapar de los demás ladrones, que le quitaron inmediatamente la vida.

Entraron los ladrones en la gruta y encontraron cerca de la puerta los sacos que Cassim había comenzado a preparar para cargar a sus machos, y los pusieron en su lugar, sin reparar en los que Alí Babá se había llevado antes. Deliberando sobre aquel acontecimiento, ocurrióseles que acaso Cassim se habría bajado por la cima; pero la abertura por donde entraba la luz estaba muy elevada, y la cima de la roca era inaccesible por la parte de afuera. De cualquiera manera que la cosa hubiese sucedido, como se trataba de poner en salvo sus riquezas, convinieron en hacer cuatro cuartos del cadáver de Cassim y ponerlo cerca de la puerta, en el interior de la gruta, dos a un lado y dos a otro, para espantar a cualquiera que tuviese el atrevimiento de acometer semejante empresa. Tomada esta resolución, la ejecutaron y marcháronse.

La mujer de Cassim, impaciente al ver que había ya cerrado la noche y no había vuelto su marido, se fué muy alarmada a casa de Alí Babá, y le dijo:

—Supongo, hermano Alí Babá, que no ignoras que Cassim ha ido al bosque y con qué motivo. Aun no ha vuelto, y esto me hace pensar si le habrá sucedido alguna desgracia.

Alí Babá le contestó que no debía alarmarse aún, pues que Cassim, sin duda, había juzgado prudente el no entrar en la ciudad hasta muy adelantada la noche.

Lo creyó así la mujer de Cassim con tanta más facilidad, cuanto que consideró cuán importante era que su marido hiciese la cosa con el mayor sigilo. Volvió a su casa y estuvo esperando inútilmente hasta media noche. Entonces, cuando ya su falta era irreparable, se arrepintió de la loca curiosidad que había tenido deseando meterse en los negocios de sus cuñados. Pasó la noche llorando, y al amanecer fué corriendo a casa de éstos y les dijo el motivo que la llevaba.

No esperó Alí Babá a que su cuñada le suplicara se tomase el trabajo de ir a ver qué había sido de Cassim.

Partió inmediatamente con sus tres asnos y se fué al bosque.

Al aproximarse a la roca, después de no haber visto en el camino ni a su hermano ni a los diez machos, se admiró mucho de la sangre esparcida que observó cerca de la puerta, y lo tuvo por mal agüero.

Presentóse delante de la puerta, pronunció las palabras, se abrió ésta y Alí Babá quedó asombrado del triste espectáculo de su hermano dividido en cuatro cuartos.

No vaciló sobre el partido que debía tomar para tributar los últimos deberes a su hermano, olvidando el poco afecto fraternal que le había tenido.

Encontró en la gruta con qué hacer dos líos de los cuatro cuartos, con lo que arregló la carga de uno de sus asnos, echando leña encima para ocultarlos. Cargó los otros dos asnos de sacos de oro, y leña, como la primera vez, sin perder tiempo, y cuando hubo acabado y mandado a la puerta que se cerrase, tomó el camino de la ciudad; pero tuvo la precaución de detenerse a la salida del bosque hasta que fuese de noche.

Al llegar a la ciudad no hizo entrar en su casa más que los dos asnos cargados de oro; y después de haber dejado a su mujer el cuidado de descargarlos y haberle dado parte en pocas palabras de lo que había sucedido a Cassim,

condujo el otro asno a casa de su cuñada.

Llamó Alí Babá a la puerta, y le abrió Morgiana.

Esta Morgiana era una esclava hábil y fecunda en invenciones para llevar a cabo las cosas más difíciles, y Alí Babá la conocía por tal.

Cuando entró en el patio, descargó del asno la leña y los dos líos, y llamando aparte a la joven esclava, le dijo:

—Morgiana, lo primero que te encargo es un secreto inviolable. Aquí está el cuerpo de tu amo en estos dos líos; se trata de hacerlo enterrar como si hubiese muerto de muerte natural.

Llamó Morgiana a su ama.

—Y bien, hermano—preguntó la cuñada a Alí Babá con grande impaciencia,—¿qué noticias me traes de mi marido?

—Hermana—respondió Alí Babá,—nada puedo decirte sin que antes me escuches desde el principio.

Contó Alí Babá a su cuñada su viaje hasta su encuentro con el cuerpo de Cassim.

—Aunque el mal no tiene remedio—añadió—si alguna cosa, sin embargo, es capaz de consolarte, yo te ofrezco juntar los pocos bienes que Dios me ha enviado con los tuyos, casándonos los dos, y me atrevo a asegurar que mi mujer no será celosa, y que viviréis las dos en la mayor armonía. Si no te desagrada la proposición, hay que obrar de modo que parezca que mi hermano ha muerto de muerte natural. De eso puede encargarse Morgiana, y yo, por mi parte, contribuiré en cuanto esté a mis alcances.

¿Qué mejor partido podía tomar la viuda de Cassim que el que Alí Babá le proponía, puesto que, con los bienes que le quedaban de su primer marido, encontraba otro más rico que ella, y que por el descubrimiento del tesoro que había hecho podía llegar a serlo mucho más? Así, no lo rehusó.

Dejó Alí Babá en esta disposición a la viuda de Cassim, y después de haber encargado a Morgiana que desempeñase bien su papel, volvió a su casa con su asno.

No echó Morgiana el encargo en olvido, y saliendo al mismo tiempo que Alí Babá, fué a casa de un boticario que vivía en la vecindad, y pidió unas pastillas muy eficaces para las enfermedades peligrosas. Se las dió el boticario, preguntando quién estaba enfermo en casa de su amo.

—¡Ah!—respondió Morgiana dando un gran suspiro.—¡Es el mismo Cassim, mi buen amo! Tenemos muy pocas esperanzas de que cure; ni habla, ni puede comer.

Al día siguiente vuelve Morgiana a casa del mismo boticario, y le pide, con lágrimas en los ojos, una esencia que no se acostumbraba dar a los enfermos sino en último extremo.

—¡Ay!—dijo con la mayor aflicción, al recibirla de manos del boticario,—temo que este remedio no produzca mejor resultado que las pastillas. ¡Ay!, qué amo tan bueno que pierdo!

Por otra parte, como se vió todo el día a Alí Babá y su mujer hacer con aire triste muchos viajes a casa de Cassim, no causó admiración oir por la noche los gritos lamentables de su mujer, y principalmente de Morgiana, que anunciaban que Cassim había muerto.

Al otro día, al amanecer, Morgiana, que sabía que había en la plaza un buen hombre, zapatero remendón, muy viejo, que abría su tienda mucho antes que los demás, salió y fué a buscarle; y cuando le hubo hallado, dándole los buenos días, le puso una moneda de oro en la mano.

Babá Mustafá, el remendón, era naturalmente alegre y tenía siempre dichos graciosos.

—¡Buena estrena!—dijo mirando la moneda,—¿de qué se trata? Aquí me tienes para cualquier cosa de provecho.

—Babá Mustafá—le dijo Morgiana,—toma todo lo necesario para coser y ven conmigo; pero a condición que te he de vendar los ojos cuando estemos en cierto sitio.

Al oir esto, opuso alguna dificultad Babá Mustafá.

—¡Oh, oh!—repuso,—¿quieres acaso ponerme en el trance de hacer algo contra mi conciencia o contra mi honor?

—Dios me libre—contestó Morgiana, poniéndole en la mano otra moneda de oro—que exija de ti nada que no puedas hacer sin faltar al honor. Ven, y no temas nada.

Se dejó conducir Babá Mustafá, y Morgiana, después de haberle vendado los ojos con un pañuelo, le llevó a casa de su difunto amo, y no le quitó el pañuelo hasta que llegaron a la habitación en que había puesto el cuerpo de Cassim, cada cuarto en su lugar. Luego de haberle quitado el pañuelo al zapatero le dijo:

—Babá Mustafá, te he traído aquí para que cosas las piezas que estás viendo. No pierdas tiempo, y cuando hayas acabado te daré otra moneda de oro.

Cuando terminó su operación Babá Mustafá, le volvió a vendar los ojos Morgiana, y después de haberle dado la tercera moneda de oro que le había prometido y haberle recomendado el secreto, le llevó hasta el sitio en que le había vendado los ojos la primera vez; y allí, después de quitarle el pañuelo, le dejó volver a su casa.

Un carpintero llevó el ataúd, que Alí Babá había tenido cuidado de encomendarle, y Morgiana lo recibió en la puerta, a fin de que el carpintero no pudiese notar nada. Luego fué a advertir a la mezquita que todo estaba pronto para el entierro.

No hacía más que entrar Morgiana de vuelta, cuando llegaron el imán y demás ministros de la mezquita. Cuatro vecinos cargaron el ataúd en hombros, y partieron camino del cementerio. Morgiana, deshecha en llanto, seguía al cadáver, con la cabeza descubierta, dando gritos lastimeros. Iba después Alí Babá, acompañado de varios vecinos.

Por lo que hace a la mujer de Cassim, se quedó en su casa, muy afligida y profiriendo grandes lamentos.

De esta suerte ocultaron y disimularon la funesta muerte de Cassim.

Tres o cuatro días después del entierro, trasladóse Alí Babá a la casa de la viuda de Cassim, para establecerse en ella, lo que hizo conocer su casamiento con su cuñada, y como esta clase de matrimonios no son extraordinarios en la religión mahometana, a nadie sorprendió.

Algún tiempo más tarde, cuando volvieron los ladrones a su retiro del bosque, quedaron muy admirados de no encontrar el cuerpo de Cassim, y creció su admiración cuando notaron la falta de sus sacos de oro.

—Estamos descubiertos y perdidos—dijo el capitán.—Si no procuramos poner remedio, vamos a perder todas las riquezas que nuestros antepasados y nosotros hemos reunido a costa de tanto trabajo y fatigas. Del daño que nos han hecho se deduce que el ladrón que sorprendimos conocía el secreto de hacer abrir la puerta, y que debió comunicarlo a alguien más. El que se hayan llevado su cuerpo, y la disminución de nuestro tesoro, son pruebas incontestables. Y como, a lo que parece, no hay nadie que esté en el secreto más que dos personas, después de haber matado a la primera es preciso que hagamos perecer también a la otra. ¿Qué decís, valientes camaradas? ¿Sois del mismo modo de pensar que yo?

Pareció tan razonable a la compañía la proposición del capitán, que la aprobaron todos.

—No esperaba menos de vuestro valor—prosiguió el capitán;—pero ante todo es preciso que alguno de vosotros, atrevido, diestro y emprendedor, vaya a la ciudad, sin armas, y en traje de viajero extranjero, empleando toda su habilidad en descubrir si se habla de la muerte del que degollamos como merecía, quién era y dónde vivía. Esto es lo que nos importa saber, ante todo, para no hacer nada de que tengamos que arrepentirnos. Y a fin de impedir que se nos engañe con una relación falsa, os pregunto si no juzgáis oportuno que, en caso de falsía, se someta al traidor a la pena de muerte.

—Yo me someto a ella—dijo uno de

los ladrones, sin esperar a que los demás diesen su parecer—y me encargo de esa comisión.

Se disfrazó y partió al obscurecer, llegando a la ciudad cuando amanecía. En la plaza no halló más que una tienda abierta, y era la de Babá Mustafá.

Estaba éste sentado en una silla con la lezna en la mano cuando se le acercó el ladrón.

—Buen hombre—le dijo,—empiezas a trabajar demasiado temprano; no es posible que veas bien, tan anciano como eres; y, aun en pleno día, dudo que tengas bastante buena vista para coser.

—Sin duda que no me conoces. Tan viejo como me ves no dejo por eso de tener excelentes ojos; y no te quedará duda de ello cuando sepas que no hace mucho tiempo he cosido un muerto en un sitio donde apenas se veía.

—¡Un muerto!—replicó el ladrón con asombro;—y ¿para qué coser un muerto? —añadió.—Querrás decir que has cosido la mortaja en que lo han envuelto.

—No, no—replicó Babá Mustafá;— bien sé lo que quiero decir.

No tenía necesidad el ladrón de más explicación para convencerse de que había descubierto lo que buscaba. Sacó una moneda de oro, y dándosela a Babá Mustafá, le dijo:

—Yo me guardaré muy bien de querer penetrar tu secreto, aunque puedo asegurarte que sabría reservarlo si me lo confiases. Lo único que te suplico es que me hagas el favor de enseñarme desde aquí, o venir a mostrarme la casa en donde has cosido ese muerto.

—Aun cuando quisiera complacerte no podría hacerlo, porque me llevaron hasta cierto sitio en donde me vendaron los ojos, y desde allí me dejé conducir hasta la casa; y cuando terminé me sacaron de la misma manera.

—Cuando menos, te acordarás—replicó el ladrón—del camino por donde poco más o menos te hicieron andar con los ojos vendados. Hazme el favor de venir conmigo, te vendaré los ojos en el mismo sitio, e iremos juntos por el mismo camino; y como no hay trabajo que no merezca su recompensa, aquí tienes otra moneda de oro.

Las dos monedas tentaron un poco la codicia de Babá Mustafá, el cual las estuvo mirando un rato en la mano sin decir una palabra, consultando consigo mismo lo que debía hacer.

Sacó por fin su bolsa del seno, y, poniéndolas dentro:

—No puedo asegurarte—dijo al ladrón —que me acuerde precisamente del camino por donde me hicieron andar; pero, puesto que así lo quieres, vamos; haré todo lo posible por acordarme.

Se levantó Babá Mustafá, con gran satisfacción del ladrón, y, sin cerrar su tienda, llevó consigo a éste hasta el sitio en que Morgiana le había vendado los ojos. Cuando llegaron a él, dijo Babá Mustafá:

—Aquí es donde me vendaron.

El ladrón, que tenía dispuesto su pañuelo, le vendó los ojos, y caminó a su lado, en parte conduciéndolo y en parte dejándole que fuese él mismo, hasta que se paró.

—Me parece—dijo Babá Mustafá— que no pasé muy lejos de aquí.

En efecto, estaba delante de la casa de Cassim, en donde vivía entonces Alí Babá. Antes de descubrirle los ojos, hizo el ladrón, con mucho disimulo, una señal en la puerta, y luego, quitando el pañuelo al viejo, le preguntó si sabía a quién pertenecía aquella casa. Babá Mustafá le respondió que no era de aquel barrio, y que lo ignoraba.

Como vió el ladrón que nada más podía saber de Babá Mustafá, le dió las gracias por el trabajo que se había tomado; y después de haberle dejado para que volviese a su tienda, tomó el camino del bosque, seguro de que sería bien recibido.

A poco de haberse separado el ladrón de Babá Mustafá, salió Morgiana de casa de Alí Babá, y habiendo notado, al regreso, la señal que había hecho el ladrón, se detuvo a contemplarla.

—¿Qué significa esta señal?—dijo para sí;—¿es que alguno quiere mal a mi amo, o la han hecho para divertirse? Con cualquiera intención que la hayan

podido hacer, bueno es precaverse contra todo acontecimiento.

Fuése en seguida a las dos o tres puertas inmediatas, por ambos lados de la calle (las cuales eran muy parecidas a la puerta de Alí Babá), y las señaló en el mismo sitio, entrando después en casa sin hablar a nadie de lo que acababa de hacer.

El ladrón, entre tanto, llegó al bosque y se reunió con la cuadrilla; al llegar dió cuenta del resultado de su viaje, exagerando la fortuna que había tenido de haber encontrado desde luego un hombre por el cual había sabido el hecho de que había ido a informarse, lo que nadie, sino él, le hubiera podido decir.

Le escucharon con mucha satisfacción, y tomando el capitán la palabra, después de haber elogiado su diligencia:

—Camaradas—dijo dirigiéndose a todos,—no tenemos que perder tiempo; partamos bien armados, sin que se conozca que lo estamos; y cuando hayamos entrado en la ciudad separadamente, para no dar que sospechar, nos reuniremos en la plaza Mayor, y entre tanto iré a reconocer la casa con nuestro compañero, a fin de que pueda yo tomar el partido que más nos convenga.

Aplaudieron el discurso del capitán los ladrones, y hallándose muy pronto en disposición de partir, fueron desfilando de dos en dos y de tres en tres; y caminando a distancia proporcionada unos de otros, entraron en la ciudad sin despertar sospechas. Los últimos que entraron fueron el capitán y el que había estado por la mañana. Éste llevó al capitán a la calle en donde había marcado la casa de Alí Babá; y cuando estuvo delante de una de las puertas que habían sido señaladas por Morgiana, se la hizo notar, diciéndole que era aquélla. Pero continuando su camino sin detenerse, a fin de no hacerse sospechosos, observó el capitán que la puerta que seguía estaba marcada del mismo modo y en el mismo sitio, se lo hizo notar a su acompañante, y le preguntó si era aquélla o la primera.

Quedóse confuso el acompañante y no supo qué responder, y menos aún cuando vió, con el capitán, que otras cuatro o cinco puertas tenían también la misma señal. Aseguró al capitán bajo juramento que él no había marcado más que una.

—Yo no sé—añadió—quién ha podido señalar las otras, y confieso que no puedo distinguir cuál es la marcada por mí.

El capitán, que vió desvanecidas sus ilusiones, se fué a la plaza Mayor y avisó a todos los compañeros, diciéndoles que habían perdido su trabajo haciendo un viaje inútil, y que no les quedaba otro partido sino el volverse a su retiro. Él dió el ejemplo, y todos le siguieron en el mismo orden que habían venido.

Cuando se hubo reunido en el bosque toda la cuadrilla, les explicó el capitán el motivo por qué les había hecho volver, y al punto fué declarado, de común acuerdo, digno de muerte el compañero que los había engañado y, en efecto, lo ejecutaron inmediatamente.

En vista del fracaso, se ofreció al momento otro de los ladrones a hacer el viaje con igual objeto. En efecto, se pone en camino, y lo primero que hace es entablar amistad con Babá Mustafá, y éste le enseña, también con los ojos vendados, la casa de Alí Babá. El bandido la marca con encarnado, medio seguro para distinguirla de las demás, que lo estaban con blanco. Pero poco tiempo después salió Morgiana de casa, como la vez anterior, y cuando volvió no se escapó a sus perspicaces ojos la señal encarnada. En seguida señaló con encarnado las demás puertas vecinas, en el mismo sitio.

Cuando se reunió el ladrón en el bosque con su cuadrilla, les pintó como infalible la precaución que había tomado para no confundir la casa de Alí Babá con las demás.

Dirigiéronse a la ciudad como la vez anterior, y, al llegar, fueron a la calle en que vivía Alí Babá el capitán y el ladrón, pero encontraron la misma dificultad que la primera vez. En vista

de este nuevo chasco quedó el capitán muy indignado y el ladrón tan confuso como el que le había precedido en aquella misión.

El capitán se vió precisado a retirarse con su gente, tan poco satisfecho como el día antes; y el ladrón, como autor del engaño, sufrió del mismo modo el castigo a que se había sujetado voluntariamente.

El capitán, que vió su cuadrilla disminuída en dos de sus más valientes individuos, temió que disminuyera más si continuaba encargando a otros que averiguasen la verdadera casa de Alí Babá. Él mismo quiso encargarse de aquella comisión. A ese efecto se fué a la ciudad, y con la ayuda de Babá Mustafá, que le prestó el mismo servicio que a los otros dos compañeros que le habían precedido, no se entretuvo en hacer señal alguna para conocer la casa, sino que la examinó con atención pasando y repasando varias veces por delante de ella.

Satisfecho de su viaje, el capitán volvió al bosque; y habiendo llegado a la gruta en que le aguardaba la cuadrilla, les dijo:

—Camaradas, por fin, nada puede impedirnos tomar completa venganza del daño que se nos ha hecho; conozco con toda certeza la casa del culpable, y por el camino he venido discurriendo los medios de castigarle. Para conseguirlo, he aquí lo que he imaginado.

Entonces les explicó lo que pensaba hacer, y habiéndolo aprobado todos, les encargó que comprasen hasta diez y nueve machos y treinta y ocho pellejos para transportar aceite, uno lleno y los demás vacíos.

En dos o tres días hicieron estas compras los ladrones, y el capitán, después de haber hecho entrar uno de los compañeros en cada pellejo, con las armas necesarias, los cerró de manera que pareciese que estaban llenos de aceite; y para disimular mejor, los frotó por fuera con aceite que sacó del pellejo que estaba lleno.

Dispuestas así las cosas, cuando estuvieron cargados los machos con los treinta y siete ladrones, tomó el camino de la ciudad, y llegó poco después de puesto el sol.

Al entrar en la ciudad, el capitán se fué directamente a la casa, con objeto de pedir que le permitiesen hospedarse allí con sus machos. Halló a Alí Babá en la puerta, tomando el fresco después de cenar. Hizo parar sus machos, y le dijo:

—Señor, traigo aceite desde muy lejos para venderlo mañana en el mercado, y no sé dónde ir a hospedarme. Si no tienes inconveniente, déjame pasar la noche en tu casa.

Aunque Alí Babá había visto en el bosque al que le estaba hablando, ¿cómo le hubiera sido posible reconocerle bajo el disfraz que llevaba?

—Seas bien venido—le dijo,—y entra.

Llamó Alí Babá a un esclavo que tenía, y le mandó que cuidase de los machos, y a Morgiana, que dispusiese cena y lecho para el huésped que acababa de llegar.

Aún hizo más Alí Babá: para dar a su huésped la mejor acogida posible, cuando vió que el capitán había descargado sus machos, que éstos estaban ya acomodados en la cuadra como lo había mandado, y que él buscaba un sitio donde pasar la noche, al sereno, fué a buscarle para hacerle entrar en la sala en que recibía sus visitas, diciéndole que no permitiría que se acostase en el patio.

El capitán se resistió mucho, bajo pretexto de no querer ser incómodo; pero, en realidad, para tener ocasión de ejecutar con más libertad lo que había meditado, y no cedió a los generosos ofrecimientos de Alí Babá sino a fuerza de insistencias.

No contento Alí Babá con hacer compañía al que atentaba contra su vida, continuó conversando con él hasta que Morgiana les hubo servido la cena.

—Quedas de amo—le dijo, después de haber cenado;—no tienes más que pedir cuanto necesites; todo lo que hay en mi casa está a tu disposición.

El capitán se levantó al mismo tiempo que Alí Babá, acompañándolo

hasta la puerta; y mientras que éste fué a la cocina a hablar a Morgiana, él entró en el patio, bajo pretexto de ir a la cuadra a ver si faltaba algo a sus machos.

Alí Babá, después de haber recomendado de nuevo a Morgiana que tuviese mucho cuidado del huésped:

—Adviértote—añadió,—que mañana voy a bañarme antes de amanecer; procura que esté mi sábana de baño preparada y dásela a Abdalla (así se llamaba el esclavo), y hazme un buen caldo para la vuelta.

Después de dadas estas órdenes se retiró para acostarse.

El capitán, mientras tanto, fué avisando a su gente lo que debían hacer, y comenzando desde la primera corambre hasta la última, les dijo a todos:

—Cuando yo tire piedrecillas desde mi cuarto, abrid inmediatamente el pellejo de arriba abajo, con el cuchillo que tenéis a prevención.

Hecho esto volvió, y habiéndose presentado en la puerta de la cocina, tomó una luz Morgiana, y le acompañó al cuarto que le había preparado. El capitán apagó la luz y se acostó vestido.

No olvidó Morgiana las órdenes de Alí Babá; preparó su sábana de baño, se la encargó a Abdalla, que no había ido aún a acostarse, puso el puchero al fuego para el caldo, y mientras lo estaba espumando, se le apagó el candil. No había más aceite en casa, ni tampoco velas. ¿Qué hacer? Morgiana necesitaba luz para espumar el puchero, y se lo dijo a Abdalla.

—¡A fe que te apuras por poco!—le contestó éste.—Vé a coger aceite de uno de los pellejos que hay en el patio.

Cuando se acercó Morgiana al primer pellejo que encontró, el ladrón que estaba oculto dentro preguntó en voz baja:

—¿Es ya tiempo?

Aunque habló bajo el ladrón, percibió, sin embargo, Morgiana la voz con tanta más facilidad, cuanto que el capitán de los ladrones, después de haber descargado los machos, había abierto no solamente aquel pellejo, sino también los demás, para que diese el aire a sus compañeros.

Cualquiera otra que no fuese Morgiana, con la sorpresa que debió causarle el hallar un hombre dentro del pellejo, en lugar del aceite que buscaba, hubiera alborotado; pero Morgiana comprendió al momento el peligro en que se hallaba Alí Babá, su familia y ella misma, y la necesidad de arreglarlo sin meter ruido.

Sin manifestar ninguna emoción, respondió a la pregunta diciendo:

—Todavía no.

Luego se acercó al pellejo inmediato, y le hicieron la misma pregunta, y así sucesivamente, hasta que llegó al último, dando a todos la misma respuesta.

Por esto conoció Morgiana que su amo, que había creído hospedar en su casa a un mercader de aceite, había dado entrada a treinta y ocho ladrones.

Llenó la aceitera en el último pellejo y volvió luego a la cocina, en donde, después de haber echado aceite al velón y haberlo encendido, cogió una caldera grande y se fué a llenarla del aceite del pellejo. Inmediatamente la puso al fuego, y aplicó debajo mucha leña.

Hierve el aceite, toma la caldera, y va a derramar sucesivamente en todos los pellejos bastante aceite hirviendo, para escaldar a los ladrones y quitarles la vida, como efectivamente lo hizo.

Ejecutada sin ruido esta acción, vuelve Morgiana a la cocina con la caldera vacía, y cierra la puerta. Apaga el gran fuego que había encendido y no deja sino el necesario para acabar de cocer el puchero de Alí Babá. En seguida apaga el candil, resuelta a no acostarse hasta haber observado lo que sucedía por una ventana de la cocina que daba al patio.

No hacía aún un cuarto de hora que estaba esperando Morgiana, cuando se despertó el capitán de los ladrones. Se levanta, mira por la ventana, y como no percibe ninguna luz y ve reinar el más profundo silencio en la casa, da la señal tirando piedrecitas, muchas de las cuales caen sobre los pellejos. Aplica el oído, y no oye ni

percibe nada que le dé a conocer que sus gentes se ponen en movimiento. Entra en cuidado en vista de esto; tira más piedrecitas por segunda y tercera vez, caen sobre los pellejos, y, sin embargo, ninguno de los ladrones da la menor señal de vida.

El capitán, sin comprender la causa, baja al patio sin hacer ruido, se acerca con la misma precaución al primer pellejo, y cuando va a preguntar al ladrón, que él cree vivo, si está durmiendo, percibe el olor del aceite caliente y de quemado que exhala el pellejo, por donde conoce que se ha malogrado su empresa contra Alí Babá para quitarle la vida, robarle la casa y llevarse el oro que había él sacado de la gruta. Se acerca al pellejo inmediato y a tientas recorre sucesivamente todos los demás, y encuentra que toda su gente ha perecido del mismo modo. Desesperado de haber errado el golpe, tomó la puerta del jardín, y escapó.

No oyendo Morgiana ruido alguno, y viendo que no volvía el capitán, no dudó del partido que había tomado.

Llena de gozo de haber salido tan bien de aquel peligro, se acostó por fin y se durmió.

Alí Babá, mientras tanto, salió antes de amanecer y fué al baño, seguido de su esclavo, sin saber nada de lo que había ocurrido.

Había salido ya el sol cuando, de vuelta del baño, entró en su casa, y quedó tan sorprendido de ver todavía los pellejos de aceite en su lugar y de que el mercader no hubiese ido al mercado con sus mulos, que preguntó la razón a Morgiana.

—Mi buen amo—dijo Morgiana,—ven conmigo.

Alí Babá siguió a Morgiana, quien después de haber cerrado la puerta le llevó hasta donde estaba el primer pellejo.

—Mira ese pellejo—le dijo—y ve si hay aceite en él.

Miró Alí Babá, y viendo un hombre dentro del pellejo, se retiró espantado, dando un grito.

—No temas—le dijo Morgiana;—ese hombre no te hará daño; ya no existe.

—Morgiana—exclamó Alí Babá,—¿qué significa lo que acabo de ver? Explícamelo.

—Ya te lo explicaré; pero modera tu asombro.

Miró Alí Babá los otros pellejos, uno tras otro, desde el primero hasta el último, que contenía aún aceite, y luego quedóse inmóvil, dirigiendo la vista tan pronto a los pellejos como a Morgiana, diciendo:

—¿Y qué se ha hecho del mercader?

—No había tal mercader—respondió Morgiana. Y le contó punto por punto cuanto había ocurrido.

Cuando hubo acabado Morgiana su relato, Alí Babá le dijo:

—No moriré sin haberte recompensado como mereces. Te debo la vida, y para comenzar a darte una señal de mi reconocimiento, desde ahora te concedo la libertad. Lo que tenemos que hacer es enterrar inmediatamente esos cuerpos, con gran secreto, para que nadie pueda sospechar nada.

Tenía el jardín de Alí Babá mucha extensión, y terminaba en un soto de árboles muy crecidos. Alí Babá se fué con su esclavo debajo de aquellos árboles, y cavaron una fosa larga y ancha.

El terreno era fácil de remover y no tuvieron que emplear mucho tiempo en esta operación. Sacaron los cuerpos de los pellejos, y, poniendo aparte las armas, los llevaron al extremo del jardín, y después de haberlos cubierto con la tierra que habían sacado, esparcieron la sobrante por los alrededores, de manera que el terreno quedase como antes.

Alí Babá hizo esconder cuidadosamente las armas y los pellejos del aceite, y en cuanto a los machos, los envió al mercado y los hizo vender por medio de su esclavo.

Mientras tanto, el capitán de los cuarenta ladrones había vuelto a la gruta.

La soledad en que se encontró en aquella sombría mansión le pareció

espantosa. No obstante, no se movió de allí.

Al día siguiente despertó muy temprano, se puso un vestido muy a propósito para un designio que durante la noche había meditado, y fué a la ciudad, en donde tomó una habitación en el kan; y como creía que lo que había pasado en casa de Alí Babá podía haberse sabido, preguntó al portero, como por vía de conversación, si se hablaba de algo nuevo en la ciudad; pero el portero le habló de todo menos de lo que le importaba saber. De aquí infirió que la razón por qué Alí Babá guardaba tan gran secreto procedía de que no quería que se divulgase el descubrimiento del tesoro, y de que no ignoraba que por este motivo se atentaba contra su vida. Esto le animó más a no descuidar nada para deshacerse de él.

El capitán de los ladrones se proveyó de un caballo, de que se sirvió para transportar a su guarida muchas clases de telas ricas y lienzos finos, haciendo muchos viajes al bosque con las precauciones necesarias para ocultar el sitio donde iba a tomarlas. Alquiló después una tienda, la llenó de géneros y se estableció en ella.

Frente a esta tiende estaba la que había pertenecido a Cassim, la cual ocupaba hacía poco tiempo el hijo de Alí Babá.

El capitán, que había tomado el nombre de Cogia Hussain, no dejó, como recién llegado, de hacer sus cumplidos a los comerciantes vecinos, según costumbre, y habiendo reconocido al hijo de Alí Babá, entabló muy pronto amistad con él, y se dedicó a cultivarla con especial empeño, multiplicando sus agasajos, haciéndole algunos regalos, y hasta convidándole muchas veces a comer.

No quiso el hijo de Alí Babá dejar de corresponder a tantos obsequios de Cogia Hussain; pero como su habitación era muy chica, y no tenía bastante comodidad para festejarle como deseaba, habló a Alí Babá, su padre, indicándole que no podría estar más tiempo sin retribuir las finezas de Cogia Hussain.

Alí Babá se encargó con gusto del convite.

—Hijo mío—le dijo,—mañana es viernes; y como en ese día los comerciantes de alguna consideración, como Cogia Hussain y como tú, tienen las tiendas cerradas, da un paseo con él después de comer, y al volver dispónlo de modo que vengáis a pasar por mi casa, y hazle entrar.

El viernes se reunieron el hijo de Alí Babá y Cogia Hussain al medio día, según habían convenido, y se fueron juntos a paseo. Al volver procuró el hijo de Alí Babá hacer pasar a Cogia Hussain por la calle en que vivía su padre, y cuando llegaron delante de la casa le detuvo aquél, y llamando a la puerta le dijo:

—Esta es la casa de mi padre, quien me ha encargado le proporcione el honor de conocerte.

Aunque Cogia Hussain iba a conseguir el objeto que se había propuesto, que era tener entrada en casa de Alí Babá, para poder quitarle la vida sin aventurar la suya y sin meter ruido, no dejó, sin embargo, de excusarse; pero como acababa de abrir el esclavo de Alí Babá, tomó complaciente el hijo a Cogia Hussain de la mano, y entrando él primero, le obligó a entrar.

Recibió Alí Babá a Cogia Hussain con agradable semblante. Le dió las gracias por las bondades que dispensaba a su hijo, añadiendo que uno y otro le estaban tanto más obligados cuanto que su hijo era un joven que no conocía aún el mundo.

Cogia Hussain correspondió con mucha cortesía a los cumplidos de Alí Babá.

Después de una corta conversación sobre asuntos indiferentes, quiso despedirse Cogia Hussain, pero Alí Babá le detuvo.

—¿A dónde vas?—le dijo.—Te suplico me hagas el honor de cenar conmigo. La cena que te daré es muy inferior a lo que te mereces; pero espero la aceptarás con tanto gusto como el que yo tengo al ofrecértela.

—Señor Alí Babá—contestó Cogia Hussain,—estoy muy convencido de tu buen corazón, pero te pido por favor que no lleves a mal que no acepte la generosa oferta que me haces, suplicándote no creas que lo hago por desprecio, sino porque tengo para ello una razón que tú mismo aprobarás.

—¿Y cuál puede ser esa razón, señor? —inquirió Alí Babá.

—No hay inconveniente en decirla—replicó Cogia Hussain:—es que no como ni carne ni guisado alguno que tenga sal.

Si no tienes otra razón—insistió Alí Babá,—esa no debe privarme del honor de tenerte a cenar, a menos que te niegues absolutamente. En primer lugar, el pan que se come en mi casa no tiene sal; y en cuanto a la carne y los guisados, yo te prometo que no la tendrán los que te sirvan, para lo cual voy a dar las órdenes oportunas. Haz, pues, el favor de esperarme; al momento soy contigo.

Fué Alí Babá a la cocina, y mandó a Morgiana que no echase sal a la carne que tenía que servir, y que preparara inmediatamente dos o tres guisados de los varios que le había mandado, sin echarles sal. Morgiana, que estaba ya dispuesta para sacar la cena, no pudo menos de manifestar su descontento al oir aquella nueva orden.

—¿Quién, es, pues, ese hombre—dijo Morgiana—que no gasta sal?

Obedeció la joven, aunque de mala gana, y teniendo curiosidad de conocer a aquel hombre que no gastaba sal en la comida, después que acabó de preparar la cena y hubo puesto la mesa Abdalla, le ayudó a llevar los platos. Mirando con atención a Cogia Hussain, le reconoció por el capitán de los ladrones, a pesar de su disfraz, y examinándolo más, notó que llevaba un puñal oculto debajo de su vestido.

—Ya no me admiro—dijo para sí—que el malvado no quiera comer sal con mi amo; es su más mortal enemigo, que quiere asesinarle; pero yo lo impediré.

Cuando Morgiana hubo acabado de hacer servir la cena, colocó cerca de Alí Babá una mesita sobre la cual puso vino y tres tazas; y dejó luego a Alí Babá, a su hijo y al huésped, en libertad de conversar y regocijarse agradablemente.

Entonces el fingido Cogia Hussain creyó que había llegado la ocasión favorable para quitar la vida a Alí Babá.

—Voy—dijo para sí—a hacer que se emborrachen padre e hijo, y así éste no me impedirá el dar una puñalada en el corazón del padre. Yo me escapo después por el jardín, como la otra vez, sin que nadie lo note.

En lugar de irse a cenar Morgiana, que había penetrado la intención del falso Cogia Hussain, no le dió tiempo de ejecutar su maldad. Se vistió de bailarina con mucha propiedad, se adornó la cabeza de un modo correspondiente y se ciñó un cinto de plata sobredorada, al que colgó un puñal cuya vaina y mango era del mismo metal. Hecho esto se puso una hermosa careta en el rostro. Disfrazada de este modo dijo a Abdalla:

—Toma tu pandereta y vamos a dar al huésped de nuestro amo y amigo de su hijo, la diversión que le damos a él algunas veces.

Después de haber bailado Morgiana muchos bailes, sacó por fin el puñal, y teniéndolo en la mano, bailó uno en el que cautivó por las diferentes figuras, por los movimientos ligeros, por los saltos maravillosos, tan pronto presentando el puñal por delante, como para herir, tan pronto aparentando que se hería ella misma en el seno.

Por fin, quitó la pandereta de manos de Abdalla, con su mano izquierda, y teniendo el puñal en la derecha, fué a presentar la pandereta por su concavidad a Alí Babá, a imitación de las bailarinas de profesión, que estilan hacerlo así para solicitar la liberalidad de los espectadores.

Alí Babá echó una moneda de oro en la pandereta, y en seguida el hijo siguió el ejemplo de su padre. Cogia Hussain, que vió que Morgiana iba a presentarse también a él, había sacado ya la bolsa de su seno para hacerle su

regalo, y estaba metiendo la mano en ella, cuando Morgiana, con un valor digno de la firmeza y de la resolución que había mostrado hasta entonces, le metió el cuchillo en medio del corazón, profundamente, y no lo retiró hasta después de haberle hecho perder la vida.

Espantados de esto Alí Babá y su hijo, prorrumpieron en un gran grito:

—¡Ah, desgraciada! — exclamó Alí Babá.—¿Qué has hecho? ¿Quieres perdernos a mí y a mi familia?

—No quiero perder a nadie—respondió Morgiana.

Entonces, abriendo el vestido de Cogia Hussain y mostrando a Alí Babá el puñal de que estaba armado:

—Mira—le dijo—con qué cruel enemigo ibas a habértelas. Observa bien su rostro y reconocerás en él al fingido mercader de aceite y al verdadero capitán de los ladrones.

Alí Babá, en vista de eso, no pudo menos de abrazar a Morgiana.

—Cuando te concedí la libertad—la dijo—te prometí que no pararía en eso mi gratitud. Ha llegado ya ese tiempo, y en prueba de reconocimiento, te hago mi nuera.

—Hijo mío—añadió Alí Babá, dirigiéndose a aquél—te creo buen hijo; no te extrañe que te dé a Morgiana por mujer sin haberte consultado. Ya ves que Cogia Hussain no había solicitado tu amistad sino con el designio de conseguir mejor quitarme la vida a traición, y si hubiera salido con su intento no dudes que tú hubieras corrido la misma suerte. Considera además que, casándote con Morgiana, te casas con el sostén de mi familia, mientras yo viva, y con el apoyo de la tuya hasta el fin de tus días.

Lejos de manifestar el hijo ninguna repugnancia, asintió a aquel casamiento, no solamente porque no quería desobedecer a su padre, sino porque lo creía conveniente.

Luego enterraron el cuerpo del capitán junto a los de los otros ladrones; y se hizo con tanto secreto, que no se tuvo noticia de ello hasta después de muchos años, cuando ya a nadie interesaba esta historia memorable.

Pocos días después celebró Alí Babá las bodas de su hijo y de Morgiana con gran solemnidad y con un magnífico banquete acompañado de danzas, de espectáculos y demás diversiones acostumbradas.

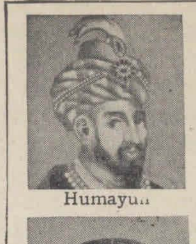
Después del casamiento, Alí Babá, que se había abstenido de volver a la gruta desde que había sacado y llevádose el cuerpo de su hermano Cassim, pensó hacer un viaje a ella, tomando las precauciones necesarias para su seguridad.

Montó a caballo, y cuando hubo llegado cerca de la gruta echó pie a tierra, ató el caballo y poniéndose delante de la puerta pronunció las palabras Sésamo, ábrete, que no había olvidado. Se abrió la puerta, entró, y el estado en que halló todas las cosas en la gruta le hizo juzgar que nadie había entrado en ella desde el tiempo en que el falso Cogia Hussain había ido a establecer su tienda en la ciudad.

Como había llevado una maleta la llenó de oro.

Desde aquel tiempo, Alí Babá, su hijo, a quien llevó a la gruta y a quien enseñó el secreto para entrar en ella, y después de éstos su posteridad, a quien transmitieron el mismo secreto, aprovechándose de su fortuna con moderación, vivieron con el mayor esplendor y honrados con las primeras dignidades de la ciudad.



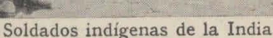

Humayun




Shah Jehan



Akbar-Khan


Soldados indígenas de la India

Aurangseb

CÓMO LLEGÓ LA INDIA A SER UN IMPERIO

LA historia de la India es mucho más antigua que la de los países europeos: de ella y de sus habitantes sabemos algo que se remonta a más de dos mil años antes de Jesucristo. Primero que Moisés sacara de Egipto a los hijos de Israel, y aun antes de que naciese Abraham, ya había sido conquistada la parte Norte de la India por un pueblo que hablaba lenguaje ario. Los sabios han descubierto que todos los idiomas que se hablan en Europa se han formado gradualmente de uno que se hablaba, muchos siglos ha, por los antecesores de estos pueblos. Todas las lenguas que se derivan de él se denominan arias; y precisamente, porque el pueblo que conquistó a la India hace más de cuatro mil años, hablaba un idioma ario, es por lo que sabemos que procedía del mismo tronco que las razas de Europa.

Ahora bien, las razas que antes poblaban la India hablaban una lengua muy distinta. Cuando los arios penetraron en el país por los pasos de las montañas del Noroeste, no destruyeron enteramente a sus pobladores, sino que los redujeron a esclavitud; mientras que los que pudieron huyeron ante ellos, internándose en el país montañoso, más difícil de conquistar que los grandes llanos. Así, pues, los arios se hicieron señores de todas las ricas tierras del Indostán, y conservaron como esclavos a muchos de los antiguos habitantes, empleándolos en las faenas más humildes. Este fué el origen de las cuatro castas. Tres de ellas eran de los conquistadores arios, las cuales incluían a los bramanes, a los que pertenecían los sacerdotes y los sabios; a lo guerreros, que fueron llamados *rayputas*, y a todas aquellas personas que ejercían empleos tenidos por menos honrosos que éstos. La cuarta casta la componían el pueblo conquistado, a quien se consideraba como enteramente despreciable.

Gradualmente los arios fueron extendiendo su dominación aun a la mayor parte de la región montañosa, si bien no la poseyeron de una manera tan completa como las grandes cuencas del Ganges y del Indo; de modo que, en vez de hacer esclavos a todos los habitantes primitivos, se mezclaron con ellos. Por esto, en el Sur, hay muchos menos bramanes o rayputas de pura sangre que en el Norte.

No siéndoles fácil a los invasores penetrar en la India, constituyéronse grandes reinos en el Indostán y en el Decán, que tuvieron pocas relaciones con el mundo situado más allá de su barrera de montañas, hasta el punto de que sus habitantes apenas supieron algo de los grandes imperios de Babilonia, Asiria y Egipto.

CÓMO LOS PERSAS Y LOS GRIEGOS ENTRARON EN LA INDIA

Mucho antes de que Homero cantase la historia de la caída de Troya, mucho antes de que Rómulo levantase la primera muralla de tierra en Roma, los poetas indios cantaban las hazañas de sus héroes, y sus legisladores daban al país las leyes por que había de regirse en lo sucesivo. Sabemos todo esto, porque sus poemas y sus leyes han llegado hasta nosotros; y los sabios los estudian aún hoy en día. El más famoso de sus legisladores es Manu.

Según todas las apariencias, cuando el imperio persa se hallaba en el apogeo de su poder, poco antes de que el rey Darío hiciera la guerra a los griegos, los persas entraron en la India y obligaron a que les pagasen tributo los reyes del Penyab, (palabra que significa la tierra de los Cinco Ríos que desembocan en el Indo); a esta circunstancia se debió que les llegasen a los griegos noticias muy extrañas de los indios, entre las cuales, por lo menos, es cierta la de que aquéllos no comían carne. Pero fué necesario que pasaran ciento cincuenta años para que los mismos griegos, conducidos por el poderoso conquistador Alejandro Magno, atravesaran los pasos de las montañas indias. Al llegar al Penyab, les salió al encuentro el valiente príncipe indio llamado Poro, si bien parece que no era éste su nombre propio, sino un título que llevaban todos aquellos príncipes, como los reyes de Egipto llevaban el de Faraón. Esta batalla, en la cual fué vencido Poro, hizo a Alejandro dueño del Penyab; mas porque el vencido era valeroso y prudente, el vencedor hizo las paces con él y le devolvió su reino, aunque lo sometió a pagar tributo a los griegos.

CÓMO SE DESHIZO EL IMPERIO DE ALEJANDRO Y SE LEVANTÓ EN LA INDIA UN GRAN MONARCA

Algunos griegos se establecieron en el Penyab, como lo demuestran algunas monedas y trabajos cincelados, descubiertos en esta región; pero después que se hubo dividido el imperio de Alejandro, cesaron todas las relaciones entre el Oriente y el Occidente, y las naciones de la India prosiguieron su propio camino, como antes. De los pueblos de occidente únicamente los griegos llegaron al Penyab, pero sin penetrar más en el interior del Asia. En aquellos días surgió en el Indostán un gran monarca, llamado Asoka, cuya fama de justiciero y misericordioso se esparció por toda la India. Llegó a ser señor de casi todo el Indostán, y aun en el Sur, en el Decán, fué reverenciado su nombre. Durante su reinado, se difundieron por el extranjero las doctrinas del gran legislador que había existido ya tiempos atrás y a quien se conoce ordinariamente con el nombre de Buda, aunque tuvo otros muchos; dicha difusión fué causa de que se erigiesen numerosos templos budistas.

En lo sucesivo, por espacio de cerca de mil años, apenas hay cosa digna de mención, fuera de la aparición en la India, de los discípulos de Jesús, según suponen algunos autores, y la predicación del Evangelio; mas fueron pocos los que creyeron en él. Luego se desvirtuó la doctrina del budismo y tomó nuevamente su lugar la antigua religión, aunque también se había alterado y corrompido. Esta es la religión llamada brahmanismo, que junto con el budismo es practicada hoy día en el Indostán por las tres cuartas partes de sus habitantes.

CÓMO LOS CONQUISTADORES MUSULMANES INVADIERON LA INDIA Y FORMARON REINOS

Sobrevino luego un cambio cuando, después de enseñada por Mahoma la nueva secta, llamada Islamismo, sus sucesores se propusieron obligar a todos los hombres a hacerse musulmanes o someterse a ellos; y antes de mucho, algunos árabes o sarracenos penetraron en la India. Con todo, hubieron de pasar cerca de cuatrocientos años desde la muerte de Mahoma—el año mil de la era cristiana—antes de que los conquistadores musulmanes, al frente de numerosos ejércitos, invadiesen la India, y empezasen a erigir reinos en el Indostán, en los cuales los indios fueron gobernados por reyes y ejércitos musulmanes. El

Representa este cuadro la primera visita de un embajador inglés a un monarca de la India. Al principio, Inglaterra penetró por mar en este país, y en el tiempo en que nacía el gran poder marítimo de esta nación, la reina Isabel envió, en 1599, a Sir Juan Mildenhall para que se presentase ante Akbar, el Gran Mogol, y solicitase los privilegios de comercio para la compañía a la cual deseaba la reina hacer grandes concesiones.



Este segundo cuadro ayudará a comprender el gran cambio que ha experimentado la India. Durante 250 años creció cada vez más la influencia británica en este país, pero hasta nuestros días ha estado sometido al gobierno de sus príncipes indígenas; hoy el rey de Inglaterra es el Emperador de la India. El grabado representa a Eduardo VII cuando era príncipe de Gales, conversando con algunos príncipes indígenas, leales a la corona inglesa.

primero de estos reyes, Mahmud de Guzni, conquistó todo el Norte del Indostán con soldados de Afganistán, a la otra parte de las montañas. Siguieron muchos reyes afganos y patanos y aun turcos que reinaron en Delhi, y otros que constituyeron reinos en el Sur, a quienes los indios aborrecían como conquistadores extranjeros; pero, gracias al instinto marcial que animaba a la mayor parte de los mahometanos, éstos fueron por lo general dueños del país.

Al fin, el Indostán fué invadido por Baber, fundador del imperio mogol. Tan valiente y atrevido era este caudillo que, con solos doce mil hombres, venció a los mayores reyes del Indostán, así musulmanes como indios.

FUNDACIÓN DEL IMPERIO MOGOL Y EL GRAN REY AKBAR

El hijo de Baber, Humayun, alcanzó una época de turbulencias y fué arrojado del país; pero cuando murió, había casi logrado reconquistar su reino. Su hijo, Akbar, fué de los más grandes y famosos monarcas del mundo, no sólo porque llegó a someter por la fuerza de las armas a todo el Indostán, desde las montañas de Occidente hasta el océano en el Oriente, sino también por la extraordinaria prudencia que mostró en su reinado. Apartándose de la conducta de la mayor parte de los reyes de la India, trató de reinar, no imponiéndose por la espada y oprimiendo al pueblo, sino extendiendo por igual su justicia a todos, así indios como mahometanos. Ocupó el trono cincuenta años, desde 1556, y, a su muerte, dejó un gran imperio, el más fuerte y mejor gobernado de cuantos había visto la India desde los tiempos de Asoka.

En sus días y en los de su hijo Jehanjir, visitaron la India numerosos viajeros europeos, quienes al volver a sus países refirieron maravillas de la corte del Gran Mogol. Jacobo I de Inglaterra envió un embajador a Jehanjir. Este monarca trabajó poco por el bien de la India, porque procuró más la satisfacción de sus propios placeres que el bienestar de su pueblo. Mucho mejor emperador fué su hijo Shah Jehan, el cual edificó el célebre mausoleo Taj Mahal para su amada esposa.

CÓMO EL GOBIERNO DE LA INDIA PASÓ A LA GRAN BRETAÑA

Después de él reinó su hijo Aurangseb cerca de cincuenta años, luchando por someter a su dominio toda la India y apoderándose de los reinos que subsistían todavía en el Decán. De aquí provino, sin embargo, la ruina del imperio, pues, como su demasiada extensión no permitía gobernarle bien, tuvo que ser dividido en provincias, y, después de la muerte de este rey, los gobernadores de éstas, cuidándose muy poco del Gran Mogol de Delhi, procuraron seguir su voluntad como si fuesen independientes.

Y así fué cómo el señorío de la India pasó de manos de los indos y musulmanes que, apesar de sus diferencias, no dejaban de ser algo afines, a las de los ingleses, que ni en raza, ni en costumbres, ni en religión se parecían a los indios, si bien descendían del mismo tronco de que habían salido los bramanes y los rayputas, más de cuatro mil años atrás.

Poco antes de que Baber conquistara el Indostán, los portugueses habían descubierto el camino para la India doblando el Sur de Africa; tomaron posesión de algunos puertos en el golfo Pérsico, en la costa de la India y en las islas del Sudeste, y establecieron factorías. Luego, un siglo más tarde, Felipe II de España reunió los dominios de Portugal a su corona, y como quiera que este rey se hallaba en guerra con los ingleses y los holandeses, unos y otros se dispusieron a apoderarse del comercio establecido en estos puntos. A raíz de la muerte de Isabel de Inglaterra, así esta nación como Holanda, cada una por su parte, fundó una compañía para comerciar con las Indias.

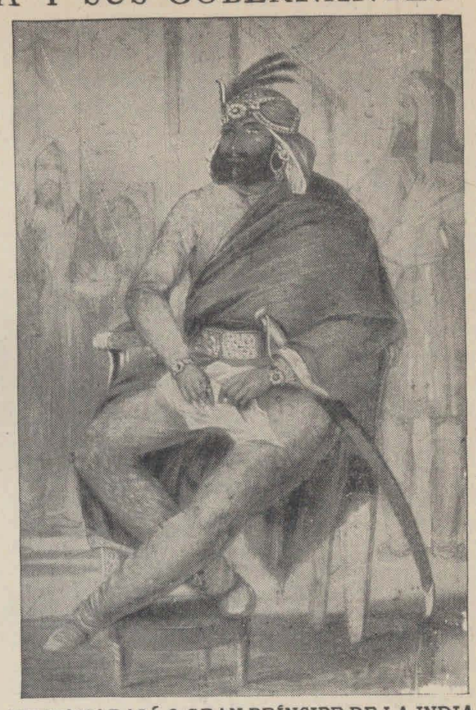
LAS FACTORÍAS QUE MODIFICARON EL CARÁCTER DE LA INDIA

Entonces los ingleses persuadieron uno a uno a los gobernantes indígenas, súbditos del Gran Mogol, a que les permitiesen establecer una estación comercial, a la que se dió el nombre de *factoría* en Surata, en Madrás y en Calcuta.

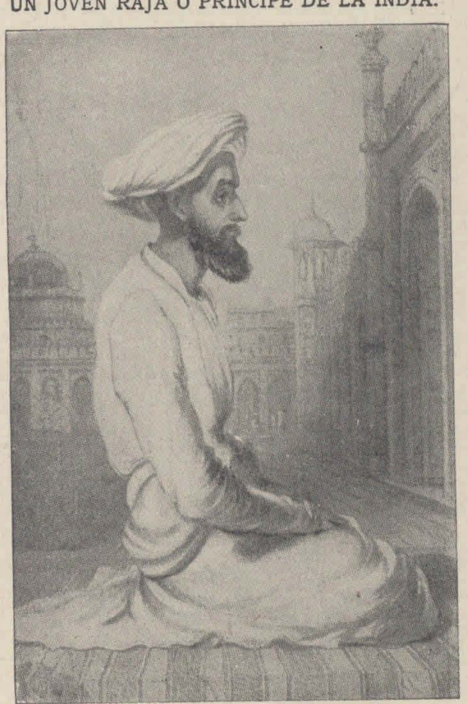
INDÍGENAS DE LA INDIA Y SUS GOBERNANTES



UN JOVEN RAJÁ O PRÍNCIPE DE LA INDIA.



UN MAHARAJÁ O GRAN PRÍNCIPE DE LA INDIA.

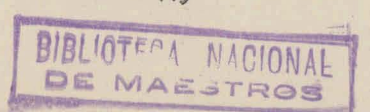


UN MAHOMETANO EN ORACIÓN.



UN HACENDADO Y UN MILITAR.

Hay en la India muchas clases de habitantes; los de las montañas difieren notablemente de los de las llanuras. Sus príncipes vivían con gran magnificencia y poseían gran poder antes de que este territorio estuviese sometido al gobierno de Inglaterra. Los vestidos, así de los príncipes como de los demás indios, son muy pintorescos; el traje de un habitante indica a primera vista la jerarquía u ocupación que tiene.



Cuando Portugal se separó de España, Carlos II de Inglaterra se casó con una princesa portuguesa, la cual le llevó en dote Bombay de que los portugueses se habían apoderado hacía bastante tiempo. Por su parte, los franceses, siguiendo el ejemplo de los ingleses, obtuvieron autorización para establecer factorías en Pondicherry, no lejos de Madrás, y en Chandernagora, próximo a Calcuta. Todo esto tuvo lugar antes de la muerte de Aurangseb, cuando todavía era poderoso el Gran Mogol.

Más tarde, precisamente cuando el imperio Mogol se desmenuzaba en cierto número de provincias, que en realidad eran reinos independientes, suscitáronse grandes rivalidades entre Inglaterra y Francia, cada una de las cuales intentaba conquistar el favor de los príncipes indígenas, a fin de asegurar cuanto pudiesen su comercio e impedir el de otros. Por fin, cuando más crecía el desorden en lo interior del imperio Mogol y se presentaba como probable la ruptura de hostilidades entre Inglaterra y Francia, motivada por asuntos que en otras partes del mundo ventilaban ambas naciones, ocurrióscle a un francés, Francisco Dupleix, hombre muy inteligente, un plan para expulsar enteramente de la India a los Ingleses.

UN FRANCÉS QUE TRABAJA POR CONQUISTAR LA INDIA PARA FRANCIA

Supuso Dupleix que a no estar en la India los ingleses, les sería fácil a los franceses hacerse tan útiles a sus protegidos en las contiendas que probablemente se suscitarían cada vez con más frecuencia entro los príncipes indígenas, que pronto se hallarían en condiciones de obtener casi todo cuanto pudieran desear. Y estaba tanto más seguro de esto, cuanto vió que las tropas francesas podían luchar mucho mejor que las indígenas y conjeturó que éstas, instruídas y capitaneadas por oficiales franceses, serían casi tan buenas como las de la última nacionalidad.

Así, cuando se efectuó la esperada declaración de guerra entre Francia y la Gran Bretaña, Dupleix atacó a los ingleses en Madrás y se apoderó de esta ciudad. Entonces, el gobernante de esta región india, llamado el Nabab de Carnatic, quiso arrojar a los franceses de Madrás, lo cual dió a Dupleix ocasión para convencerse de lo acertada que era su idea de poner oficiales franceses al mando de las tropas indígenas. En efecto, con un puñado de hombres, logró dispersar un numerosísimo ejército que el Nabab había enviado contra él. Al fin y al cabo los franceses hubieron de evacuar a Madrás, porque, al terminar la guerra, ambas partes hubieron de restituirse las conquistas hechas durante ella, pero luego, según Dupleix había esperado, los príncipes indígenas empezaron a disputar unos contra otros, y una de las partes se apresuró a pedir ayuda a los franceses. Los ingleses, naturalmente, apoyaban siempre a los contrarios de aquéllos.

EL EJÉRCITO FRANCÉS ES ARROJADO DE LA INDIA

Por este tiempo la fortuna de la guerra les fué adversa a los franceses, porque, mientras éstos y sus aliados parecían salir vencedores de los ingleses y los suyos, fué enviado un joven y atrevido oficial inglés, Roberto Clive, a apoderarse de la capital del enemigo, la ciudad de Arkot. Clive se apoderó de ella, y luego, con sus hombres la defendió con tal vigor contra un poderoso ejército, que llegó en breve a derrotarlo. De ello sacaron los ingleses y sus aliados cuantas ventajas les fué posible. Aunque nuevamente se hizo la paz en la India, no tardó en estallar la guerra entre franceses e ingleses, y esta vez quedaron tan batidos los primeros que Francia hubo de prometer retirar de la India sus soldados.

Así, en vez de expulsar los franceses a los ingleses, como Dupleix había esperado, fueron aquéllos los expulsados, dejando a éstos llevar a cabo todos los planes que Dupleix imaginaba ejecutarían sus compatriotas. Los franceses habían enseñado a los ingleses cómo podían hacerse fuertes en la India, y éstos supieron aprovechar la lección.

Antes de salir del país los franceses, ocurrió un hecho que hizo a Inglaterra



La India está separada de lo restante del Asia por cordilleras de montañas elevadísimas. Sólo hay uno o dos pasos o puertas, por las que puede comunicarse con las naciones que la rodean. El grabado muestra el paso de Bolan, por el cual cruza el camino al Afganistán, ocupado por tropas inglesas en marcha para Kandahar.

dueña de la importantísima provincia de Bengala.

EL CRUEL PRÍNCIPE QUE ENCERRÓ A MULTITUD DE INFELICES EN LA CUEVA NEGRA DE CALCUTA

El príncipe de Bengala, como el de Carnatic, era llamado Nabab; y su nombre era Siray-ud-Daola. Era muy necio y muy cruel. Irritado por la conducta de algunos ingleses en Calcuta, tomó cerca de ciento cincuenta de ellos y los encerró, una calurosísima y sofocante noche, en una pequeña habitación con sólo una ventanilla, llamada desde entonces la « Cueva negra de Calcuta »; el resultado fué que a la mañana siguiente casi todos ellos habían muerto. Determinaron los ingleses de Madrás castigar al Nabab de Bengala, y para esto enviaron a Clive por mar con tropas y algunos navíos que se hallaron a mano. No tardó el oficial inglés en derrotar a las tropas del Nabab, a lo cual siguió la nueva toma de Calcuta; además, algunos príncipes indígenas que habían resuelto deshacerse de Siray-ud-Daola, rogaron a Clive que les ayudara.

Marchó entonces éste contra el Nabab con un ejército de tres mil hombres, y el Nabab le salió al encuentro con otro de cincuenta mil; los últimos quedaron derrotados en la famosa batalla de Plassey, y muerto Siray-ud-Daola. A pertir de esta victoria, todos los príncipes indígenas se sometieron a Clive; y aun cuando éste designó nuevo Nabab, vióse obligado a ser, en realidad, el gobernante de Bengala, y poco más tarde el Gran Mogol accedió a que Bengala perteneciese a los Ingleses.

LUCHAS ENTRE LOS INGLESES Y LOS PRÍNCIPES DE LA INDIA

De esta menera, los ingleses hallaron de repente que su compañía de comercio, con sus pocas factorías, había llegado a ser gobernadora de toda una gran provincia, mientras el Nabab de otra gran provincia, la de Carnatic, les había prometido obediencia. Las dos provincias juntas formaban sólo una pequeña porción de la India; pero eran más grandes que cada una de las gobernadas por los príncipes indígenas; excepto, desde luego, el Mogol que se suponía imperaba sobre todas ellas, incluso la inglesa. En consecuencia, el gobierno inglés designó un gobernador general para estos nuevos dominios, Warren Hastings, que fué muy vituperado por algunas acciones y acusado de ellas en pleno parlamento. Con todo, a él debe Inglaterra haber establecido un gobierno bueno y fuerte.

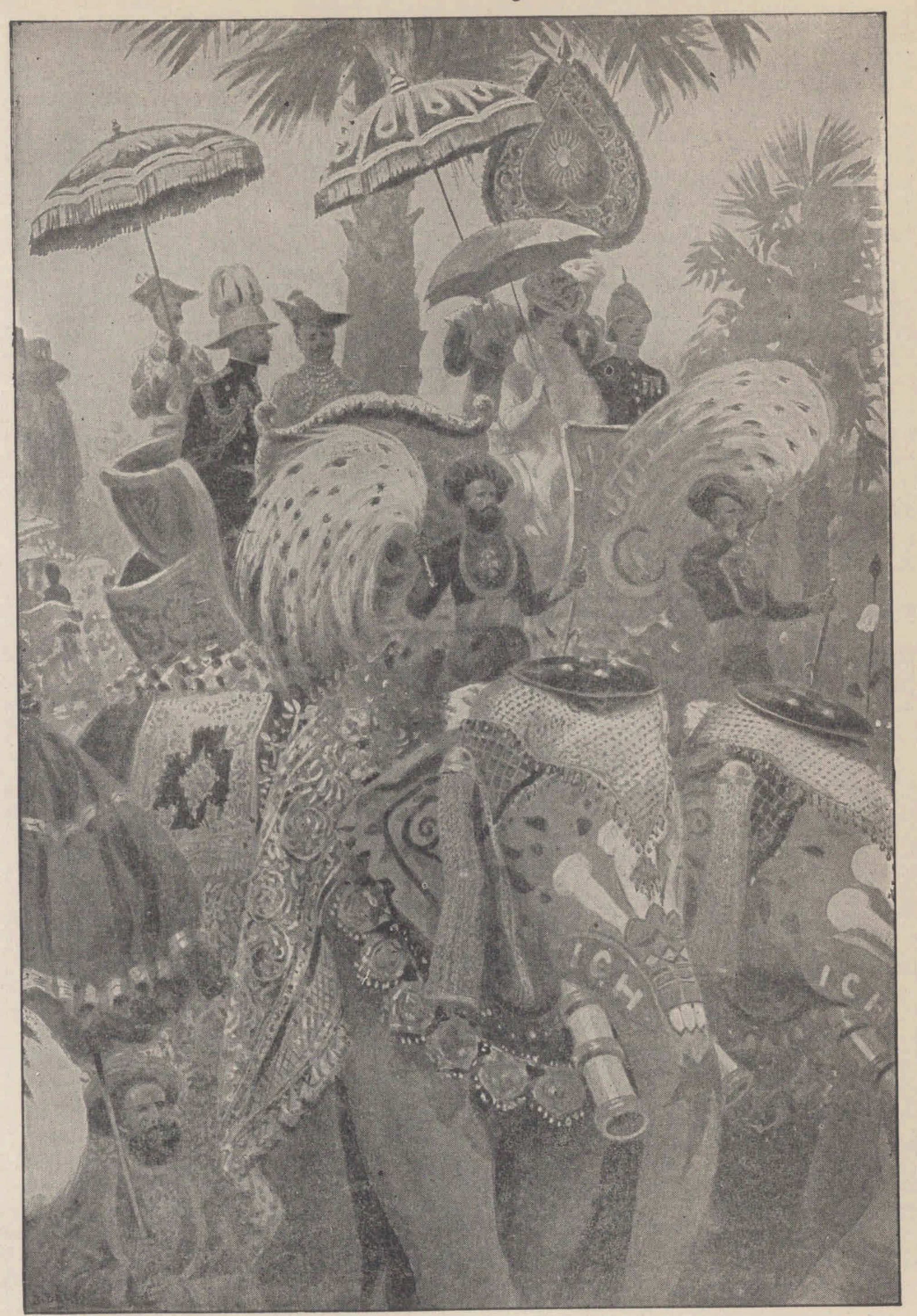
Mientras los ingleses ansiaban principalmente asegurar lo que habían adquirido y fundar un buen gobierno en aquellas provincias, los príncipes indígenas daban por seguro que aquéllos deseaban hacer más conquistas; fuera de lo cual, dos o tres de estos príncipes anhelaban engrandecer sus propios territorios, y quizás hacerse dueños de toda la India, ahora que el verdadero poder mogol era tan pequeño; como quiera que fuese, todos ellos hubieran visto con satisfacción arrojados a los ingleses del territorio.

Así sucedió que tres veces en el curso de veinte años el gran estado meridional de Maisur desafió a Inglaterra, y algo más tarde los habitantes de Nepal, que se hallan en las montañas de la parte Norte de la India, en donde bordean la cuenca del Ganges, procuraron posesionarse de parte de la llanura que se extiende en la región inferior.

CÓMO EL DOMINIO BRITÁNICO SE EXTENDIÓ SOBRE TODA LA INDIA Y SOBREVINO UN TERRIBLE LEVANTAMIENTO

El hecho que acabamos de citar originó guerras entre los ingleses y estas provincias, las cuales, al final de la lucha, tuvieron que ceder a los primeros algunas porciones de las mismas, pero los habitantes, llamados gorcas, trabaron amistad con los ingleses. Posteriormente, cierto número de príncipes de la raza, llamados máratas, hicieron guerra a la Gran Bretaña, y algunos de ellos perdieron también la mayor parte de sus territorios. Por último, los siks que gobernaban en el Panyab, invadieron los territorios ingleses y se levantaron contra Inglaterra, como antes lo había hecho el estado de Maisur; y, una vez terminada la guerra, la Gran Bre-

EL FAUSTO DE LOS VIAJES EN LA INDIA



Este grabado muestra al rey Jorge y a la reina María, de Inglaterra, durante una visita a la India, cabalgando en elefante cubierto de brillantes y ricos jaeces.

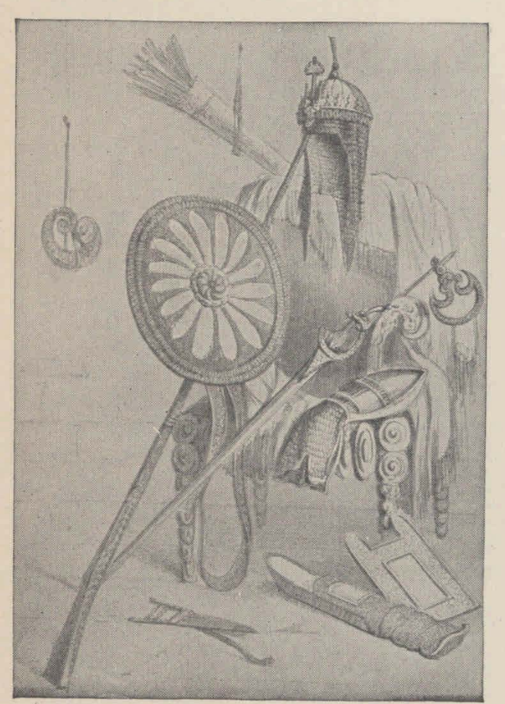
taña tomó posesión del Panyab. Desde este momento, toda la India comprendida entre el círculo de las montañas y el mar, quedó bajo el gobierno de Inglaterra, aunque a los príncipes que no se habían levantado contra ella se les permitió permanecer dueños de sus reinos. En 1857, tuvieron los ingleses un terrible día de prueba en la India, cuando los regimientos de cipayos de toda la llanura del Ganges se amotinaron contra los oficiales y el gobierno británico, secundados por los mahometanos, ansiosos de restaurar la antigua dominación de los mogoles. En los puntos en donde había suficientes regimientos de soldados ingleses, el motín fué dominado; pero en donde éstos escaseaban y en cambio abundaban los regimientos indígenas, la defensa se hizo muy difícil.



Guerrero de las tribus sijs.

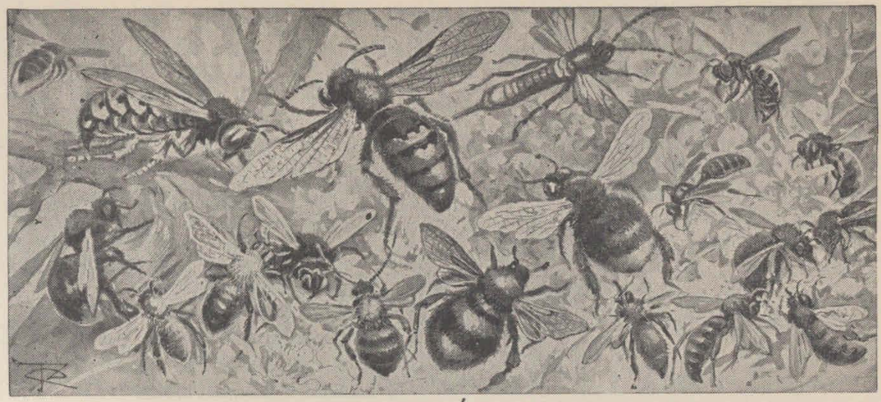
LA PAZ QUE SIGUIÓ AL MOTÍN Y EL NUEVO IMPERIO

En Cawnpur, el jefe de los rebeldes, Nana Sahib, prometió conservar la vida a los ingleses, si se entregaban; pero, quebrantando su palabra, los asesinó a todos. En Lucknow, la guarnición se resistió y aguantó un largo sitio, hasta que fueron socorridos, primero por Havelock y Outram, luego por tropas de refresco procedentes de Inglaterra y mandadas por Sir Colin Campbell. A causa del gran número de amotinados en Delhi, residencia del Mogol, una fuerza británica sitió la ciudad y la tomó después de algún tiempo. Poco después de la llegada de Sir Campbell con sus tropas de socorro, el motín quedó enteramente reprimido.



Armas de los sijs.

Después de esto, la nación inglesa, creyendo que había llegado el tiempo de poner fin al gobierno de la India por una compañía de mercaderes, lo dió a la reina Victoria que a la sazón ocupaba el trono de Inglaterra. Por último, en 1876, la misma reina recibió el título de Emperatriz, porque los mogoles habían llevado el de emperadores. Actualmente el rey de Inglaterra es también emperador de la India.



LAS REPÚBLICAS

Las afanosas hormigas, que en medio de los ardores estivales trabajan incansables en la tarea de henchir un granero; las industriosas abejas que zumbando entre madreselvas y romeros, salvias y tomillos y otras flores aromáticas recogen las esencias y materiales exquisitos con que han de elaborar la miel; los rebaños que desfilan por las hondonadas pastando la menuda yerba entre balidos, silbos de zagales y ruido de cencerros, han inspirado a José María Gabriel y Galán, poeta natural de Frades de la Sierra (Salamanca, 1870–1906), los hermosos versos que con el título de «Las Repúblicas» nos hacen admirar las bellezas de la vida campesina, cantadas en sextillas o estrofas de seis versos de ocho sílabas, que con su acompasada y cadenciosa monotonía parecen reflejar el ambiente de sana sencillez de que goza la gente labriega.

HE admirado el hormiguero
Cuando henchían su granero
Las innúmeras hormigas.
He observado su tarea
Bajo el fuego que caldea
La estación de las espigas.

Esquivando cien alturas
Y salvando cien honduras,
Las conduce hasta las eras
Un sendero largo y hondo
Que labraron desde el fondo
De las lóbregas paneras.

Y en hileras numerosas,
Paralelas, tortüosas,
Van y vienen las hormigas...
La vereda es dura y larga,
Pesadísima la carga
Y asfixiantes las fatigas;

Mas la activa muchedumbre,
Sobre el hálito de lumbre
Que la tierra reverbera,
Senda arriba y senda abajo,
Se embrïaga en el trabajo
Que le colma la panera.

Son comunes los quehaceres,
Son iguales los deberes,
Los derechos son iguales,
Armoniosa la energía,
Generosa la porfía,
Los amores, fraternales.

Si rendida alguna obrera
Por avara, no subiera
Con la carga la alta loma,
La hermanita más cercana
Con amor de buena hermana
La mitad del peso toma.

Nadie huelga ni vocea,
Nadie injuria ni guerrea,
Nadie manda ni obedece,
Nadie asalta el gran tesoro,
Nadie enceta el grano de oro
Que al tesoro pertenece...

He observado el hervidero
Del innúmero hormiguero
En sus horas de fatigas...
Si en los ocios invernales
Sus costumbres son iguales,
¡Son muy sabias las hormigas!

II

He observado la colmena
Al mediar una serena
Tarde plácida de Mayo.
La volante, la sonora
Muchedumbre zumbadora
Laboraba sin desmayo.

¡Qué magnífica opulencia
La de aquella florescencia
De los campos amarillos!...
Madreselvas y rosales,
Agabanzos y zarzales,
Mejoranas y tomillos...

Todo vivo, todo hermoso,
Todo ardiente y oloroso,
Todo abierto y fecundado;
Los perales del plantío,
Los cantuesos del baldío,
Las campánulas del prado...

Y en corolas hechiceras,
Y en pletóricas anteras,
Y en estilos diminutos,
Y en finísimos estambres,
Van buscando los enjambres
Las esencias de los frutos.

Y los finos aguijones
En robadas libaciones
Van llevando a los talleres
Lo mejor de la riqueza
Que vertió Naturaleza
Por los términos de Ceres.

Zumba el himno rumoroso
Del trabajo fructüoso
Con monótona dulzura:
Las obreras impacientes
Salen y entran diligentes
Por la estrecha puerta obscura.

Las que dentro descargaron
Las esencias que libaron,
Palpitantes aparecen,
Vuelo toman oscilante
Y en la atmósfera radiante
Volteando desparecen.

Las que tornan presurosas
Con sus cargas deliciosas
De ambrosías y colores,
No parecen volanderas
Juiciosísimas obreras,
Sino aladas lindas flores.

No se estorban ni detienen
Las que ricas de oro vienen,
Las que en busca van del oro...
Unas liban y acarrean,
Otras labran y moldean,
¡Todas hinchen el tesoro!

Y hacinados en los cienos
Expulsados de los senos
Del alcázar del trabajo,
Los cadáveres viscosos
De los zánganos ociosos
Se corrompen allá abajo...

III

Cosas buenas he aprendido
Contemplando embebecido
Resbalar por la hondonada
La sonora algarabía
De la alegre pastoría
Que despunta la otoñada.

¡Qué bien suenan sobre fondo
De quietudes dulce y hondo
El latir de roncos perros,
El vibrar de los silbidos,
El clamor de los balidos
Y el rum rum de los cencerros!

Y cayendo sobre el coro
Como lágrimas de oro
De la vida natural,
¡Qué amorosas complacencias
Desparraman las candencias
De la gaita del zagal!

Blandamente resbalando
Las ovejas van pasando;
Paz y hierba van paciendo;
Los bocados que una deja
Son bocados de otra oveja
Que a la hermana va siguiendo.

Los corderos baladores
Van en grupos triscadores
Asaltando los repechos,
Coronando los cerrillos,
Despuntando los tomillos
Y brincando los helechos.

Y el que topa con la ubre
O a lo lejos la descubre,
Bala y corre hacia la oveja,
Se arrodilla tembloroso,
Llena el cuajo, trisca airoso
Y esponjándose se aleja.

En la honrada pastoría
Cada amante madre cría
Su corderuelo querido...
¡No hay cordero destetado
Porque lo haya abandonado
La madre que lo ha parido!

Venerable pastor viejo
Con zamarra de pellejo
De los muertos recentales,
Siempre atento vigilando
El rebaño va guiando
Por los buenos pastizales.

Como abuelo que a su niño
Lleva en brazos con cariño,
Rebosante de placer,
El silvestre viejo austero
Lleva el trémulo cordero
Que ha acabado de nacer.

Los zagales silbadores,
Los ingenuos tañedores

De la gaita cadenciosa,
Viendo van las avanzadas
Y alegrando con tonadas
La pïara rumorosa.

Y librándola de robos
De raposas y de lobos,
Van retándolos a muerte
Dos mastines corpulentos
Con ojos sanguinolentos,
Paso grave y pecho fuerte.

El pastor es cuidadoso,
El otoño es amoroso,
Son alegres los rapaces,
Las ovejas obedientes,
Los mastines muy valientes
Y los campos muy feraces...

Han gozado mis pupilas
La visión de las tranquilas
Ovejitas resbalando...
Paz y hierba van paciendo,
Dulce vida van viviendo,
Grata huella van dejando...

. . . . .

Esta vida que vivimos
Los que reyes nos decimos
De este mundo engañador,
No es la vida sabia y sana...
¡Ay! ¡la república humana
Me parece la peor!...

EL RELOJ

Ruedan las horas, tristes o alegres, llevándose jirones de nuestra existencia; pasan las estaciones y los años, marchitando lozanías; y allá, en lo alto de la torre, permanece la esfera del reloj, como rostro de un ser invisible que con la voz de sus campanadas fuera contando los pasos del mundo hacia la eternidad. Tal es el pensamiento que se desenvuelve poéticamente en la siguiente composición de José Zorrilla, el poeta de las leyendas y de Don Juan Tenorio, uno de los primeros representantes del romanticismo en España (1817–1893).

CUANDO en la noche sombría
Con la luna cenicienta,
De un alto reloj se cuenta
La voz que dobla a compás;
Si al cruzar la extensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detrás;
Se fijan allí los ojos,
Y el corazón se estremece,
Que según el tiempo crece,
Más pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano,
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia más bella
Porque se pierde después.
¡Tremenda cosa es pasando
Oir entre el ronco viento,
Cuál se despliega violento
Desde un negro capitel
El son triste y compasado
Del reloj, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él!
Aquel misterioso círculo,
De una eternidad emblema,
Que está como una anatema,
Colgado en una pared,
Rostro de un ser invisible
En una torre asomado,
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,
Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De menos al despertar.
Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso a la eternidad;
La envió a reir de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina,
Porque el sol es la verdad.
Así a la luz de esa hoguera,
Que ha suspendido en la altura,
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reló;
El sol alumbra las horas
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.
Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta,
Y se embriaga y ríe y canta
De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmoble un reloj marcando
Las horas que van pasando
En su báquico furor...
¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared:
Ver en números escritos
De nuestro orgulloso ser

La miseria... el polvo... nada,
Lo que será nuestro *fué*!
Es triste oir de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el rüido
De los descarnados pies
De la muerte que viniera
Nuestra existencia a romper;
Oir su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces igual, continuo,
Como la primera vez.
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve a caer,
Tiende la noche su sombra;
Y vuelve el sol otra vez;
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno también;
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reloj dando las horas
Que no habrán más de volver,
Y murmurando a compás
Una sentencia crüel
Susurra el péndulo, « *nunca,*
Nunca, nunca vuelve a ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué ».

EL OMBÚ

¡El ombú! El árbol secular y gigantesco de la pampa, que bajo de su espeso ramaje, impenetrable así a las lluvias del aguacero como a los abrasadores rayos del sol, brinda protección y abrigo al viajero fatigado, y que ha sido mudo testigo de cien luchas entre la civilización y la barbarie, tiene su cantor inspirado en el poeta argentino Luis L. Domínguez (1819–1898), que nos describe sus glorias, en vibrantes « octavillas », con la galanura y el brío que realzan la siguiente poesía.

CADA comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
El Brasil, su sol ardiente;
Minas de plata el Perú,
Montevideo, su cerro;
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene su pampa grandiosa;
La pampa tiene el ombú...

¡El ombú!—Ninguno sabe
En qué tiempo, ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas su tronco tan nudoso,
Su corteza tan roída,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí encierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo,
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del pampero,
Que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto
El ombú, como un amigo
Presta a todos el abrigo
De sus ramas con amor.
Hace techo de sus hojas,
Que no filtra el aguacero,
Y a su sombra el sol de enero
Templa el rayo abrasador.

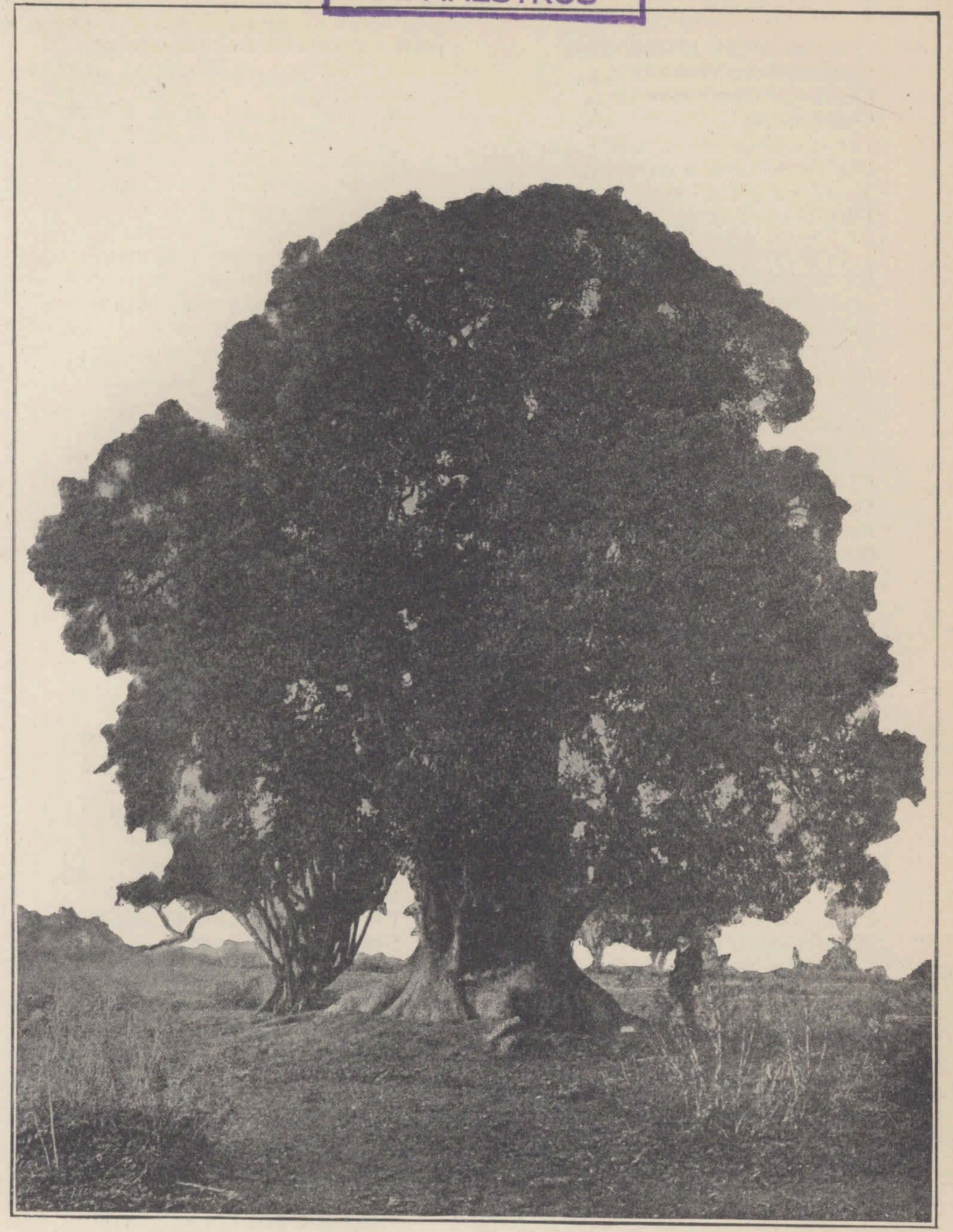
Cual museo de la pampa
Muchas razas él cobija;
La rastrera lagartija
Hace cuevas a su pie,
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza,
Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube a Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que a una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa tumba salvaje,
Que en la llanura se oculta,
Hasta la porción más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la pampa
Sus dominios dividiendo,
Que va el bárbaro cediendo
Palmo a palmo a la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro dios que el Valichú,
Que en chamal y poncho envuelto
Con los laques en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú.

¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado,
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
A su pie se ha combatido;



EL OMBÚ

Su quietud ha interrumpido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo,
Que a los indios venció allí;
Por uno de esos valientes,
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí...

A su sombra melancólica
En una noche serena
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado,
El señor de aquella tierra
De su ganado la hierra
Presencia alegre tal vez;
O tomando el matecito
Bajo sus ramos frondosos,
Pone paz a dos esposos,
O en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes
Haciendo círculo al fuego
Los que van a salir luego
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de larga ausencia
Vuelve el gaucho a su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza a divisar
El ombú solemne, aislado,
De gallarda, hermosa planta,
Que a las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

SANTOS VEGA

La leyenda de Santos Vega, personificación del gaucho de la pampa argentina, elevada por la imaginación popular a la categoría de un mito nacional, de un mito simbólico del destino de la raza, aparece maravillosamente cantada en las siguientes décimas, tan brillantes como ricas de armonía. Este bello poema, en que, sobre un fondo del más puro realismo, se destaca la genial figura del «payador» inflamando a los bravíos habitantes de la llanura en el amor a la gloria e independencia de la patria y sucumbiendo más tarde al pie de un ombú, en una justa de canto de guitarra, compitiendo con el diablo, es obra de Rafael Obligado, uno de los poetas más cultos que han escrito en la lengua de Cervantes. Obligado nació en Buenos Aires, en 1851, y es el poeta argentino nacional por excelencia.

EL ALMA DEL PAYADOR

CUANDO la tarde se inclina
Sollozando, al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Para la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio,
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hiere el ombú del soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
Las brillazones remedan
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un jinete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega a las márgenes solas...
¡Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario, algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y, alzando, en vez de sus cantos,
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
«¡El alma del viejo Santos!»

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que el payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que a mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La convicción de que es mía
¡La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,
Ya por los campos rutila
Del sol la grande, tranquila
Y victoriosa mirada.
Sobre la curva lomada
Que asalta el cardo bravío,
Y allá en el bajo sombrío
Donde el arroyo serpea,
De cada hierba gotea
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines
De la Pampa, uno tras otro,
Sobre el indómito potro
Que vuelca y bate las crines,
Abandonando fortines,
Estancias, rancho, mujer,
Vienen mil gauchos a ver
Si en otro pago distante
Hay quien se ponga delante
Cuando se grita: ¡a vencer!

Sobre el inmenso escenario
Vanse formando en dos alas,
Y el sol reluce en las galas
De cada bando contrario;
Puéblase el aire del vario
Rumor que en torno desata
La brillante cabalgata
Que hace sonar, de luz llenas,
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
Divide el campo después,
Señalando de través,
Larga huella por el llano;
Y alzando luego en su mano
Una pelota de cuero
Con dos manijas, certero
La arroja al aire, gritando:
—«¡Vuela *el pato*!... ¡Va buscando
Un valiente verdadero!»

Y cada bando a correr
Suelta el potro vigoroso,
Y aquél sale victorioso,
Que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
En medio, la turba calla,
Y a ambos lados de la valla
De nuevo parten el llano,
Esperando del anciano
La alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
Ronco truena en el circuito,
Y el caballo salta al grito
De su impávido señor;
Y vencido y vencedor
Del noble triunfo sedientos,
Se atropellan turbulentos
En largas filas cerradas,
Cual dos olas encrespadas
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
Su feliz conquistador,
Y su bando en derredor
Le defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
El ágil bruto, y chocando
Entre sí, corren dejando
Por los inciertos caminos,
Polvorosos remolinos
Sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego
Por el campo arrebatado,
De los unos conquistado
De los otros presa luego;
Vense, entre hálitos de fuego,
Varios jinetes rodar,

Otros súbito avanzar
Pisoteando los caídos;
Y en el aire sacudidos,
Rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,
De las lagunas vecinas,
Como vivientes neblinas,
Estrepitosas bandadas;
Las grandes plumas cansadas
Tiende el chajá corpulento;
Y con veloz movimiento
Y con silbido de balas,
Bate el carancho las alas
Hiriendo a hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
Robusto joven la prenda,
Y tendido, a toda rienda:
—« ¡Yo solo me basto! » grita.
En pos de él se precipita,
Y tierra y cielos asorda,
Lanzada a escape la horda
Tras el audaz desafío,
Con la pujanza de un río
Que anchuroso se desborda.

Y allá van todos unidos,
Y él los azuza y provoca,
Golpeándose la boca,
Con salvajes alaridos,
Danle caza, y confundidos,
Todos el cuerpo inclinado
Sobre el arzón del recado,
Temen que el triunfo les roben,
Cuando, volviéndose, el joven
Echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
Abatía, y silencioso,
Su abanico luminoso
Desplegaba en occidente,
Cuando un grito, de repente,
Llenó el campo y, al clamor,
Cesó la lucha, en honor
De un solo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
« ¡Santos Vega, el payador! »

Mudos ante él se volvieron,
Y, ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta
Un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos
De Santos Vega cantaban
Y en su guitarra zumbaban
Estos vibrantes sonidos:

« Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, ésos vengan
A escuchar esta canción:
Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina,
Y que en la tierra argentina
Clavó la enseña española.

» Hoy mi guitarra en los llanos,
Cuerda por cuerda, así vibre:
¡Hasta el chimango es más libre
En nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños y ancianos,
El rancho aquel que primero
Llenó con sólo un ¡te quiero!
La dulce prenda querida,
¡Todo!... ¡el amor y la vida,
Es de un monarca extranjero!

» Ya Buenos Aires, que encierra
Como las nubes el rayo,
El Veinticinco de Mayo
Clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
Pueblo argentino! ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?
¡De Buenos Aires nos llaman,
A Buenos Aires volemos!

» ¡Ah! ¡Si es mi voz impotente
Para arrojar con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros
Por el vasto continente;
Si jamás independiente
Veo el suelo en que he cantado,
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde,
Entiérrenme en campo verde
Donde me pise el ganado! »

Cuando cesó esta armonía,
Que los conmueve y asombra,
Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía...
¡Patria! a sus almas decía,
El cielo de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
De las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
Del panojal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,
Y el himno audaz repitieron,
Cuando a Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,

Cuando por fin se lanzaron
Tras el Andes colosal,
Hasta aquel día inmortal
En que un grande americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento;
En el amplísimo asiento
Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;
Y hacen señas no hagan ruido
Los que están a los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
A palpar a Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima a la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que a Vega cerca,
Un jinete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo en su estupor,
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados sintieron
Temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
Y desenvuelto ademán,
Y dijo:—« Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo
Lo mismo es Pedro que Juan ».

Alzó Vega la alta frente,
Y le contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.
—« Por fin, dijo fríamente
El recién llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que éstos provocan,
De saber cómo se chocan
Las canciones que cantamos ».

Así diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos
Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
« La he besado hace un momento ».

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba.
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados
La embriaguez a los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor; y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludio intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras
Y las tardes pampeanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó
Y tembló la muchedumbre,
Porque echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el tallo esbelto,
Fué a sentarse, medio envuelto
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
En la pampa misteriosa,
A esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquélla esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que va en pos del ideal,
Como el cóndor a los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;
La promesa del arado
Que abre cauces a la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto,
Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.
Y a la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
E, inclinando el rostro hermoso,
Dijo:—« Sé que me has vencido ».
El semblante humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió a la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su postrer canto:

—« Adiós, luz del alma mía,
Adiós, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras,
Que mi espíritu bebía;
Adiós, mi única alegría,
Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va a hundir
En lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,
El momento de morir! »

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra, copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente, Juan Sin Ropa
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento terminó:
—« Y si cantando murió
Aquél que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció ».

EL FARO DE MALTA

En esta poesía, de gusto marcadamente clásico, escrita en versos libres, vemos pintada con expresivas imágenes y abundantes primores de lenguaje poético la emoción intensa que se apoderó del ánimo del poeta prófugo y en peligro de caer en manos de sus perseguidores, al contemplar el faro de Malta, que le señalaba un puerto salvador, de seguro asilo. El autor, Don Ángel de Saavedra, duque de Rivas (1791–1865), figuró más tarde entre los primeros cultivadores del romanticismo español, que le debe, entre otras composiciones, un drama famoso, el « Don Álvaro », y preciosos romances, de los que damos una muestra escogida en esta misma obra.

ENVUELVE al mundo extenso triste noche,
Ronco huracán y borrascosas nubes
Confunden y tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra:
Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del caos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.
En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta a tus pies, do rebramante,
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:
Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,

Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como a numen bienhechor te adora,
Y en ti los ojos clava.
Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,
Recamado de estrellas y luceros,
Por él rueda la luna;
Y entonces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde al par de los astros.
Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas aleves, áridos escollos:
Falso señuelo son, lejanas cumbres
Engañan a las naves.
Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmoble posición indica
El trono de un monarca, eres su norte,
Les adviertes su engaño.
Así de la razón arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones
O de aleves halagos de fortuna,
A los ojos del alma.
Desque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio;
Ni una vez sólo a mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos
Sin saludarte, y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.
¡Cuantos, ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán!... tras larga ausencia
Unos, que vuelven a su patria amada,
A sus hijos y esposa.
Otros, prófugos, pobres, perseguidos,
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y a quienes que lo hallaron tu luz dice,
Hospitalaria estrella.
Arde, y sirve de norte a los bajeles,
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde,
Me traen nuevas amargas y renglones
Con lágrimas escritos.
Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho,
Destrozado y hundido en amargura
Palpitó venturoso!
Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar entre ásperos bajíos
Vi tu lumbre divina:
Viéronla como yo los marineros,
Y, olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdían,
¡¡Malta!! ¡¡Malta!! gritaron;
Y fuiste a nuestros ojos la aureola
Que orna la frente de la santa imagen
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.
Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,
Por la llama y los fúlgidos destellos
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El arcángel dorado que corona
De Córdoba la torre.

UNA VISITA AL CEMENTERIO

Tan grande, tan inmenso es el amor maternal, que no pueden señalársele límites. Así nos lo expresa con notable originalidad en la siguiente balada dramática, traducida por Jaime Clark en versos pareados, el poeta austriaco Juan Nepomuceno Vogl (1802–1866), uno de los escritores vieneses más celebrados en la primera mitad del siglo pasado, por su vena inagotable.

LLAMAN con ronca voz.—Sepulturero,
Buen viejo, abrid la puerta, abrid ligero.

Abrid la puerta, el báculo empuñad
Y una querida tumba me enseñad.

Así habla un hombre con la tez tostada,
La barba por la pólvora encrespada.

—¿Cuál es el nombre de ése a quien amáis
Y entre mis mudos huéspedes buscáis?

—Busco a mi madre. ¡Ay! ¡sí, mi pena es harta!
¿No conocéis al hijo de la Marta?

—A fe no os conociera. ¿Aquél sois vos?
¡Y cómo habéis crecido, valme Dios!

Pero, seguid; mirad, bajo esa losa,
La que buscáis en santa paz reposa.

Allí descansa en fúnebre mansión
La madre que os embarga el corazón.

Y sin decir palabra el forastero,
Triste la frente dobla al dolor fiero.

Y al ver la tumba do descansa en paz
El llanto baña su morena faz.

E incrédulo replica:—Aquí no mora
La tierna madre a quien mi pecho adora.

¿Cómo queréis que encierre este rincón
Tan breve, de una madre el corazón?

EPÍSTOLA

Luchar es nuestro destino sobre la tierra, luchar siempre, ya contra los instintos aviesos de nuestra naturaleza, ya contra los mil obstáculos que se oponen a la realización de nuestros buenos propósitos. Debemos vivir en constante lucha contra las resistencias interiores y exteriores que dificultan el cumplimiento de nuestros deberes. Bellamente glosa estos pensamientos el poeta español Ventura Ruiz Aguilera (1820–1881) en los tercetos que siguen, donde nuestros lectores hallarán un ejemplo de serena y persuasiva elocuencia, al par que de admirable corrección.

NO arrojará cobarde el limpio acero
Mientras oiga el clarín de la pelea,
Soldado que su honor conserve entero;
Ni del piloto el ánimo flaquea
Porque rayos alumbren su camino
Y el golfo inmenso alborotarse vea.

¡Siempre luchar!... del hombre es el destino;
Y al que impávido lucha, con fe ardiente,
Le da la gloria su laurel divino.
Por sosiego suspira eternamente;
Pero ¿dónde se oculta, dónde mana
De esta sed inmortal la ansiada fuente?...

En el profundo valle, que se afana
Cuando del año la estación florida
Lo viste de verdura y luz temprana;
En las cumbres salvajes, donde anida
El águila, que pone junto al cielo
Su mansión de huracanes combatida,

El límite no encuentra de su anhelo;
Ni porque esclava suya haga la suerte,
Tras íntima inquietud y estéril duelo.
Aquél sólo el varón dichoso y fuerte
Será, que viva en paz con su conciencia
Hasta el sueño apacible de la muerte.

¿Qué sirve el esplendor, qué la opulencia,
La oscuridad, ni holgada medianía,
Si a sufrir el delito nos sentencia?
Choza del campesino, humilde y fría,
Alcázar de los reyes, corpulento,
Cuya altitud al monte desafía,

Bien sé yo que, invisible como el viento,
Huésped que el alma hiela, se ha sentado
De vuestro hogar al pie el remordimiento.
¿Qué fué del corso altivo, no domado
Hasta asomar de España en las fronteras
Cual cometa del cielo desgajado?

El poder que le dieron sus banderas
Con asombro y terror de las naciones
¿Colmó sus esperanzas lisonjeras?...

Cayó; y entre los bárbaros peñones
De su destierro, en las nocturnas horas
Le acosaron fatídicas visiones;

Y diéronle tristeza las auroras,
Y en el manso murmullo de la brisa
Voces oyó gemir acusadoras.
Más conforme recibe y más sumisa
La voluntad de Dios, el alma bella
Que abrojos siempre lacerada pisa.

. . . .

Huya de las ciudades el que intente
Esquivar la batalla de la vida
Y en el ocio perderla muellemente:
Que a la virtud el riesgo no intimida;
Cuando náufragos hay, los ojos cierra
Y se lanza a la mar embravecida.

Avaro miserable es el que encierra
La fecunda semilla en el granero,
Cuando larga escasez llora la tierra.
Compadecer la desventura quiero
Del que, por no mirar la abierta llaga,
De su limosna priva al pordiosero.

Ebrio, y alegre, y victorioso vaga
El vicio por el mundo cortesano:
Su canto de sirena ¿a quién no embriaga?
Los que dones reciben de su mano
Himnos alzan de júbilo, y de flores
Rinden tributo en el altar profano.

En tanto, de la fiesta a los rumores,
Criaturas sin fin, herido el seno,
Responden con el ¡ay! de sus dolores.
Mas el hombre de espíritu sereno
Y de conciencia inquebrantable (roca
Donde se estrella, sin mancharla, el cieno)

La horrible sien del ídolo destoca,
Y con acento de anatema inflama
Tal vez en noble ardor la turba loca.
Jinete de experiencia y limpia fama,
Armado va de freno y dura espuela
Donde una voz en abandono clama;

De heroica pasión en alas vuela,
Y en ella clava el acicate agudo
Por acudir al mal que le desvela.
Si un instante el error cegarle pudo,
Los engañosos ímpetus reprime,
Y es su propia razón freno y escudo.

Sin tregua combatir por el que gime;
Defender la justicia y verdad santa,
Llena la mente de ideal sublime;
Caminar hacia el bien con firme planta,
A la edad consolando que agoniza,
Apóstol de otra edad que se adelanta,

Es empresa que al vulgo escandaliza;
Por loco siempre o necio fué tenido
Quien lanzas en su pro rompe en la liza.
Si a tierna compasión alguien movido
Vió al generoso hidalgo de Cervantes,
¡Cuántos con risa, viéronle caído!

Acomete a quiméricos gigantes,
De sus delirios prodigiosa hechura,
Y es de niños escarnio y de ignorantes.
Mas él, dándoles cuerpo, se figura
Limpiar de monstruos la afligida tierra,
Y llanto arranca al bueno su locura.

Así debe sufrir, en cruda guerra,
(Sin vergonzoso pacto ni sosiego)
Contra el mal, que a los débiles aterra,
El que abrasado en el celeste fuego
De inagotable caridad, no atiende
Sólo de su interés el torpe ruego.

Árbol de seco erial, las ramas tiende
Al que rendido llega de fatiga,
Y del sol, cariñoso, le defiende.
Él sabe que sus frutos no prodiga
Heredad que se deja sin cultivo;
Sabe que del sudor brota la espiga,

Como de agua sonoro raudal vivo,
Si del trabajo el útil instrumento
Hiende la roca en que durmió cautivo.
¡Oh del bosque anhelado apartamiento,
Cuyos olmos son arpas melodiosas
Cuando sacude su follaje el viento!

¡Oh fresco valle, donde crecen rosas
De perfumado cáliz, y azucenas,
Que liban las abejas codiciosas!
¡Oh soledades de armonías llenas!
En vano me brindáis ocio y amores,
Mientras haya un esclavo entre cadenas.

Que aun pide con sacrílegos rumores
Ver libre a Barrabás la muchedumbre
Y alzados en la Cruz los redentores.
Que del sombrío Gólgota en la cumbre,
Regada con la sangre del Cordero
Sublime en humildad y mansedumbre,

Mártires ¡ay! aun suben al madero
Que ha de ser, convertido en árbol santo,
Patria y hogar del universo entero.
Padecer es vivir; riego es el llanto
A quien la flor del alma, con su esencia
Debe perpetuo y virginal encanto.

Amigos, bendecid la Providencia
Si mandare a la vuestra ese rocío,
Y nieguen los malvados su clemencia.

¡Qué alegre y qué gentil llega el navío
Al puerto salvador, cuando aun le azota
Con fiera saña el huracán bravío!

Así el justo halla al fin de su derrota
Por el mar de la vida proceloso,
Del claro cielo en la extensión remota
Puerto seguro y eternal reposo.

EL VIEJO Y LA MUERTE

Achaque común a pequeños y grandes es el de manifestar deseos de morirse, cuando hiere en lo vivo alguna contrariedad o pesadumbre; pero suele ocurrir que, si la muerte hace ademán de presentarse, los que antes fingían desearla con tanto ahinco, siguen el ejemplo del viejo que nos narra en los siguientes cuartetos el fabulista español Don Félix María Samaniego (1745–1801), de quien damos tantos otros apólogos en nuestra obra.

ENTRE montes, por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña,
Maldiciendo su mísero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces a la muerte.
Armada de guadaña, en esqueleto,
La Parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el viejo, temiendo ser difunto,
Lleno más de terror que de respeto,
Trémulo la decía y balbuciente:
« Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero... »—« Acaba; ¿qué quieres, desdichado? »
—« Que me cargues la leña solamente ».
Tenga paciencia quien se crea infelice;
Que, aun en la situación más lamentable,
Es la vida del hombre siempre amable.
El viejo de la leña nos lo dice.

EL CANTO DEL POETA

La poesía, hija del cielo, busca siempre las más elevadas regiones del pensamiento, para contemplar luego tendido a sus pies el universo entero. « Más allá » puede remontar aún su vuelo en alas de la fe, penetrando en los dominios de lo sobrenatural. La poderosa fantasía de Olegario Víctor Andrade (1841–1882), poeta argentino de estro sonoro y grandilocuente, rival en ocasiones del de Víctor Hugo, halla tema acomodado a sus extraordinarias facultades en los pensamientos antes apuntados, que Andrade borda y colora, con su acostumbrada maestría, en los siguientes serventesios.

¡MÁS allá! ¡Más allá! Sobre esa nube,
Cortina inmensa que en los aires flota,

Entre el fragor de la tormenta, sube
Como de un himno la postrera nota.

¡Más allá! ¡Más allá! Donde en la niebla
La mirada de Dios relampaguea,
Donde su aliento los espacios puebla,
Donde gimiendo el huracán rastrea.

¡Más allá! donde el cóndor de las breñas
Esconde el pico entre las pardas alas,
Allá, do tanto en tus delirios sueñas,
¡Sube, poeta, a desplegar tus galas!

Allá está el sol, gigante reverbero
Colgado al pie del solio del Eterno.
¡El sol! ¡de vida colosal venero
Que derrite las nieves del invierno!

¡El sol! de fuego cristalino río,
De los mundos espléndido tesoro,
Que se arrastra en el cauce del vacío
Como un arroyo sobre arenas de oro.

Allí entona tus trémulas querellas,
Allí los himnos de la fe levanta,
Entre el polvo de fúlgidas estrellas
Que brota del Creador bajo la planta.

Allí el alba despierta de su sueño,
Como una virgen de rubor velada,
Y allí la tempestad con torvo ceño
Va a dormir en su lecho fatigada.

Allí la noche vierte sobre el mundo
Su regalado aliento de rocío:
Allí la luna con afán profundo
Se mira en el cristal del manso río.

Allí los astros, en ignoto idioma,
Modulan sus estrofas de armonía,
Y la sonrisa de la luz asoma
Como ensueño de amor y poesía.

Allí los siglos en montón rehuyen,
La eternidad teniendo por alfombra,
Como olas que se empujan y destruyen...
¡Connubio de la vida con la sombra!

Canta allí tu ardoroso devaneo,
Las creaciones que forja la ventura,
La imagen vaporosa del deseo,
La esperanza de mágica frescura.

Canta el amor con su divino anhelo,
La fe con su gigante poderío,
¡La fe, que, a su calor, acá en el suelo,
Edén se torna el páramo sombrío!

Vierte, poeta, el inmortal destello
Que en tu robusto corazón chispea,
De la eterna verdad y de lo bello
Fecundo efluvio, vigorosa idea.

No cantes las blasfemias del hastío,
No cantes del dolor la árida duda;
Antes que hablar del descreimiento impío
¡Péguese al paladar la lengua muda!

LAS SOPAS DE AJO

Uno de los platos de más rancio abolengo español y a la vez de más plebeya y ordinaria condición, es la sopa de ajo. El ilustre poeta Ventura de la Vega, que nació en Buenos Aires, en 1807, y murió en Madrid, en 1865, tuvo la chusca humorada de poner en magníficas octavas reales (consagradas por el uso para los asuntos épicos y heroicos) la receta para la confección de la menestra más humilde con que se regalan los labriegos de la vieja Castilla.

CUANDO el diario suculento plato,
Base de toda mesa castellana,
Gustar me veda el rígido mandato
De la Iglesia Apostólica Romana;
Yo, fiel cristiano, que sumiso acato
Cuanto de aquella potestad emana,
De las viandas animales huyo
Y con esta invención las substituyo.
Ancho y profundo cuenco, fabricado
De barro (como yo) coloco al fuego;
De agua lo lleno: un pan despedazado
En menudos fragmentos le echo luego;
Con sal y pimentón despolvoreado,
De puro aceite tímido lo riego;
Y del ajo español dos cachos mondo
Y en la masa esponjada los escondo.
Todo al calor del fuego hierve junto
Y en brevísimo rato se condensa,
Mientras de aquel suavísimo conjunto
Lanza una parte en gas la llama intensa;
Parda corteza cuando está en su punto
Se advierte en torno y los sopones prensa,
Y colocado el cuenco en una fuente,
Se sirve así para que esté caliente.

EL CRISTO DE LOS ANDES

(*El día de la inauguración del monumento*)

¡Hermosa idea la de coronar las escarpadas crestas de los Andes con la imagen de Cristo Redentor, Rey Pacífico, en testimonio de la consolidación de la paz existente entre la Argentina y Chile! El vate chileno, José Ángel Venegas y Venegas, nacido en 1867, celebra aquel fausto acontecimiento en inspiradas estrofas de castiza factura y solemne entonación, digna de la epopeya.

ÁLZATE, oh Cristo, en la región andina
Sobre las cumbres de perpetua nieve;
De allí tu diestra, que doquier domina,
Paz a dos pueblos perdurable lleve.

Sobre ellos, pío, tu mirada inclina,
E inmensa dicha probarán en breve,
Que la ventura celestial y humana
De ti, Señor, únicamente mana.

¡Qué sienta bien tu trono soberano
Encima de esas moles giganteas!
Allá no llega el clamoreo insano
De bastardas y míseras ideas.
Abajo lo pequeño, el polvo vano;
Lo espléndido, lo grande, arriba veas;
Y el águila real y el sol naciente,
Humildes tocarán tu eterna frente.

¡Oh cielos! apartad vuestra mirada
De los campos de Oriente, do la tierra
Enrojece la sangre derramada
Por el demonio cruel de impía guerra.
Venid, mirad acá. ¿Veis la alborada
Que sonríe a este valle y a esa sierra?
¿Veis cuál baña las pampas argentinas,
Y el aire pueblan músicas divinas?

Es que la noche funeral se ha ido
Y el día del amor nace esplendente;
Injustos odios cubrirá el olvido
Y dos pueblos serán sólo una gente.
El Rey de las naciones lo ha querido
Y desciende la paz al continente;
Que siendo hija del cielo, sólo el cielo
Puede darla al mortal en este suelo.

Aun veo aquellas nubes de tormenta
Que empañaron el cielo inmaculado
De los pueblos del Andes; aun se ostenta
Fatídico el espectro ensangrentado
De la guerra feroz, que hundir intenta
Al mundo en los errores del pasado,
Cuando el derecho no tenía altares,
Ni la Cruz coronaba los hogares.

Aun veo a estos gemelos de la gloria
Limpiar sus armas con afán insano,
Y, ciegos, y olvidados de su historia,
Aprestarse a rasgar el pecho hermano.
Sería desastrosa la victoria
Y escándalo del mundo colombiano;
Que al chocar frente a frente dos gigantes,
O mueren, o ambos quedan expirantes...

Empero, ¡basta ya, cruel pesadilla!
Disípase la noche ante la aurora,
Como el temor del náufrago a la orilla
De la cercana playa salvadora;
Y así, cual dobla humilde la rodilla
Y agradecido a Dios, férvido ora,
La América también, mirando al Ande,
Hoy con viva emoción su pecho expande.

Que allí está Cristo, el Redentor del mundo,
El Autor de la Paz de las naciones;
Su diestra mano con amor profundo
Ofrece Corazón por corazones;
Con la otra empuña el cetro sin segundo,
El Lábaro que ha visto los pendones
De veinte siglos descender al suelo,
Postrados, de la muerte por el hielo.



Allí está Cristo respirando amores
Para los pueblos que su amor imploran;
Que si un alma lo encuentra en sus dolores,
También lo hallan los pueblos cuando lloran.
Y es muy pródigo el Rey, de sus favores,
Y sus arcas riquezas atesoran,
Y América lo sabe, porque ha visto
Brillar cien veces la Piedad de Cristo.

Allí está de la Paz el Monumento,
Iris constante de feliz bonanza;

Está ya realizado el pensamiento
De la Fe, del Amor y la Esperanza;
En céfiro trocóse el fuerte viento,
Las nubes no se ven en lontananza,
Y a Chile y a Argentina estrecho abrazo
Une hoy de Jesús en el regazo.

Los hombres cantarán triunfos guerreros,
Los triunfos del cañón y de la espada,
Envueltos en gemidos lastimeros
Del huérfano y la viuda desolada:
El caído, en sus ayes postrimeros,
Maldice al vencedor de la jornada;
Y en lugar de morir en dulce calma,
Respirando venganza entrega el alma.

Mas, ¡ay! el cielo sólo cantar puede
Los triunfos de la Paz con arpas de oro·
Aquí es vencido el corazón que cede
Ante el amor del Corazón que adoro.
Y esa victoria a todo triunfo excede,
Y es digno objeto del celeste coro;
Que ha menester angélica armonía
El poema de Dios y el alma pía.

En tanto, dadme ¡oh cielos! un acento
Tan gigante, tan rico en vibraciones,
Que al trueno venza, y a la mar y al viento;
Y abarcando del orbe las regiones,
Llene el espacio y suba al firmamento.
—« ¡Gloria al Rey de la Paz! »—gritan sus sones;
Y cual eco de espléndida victoria,
El Cóndor y los Andes: « ¡Gloria!!... ¡Gloria!! »

. . . .

Mas, otra voz desciende de la cumbre,
Llena de suavidad y de ternura...
Es de Cristo la voz. Su mansedumbre
Templa la majestad con la dulzura:
« Amaos—dice—mientra el sol alumbre,
« Con recto corazón, con alma pura,
« Y Yo estaré velando los destinos
« De los pueblos chilenos y argentinos ».

NUESTROS TIEMPOS

La febril actividad que en los órdenes todos de la vida y del pensamiento caracteriza a la época presente, se halla descrita de mano maestra en el viril soneto de Núñez de Arce, que aquí ofrecemos a nuestros lectores, y en el que la misma animación y viveza del estilo parece reflejar la resuelta agitación de la lucha.

¡LOS tiempos son de lucha! ¿Quién concibe
El ocio muelle en nuestra edad inquieta?
En medio de la lid canta el poeta,
El tribuno perora, el sabio escribe.
Nadie el golpe que da ni el que recibe
Siente, a medida que el peligro aprieta:
Desplómase vencido el fuerte atleta
Y otro al recio combate se apercibe.
La ciega multitud se precipita,
Invade el campo, avanza alborotada
Con el sordo rumor de la marea.
Y son, en el furor que nos agita,
Trueno y rayo la voz; el arte, espada;
La ciencia, ariete; tempestad la idea.





EL CONDE DE MONTE-CRISTO

SEGUNDA PARTE

NO transcurrió mucho tiempo, desde la evasión de Edmundo del castillo de If sin que se descubrieran los medios de que se había valido para llevarla a cabo; y como no existía la menor duda de que, el saco que encerraba el supuesto cadáver, había sido arrojado al agua, creyeron los carceleros que el preso había cambiado solamente la tumba en que vivía, por otra más clemente, cual era la del mar. Edmundo Dantés había « muerto oficialmente ».

Uno o dos años más tarde, el dueño de la posada del Pont du Gard, no lejos de la ciudad de Beaucaire, hallábase, según su costumbre, sentado negligentemente a la puerta del mesón, pues los negocios iban de mal en peor, y la parroquia era escasa, cuando vió llegar a un jinete que hizo alto frente a la posada, apeóse de su cabalgadura y entró. El forastero resultó ser un eclesiástico de grave y reverendo aspecto, por lo que el mesonero se dehizo en cumplimientos al ponerse a sus órdenes. El cura, que dijo llamarse el abate Busoni, y cuyos negros y penetrantes ojos parecían sondear los más recónditos pensamientos del mesonero, ahuyentó bien pronto el aire perezoso y dejado de éste, interesándole vivamente al recordar los acontecimientos ocurridos hacía ya dieciséis años.

Llamábase el mesonero Gaspar Caderousse, cosa no ignorada del abate, y hubo de quedar sorprendido al oir referir minuciosamente al recién llegado ciertos pormenores de su primera vida. Caderousse le habló de Dantés en los términos más calurosos y juró que siempre había deplorado profunda y sinceramente la suerte desgraciada del pobre joven. Explicóle el abate que había asistido a Dantés en sus últimos momentos, en el calabozo que ocupara, y díjole que hasta exhalar el postrer suspiro el prisionero había hecho protestas de ignorar completamente la causa de su prisión.

—¡Y claro está que la ignoraba!—exclamó Caderousse—No podía ser de otra manera. ¡Ah, señor abate, el pobre muchacho le dijo a usted le verdad!

—Por lo mismo me dió el encargo de vindicar su buen nombre, limpiándole de cualquier mancha que sobre él hubiera podido caer, — dijo el abate Busoni, que prosiguió refiriendo en medio de la creciente turbación de Caderousse, cómo un compañero de prisión de Dantés, al recobrar la libertad, había dado a Edmundo un diamante de inestimable valor, con el cual hubiera podido seducir al carcelero; pero Edmundo no lo había intentado siquiera, y se lo había entregado al abate con las instrucciones necesarias para venderlo en Marsella y repartir su producto en partes iguales entre cinco personas—las únicas cinco que

habían amado a Dantés. Eran éstas Mercedes, Danglars, Fernando, Caderousse y el anciano padre de Edmundo. El abate había sabido la muerte del pobre viejo, y su interlocutor, que estuvo presente, manifestóle que había muerto de hambre.

El mesonero, al llegar a este punto, se puso excitadísimo sobre toda ponderación, y le refirió todo cuanto sabía de las personas y acontecimientos relacionados con Edmundo Dantés, a pesar de que la mujer del narrador intervenía a cada momento en la conversación y le regañaba por contar al forastero tantos particulares de su vida privada. Todo lo que la clarísima inteligencia del pobre abate Faria había podido deducir de la historia de Edmundo quedó confirmado y claramente explicado por las declaraciones de Caderousse, quien demostró al eclesiástico que Danglars y Fernando habían sido enemigos mortales de Edmundo.

DE CÓMO LLEGARON A PROSPERAR TODOS LOS ENEMIGOS DE EDMUNDO DANTÉS

En tanto que Danglars se había enriquecido y nadaba actualmente en la abundancia, y mientras Fernando gozaba también de grandes honores encaramado a la elevada posición de Conde de Morcerf, el Señor Morrel, el leal y antiguo amigo de Edmundo, bien conocido por su intachable honradez, hallábase irremediablemente arruinado por la serie de desgracias acumuladas a causa de la pérdida de sus barcos.

Los malvados habían prosperado, y lo hombres de bien, sufrían terriblemente.

La fortuna de Danglars era obra del fraude. Fernando, que a la sazón era un distinguido militar, había logrado su principal triunfo cuando, siendo oficial francés al servicio de los griegos, había vendido a los turcos, con la más negra de las traiciones, al patriota albanés Ali-Bajá, obteniendo por ello una recompensa del enemigo y la fortuna de su víctima, a la cual había despojado. La Condesa de Morcerf era Mercedes, la novia de Edmundo, a quien verdaderamente había llorado por muerto y por quien llevó luto hasta que hubo perdido toda esperanza de volverlo a ver.

—¿Y el señor de Villefort?—preguntó el abate;—¿Sabéis lo que ha sido de él y la parte que tuvo en la desgracia de Edmundo?

—No, señor; únicamente sé que poco después de la prisión de Edmundo se casó con la señorita de Saint-Méran y salió de Marsella. No hay duda de que también ha prosperado como los demás; hoy es tan rico como Danglars y se halla en una posición tan elevada como la de Fernando. Yo soy, solamente, el que ha continuado siendo pobre, desgraciado y olvidado de todos.

EL DIAMANTE QUE HIZO DE CADEROUSSE UN ASESINO

—Estáis en un error, amigo mío;—replicó el abate—parece que Dios nos olvida por algún tiempo, mientras da reposo a su justicia; pero siempre llega el momento, en que se acuerda de nosotros,—¡y aquí tenéis una prueba!

Mientras así hablaba, sacó el abate el diamante de su bolsillo y, dándolo a Caderousse, le dijo:

—Tomad, amigo mío; tomad este diamante, que es bien vuestro.

—¡Cómo! ¿Para mí solo?—exclamó Caderousse—¡Ah señor, no os burléis de mí!

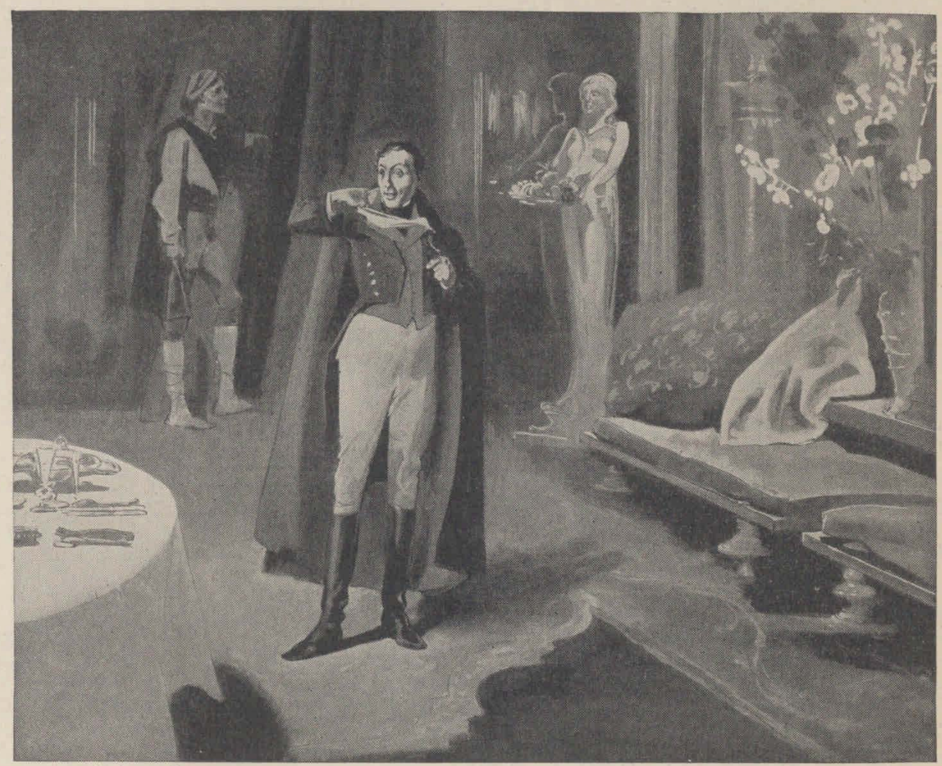
—Este diamante había de ser repartido entre sus amigos. Edmundo no tenía más que uno y por lo tanto no puede repartirse. Tomadlo, pues, y vendedlo; vale cincuenta mil francos.

Pero ¡ay! esta buena fortuna fué la perdicion de Caderousse, que era un hombre de genio débil e indeciso y no merecía llamarse amigo ni enemigo de Dantés. El y su mujer, casi fuera de sí con la posesión de esta inesperada fortuna, suplicaron a un joyero que fuera al solitario mesón del Pont du Gard para examinar y comprar el diamante que el misterioso abate les había dado. Encendiéronse los más bajos instintos en ambos esposos, tentados no sólo por los destellos que despedía la piedra preciosa, sino por el pensamiento de que podrían poseer la joya y robar al mismo

tiempo el dinero que el negociante llevara consigo para comprarla. Así es como Caderousse se hizo asesino y fué condenado a las galeras de Tolón.

EL EXTRAÑO CONDE DE MONTE-CRISTO LLEGA A PARÍS

Pasaban los años y continuaban prosperando, al parecer, todos los malvados personajes, actores principales de nuestro drama. Unos ocho años después de la tragedia ocurrida en el mesón de Caderousse, comenzó a descollar entre la buena sociedad parisiense un cierto Conde de Monte-Cristo. Este nombre había despertado pensamientos de novela y de deslumbrantes riquezas en la imaginación de todo el mundo, puesto que había sido el héroe de cien extrañas historias, más propias de los tiempos de las *Mil y Una Noches*, que de la primera mitad del siglo XIX. Alberto, hijo del Conde de Morcerf, fué el primero que presentó a la aristocracia de París al Conde de Monte-Cristo. Habíanse conocido en Roma, donde Monte-Cristo tuvo ocasión de prestar un señalado servicio al Vizconde Alberto de Morcerf y a su amigo el Barón Franz d'Epinay.



EL BARÓN HABÍA SIDO CONDUCIDO CON LOS OJOS VENDADOS A UNA GRUTA ALHAJADA CON UN LUJO DESLUMBRADOR

Era este Monte-Cristo un hombre alto de estatura, delgado de cuerpo, esbelto y de temperamento duro y resistente. En su rostro, más bien lívido que pálido, campeaban unos ojos grandes, que a veces brillaban con misterioso fulgor. Sus cabellos, negros como el azabache, hacían resaltar más aún la palidez de su rostro.

El Barón Franz estaba convencido de haber visto anterioramente a este extraño personaje. En cierta ocasión Franz había desembarcado en la isla de Monte-Cristo, y encontrado en ella una cuadrilla de contrabandistas, cuyo jefe le invitó a comer. Después de

haberle vendado los ojos fué conducido a una gruta alhajada con el lujo más refinado y sorprendente, en uno de cuyos salones le obsequiaron con un suntuoso banquete, que terminó ofreciéndole su anfitrión una pasta verdosa encerrada en hermoso estuche de plata. Era esta pasta el famoso *hashish.* En cuanto el Barón Franz la hubo probado, quedó sumergído en mágicos ensueños y maravillosas visiones; y, al despertar, hallóse de nuevo tendido a la orilla del mar. Las indagaciones y pesquisas más diligentes no lograron jamás llevarle de nuevo a la entrada secreta de aquella misteriosa gruta.

Corrían en París toda clase de leyendas acerca de la vida y hechos de este Conde de Monte-Cristo. Cuando iba a la Opera, acompañábale una hermosísima joven griega, de la cual se decía que era una princesa llamada Haidée, confiada al cuidado y protección de Monte-Cristo. Una señora muy conocida manifestó que el tal Conde era un vampiro. Pero, precisamente el aire de misterio que le rodeaba, constituía el principal aliciente para que París viera en él un personaje simpático; y, esto aparte, el hecho de tener un crédito ilimitado contra el Barón Danglars bastaba por sí solo para que todo París hablara de él, y se le abriesen todas las puertas.

Había otros, además del Barón Franz, que creían haber tropezado con él en época anterior; y, cuando le presentaron a la Condesa de Morcerf, esta señora mostró tal agitación, que su hijo se alarmó seriamente. Monte-Cristo, sin embargo, no dejaba traslucir en su semblante la menor turbación. La calma y la deliberación se reflejaban en todos sus movimientos; y, mirando a cierta luz, más parecía una máquina que un ser humano. Si había dado una cita para las nueve, se presentaba cuando el reloj estaba dando la quinta campanada. Cuanto decía que iba a hacer, lo ejecutaba exactamente. Y ahora había empezado a llevar adelante los proyectos que había venido madurando en secreto por tanto tiempo, con la seguridad y firmeza incontrastables del destino.

En un barrio de París, llamado Auteuil, había una casa que se alquilaba. Cierto día, fué Monte-Cristo a verla con su mayordomo Bertuccio, pues deseaba adquirirla.

—Decidles que paren en la calle de la Fontaine, número 28,—dijo el Conde mirando fijamente al mayordomo, a quien daba la orden. Gruesas gotas de sudor inundaron la frente del pobre Bertuccio al oir el número de aquella calle, pero dió la orden.

EL MAYORDOMO QUE SE CREYÓ ASESINO

Acompañó Bertuccio a su amo por toda la casa, de habitación en habitación; y cuando bajaron por la escalera que conducía al jardin, el primero empezó a dar muestras de gran inquietud, pues Monte-Cristo parecía conocer todo lo que había ocurrido en aquella casa. Al preguntarle su amo si suponía que se hubiese enterrado algo al pie de un árbol, junto al cual le había conducido el mayordomo, Bertuccio tuvo, al fin, que confesar cuanto sabía, diciéndole que el abate Busoni era el único que conocía la historia de su crimen. Villefort habíase negado astutamente a hacer justicia a Bertuccio muchos años antes, y había jurado vengarse de él. En efecto, siguióle un día hasta esta casa, y en este mismo jardín hirióle de muerte, en el momento en que Villefort se disponía a enterrar a un niño, todavía vivo. Crióle Bertuccio, dándole el nombre de Benedetto, pero creció con los instintos más perversos, y era actualmente un criminal proscripto.

Tras esta confesión, dijo Bertuccio a su amo que podía hacer de él cuanto quisiera; pero Monte-Cristo le tranquilizó, haciéndole saber que había dado el golpe en falso, puesto que Villefort aun vivía.

TRAMA MONTE-CRISTO UN GRAN COMPLOT PARA CONFUNDIR A UNO DE SU ENEMIGOS

Hondos eran los designios que se ocultaban en la adquisición de la casa

de Auteuil. El Conde de Monte-Cristo preparó en ella un soberbio banquete a todas sus amistades. Entre los invitados se contaban la Baronesa Danglars y el señor de Villefort, que, como procurador del rey o fiscal del reino, gozaba de gran autoridad desde hacía muchos años.

La comida fué magnífica. Monte-Cristo había puesto empeño en dar al traste con las ideas y gustos que a la sazón dominaban en París y en satisfacer la curiosidad de los invitados, tanto como su apetito. Era un verdadero banquete de hadas; y los huéspedes no sólo quedaron impresionados por las enormes riquezas que poseía su anfitrión, sino también por su inagotable ingenio en prepararles sorpresas. Terminado el banquete, hizo Monte-Cristo que la conversación versara sobre las tragedias de las casas viejas. Si aquella en que estaban pudiera contar lo que en ella había pasado años atrás ¡cuán interesante y terrible a la vez sería! Y de esta suerte, y paso a paso, condujo a sus invitados por toda la casa, visitándola de cuarto en cuarto, y bajó por la escalera del jardín, explicándoles la extraña historia de un niño allí enterrado, historia que la lúgubre vivienda paracía haberle contado a él. Algunos de sus invitados no pudieron ocultar la penosa impresión que les causaba la narración del Conde, de propósito enderezada a tal fin; y el señor de Villefort tuvo que confesarse a sí mismo que estaba en manos del Destino, personificado por aquel hombre terrible y misterioso, conocido con el nombre de Conde de Monte-Cristo.

Villefort tenía una hija de su primera mujer, pues se había casado dos veces. Llamábase Valentina y por mandato de su padre, no por su propia voluntad, había prometido su mano al Barón Franz d'Epinay. La hermosa joven estaba enamorada de un bizarro oficial del ejército llamado Maximiliano Morrel, hijo de un armador marsellés; pero ni ella ni su amante habíanse jamás atrevido a confesar el hecho al padre de Valentina.

EL HOMBRE QUE SE FIRMABA «SIMBAD EL MARINO»

Sin embargo, Franz fué quien dijo a Maximiliano que entre las historias que corrían acerca de Monte-Cristo, se contaba la de que daba a menudo grandes cantidades para ayudar a los menesterosos que lo merecían, firmando con el pseudónimo de *Simbad el Marino.* Esta noticia regocijó sobremanera a Maximiliano; pues su padre se había salvado de una ruina inminente, gracias al generoso donativo de un bienhechor desconocido que se firmaba *Simbad el Marino.* Acudió presuroso a casa de Monte-Cristo para significarle su gratitud, y desde aquel día fué uno de los admiradores más devotos de aquel hombre singular. Así, pues, descubrióle sus pensamientos más íntimos, y nada le ocultó de la historia de sus amores sin esperanza, con Valentina.

Entre tanto, parecía que la fortuna iba abandonando poco a poco al Barón Danglars. Sus negocios habían sufrido ya graves pérdidas; pero las más importantes tuvieron por causa falsas noticias acerca de la cotización de valores y acciones, que se habían telegrafiado a París por medios que Monte-Cristo hubiera podido explicar.

La hija del Barón estaba prometida a Alberto de Morcerf; pero el Conde, su padre, hallabase ahora bajo el peso de una acusación, pues habíase ya hecho pública su traición contra Ali-Bajá, y tal vez no fuera un secreto para el Conde de Monte-Cristo la manera con que al fin llegó la verdad a abrirse camino. Por eso el Barón no vaciló en quebrantar la promesa de matrimonio que tenía dada, y aceptó por futuro yerno a un brillante joven conocido con el título de Conde Cavalcanti, presentado a la sociedad parisiense por Monte-Cristo, aunque haciendo la salvedad de que ignoraba completamente sus antecedentes.

LA CAIDA DEL PRIMERO DE LOS ENEMIGOS DE DANTÉS

El Conde de Morcerf, acusado de traición contra Alí, tuvo que comparecer ante el alto tribunal del Senado

e iba ya a ser absuelto, cuando se presentó de repente una mujer cubierta con un espeso velo, para prestar declaración, afirmando que era la hija de Ali-Bajá, y que Morcerf no solamente había vendido a su padre a los turcos, sino que había vendido también a su madre y aun a ella misma como esclavas. La mujer del velo era Haidée, la pupila de Monte-Cristo. El conde de Morcerf quedó con esto arruinado; y cuando su hijo Alberto supo el papel que había desempeñado el Conde de Monte-Cristo en la deshonra de su padre, insultóle públicamente en la Ópera, y tuvo al instante la satisfación de contar con la oportunidad de vengarse en un duelo a pistola, que debía efectuarse a la mañana siguiente en el bosque de Vincennes. Pero la Condesa de Morcerf fué a suplicar al Conde aquella misma noche, que no diera muerte a su hijo. Durante su lacrimosa entrevista, oyó Mercedes de labios del mismo Edmundo Dantés—pues ella no había dudado jamás de que Monte-Cristo y él eran una misma persona—la traición de su esposo y la infamia de Danglars y Villefort.

—Pero haré lo que me pedís,—dijo,—vuestro hijo vivirá.

SUPLICA MERCEDES A DANTÉS QUE SALVE LA VIDA DE SU HIJO

—¡Oh!—exclamó cogiendo la mano del Conde y llevándosela a sus labios.—¡Oh, gracias, gracias, Edmundo! Ahora sois exactamente lo que siempre soñé que erais, tal como yo os había amado siempre. ¡Oh! ¡Con cuanta razón puedo decirlo ahora!

—Tanto mejor—replicó Monte-Cristo,—pues el pobre Edmundo no será ya por mucho tiempo el objeto de vuestro amor. El muerto va a volver a su tumba; el fantasma va a desvanecerse en las tinieblas.

—¿Qué queréis decir, Edmundo?

—Digo que, pues que me lo mandáis, debo morir.

—¡Morir! ¿Y quién os lo ha dicho? ¿Quién habla de morir? ¿De dónde proceden esas ideas de muerte?

—No supondréis que, ultrajado en público, en pleno teatro, a vista de vuestros amigos y de los de vuestro hijo,—provocado por un mozalbete que se ufanará de mi perdón como de un gran triunfo—no supondréis, repito, que me quede ni por un solo instante el deseo de vivir. Lo que más he amado en el mundo depués de vos, Mercedes, era a mí mismo, mi dignidad; y esta fuerza que me hace superior a los demás hombres, esta fuerza, es mi vida. Con una sola palabra me la habéis destrozado . . . y muero.

Pero el duelo no se realizó, porque Alberto dió una satisfacción pública al Conde; y furioso Morcerf, al ver que su hijo no le había vengado, voló a casa de Monte-Cristo.

—Vengo a manifestaros—dijo Morcerf,—que puesto que los jóvenes de hoy día no quieren batirse, fuerza es que nos batamos nosotros.

—Tanto mejor,—contestó Monte-Cristo.—¿Estáis preparado?

LA HORA DE LA VENGANZA DE DANTÉS CONTRA FERNANDO, SU PRIMER DELATOR

—Sí señor; y no importa que nos batamos sin testigos, ya que ambos nos conocemos tan poco.

—Ciertamente no son necesarios,—dijo Monte-Cristo,—por la sola razón de que nos conocemos muy bien. ¿No sois, acaso, el soldado Fernando que desertó la vispera de la batalla de Waterloo? ¿No sois el teniente Fernando que sirvió de guía y de espía al ejército francés en España? ¿No sois el capitán Fernando que hizo traición, vendió y asesinó a su bienhechor Alí? ¿Y no es verdad que de todos estos Fernandos reunidos, ha salido el teniente general, Conde de Morcerf, y Par de Francia?

—¡Oh!—exclamó el general,—¡Oh miserable que me echas en cara mis faltas! Dime tu verdadero nombre para que pueda pronunciarlo, cuando te traspase el corazón con mi espada.

Al oir estas palabras, el Conde de Monte-Cristo entró de un salto en el gabinete inmediato al salón y en menos de un segundo, quitóse la corbata, la levita y el chaleco, púsose una chaqueta y un sombrero de marinero, y volvió

al salón en que se hallaba Morcerf. Éste, al verle, sintió que sus dientes castañeteaban y se doblaban sus piernas, por lo cual se acercó a una mesa, en la que apoyó su crispada mano.

—Fernando—exclamó;—de mis cien nombres basta uno solo para herirte como un rayo, pero éste lo adivinas, o por lo menos te acuerdas de él, porque a pesar de mis penas, de mis martirios, te enseño hoy un rostro que la dicha de la venganza rejuvenece; un rostro que muchas veces debes haber visto en sueños después de tu matrimonio .... con Mercedes, mi prometida esposa.

El general, fijando por un momento los ojos espantados en aquel hombre que parecía surgir de entre los muertos para vengar sus crímenes, buscó la pared como punto de apoyo, y se deslizó hasta la puerta por la que salió andando de espaldas, dejando escapar de sus labios este solo grito lúgubre, lamentable y desgarrador:

—¡Edmundo Dantés!

Sucediéronse rápidamente los acontecimientos; y, apenas había París cesado de hablar del suicidio del Conde de Morcerf, cuando Cavalcanti fué detenido por el asesinato de un compañero de cadena, llamado Caderousse, que le había difamado. Este último había reconocido en Cavalcanti a un antiguo compañero de presidio, llamado Benedetto.

CAIDA DEL BARÓN DANGLARS Y SU FUGA DE FRANCIA

Ahora se supo que tanto Benedetto, como Caderousse, habían sido puestos en libertad por un misterioso inglés que había invertido grandes cantidades en facilitarles los medios de evadirse. Llamábase este inglés, Lord Wilmore; pero este personaje, el abate Busoni y el Conde de Monte-Cristo eran una misma persona, a pesar de que la policía lo ignoraba.

Danglars huyó de Francia inmediatamente después de su ruina, llevándose consigo una considerable suma que pertenecía a los hospitales de París.

En casa de Villefort nada había hecho Monte-Cristo para vengarse de aquel miserable. Desde un principio pudo observar que la segunda esposa de Villefort era muy aficionada a la química, por estar estudiando el arte de envenenar, y presintió que su venganza se estaba entonces fraguando. Habían ocurrido ya dos defunciones misteriosas en la familia de los Villefort; y la hermosa Valentina sufría también, según el médico, los primeros efectos de un tóxico lento.

Maximiliano Morrel, desesperando de la vida de Valentina, corrió a casa de Monte-Cristo en busca de consejo y de los necesarios socorros.

—¿He de dejar que escape con vida uno solo de esta raza maldita?—preguntóse Monte-Cristo;—y por Maximiliano resolvió salvar a Valentina.

LA VENGANZA DEJANDO SENTIR SUS EFECTOS EN CASA DE VILLEFORT

Habiendo Monte-Cristo adquirido la casa contigua a la de Villefort, despidió a los inquilinos y tomó algunos obreros para hacer las reparaciones y obras que creyó necesarias. Hizo derribar una buena porción de la vieja pared medianera para que le fuera más fácil, quitando las piedras que quedaban, pasar a la parte posterior de un gran armario que había en el cuarto de Valentina. Desde aquel lugar vigilaba el Conde a la joven mientras dormía, y vió a la señora de Villefort entrar silenciosamente en el cuarto y sustituir la medicina destinada a Valentina por una dosis de veneno.

Entró luego Monte-Cristo en la habitación, precisamente cuando Valentina despertaba, y antes que pudiese dar un grito, hízole señas para que callase y refirióle cuanto había visto. Después de arrojar la mitad de la poción al fuego de la chimenea, dejando el resto en el vaso, dió a Valentina una de sus famosas pastillas de *hashish*, que la sumergió en un profundo letargo muy parecido a la muerte. Retiróse de nuevo a su escondite para vigilar, y al poco rato pareció por segunda vez la señora de Villefort.

Segura de que Valentina había ingerido la mitad del veneno, arrojó el resto; pero Monte-Cristo conocía aquel

tóxico, y habiendo llevado consigo cierta cantidad del mismo, entró en el cuarto y vertiólo en el vaso hasta la mitad.

A la mañana siguiente declaró el médico que Valentina había muerto. Halló un tóxico en el vaso; y como se halló otro igual en el laboratorio de la señora de Villefort, no quedó la menor duda acerca de su culpabilidad. Admitiólo ella todo, y confesó que su propósito había sido lograr que su hijo fuese el único heredero de la fortuna de Villefort.



No era un sueño, pues Valentina estaba allí salvada de la muerte por Monte-Cristo.

TRÁGICO FIN DEL HOMBRE QUE ENCERRÓ A DANTÉS EN EL CASTILLO DE IF

Arrojóse la señora de Villefort a los pies de su esposo. Recriminóla éste lleno de cólera, y al volverle la espalda para retirarse, añadió:

—Pensad en ello, señora; ¡si a mi regreso no os habéis hecho justicia, os denunciaré yo mismo y os prenderé con mis propias manos! Voy ahora al Palacio de Justicia a pronunciar una sentencia de muerte contra un asesino. Si al volver os hallo con vida aún, esta noche dormiréis en la cárcel. La señora de Villefort gimió aterrada, crispáronsele los nervios y cayó desmayada en la alfombra.

—¡Adiós, señora, adiós!—exclamó su esposo al salir de aquella habitación.

Pero Villefort no podía presumir en el momento de decir estas ardientes palabras a la mujer que era su esposa, que en lugar de condenar él a otro criminal, saldría condenado él mismo, porque el hombre a quien se refería, acusado de asesino, no era otro que el llamado Conde de Cavalcanti, el verdadero Benedetto, quien, la noche antes, había tenido una larga conferencia con Bertuccio, explicándole, durante la misma, el secreto de su nacimiento.

Presentóse Benedetto ante sus jueces, ataviado de la manera más elegante,

y sin mostrar señal alguna de ansiedad. Nunca estuvo Villefort más elocuente en su acusación al describir ante el tribunal la índole del crimen cometido por el preso. Cuando el presidiente preguntó a Benedetto su edad, respondió:

—Tengo veintiún años, o, más bien, los cumpliré dentro de pocos días, pues nací el 27 de Septiembre de 1817.

El señor de Villefort, que estaba ocupadísimo tomando notas, levantó la cabeza al oir aquella fecha.

—¿Dónde habéis nacido?—continuó el presidente.

—En Auteuil, cerca de París.

Levantó por segunda vez la cabeza el señor de Villefort, miró a Benedetto como quien mira la cabeza de Medusa, y púsose lívido. Benedetto pasó con mucho donaire por sus labios un pañuelo de finísima batista.

—¿Cuál es vuestra profesión?

—Primero fuí falsario,—dijo Andrés con la mayor tranquilidad del mundo; —después ascendí a ladrón, y recientemente me hice asesino.

Un murmullo, o por mejor decir, una tempestad de indignación estalló en todos los ángulos de la sala: los mismos jueces se miraron asombrados, y los jurados manifestaron el disgusto que les causaba aquel cinismo tan impropio de un hombre que parecía educado y elegante.

El señor de Villefort se pasó la mano por la frente, que tenía ahora roja y ardorosa, y levantóse de pronto, mirando alrededor como un hombre fuera de sí.

El presidente mandó luego al acusado decir su nombre, a lo cual contestó cortésmente, que si bien lo ignoraba, en cambio sabía el de su padre; y a continuación declaró que era Villefort, ¡el procurador del rey!

Esta declaración produjo gran consternación en el tribunal, y todas las miradas se volvieron a Villefort, en tanto que Benedetto continuaba respondiendo a las preguntas del presidente y demostraba ser el hijo que Villefort había enterrado en vida la noche en que Bertuccio creyó haberse vengado de Villefort, hallándose en el jardín de la casa señalada con el número 28 de la calle de la Fontaine, en Auteuil. El propio procurador del rey confirmó la historia del acusado y admitió su culpabilidad, declarando que se ponía desde aquel momento a disposición del fiscal del rey que le sustituyera.

Mientras seguía hablando con ahogada y ronca voz, encaminóse dando traspiés hacia la puerta y salío del tribunal, cuyos miembros quedaron momentáneamente mudos de asombro. El presidente levantó la sesión; y todo el mundo se puso a comentar el extraño rumbo que acababan de tomar los acontecimientos.

LA VENGANZA, LENTA, PERO TERRIBLE, CAE DE IMPROVISO SOBRE EL TRAIDOR MÁS VIL DE LA NOVELA

Al llegar Villefort a su casa, hallólo todo en la más espantosa confusión. Encaminóse a las habitaciones de su mujer, y vió que aún vivía, pero que en aquel preciso momento empezaba el veneno a producir sus mortales efectos. Pensó luego en su hijo Eduardo, a quien halló como dormido sobre un sofá, después de haber recorrido algunas piezas. Pero al levantarle, cayó al suelo un trozo de papel doblado que llevaba en el pecho; y, Villefort, como herido por el rayo, cayó de rodillas y dejó que el cadáver de su hijo descansara en el suelo junto a su madre. Villefort recogió el papel y leyó lo siguiente, escrito de puño y letra de su esposa:

« ¡Vos sabéis si yo era buena madre, puesto que por mi hijo me he hecho criminal! ¡Una buena madre no parte sin su hijo! »

Esto sobrepujaba a lo que el cerebro de un hombre podía soportar; y Villefort, a quien esta trágica escena había trastornado enteramente, corrió furioso al jardín y empezó a cavar la tierra con un azadón.

Poco tiempo después de estos acontecimientos, el Barón Danglars fué secuestrado por unos bandidos en las catacumbas de San Sebastián, a poca

distancia de Roma; y allí, en vez de quedar guardado en rehenes, tuvo que pagar una cantidad tan fabulosa por su manutención y alojamiento, que el dinero robado a la beneficencia pública al huir de París, pasó rápidamente a los bolsillos de los bandidos. Pero, al fin, hizo su aparición el Conde de Monte-Cristo, y después de acusarle de sus crímenes, díjole que se hallaba en manos de Edmundo Dantés. Al oir esto Danglars, dobláronsele las rodillas y profirió un grito de estupefacción.

CÓMO CASTIGÓ MONTE-CRISTO AL BARÓN DANGLARS

—¡Levantaos! — dijo el Conde — Tenéis asegurada la vida; no les ha cabido igual suerte a vuestros cómplices; ¡porque uno se ha vuelto loco y el otro ha muerto! Guardaos los cincuenta mil francos que os restan; os los doy; en cuanto a los cinco millones robados a la beneficencia pública, le han sido ya restituídos por una mano desconocida. Ahora, comed y bebed; y cuando estéis satisfecho, quedaréis libre.

Danglars permaneció aquella noche con los bandidos, pero por la mañana hallóse tendido cerca de un arroyo, y como tenía sed se arrastró en busca del agua. Al bajarse para beber, observó con horrible sorpresa que se habían vuelto blancos sus cabellos.

La venganza de Edmundo Dantés, aplazada por tanto tiempo y tan penosa y cuidadosamente dispuesta, habíase completado, y sólo le quedaba ejecutar la última de sus maravillosas proezas, dando pruebas al mismo tiempo de su generosidad sin límites. Valentina de Villefort había sido sepultada, y Maximiliano estaba deseperado; pero Monte-Cristo suplicó encarecidamente al joven que tuviera paciencia y confianza, pues ya que su padre lo había sido también para Edmundo Dantés, éste a su vez sería un padre para él.

MONTE-CRISTO CONTRAE UN EXTRAÑO COMPROMISO CON MAXIMILIANO MORREL

Parecía una cosa muy singular el pedir a un amante, cuya prometida había sido sepultada, que tuviera esperanza y que se presentase a Monte-Cristo dentro de un año. Y este es el compromiso que contrajeron ambos.

Mercedes y su hijo habían, entretanto, hecho donación a los establecimientos de beneficencia de las mal adquiridas riquezas, que Fernando dejara al morir. Monte-Cristo compró la casa de Marsella, en que su padre había vivido, y en el jardín de la misma enterró el dinero de la dote que primero había ahorrado, cuando iba a casarse con Mercedes. Esta casa, y la dote enterrada, fué el regalo que le hizo; y en ella pasó la hermosa Condesa sus días, viviendo sin pompa ni boato de ningún género, ayudada también en sus gastos con una parte de la paga que su hijo disfrutaba como oficial del ejército.

Cuando hubo transcurrido un año, durante el cual Monte-Cristo había rogado a Maximiliano que esperara, encontráronse ambos en Marsella y, embarcados en el yate, hicieron rumbo a la isla de Monte-Cristo. Sentados en la gruta misteriosa, preguntóle el Conde si pensaba todavía de la misma manera, a lo que Morrel replicó que nada había logrado amenguar el inmenso dolor que sentía por la muerte de Valentina. Continuaba resuelto a morir. Faltaban aún tres horas para que transcurriese el tiempo, durante el cual había prometido vivir Maximiliano.

Instalados cómodamente en aquel extraño salón, cuyas estatuas, colocadas alrededor de la mesa del banquete, sostenían canastillas de plata, siempre cargadas de fruta, por más que se sacase de ellas, pusiéronse a disertar largamente sobre los encantos y amarguras de la vida. Por fin dió el Conde a Maximiliano una cucharadita de una substancia misteriosa, a la que se atribuía la virtud de producir la muerte sin causar el más leve dolor.

CÓMO DOS AMANTES QUEDARON UNIDOS DE LA MANERA MÁS SINGULAR, GRACIAS A MONTE-CRISTO

En el preciso instante en que el joven parecía perder suavemente los sentidos, vió que Monte-Cristo abría una puerta que daba a otro salón; y en el

umbral de éste, iluminado por vivísima luz, divisó a una hermosa joven que era el verdadero retrato de su amada Valentina. Aquello no era un sueño; y Morrel tampoco agonizaba. Era realmente Valentina, que cuando todos la creyeron muerta, no estaba sino sumida en un profundo sopor producido por la pastilla que el Conde le había administrado. Sacóla Monte-Cristo de la sepultura en que yacía, hízola revivir y durante los doce meses en que Morrel sufrió tan dura prueba, Valentina tuvo a Haidée por compañera. Al manifestársele al fiel amante la realidad de su recobrada ventura, Monte-Cristo se sintió recompensado por los valiosísimos servicios que había prestado a los dos amantes; y cuando supo que era amado de Haidée, tanto como Maximiliano lo era de Valentina, parecióle a este hombre singular y admirable que la vida podía tener para él muchos más atractivos que el cumplimiento de su venganza.

A la mañana siguiente, Maximiliano y Valentina se reunieron; bajaron a la playa y entonces Jacopo, capitán del yate de Monte-Cristo, entrególes una carta que Morrel abrió y leyó. Decía así:

« Querido Maximiliano:

« Hay una falúa anclada para vos: Jacopo os llevará a Liorna, donde el señor Noirtier espera a su nieta para bendecirla, antes de que os siga al altar. Todo cuanto hay en esta gruta, amigo mío, mi casa de los Campos Elíseos y mi castillo de Tréport son el regalo de boda que hace Edmundo Dantés al hijo de su antiguo patrón, Morrel. La señorita de Villefort me hará merced de aceptar la mitad del donativo, y a la vez la suplico que dé a los pobres de París toda la fortuna que adquiera de su padre loco, y de su hermano fallecido en Septiembre último en compañía de su madre.

« Decid al ángel que va a velar por vuestra vida, Morrel, que ruegue alguna vez por un hombre, que a ejemplo de Satanás, tuvo la osadía de creerse por un instante igual a Dios, y reconoce ahora, con toda la humildad de un cristiano, que el poder supremo y la sabiduría infinita sólo están en manos de la Providencia. Acaso sus oraciones endulcen el remordimiento que lleva en el fondo del corazón.

« En cuanto a vos, Morrel, he aquí el secreto de mi comportamiento con vos. No hay ventura ni desgracia en el mundo; hay tan sólo estados relativos de desgracia y ventura; y nada más.

« Sólo el que ha probado el extremo del infortunio puede sentir la felicidad suprema. Es preciso haber querido morir, Maximiliano, para saber cuán dulce es la vida.

« Vivid, pues, y sed dichosos, hijos queridos de mi corazón, y no olvidéis nunca que hasta el día en que Dios se digne alzar ante la mirada del hombre el velo que oculta lo porvenir, toda la sabiduría humana se encerrará en estas dos palabras : *Confiar* y *esperar*.

« Vuestro amigo,

« EDMUNDO DANTÉS,

« Conde de Monte-Cristo. »

ÚLTIMAS PALABRAS DE MONTE-CRISTO Y LAS ÚLTIMAS NOTICIAS QUE SE TUVIERON DE ÉL

—¿Pero dónde está el Conde?—preguntó ansiosamente Morrel.

Jacopo señaló un punto del horizonte, en el cual se distinguía una vela blanca.

—¿Y dónde está Haidée?—preguntó Valentina.

Jacopo volvió a extender el brazo, apuntando a la vela:

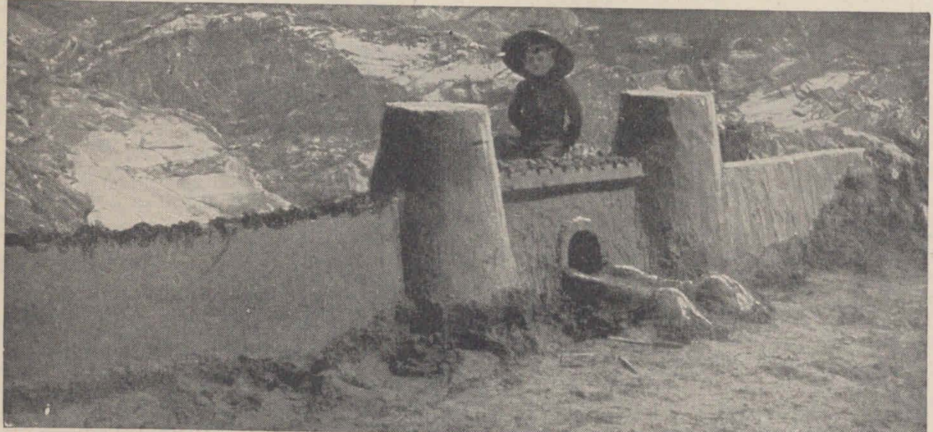
—¡Partió!—exclamó Morrel.—¡Adiós, amigo mío! ¡Quién sabe si le volveremos a ver jamás!—dijo Morrel, enjugándose una lágrima.

—Amigo mío—repuso Valentina;—¿no acaba de decirnos el Conde que toda la sabiduría humana se encierra en estas dos palabras: *Confiar* y *esperar*?

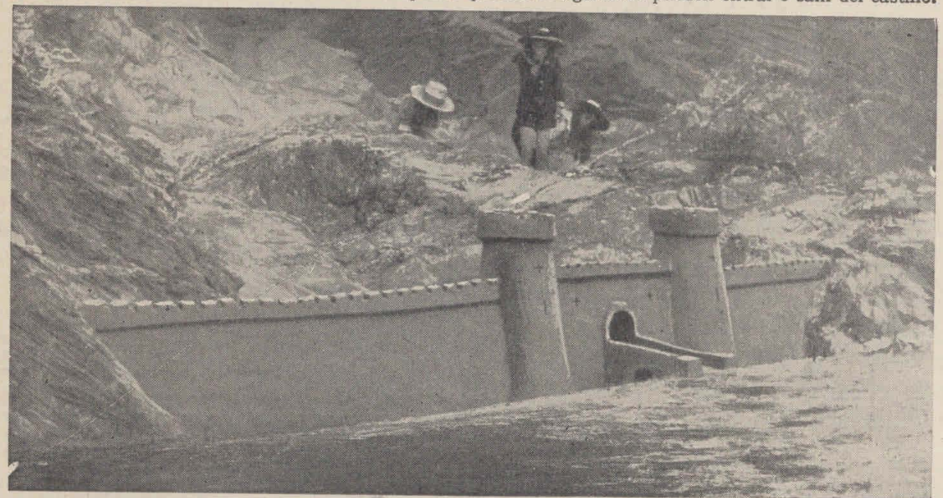




Un cubo, una pala, manos ágiles y mucha paciencia, es todo lo que necesitamos para hacer un hermoso castillo. Aquí vemos dos constructores que comienzan a modelar las murallas y las torres.

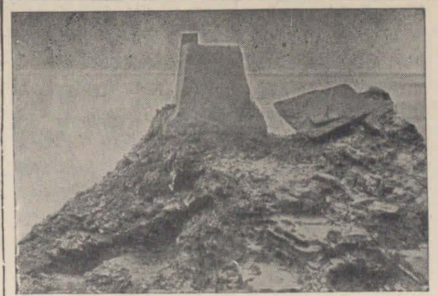


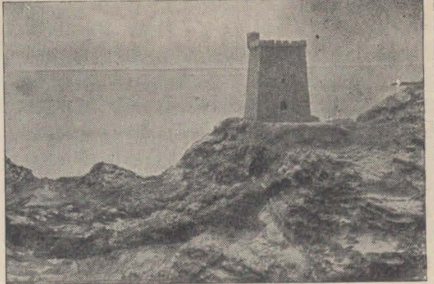
El arco de la puerta de entrada es lo más difícil de hacer. La arena debe estar muy húmeda para que se pegue y no se hunda sobre los soldados o huéspedes que nos imaginamos pueden entrar o salir del castillo.



Han triunfado finalmente la paciencia y la habilidad, y la gran muralla está terminada. Tras ella se defenderán nuestros soldados, y ahí estará el arquero ojo avizor para disparar sus flechas contra el enemigo.







El primer grabado nos muestra un castillo de arena modelado toscamente; en el segundo, se ve ya terminado.

CONSTRUCCIÓN DE CASTILLOS DE ARENA

UNA de las delicias infantiles de un veraneo en la playa, es la construcción de castillos de arena. Pero no debemos contentarnos con lo que generalmente se llama un castillo, es decir, una gran pila de arena sin forma de otra cosa. Con habilidad y paciencia podemos levantar un verdadero castillo.

Lo primero que hay que hacer es buscar un sitio adecuado en la playa, donde haya arena fina y húmeda en abundancia. Haremos primero un montón de arena que se aproxime a la forma de un castillo, procurando que la arena esté bien apretada para darle mayor solidez, a fin de que no se desmorone al abrir en ella los huecos necesarios para la colocación de los cañones.

Si hace sol y la arena está seca, será conveniente mojarla después de amontonada; para ello nos serviremos de una regadera, un cubo u otro recipiente cualquiera, cuidando de no echar más agua de la necesaria, pues podría hundirse la pila. Muy pronto se llega a comprender, con la práctica, hasta qué punto hay que mojar la arena; en los cimientos notaremos las señales de la humedad excesiva. Lo mejor es servirse de una pala para amontonar la arena; pero tratándose de un castillo pequeño, se puede apilar con las manos, apretándola cuidadosamente para que no haya hendiduras ni huecos. Deben evitarse las peladillas, conchuelas y trozos de algas, procurándose que la arena esté muy limpia.

Al principio se modelan los contornos toscamente, y luego, haciendo el trabajo de arriba abajo, es decir, comenzando por lo alto, se continúa la obra hasta la base de los muros y el foso, que requieren cuidado especial.

Una pala pequeña servirá para obtener la forma aproximada, mas para el trabajo de perfeccionamiento se necesita una herramienta más pequeña. Recomiéndase un cuchillo de cocina, con el cual se puede cortar la arena a voluntad. Los cortes, sobre todo en las esquinas, deben hacerse con sumo cuidado, para evitar el desmoronamiento.

A fin de ilustrar los trabajos que pueden hacerse con arena, vamos a tomar por ejemplo la construcción de una torre almenada. Hecho el modelo aproximado, nivelaremos la cima, dejándola bien llana, y luego trazaremos con la punta del cuchillo las aberturas que haremos después. Hay que procurar que de unas aberturas a otras medien espacios regulares. A continuación, con la punta del cuchillo y con mucho cuidado, excavaremos los huecos hasta una prudente profundidad, echando afuera la arena sobrante. Si esto se hace con limpieza, ya no será necesario tocar más este punto ; y, si algo se desmoronara, con facilidad puede arreglarse.

Después de hechas las aberturas de las almenas, es menester arreglarlas y pulirlas debidamente. Si se trata de otros huecos, como puertas, ventanas, etc., será bueno servirse de una cuchara, con la cual puede escarbarse y sacar la arena al mismo tiempo.

Seguiremos luego con el trabajo de la

base. Los muros deben ser cortados rectos, dejando para después el trazado de la cornisa. Para cortar recto, se recomienda una regla de madera. Al cortar los ángulos ha de procurarse que los muros queden bien iguales y en línea vertical. Después dibujaremos las ventanas, para que ocupen espacios regulares y esté cada una en su sitio. Si al dibujarlas hay que borrar algún trazo defectuoso, esto puede hacerse con el dedo. Para cavarlas ya hemos recomendado el uso de la cuchara. Hay que poner mucho cuidado con los bordes. Los huecos para los arqueros o saeteras, pueden hacerse con la punta del cuchillo, moviendo éste de un lado a otro antes de sacarlo, es decir, apretando más la arena con una ligera presión de la hoja del cuchillo.

Del mismo modo que se han hecho las ventanas, se hace la puerta, empleándose ahora una cuchara larga, pues que el hueco ha de ser profundo, llegando quizás hasta el otro lado del muro. Ha de ponerse sumo cuidado al arreglar el muro, si se ha de obtener la debida perfección, y también al excavar los huecos, procurándose que la presión de la herramienta se haga sentir sólo en la arena que ha de quitarse y nunca en la que debe permanecer firme. De hacerse esta operación con inteligencia, se podrán obtener paredes sumamente delgadas, resultando el trabajo verdaderamente notable. Pero al principio es buenc ser prudente, dejando para cuando se tenga más práctica la realización de estas filigranas. Por tanto, es mejor comenzar haciendo los muros gruesos y sólidos.

Los grabados nos enseñan cómo aparece el castillo en el curso de su construcción y cómo queda después de terminado.

Si se quiere levantar el castillo sobre una roca, hay una dificultad que debe tenerse muy presente. Como se trabaja con la arena húmeda y el agua tiende a filtrarse hacia abajo, no pudiendo ésta seguir filtrándose en el fondo, por la dureza de la roca, se extiende por la base, y entonces el castillo se hunde, partiéndose por la mitad.

Se evita este accidente de varios modos. Si la arena, al comenzar la obra, estuviera demasiado húmeda, es bueno añadirle cierta cantidad de arena seca para hacer los cimientos y dejando la más mojada para la parte alta. Puede suceder que, estando a medias el trabajo, se note que los cimientos se humedecen demasiado; entonces se sacarán algunos puñados de la arena que dejamos para base sobre la roca, sustituyéndolos con otros puñados de arena seca. Otro sistema es cercar la base con este último material, para sustituir el húmedo a medida que avanza la obra. Acaso sea éste el mejor plan para un joven constructor de castillos de arena.

MODOS DE JUGAR AL ARO

CARRERAS DE AROS

Se determina la meta, o final de la carrera, y todos los que en ésta deben tomar parte se ponen en fila, esperando la señal de partida, provistos de sus aros. Luego parten corriendo todo lo que puedan, a la vez que hacen rodar sus aros y el primero que llega a la meta es el que gana. Para hacer la carrera más animada y alegre suele seguirse el sistema de cambiarse los aros antes de partir; y entonces gana aquel cuyo aro propio llega el último. En este caso cada uno procura entorpecer la carrera del que maneja su aro; y así sale el juego mucho más divertido.

OBSTÁCULOS

Para este juego se traza un camino en el campo, y a distancias regulares se clavan en el suelo palitroques cortos, separados unos de otros, en cada grupo, sólo por algunos centímetros. Estos son los obstáculos. Si no hubiera palitroques, lo mismo da emplear piedras. Los jugadores han de hacer la carrera con sus aros, haciendo pasar a éstos por entre las piedras o pequeñas estacas. Cuando no lo consiguen, se les cuenta un punto o tanto en su contra. Después de dadas tres vueltas, el jugador que tiene menos tantos en su contra, es el que gana la carrera. Ésta no debe ser a toda velocidad, sino llevándose un paso ligero moderado.

CARRUSEL DE AROS

Este juego puede llamarse también *seguir al guía;* y cuando se practica bien es un bonito pasatiempo para niños y niñas. Cuantos más sean los jugadores más bonito es el efecto. Parte el guía a buen paso, con su aro, trazando en su carrera una circunferencia. Los demás le siguen. Aumentando la velocidad, va a colocarse tras del último de la fila, formándose así un círculo perfecto. Después tuerce a un lado y forma otro círculo en dirección

opuesta, como si describiéramos un 8. Esta maniobra puede repetirse muchas veces y variarse según la ingeniosidad del guía. Para tomar parte en este juego debe tenerse mucha práctica en el manejo del aro.

LA CAZA DEL CIERVO CON AROS

Para este juego son necesarios mucho espacio y muchos jugadores. Se elige el mejor corredor y se le llama el *ciervo*, el cual debe partir llevando a los demás algunos momentos de ventaja. Los que luego van tras él son los perros, haciendo correr también sus aros. No cogerán al ciervo sin correr mucho.

LAS ESTACIONES

Forman los jugadores un círculo, estando separados unos de otros por una distancia de algunos metros. Cada jugador tiene su estación señalada con un palitroque o una piedra. El número 1 tiene todos los aros, y haciendo correr el suyo, parte con dirección a su vecino. A regular distancia de éste, se detiene, da un último empujón al aro y vuelve a su puesto para coger otro. Entretanto, el número 2 ha salido con el primer aro, y con dirección al número 3; pero debe estar de vuelta en su puesto para recibir el segundo aro. De este modo, uno a uno, se ponen todos los aros en movimiento, corriendo cada jugador hacia su vecino y retrocediendo después a su estación. Con cuidado y habilidad se consigue hacer correr los aros en el círculo mucho tiempo; pero una sola falta determina el final de la partida, pues cuando todos los aros están en movimiento, no se puede recuperar el tiempo perdido.

JUEGOS DE DOMINÓ

Los juegos de ajedrez y de damas son muy antiguos; pero el de dominó no fué conocido hasta el siglo XVIII, cuando de Italia se extendió hasta Francia y Bélgica. En estos dos países es popularísimo, lo mismo que en otros muchos.

Consiste un juego de dominó, generalmente, en 28 fichas, divididas cada una en dos partes, con puntos marcados en ellas. En el Norte de Inglaterra y en algunas partes de América, hay en uso un dominó de 55 fichas, que llega hasta el doble nueve, mientras en los demás países europeos no pasa del doble seis.

DOMINÓ SENCILLO

El más fácil de los juegos de dominó es el conocido con el nombre de *Dominó sencillo*. Puestas las fichas boca abajo, se revuelven y luego cada jugador toma siete. Se cuentan los tantos que tiene cada uno, y el que resulta con menos es el que sale, es decir, el que comienza el juego. Se revuelven de nuevo las fichas, vuelve a tomar siete cada jugador, quedándoselas ahora y ocultando sus tantos a la mirada indiscreta del enemigo.

Sale el primer jugador y pone una ficha sobre la mesa, por ejemplo el seis-cinco, y el otro ha de jugar una ficha que tenga un seis o un cinco, para casarla con la primera. Si el segundo jugador ha puesto el cinco-tres el tercero pondrá un tres o un seis. Continúa así el juego, hasta que uno de los jugadores pone la última de sus fichas, lo cual quiere decir que ha ganado. Puede suceder que se *cierre el juego*, es decir, que ninguno de los jugadores pueda poner más fichas, por haberse acabado los seises o los treses, o los cuatros, etc. En este caso se cuentan los tantos que le quedan a cada jugador, y el que tiene menos es el que gana. Si hay empate, gana el que primero ha salido.

AL ROBO

Es otro juego semejante al que acabamos de describir; pero en éste, cuando el jugador no puede poner la ficha que se requiere, porque no la tiene, está obligado a ir tomando fichas de las que se dejaron sobre la mesa, después de tomadas las siete que corresponden a cada jugador. Seguirá *robando* hasta que encuentre la que necesita. No obstante, han de dejarse siempre, sobre la mesa, dos fichas boca abajo. Siempre es prudente jugar fichas altas, como el doble seis, el doble cinco, etc., a fin de que, si viene un cierre, le queden a uno en las manos muy pocos tantos.

CINCOS Y TRESES

Es otro juego muy interesante el de los *cincos y treses*. Se revuelven las fichas y se toman siete, como antes. Pero ahora lo importante es hacer cincos y treses; por ejemplo, el primer jugador pone un cinco-cuatro. Esto suma nueve, o bien tres veces tres tantos. El otro jugador ha de poner un cinco o un cuatro; pero pro-

curará siempre que el resultado de su juego dé un múltiplo de tres o de cinco. Si pone, por ejemplo, un cuatro-uno, quedará uno-cinco que hacen seis, o sea dos veces tres. Entonces se apuntan dos tantos. Juega otro el cinco-uno, y queda así cinco-cinco, es decir, diez, o dos veces cinco, que vale otros dos tantos. Que en esto otro jugador pone el cinco doble ; ésta es una jugada espléndida, porque quedan un cinco en una punta y un doble cinco en la otra, o sean, quince, que además de ser tres veces cinco, son cinco veces tres, y vale por ocho tantos. No hay más que otra combinación que dé quince, que es el doble seis y un tres.

Las fichas dobles se ponen siempre de través y se cuentan todos sus puntos. Éste es uno de los mejores juegos de dominó. Resulta muy peligroso empezar jugando el doble seis, pues el contrario podría tener el seis-tres, y ganar ocho tantos.

Pueden jugar al mismo tiempo dos, tres o cuatro personas. Las partidas se hacen según previo acuerdo, a 31 ó a 61 tantos.

EL MATADOR

En este juego se ha de procurar obtener la suma de siete. De suerte que si el primer jugador ha puesto el cinco-dos, debemos poner una ficha que tenga dos o cinco y que deje siete, también. Supongamos que el segundo jugador pone el dos-seis ; entonces los números finales serán seis y dos, siendo necesario poner un uno o un cinco para sumar siete. Poniendo una ficha con un blanco se cierra uno de los lados, en el cual ya sólo podría ponerse un matador.

Hay cuatro matadores : el doble-blanco, el seis-uno, el cinco-dos, y el cuatro-tres, es decir, las tres fichas que en sí suman siete tantos, más el doble blanco. Puede jugarse un matador contra cualquier ficha, aunque no sume después siete ; pero luego, para jugar contra el matador, ya es forzosa dicha suma.

Puesto que el matador puede ser jugado contra cualquier ficha, conviene reservarse siempre los matadores. En este juego cada cual toma siete fichas. Puede ir al robo, pero dejando, en último caso, dos fichas boca abajo, sobre la mesa. Si se cierra el juego, se cuentan los tantos que cada jugador tiene en la mano, y el que tiene más pierde los suyos y los del contrario.

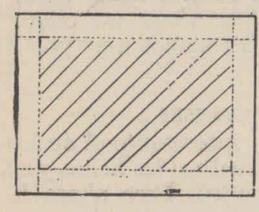
Como se juega mejor al matador es entre dos, pero también pueden ser tres los jugadores, o cuatro, yendo de compañeros o cada uno por sí mismo.

OTROS JUEGOS

Estos juegos varían a capricho o según la costumbre de los jugadores. Por ejemplo, puede jugarse al matador, tomando por éste el cinco u otro número cualquiera. Si se tomara el cinco, entonces los matadores serían el cinco blanco, el cuatro uno, el tres dos, y el doble blanco ; si el seis, serían el seis-blanco, el cinco-uno, el cuatro-dos, el doble tres y el doble blanco; de modo que habría cinco matadores en vez de cuatro. De igual manera, el juego de los cincos y treses puede adaptarse a cincos y doses, o a cuatros y cincos ; pero la experiencia nos ha enseñado que cuando resulta mejor y más interesante, es con cincos y treses, según lo hemos descrito.

LA CONSTRUCCIÓN DE MARCOS

VAMOS a aprender ahora la manera de construir pequeños marcos para cuadros o retratos, de suerte que podemos establecer en nuestra habitación algo así como un pequeño museo.



1. La montura.

Ocurre con frecuencia que tenemos un retrato querido, o una litografía, o una tarjeta postal que deseamos conservar. Pero nuestro dinero es escaso, no podemos permitirnos comprar un marco, y de este modo corren la tarjeta postal, o el retrato el peligro de estropearse. El grabado número 3 nos muestra un marquito que es muy a propósito para el caso y que podemos hacer fácilmente.

2. Las anillas.

He aquí lo que necesitamos para ello:

1. Unas placas fotográficas viejas. Todos los aficionados a la fotografía tienen placas usadas, que nos cederán sin hacerse rogar.
2. Una tira de cinta galón negra, de dos y medio centímetros de ancho, y

otro retazo igual de otra cinta más estrecha.

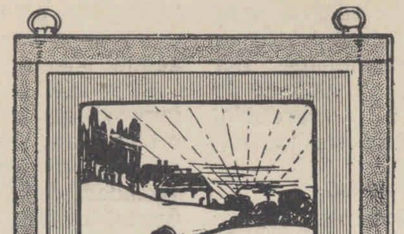
3. Una docena de anillos pequeños de latón, que no tengan más diámetro que el de un lápiz.

4. Cola para pegar.

5. Un papel blanco, lápiz, regla, tinta y cortaplumas.

Y comenzamos nuestra obra.

Tomamos dos placas de vidrio y quitamos de ellas la masa gelatinosa, para lo cual no se necesita más que agua caliente. Las placas deben quedar bien limpias, sin que se vea ninguna mancha en el vidrio.



3. Cuadro sobre papel oscuro y montura blanca.

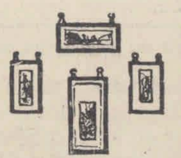
Entonces se toma el cromo o retrato, recortándolo para que tenga el mismo tamaño de las placas. Éstas formarán el frente y el dorso de nuestro cuadro, estando entre ellas el retrato. La montura formará el verdadero marco, alrededor del vidrio.

En cada esquina del retrato, y en la parte posterior, pondremos un poquito de cola pegándolo después al vidrio con una ligera presión. Luego se pone un libro encima para que se pegue mejor y no haga pliegues.

Vamos ahora a hacer la montura, o sea el marco. Cortaremos un pedazo de papel blanco o color crema del mismo tamaño del vidrio. Después trazaremos una línea en el papel señalando un borde, por los cuatro lados, de unos dos centímetros.

Para ello nos serviremos del lápiz. Marcado el borde, recortaremos con mucho cuidado el espacio que queda en el centro, sirviéndonos de una regla y un cortaplumas, y así quedará hecho un marco de papel, que pegaremos al retrato. Mirando el grabado número 1, esta operación se comprende fácilmente. Después se pega el otro vidrio que debe ir encima, procurando poner sólo un poco de cola en las esquinas, a fin de que no se vean luego manchas.

Y viene ahora el marco definitivo. Cortaremos cuatro trozos de cinta, cada uno de ellos un poco más largo que los lados del vidrio. Colocamos un trozo pegado con cola a un lado, pero sólo en la mitad de su anchura, pues debe después doblarse hacia la parte posterior. Cuando tenemos encuadrados y pegados los cuatro trozos de cinta, procurando que las esquinas encajen perfectamente (para ello se pone más cola y se aprieta con el dedo, haciendo fuerza) otra vez colocaremos un libro encima, dejándolo así durante una hora o más tiempo. Después fijaremos los anillos para colgar el cuadro.



4. Cómo se colocan los cuadros en la pared.

Pasaremos por cada anillo un pedacito de cinta estrecha, unos cinco centímetros de largo. Después fijaremos los bordes con cola detrás del cuadro, como se ve en el grabado, número 2, y el marco estará terminado.

Con la práctica podremos llegar a hacer monturas más difíciles y bonitas, pues el cuadro puede valer más o menos según valga el marco. Para el marco interior de papel, es bueno usar papel o cartulina oscura, que es la que resulta mejor con las fotografías, sobre todo si se le añade una línea negra. El grabado número 4 nos enseña cómo deben ser puestos los retratos en la pared.

RECURSOS PARA LOS CASOS APURADOS

TODO muchacho que desee obtener buen éxito en sus empresas debe contar siempre con recursos especiales, para los casos apurados, que nunca faltan en la vida. Hay muchas cosas que puede hacer un niño durante un día de campo, que le servirían aún si se dedicase enteramente a la vida campesina.

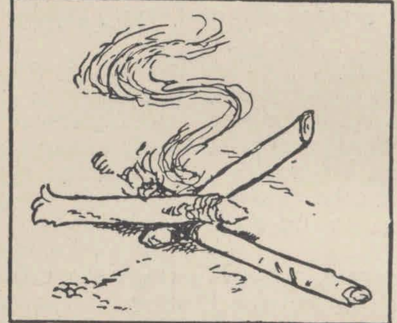
LLEVAR AGUA

Hay diferentes maneras de transportar agua de un sitio a otro, cuando no tenemos ni cubos, ni cántaros, ni otras vasijas necesarias para el caso. Una bolsa de paño, untada de grasa en su parte exterior, se hace impermeable después de haber sido sumergida en el agua durante algún

tiempo. Una cesta con un hule dentro hace las veces de cubo; igualmente sirve, si se tiene a mano, una cáscara de coco. Recordemos también, si trasladamos agua en cubos, que un poco de hierba echada en el agua impide a ésta derramarse. Del mismo modo puede usarse un puñado de hierba, o bien un trapo muy engrasado, para tapar un agujero de una vasija cualquiera.

PARA ENCENDER FUEGO

Claro está que teniendo cerillas, esto es muy fácil; pero puede suceder, si sopla el viento, que se nos acaben los fósforos antes de haber encendido el fuego. En estos casos es muy conveniente ponerse un abrigo encima de la cabeza y tener ya preparada la leña, de modo que podamos encender el fósforo a pesar del viento, y para mayor seguridad, tendremos preparado también un puñado de hierba seca, donde fácilmente prenderá la llama de la cerilla.


Para hacer un buen fuego con troncos.

Los fósforos de madera no son muy convenientes en el campo, cuando hace aire. Para encender un fósforo, si no tenemos donde frotarlo, puede rasparse su cabeza con la uña o con un cortaplumas.

EL COMBUSTIBLE

No ha de sernos siempre fácil encontrar buenos troncos para quemar, y al efecto, es conveniente conocer todas las materias que sirven al viajero para hacer leña. Los huesos de los animales muertos son un buen combustible, sobre todo siendo frescos, de modo que los mismos huesos de la carne que se come pueden añadirse al fuego y arderán con facilidad. También, en casos apurados, puede ser usado el estiércol del ganado, si es seco. Si estamos cerca de un lago, echaremos mano de las algas secas, aunque éstas no ofrecen una alegre llama. Si contamos con buena leña, nos serviremos de dos o tres troncos, colocándolos en la forma que puede verse en el grabado. A medida que se van consumiendo, se les empuja más hacia el fuego y así es mayor su duración.

EL DESCANSO DURANTE UNA TEMPESTAD

Si nos cansamos en plena excursión y necesitamos reposo, cuando sopla desencadenado el viento, y no tenemos donde guarecernos, no cometeremos el error de sentarnos bajo un árbol, que podría ofrecernos techumbre, pero que no tiene paredes. Lo que se necesita es una pared precisamente, aunque sólo tenga medio metro de altura.

Si no halláramos esa pared, podemos improvisarla con un montón de piedras, o bien cavar una trinchera o meternos en un agujero natural, si lo hubiese. La vecindad del árbol, cuando el viento es fuerte, resulta peligrosa. Obsérvese que en los campos de trigo, cuando ha cesado el viento, el trigo que está junto al árbol aparece abatido, mientras el otro se mantiene firme.

También debe saberse, para dormir al aire libre, que se sentirá menos frío si el cielo está encapotado que si estuviera sereno, pues las nubes sirven de techumbre. En las llanuras arenosas, muchos viajeros usan el procedimiento de cubrirse de arena todo el cuerpo y de este modo se abrigan. Otro tanto se hace en los países nevados con la nieve. La nieve es un excelente abrigo.

UN COLCHÓN SENCILLO

Sin embargo, siempre que tengamos que dormir al aire libre, nos proveeremos de algo que haga las veces de colchón; pues, de lo contrario, la parte de nuestro cuerpo que estuviese en contacto con la tierra se resfriaría. Podemos imitar a los pájaros, que hacen su nido con herbaje seco, hojarasca, plumas, virutas, papel, etc. Si el suelo fuese muy húmedo podremos improvisar un lecho de piedras o de troncos.

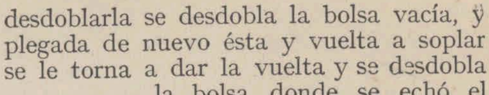
PARA COMER CÓMODAMENTE

No teniendo en el campo muebles ni cosa parecida, a la hora de comer podemos cavar una tinchera y así tendremos mesa y sillas; pues estando sentados a un borde, con las piernas colgando en el hueco, el otro borde nos servirá de mesa admirablemente y estaremos más cómodos que sentados a la manera oriental o sobre un montón de piedras.

A no disponer de tiempo para cavar la trinchera, nos serviremos de un montón de troncos y hojarasca, que también puede ofrecer un asiento cómodo.

LA BOLSA DE PAPEL MISTERIOSO

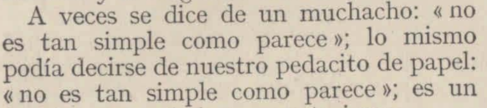
EL joven prestidigitador pide prestada una moneda. Tomando una hoja de papel de un decímetro cuadrado, pone la moneda en el centro y dobla los lados sobre ella. Hasta aquí no hay engaño; la moneda está envuelta en el papel. Levantando el paquetito pide a un espectador que lo sople, o lo sopla él mismo; la moneda ha desaparecido, y el que la ha prestado comienza a arrepentirse. Pero el joven vuelve a hacer unos dobleces en el papel, vuélvese a soplar, se desdobla el papel, aparece la moneda y se alegra su dueño.



1. Papel punteado para doblarlo.

A veces se dice de un muchacho: «no es tan simple como parece»; lo mismo podía decirse de nuestro pedacito de papel: «no es tan simple como parece»; es un papel ya arreglado para este juego, y puede prepararse así.

Se toma media hoja de papel ordinario de notas y se dobla por el medio. Después, con una aguja fina, se hacen cuatro agujeros en las dos partes plegadas a distancia de cinco centímetros en forma de cuadrado, figura 1. Luego se cortan las dos partes, y se dobla una de ellas de los lados hacia el centro, partiendo el doblez de los puntos de la aguja. El papel doblado así forma una especie de bolsa o sobre, figura 2. Péguese con goma o engrudo sobre la otra parte exactamente sobre el cuadrado de puntos y el conjunto aparecerá por un lado lo que muestra la figura 3; mas por el otro como una hoja sencilla.



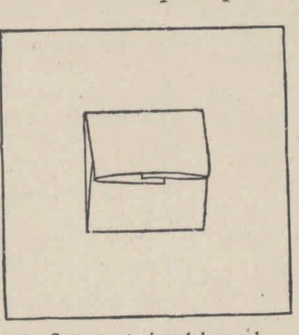
2. La bolsa de papel doblado.

Esta parte es la que se muestra a los espectadores, teniendo cuidado de no hacerlo con una luz detrás, la cual haría traslucir el secreto. Entonces se pone la moneda encima y se dobla siguiendo la guía de los puntos, de modo que el plegado caiga exactamente sobre la bolsa de abajo. En realidad, el papel consta ahora de dos bolsas superpuestas; pero si se ha pegado y doblado bien, nadie lo echará de ver. En el momento de presentarlo a que lo soplen, se le da la vuelta, de modo que al desdoblarla se desdobla la bolsa vacía, y plegada de nuevo ésta y vuelta a soplar se le torna a dar la vuelta y se desdobla la bolsa donde se echó el centavo.

El cuidado principal ha de consistir en que los espectadores no se den cuenta de que se vuelve el papel, para lo cual se da importancia misteriosa a la operación teniendo el papel sujeto entre el pulgar y el índice, que ocultarán el doble borde, y volviéndolo luego, mientras se mueve el brazo de modo que este movimiento insignificante oculte el más importante para el éxito del juego.

Naturalmente que no es menester usar precisamente una moneda; puédese emplear otro objeto parecido, y aun una ficha lisa de hueso, según el efecto que quiera producirse. Además, se puede emplear la bolsa no sólo para hacer desaparecer sino para cambiar una pieza de cobre, por ejemplo, en otra de oro, para lo cual bastará poner una moneda de una clase en una bolsa, y la que en ella se quiere transformar, en la otra, al hacer el juego.

El papel puede usarse más de una vez; pero por las arrugas deja ver que se ha doblado ya previamente, y el efecto no es tan bueno como cuando está sin usar.



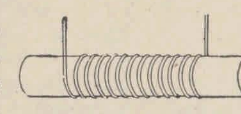
3 Cara posterior del papel, preparado para el juego.

Este método es la forma más sencilla de este juego, que puede mejorarse notablemente usando tres trozos de papel. Uno de ellos debe ser un poco mayor, y otro un poco menor que el del juego. Al más pequeño de los tres llamaremos n.° 1.°; al del juego n.° 2, y al mayor, n.° 3. El 1.° y el 3.° son hojas sencillas de papel, pero del uno se debe tener un duplicado que cuidadosamente doblado se colocará de antemano en la bolsa del n.° 2. Al hacer este juego, se muestran con indiferencia ambas caras del n.° 1.° antes de envolver en él la moneda. Hecho esto se coloca este papel con la moneda envuelta en él, en

el n.° 2, y después éste en el n.° 3, volviéndolo no obstante, primero, conforme a la descripción. Ya está hecho el juego. Cuando se abre el n.° 2, lo que se encuentra dentro es el duplicado vació del n.° 1.°. Este se puede dar a cualquiera para que lo desdoble. Como los números 1 y 3 son evidentemente meros trozos de papel, nadie sospechará que el número 2.° es una trampa.

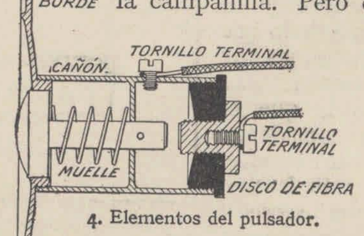
CÓMO SE MONTA UN TIMBRE ELÉCTRICO

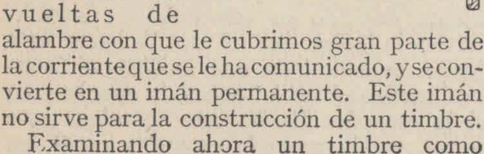
PARA muchas personas los timbres eléctricos son cosa misteriosa, porque no ven que al oprimir el botón se muevan los hilos conductores. Veremos de explicar sencillamente el mecanismo de un timbre eléctrico. Ante todo se debe contar con pilas eléctricas para producir la corriente, siendo preferibles las de Le lanché. La corriente hace sonar el timbre por medio de magnetos que están formados por barras de hierro forradas de alambre. Se llaman electroimanes y son de tan fácil construcción, que los puede hacer un muchacho (figura 1). Tómese una barrita de hierro, no de acero, y líese en ella alambre de timbre forrado, dejando en ambos extremos cantidad suficiente para conectar en la pila. Ajústese un extremo a un reóforo de la pila y téngase el otro en la mano: hágase luego que éste toque al otro extremo, y se verá que la barrita de hierro se ha convertido en imán capaz de atraer y levantar otro pedacito de hierro o acero. Retirando luego el extremo suelto de alambre, que se tiene en la mano, se interrumpe la corriente, y el hierro pierde casi todas sus propiedades magnéticas. Si en lugar de hierro se emplea una barra de acero, éste conserva en las vueltas de alambre con que le cubrimos gran parte de la corriente que se le ha comunicado, y se convierte en un imán permanente. Este imán no sirve para la construcción de un timbre.



1. Electroimán.

2. Elementos de un timbre eléctrico.





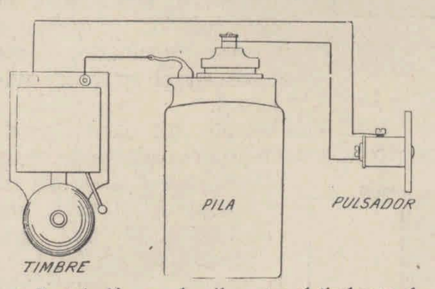
3. Pulsador.

4. Elementos del pulsador.

Examinando ahora un timbre como aparece en la figura 2 se ve el tamborcito o campanilla, en el cual se produce el sonido por el choque del martillete que está sujeto al extremo del alambre enrollado. La corriente llega de la pila a los dos reóforos conectados en la caja del timbre y pasa por las dos laminillas de cobre que comunican los reóforos con el alambre de las bobinas por un lado y por el otro con el interruptor. El interruptor tiene un tornillo guarnecido de platino, que ni se oxida ni se ensucia, por la parte completamente opuesta a otra guarnición de platino, situada en la extremidad del muelle plano del cañón. El alambre de la bobinas, en el lado izquierdo, sube hasta la extremidad de este muelle, de modo, que si se unen las dos superficies de platino, se forma un circuito completo. El muelle descrito está construído de manera que ese contacto se verifique. En cuanto se da la corriente, las dos barras de las bobinas y la armazón a que están sujetas se imantan, y la armadura se dispara como el rayo contra los imanes, haciendo que el martillo repique en la campanilla. Pero el muelle se ha separado ya del tornillo guarnecido de platino del interruptor, de modo que, roto el contacto, no prosigue la corriente, y las bobinas no imantan ya a las barras de su interior. Lo que ocurre es que la armadura se retira por la fuerza del muelle, pero como de nuevo se encuentran las superficies de platino, se repite la acción. Estos movimientos son tan rápidos que producen el repique o vibración peculiar del timbre. Algunos de los timbres más pequeños se

construyen enteramente de metal en vez de tener cubierta y caja de madera, y hay otros muy perfectos que se hacen de niquel.

Se debe tener medio de producir e interrumpir fácilmente la corriente entre la pila y el timbre, de modo que se le pueda a éste hacer sonar cuando convenga. Esto se logra por un pulsador, que en los timbres de las puertas de las casas se coloca naturalmente en posición cómoda para los visitantes. El pulsador de la



5. Instalación con la pila entre el timbre y el pulsador.

figura 3 tiene en el centro un botón de bronce o porcelana y su interior es como aparece en la figura 4. Los reóforos llegan hasta los dos tornillos terminales, conectados el uno en el lado de la caja y el otro en medio de la pieza de bronce en el disco fibroso. Mientras no se toca el botón de presión, no pasa la corriente; pero, en cuanto se oprime el botón, el muelle se corre, pónense en contacto las dos superficies de platino y pasa la corriente.

Esta clase de pulsadores se construyen de metal y de modo que el agua de la lluvia no pueda penetrar en su interior. Los pulsadores de madera no sirven para las puertas exteriores de las casas, porque pronto los estropea la intemperie.

7. Grapa que sujeta los alambres.

Lo único que falta para el montaje total es una cantidad de alambre para unir la pila con el timbre y con el pulsador. El alambre que se emplea es de cobre, recubierto de una capa fina de caucho y otra exterior de algodón trenzado. Este alambre está estañado para impedir la oxidación, y el algodón que lo recubre se empapa previamente en cera derretida para defenderlo de la humedad. En los grabados hemos visto que tanto en la pila, como en el timbre y en el pulsador, hay dos terminales los cuales deben conectarse de tal modo que al oprimirse el botón se forme un circuito completo. No importa que la pila o el timbre estén más o menos cerca del pulsador. Las figuras 5 y 6 representan dos disposiciones diferentes; las líneas negras son los alambres de conexión. En ambos sistemas se forma el circuito completo al oprimir el botón.

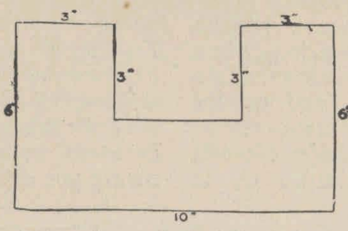
Tampoco importa que las partes del timbre estén a considerable distancia unas de otras, porque la corriente pasa rápidamente por el alambre; por consiguiente, no

6. Instalación con el timbre entre la pila y el pulsador.

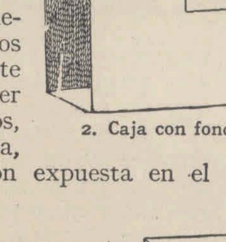
es necesario poner la pila cerca del timbre; éste puede colocarse en una habitación interior, y aquélla en un armario o estante que esté a mano, pero no muy alta porque el calor de la parte superior de la casa secaría pronto la solución. En ciertos casos, timbre y pila se montan juntos en una repisita; y en varias partes se venden así prontos para su instalación. Para medir el alambre necesario lo mejor es medirlo previamente con un ovillo de hilo partiendo del sitio donde ha de colocarse el pulsador, y siguiendo las habitaciones y los pasillos, sin dejar los ángulos de las paredes hasta el lugar donde haya de ponerse el timbre, y luego la pila. Puédese contar un metro más de lo calculado para empalmes, y por si ha habido algún error de cálculo, y se compra el *doble* del total, porque se necesitan dos alambres. También se puede comprar hilo compuesto, que es un hilo grueso formado por dos alambres de cobre aislados entre sí y envueltos por una cubierta común, el cual es más cómodo de manejar que los hilos separados. Naturalmente que, si se compra este hilo compuesto, basta con la medida calculada. Para sujetar el hilo en las paredes y en los rincones se usan unas alcayatas curvas de estaño, pero no se las debe machacar contra el hilo, porque de lo contrario podrían romper la capa aisladora y formar un corto circuito entre los alambres.

PARA MIRAR A TRAVÉS DE UN LADRILLO

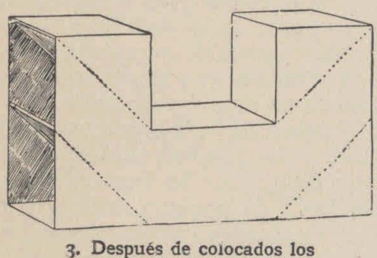
NECESITAMOS algunos trozos de madera, diez entre todos, de medio centímetro de grueso y tamaños diferentes. Debemos procurar que al juntarse dichos trozos, no queden rendijas por donde se filtre la luz. De este modo obtendremos mejor resultado que si descuidáramos este pormenor. Cortaremos dos trozos de la forma que se expone en el grabado número 1. Luego uno de 25 por 10 centímetros y otro de 10 centímetros cuadrados. Los pegaremos con clavos o cola, según se indica en el grabado número 2. Después se ponen las paredes laterales, necesitándose para ello dos piezas de 10 y 7,50 centímetros. Luego tomaremos dos piezas para la parte de arriba, que han de ser de 10 por $7\frac{1}{2}$ centímetros, y juntadas éstas a la caja, obtendremos la solución expuesta en el grabado número 3.



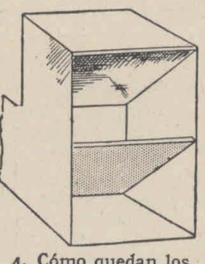
1. Forma de uno de los lados de la caja. $3 = 7\frac{1}{2}$ centímetros. $6 = 15$ centímetros. $10 = 25$ centímetros.



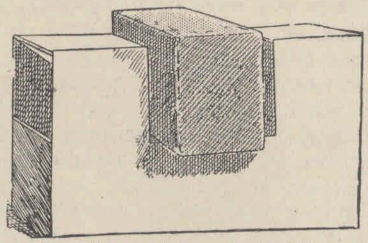
2. Caja con fondo y plataforma.



3. Después de colocados los espejos.



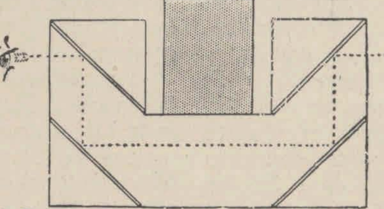
4. Cómo quedan los espejos.



5. La caja completa con el ladrillo en su sitio.

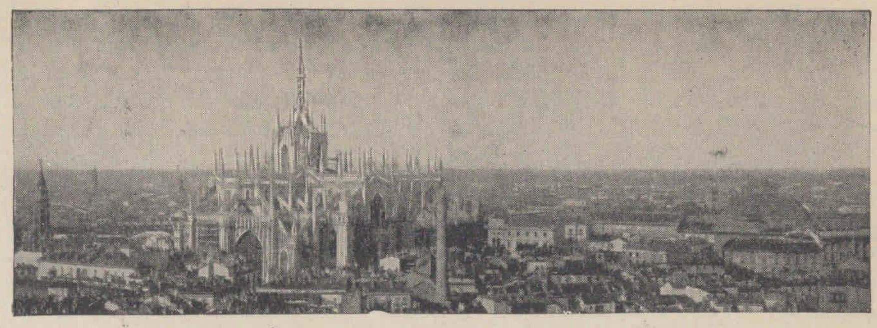
Hecho esto, nos procuraremos cuatro pedazos de espejo que midan 10 por 10,60 centímetros y dos de ellos los colocaremos a un lado de la caja, como se ve en el grabado número 4. Deben estar puestos de cara hacia afuera y formar en la caja un ángulo de 45 grados, es decir, los dos bordes de los espejos estarán a igual distancia que el rincón interior de la caja. Al otro lado de la caja se pone otra pieza de madera, y en el fondo se fijan los otros dos espejos, también con la cara hacia afuera, formando el mismo ángulo de 45 grados, según muestran los grabados 3 y 4. Se toman después dos piezas de madera de 10 por $7\frac{1}{2}$ centímetros, colocándolas por debajo de los espejos que ocupan, a cada lado, la parte inferior, y queda el juguete terminado, como se ve en el grabado número 5.

Colocando un ladrillo, un libro o cualquier otro objeto de tamaño adecuado, en la plataforma que queda en el centro de la caja, nos encontraremos con que mirando por un lado de la misma, podremos ver aparentemente, a través del ladrillo o lo que sea. El efecto será maravilloso si al otro lado ponemos una luz, pues parece que ésta se ha filtrado a través del ladrillo. Y sin embargo, no hay tal, sino que la luz, reflejada por un espejo, se comunica al otro del lado opuesto, lo cual se explica con las palabras *múltiple reflexión*, es decir, que la reflexión de la imagen pasa de una superficie a otra.



6. Diagrama mostrando la línea de visión.

Sólo se obtendrá un éxito completo estando los espejos colocados en ángulos iguales. Por tanto debe ponerse mucho cuidado al medirlos, cuando se esté construyendo este interesante juguete.



EL INTRÉPIDO CARDENAL DE MILÁN

SE declara a veces en el Oriente una terrible enfermedad a la que dan el nombre de «peste», y que es una fiebre tifoidea en extremo grave y rápida, acompañada de terribles dolores y sufrimientos que generalmente terminan en la muerte. Algunos la atribuyen a lo malsano y cenagoso que queda el suelo de Egipto, después que las aguas del Nilo han bajado de nivel, y que perdura allí y en Siria, hasta que el frío de invierno viene a contrarrestar sus efectos.

A veces esta enfermedad se ha presentado infecciosa en extremo y entonces ha sobrepasado sus límites acostumbrados, extendiéndose hasta Occidente. Unos doscientos años atrás, esta terrible epidemia se declaraba más a menudo, debido a que la vida de las gentes era muy sucia y malsana, pues vivían todos amontonados dentro de las murallas de la ciudad y sin poder, en tiempo de guerra, salir del recinto fortificado. A menudo la peste seguía a la guerra, arrastrando a los infelices ya debilitados por la necesidad.

La desolación en una ciudad atacada por la peste era como un espantoso sueño. Todas las casas infectadas eran marcadas con una cruz roja, no permitiéndose la entrada a nadie. Los cadáveres eran arrojados en unas grandes fosas, sin plegarias ni ritos funerales, e inmediatamente cubiertos de tierra. Familias enteras morían a la vez, sin recibir otro auxilio que el que se prestaban el uno al otro, y sin ayuda de fuera. Los que tenían una probabilidad de vivir, perecían por falta de alimentos.

En tan terribles casos era cuando verdaderamente se veía si los pastores del rebaño afligido con la peste, eran verdaderos pastores o mercenarios. Así lo entendió el cardenal Carlos Borromeo, Arzobispo de Milán, que acostumbraba a predicar en el hermoso edificio que, como vemos en el grabado, se levanta sobre la gran ciudad, cuando en el año 1576, estando en Lodi, supo que la plaga se había extendido por su ciudad. Cosa extraordinaria; en aquella misma ciudad había cundido tal perversidad en los últimos años, que el Arzobispo había amonestado solemnemente al pueblo que, a menos de que se arrepintieran, atraerían sobre sí las iras del Cielo. Sus consejeros eclesiásticos, le recomendaron se retirase a algún lugar sano de la región, hasta que la peste hubiera desaparecido de Milán, pero él respondió:

—El deber de un pastor es dar su vida por sus ovejas y yo no puedo, en razón, abandonarlos en este tiempo de peligros.

Como él opinaron también los consejeros, que el estar al lado de los afligidos y asistirles era conducirse noblemente.

—¿No es el deber de un obispo el escoger la conducta más noble?—dijo este noble varón.

Así, pues, se volvió a la ciudad apestada, guiando al pueblo al arrepenti-

miento, velando con ellos en sus dolores, visitando los hospitales, y alentando a su clero con su ejemplo, a llevar los consuelos espirituales a los moribundos. Durante todo el tiempo que duró la peste, que fué cuatro meses, trabajó intrépida e infatigablemente, y lo más pobreza lo fué para los necesitados del pueblo, mientras que la vida severa y regular del cardenal y sus familiares, así como su aireado y espacioso palacio, les preservaron, sin duda, de la enfermedad; pero según las ideas de aquellos tiempos, no podía ser sino debido a un



LA COLOSAL ESTATUA DE SAN CARLOS BORROMEO, EN EL PARQUE DE ARONA, ITALIA

Es esta una de las mayores estatuas del mundo; mide 34 metros de alto y fué erigida en 1697 en una altura de la ciudad de Arona, sobre el bello lago Maggiore. Es tan grande que se puede subir por el interior de la estatua, que es hueca, y permanecer en pie dentro de la cabeza de la misma.

notable fué que de todos sus familiares sólo murieron dos, y aun éstos fueron personas que no habían sido llamadas a visitar enfermos.

Algunos ricos de la ciudad, que se habían refugiado en una hermosa quinta, donde pasaban el tiempo entregados a festines y diversiones, fueron atacados por la peste, muriendo todos; sus orgías y banquetes habían sido, sin duda, tan mala preparación para la peste, como la milagro la seguridad de la vida de quien diariamente predicaba en la catedral, se acercaba a la cama de los atacados para darles alimento y medicinas, y administrábales los últimos Sacramentos de la Religión, y después de su muerte arrostraba el peligro del contagio antes que permitir fuesen los cuerpos a la sepultura común, sin la bendición. Aun más, tan lejos estaba de buscar la salvación de su vida que, estando

arrodillado un día ante el altar mayor de la magnífica catedral, solemnemente ofrecióse en sacrificio, como Moisés, en aras del bien de su pueblo; pero, lo mismo que Moisés, Carlos Borromeo salió indemne de la peste, así como sus veintiocho sacerdotes.

Por ello, una de las mayores glorias que nos recuerda la blanca catedral de mármol de Milán, es la memoria de San Carlos Borromeo, que practicó la misericordia con su pueblo y que arriesgó su vida en el cumplimiento de su deber de buen pastor de su rebaño.

CARIDAD PRACTICADA EN SECRETO

PASEÁBASE un día el célebre publicista francés, Montesquieu, por los muelles de Marsella, y deseando cruzar el puerto, saltó a un bote de los muchos que allí se hallaban atracados y que estaba tripulado por un muchacho. Preguntóle quién era el patrón del bote, y el muchacho le contestó:

—Yo soy, señor; en los días de trabajo me ocupo en mi oficio de aprendiz de joyero, y los domingos alquilo esta pequeña embarcación para ganar algunos francos.

—¿Tan joven y tan avaro?—le dijo Montesquieu.—¿Ignoras que Dios nos manda trabajar seis días y descansar el séptimo?

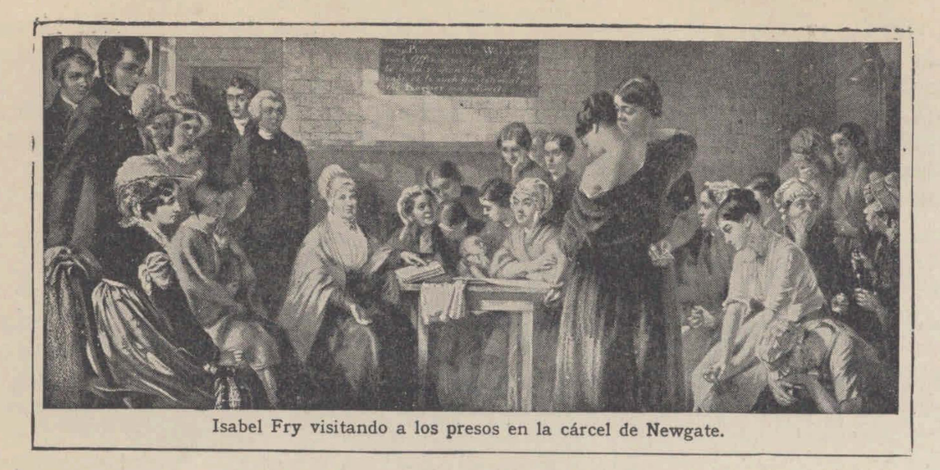
—Señor: mi padre, que era comerciante, fué hecho cautivo por los moros cerca de Esmirna y llevado a Tetuán, donde aun sigue esclavo, trabajando en los jardines del emperador de Marruecos. Nos piden cinco mil francos por su rescate y tanto mi madre como mis hermanos y yo, trabajamos sin descanso para reunir esa suma a fuerza de años y privaciones. Hace tiempo me ofrecí para ir a ocupar el lugar de mi padre procurándole así su libertad, pero mi madre, al saberlo, se opuso, prefiriendo que todos trabajemos hasta reunir el precio del rescate.

—¿Con qué nombre es conocido tu padre en su cautiverio? — preguntó Montesquieu.

—Con el mismo que tenía en Marsella: Roberto Laplace.

Montesquieu guardó silencio; y cuando saltaron en tierra se despidió del muchacho, poniendo en sus manos una bolsa que contenía algunas monedas. Éste fué a comunicar a su madre tan grata noticia y aquella familia continuó trabajando para llegar a reunir la deseada cantidad.

Algunos meses más tarde, hallándose un día todos reunidos a la mesa, ¡cuál no sería su sorpresa y alegría al ver aparecer ante ellos a Roberto Laplace! Ignoraba éste que no había sido su familia la autora de su rescate, y pensando entonces el muchacho en el caballero a quien refiriera la historia del cautiverio de su padre, se propuso no parar hasta dar con él. Lo halló al fin, y arrojándose a sus pies, se esforzó en hacerle ir consigo para recibir las bendiciones de toda aquella agradecida familia. Montesquieu trataba de convencer al muchacho de que estaba engañado y de que nunca lo había visto anteriormente; pero las manifestaciones de gratitud de aquél continuaron, logrando atraer a un círculo de curiosos transeuntes, entre los cuales pudo mezclarse Montesquieu, desapareciendo de la vista del muchacho. Nunca volvió a verlo, ni la familia pudo saber nada más acerca de él, hasta que, a la muerte del virtuoso hombre, sus herederos hallaron un asiento en sus libros por el que aparecía que, tiempo atrás, había enviado siete mil quinientos francos a un comerciante de Cádiz, no expresando el objeto de aquella remesa. Interrogado el comerciante por los herederos, contestó que había sido invertida, por orden de Montesquieu, en el rescate de Roberto Laplace, cautivo en Tetuán. El enigma quedó aclarado; y el mundo guarda el recuerdo de aquel sublime acto de virtud.



Isabel Fry visitando a los presos en la cárcel de Newgate.

LA CARITATIVA VIDA DE ISABEL FRY

Y cómo reformó las cárceles de Inglaterra

QUIZÁS el lector no haya visitado nunca una cárcel. Es indefinible la sensación que se experimenta cuando, al oir el ruido de la enorme puerta que se cierra detrás, se encuentra uno metido en un lóbrego recinto de altos muros, erizados de férreas púas en su parte superior, para impedir que los criminales puedan evadirse.

Hace cien años, lo mismo en Inglaterra que en otros países, era cosa terrible el estar preso; y en especial por lo que se refiere a las mujeres, era tan horrible, que ningún lenguaje puede describir lo que estas infelices padecían. Todas, así las inocentes como las culpables, las sentenciadas como las que esperaban su sentencia, las educadas y distinguidas como las tan abyectas que podían conceptuarse inferiores a los animales, eran encerradas juntas en una sola cárcel, en compañía de hombres desesperados y perversos.

Y todo esto lo cambió una sola mujer de corazón noble.

En aquellos días, vivía una dama cuáquera, llamada Isabel Fry, mujer profundamente religiosa, que cifraba su religión en procurar socorrer a los demás, pues estaba persuadida de que los malos se volverían buenos, si los ayudaran a la conversión. También ella había sido en otro tiempo vanidosa y aficionada a la frivolidad, y había conocido la dificultad de volverse seria y buena. Cuando alguien le preguntaba acerca del crimen de tal o cual preso, la señora Fry contestaba: « Nunca indago sobre los crímenes, pues todos tenemos los nuestros ». No se ocupaba en los crímenes, sino en las almas; miraba las desdichas de los encarcelados, no sus antecedentes penales.

Esta señora había oído hablar de los presos de Newgate, y pidió permiso para visitarlos. La primera vez que estuvo con ellos la acompañó el llavero; la segunda vez, los visitó sola. El alcaide le habló del peligro que corría, y le aconsejó no fuera allí con el reloj, pues él mismo no se atrevería a ir solo a este hervidero de criminales y malhechores. A pesar de esto, Isabel Fry fué sola y, con su jovial bondad y simpatía, ganó los corazones de las mujeres encarceladas. Por primera vez veían estas infelices a una buena persona que creía que también ellas podían ser buenas, y esto las confortaba.

Pronto se propuso Isabel establecer

una escuela entre estos terribles prisioneros. Esta idea excitó las burlas de los empleados de la cárcel, quienes auguraron a la dama que su intento sería un fracaso; pero se equivocaron, pues la escuela dió resultados en gran manera satisfactorios. Quiso luego procurar a los presos ocupación interesante, y de nuevo los oficiales dijeron que la idea era imposible; pero la organización del trabajo resultó también un gran éxito. Téngase presente que, aun entre las personas más buenas, ha sido considerada como verdad inconcusa que cualquier plan para regenerar a los miserables es inútil—y en realidad sería inútil *en sus manos*. Precisamente porque Isabel Fry *sabía* que sus planes no fracasarían, lograba llevarlos a feliz término. Tenía fe, sabía que Dios está al lado de los buenos y que el mal debe ceder al bien.

Esta buena mujer era hija de padres de muy buena posición y esposa también de un hombre rico, de modo que podía haber vivido una vida ociosa; podía haber mandado limosnas para contribuir a obras pías, y quedarse bien recreada en su casa; pero su caridad la llevaba a cuidarse de los más abyectos y a socorrer a los más desesperados. Era el ángel de las cárceles, y, gracias a ella, las prisiones de todo el mundo mejoraron de trato y conducta. Todas las detenidas en las cárceles deben bendecir el nombre de Isabel Fry.

En todas sus empresas partía del supuesto que una persona que obra mal debería ser tratada de modo que no se volviera peor, sino mejor, y que las cárceles no son para castigar, sino para mejorar. A los presos peores deseaba enseñarles que, si ellos querían, podían volverse mejores. El encarcelamiento es un castigo terrible y el ser aherrojado como una bestia fiera, es una indignidad espantosa; pero, aun en las cárceles, las cuales son necesarias, puede entrar el espíritu de Cristo.

UNA MIRADA QUE CONFORTÓ A UN AMIGO EN DESGRACIA

HE aquí el relato de una obra sencillísima de amor, que consoló a un mísero prisionero, dándole fuerzas para resistir a la desesperación durante los largos y penosos años que debía pasar en la soledad de la prisión.

Hace algún tiempo, un joven de esmerada educación vió caer el oprobio sobre su limpio nombre, a causa de cuantiosas deudas que había contraído.

Condenado a un largo encarcelamiento, pasó aún por la amargura de saber que todos sus antiguos compañeros habían formado el propósito de no volver a hablarle, cuando cumplida la condena fuese puesto en libertad.

Al cabo de unos meses, se le llamó ante el Tribunal, para responder a las preguntas del juez referentes a sus deudas. Un antiguo amigo se enteró por los periódicos de la mañana, que al día siguiente había de verse aquella causa ante la Audiencia de lo criminal.

La historia entera de su antigua amistad se le representó ahora conmoviéndole profundamente; la imagen de su amigo en desgracia le hizo olvidar los prejuicios que hasta entonces le habían retenido. Así, pues, acudió al Palacio de Justicia y se detuvo en el corredor que conducía a la Sala en que había de celebrarse la vista.

Escoltado por dos alguaciles, el infeliz prisionero avanzó por el pasillo, bajos los ojos por la vergüenza de ser visto, y al pasar junto al amigo de sus días dichosos, éste se descubrió con respeto. El desventurado prisionero vió aquel noble gesto y jamás lo echó en olvido Aquel porvenir suyo, que tan desesperado le pareciera, desde entonces se aclaró para él con un rayo de luz. Aun le quedaba un amigo, que en la desgracia no se avergonzaba de él.



En este notable cuadro del pintor austriaco Gabriel Max, aparece una valerosa virgen cristiana, arrojada a la arena en que en Roma tenían lugar las luchas entre las fieras y los gladiadores. Anhela morir por su fe. Vestida de blanco, envueltos la cabeza y los hombros en un manto negro, la mártir se halla de pie, con un brazo levantado y tocando el elevado muro que libra del peligro de las fieras a la muchedumbre. En su pálido rostro no aparece signo alguno de temor, al dirigir la mirada hacia arriba, agradecida por « el último recuerdo », una rosa que ha dejado caer algún amigo fiel. Un feroz leopardo se desliza por debajo de la reja de hierro que se abre a su izquierda, en el muro. Otro leopardo y una hiena se revuelcan por el suelo, a la derecha de la víctima.

